

**ARTURO BAREA**

**La Forja de un Rebelde III**

*La Llama*

Las mejores novelas en castellano del siglo xx

La forja de un rebelde III

La Llama

© 1951 Arturo Barea y Herederos de Arturo Barea

© 2001 BIBLIOTEX, S. L. para esta edición

Diseño cubiertas e interiores:

ZAC diseño gráfico

Impresión:

Printer, Industria Gráfica, S.A. ISBN: 84-8130-269-4 (parte III) ISBN: 84-8130-270-8 (obra completa) Dep. Legal: B. 8.897-2001



# ÍNDICE

<b>PRIMERA PARTE.....</b>	<b>4</b>
<i>El pueblo perdido.....</i>	<i>4</i>
CAPÍTULO I.....	4
<i>La tela de araña.....</i>	<i>16</i>
CAPÍTULO II.....	16
<i>Inquietud.....</i>	<i>25</i>
CAPÍTULO III.....	25
<i>Las elecciones.....</i>	<i>35</i>
CAPÍTULO IV.....	35
<i>El combustible.....</i>	<i>47</i>
CAPÍTULO V.....	47
<i>La chispa.....</i>	<i>59</i>
CAPÍTULO VI.....	59
<i>La Llama.....</i>	<i>69</i>
CAPÍTULO VII.....	69
<i>La calle.....</i>	<i>82</i>
CAPÍTULO VIII.....	82
<i>La caza del hombre.....</i>	<i>92</i>
CAPÍTULO IX.....	92
<i>La amenaza.....</i>	<i>107</i>
CAPÍTULO X.....	107
<b>SEGUNDA PARTE.....</b>	<b>122</b>
<i>Madrid.....</i>	<i>123</i>
CAPÍTULO I.....	123
<i>En la Telefónica.....</i>	<i>137</i>
CAPÍTULO II.....	137
<i>El sitio.....</i>	<i>147</i>
CAPÍTULO III.....	147
<i>Retaguardia.....</i>	<i>159</i>
CAPÍTULO IV.....	159
<i>El frente.....</i>	<i>168</i>
CAPÍTULO V.....	168
<i>La lesión.....</i>	<i>183</i>
CAPÍTULO VI.....	183
<i>La voz de Madrid.....</i>	<i>196</i>
CAPÍTULO VII.....	196
<i>La caída.....</i>	<i>212</i>
CAPÍTULO VIII.....	212
<i>Frente a frente.....</i>	<i>226</i>
CAPÍTULO IX.....	226
<i>No hay cuartel.....</i>	<i>242</i>
Capítulo X.....	242



¡... sea dado honor eterno al BRAVO Y NOBLE PUEBLO DE ESPAÑA, merecedor de mejores gobernantes y de mejor fortuna! Y ahora, que los trabajos e intrigas de sus juntas, la mala conducta y la incapacidad de sus generales, se están hundiendo en el merecido olvido y oscuridad, la *Resistencia nacional* se eleva noblemente por encima de detalles ridículos... Tal resistencia fue realmente salvaje, desorganizada, indisciplinada y argelina, pero mostró a Europa un ejemplo que no fue dado por los civilizados italianos o los intelectuales alemanes.

RICHARD FORD,  
*Handbook for Travellers in Spain  
and Readers at Home*  
Londres, 1845

## Primera parte

### El pueblo perdido

#### Capítulo I

El calor de agosto disuelve el almidón. El interior del cuello planchado se convierte en un trapo húmedo y pegajoso; la tela exterior conserva su rigidez y sus aristas rozan la piel sudorosa.

Cuando trato de procurarme alivio metiendo el pañuelo entre mi piel y el cuello de la camisa, surge en mi mente la imagen del tío José introduciendo su pañuelo de seda cuidadosamente doblado entre su fuerte garganta y el cuello almidonado, mientras esperábamos la diligencia para ir a Brunete. Hace treinta años.

Odio esperar en el calor.

En treinta años mueren muchos hombres y muchas cosas. Se siente uno como rodeado de fantasmas o como si el fantasma fuera uno mismo. Aquel niño que venía aquí hace treinta años era yo, aquel niño que ya no existe.

La vieja posada de San Andrés es la misma, con su portalón de piedra y su patio en el que picotean las gallinas; con su tabernita adosada al portalón, donde aun se vende el vino sacado del pellejo. Busco en mi memoria, y el dibujo es el mismo. Soy yo quien se siente un poco perdido y gris, o tal vez las cosas parecen más crudas y secas en esta luz que ciega. Entonces las tiendas de la calle eran alegres para mis ojos niños; y hoy la calle es la misma: no han cambiado sus viejas posadas, ni sus viejas tiendas donde se venden los aperos de labranza, los paños burdos y espesos, los dulces empalagosos y los cromos chillones a gusto de los clientes de los pueblos de Castilla y Toledo.

Oh, sí, ya sé que Toledo es también Castilla; pero esto es sólo en los tratados de geografía. Toledo es tierra aparte, Toledo fue siempre un islote en el viejo mapa de Castilla. Dejaron en él sus huellas las legiones de Roma y la flor y nata de los árabes que invadían Europa; los caballeros medievales y los cardenales de sangre real bastarda que dejaban la misa para empuñar la espada; los viejos artífices moros y judíos que labraban oro, plata y piedras y los artesanos que batían el acero con sus martillos, lo templaban en las aguas del Tajo y lo adornaban con filigranas de oro. El Greco está aún vivo en Toledo. Tendré que escapar un día y perderme una vez más en sus callejuelas.

En fin, aquí está el autobús. Es curiosa la prisa de los viajeros, al asalto del coche, como si fuera a escapar sin ellos. Como en la vieja diligencia. Y como entonces, es fácil separarlos: los hombres magros y cenecños de las tierras de pan de Brunete con sus mujeres flacas, huesudas, sus cuerpos agobiados de partos y sus caras recomidas de sol y hielo; y los hombres de la vega de Toledo, hombres de las tierras de vino de Métrida, un poquito panzudos, bonachones, la piel curtida pero blanca, con sus mujeres abundantes y alborotadoras.

Me divierte pensar que yo soy un cruce entre los dos; mi padre era castellano, mi madre toledana. Ahora, nadie podría decir qué soy yo porque, mezclado entre estos dos grupos, nadie podría marcarme un sitio entre ellos. Somos diferentes; y estoy fuera de lugar, tan fuera de lugar como mi cuello planchado y mi traje de ciudad entre los trajes de labriego

que llenan el coche.

Se agría mi diversión momentánea: los vivos que me rodean me convierten en un extranjero, y el recuerdo de los muertos en un fantasma. Me siento al lado del chófer. No lleva uniforme Antonio, sino un chaquetón de campo, y, cuando chirrían los frenos, blasfema como un carretero. No es su sitio aquí, empuñando el volante, sino empuñando la tralla larga que alcanza con su punta a las orejas de la mula delantera.

Las gentes se acomodan, se chillan sus noticias y sus compras de la ciudad; bajando la cuesta de la calle de Segovia todo es ruido. Pero cuando el coche, cruzando el puente, cambia su marcha para vencer la pendiente que sube a Campamento, el motor, el sol, el polvo, el olor a gasolina van imponiendo silencio a las lenguas. Cuando llegamos a la planicie desierta de Alcorcón, toda terrosa, con sus campos segados, secos, y sus casas de barro, ¡os ocupantes del coche cabecean adormilados o rumian sus pensamientos.

Hemos pasado así Navalcarnero y la carretera es ahora frontera: Almojado y Santa Cruz del Retamar son los dos jalones entre Toledo y Ávila. En Santa Cruz, el autobús abandona la principal y tuerce hacia el este. Estamos en tierras de Toledo y éste es un viejo camino: Madrid era aún «castillo famoso» y nada más, y entonces este camino, hoy casi desierto, era una arteria de traficantes y viajeros que unía Toledo con Ávila. A lo largo de él se comerciaba y se batallaba. De los montes toledanos bajaban los guerreros moros al valle del Alberche e intentaban trepar por las montañas a las tierras altas de Castilla. De allí -de las tierras de Ávila y Burgos- salían los caballeros en torrente a cruzar la llanada de los valles a intentar arrebatar a la morisma Toledo, la de piedra. Sí, esto es literatura barata, pero ¿por qué no divertir el tedio del viaje con ella?

Hoy esta ruta duerme. No pasan por ella más que lugareños con sus carros y sus burros y algún que otro camión aislado cargado con frutos de la tierra. Hoy este camino es camino que no va a ninguna parte y sólo sirve para unir unos cuantos pueblecitos que han quedado olvidados de todos. Entre Santa Cruz y Torrijos, en esta vieja ruta guerrera, está Novés. Iba camino de Novés e iba pensando el porqué.

Claro que sabía el porqué: en Novés había alquilado una casa. Era la tarde de un sábado e iba a pasar allí mi primer fin de semana en «mi casa del pueblo», como todos la llamábamos ya. Me iba preguntando a mí mismo por qué había montado esta casa en un pueblecito perdido en la provincia de Toledo.

Antes de ir a Novés ya había planeado tener una casa en un pueblo cercano a Madrid. Dos años antes, en 1933, había pasado casi un año en Villalba, pero Villalba es un pueblo de veraneantes donde aún continúa la ciudad y yo quería un sitio de descanso para los fines de semana, un pueblo de verdad. Novés era un pueblo de verdad. Lo que ya no era verdad eran estas razones que yo daba y me daba a mí mismo para escapar de Madrid. Había razones más complejas:

Mi mujer y yo habíamos vuelto a establecer casa después de un año de separación amistosa. Había intervenido la familia y había pesado la razón de los hijos, pero pronto resurgió la antigua incompatibilidad. Tener una casa en un pueblo algo distante de Madrid era recuperar un poco la libertad, escapar de la vida en común. Era también una razón decente -de las llamadas decentes- a los ojos de los demás, que evitaba una nueva separación que sería un poco ridícula; era además beneficioso para la salud de todos: Aurelia estaba resentida de su último parto, los chiquillos precisaban aire más puro que el de Madrid, y a mí me vendría bien un descanso semanal y un cambio de ambiente. Tenía medios económicos suficientes y así, ¿por qué no?

Cuando se comienza una introspección, no puede detenerse, hay que seguirla hasta el fin. Estas razones eran razones concretas, pero ya no podía engañarme a mí mismo a fuerza de repetírmelas. Delante de mí se desarrollaba un paisaje gris, monótono, y

extraño a todos los demás, no tenía la distracción ni el refugio de una conversación de viaje.

¿No era Novés una derrota más y una huida de mí mismo?

Había la cuestión con María. Llevábamos seis años de relaciones y no habíamos tenido ningún disgusto. Pero yo había tenido la ilusión de formarla a mi medida -como una vez la tuve con Aurelia-. María se había desarrollado a su manera y yo había fracasado en mi intento. Posiblemente el error fue mío: no es posible forzar la camaradería. En todo caso no era falta suya. Tal vez lo peor era que se había enamorado profundamente y yo no. Se había convertido en absorbente y esto hacía más claro aún que yo no estaba enamorado. Ir a Novés era huir de los inevitables sábados por la tarde y domingos con ella. Huir durante la semana de mi mujer y el fin de semana de la amiga: ¡vaya solución! Pero no era sólo el problema de ambas mujeres.

Ir a Novés era crearme un aislamiento para escapar del aislamiento enervante que me rodeaba a diario. Teóricamente me había resignado a ser un buen burgués, soportar la mujer y la casa en apariencia, disfrutar unos ratos agradables con María y costearme los caprichos que quisiera. Pero en realidad las dos mujeres me tenían hartos y me forzaban a una comedia constante; y el dinero no era ni había sido nunca de gran importancia para mí. En cambio, mis deseos de haber sido un ingeniero, mis deseos de escribir, tenía que darlos ya por imposibles. Me había asomado a la política y aun había tenido ilusiones en 1921, cuando trataba de formar el Sindicato de Empleados de Madrid. Pero indudablemente yo carecía de la flexibilidad que es necesaria para someterse a un partido y hacer carrera política. Pretender que la buena voluntad es bastante para hacer una labor provechosa era ingenuidad. Sin embargo, no podía renunciar a ninguna de estas cosas y resignarme a ser un burgués satisfecho.

Creía aún que tenía que existir la mujer con la cual pudiera componerme y tener una vida en común completa. Se me escapaban los dedos irremediabilmente tras cualquier mecanismo estropeado, o me hundía meses enteros en problemas técnicos profundos que me presentaba mi trabajo, pero que en realidad eran ajenos a él. Me disgustaba la enorme cantidad de literatura barata que abundaba entonces en España, y sentía que podía hacer cosas mejores. Era todavía un socialista. Pero tenía que vivir la vida en que estaba cogido, o que yo mismo habíame creado.

Estaba en una crisis que me tenía sumergido en un marasmo intelectual y hasta físico, con explosiones extemporáneas en las cuales discutía y me enfurecía con los que me rodeaban. Me sentía impotente ante los hechos, los míos personales y los generales del país. Novés era una huida de todo esto; era un fracaso total de mí mismo; era declararse egoísta no por condición sino por cálculo. ¿Egoísta? No, desilusionado y sin esperanzas. La llanura continuaba alrededor de nosotros; la cinta de la carretera se perdía en el horizonte de montañas. Antonio señaló un punto delante de nosotros y dijo:

-Está Novés.

Lo único que se veía era, en la misma línea de la carretera, una bola dorada con una cruz de hierro encima.

-La cruz esa es la torre de la iglesia.

El automóvil se asomó al barranco y se precipitó bamboleante en las calles del pueblo. Paró poco después en una plaza delante de una taberna. Comenzaban a alargarse las sombras, pero aún el sol pesaba con fuerza. Me esperaban Aurelia y la chica mayor. Todos ellos habían venido por la mañana con el camión que había traído los muebles.

-¿Qué habéis hecho?

-Nada, esperándote. Tú comprenderás que con los chicos no se puede hacer nada.

-Papá, la casa es muy grande, ya verás.



-Oh, ya la he visto, tontita. ¿Te gusta?

-Sí. Sólo que da un poquito de miedo. Como está vacía y... tú no sabes lo grande que es. Los enseres estaban descargados en el portal y la casa olía a cerrado. Los mozos del camión habían ido arrimando los muebles contra las paredes y el centro estaba lleno de bultos de ropa de cama, maletas y cajones. Me esperaba una tarea para poner en orden todo aquello. Los chicos -tres- se enredaban entre los pies.

-Con chicos o sin chicos, me vas a tener que ayudar.

-Mira, aquí hay una mujer que quiere venir como criada. Ahora hablas tú con ella y decides lo que quieras. Ha dicho que vendría cuando oyera el coche.

Entró en aquel momento. Pero no sola, sino acompañada de una muchacha de unos diecisiete años y de un hombre de unos cuarenta. Los tres se quedaron en el marco de la puerta, ancha de sobra para enmarcarlos. El hombre se quitó la gorra y la mujer habló:

-Buenas tardes. Yo soy la Dominga, para servirle, y aquí, pues la chica y el marido. Conque usted dirá.

-¿Y qué tengo que decir? Pasen, no se queden en la puerta. ¿Qué querían ustedes?

-Pues la «señorita» ya le habrá explicado. Que como había dicho en casa de don Ramón el de la tienda que ustedes querían una mujer para todo, pues he venido. Así que si a usted le parece bien, pues aquí estamos.

-Bueno, mujer, ¿y en qué condiciones?

Siguiendo la costumbre de los campesinos, la mujer desvió la respuesta:

-Pues la chica vendrá a echar una mano, y entre las dos, ustedes no se preocupen, que la casa estará como una patena.

-Pero bueno, francamente, yo no quiero dos personas.

-No. La chica viene a ayudarme; a ustedes no les cuesta un céntimo. Claro que, si usted tiene la voluntad, comerá aquí, porque es lo que digo: «Donde comen tres, comen cuatro». Pero por lo demás, ustedes sólo tienen que ver conmigo. Yo ya he servido en Madrid antes de casarme y conozco las costumbres de los señores. Y en cuanto a honradez, usted pregunta en el pueblo a cualquiera...

-¿Y qué va usted a ganar?

-Podemos empezar ahora mismo. Por eso ha venido éste, para echar una mano con los muebles. Como está demás.

-Pero contésteme a lo que le pregunto: ¿cuánto quiere usted ganar?

-Pues si a usted le parece, cinco duros al mes y la comida. Por dormir, no se preocupe, que nosotros dormimos en casa, aquí al lado, y si alguna noche hace falta no tiene más que decirlo.

-Bueno, mujer, conformes.

Mariano, taciturno, y yo, nos dedicamos a colocar los muebles y armar las camas. Las mujeres se ocuparon de las ropas, de la cena y de los chicos.

La casa era una vieja casa de labor enorme, de una sola planta, que comprendía en sí diecisiete habitaciones, la mayoría de ellas fuera de proporción. En la habitación elegida para comedor, la mesa era un islote en medio y el aparador una miniatura perdida, se le pusiera en un rincón o en el medio de una pared. Se hizo de noche. Pusimos tres velas, usando botellas vacías como candelabros. Formaban tres círculos de luz encima de la mesa. En el resto de la habitación, trezaba danzas la sombra.

Dominga tuvo una idea:

-Lo mejor será encender un fuego aquí, aunque es agosto.

Tenía la habitación una chimenea de campana, tan grande como una habitación pequeña de nuestro piso en Madrid. Mariano trajo haces de retama y poco después se elevaba una llama alta como un hombre. La habitación se pintó de rojo, las velas eran tres

llamitas pálidas, perdidas.

Cuando terminamos la distribución, la casa seguía vacía y las pisadas resonaban a hueco. Allí se necesitaban los viejos arcones de encina y los aparadores de tres pisos y las camas con dosel y cuatro colchones de nuestros abuelos. Nos acostamos temprano, cansados y en silencio. Mis dos cachorros de perro lobo ladraron en los corrales durante largo rato.

Madrugué a la mañana siguiente. En la puerta esperaban Dominga, la chica y Mariano. Las mujeres entraron y se perdieron en el interior de la casa. Mariano se quedó delante de mí, dándole vueltas a la gorra:

-Me parece que por hoy hemos terminado, Mariano. -Le había dado una propina la noche antes y sin duda volvía al olor de otra.

-El caso es que, verá usted. Como uno no tiene nada que hacer, pues me he dicho, yo voy allá. Y usted manda hacer lo que sea.

Por la cara que debí hacer, se apresuró a agregar:

-Claro que no es que uno venga a por nada. Si usted tiene la voluntad un día, pues da la voluntad, y si no, tan amigos. Al fin y al cabo, a las mujeres siempre las puedo ayudar a cortar leña y sacar agua.

El fondo de la casa era un corral empedrado, capaz de contener media docena de carros con sus mulas, y los pesebres se alineaban a ambos lados. Me llevé a Mariano al corral:

-Bien. Como veo que me tendré que quedar con toda la familia, vamos a ver si arreglamos esto un poco. Me va usted a quitar piedras y vamos a intentar hacer un jardín con unas cuantas flores.

Así, se incorporaron Mariano y su familia a casa. A media mañana fui a ver el pueblo.

Novés se extiende a lo largo de un barranco que atraviesa de norte a sur la llanura. El plano de Novés es como la espina dorsal de un pescado. Una calle muy ancha, por el centro de la cual corre un arroyo de aguas negras que son los residuos del pueblo entero. A ambos lados se abren callejuelas cortas que trepan cuesta arriba, en pendiente áspera. Cuando llueve, el barranco se convierte en torrentera y se lavan las inmundicias del pueblo. Para estas ocasiones el arroyo está cruzado por puentes de trecho en trecho. Uno de estos puentes es un viejo puente romano de piedras ajustadas que se eleva en una joroba aguda. Otro de los puentes es de cemento y sobre él pasa la carretera.

Con excepción de media docena de casas, todas las demás son de una planta, construidas de adobes y jalbegadas. Son todas iguales y reflejan el sol implacablemente. Hay una plaza con unos cuantos árboles pequeños en la que están la iglesia, la botica, el casino y el Ayuntamiento. Esto es todo Novés: en total unas doscientas casas.

Seguí el curso del arroyo sucio, barranca abajo. Pasadas las últimas casas del pueblo, el barranco se abría en un valle abrigado de todos los vientos del llano. Y el valle era un vergel aun en agosto. A ambos lados del arroyo se extendían huertas, con sus cuadrados de vegetales, sus frutales y sus flores. Cada huerta con su pozo y su noria. Había un murmullo de agua y de hierros en el aire. Kilómetro y medio más allá el valle se estrechaba y el arroyo volvía a correr por un barranco que no era más que una grieta en el llano polvoriento. Aquello era toda la riqueza de Novés.

Al regresar me di cuenta de que las huertas en su mayoría estaban desiertas y las norias calladas. Como domingo, no era extraño. Pero, no. Las huertas estaban abandonadas. Se veían planteles pequeños de melones bien cuidados, pero las huertas grandes no parecían haber sido trabajadas en meses. La tierra estaba seca y aterronada. Me asomé a una noria al lado del camino: la cadena de cangilones estaba mohosa, el agua en el fondo del ancho pozo tenía plantas flotando. Aquella noria no funcionaba hacía tiempo. Cuando regresé a casa, Mariano me explicó concisamente:

## LA FORJA DE UN REBELDE III – (La Llama) – Arturo Barea

-Un contra-Dios. La gente sin trabajo y las tierras abandonadas. Usted no lo creará, pero aquí va a haber un día algo muy gordo. Tres años llevamos así, casi tanto como la República.

-¿También aquí tienen ustedes cuestiones? Ya sé que donde hay grandes fincas, los amos no quieren dar trabajo, pero aquí no creo que haya grandes señores.

-Aquí no hay más que cuatro ricos de pueblo. Y aun, si no fuera por Heliodoro, las cosas no irían muy mal, porque los otros no son mala gente. Pero Heliodoro los tiene a todos metidos en un puño, y esto es una guerra continua. -Mariano se excitaba hablando, y ahora sus ojos grises estaban despiertos y sus facciones rígidas se animaban.

-Cuénteme usted lo que pasa.

-Pues muy sencillo. Antes de que viniera la República, pues había unos cuantos, media docena, de muchachos que se habían apuntado, unos a los socialistas y otros a los anarquistas. No sé cómo se atrevían, porque la Guardia Civil no los dejaba en paz y a todos ellos les han molido las costillas más de una vez. Pero claro, cuando vino la República, pues el cabo de la Guardia Civil tuvo que aguantarse y muchos más se apuntaron también. Ahora casi todo el pueblo son socialistas o anárquicos. Y Heliodoro, que siempre ha sido el cacique del pueblo y el que ha mangoneado las elecciones para el diputado de Torrijos, pues hizo lo que siempre; antes, para no perder, unas veces era liberal y otras conservador, y cuando vino la República pues se hizo de los de Lerroux, y ahora como las derechas ganan, pues desde lo de Asturias es de los de Gil Robles. Y en cuanto la gente aquí pidió que se le pagaran jornales decentes, Heliodoro cogió a los cuatro ricachos del pueblo y les dijo: «A estos granujas hay que enseñarles una lección». »Y comenzaron a poner gente en la calle y a no dar trabajo más que a los que se sometían a lo de antes, que también los hay. Y como aquí -lo que pasa en los pueblos-, muchos tienen un trocito de tierra y siempre pasa algo, que la mujer se pone mala o que hay un aluvión en el barranco con las lluvias, pues había muchos que le debían dinero a Heliodoro. Como es el mandón del pueblo, cogió al secretario y al alcalde y puso a todos por justicia para quedarse con las tierras. Y ahora la cosa está muy fea. Ya se puso fea hace dos años, que las gentes se metieron en las huertas e hicieron un destrozo, pero ahora está peor, porque ahora son ellos los que mandan.

-Y los mozos, ¿qué hacen?

-¿Qué quiere usted que hagan? Ahora, callarse y apretarse el cinturón. Cuando lo de Asturias, se llevaron a dos o tres y ahora nadie se atreve a decir una palabra. Pero el mejor día pasa algo. Heliodoro no va a morir en su cama.

-Entonces tienen ustedes aquí un sindicato, mejor dicho, dos.

-No hay sindicato ni nada. Los mozos se reúnen en casa de Eliseo, que tiene una taberna que la ha convertido en casino de obreros, y allí hablan. Eliseo fue anarquista allá en la Argentina.

-Pero ¿habrá un presidente o algo?

-Ca, no, señor. Lo único que hacen es reunirse y hablar, porque nadie quiere líos con el cabo.

-Tengo que ver el casino ese.

-Usted no puede ir allí, señorito. Aquello es para los pobres. Usted tiene el casino de la plaza, que es donde van los señores.

-También voy a ir allí.

-Pues de uno de los dos le echan. Seguro.

-¿Y usted está asociado, Mariano?

-No lo tome usted a mal, pero cuando vino la República me pasó lo que a todos, que nos entusiasamos y me hice de los de la UGT. Pero ya ve usted para lo que ha servido...

-Yo también soy de la UGT.

-¡Atiza! -Mariano se me quedó mirando muy serio-. Vaya un lío. ¡A buena parte ha venido usted a parar!

-Ya lo veremos. Supongo que no va a venir el cabo de la Guardia Civil a darme una paliza.

-No se fie usted mucho, por si acaso.

Aquella tarde, Mariano y yo nos fuimos al casino de pobres, como él lo llamaba.

El casino era un salón amplio con techo de vigas cruzadas, que seguramente fue en tiempos una cuadra. A lo largo de las paredes, un par de docenas de mesas despintadas; al fondo un mostrador pequeño y detrás unos cuantos anaqueles con algunas botellas; en el centro una mesa de billar. Las paredes desnudas y en un rincón un viejo aparato de radio barato, ojival, como una ventana de catedral gótica. La mesa de billar me fascinaba. No podía imaginar cómo pudo ir a parar a Novés. Era una mesa antigua y el paño estaba lleno de costurones remendados con bramante. Tenía ocho patas elefantíacas, y, seguramente atravesadas, podían tumbarse en ella ocho hombres lado a lado y holgadamente. Al parecer la mesa se utilizaba para todo, incluso para jugar al billar, pues estaban jugando una partida en la que el azar y los costurones disponían el rumbo que las bolas seguían sobre el tablero.

Mariano me llevó hasta el mostrador.

-Danos algo de beber, Elíseo.

El hombre detrás del mostrador llenó dos vasos de vino, sin decir palabra. En el salón había hasta unos cuarenta individuos, y de pronto me di cuenta de que todos se habían quedado en silencio y nos estaban mirando. Eliseo me estaba mirando de frente.

La primera impresión de la cara de Eliseo era un choque: tenía en una de las ventanillas de la nariz una úlcera que le había roído parte de ella. Entre los bordes de la lesión, amontonados, casi verdes, brotaban algunos pelos del interior de la nariz. Parecía una llaga de la Edad Media, una llaga bíblica. Lo curioso era que el individuo estaba tan independiente de su llaga que no inspiraba lástima, ni repulsión física hacia él. Era una cosa aparte que atraía la vista por sí propia. Eliseo era un hombre de unos cuarenta y cinco años, más bien bajo y ancho, moreno y tostado, con unos ojos vivos y una boca sensual. Su inspección mientras yo bebía un sorbo de vino tenía algo de provocativa. Cuando dejé el vaso sobre la mesa, dijo:

-Y usted, ¿a qué ha venido aquí? Éste es el casino de obreros, y si no hubiera usted venido con Mariano no le hubiera despachado.

Mariano intervino:

-Don Arturo es un compañero. Está también en la UGT.

-¿De veras?

Le enseñé el carnet del sindicato. Elíseo lo hojeó y levantó la voz:

-Muchachos, don Arturo es un compañero. -Después agregó dirigiéndose a mí-: Cuando ha venido usted al pueblo, nos hemos dicho todos: otro hijo de puta. ¡Como si aquí no tuviéramos bastantes!

Eliseo salió de detrás del mostrador y todos se agruparon en un corro alrededor. Les tuve que explicar un poco cómo andaban las cosas en Madrid. Un vaso de vino es barato. Invité a todos, y la reunión se animó. Había grandes ilusiones y grandes proyectos; las izquierdas volverían a gobernar el país y entonces no sería como antes. Los ricos tendrían que escoger: o pagar jornales decentes o dejar las tierras para que las labraran los otros. Novés sería una huerta colectiva, con su camión propio que llevaría las verduras y la fruta a Madrid cada mañana. Se terminaría la escuela...

-¡Los canallas! -dijo Eliseo-. ¿Usted ha visto la escuela? La República dio el dinero para

### LA FORJA DE UN REBELDE III – (La Llama) – Arturo Barea

ella y mandaron de Madrid un dibujo muy bonito de una casa con unas ventanas muy grandes y jardín. Heliodoro y los que andan con él convencieron a las gentes de Madrid de hacer la escuela en lo alto, en el llano, y allá empezó. Heliodoro cobró buenos cuartos de la tierra, que era suya, y ahora allí están' las cuatro paredes sin terminar.

-La próxima la vamos a hacer nosotros. En el fondo de las huertas. Que aquello es una bendición de Dios -dijo uno.

Eliseo volvió a la primera reacción:

-¡Caray! No sabe usted el alegrón que me ha dado con ser de los nuestros. Ahora les vamos a enseñar a éstos que no somos unos pobres paletos. Claro que le van a tomar a usted entre ojos.

Y aquella noche fui al casino de los ricos.

Consistía en el obligado salón grande con veladores de mármol llenos de hombres tomando café y aguardiente, una mesa de billar y una atmósfera espesa de tabaco, y dentro un salón pequeño lleno de jugadores: la tertulia. Inmediatamente de entrar, un hombrecito pequeño, rechoncho y afeminado en la piel, los modales y la voz, vino directamente hacia mí.

-Buenas noches, don Arturo. Qué, ¿ha venido usted a hacerse socio? Pase, pase. Usted ya conoce a Heliodoro, ¿no? -Y me encaminaba a su mesa.

Sí, conocía al hombre de labios finos hacía el que me empujaba; era el propietario de mi casa. El feminoide dijo afanoso:

-Yo me retiro, sabe, porque estoy preparando los cafés. Pero vengo en seguidita.

Heliodoro estaba sentado con otros dos, vestidos en traje de ciudad.

-Siéntese y tome algo. Aquí estos amigos; son los médicos del pueblo. Don Anselmo y don Julián.

-Tanto gusto.

-Qué, ¿cómo va la mudanza? ¿Se ha instalado usted ya?

Comenzamos una de esas conversaciones banales en las que se habla de todo y de nada. El feminoide me trajo un café y me hizo las mismas preguntas. Uno de los médicos, el don Julián, le interrumpió:

-José, apúntale al señor.

José sacó una cartera del bolsillo que resultó ser un cuaderno lleno de páginas con nombres y columnas de números debajo.

-Bueno, vamos a ver. ¿Cuántos son ustedes?

-Supongo que no tengo que hacer socios a toda la familia.

-¡Oh! No. Esto no es para el casino. Es para la iguala. Aquí yo lo apunto a usted y tiene derecho a médico cuando le haga falta.

-Yo tengo médico en Madrid.

Don Julián terció:

-Bueno, si no quiere no se apunte. Pero le advierto que después, si pasa algo urgente, éste -y señaló a su colega- le pasará la cuentecita. Si se ha pinchado un dedo y lo saja, pondrá: «Por una operación quirúrgica: 200 pesetas».

-¿Y si lo llamo a usted?

-Es lo mismo. La cuenta se la pasará éste.

-Bueno. Apúnteme. La mujer, los chicos y yo. Seis.

-¿En qué categoría lo ponemos, don Julián?

-Eso no se pregunta. En la nuestra.

-Pagará usted cinco pesetas al mes. ¿Y qué hacemos con la criada?

-Supongo que la criada estará igualada.

-Sí, está, está. Pero no paga. Así que está dada de baja, y si tiene un accidente del

## LA FORJA DE UN REBELDE III – (La Llama) – Arturo Barea

trabajo, pues va usted a tener que pagar.

Don Julián soltó una risita:

-Figúrese que se quema con el puchero. Éste, «por una operación quirúrgica y asistencia, 200 pesetas».

-Apunte usted a la criada.

-Dos pesetas. ¿Quiere usted pagar ahora? Yo soy el cobrador. Le hago los recibos en un momento.

José se embolsó sus siete pesetas. Desapareció en su cueva y reapareció a los pocos momentos con un paquete de cartas en la mano.

-Se tallan veinte duros -dijo.

Y se marchó al salón del fondo, instalándose en un asiento alto detrás de la mesa grande:

-Muchachos, hay cien pesetas, si nadie pone más.

Bacará. La clientela se fue agrupando alrededor de la mesa. Las sillas las fueron ocupando al parecer los más distinguidos. José barajaba incansablemente.

Nos sentamos todos. Una voz dijo:

-Copo.

Un hombre magro, vestido de luto, de movimientos nerviosos y algo febril en sus accionamientos, puso un billete de cien pesetas sobre la mesa. José dio cartas y uno recogió el billete. El hombre soltó una blasfemia en voz baja. Comenzó el juego general.

-Mal empieza, Valentín -dijo un viejo huesudo que estaba de pie detrás de él.

-Como siempre, para no variar, tío Juan.

El viejo meneó la cabeza con sentimiento y no dijo nada. Valentín puso veinticinco pesetas. El resto de los jugadores apostaban cantidades pequeñas, a lo más de dos pesetas. Se veía que la atención de todos estaba concentrada en el juego de Valentín y de José. A los pocos pases alguien dijo detrás de mí:

-Como todas las noches.

Efectivamente, las posturas de Valentín iban desapareciendo, unas tras otras, casi sin falla. El resto de los jugadores jugaba ahora en contra descaradamente. Al cabo de una hora Valentín había agotado su dinero. José pidió una continuación. Valentín protestó:

-Eso no está bien.

-Pero hombre, si se han acabado los cuartos no tengo yo la culpa.

-Heliodoro, dame cien pesetas.

Heliodoro le dio cien pesetas. Valentín las perdió al poco rato.

-Te vendo la mula, Heliodoro.

-Te doy quinientas pesetas por ella.

-Vengan. -Heliodoro sacó quinientas pesetas de la cartera y las puso en la mesa. La mano del tío Juan se interpuso.

-Valentín, no vendas la mula.

-Creo que puedo hacer lo que quiera.

-Bueno. En ese caso yo te doy mil pesetas por ella.

-¿Ahora?

-No. Mañana.

-Mañana no me hacen falta. -Valentín cogió los billetes y Heliodoro comenzó a escribir una hoja de papel. Al final la alargó a Valentín.

-Fírmame el recibo.

Se cambiaron las tornas del juego. Ahora Valentín acumulaba delante de sí billetes, mientras José incansablemente iba reponiendo la banca. Alguien abrió la puerta de la

calle:

-¡Buenas noches! -gritó la voz.

José recogió la baraja y su dinero y los demás el suyo. En un momento se distribuyeron por las mesas en grupos, charloteando ruidosamente. Fuera se oían los cascos de unos caballos sobre las piedras; pararon a la puerta del casino y entró una pareja de la Guardia Civil; un cabo y un número.

-Buenas noches a la compañía.

José se deshizo en obsequios y zalemas. Los guardias civiles aceptaron un café. El cabo levantó la cabeza y se quedó mirándome:

-Usted es el forastero, ¿eh? Ya sé que ha estado usted esta tarde en casa de Eliseo. -Se volvió paternal-: Le voy a dar a usted un consejo: aquí nadie se opone a que haga usted lo que quiera, pero nada de mítines, ¿eh? Aquí no quiero señoritos comunistas.

Se limpió los bigotes escrupulosamente con un pañuelo, se levantó y se marcharon los dos. Me había quedado estupefacto. José vino a saltitos:

-Tenga usted cuidado con el cabo, porque tiene malas pulgas.

-Me parece que mientras no cometa ningún delito, no tengo nada que temer.

-No es que yo quiera decir nada, pero no le conviene a usted ir a casa de Eliseo. La verdad es que allí no se reúne más que la canalla del pueblo. Claro que usted todavía no conoce a la gente...

Heliodoro escuchaba atento. Valentín se aproximó a nosotros con la cara radiante y un puñado de billetes en las manos. Heliodoro dijo:

-Qué, ¿te has desquitado?

-De hoy y de ayer, y si no es por los guardias, le pelo a éste. - Y le dio un manotón a José en las espaldas redondas.

-Espérate a mañana -replicó el otro filosóficamente.

Valentín alargó unos billetes a Heliodoro.

-Toma. Tus seiscientas pesetas. Y gracias.

-¿Qué me das ahí?

-Las seiscientas pesetas.

-A mí no me debes nada. Bueno, sí, me debes cien pesetas que te he dado antes, pero las quinientas eran la mula.

-Pero ¿tú crees que te voy a dar por quinientas pesetas una mula que vale 2.000?

-No me la vas a dar. Me la has dado. ¿No me has vendido la mula? ¿Sí o no? Aquí hay testigos y el recibo lo tengo en el bolsillo. Así que me parece que no hay nada que discutir.

Valentín hizo un ademán de avance hacia Heliodoro:

-Eres un hijo de puta.

Heliodoro se llevó una mano atrás del pantalón, sonriéndose frío:

-Mira, mira. Tengamos la fiesta en paz. Si no quieres perder, no juegues. Buenas noches, señores.

Heliodoro salió lento sin volver la cabeza y detrás de él otro de la reunión que se quedó mirando fijamente a Valentín. El tío Juan cogió a Valentín por un brazo:

-¡Hala, déjate de tonterías! La mula la has vendido y no hay nada que hacer. Lo que hacía falta es que te sirviera de lección.

-Pero ese tío es un hijo de puta. -Valentín estaba a punto de llorar de rabia-. Y además se guarda las espaldas con ese...

José repartió unas copas de aguardiente entre todos:

-Bueno, bueno, haya paz. El que más ha perdido soy yo.

Pero no se reanudó el juego. Poco después salíamos todos a la calle blanca de luna. El

tío Juan emparejó conmigo:

-Llevamos el mismo camino. ¿Qué le va pareciendo el pueblo?

-¿Qué quiere usted que le diga? Para un día ya es bastante.

-Aquí estábamos comentando todos el que haya ido usted a casa de Elíseo, y yo creo que el cabo ha venido solamente para verle a usted.

-Pero ¿aquí no hay Guardia Civil?

-No. Son de Santa Cruz, pero las noticias corren pronto. A mí personalmente me parece bien lo que ha hecho y así se lo he dicho a todos, pero como no tenga usted buenas agarraderas, le van a hacer difícil la vida en el pueblo.

-Mire usted; no pienso meterme en la vida del pueblo, porque al fin y al cabo yo no voy a venir por aquí más que dos días a la semana. Pero si yo quiero beberme un vaso de vino donde sea, no me lo van a quitar. ¿Qué es lo que pasa aquí?

Sabía que estaba eludiendo el problema y sentía a la vez que no podría eludirlo mucho, mientras escuchaba la voz serena del viejo contándome una historia que me parecía haber oído ya contar cientos de veces y que cada vez despertaba mis odios. Heliodoro era el amo del pueblo; había heredado su posición de usurero y cacique de su padre y su abuelo, que ya lo habían sido en tiempos de Cánovas. La mitad de las tierras y casas eran de él, y los pocos que aún labraban sus propias tierras de él dependían. Cuando vino la República las gentes habían tenido la esperanza de una vida nueva y mejor; unos pocos de los propietarios independientes se habían atrevido a pagar los salarios más altos, pero Heliodoro había anunciado que la gente que quisiera trabajar para él tendría que hacerlo en las viejas condiciones. Si no, a él no le importaba, porque «él no necesitaba trabajar la tierra para vivir». Hacía dos años, en su desesperación, los hombres se habían amotinado y destruido algunos árboles frutales y plantas en las huertas de Heliodoro; desde entonces no volvió a dar trabajo a nadie. Y desde que su partido -el de Gil Robles- estaba en el poder, ya no dejaba en paz a los pocos que había independientes.

-La dificultad mayor que puso fueron los camiones. Él tiene dos camiones y con ellos llevaba el grano y los frutos a Madrid. La mayoría le vendían a él los frutos. Se negó a comprar más, y claro, la gente trató de alquilarle los camiones; dijo que no. Vinieron unos camiones de Torrijos, pero como el diputado es por Torrijos, al poco tiempo los camiones no vinieron más. La gente tuvo que buscar camiones en Madrid. Claro que esto ya salía muy caro, porque los camiones venían vacíos y había que pagarlos doble, pero aun así, podían vender. Heliodoro comenzó a darle vueltas al magín y un día se marchó a Madrid. Ahora yo no sé si usted conoce cómo funciona el mercado en Madrid.

-No, realmente.

-Usted lleva el fruto que quiere vender y en el mercado hay unos individuos que se llaman asentadores que son como los agentes de venta. Ellos tienen el sitio en el mercado y reciben la fruta y le ponen precio con arreglo a la calidad y los precios del día. Y ellos se encargan de venderla y de liquidarle a usted la cuenta, menos su comisión. Pues bien, después del viaje de Heliodoro, Paco, uno de los huertanos más ricos que hay aquí -pero claro que no tiene más riqueza que su trozo de tierra-, mandó al mercado un camión grande lleno de pimientos encarnados que era gloria verlos y que bien valían un puñado de pesetas. Entonces se pagaban a dos pesetas la docena y más. A los tres días volvió indignado y nos contó en el casino lo que le había ocurrido: cuando llegó a Madrid, un asentador después de otro le dijeron que no tenían sitio disponible para poner los pimientos y que tenía que esperar a que se desalojara alguno de los sitios. Los pimientos se quedaron en el camión, hasta por la tarde, pero por la tarde los tuvo que descargar alquilando un almacén. Al día siguiente los asentadores volvieron con la



misma historia y con que había muchos pimientos en el mercado. Le ofrecieron quinientas pesetas por todos. Dijo que no y se pasó otro día. Los pimientos son muy delicados, y al tercer día, los de debajo estaban hechos caldo. El hombre los tuvo que vender en trescientas pesetas y de ahí pagar el almacén, la posada y el camión. Si se descuida un poco tiene que poner dinero encima.

«Cuando nos acabó de contar esto, con las tripas que puede usted imaginarse, Heliodoro se echó a reír y dijo: "Si es que no entendéis los negocios. De Novés, no vende fruta en Madrid nadie más que yo". Y ahora, ahora la gente tiene que venderle a él, que paga lo que quiere, y además someterse a lo que él quiera, porque si no, no compra. Así que, ahora, mientras el pueblo se muere de hambre, él tiene las tierras sin trabajar y está ganando más dinero que nunca con los pocos que siguen trabajando. Con lo de esta noche de Valentín, ya tiene usted una idea de la clase de tipo que es. Ese que salió detrás de él es uno que era agente electoral cuando su padre, y andaba con la garrota en la mano cuando había elecciones. Una vez le pinchó a uno, pero a los seis meses estaba en casa, más flamenco que nunca. Ahora le guarda las espaldas a Heliodoro, porque créalo usted, a ese hombre un día le dan un golpe.

Habíamos llegado a la puerta de casa.

-Bueno, usted ha llegado. Venga usted un día al molino. Es un paseo que le gustará y además tengo un buen vinillo.

El tío Juan se alejó y yo me quedé con la mano sobre el picaporte. Sonaban las pisadas del tío Juan alejándose, isócronas, con un ritmo de hombre sano y fuerte. Tratando de perseguir con el oído aquel ruido que se alejaba, los otros ruidos de la noche cobraron vigor: en las charcas del sucio arroyo que partía el centro de la calle croaban alegres las ranas; del fondo del barranco venía el chirrido sin fin de las chicharras. Se oían saltitos y chapuzones, zumbidos tenues de insectos nocturnos y chasquidos sabe Dios de qué viejas vigas que se estremecían. Una luna blanca, metálica, dividía la calle en dos bandas. Una profundamente negra en la que yo estaba, otra agresivamente blanca que ponía luces en las lisas paredes de cal y chispas en los cantos agudos. Dormía el pueblo y bajo aquella luz era hermoso. Escuchando en la calma de la noche, parecía sentirse el latido del pueblo dormido, como una fuerza oculta tras las paredes blancas.

Dentro del caserón todos dormían también. En el comedor, el fuego lanzaba sombras gigantes a las paredes y los dos perros eran dos manchas negras con bordes rojos de sangre. Me senté entre ellos, en la hipnosis de ver retorcerse las llamas.

Y era como si la casa estuviera vacía. Y yo.

## La tela de araña

### Capítulo II

La Puerta del Sol es el centro de Madrid, y la calle de Alcalá que arranca allí en su lado noreste es la calle más importante de la ciudad, aunque si intentáis recorrerla por primera vez no lo creeréis al principio. Su entrada es estrecha como la de un callejón y allí se embotellan en las horas de tráfico las dos corrientes de transeúntes que van y vienen en el espacio de dos aceras de poco más de un metro de anchura. No podéis echaros al medio de la calle, porque por allí se precipita una masa de automóviles compacta que sólo se interrumpe cuando pasa un tranvía. Cuando dos tranvías coinciden en direcciones opuestas, taponan la calle por completo; tal es su ancho. Os tenéis que resignar o dejaros arrastrar por la masa humana que va en vuestra misma dirección y avanzar lentos con su movimiento. Os envolverá un olor general de gasolina quemada de los coches al paso, y un olor de hierros calientes de los tranvías; y más próximo, el olor humano de los que os rodean; os puede tocar un mozo de cuerda o una *demi-mondaine* al lado vuestro y se os meterá por la nariz el olor a sudor agrio o el olor a heliotropo barato.

Cuando pasáis por la puerta de cada uno de los cafés que allí existen os abofeteará la cara una bocanada espesa de humo de tabaco y multitud, y más arriba os envolverán los humos de la sartén donde fríe sardinas en la puerta de su establecimiento el tabernero del número cinco. Es inútil que vayáis por la acera opuesta, porque allí hay también cafés congestionados y otra taberna con otra sartén.

Pero las dos sartenes son el fin de vuestros trabajos. Cuando rebasáis su altura, la calle y las aceras se ensanchan y podéis respirar ampliamente. También los oídos descansan, porque mientras estáis en este trozo de calle, el ruido es ensordecedor: campanas de tranvía, bocinas y cláxones, vendedores ambulantes, pitidos del guardia que regula la circulación, las conversaciones elevadas en tono para poderse entender y el patalear de la muchedumbre, el trepidar de los tranvías y el chirriar de frenos de los coches.

Después, la calle es señorial: las aceras amplias para una docena de personas en fila, los tranvías perdidos en el centro de la calle y los automóviles con sitio sobrado a ambos lados para pasar tres en fondo. Los edificios son extensos y sólidos: piedra en la acera de la izquierda, en los palacios de la vieja Aduana y de la Academia de San Fernando, cemento y hierro en la acera opuesta. Os encontráis en una calle de bancos y oficinas y de comercios lujosos, salpicada de clubs elegantes, de bares y cabarets, con luces de neón centelleando en la noche. Al final de la calle están el edificio de piedra del Banco de España a un lado, el palacio escondido entre jardines del Ministerio de la Guerra al otro. Y en medio, una amplia plaza en el centro de la cual hay una fuente con la diosa Cibeles en un carro triunfal tirado por dos leones que lanza chorros de agua a lo alto. El pavimento de la plaza es gris plata, los edificios son blancos; el verde de los árboles y la luz del amplio cielo envuelven y borran los detalles presuntuosos de la arquitectura. El paseo no os tomará más de un cuarto de hora y habréis visto la calle de Alcalá.

Si cruzáis la plaza de la Cibeles, podréis seguir la calle de Alcalá durante una hora más, pero ya no es tal calle, tal como los madrileños la entienden. Es una calle nueva que hemos visto nacer a continuación de la otra y que por lo tanto no es para nosotros la misma. Ni aun la llamamos así. Decimos: «calle de Alcalá arriba», para hacer claro que no hablamos de «nuestra» calle de Alcalá.

## LA FORJA DE UN REBELDE III – (La Llama) – Arturo Barea

En el invierno, los vientos de la sierra de Guadarrama barren la calle y los transeúntes van rápidos. Pero en el buen tiempo, las anchas aceras se convierten en paseo y los cafés sacan a ellas sus veladores de mármol. A la puesta del sol se va acumulando allí una muchedumbre inmensa que pasea lenta arriba y abajo entre el Banco de España y la calle de Sevilla por un lado, y entre el Ministerio de la Guerra y la calle de Peligros por otro, sin entrar en el cuello de la botella. En las mesas se forman las peñas de gente conocida, gesticulantes y ruidosas, que a veces reúnen curiosos a su alrededor que contemplan al torero, al político o al escritor de fama y escuchan sus palabras. Los periódicos de la tarde llenan la calle de gritos y las gentes esperan a los que se retrasan en salir. Después, poco a poco, se dispersan en busca de la cena.

Durante el día la calle es calle de negocios y las gentes van afanosas arriba y abajo haciendo girar las puertas de molino de los bancos con un rebrillo de cristales. Y día y noche la calle tiene sus habitantes fijos que parecen vivir allí, en sus aceras: toreros sin contrata, músicos sin orquesta, cómicos sin teatro. Se cuentan sus miserias y sus dificultades y esperan la llegada de un conocido más afortunado que les resuelva el problema de comer un día más; trotacalles que entran y salen en el bar más cercano mirando recelosas por si un policía las detiene en el trayecto; floristas con sus ramitos de violetas o sus varitas de nardos, asaltando a los concurrentes de los bares y restaurantes de lujo; el hombre sin piernas dentro de un carrito de madera que hace andar con las manos y sobre el cual llueven las monedas todo el día; el mendigo que nunca perdió una corrida de toros, buena o mala, y a quien saludan ministros y hampones.

Muy tarde, en la madrugada, en los escalones de la puerta de la iglesia de las Calatravas hay un bulto que duerme envuelto en un mantón; es una mujer con un niño de pecho. La encontráis allí en invierno y en verano. La he visto durante veinticinco años y es para mí el misterio mayor de la calle de Alcalá. ¿Son una mujer y un niño fantasmas que nunca envejecen? ¿O es un feudo que se transmite entre los mendigos de generación en generación?

En este trozo de la calle de Alcalá estaba mi oficina.

Mi despacho era el remate de una torreta en uno de los edificios más elevados de la calle. Era como una especie de jaula de hierro y cristal con sólo dos paredes de fábrica, una que daba al resto de la oficina y otra que era la pared medianera de la casa inmediata. El techo era de cristal; grandes losetas de cristal translúcido encajadas en una trabazón de vigas de acero; el suelo era de cristal: baldosas más pequeñas encajadas en una red de varillas de acero; y las dos paredes, una a la calle y otra a una terraza amplia, paneles de vidrio enmarcados en viguetas de acero. En invierno, dos radiadores enormes luchaban contra la atmósfera de frigorífico; en verano, la jaula quedaba envuelta en lonas, se abrían los ventanales y la puerta de la terraza y el aire circulaba libremente, contrarrestando el calor tórrido del sol sobre el vidrio y el acero. Desde allí veía un cielo luminoso inmenso que empequeñecía los blancos edificios y convertía en insectos la multitud allá abajo en la calle.

Era una jaula sobre la ciudad; pero yo la llamaba el confesonario. Allí se encerraban conmigo los inventores. Discutíamos tumbados a medias o hundidos en los grandes sillones de cuero o inclinados sobre el tablero de dibujo, y muchas veces era como si yo fuera un confesor.

El inventor humilde, visionario, que venía con sus dibujos en una cartera de cuero que compró especialmente para ellos -él, que nunca usó una cartera semejante-, no acertaba a abrir su broche, y se dejaba caer en el sillón:

-¿Quiere usted cerrar la puerta?

Me volvía a María y le decía:

-¿Quiere usted dejarnos solos, señorita? Ya le avisaré. -Se marchaba cerrando la puerta tras sí.

-Pues... yo he venido aquí, porque don Fulano -otro cliente- me ha dicho que son ustedes de toda confianza y que uno puede hablar.

El hombre retorció las frases, rehuyendo tener que mostrar sus dibujos, temiendo que le robaran los millones que iba a ganar.

¡Qué trabajo costaba convencer a estos hombres de que su invento no era invento y que el mundo lo conocía hacía ya muchos años! O que su mecanismo reñía con los principios de la mecánica y no podía funcionar. Unos, muy pocos, se convencían y se iban agobiados, destruidos; los había matado, y me daban pena. Pero la mayoría me miraban con sus ojos febriles, con lástima, con mucha lástima, y exigían que les solicitara la patente. ¡Yo no podía comprender su genio! Pero ellos habían venido a mí, no a convencerme, sino a que les obtuviera una patente. Después, ellos convencerían al mundo de su invento. Y como una patente es un documento que se expide a todo el que la solicita y paga los derechos al Estado, accedía. Se llenaban de júbilo y me invitaban a comer; tenía que escucharles cómo se les ocurrió la idea, el calvario que habían pasado y sus esperanzas fantásticas. Porque el inventor ingenuo cree que su invento va a revolucionar el mundo y tiene una aritmética especial para su uso particular.

¡Oh, son modestos, muy modestos en sus ganancias! Pero no en su invención.

-Imagine usted -me decían- que sólo uno entre mil de los habitantes de España compre mi aparato. A cinco pesetas son cien mil pesetas. Y luego, llévelo usted a América, con los millones de gente que hay allí. ¡Millones de dólares, mi amigo! -Porque América es La Meca del inventor.

Pero éstos eran los inocentes del confesonario. En aquellos sillones profundos de cuero se hundían más veces grandes figuras de la industria y de los negocios y allí volcaban todo su poder y todo su cinismo. ¡Los negocios son los negocios!

Un catedrático de la Universidad Central de Madrid, profesor de química, descubrió un procedimiento para disolver las sales alcalino-térreas, hasta entonces insolubles. La solución de este problema suponía una revolución en varias industrias, y el inventor era consciente de ello. Para la obtención de azúcar se tritura la caña o la remolacha y se produce una melaza que contiene el azúcar en solución. De esta melaza se obtiene del 14 al 17 por 100 de azúcar contenido, porque la presencia de las sales alcalino-térreas impide separar el resto. Nuestro cliente lograba separar del 85 al 92 por 100. Es decir, se podía obtener cinco veces más azúcar y cinco veces más barato.

Cuando la patente estaba en trámite a través de varios países del mundo, se presentó un día en el confesonario el gerente de una sociedad alcoholera. Una sociedad que figuraba como española, pero que en realidad era alemana y de hecho tenía el monopolio del alcohol industrial en España.

-Barea, quiero una copia de esa patente.

-Está en trámite y no puedo dársela sin orden del inventor.

Me mostró una carta del inventor autorizándome a darle una copia y toda clase de detalles. La leí, y comenzamos a hablar:

-¿Qué opina usted de la patente?

-Creo que es genuina. Inglaterra la ha concedido y Alemania también.

-Pero ¿usted cree que esto funciona?

-A mí me lo ha demostrado prácticamente en su laboratorio. Industrialmente no sé, pero en el laboratorio es un juego de niños.

-Bien. Quiero que plantee usted un pleito de nulidad de esta patente. -La sociedad era un

viejo cliente nuestro.

-Lo siento, pero no podemos hacerlo. Somos los agentes del inventor.

-Ya lo sé. Lo que quiero es que se encarguen ustedes del asunto. Es decir, de dirigir el asunto, no de figurar en él. Figurará el abogado de la compañía. Pero el abogado no sabe una palabra de la ley de patentes.

-Pero es un pleito perdido. La patente es sólida y real y no se podrá anular.

-También lo sé. Pero... bueno. Le voy a explicar la situación. Nosotros compramos a la Azucarera todos los residuos de la melaza para hacer alcohol. El inventor ha firmado un contrato con la Azucarera, lo cual quiere decir que las melazas van a tener un cinco por ciento de azúcar en lugar de un ochenta y cinco por ciento. Comprenderá usted que estamos en nuestro derecho de defender nuestro negocio. En el momento que pongamos pleito a la patente, la Azucarera suspende el contrato.

-Pero la patente no la anulan ustedes.

-¡Claro que no! Pero el inventor es un profesor de universidad y nosotros tenemos millones. El pleito va a recorrer todas las instancias, y va a durar años. El abogado lo tenemos a sueldo en la casa. El único gasto son los honorarios de ustedes y los derechos. La patente no la anulamos, pero al inventor lo arruinamos.

No aceptamos el negocio, pero tuvimos que tomar la defensa del cliente. El contrato con la Azucarera se anuló. Su fortuna personal, unas doscientas mil pesetas heredadas de su familia, se consumió en pleitos. La patente se mantuvo firme, pero la gran industria se rió al fin.

Durante cinco años he manejado los asuntos de este cliente y jamás he visto un calvario semejante. Una firma holandesa se interesó por la patente: explotaba el azúcar en las Indias neerlandesas. Cuando comprobó la realidad de la patente, le ofreció cinco mil florines por todos los derechos. El inventor rechazó indignado la proposición. Le replicaron que su único interés era tener la patente como defensa, porque, ¿quién se iba a preocupar de llevarla a la práctica cuando lo que sobraba en el mundo era azúcar, y el negocio estaba en crisis por exceso de producción? Una entidad norteamericana fue más brutal: «No sabemos qué hacer con el azúcar de Cuba, y ¿quiere usted que le paguemos dinero por el derecho de fabricar cinco veces más barato un producto que no se vende?».

Personalmente, no me interesaba el inventor, pero me interesaba el problema económico que planteaba esta patente. El azúcar en España era uno de los artículos de primera necesidad más caros. Constituía en realidad el monopolio de un trust que controlaba los precios de la remolacha y tenía profundas ramificaciones en la política para mantener unos aranceles prohibitivos al azúcar extranjero. Se pagaban precios de hambre al cultivador aragonés de remolacha y se marcaban precios exorbitantes a un consumidor que carecía de la posibilidad de elección. Las clases pobres consideraban el azúcar un artículo de lujo. Lo habían considerado siempre desde que España perdió la isla de Cuba. Aún recordaba yo la parsimonia con que mi madre prodigaba la cucharadita de azúcar en su café.

No era éste un caso aislado, ¡no! Mi confesonario ha visto desfilar entre sus paredes de acero y cristal a docenas de tiburones de la industria y de las finanzas, cada uno con su idea recóndita para acrecentar sus millones, aun a costa de vidas humanas. A mi confesonario venían los hombres que viajan a través de Europa en avión y firman contratos fantásticos entre vuelo y vuelo. Algunos ganan miles de pesetas por día. Costosos agentes de amos que se ocupan en el incógnito, llegaban, impecablemente vestidos, aunque no siempre les sentaba bien la ropa; se instalaban en los mejores hoteles; eran refinados en sus maneras; exquisitos, suaves y convincentes en sus tratos;

y a menudo increíblemente brutales y primitivos en sus diversiones después del negocio. Los he visto vestidos y desnudos, en negocio y en juerga; porque era mi trabajo ser el agente de estos agentes.

Tengo que hacer una aclaración: yo no creo que todo hombre de negocios es un canalla. He conocido y conozco muchos industriales y comerciantes honrados y sanos, con su defecto humano de querer ganar más y más. No hablo de éstos, sino de los otros. De los comerciantes e industriales que personalmente no existen. De los que no se llaman Muller, Smith o Pérez, sino que se esconden bajo un anónimo y se llaman la Deutsche A.G., la British Ltd. o la Ibérica S.A., y que en la impunidad de este anónimo, sin que nunca se encuentre al responsable, acaparan negocios, imponen precios y destruyen países. Sus directores y sus agentes comerciales no tienen más que una consigna: el dividendo. Los *concerns* y los *trusts* no están interesados en que sus agentes sean personas honradas, sino en que sean personas que sepan aparecer como honradas legalmente. Si es necesario sobornar a un ministro para que firme una ley, la sociedad da el dinero, pero es necesario que el agente sepa hacer de forma tal que nunca pueda probarse que fue la sociedad quien pagó.

Desde mi punto de observación del mecanismo económico, llegué a conocer estas entidades que pueden regalar acciones liberadas a reyes empobrecidos o avariciosos y hacer y deshacer ministros para pasar una ley de la cual muchas veces no ya el país, sino ni aun los diputados de la Cámara se enteran.

Pero son demasiado poderosas para que simples palabras las hieran. Yo sabía quién pagó doscientas mil pesetas por el voto del más alto tribunal de España en el año 1925, para que se resolviera un pleito a su favor en el que se discutía nada más ni nada menos que el que España pudiera o no tener una industria aeronáutica propia. Sabía que los fabricantes de paños catalanes estaban a merced de un *concern* de industrias químicas -las Industrias Químicas Lluç- que figuraba como español pero que de hecho pertenecía nada menos que a la I.G. Farben-Industrie. Sabía quiénes pagaron y quiénes cobraron miles de duros para que el pueblo español no pudiera tener aparatos de radio baratos, a través de una sentencia injusta. Y quiénes fueron los que a través de la ceguera estúpida de un dictador de cuarto de banderas se apoderaron del control de la leche en España, arruinaron a miles de comerciantes honrados, arruinaron a los granjeros de Asturias y obligaron a pagar al público leche más cara y sin valor nutritivo. Pero ¿qué podía hacer yo?

Por el confesonario, por «mi confesonario», pasaban estos hombres y estas cosas. Yo era una ruedecilla insignificante de la maquinaria, pero la fuerza tenía que pasar a través de mí. No tenía derecho a pensar ni a ver. Se me consideraba como un complemento de ellos, como uno más que estaba haciendo su carrera. ¡Y se confesaban conmigo!

En la escuela me había visto entre el engranaje de un sistema hipócrita de enseñanza que comerciaba con la inteligencia y la miseria para atraer al internado a los hijos de los mineros ricos. En el ejército me había visto entre el engranaje de los obreros de la guerra, maniatado por un código militar y por un sistema que impedía probar nada, pero que permitía destruir fácilmente a un sargento. Ahora me veía en otro engranaje, al parecer menos brutal, pero mucho más sutil y eficaz. Podía rebelarme, pero ¿cómo?

A un juez no podéis ir a contarle que el gerente de una sociedad alcohólica trata de despojar a un inventor de su trabajo y a una nación de azúcar cinco veces más barato. Los jueces no están para eso. Los jueces están para perseguirnos a vosotros, porque habéis violado un secreto profesional y esto es delito. Lo otro... lo otro son negocios y en negocios todo es legal. La sociedad puede atacar una patente que cree nula; el inventor tiene el derecho legal de defenderse. Si no puede, si no tiene los millones

necesarios para enfrentarse con una sociedad anónima y para resistir cinco años de pleito, esto no es culpa del juez ni de las leyes, es mala suerte del inventor.

Si yo planteo una denuncia semejante, el juez se ríe de mí y mi jefe me pone en la calle. Pierdo mi prestigio de trabajador leal e inteligente y se me cierran todas las puertas. Me muero de hambre bajo el dedo acusador de la familia que me llama idiota. Puedo ir a la cárcel por calumnia. Por calumniar a los que arrebataron la nata de la leche a los niños de Madrid; por calumniar a los que les arrebataron el azúcar; por calumniar a personas decentes, honorables, que hacen negocios lícitos...

Estaba pensando todo esto mientras escuchaba al abogado de la embajada alemana, Rodríguez Rodríguez. Me explicaba todo el proceso que habíamos de seguir para atacar unas patentes sobre la fabricación de rodamientos para ferrocarriles. Lo que se discutía en este caso era obtener la orden de compra de la Compañía de Ferrocarriles del Norte para varios millares de rodamientos especiales, un pedido que andaba por el millón de pesetas. Los rodamientos eran creación de una sociedad francesa, pero el enemigo era la compañía de ferrocarriles del Estado alemán, la Reichsbahngesellschaft.

Rodríguez Rodríguez era el prototipo de señorito de Madrid. Su padre había sido abogado de la embajada y de muchos miembros de la industria pesada alemana por muchos años, y él le había sucedido en el cargo. Su único mérito como abogado era poseer el título de tal. Pero los alemanes utilizaban esta cualidad en dos direcciones: una, para no llamar la atención sobre sus pleitos, porque los pleitos llevados por grandes figuras del foro aparecen en las páginas de los periódicos; otra, para utilizar a Rodríguez como un instrumento en sus maquinarias. Rodríguez se envanecía con su posición. Su último viaje a Berlín le tenía desquiciado. Había tenido un accidente de automóvil y se había roto un brazo. Se deshacía en alabanzas a los hospitales y los médicos alemanes. Además, le habían hecho miembro del Partido Nacional-socialista. Cuando acabó su consulta sobre el pleito me mostró una fotografía que se había hecho en uniforme.

-¿Qué le parece?

-Está usted magnífico. Pero dígame, Rodríguez, ¿a usted qué le va ni qué le viene en esta cuestión de los nazis?

-Hombre, muchas cosas. En primer lugar, no me negará usted que es una distinción. Pero aparte de eso, yo estoy convencido de las doctrinas de Hitler. Vea usted lo que ha pasado en España con lo de Asturias. Si no se hubiera sentado la mano, a estas horas tendríamos un Lenin y seríamos vasallos de Rusia.

-Puedo admitir que tenga usted sus ideas contra los socialistas y hasta contra los republicanos, pero ¿no le parece a usted que así se convierte en un vasallo de Hitler, lo cual es irse al otro extremo?

-¡Por mí, encantado! ¡Qué más quisiéramos los españoles que los alemanes nos civilizaran!

-Amigo Rodríguez, lo siento, pero no estamos de acuerdo. ¿Qué pasa en Alemania? Mejor lo sabe usted que yo. Hemos trabajado juntos bastantes años para saber lo que puede esperarse de Junkers y Scherings y Farben-Industries; y no me negará usted que son ellos los amos de Alemania.

-Mire usted, Barea. En este mundo no hay más que dos posiciones: o que le coman a uno o comerse a los demás. Yo, naturalmente, miro por mi porvenir, pero también por el de mi patria.

-¡Y claro, se endosa usted un uniforme alemán!

-Pero estoy haciendo patria. Esto no es un disfraz. Es que estamos trabajando para convertir a España en una nación fuerte.

-¿Quiénes están trabajando?

-Los alemanes y... un puñado de españoles, como yo, que nos hacemos cargo de la realidad de los hechos. Crea usted que no soy yo solo el único nazi que hay en España.

-No. Ya sé que desgraciadamente son bastantes. No sé si con uniforme del Partido, pero sí de una manera parecida.

-Desde luego, el uniforme no se lo dan a todos, ni les hacen miembros como a mí. Pero es que al fin y al cabo, ya es como si fuera un súbdito alemán.

-Con la diferencia de que es usted español. Ya sé que le envían a Alemania con pasaporte diplomático y cargado de recaditos de acá para allá. Pero, francamente, Rodríguez, no creo que se haya metido usted en un buen negocio.

-Ya nos lo dirá el tiempo. Y usted ya cambiará. No le quedará otro remedio.

Se marchó Rodríguez y me fui a comer. Era sábado y por la tarde cogí el autobús a Novés.

Un puentecillo en V invertida sobre un barranco húmedo, el fondo tapizado de hierbas y plantas aromáticas, poblado de millares de ranas. El resto del paisaje, la tierra parda de Castilla cortada en líneas paralelas por los surcos del arado. Enfrente del puentecillo, la puerta del molino cubierta por una parra enorme que trepaba por las paredes. El caserón, un manchón de cal más blanco y más duro aún por el sol, por el fondo de tierra gris, por el marco alegre de la parra y por la cinta verde del barranco alargándose como una vena por la que corriera sangre viva a través de los campos secos.

Cuando entrabais en el molino os encontrabais con un portalón fresco en el que flotaba un polvillo blanco; en un rincón giraban interminables dos piedras cónicas que machacaban grano para piensos. Humeaba el grano bajo la presión de la piedra y se levantaba un vaporcillo tenue que respiraban glotones dos burros pacientes en la puerta.

A la izquierda había una división de tablas con una ventana de cristales que era la oficina del tío Juan. El tío Juan se reía de este título, porque el escribir le costaba un trabajo inmenso a sus dedos asarmentados. ¡Era una buena broma! En los tiempos de su abuelo las cuentas se llevaban en largas varillas de madera, cada saco de trigo molido una muesca tallada con la navaja. Me mostraba riendo un brazado de estas varillas brillantes del sobo de años y manos:

-Todavía para muchos de los de mi tiempo, llevo las cuentas así. Pero ya tengo que hacer estos condenados libros.

De allí, por una puerta estrecha, se pasaba de golpe al molino. Se elevaba a unos quince metros y tenía allá en lo alto unos grandes ventanales de vidrio. Del techo bajo descendía un bosque de vigas y tubos, de ruedas y correas. No se había usado el hierro en la construcción, y todo era madera. El polvo de trigo, a través de los años, se había ido depositando en los más ínfimos rincones y había forrado cada pieza con su terciopelo blanco. El todo era como un bosque nevado. Las arañas habían escarbado las alturas y habían tejido sus telas de rincón a rincón y de viga a viga; el polvo blanco las había tapizado y ahora eran como ramas de pino cargadas de nieve. Y el cristal de los altos ventanales, también cubierto de este polvillo impalpable, dejaba pasar una luz de sol de invierno que hacía sombras grises en la maquinaria. Con un poco de imaginación, el ruido isócrono de los *planchisters*, meciendo la harina en su cuna, parecía el ruido de las sierras de los leñadores del bosque.

-Aquí tiene usted nuestra pobreza.

-Ya es viejo esto, tío Juan.

-Mi abuelo hizo el molino. Debía de ser un hombre moderno en sus tiempos, porque puso una máquina de vapor. Aún está.

Viendo la máquina de vapor, podía uno imaginar lo que pensarán los hombres de dentro de mil años de nuestras concepciones mecánicas: una vieja máquina, con un volante



disforme, semienterrada en la tierra y roja del orín de medio siglo, roída por viento, arena y gotas de agua; resquebrajada, rugosa, agrietada. Enterrada a medias como el esqueleto de un animal prehistórico que surge a la superficie; con sus bielas como brazos rotos y los restos del enorme pistón como el cuello de un gigante destruido y contrahecho por un cataclismo.

-Hace ya muchos años que tengo un motor eléctrico.

-;Y gana usted dinero?

-Se ganaba. De Torrijos y de Santa Cruz venían a moler aquí el trigo. En tiempos, hasta de Navalcarnero y Valmojado. Esto era una bendición de Dios. Luego Torrijos puso su molino y Navalcarnero el suyo. Navalcarnero es el que me ha hecho más daño, porque está en la vía del tren. Pero lo que en realidad nos ha matado es la política. Desde la dictadura acá, vive uno del pueblo y gracias. En fin, yo no me quejo. Ya voy para los setenta y cinco, los chicos tienen su modo de vivir y aquí moriré en paz. -Se quedó el viejo pensativo-: Si me dejan...

-Hombre, no creo que nadie se vaya a meter con usted. Y como usted dice, cuando se tienen setenta y cinco años, pocos cambios se pueden ya esperar.

-No sé, no sé. Los viejos a veces vemos muchas cosas, o mejor dicho las sentimos. Tal vez es el miedo instintivo a morir. Cuando el año 1933 los mozos se echaron al campo y destruyeron los árboles y el poco ganado que había y quemaron los pajares y arrasaron las huertas, crea usted que no me asusté mucho, porque aquello tenía que pasar. Luego vino lo de Asturias, y ya parece que todos nos hemos vuelto locos. Esto acabará mal, muy mal. Y muy pronto, don Arturo. La gente está muerta de hambre y ésta es mala consejera... ¿Qué le voy a contar del pueblo? Miseria y miseria. La media docena que pueden dar trabajo, no lo dan. Unos por rabia, otros por miedo a Heliodoro. El campo está abandonado y la gente no tiene qué comer. Don Ramón, que es un bendito...

-Dígame primero quién es don Ramón.

-Don Ramón es el tendero del pueblo. Tiene la tienda que habrá usted visto detrás del casino, y es un buenazo, sólo que le ha dado por la Iglesia y está espiritado. Pues bien, don Ramón es de lo mejor que había en el pueblo, sin quitar que si podía le robaba a uno unos gramos en el peso; pero cada vez que alguien llegaba a su casa: «Don Ramón, deme usted unas judías, o un poco de bacalao y un pan, que ya se lo pagaré cuando el hombre eche a trabajar», don Ramón alargaba el género y lo apuntaba. Si lo pagaban, bien, pero muchas veces se quedaba sin cobrar. Cuando ocurría una desgracia -alguno a quien se le moría el hijo, la mujer o el marido-, cogía el lápiz y borraba la cuenta: «Fulana, no te apures, que eso está saldado. Así Dios me perdone como al difunto». Pues bien, entre don Lucas por un lado y Heliodoro por otro...

-¿Quién es don Lucas?

-El cura, que es de los de la cáscara amarga. Como iba diciendo, entre los dos le han convencido de no dar ni una miga de pan a los pobres. El uno, que es pecado mortal ayudar a los enemigos de Dios, y el otro, que hay que meter en cintura a estos granujas y si don Ramón los quiere ayudar, él le meterá en cintura a don Ramón. Lo peor -agregó después de una larga pausa- es que la gente se calla a todo. Se sientan por la mañana en la plaza, en la muralla de la carretera, y se callan. Por la tarde se meten en el casino de Elíseo y allí también se callan. Cuando el año 1933, algunos se acercaron al molino; pero a mí me respetan y saben que en mi casa hay un cacho de pan para el que le haga falta, y se marcharon. Pero la próxima vez que vengan, y vendrán, no sé... Vendrán y muy pronto. Ya lo verá usted.

El pesimismo del tío Juan se disolvió en su orgullo de propietario. Cogió una jarra de barro de las viejas de Talavera, con flores azules ingenuamente trazadas sobre un fondo

### LA FORJA DE UN REBELDE III – (La Llama) – Arturo Barea

de leche, y me llevó ante una tinaja arrinconada en un cuartito fuera del molino.

-Vamos a echar un trago. Como éste no lo bebe usted en Madrid.

Bebimos despacio un vino áspero y frío que se deshacía en burbujas moradas contra las paredes de la jarra. Nos pasábamos la jarra el uno al otro y bebíamos en el mismo borde, como si fuera un rito ancestral de paz.

Aurelia aquel día estaba de mal humor. Después de comer nos fuimos con los chicos a dar un paseo al fondo de las huertas. Había preparado una merienda y comeríamos al lado de un manantial que existe allí. Pero seguía con la cara estirada. Al fin dijo:

-Es un aburrimiento este pueblo.

-¿Qué es lo que te pasa?

-Nada. Que parece que una pertenece a otra raza.

-Pero, bueno, ¿qué te ha ocurrido?

-Ocurrirme, nada. Pero ya lo ves. La ponen a una en cuarentena. Porque aquí las buenas familias del pueblo ya se han enterado de que tú eres un socialista y que no vas a misa y que te metes en el casino de Eliseo y, naturalmente, a una en la calle: «Buenos días», cuando los dan. Y tú comprenderás que no voy a hacer amistad con la gente del campo.

-¿Por qué no? Me parecería mucho mejor.

-Claro, a ti, sí. Yo creo que tú debías mantenerte en tu papel y...

-¿Y qué? Ir a la tertulia del señor cura e invitar a la mujer de Heliodoro, ¿no? Pues lo siento mucho, pero no. Tú puedes hacerlo si quieres, pero yo no he venido aquí para hacer vida de sociedad.

-Claro; tú te vas el lunes temprano y aquí queda una toda la semana...

Nos agriamos con la discusión y el resto del domingo lo pasé pesado y aburrido. Cuando cogí el autobús el lunes por la mañana, dormían aún todos en la casa. Me marché con un sentimiento de liberación.

## Inquietud

### Capítulo III

Estaba terminando de firmar el correo del día. Era la hora más agradable en el confesonario. El sol se había ocultado ya tras los edificios de lo alto de la calle de Alcalá y la habitación recibía una brisa fresca que hinchaba y hacía restallar de vez en cuando las cortinas de lona. Abajo, en la calle, comenzaba a espesarse la gente en su paseo diario: a estas horas las oficinas comenzaban a verter sus empleados en la calle.

Subía el ruido de este enjambre con un zumbar sordo, continuo, punteado por los gritos de los vendedores de los primeros periódicos de la tarde, la nota aguda de las campanas de los tranvías y el ladrar de los cláxones de automóviles. Era un ruido que existía allí, constante, pero del cual ya no éramos conscientes a fuerza de oírlo.

De pronto se hizo un *silencio* total, y la fuerza de este silencio inesperado me dejó con la pluma en el aire. María paró su teclear en la máquina y los dos nos quedamos escuchando; dentro de la oficina, las otras máquinas se habían quedado mudas también. Este silencio completo duró sólo un momento: inmediatamente después estalló un disparo y un clamoreo ensordecedor de la multitud. Entre los gritos, se oía el correr de las gentes en todas direcciones y el chasquido de cierres metálicos bajados de golpe. Se oyeron dos o tres disparos más y la nota musical de un cristal roto. Nos precipitamos a la terraza.

Bajo nosotros, ía calle estaba desierta en un ancho espacio y en los bordes de este vacío súbito la multitud *corría* alocada, ensanchándolo. Frente a nuestra terraza, en la esquina del Fénix, un grupo de unas seis personas se inclinaba sobre un bulto caído en la acera. Desde nuestra altura sus movimientos daban una nota absurda a la escena. La calle se ensanchaba allí bruscamente para recibir la Gran Vía y la calle de Caballero de Gracia, y forma a modo de una amplia plaza, que ahora, con la excepción del grupo, se encontraba vacía de vida con sólo unos coches parados en la postura de asombro que les causó la deserción de sus ocupantes y un tranvía vacío también, preso de los raíles. Los hombres del grupo nos parecían mudos y gesticulantes, como marionetas diminutas; dos de ellos levantaron del suelo una figurilla más diminuta aún doblada por la mitad; en la acera, sobre el gris del asfalto quedó una mancha negra y alrededor de ella un brazado de periódicos que el viento de la esquina abrió en un revoloteo blanco. Llegó una camioneta abierta llena de guardias de asalto que se descolgaron ágiles del vehículo, con sus porras enarboladas como si fueran a atacar al grupo. Un taxi irrumpió en la quietud de la explanada y en él desaparecieron de nuestra vista el herido y los dos que le conducían: después, el coche se alejó calle arriba. Los guardias se establecieron en las bocacalles y en las puertas de los cafés. La gente comenzó a inundar la calle, formando grupos que los guardias disolvían bruscos.

Acabé de firmar y nos fuimos todos juntos escaleras abajo, pero en el rellano del primer piso nos detuvo la policía. El Café de la Granja tiene una puerta, conocida de pocos, que sale a esta escalera, y la policía se había instalado en el descansillo pidiendo la documentación y cacheando a todo ei que entraba o salía. Cuando llegamos al portal, encontramos a nuestra portera sentada en una silla recobrándose de un ataque de nervios, atendida por su marido y por un oficial de los guardias de asalto que tomaba notas en un cuaderno. Había un intenso olor a éter. La mujer explicaba:

-Yo estaba a la puerta, viendo pasar la gente, hasta que llegaron los vendedores de

*Mundo Obrero*. «Ya vamos a tener jaleo como todas las noches», me dije para mí, porque los señoritos de *Fe* se estaban paseando a la misma puerta del café con su periódico y sus garrotas. Pero no pasó nada; los chicos del *Mundo Obrero* subieron corriendo y voceando como siempre y los señoritos comenzaron a pregonar a gritos *Fe*, pero nadie les hizo caso. Total, parecía que no iba a pasar nada. Hasta que allí, en la esquina, se paró uno de los del *Mundo* con otros a su lado y en seguida vino un grupo de cuatro o cinco que tiraron los periódicos y comenzaron a pegarse. La gente echó a correr y uno de los señoritos sacó algo del bolsillo y le pegó un tiro al chico de los periódicos. Todos salieron corriendo y el pobre se quedó allí, solo, que no se podía levantar.

Hasta entonces, casi todas las tardes se habían producido incidentes similares: los falangistas esperaban la salida de *Mundo Obrero* e inmediatamente comenzaban a vocear su revista *Fe*. Ninguno de los dos periódicos era vendido por los profesionales, sino por voluntarios de ambos partidos. A los pocos momentos estallaban los incidentes a lo largo de la calle: bofetadas y alguna que otra descalabradura y la acera llena de periódicos pisoteados y rotos. Las gentes pusilánimes corrían atemorizadas, pero en general para los paseantes era un incitante espectáculo, en el cual muchas veces se sentían arrastrados a tomar parte activa. Pero lo de aquel día era ya más grave.

A la tarde siguiente comenzaron las señales de disturbio desde las cinco y media: los obreros, que en general dejaban el trabajo a las cinco, se habían dado cita allí. Se les veía llegar y pasearse en grupos con sus taleguillos de la comida en la mano y exhibirse provocativos entre las mesas de la terraza del Aquarium, un lujoso café en el que se reunía la plana mayor de Falange. Se había aumentado el número de guardias que obligaban a la gente a circular sin detenerse y se veían grupos de falangistas cruzándose con los de obreros: se cambiaban miradas agresivas e insultos en voz baja, pero el conflicto estaba en suspenso. Se esperaba la salida de los periódicos. Cuando comenzaron los gritos de *Mundo Obrero* comenzaron los de *Fe* y durante unos minutos ambos gritos resonaron a lo largo de la calle como un desafío, las gentes de cada bando comprando ostentadamente su periódico. Al fin uno de los grupos se disolvió a golpes, y fue la señal para que la calle entera se convirtiera en un campo de batalla. Los guardias de asalto descargaban sus porras sobre todo el que se ponía a su alcance y recibían la respuesta de ambos bandos.

En pocos momentos la superioridad numérica de los obreros fue evidente, y un grupo de falangistas buscó refugio en el Aquarium. Saltaron todos los cristales de la portada y las sillas y las mesas volaron en todas direcciones convertidas en pedazos. Una camioneta de guardias de asalto volcó su carga sobre los asaltantes y se entabló una batalla furiosa. La calle de Alcalá se quedó otra vez desierta, con excepción de los guardias y de unos cuantos transeúntes que pasaban rápidos.

Después de cenar me fui a la Casa del Pueblo. Había poca gente en el café, pero unos cuantos amigos se agrupaban alrededor de dos mesas juntas. Se comentaba lo ocurrido la noche antes y lo ocurrido aquella misma noche. Uno de los concurrentes, hombre ya maduro, cuando se acabaron las palabras exaltadas, dijo:

-Lo malo es que con todo esto estamos haciendo el caldo gordo a los comunistas.

-Y qué, ¿te da miedo? -preguntó otro, burlón.

-A mí no me da miedo, pero lo que veo es que se nos están metiendo en casa. Para los falangistas todos somos comunistas y claro es que si nos dan de palos nos tenemos que defender; pero en lugar de esto, recomendamos paciencia a la gente y se nos van en masa a los comunistas.

-Tú porque eres de los de Besteiro. Os creéis que con paños calientes se puede arreglar esto y os equivocáis. Lo que estáis haciendo es estúpido. Las derechas están todas

unidas y nosotros andamos cada uno por nuestro lado; lo que es peor aún, tirándonos los trastos a la cabeza. ¡Lo que está pasando es una vergüenza! - Puso sobre la mesa un puñado de periódicos-: Lee esto. Todos los periódicos son nuestros, de la izquierda. ¿Y qué? Los comunistas atacando a los anarquistas y éstos a aquéllos, los dos a nosotros y nosotros a ellos; y entre nosotros, Largo Caballero y Araquistain a Prieto, y éste a los dos. De Besteiro no hablemos, porque no habla de revoluciones en la calle y nadie le hace caso porque todos hablan de revolución, de «su revolución». Yo digo, o nos unimos pronto o vamos a acabar aquí como en Asturias con Gil Robles y Calvo Sotelo como dictadores y el Vaticano dictando.

-Me parece que eso va a ser difícil; se levantaría el pueblo, como cuando lo de Asturias.

-Y nos pasa lo que cuando Asturias o peor, ¿no? No creáis que estoy hablando con la luna. Ese infeliz de Chapaprieta no se sostiene en el Gobierno, y en cuanto le hagan dimitir, que le harán, al Botas no le queda más salida que o dar el Gobierno a Gil Robles o disolver las Cortes. A esto no se atreve porque le cuesta el puesto, ganen ellos las elecciones o las ganemos nosotros.

Chapaprieta, entonces presidente del Consejo, era simplemente una transición para ganar tiempo. Un hombre sin partido político y sin mayoría en las Cortes, con la única tarea enfrente de él de hacer aprobar los presupuestos. Gil Robles no podía desaprovechar aquella ocasión para llevar la situación a una crisis.

Nuestro compañero tenía razón; una ocasión mejor que aquélla no podía presentarse a las derechas españolas, cuando las izquierdas estaban completamente desunidas. No se trataba de una desunión entre republicanos, socialistas y anarquistas, sino de una lucha intestina por la absorción de la masa del país por cada uno de los grupos de izquierda. Así, Azaña arrastraba tras él un núcleo importante de la clase media y no dudaba de convencer a una gran parte de la clase obrera. La UGT controlaba un millón y medio de trabajadores y la CNT unos cuantos millares más. Ambas luchaban por la hegemonía de la clase trabajadora. Pero aún había más: la UGT estaba adherida al Partido Socialista y la CNT al anarquismo de una manera oficial, aunque individualmente cada uno de sus miembros podía tener opiniones distintas. Y las opiniones estaban divididas.

Los socialistas se dividían en tres grupos importantes: el de Largo Caballero, que representaba la izquierda del partido; el de Indalecio Prieto, que representaba el centro, y el de Besteiro, que representaba la derecha con su teoría de evolución y reformismo. Estos tres grupos producían la escisión constante dentro de la UGT. La CNT estaba igualmente dividida en dos grupos: los partidarios de la acción directa, anarquistas, y los de la acción sindical. En ambos partidos y en ambas asociaciones se encontraban partidarios y enemigos de la fusión de la UGT y la CNT. Y para terminar la complejidad de la situación, el Partido Comunista comenzaba a desarrollarse y a infiltrarse en el ala izquierda de la UGT y del Partido Socialista, creando otro antagonismo doble, ya que comunistas y anarquistas eran enemigos declarados.

Es muy español «quedarse ciego por saltarle un ojo al vecino». Así, se daba la absurdidad de que los anarquistas se regocijaban de los atentados de los falangistas contra los comunistas; y que éstos, a su vez, hicieran todos los esfuerzos posibles para atacar a los anarquistas a través de los medios de represión gubernamentales.

Pero, seguramente, definiendo así la situación de las izquierdas españolas cometo un grave error, el mismo que han cometido otros escritores sobre cosas de España.

Estas divisiones, estas luchas intestinas, existen únicamente entre los dirigentes y una minoría de afiliados aspirantes a dirigentes o simplemente fanáticos de sus ideales. El hombre de izquierda de la calle, en general, pensaba de una manera distinta: la masa de izquierdas del país abogaba por la unión y por el olvido de diferencias y rencillas; por

experiencia sabía que era el único camino para sostener la República y transformar el Estado. La República había nacido porque se firmó un convenio entre todas las izquierdas organizadas; en Asturias los obreros habían luchado bajo el grito ¡UHP! (Unión de Hermanos Proletarios) y ahora, en la segunda mitad de 1935, la masa del país sabía y sentía que, a menos de una unión compacta, las derechas se apoderarían totalmente del poder y no sólo se pudrirían en la cárcel los millares que en ella estaban, sino que entrarían millares más.

Como consecuencia de esto, en medio de la polémica de los partidos y agrupaciones oficiales se iba imponiendo el sentimiento de las multitudes y poco a poco los líderes iban cediendo en sus intransigencias y respondiendo al instinto de conservación, porque las derechas, cada vez más, presentaban un frente unido en sus dirigentes, en sus afiliados y en la masa simpatizante. Una prueba de esto eran mis experiencias de Novés. Una mañana de domingo regresaba de un largo paseo a través de los campos que rodean Novés. Siempre he encontrado un placer en recorrer los campos solitarios de Castilla. No hay árboles, no hay flores, la tierra está seca, dura y gris, raramente se ve la silueta de una casa, y cuando se cruza uno en su camino con un labriego, el saludo se cambia con miradas recelosas y con gruñidos ásperos del perro del caminante, el cual se abstiene de mordernos bajo el mandato brusco del amo. Pero estos paisajes desolados bajo el sol de la canícula tienen majestad.

Los tres elementos son: sol, cielo y tierra, y los tres son despiadados. El sol es una llama viva sobre vuestra cabeza, el cielo un fanal luminoso de cristal azul que reverbera, y la tierra una planicie agrietada que abrasa al contacto. No hay paredes que den sombra, techos o enramadas que dejen descansar los ojos, fuente o arroyo que refresque vuestra garganta. El efecto es como si estuvierais desnudos y sin defensa en las manos de Dios: o vuestro cerebro se amodorra y se embrutece en una resignación pasiva, o adquiere toda su potencia creadora, porque allí no hay nada que la distraiga y vuestro yo es un «yo» absoluto que se os aparece más claro y más transparente.

El cigarrillo en la llanura desolada toma proporciones gigantes, como una blasfemia en alta voz en la soledad de un templo vacío; la llama de la cerilla desaparece bajo la luz del sol y es menos llama que nunca; el humo azul del cigarrillo traza espirales lentas, se acumula y engruesa en nubes blanquecinas en la quietud del aire y cae frío a vuestros pies, casi invisible. La tierra le absorbe. El aire le empuja hacia la tierra. La luz disuelve el azul del humo contra el azul del cielo. Cuando tiráis la colilla, la mancha blanca, humeante aún, es más vergonzosa que tirada sobre la alfombra más rica. Queda allí diciendo a todos que habéis pasado. A veces es tan intenso este sentimiento de criminal que teme dejar huellas de su paso, que he recogido la colilla de la tierra, la he apagado contra la suela de mis zapatos y la he guardado en mi bolsillo. Otras veces, cuando en mis paseos he tropezado con una punta de cigarrillo abandonada en el campo, la curiosidad me ha llevado a considerarla: si estaba húmeda aún, era señal que otra persona andaba cerca. ¿Quién sería? Una confección grosera me indicaba que era un campesino; un cigarrillo hecho de fábrica, que era un hombre de ciudad. Unos bordes secos y un papel ya amarillento, que el hombre había pasado por allí hacía días, semanas, tal vez meses. Y cuando era así, respiraba más tranquilo, porque en los paisajes desolados de Castilla renacen miedos instintivos y amáis la soledad como una defensa.

Aquella mañana había paseado solo y volvía ágil de mente, con el cerebro lavado pero con el cuerpo rendido y reseco. Me senté a uno de los veladores que José ponía a la puerta del casino:

-Dame algo que esté fresco, José.

José trajo una botella de cerveza que sudaba bajo el sol. Se apoyó en la mesa:

-¿Qué le parece el pueblo?

-¿Qué le voy a decir? A mí me parece bien. Me gustan los pueblos que aún no tienen nada de ciudad, tal vez porque estoy harto de ciudad.

-Si viviera usted aquí toda la vida, como yo, estaría deseando escapar.

Enfrente del casino la carretera descendía y un barandal de piedra la bordeaba del lado del barranco. A lo largo del barandal estaban recostados hasta una docena de hombres que me miraban silenciosos.

-¿Qué hacen ésos ahí, José?

-Esperando que caiga algo. ¡Como no caiga la luna! Sabe usted, es la costumbre de siempre que los mozos que no tienen trabajo vienen aquí en las mañanas y esperan que alguien les contrate por el día.

-Pero son las doce y es domingo. ¿Quién diablos los va a contratar?

-Psch. Vienen por la costumbre y además porque como es domingo, hoy vienen los señores a tomar vermut y a veces a alguno de ellos se le antoja algo y cae alguna perra; a veces hasta se atreven a pedirla. Alguna cosa tienen que hacer los pobres, aunque bien merecido se lo tienen.

-Bien merecido, ¿el qué? ¿Morirse de hambre?

-Hombre, yo no digo morirse de hambre, porque al fin y al cabo no tiene uno negras las entrañas, pero no está mal que aprendan un poco. Esto les enseñará a meterse en repúblicas y querer arreglar el mundo. Porque usted no sabe lo que era este pueblo cuando vino la República: hasta cohetes tiraron. Y en seguida co-menzaron a pedir cosas, hasta una escuela nueva; allí la tienen a medio hacer todavía. Como no se la paguen ellos, me parece que la República ya se la ha pagado.

Por la carretera apareció un jinete caballero, en un caballo negro de costurones y mataduras. Una figura magra embutida en unos pantalones ceñidos a las pantorrillas como un figurín del siglo XIX, americana redonda y un sombrero redondo que en sus tiempos fue negro, pero que ahora era color de ala de mosca. Quijotesco, viejo en los setenta, con pocos dientes pero con cejas espesas sobre ojos negros vivos, una barbita de chivo y unos tufos blancos bajo el sombrero. Se apeó del caballo, dejó caer las riendas sobre el cuello del animal y llamó con la mano a uno de los mirones de la muralla. Un hombre se despegó perezoso.

-Toma, llévale a casa.

El hombre cogió las riendas, tiró del caballo, pasó por delante de la puerta de la farmacia y penetró en la puerta siguiente, a diez metros escasos de donde estábamos sentados. El caballero vino hacia mí, golpeándose las piernas con el latiguillo que llevaba en la mano.

-Hombre, ya tenía yo ganas de conocer al madrileño. Con su permiso, me voy a sentar.

-No esperó mi conformidad. Simplemente se sentó-. Usted, ¿qué bebe? ¿Cerveza? José, dos cervezas. -Hubo una pausa y se me quedó mirando-. Posiblemente, usted no sabe quién soy yo. Bien: soy el cómplice de éstos -y señaló a los dos médicos que habían llegado entre tanto y se habían sentado a otra mesa-, es decir, el boticario. Alberto de Fonseca y Ontivares, licenciado en farmacia, doctor en química, propietario y muerto de hambre. Aquí la gente no se pone enferma, y cuando se pone no tiene dinero. Y las fincas no producen más que pleitos. Ahora, cuénteme usted quién es.

El hombre tenía gracia. Le di unos cuantos detalles míos y de mis actividades, y cuando le hablé de mi profesión me cogió del brazo:

-Tenemos que hablar. ¿Usted sabe lo que es el aluminio?

-Sí. No sé en qué grado le interesa a usted el aluminio y si mis conocimientos serán

bastantes.

-No importa, no importa. Tenemos que hablar. He hecho un descubrimiento interesante y tenemos que hablar. Usted tiene que aconsejarme.

No me agradaba mucho la perspectiva de tener en el pueblo a uno de esos inventores chiflados, pero no era cosa de darle una mala respuesta. Mientras, el hombre que se había llevado el caballo había regresado y estaba respetuosamente con la gorra en la mano a dos metros de nosotros. Don Alberto se le quedó mirando:

-¿Qué esperas? Que te dé algo, ¿no? Bueno, mira, hoy es un gran día. Toma un real, pero no te arregostes, ¿eh? ¿Qué llevas en el bolsillo de la blusa?

El hombre enrojeció y bajó la voz:

-Un poco de pan que me ha dado doña Emilia para los chicos.

-Bueno, bueno. Buen provecho os haga.

Me levanté de la mesa. Don Alberto pretendía hablarme de su descubrimiento, pero yo no había comido aún. La conversación quedó para más tarde.

La tuvimos en la rebotica. Doña Emilia nos escuchaba moviendo las agujas de hacer punto, las manos regordetas ágiles de acá para allá. El resto de su figura eran grasas amorcilladas en reposo. De vez en cuando miraba a su marido por encima de los cristales de las gafas. El gato, dormilón, sobre un viejo sillón de rep, abría de vez en cuando los ojos siguiendo las inflexiones de voz de su amo. Unos ojos verdes con una rayita vertical negra. La sala era oscura, no porque la luz no entrara libremente por una amplia ventana a la calle sino porque todo en el cuarto era oscuro: cortinas y alfombras púrpura, casi negras; los cuatro sillones haciendo juego en un color de pasa oscurecido por los años; la pared empapelada en un azul casi negro con dibujos dorados. Don Alberto explicaba:

-Como le he dicho esta mañana, yo soy un propietario. ¡Buenas tierras nos dé Dios! Un campo, grande como un camposanto, lleno de pedruscos y cuatro miserables casuchas en el lugar. Los inquilinos no pagan y la tierra es erial. Pero la contribución cae cada año como un reloj. Gracias a que le queda a uno algo más, y esta miseria de la botica, para ir viviendo. Como usted ha visto, todas las mañanas, haga el tiempo que Dios quiera mandarnos, ensillo el potro y nos vamos los dos a dar un paseo por esos campos. ¡Usted no sabe las veces que he pasado por mis tierras! Conque un día me veo allí a un tipo de rodillas sobre la tierra, escarbando. «¿Qué hará ese así?», me pregunté. Me fui a él y le dije: «¿Qué se hace, amigo?», y me contestó en mal cristiano: «Nada, curioseando. ¿Sabe usted de quién son estas tierras?». «Mías», le dije. «No es mala tierra, ¿no?», me contestó. «Sí, para sembrar adoquines», le repliqué yo. Se me quedó mirando y luego cambió de conversación: que era alemán, que le gustaba mucho España, en fin, una porción de cosas, y por último que pensaba hacerse una casita en el campo y que el paisaje le gustaba mucho. Hace falta cara dura para decir esto, porque el paisaje es como la palma de mi mano. Yo le decía «amén» a todo, pensando: «¿Qué se traerá este granuja entre manos?». Cuando le perdí de vista me volví a mi tierra, cogí unos cuantos puñados de terrones y me encerré en la rebotica. Mi amigo -dijo solemne don Alberto-, mis tierras son bauxita, ¡bauxita pura! -No me dejó mostrar mi asombro. Cambió rápidamente del entusiasmo a un gesto de rabia y prosiguió-: Pero el alemán ese es un canalla. Por eso le he llamado a usted.

Doña Emilia paró sus agujas, levantó la cabeza y, moviéndola de un lado a otro, dijo:

-¡Qué razón tienes, Albertito!

-Ten calma, mujer, déjanos hablar. -Las agujas reanudaron su vaivén isócrono y el gato volvió a cerrar sus ojillos verdes. Don Alberto prosiguió-: Hace unas semanas se presentó aquí. Se había decidido a construir una casa en este rincón del país «tan



magnífico». Le gustaba mucho mi tierra y como no era tierra de labor, suponía que se la vendería barata, porque él no era muy rico. No me pude contener: «Conque una casita en el campo, ¿eh? Una casita con chimeneas, ¿no?». Se me quedó mirando muy asombrado: «Sí, hombre, sí. No se haga usted el tonto. ¿Usted cree que no sé a lo que viene? Afortunadamente aún no he olvidado la poca química que aprendí». Mi alemán se echó a reír muy campechano: «Bueno, nos podremos entender mejor. Usted comprenderá que estoy a mi negocio y si usted no hubiera sabido lo que hay en sus tierras, hubiera sido más económico para mí. Pero no importa. ¿Cuánto quiere usted por la tierra?». Yo le contesté: «Cincuenta mil duros». Mi alemán se echó a reír y dijo: «Mire usted, no vamos a perder el tiempo. El yacimiento está denunciado con arreglo a la ley de minas. Tenemos por tanto el derecho de expropiar el terreno suyo y los que le rodean. Le propongo a usted pagarle 5.000 pesetas al contado y 20.000 en acciones liberadas de la sociedad que se forme. Piénselo y verá cómo le conviene». Le dije rotundamente que se fuera al diablo. Pero ahora me han mandado una citación para comparecer en juicio de avenencia para la expropiación de la tierra. ¿Qué me aconseja usted que haga? Estos granujas creen que se van a quedar con mi tierra por un mendrugo de pan.

¿Qué podía yo aconsejarle a este boticario pueblerino? Si había alemanes en el asunto, indudablemente estaba detrás alguna firma importante de Alemania, porque eran éstas las que pagaban estas prospecciones en España, y nadie mejor que yo conocía el poder y los medios de esta gente. Don Alberto podía coger un puñado de pesetas, no muchas, o sostener un pleito, con la consecuencia de que las pesetas que cobrara al fin no serían bastantes para pagar a la curia. Desde luego, le habían entrampillado y no tenía escape. Le expliqué la situación legal del asunto y le aconsejé que tratara de sacar la mayor cantidad posible de dinero, y se dejara de pleitos. El hombre se indignó:

-Pero, ¡esos granujas vienen con sus manos limpias a robarnos lo nuestro! Esto es la historia de España: estas gentes vienen aquí donde nadie les llama y se apoderan de lo mejor. Ahí tiene usted Río Tinto, y la Canadiense, y la Telefónica, y el petróleo y yo qué sé más. Mientras tanto, nosotros muertos de hambre. Lo que hace falta es que el jefe tome esto entre manos.

-¿El jefe? ¿Qué jefe?

-¿Quién va a ser? El hombre que va a salvar a España: don José María Gil Robles. El hombre que tiene detrás de él a todas las personas decentes de este país.

Uno de mis incurables defectos que me ha costado muchas enemistades, es revertir en el curso de una conversación seria a mis reacciones de chico de la calle y de soldado en África y dar libre suelta a mis pensamientos, con la mayor franqueza y peor lenguaje. Contesté a don Alberto, sonriéndome:

-¡Hombre! No creo que ese ratón de sacristía vaya a arreglar el país.

Don Alberto se puso intensamente rojo, más rojo bajo su marco de pelos blancos, se levantó y me fulminó con una mirada iracunda. Las agujas se pararon en seco y el gato se levantó y se arqueó, haciendo crujir sus uñas en el forro del sillón. Las palabras cayeron solemnes y melodramáticas:

-Comprenderá usted, don Arturo, que no podemos seguir cruzando la palabra usted y yo.

Me tuve que marchar, un poco avergonzado y disgustado conmigo mismo por mi incongruencia. Pero aquella conversación trajo su secuela una semana después.

Un día me paré a contemplar en detalle la torre de la iglesia, construida en una esquina del edificio y a todas vistas independiente de él. Las fundaciones de la torre eran indudablemente romanas y los ladrillos colocados sobre los sillares de piedra,

muchísimos años después, eran árabes. Sería curioso conocer las vicisitudes por las que había pasado la vieja torre, fortaleza o atalaya, o lo que hubiera sido... Una voz gruesa me habló desde la puerta de la iglesia:

-Qué, ¿curioseando? ¿No se atreve usted a entrar en la iglesia? Aquí no nos comemos a nadie. -En la puerta de la iglesia estaba don Lucas, el cura, mirándome un poco socarrón.

-Estaba viendo la mezcolanza que es esta torre. Pero, sí me gustaría ver la iglesia, si el cancerbero no se opone.

-El cancerbero no se opone. Ésta es la casa de Dios, y está abierta a todos. Claro que si lo que le interesan son cosas viejas, va a encontrar pocas; esto es un caserón.

La iglesia merecía el nombre de tal. Unas paredes lisas de cal y canto, enjalbegadas, y a lo largo de ellas media docena de altares, cada uno con un santo en tamaño natural, todos modelados en cartón piedra y decorados con colores chillones. Una profusión de faldillas de altar, tiasas de almidón, con grandes bordados, y sobre ellas candelabros de latón y floreros llenos de flores de papel polvorientas. Un altar mayor con una Purísima de menor tamaño con un fondo de estrellas prendidas a una tela azul. Dos confesonarios, uno a cada lado del altar mayor, y detrás de la puerta de entrada un Cristo, con la pililla del agua bendita a un lado y la pila bautismal al otro. Dos hileras de bancos en medio de la nave y un par de docenas de sillas con asientos de paja desperdigadas. Lo único bueno del recinto era su frescura.

-La verdad es que esto no vale mucho.

-Ahora le enseñaré el tesoro.

Me condujo a la sacristía: dos grandes cómodas con herrajes plateados -seguramente lo de más valor en la iglesia-, una hornacina con un Niño Jesús en talla antigua, un pupitre, un banco a lo largo de la pared, un sillón fraileroy unos cuantos utensilios del culto sobre las cómodas. En el testero, un cuadro al óleo representando un san Sebastián de anatomía feminoide. La pintura era de la segunda mitad del siglo pasado y pertenecía a lo que yo llamo «escuela cromolitográfica».

El buen padre, llenito de carnes, tipo de campesino pulido por el seminario, un poco cerduno por sus ojillos diminutos y la abundancia del pelo, barba y vello, con labios gruesos y rojos y manos anchas, casi manazas, se sentó en el sillón y me invitó a sentarme en el banco al lado del pupitre. Sacó una petaca de cuero y liamos un cigarrillo. Dio unas chupadas y se me quedó mirando:

-Ya he visto que no viene usted a la iglesia los domingos. Yo sé que es usted un socialero y que se mezcla con la gentuza del pueblo. La verdad, cuando se instalaron ustedes aquí y les vi a ustedes, a su señora y los niños, me dije: «Parece buena gente. El Señor lo haga». Pero... parece que me he equivocado.

No lo dijo insultante. La pausa después del «pero» fue para dar énfasis a una sonrisa suave, casi diría evangélica, que presentaba excusas por el atrevimiento. Después se quedó con las dos manos sobre la mesa, mirándome.

-Bien. Sí, es verdad que tengo ideas socialistas; también es verdad que no voy a misa los domingos, ni van los míos; y también es verdad que, si esto es ser «mala gente», pues somos mala gente.

-No se me sulfure usted, don Arturo. No quería molestarle, pero al fin y al cabo uno puede comprender que cualquiera de estos palurdos del campo no crean en Dios ni en el Diablo, pero encontrar una persona que parece inteligente en las mismas circunstancias...

-El que yo no venga a la iglesia no quiere decir que no crea en Dios...

-No me vaya usted a decir que es usted uno de esos herejes protestantes. Lo sentiría

infinito, porque no podría tolerarle en esta santa casa ni un momento más.

-En esta santa casa que según usted es la casa de Dios y por tanto la casa de todos, ¿no? No tenga usted miedo, no soy hereje, no me ha dado por cambiar de etiqueta. Lo que me pasa es que me temo haber padecido demasiada religión en mi vida. Puede usted estar tranquilo, me he criado en el seno de la Santa Madre Iglesia.

-Entonces, ¿por qué no viene usted a ella?

-Si le dijera la verdad, seguramente nos disgustaríamos los dos.

-Dígala, dígala. A mí me gustan las cosas claras y saber a qué atenerme.

-Pues bien, yo no vengo a la iglesia porque en la iglesia están ustedes y somos incompatibles. A mí me enseñaron una religión que, en doctrina, era todo amor, perdón y caridad. Francamente, salvo muy contadas excepciones, me he encontrado siempre con que los ministros de esta religión poseen todas las cualidades humanas imaginables, menos precisamente estas tres cualidades divinas.

Don Lucas no lo tomó por lo trágico, sino por la tangente.

-Entonces, según usted, ¿qué deberíamos hacer? Por ejemplo, ¿qué debería yo hacer? Mejor aún, ¿qué haría usted si estuviera en mi puesto?

-Me lleva usted a un terreno que cae en lo personal. Posiblemente, usted es uno de los sacerdotes excepcionales de que hablaba antes y que he conocido y conozco aún. Pero si quiere usted saber lo que yo, sacerdote, haría en su puesto, es sencillo: dejaría de ser presidente de Acción Católica, como creo que es usted, por cumplir la ley del maestro: «Al César lo que es del César», y la otra orden que dice que «Su reino no es de este mundo»; utilizaría el púlpito para enseñar la palabra de Cristo y no para propaganda política, y trataría de convencer a unos y otros para que vivieran en paz, para que los pobres no se murieran en la pared de la carretera esperando el milagro de un mendrugo de pan, mientras que los ricos dejan la tierra yerma y se juegan cada noche en el casino lo suficiente para que no haya hambrientos en Novés.

Ahora sí que mi cura se había sentido herido. Se le quedaron los labios blancuzcos y un poco temblorosos:

-No creo que usted pretenda enseñarme cuál es mi obligación. Aquí, en este pueblo, lo que hay son muchos canallas y lo que hace falta es palo, mucho palo. Ya sé que, para usted, nuestro jefe es un ratón de sacristía. Pero quieran ustedes o no quieran, ustedes los revolucionarios que quieren hundir a España en la miseria, ese hombre hará una España grande. Siento decirle que usted y yo no podemos ser amigos. Usted ha venido a turbar la tranquilidad de este pueblo. Lucharemos cada uno por nuestro lado y Dios dará la razón al que la merezca.

Salí de la iglesia un poco pensativo. Era una declaración en toda la regla de guerra contra mí, que aún no me había mezclado en la vida del pueblo. Era también una confirmación de la unión de las derechas españolas contra la República.

Don Alberto era viejo monárquico. Heliodoro, un usurero sin entrañas. A los dos médicos les tenía sin cuidado la Iglesia y la política. Valentín se jugaba la hacienda. Los otros, simplemente por poseer tierras, se creían en la obligación de estar contra los obreros. Ninguno de ellos tenía ideales, ni políticos ni religiosos, y sin embargo se unían como un solo hombre, agresivos, para defender una política y un ideal. ¿Era, precisamente, esta falta de convicciones lo que les permitía unirse? ¿Sería precisamente la existencia de ideales lo que nos impedía unirnos a los hombres de izquierda?

La consecuencia lógica era que aquellos hombres se unían para defender sus propiedades y su posición. Pero entonces, ¿por qué no se unían entre sí los líderes de la izquierda que también tenían ya una posición? ¿Por qué los hombres de la calle, los trabajadores y los labriegos o los mineros de Asturias, o los camareros de café, estaban

## LA FORJA DE UN REBELDE III – (La Llama) – Arturo Barea

siempre dispuestos a unirse, y sus líderes, no?

No era una pregunta más. En aquellos días era una pregunta que se hacía toda España, hasta nuestros enemigos.

## Las elecciones

### Capítulo IV

Inquietud e incertidumbre me hacían más echar de menos algo fijo y seguro en las relaciones humanas. Pero hasta mi madre hacía ya tiempo que había muerto.

-Había muerto -como ella decía a veces- «uncida al carro», trabajando sin descanso hasta los setenta y dos años, dando de lado la fatiga que pudiera sentir para ayudar a mi hermana a través de sus numerosos partos; haciéndose cargo de los pequeños y del manejo de la casa; y hasta ayudándola económicamente, gestionando el que le dieran una portería en una casa de vecinos para que todos pudieran tener casa gratis y sacrificando las míseras propinas de los inquilinos para ayudar en los largos períodos en que mi cuñado Agustín, un buen ebanista, se quedaba sin trabajo por las huelgas que se sucedían unas a otras.

Hubo una época mala, antes de que yo mismo llegara a mi relativa prosperidad, en la que mi madre y Concha tuvieron que aceptar la ayuda de instituciones de caridad: la reina María Cristina había fundado un asilo para lavanderas, impelida, sin duda, por la visión de cientos de infelices encorvadas a lo largo del río, que inevitablemente tenía que soportar cada vez que iba o venía a los jardines de la Casa de Campo. Mi madre solicitó la ayuda de las monjas que regían el establecimiento, no para ella, sino para que proporcionaran ropa a los nietos. Existía también una institución oficial llamada La Gota de Leche, donde las madres pobres podían obtener leche gratis y asistencia médica. Concha tramitó su solicitud y le concedieron una ración diaria de este producto, siempre caro y malo en Madrid, a cambio de guardar cola diaria y pacientemente, mientras la abuela se cuidaba de la casa y de los chicos. Recibían éstas y otras caridades después de trámites absurdos, en los que se comprendían certificados de estar casada por la Iglesia, figurar en las listas de los que asistían a misa asiduamente o presentar el certificado del cura de la parroquia de haber comulgado en Cuaresma. Ninguno de estos requisitos hacía más agradable recibir la caridad, sino sentirse humillados. Pero mi madre nunca se sintió amargada por ello. Su amargura la compensaba el orgullo de su ayuda y se aguantaba con «las cosas de la vida» como ella las llamaba, con una resignación alegre y una esperanza escéptica. A mí me ponía furioso la situación, y a veces, cuando me sentía en condiciones de ayudar algo, injusto con mi hermana. Era natural que mi madre ayudara a su hija. Pero me hería y me dolía el alejamiento de mi madre hacia mi propia casa por su incompatibilidad con Aurelia. Aunque yo comprobara claramente el fracaso y la vacuidad de mi matrimonio, no aguantaba críticas de otros, ni aun de mi madre, y muchísimo menos de mi hermana, mi hermano, o la mujer de éste y el marido de aquélla, pues todos coincidían en detestar a la mujer que, al fin y al cabo, era mi esposa.

Mi madre murió en 1931. Desde entonces había tenido poco contacto íntimo con la familia. Pero ahora, cuando el fracaso de mi matrimonio era un hecho irremediable y cuando sentía en los huesos el escalofrío del cambio que se avecinaba, estreché más aún la vieja amistad con mi hermano y mi cuñado. Cuando éramos muchachos habíamos sido amigos inseparables y, sin necesidad de decírnoslo, nos comprendíamos perfectamente unos a otros. Las mujeres -la mía, la de mi hermano y mi propia hermana- se detestaban cordialmente y hacían todo lo posible para no encontrarse. Agustín, rechoncho y macizo, lento en el hablar y lento, pero a la vez ágil en sus

movimientos, con una vena inagotable de sátira maliciosa a la vez que lleno de sentido común, plácido y seguro, me daba un sentimiento de reposo y seguridad; cuando hablaba era tan infalible como un típico Sancho Panza. Pero era muy difícil para él salir con nosotros y dejar a Concha con los siete chicos que la recargaban de trabajo y no la dejaban un momento en paz.

Fue así como Rafael, mi hermano, flaco, descolorido, ácido, mucho más inquieto y escéptico que yo, se convirtió más y más en mi compañero silencioso: cuando deshice mi casa en Madrid e instalé a la familia en Novés, me cedió una alcoba en su casa. Para escapar de la atmósfera agria y espesa del piso estrecho y de la charla insulsa de su mujer, cada noche después de la cena nos marchábamos a dar un paseo a través de las calles, a pasar un rato en un café o en un bar donde teníamos amigos, siempre para terminar en otro paseo más o menos largo, enfrascados en una discusión acalorada y sin sentido o hundidos en un silencio moroso. Algunas noches salía con María.

Pero mis relaciones con María atravesaban también un estado crítico.

Cuando comencé a trabajar en la oficina, María era la menos atractiva de las cuatro mecanógrafas. Tenía entonces diecisiete años, ojos y cabellos negros y un cuerpo huesudo lleno de ángulos. Su piel aceitunada tenía el aspecto de sucia, el cuello era un pescuezo flaco y largo, el pecho liso. Como compensación era vivaracha y activa, rápida de comprensión. Su educación no era particularmente buena, pero mejor que la de las otras, sus entendederas claras, y como tipista muy buena. La escogí como mi secretaria y trabajábamos muy bien juntos.

La cara de María estaba ligeramente picada por la viruela, lo que la hacía completamente infeliz y consciente de su defecto en todo momento. Cuando yo comencé a contarle las dificultades de mi matrimonio y mis esperanzas de encontrar aún «la mujer», comenzó a encontrar consuelo para sus defectos, porque yo le explicaba que no pensaba tanto en la belleza física como en el mutuo entendimiento, la armonía entre dos, la fusión. En aquel tiempo no me daba cuenta de que lo que estaba haciendo era seducir a la muchacha. La cara de María le negaba el homenaje del piropo y no tenía contacto con hombres más que conmigo. Supongo que yo tenía para ella la clase de fascinación que los hombres maduros y «experimentados» tienen tan frecuentemente para las muchachas jóvenes. Lentamente fue creciendo nuestra intimidad. Y durante estos años, la muchacha huesuda se transformó en una mujer plena con un cuerpo hermoso. Inevitablemente, terminamos en una relación íntima puesto que yo necesitaba alguien a quien pudiera dar cariño y que entendiera mi lenguaje. La comunidad de trabajo y su deseo ardiente de satisfacerme en todo se convirtieron en un sustituto del amor.

Eramos discretos en nuestras relaciones, pero no tratábamos de escondernos. Eran un secreto a voces. En la verdadera tradición matrimonial española, donde la mujer no se preocupaba mucho de que su marido tenga «un asunto» mientras no le absorba para siempre o mientras no se produzcan hijos ilegítimos, no tuve grandes dificultades con Aurelia. Ella no sentía que su posición estuviera amenazada por la existencia de María y todo quedó reducido a unas discusiones agrias de vez en cuando. Tampoco existían dificultades por parte de la familia de María. Vivía con su madre, un hermano y una hermana, ambos más jóvenes. La madre sabía nuestras relaciones, pero las ignoraba silenciosamente, yo creo, porque consideraba que María era una muchacha que nunca podría casarse y que por ello tenía derecho a sacar de la vida el mejor partido que pudiera.

Al principio habíamos acordado que ambos quedábamos en completa libertad, pero al cabo de seis años de relación se había desarrollado entre nosotros una intimidad

estrecha. Por mi parte, aun no pudiendo decir que estaba enamorado, estos seis años me habían dado alegría.

Ahora ya no estaba contento más: y ella tampoco.

Un sábado por la mañana, María me preguntó:

-¿Te vas esta tarde a Novés?

-Claro, como siempre.

-Ya estoy harta de este arreglo. Cada domingo me quedo sola y me aburro. Mi hermana se va con sus amigas y yo no puedo salir con ellas,

-No veo por qué no.

-La mayoría de los domingos se van al baile. Si voy, tengo que bailar, porque todo el mundo sabe que sé y me gusta y no puedo pretender que no sé o no quiero.

-Bueno, y ¿qué más quieres? Si te gusta, vete al baile y baila todo lo que quieras, ya sabes que no me da celos. Pero no me puedo quedar aquí los domingos y al fin y al cabo estamos juntos toda la semana. Por otra parte, al principio ya habíamos discutido esto y estábamos conformes.

María insistió en que me quedara en Madrid. No quería que me quedara todos los domingos, pero sí de vez en cuando y particularmente aquel domingo. Me dio la sensación de que tenía algo en la mente y por último mandé un aviso a Novés que no podía ir.

La noche del sábado nos fuimos juntos al teatro. María mostraba mucho más interés en los detalles de la vida en Novés y en discutir la actitud y comportamiento de mi mujer que en el espectáculo. El domingo acordamos marcharnos de campo y nos fuimos a Escorial. Cuando estábamos tumbados en la hierba, confrontados con la mole gigante de las montañas que rodean al monasterio, María dijo de repente:

-Y ahora, ¿qué piensas hacer?

-¿Sobre qué? -La pregunta me había cogido por sorpresa y no había provocado ninguna asociación mental, aunque habíamos discutido varias veces durante el día mis relaciones matrimoniales.

-Sobre Aurelia.

-Tú querrás decir qué puedo hacer. Lo único que puedo hacer es divorciarme, pero no veo por qué. Para los chicos sería malo, porque estarían peor que estando yo y a mí tampoco me beneficiaría mucho. Tendría que irme a vivir de huésped o quedarme para siempre en casa de mi hermano. Viviría peor y me costaría más caro. Todavía valdría la pena si hubiera encontrado «la mujer».

Lo dije sin pensar y mucho menos sin querer herirla. Había hablado espontáneamente, como habíamos hablado durante años, sobre mis problemas. María me miró y tenía los ojos arrasados en lágrimas:

-Entonces, yo no significo nada para ti...

-Pero, chiquilla, nuestro caso es completamente distinto.

-Claro que es diferente. Para ti un pasatiempo y para mí una puerta cerrada. -Y se echó a llorar amargamente.

-Pero ¿qué es lo que quieres que haga? ¿Divorciarme e irme a vivir contigo? ¿O que nos casemos?

Se limpió las lágrimas y se echó a reír:

-Pues claro, tonto.

-Pero ¿no ves que no puede ser? Ahora todo el mundo nos tolera y cierra los ojos. Si nos fuéramos a vivir juntos te tratarían como una zorra. Si nos casáramos te tratarían como la mujer que ha seducido a un hombre casado y ha destruido una familia. Ni aun los tuyos estarían conformes, creo.

-No te preocupes de todas esas cosas. Yo soy mayor de edad y puedo hacer lo que me dé la gana. Si no es más que eso, deja a la gente que diga lo que quiera. A mí no me importa.

-Pero me importa a mí.

-¡Ves cómo no me quieres!

La conversación degeneró en una discusión hueca y falsa, repetida al infinito. El regreso de la excursión lo hicimos con un humor antagónico. Comprendía perfectamente la actitud de María y sus esperanzas, pero no tenía intenciones de realizarlas. Un divorcio seguido de un nuevo hogar con o sin el requisito previo de un matrimonio, no suponía más que el cambio de una mujer por otra, con el futuro abierto a más chicos y al aburrimiento de la vida de casado sin amor. María era perfecta mientras trabajara conmigo y simpatizara con mis disgustos y problemas personales; era perfecta como un consuelo. Todo desaparecería con un matrimonio. Perdería la secretaria y el oyente cariñoso.

Indudablemente mi actitud era fría y egoísta. Me daba cuenta de ello y me producía un escalofrío en la boca del estómago. Me daba disgusto mi actitud y a la vez resentía la de ella. Había roto nuestro compromiso. Sí, ella tenía razón a su manera, pero al mismo tiempo yo creía que la plena razón estaba de mi parte. No era, simplemente, como si ella quisiera tener su hombre; no, era que había llegado a la convicción de que su cariño hacia mí me haría feliz aunque yo no estuviera enamorado, porque me sabía lleno de afección para ella y que ya yo no tenía esperanza de encontrar jamás la mujer de quien yo hablaba y con quien yo soñaba. Al fin y al cabo, ella sabía muy bien que yo tenía treinta y ocho años, una edad en la cual un hombre comienza a ser fatalista o escéptico en cuestiones de amor.

Aún no era un escéptico, ni tampoco quería desprenderme de ella o explotarla fríamente. Habíamos pasado un buen tiempo juntos, pero sabía que el cambiarlo por una vida de convivencia destruiría nuestra amistad y nuestro cariño, que habían nacido de la soledad, para convertirse en soledad a su vez.

Terminamos nuestra discusión pero el aire quedó tenso entre los dos. María no repitió su demanda, pero intensificó sus atenciones conmigo hasta los detalles más mínimos. Quería mostrarme que era una mujer perfecta no sólo como amante sino también como ama de su casa. Su táctica era equivocada: yo no tenía ningún interés en vivir con una buena ama de casa; lo único que conseguía era irritarme y aburrirme. Me divertía, y a la vez me enfurecía, el ver cómo María tendía a comportarse como si fuéramos una pareja feliz de burgueses. A menudo íbamos a bailar a un cabaret nocturno, pero ahora María comenzaba a oponerse afirmando que debíamos obrar más discretamente.

-Si alguien nos ve aquí, van a creer que hay algo más detrás de ello.

-Pero chiquita, no se iban a creer más que la verdad.

-Pero yo no quiero que la gente crea que soy una de esas mujeres. Yo te quiero exactamente como si fueras mi marido.

Hacia fines de 1935 estaba en un estado de desesperación e irritabilidad agudas. Evitaba el contacto con ambas mujeres y no podía escapar de ninguna. Por aquella época comenzó la campaña electoral para las elecciones próximas, y durante algunas semanas el excitamiento de las masas y el conocimiento de lo que estaba en juego borraron de mi mente todos mis problemas privados.

Cuando el primer ministro Chapaprieta presentó el presupuesto a las Cortes, las derechas comenzaron una obstrucción sistemática. Chapaprieta tuvo que dimitir. El presidente de la República, don Niceto Alcalá Zamora -alias el Botas-, era un viejo zorro en política, un cacique de Andalucía que durante la monarquía se había mantenido



en el poder manejando a su antojo las elecciones en su distrito, y que en las últimas convulsiones del reinado de Alfonso XIII se había pasado al partido republicano con armas y bagajes. La dimisión de Chapaprieta ponía en peligro la posición del presidente. Gil Robles mantenía la mayoría en las Cortes y el presidente tendría que recurrir a él para formar gobierno. Y no era que Alcalá Zamora fuera opuesto a un gobierno católico y de derechas, siendo él mismo un católico militante, sino que prefería convertirse él en el Dollfuss de España a cederle este honor a Gil Robles. Por otra parte, Gil Robles había intentado ejercer presión sobre Alcalá Zamora, un hecho que el viejo cacique no podía perdonar ni olvidar.

El presidente confió el encargo de formar gobierno a Portela Valladares, un republicano independiente, siendo la idea que usaría todos los recursos del poder gubernamental para preparar unas elecciones en favor de un centro moderado -el grupo que Alcalá Zamora quería representar-, y el cual podría así convertirse en una fuerza política dentro de las Cortes, en cuyas manos estaría decidir la mayoría de votos en una u otra dirección en cada debate parlamentario.

Pero el truco era muy viejo y estaba desacreditado. Se había usado con éxito para mantener la monarquía desde 1860. Pero ya el país había dejado de ser indiferente a la política y estaba en plena efervescencia, profundamente dividido en dos campos opuestos. El juego de Alcalá Zamora no tenía la más pequeña probabilidad de éxito y en realidad nunca se planteó. Tan pronto como Pórtela Vallares presentó su nuevo gabinete se encontró atacado por ambas, derechas e izquierdas, y tuvo que dimitir. En diciembre de 1935 Alcalá Zamora disolvió las Cortes y anunció la fecha del 16 de febrero de 1936 para celebrar las nuevas elecciones. Hubo que restablecer los plenos derechos constitucionales de los ciudadanos y comenzó la batalla de propaganda. Las derechas izaron la bandera del anticomunismo y comenzaron a aterrorizar a los futuros electores con visiones horribles de lo que sería el país en caso de una victoria de las izquierdas. Predicaban el caos y dieron colorido a sus predicciones multiplicando los incidentes callejeros provocativos. Los partidos de la izquierda formaron un bloque electoral. La lista de candidatos comprendía todos los matices, desde los simples republicanos hasta anarquistas; enfocaron su propaganda sobre las atrocidades que se habían cometido con los prisioneros de izquierda después del levantamiento de Asturias y la petición de una amnistía general.

Al mismo tiempo, sin embargo, las disensiones entre los partidos de izquierda se agravaron. Su prensa dedicaba al menos tanto espacio en atacarse mutuamente como en atacar a las derechas. Cada uno de ellos tenía miedo de un golpe de Estado fascista y voceaba este miedo, proclamando a la vez su tipo particular de revolución como la única solución posible. Largo Caballero aceptó el título de «Lenin de España» y el apoyo de los comunistas. Su grupo dijo a las masas que una victoria de las elecciones no sería la victoria de un Estado democrático-burgués, sino de un Estado revolucionario. Los anarquistas anunciaron también la victoria inminente de un Estado revolucionario, no a imitación de la Rusia soviética, sino basado en los ideales libertarios. Después de los años del bienio negro aquello era como una intoxicación. La válvula de seguridad había saltado y cada simple individuo estaba hundido en discusión y en tomar parte activa en la propaganda de sus ideas.

Yo me mezclé en la batalla en Novés.

Elíseo me recibió con un grito de bienvenida cuando entré en el casino de los pobres.

-Le estábamos esperando. Hemos decidido prepararnos para las elecciones y queremos montar un comité electoral.

-Me parece una buena idea.

-Pero es que queremos que sea usted quien lo organice; nosotros no entendemos de estas cosas y lo queremos hacer bien. Heliodoro y su pandilla ya lo tienen todo organizado. Están prometiendo a la gente todo lo que hay bajo el sol y a la vez amenazándoles, si no se comportan como ellos quieren. Y el hambre es mala consejera. Nosotros no podemos hacer nada, pero como usted tiene amigos en Madrid, si nos ayuda vamos a hacer nuestros mítines y nuestra propaganda. En fin, usted ya sabe lo que quiero decir.

Mis raíces estaban en Madrid y no en Novés, pero al mismo tiempo no podía rehusar el tomar parte activa en lo que yo creía iba a ser un momento decisivo para España y para nuestras esperanzas socialistas. Aquella gente necesitaba alguien que no se dejara intimidar por el cabo de la Guardia Civil o a quien no se pudiera entrapillar en maniobras sucias; alguien que les salvara de cometer tonterías o ilegalidades, dando así una ocasión a los contrarios. Al mismo tiempo se me ocurrió que el sumergirme en las elecciones me proporcionaría una satisfacción y un entretenimiento y me mantendría alejado de las dos mujeres. También vi, instantáneamente, que una victoria de la derecha y hasta posiblemente una victoria de la izquierda significaba tener que abandonar el pueblo inmediatamente. Pero, de todas formas, Novés estaba terminado para mí. Acepté la tarea.

Mi primer paso fue ponerme en contacto con Carlos y con Antonio.

Carlos Rubiera era un viejo miembro de las juventudes socialistas a quien el Partido había propuesto como candidato en las elecciones. En 1931 habíamos trabajado juntos para crear la Unión de Empleados en Madrid; habíamos logrado un éxito en nuestro empeño y Carlos me había lanzado en plena carrera política. Me había invitado muchas veces a convertirme en un miembro activo del Partido Socialista o al menos a ocupar un cargo en la directiva del sindicato. No había aceptado nunca porque no me atraía una carrera política, pero habíamos mantenido una buena amistad. Carlos tenía buenas condiciones como orador y organizador.

Antonio era un comunista y un viejo amigo mío. Sabía cuan honesto, pobre y estrecho de pensamiento era. Nunca había sido más que un simple empleado con un sueldo insignificante, sin más perspectivas en la vida que continuar siendo, como él decía, un «chupatintas» y mal llegar a no morir de hambre su madre y él. Pero en 1925 Antonio tuvo que ser recluido en un sanatorio del Estado por tuberculoso, y su madre murió en la miseria. Cuando Antonio reapareció en Madrid, curado y desesperado, la casa donde trabajaba le admitió con menos sueldo «porque ya no tenía tantas obligaciones». Un sueldo que le bastaba escasamente para vivir y del que no hubiera podido sostener el más insignificante vicio; pero fumar y beber lo había suprimido por su enfermedad, y de las mujeres tenía miedo por la misma razón. Se convirtió en un comunista -uno de los primeros en serlo en España-, y se entregó a su fe con el celo de un fanático. En 1936 era una figura menor del Partido.

Rubiera y Antonio me proporcionaron propaganda impresa del Frente Popular para Novés, me explicaron la organización de un comité electoral y me prometieron enviar al pueblo unos cuantos oradores de izquierda. En la tarde del sábado siguiente inaugurábamos el centro electoral del Frente Popular en Novés. Aquella misma tarde, José me llamó y me invitó a entrar en su casa, la parte trasera del casino de los ricos. Mientras su mujer atendía a los parroquianos, José desempolvó una botella de coñac:

-Me tiene usted que perdonar el que le haya traído aquí, pero tenemos que hablar a solas. Tengo que darle un buen consejo.

-Gracias, José, pero no recuerdo haberle pedido ninguno.

-No se me enfade, don Arturo. Es un consejo de amigo, los amigos tienen que mostrarse en las ocasiones. Yo le considero mucho a usted y a su familia y no puedo callarme la

boca. Aunque no es que tenga un interés personal en ello, como digo. Yo a mi negocio y nada más, que es lo que me da de comer. Pero yo conozco el pueblo y usted aquí es un forastero. Y no crea usted que lo va a cambiar.

-Bueno, ¿y cuál es su consejo?

-Que no debería usted mezclarse en las elecciones. Deje usted a la gente que se las arregle como pueda y no se meta a hacer el Quijote. Mire, si se le mete en la cabeza liarse con la banda de Eliseo, lo único que le va a quedar por hacer, en cuanto se terminen las elecciones, es coger el autobús y no volver por aquí en su vida. Bueno, si le dejan ir...

-Eso será si las derechas ganan las elecciones.

-Psch. O las izquierdas. Usted se cree que las cosas van a cambiar aquí si ganan las izquierdas, y en esto está equivocado. Las cosas seguirán como siempre. La tierra no van a dejar que se la quiten, de una manera o de otra. Y donde hay dinero, siempre hay una solución. Nunca se sabe lo que puede pasar. Después de todo, todos somos mortales.

-Bueno. Supongo que eso es todo lo que Heliodoro le ha encargado decirme.

-Si lo quiere usted tomar así... Es verdad que me ha dicho que se le debiera avisar a usted, pero que no estaba bien que él lo hiciera, Pero el hacerlo yo es mi propia idea, porque lo estimo.

-Muchas gracias, José, pero me parece que no voy a cambiar de idea. Puede ocurrir, como usted lo dice, que esto me cueste tener que marcharme del pueblo. Pero no puedo abandonar a los míos.

-Bueno. Usted piénselo bien. Y en todo caso, pero esto es sólo una idea mía, no se pasee usted mucho solo por la noche. La gente de aquí es bastante bruta y en todas las elecciones ha habido golpes.

Cuando referí esta conversación en el casino de Eliseo, se armó un revuelo; y desde aquel momento cada vez que salía de noche, me acompañaban dos mocetones con sendos garrotes.

Me fui a Santa Cruz a ver al cabo de la Guardia Civil sobre los requisitos legales. Me recibió con cara hosca:

-¿Y quién le ha mandado a usted meterse en todo este lío?

-Supongo que tengo un derecho para hacerlo, ¿no? Soy un vecino de Novés y tengo el derecho de mezclarme en las cosas del pueblo.

-Bueno, bueno. Aquí están sus papeles. Yo me estaría quietecito en casa, si estuviera en su pellejo, porque va a haber jaleo. No es que a mí me importe. La cosa para mí es muy simple: mantener el orden, pasé lo que pase y caiga el que sea. Así que ya está usted avisado. Vaya con Dios.

Carlos y Antonio mantuvieron su promesa. Cuatro oradores del Frente Popular vendrían a Novés un domingo: uno de izquierda republicana, un socialista, un comunista y un anarquista. Con la excepción del republicano, que era ya un hombre maduro, todos los otros eran jovencillos, completamente desconocidos en política. La noticia produjo una conmoción en el casino.

-Nos hace falta el salón de baile.

El salón de baile pertenecía a la taberna de la plaza donde paraba el autobús. Me fui a ver al propietario.

-Queríamos alquilar el salón para un mitin el domingo que viene.

-Pues se lo va a tener que pedir a Heliodoro, porque lo tiene alquilado hasta las elecciones para los mítines de las derechas. Yo no puedo hacer nada.

Heliodoro me recibió en su casa con toda la pompa de un gran hombre de negocios,

atrincherado detrás de una inmensa mesa de nogal y rodeado de montañas de papeles. Me contestó con una sonrisita helada:

-Lo siento mucho, pero no puedo ayudarle. El salón lo necesito yo.

Descorazonado, volví a casa de Eliseo. Celebrar el mitin en medio de la plaza en pleno mes de enero era una locura. Pero Eliseo encontró la solución:

-Son unos cerdos indecentes esa gentuza. Heliodoro no puede alquilar el salón de baile, porque el salón está alquilado por el Ayuntamiento. El Ayuntamiento le paga a Rufino -el tabernero- un tanto cada año, y el único derecho que tiene es montar allí un bar cuando hay un baile. Así que no sé cómo puede volverlo a alquilar.

Volví a Heliodoro. Se encrespó.

-Yo he alquilado el salón y tengo aquí el recibo. Si quiere usted denunciar a Rufino o al Ayuntamiento, allá usted, pero a mí déjeme en paz...

Me fui a ver al cabo y le expliqué la situación. Se encogió de hombros. Aquello era un pleito que a él le tenía sin cuidado. Se me acabó la paciencia:

-Mire. El otro día me dijo usted que estaba aquí para mantener el orden, cayera el que cayera. El salón de baile es libre para toda la población de Novés, porque paga para eso. El mitin no lo suspendo y el mitin se va a celebrar en el salón de baile. Y usted puede arreglarlo como le dé la gana, es decir, si no quiere usted que las cosas se salgan de madre. Además le voy a decir: mañana me voy a avistar con los partidos que organizan el mitin y les voy a explicar lo que está ocurriendo aquí. La responsabilidad va a caer sobre usted, porque es suya la obligación de evitar que haya líos y disgustos.

El cabo de la Guardia Civil se achicó. En todas las ciudades y pueblos de la provincia -una de las que más habían sufrido por las venganzas de los propietarios durante el bienio negro, las gentes estaban inquietas y nerviosas, prontas a estallar. El cabo vio claramente que se avecinaba un conflicto del cual, en última instancia, le harían a él el responsable. Aquella misma noche habló con Heliodoro; y Heliodoro me concedió el uso del salón de baile.

-Esto es un favor especial que hago por consideración a usted y al cabo. Yo tampoco quiero que haya jaleos que puedan pasar a mayores. Lo que queremos es orden.

Durante estas semanas, iba casi todas las tardes a Novés y regresaba a Madrid por la mañana temprano. Una de aquellas tardes, cuando llegué a casa, Aurelia me alargó un sobre:

-Toma, esto ha traído José para ti. Y ya me ha contado todo lo que está pasando. No sé quién diablos te manda a ti meterte en estas elecciones.

El sobre contenía una comunicación del Círculo de Labradores de Novés -el nombre oficial del casino de ricos-, informándome que la asamblea general había acordado por unanimidad expulsarme de su seno. Lo celebramos aquella noche en casa de Eliseo. El Círculo de Trabajadores de Novés me hizo, también por unanimidad, socio honorario. Después nos fuimos todos juntos en la noche a pegar los anuncios del mitin en paredes y vallas.

Amaneció un día espléndido, radiante de sol. La llanura en la que se esconde Novés es uno de los sitios más fríos de España en invierno. Los vientos directos de la sierra de Guadarrama y de Toledo la barren y hielan hondo la tierra. Pero el pueblo, abrigado en el fondo del barranco, no sufre estos soplos helados, y en los días de sol las gentes prefieren estar en la calle mejor que en sus casuchas miserables. El pueblo se anima de vida. Las mujeres se sientan en sus sillas bajas de paja a las puertas de sus casas y cosen y murmuran, mientras que los chiquillos corretean alrededor, los hombres forman grupos en la plaza y la gente joven se va de paseo a las huertas con las manos cogidas. Pero aquel domingo el pueblo cambió por completo su fisonomía. Desde las primeras

horas de la mañana comenzaron a llegar gentes de los pueblos de alrededor «para oír el mitin de los de Madrid». La calle principal se llenó de campesinos y jornaleros, con sus mujeres y sus chiquillos, gritándose saludos unos a otros, gesticulando y chillando excitados. El salón de baile estaba decorado con carteles del Frente Popular y sus puertas abiertas de par en par. Las gentes entraban y salían en un continuo peregrinaje, sin agotar su curiosidad. A mediodía aparecieron unas cuantas mujeres con sillas que alinearon a lo largo de las paredes, determinadas a no perder el espectáculo, ni el asiento, aunque les costara horas de espera.

El salón de baile no era más que una vieja cuadra, convertida en sala de fiestas por el simple procedimiento de construir en una de sus extremidades una tarima de tablas y encuadrarla con una embocadura de percalina roja. Una puertecilla lateral conducía desde el escenario al corral de la taberna. Entre las tiras de percalina, unas sábanas cosidas entre sí y colgadas del techo servían alternativamente como pantalla de cine o como telón de boca cuando actuaba alguna compañía de cómicos de la legua. Cuando había baile, la banda ocupaba la plataforma y las sábanas desaparecían. En el otro extremo del salón se había fijado a la pared y a las vigas del techo una especie de balcón o «palco», al cual se ascendía por una escalera primitiva con una cuerda por pasamanos. Unas veces estaba reservado para los huéspedes distinguidos y otras para el proyector de cine. El suelo era de tierra apisonada, reluciente de puro dura y pulida, y en el techo faltaban algunas tejas por donde tenían paso libre el sol, la lluvia o la nieve.

Sobre la tarima pusimos una mesa para el presidente, con una docena de sillas detrás formadas en semicírculo, y una mesa más pequeña al lado para los oradores, ambas mesas cubiertas con una bandera republicana también de percalina. El mitin comenzaría a las tres y habíamos arreglado que los oradores comerían primero en mi casa. Algunos muchachos del pueblo se fueron barranco arriba y se alinearon en la carretera para correr la voz cuando llegara el coche con los oradores. Llegó el cabo con una pareja de guardias y tomaron posiciones al lado exterior de las puertas del salón; después cargaron sus carabinas con toda ostentación y cuidado.

-¡Caray! ¿Nos van ustedes a matar? -exclamó una vieja, sonriendo.

El cabo no contestó, pero se le quedó mirando fijamente con ojos apagados. Unos cuantos corrieron a casa de Eliseo y contaron el incidente.

-No os podéis imaginar con qué ojos ha mirado a la pobre mujer. ¿Creéis que vamos a tener jaleo?

Eliseo se metió en el interior y reapareció con una pistola que se enfundó entre la faja, bajo los pliegues de la camisa.

El coche llegó a las doce y media, y fue recibido con un clamoreo histérico de cientos de gargantas. Heliodoro debía de estar bramando de ira. Yo tuve que cerrar las puertas de mi casa para evitar una invasión.

El único de los oradores que conocía el pueblo era el socialista, un miembro de la Federación de Trabajadores de la Tierra en Toledo. Los otros tres procedían de Madrid. El republicano era un hombre rechoncho, con tipo de empleado con pretensiones, dentro de la nitidez de su traje de misa de domingo; hablaba despacio y con gran énfasis y era incapaz de decir una sola sentencia sin nombrar y citar a don Manuel Azaña. El anarquista era un camarero, joven, alegre y ágil, que parecía estar ensayándose para el mitin, porque cada vez que abría la boca para hablar soltaba un torrente inagotable. Pero en el comunista -un joven metalúrgico- tenía un competidor formidable con sus peroraciones interminables salpicadas de citas de Marx y Lenin. Los cuatro estaban un poquito nerviosos.

-Ahora, explícame cómo son las gentes de este pueblo -dijo el comunista.

-Como las de todos los pueblos. Lo que más les interesa es la tierra y la escuela.  
-Esa es una de las cosas que el Partido va a resolver lo primero. Vamos a organizar los Kansomols, bueno, quiero decir los Koljoses, en España como se ha hecho en Rusia, con granjas modelos, millares de vacas y lecherías modelo. En Ucrania...

Le corté en seco:

-Mira, me parece que aquí no vas a establecer lechería, ni aun con cabras. En todo el pueblo no hay más que dos vacas y creo que en la vida han visto la hierba.

-Entonces, ¿qué es lo que hay aquí?

-Unas cuantas huertas estupendas, unas tierras de trigo y un cacique que es el amo de la mitad del pueblo.

-Bueno, le liquidamos y en paz. -Lo dijo tan simplemente como si hubiera señalado una gallina en el corral para hacer un arroz.

-Lo que necesitamos aquí es democracia, democracia y tolerancia; sí, señor, democracia a caño libre -dijo el republicano-. Don Manuel -Azaña- tiene razón. Don Manuel me dijo un día: «Estos pueblos españoles, estos burgos podridos, necesitan escuelas, amigo Martínez, escuelas y pan y la eliminación de los parásitos que viven en ellos».

-No se hagan ustedes ilusiones; nosotros los españoles somos todos anarquistas, queramos o no. Esto no se arregla ni con socialismo ni con comunismo, y tú -el anarquista se encaró con el republicano-, a ti no se te ha perdido nada en esto. Lo que necesitamos es una nueva sociedad no con puntales, sino sentada sobre los sólidos cimientos de...

-Bueno, bueno... Lo primero es que yo no tengo ganas de oír vuestros discursos dos veces; lo segundo, que la ropa sucia la debéis dejar para lavarla en casa, y lo tercero que vamos a comer -dije. No las tenía todas conmigo con lo que iba a pasar en el mitin, sobre todo cuando en la mesa la conversación, mejor dicho la discusión, se enzarzó por los mismos derroteros.

Cuando entramos en la plataforma a través de la puertecilla del corral, nos enfrentamos con una alfombra moviente de cabezas a nuestros pies y un manchón de colorines no menos agitado contra la pared del fondo. No sé quién había amontonado a las mujeres en el «palco», como una precaución «por si había golpes», y las blusas y los pañuelos de cabeza llenos de colorines se mezclaban alegremente. Los hombres estaban de pie y apiñados; fuera se habían quedado unos doscientos que no cabían ya. Las puertas del salón a la plaza estaban abiertas de par en par, puertas cocheras inmensas a las que se asomaban los retrasados con los cuellos distendidos para no perder una palabra de los discursos.

Teodomiro, el alcalde, una hechura de Heliodoro, estaba sentado en una de las sillas detrás de la mesa presidencial.

-Bueno, bueno, ¿qué hace usted aquí? -le pregunté.

-Represento la autoridad.

No se podía decir nada en contra. Dije unas palabras de presentación y abrí el mitin. El comunista, como el más joven, tomó la palabra. Comenzó explicando el programa del Frente Popular. Hablaba bien, con algo de nerviosidad y grandes gestos, pero con fluencia y convicción. El público, ya bien dispuesto de antemano, bebía las palabras e interrumpía de vez en cuando con aplausos. Y así, el orador encarriló su discurso sobre el levantamiento de Asturias:

... una de las grandes finalidades de esta alianza de las izquierdas es liberar a nuestros prisioneros. Todos tenemos un preso a quien libertar, un asesinato que vengar. En el nombre de los que fueron asesinados en Oviedo...

Una ovación delirante le interrumpió. El alcalde se levantó de su silla, manoteando, y

comenzó a dar puñetazos en la mesa.

-¡Silencio! ¡Silencio! -se hizo un silencio de sorpresa. ¿Qué iba a decir aquel fulano? Teodomiro se volvió al comunista-: Si vuelve a mencionar Asturias, suspendo el mitin. Yo soy aquí la autoridad.

Le dije al orador en voz baja que se limitara a la propaganda del programa electoral y que se dejara de Asturias, mejor que perder el mitin. Pero Teodomiro, claramente, tenía sus instrucciones y estaba dispuesto a llevarlas a cabo; desde aquel momento se dedicó a interrumpir al orador en cada sentencia. Al fin logró desconcertar completamente al muchacho. El republicano se inclinó hacia mí:

-Déjeme usted a mí el turno. Yo soy un zorro viejo en estas cosas.

Le dije al comunista que terminara lo mejor que pudiera y el hombrecillo de Azaña se enfrentó con el público ya tenso:

-Yo hubiera querido hablaros y explicaros mi opinión personal que en muchos puntos coincide con la de mi compañero, a quien acabáis de oír. Pero tenemos que respetar a las autoridades como nuestro buen amigo el alcalde, y como yo no quisiera que mis palabras fueran interpretadas por él en mal sentido, voy a hablaros únicamente con las palabras de don Manuel Azaña, con las mismas palabras que él pronunció en el gran mitin de Comillas, reproducidas por la prensa y que hoy son ya históricas. Yo no creo que el señor alcalde me va a negar este derecho.

-No, no. Desde luego -afirmó Teodomiro. -Bien, pues con la venia de V. S., don Manuel Azaña en Comillas, dijo...: -Y el hombrecillo, que debía tener una memoria fabulosa, comenzó a hilvanar pasajes del famoso discurso que había movido toda España; pasajes que denunciaban crudamente la política de la Iglesia, la opresión de Asturias, las torturas a que se había sometido a los presos políticos, los escándalos y corrupción de Lerroux y los suyos, aliados de las derechas, las violencias cometidas por los pistoleros de Falange. El público rugía en aplausos a cada párrafo que apenas dejaban terminar. Teodomiro estaba púrpura de rabia y consultaba al cabo de la guardia. El cabo movía la cabeza; era imposible hacer nada contra aquello.

Subió a la plataforma el socialista, pero ya se había aprendido la lección. Con fingida vergüenza le preguntó a Teodomiro:

-¿Supongo que no tendrá usted nada en contra de que yo cite las palabras de don Francisco Largo Caballero?

Se había ganado la batalla. Hablaron el socialista y el anarquista, entre el entusiasmo desatado de las gentes, tanto porque los oradores habían destruido una intriga clara del enemigo para impedir el mitin, como por lo que habían dicho. Todos sabían que aquello no era tanto una derrota de la pillería del alcalde, como de su amo Heliodoro y del cabo de la Guardia Civil.

Al fin del mitin, algunos comenzaron a cantar la *Internacional*. Me levanté:

-Antes de concluir este mitin quiero decir unas palabras. Todos habéis visto lo que ha pasado y no creo que seáis tan tontos que no hayáis visto lo que podía haber pasado. Si queréis que esto no termine de mala manera, y supongo que no lo queréis, salid despacio, no cantéis, no deis gritos, ni aquí ni fuera, no forméis grupos en la calle. Idos a casa o adonde queráis; pero no deis lugar a ningún incidente.

-¿Usted quiere decir que yo he venido aquí para provocar jaleos? -chilló Teodomiro.

-Oh, no. Usted ha venido aquí precisamente para evitarlos. No los ha habido durante el mitin, gracias a su intervención, y ahora yo no quiero que los haya en la calle donde ni usted ni yo podemos intervenir. Y al buen entendedor, amigo Teodomiro...

El mitin de Novés se hizo famoso en la región y en todos los pueblos de alrededor se celebraron mítines similares. El Frente Popular tuvo ancho campo en tierras de Toledo

entre Santa Cruz y Torrijos.

Pero lo que había pasado en Novés en pequeña escala, pasó a través de España y no siempre con los mismos resultados. Durante el período conocido como el Bienio Negro, los partidos de derechas se habían atrincherado en los pueblos y no habían escatimado, al llegar las elecciones, ni las amenazas, ni las promesas, ni el soborno. En las ciudades sus esfuerzos fueron más pomposos, pero mucho menos efectivos y hasta ridículos. En la Puerta del Sol, un cartel gigante, cubriendo completamente la fachada de la casa existente entre la calle del Arenal y la calle Mayor, mostraba a Gil Robles en triple del tamaño natural, dirigiendo la palabra a una inmensa multitud que se extendía hasta el horizonte, con la leyenda: «Éstos son mis poderes». Para sembrar la confusión entre los miembros de la Confederación Nacional del Trabajo, publicaron carteles contra los comunistas firmados y sellados con las iniciales CNDT, fácilmente confundibles con las iniciales CNT del grupo anarquista. El cardenal Gomá, primado de España, publicó una declaración en la que afirmaba que el mismo Papa le había pedido apelar a los católicos españoles para que dieran sus votos a los partidos defensores de la fe. Cuando llegó el día de las elecciones, las derechas se cuidaron de conducir a las urnas a los asilados en institutos de beneficencia, a las monjas de los conventos y a los criados de casa grande. En los barrios más pobres de Madrid se pagaban los votos, a veces hasta por cincuenta pesetas.

Las elecciones del 16 de febrero fueron una victoria del Frente Popular. La cámara se formó con 265 diputados de izquierda, 64 del centro y 144 de derechas. El número mayor de votos recayó sobre Julián Besteiro, que no era un político profesional y cuyas teorías no eran compartidas por la mayoría de los obreros, pero que era el símbolo de las ansias del pueblo español por cultura, decencia y desarrollo social progresivo.

Cuando se pasó la ola de entusiasmo, la masa de electores se marchó a sus casas y los políticos reanudaron su lucha por el poder. El Frente Popular comenzó a desintegrarse después de la primera sesión de las Cortes. Nadie escuchó ni nadie hizo caso a la voz del pueblo.

Novés sufrió un cambio: los puestos públicos se dieron a los que tenían amistad y contacto con el diputado elegido en Torrijos, centro del distrito electoral. Sí, era un diputado del Frente Popular. Pero los hombres que se reunían en el casino de pobres no eran amigos de él; habían hecho su papel y nada más. Heliodoro dejó caer sobre los nuevos administradores el peso de su poder económico. No hubo más trabajo que el que antes hubo para los que esperaban a lo largo de la muralla el día entero.

-Lo gordo va a venir ahora y no tardando mucho -me dijo el tío Juan.

-No se hacen tortillas sin romper huevos.

Quince días después de las elecciones me trasladaba a Madrid con toda mi familia.



## El combustible

### Capítulo V

Había encontrado un piso amplio y barato en la calle del Ave María, una calle que está a medio kilómetro de la Puerta del Sol y que sin embargo pertenece al barrio obrero más viejo de la ciudad. Me gustaba porque estaba cerca del centro y de mi oficina. Pero me atraía además por ser una de las calles que conducen a Lavapiés, el barrio donde había pasado mi niñez. Mi madre había vivido tres calles más abajo. Mi vieja escuela, la escuela Pía, estaba tan cerca que en la noche oía dar las horas al reloj de su torre que durante años me había marcado la hora de entrar en clase. Cada rincón, cada esquina y cada calle alrededor tenían un recuerdo para mí y allí vivían aún, en sus hacinadas casas de vecinos, viejos amigos míos.

A mi mujer no le agradó mucho el sitio. Admitía que el piso tenía la ventaja de su tamaño, muy importante para los cuatro chicos, pero todos los demás vecinos no eran más que obreros y ella consideraba que nosotros pertenecíamos a una categoría social más alta que la de los que nos rodeaban. Tal vez, lo único que yo quería era volver a mis raíces.

En la misma mañana que el camión con nuestros muebles llegó a la nueva casa, nos encontramos Ángel y yo.

Los hombres que habían venido con el camión comenzaron a descargar y a transportar los muebles escaleras arriba. Uno de ellos era distinto de los otros cuatro, todos ellos fuertes y musculosos como verdaderos mozos de carga. Aquél era un hombre en los cuarenta, pequeño y ancho de hombros, con una cara redonda móvil como la de un simio. Trabajaba más intensamente que los otros, sonriéndose todo el tiempo y mostrando unos dientes podridos y negros de tabaco. Guiaba a los otros, colocando cada mueble en su sitio exacto, hacía caras a los chicos y contaba chistes para animar su trabajo, botando incansable de acá para allá como una pelota de caucho.

Cuando terminaron, di al chófer del camión un billete de cinco duros para que se lo repartieran. Cuando el hombrecillo se lanzó a recoger su duro, el chófer se le quedó mirando:

-¿Y por qué tengo yo que darte el duro?

-Anda, ¿por qué va a ser? ¿A ver si no he trabajado tanto como los otros?

-¿Y quién te ha pedido que trabajaras? Si el señor te ha llamado, que te pague él.

-Yo he creído que venía con ustedes -dije.

-¡Ca!, no, señor. Y nosotros hemos creído que era alguien de la familia.

-Bueno. Voy a explicar lo que ha pasado. Pero ¿hay quien me dé un pitillo? -Le di un cigarrillo, lo encendió parsimonioso y dijo:- Pues, yo soy Ángel. Por aquí todos me llaman Angelillo. No tengo para fumar y no tengo trabajo; y no porque no quiera trabajar, sino porque no lo hay. He visto el camión con los muebles y me he dicho: «Vamos a echar una mano, algo caerá, aunque no sea más que un vaso de vino». Ahora, si vosotros no queréis soltar los cuartos, mala suerte. Y no tengo nada que pedirle a este señor porque a quien he quitado un rato de trabajo ha sido a vosotros y sois vosotros los que me deberíais pagar. Pero si no os da la gana, buen provecho os haga. ¡Salud!

Escupió en la acera ruidosamente y echó a andar desdeñoso. Le llamé:

-No se marche así, hombre. La verdad es que podía haber preguntado antes, pero, en fin, ya veremos si ha quedado algo.

Se marchó el camión. Tenía ganas de beber algo e invité a Ángel en el bar que había en el piso bajo de la casa. En la puerta me preguntó:

-¿A usted le gusta el vino?

-Sí, me gusta.

-Pues entonces vamos a la taberna del 11, que tienen un vino que es bueno; esto, si a usted le da lo mismo. En el bar le cobran cuarenta céntimos por un vaso de cerveza y por la misma cantidad me bebo yo cuatro vasos de vino que caben lo mismo y que me gusta más. Y además le voy a decir una cosa: tengo ganas de beberme un vaso de vino. No lo he catado hace meses.

Fuimos a la taberna, le di un duro a Ángel, y me contó su historia.

Vivía en una calle inmediata, la calle de Jesús y María, como portero de una mísera casa de vecinos. Estaba casado pero, afortunadamente, no tenía chicos. Había comenzado a trabajar como un chico de recados en una farmacia cuando era casi niño; después había ascendido a ayudante en el laboratorio y por último había terminado como empleado en uno de los grandes almacenes de productos químicos.

-Y así, hace dos años tuve unas palabras serias con uno de los jefes porque le dije que yo no tenía intención de ir a misa. Bueno, me dieron la patada. Y desde entonces he estado sin trabajo.

-¡Caray! ¿Por no ir a misa?

-Esto es lo que le iba a contar. La historia es que, después de lo de Asturias, metieron en el almacén el Sagrado Corazón, en medio de la nave grande. Y nos dijeron que el día de la entronización teníamos que ir todos y tener una vela. Nos echaron a ocho a la calle. Después, cada vez que pedía trabajo en alguna parte y pedían informes, estos cerdos escribían diciendo que me habían tenido que despedir porque era uno de los de Asturias. Lo que pasó es que, cuando la huelga de Asturias, el sindicato nos dijo que no fuéramos a trabajar y me quedé en casa dos días. Por quien lo siento más es por la mujer, que las está pasando peor que yo. Ahora la quiero mandar con su familia, que tiene tierras en la provincia de Burgos y están bien. Y yo me voy a coger mi certificado de «los de Asturias» y me van a tener que dar trabajo y pagarme este tiempo.

Era uno de los proyectos del Frente Popular la readmisión de los despedidos durante las represalias de octubre de 1934.

Al día siguiente apareció Ángel en casa:

-He venido porque con la mudanza le va a hacer falta arreglar una porción de cosas en el piso. Le puedo instalar la luz y pintarle las habitaciones, ir a la compra o llevarme los chicos de paseo. Me han sido ustedes simpáticos.

Durante unas pocas semanas Ángel empleó el tiempo arrancando el viejo papel de las paredes, rellenando agujeros con yeso y pintando las habitaciones. Cuando terminó, continuó viniendo: ayudaba a la mujer en la casa y se llevaba los chicos al Retiro. Los niños se habían encariñado con él, a mí me atraía el hombre y él pagaba prodigando sobre mí el afecto de un ayuda de cámara, viejo en la familia. Era un madrileño clásico, criado en la calle, listo, despreocupado y despierto como un pájaro, siempre contento y siempre alerta. En unas semanas se había hecho un sitio en la peña que cada noche se reunía en el bar de Emiliano.

Yo también me había hecho un sitio allí. No podía invitar a amigos a casa en la atmósfera helada de mi «hogar»; tampoco quería quedarme metido allí en un aislamiento irritante o en disputas faltas de sentido; tampoco quería salir cada noche con María. Pero necesitaba estar con gentes que no exigieran cosas de mí cuando había terminado el trabajo de mi oficina, un trabajo complicado y muchas veces repelente.

Cada noche, después de cenar, Rafael venía a buscarme y bajábamos al bar de Emiliano

a tomar café. Allí nos reuníamos con Fuñi-Fuñi. Había sido compañero de colegio de Rafael y yo le conocía desde que era un niño. Le habían puesto el mote en la escuela, porque al respirar hacía un ruido con la nariz -fu-fu-, como un perro cuando olfatea excitado, y a cada segunda palabra que decía repetía el ruidillo; como complemento, cada vez que levantaba la cabeza estornudaba irremediadamente. Su nariz era un pegotito, con dos agujeros frontales en medio de una cara de luna, y por aquel embrión de apéndice nasal le era imposible respirar propiamente. Era terriblemente corto de vista y llevaba unos cristales gruesos en los bordes, llenos de circulitos brillantes; el óptico se había visto forzado a idear un puente en sus gafas, ancho y aplastado, que pudiera sostener estos cristales en aquella nariz no existente. Tenía los labios gruesos y carnosos, abultados, y sin duda para disimular al menos el labio superior, se había dejado crecer un bigote de pelos cortos, gruesos y erizados como púas de erizo. El conjunto de su cara de luna, con aquella nariz, aquellas gafas y la franja de púas enhiestas, le hacía parecer uno de esos pescados grotescos que a veces se mezclan en una caja de pescado y que nadie se atreve a comer, ni aun a dar al gato.

Fuñi-Fuñi vivía cerca de nosotros y venía cada noche al bar, para enredarse en una discusión política con Manolo, el hijo de nuestro portero. Fuñi-Fuñi era un verdadero intelectual, casi un escolar, y un anarquista, imbuido de teoría política y de filosofía abstracta; Manolo era un mecánico con simpatías comunistas, que se tragaba cada libro sobre el marxismo que caía en sus manos y lo digería a su manera. Rafael y yo nos solíamos sentar con ellos y Ángel se arrimaba a nosotros.

Durante muchas noches Ángel había escuchado muy quieto y muy atento la discusión, perdido a veces en el laberinto de nombres y citas que no le decían nada. Algunas veces interrumpía a Fuñi-Fuñi:

-¿Quién es ese tío de quien estás hablando?

Y Fuñi-Fuñi le explicaba paciente quién fue Kant, o Engels, o Marx, o Bakunin, mientras Ángel le escuchaba haciendo gestos y rumiando palabras. Inesperadamente, una noche se levantó, golpeó la mesa con la mano abierta y dijo:

-Bueno, ahora me toca hablar a mí. Todo eso que estáis discutiendo un día y otro y todas esas historias que estáis contando, no son más que cuento. Yo soy un socialista. Sí, señor, un socialista. Y no he leído en mi vida a ese Marx ni a ese Bakunin, ni me interesan un pito. Yo soy un socialista por la misma razón que tú eres un anarquista y Manolo un comunista: porque estamos hartos hasta la coronilla de esta cochina vida. Un buen día te pare tu madre, sin que tú te enteres de lo que ha pasado. Y cuando te empiezas a enterar de dónde estás, de lo primero que te enteras es de que padre está sin trabajo, madre esperando un hermanito y el puchero vacío. Te mandan a la escuela a que los frailes te den de comer de limosna, y en cuanto te empinas un poco, antes de que sepas mal leer te dicen que eres ya un hombrecito y te ponen a trabajar. El maestro te da cuatro perras gordas y los oficiales no te dan nada, y lo que te enseñan es: «Tú, chaval, tráete un vaso de agua». «Llévate esos cubos.» «Te voy a dar una patada...» A veces te la dan. Cuando llegas a hombre, ganas un duro, cinco cochinas pesetas. ¿Y qué pasa? Se te sube la torería a la cabeza, te encaprichas de una fulana, te casas, tienes chicos y de la noche a la mañana te quedas sin trabajo. ¿Y qué vas a hacer? La mujer a fregar suelos, los chicos al colegio de frailes por la sopa y tú a dar vueltas por la calle y a blasfemar de la madre que te parió. Pues por todo esto es por lo que soy un socialista, por esta leche agria que durante cuarenta años de su vida se ha tenido que tragar Angelito García, un servidor de Dios y ustedes. Y ahora os voy a decir una cosa. Callaros ya con Bakunin y Marx y toda esa gentuza. ¡UHP! ¿Sabéis lo que quiere decir?: Unión de Hermanos Proletarios. Igual, igual que aquellos tíos de Fuenteovejuna: todos a una. Esto es lo que

cuenta. Lo que contáis vosotros son pamplinas que sólo sirven para revolverle a uno los sesos y darnos patadas en las espinillas unos a otros. Y mientras, los otros nos sacuden de firme.

El fuego retórico de Ángel y sus manoteos habían atraído a otros parroquianos y teníamos un corro alrededor de la mesa. Cuando acabó, le dieron una ovación cerrada y desde aquella noche se convirtió en el orador más popular de todas las tabernas del barrio. Allí se encaraba con la gente y exponía sus planes:

-Los curas, ¿que qué haría yo con los curas? Muy sencillo. Los curas pueden ir y decir su misa y el que quiera que la oiga o que se confiese o que le den la extremaunción. A mí no me importa nada eso, porque allá cada uno con sus creencias. Pero ni un céntimo del Estado, y además, pagar contribución como los albañiles. Tantas misas, tantas pesetas... ¿Los ricos? Yo no les iba a hacer nada a los ricos. Si alguno se hincha de ganar dinero porque vale para ello, que lo disfrute. Pero cuando se muera, todo el dinero y todas las propiedades al Estado. Nada de eso de las herencias y de los señoritos vagos. Y el ser rico, limitado. Más allá de una cantidad, ni un céntimo, porque lo que hay que arreglar en esta cuestión de los ricos es el dinero, no los hombres. El que gane dinero con su trabajo que se lo gaste o que lo meta en un cajón, pero nada de eso de vivir cortando el cupón y chupando de los intereses. El Estado a mirar por los negocios y se acabó el chupar del bote. ¿Me entendéis lo que digo? Algo así como lo que tienen en Rusia. Allí le dan a uno de esos stajanovitas, o como se llamen, cien mil rublos de premio, pero tiene que seguir stajanoviando porque allí no hay bonos del Tesoro ni acciones de la Telefónica. Aquí le das a uno cien mil duros, los mete en el banco, vive de la renta y tira el martillo a la lata de la basura. Esto es lo que hay que arreglar.

Ángel me trataba como si fuera mi escudero y mi nodriza al mismo tiempo. Lo que nunca supo es cuánto apoyo moral me daba. Sus absurdidades y sus disparates cuando trataba de barrer de golpe todas las complicaciones intelectuales y políticas eran un estímulo, porque detrás de ello estaba su lealtad sólida y su sentido común junto con la creencia de que tarde o temprano todos los trabajadores del mundo se unirían y arreglarían el mundo sólidamente. Daba la impresión de ser, él y esto, inevitable e indestructible.

Muchas tardes, antes de irme a cenar, salía de la oficina con Navarro, nuestro dibujante, y nos íbamos juntos a tomar un aperitivo a la taberna del Portugués. A veces, veía allí, en un rincón, a mi viejo amigo Pla, ahora ya irremediamente viejo e irremediamente chupatintas para lo que le quedara de vida, melancólico y dormilón de vino. Escuchaba a Navarro sus problemas, pensando a la vez en los míos, y a veces me asustaba el futuro mirando a Pla.

Navarro había soñado con ser un artista y se había convertido en un dibujante del Instituto Topográfico. Su paga de empleado del Estado era una miseria y por las tardes se dedicaba a hacer dibujos de propaganda comercial o dibujos mecánicos para nuestras solicitudes de patente. No sabía nada de topografía, de publicidad o de mecánica, pero había aprendido a dibujar correctamente, igual que un aprendiz de zapatero aprende a clavar hileras de clavos en las suelas. Sus dibujos eran perfectos, pero había que confrontarlos pieza a pieza, porque a él no le decía nada una rueda dentada o un tornillo menos.

Estaba casado y tenía dos hijos de dieciséis y veinte años. Su trabajo le permitía mantener su casa en un nivel desahogado y dar a los hijos una carrera. Su mujer regía la casa y a la vez estaba enteramente bajo la influencia de su padre confesor, un jesuita, y de su hermano, un capitán de la Guardia Civil. Entre ellos, los tres, manejaban la casa y los hijos, quienes ya desde pequeños se habían dado cuenta de que el padre no pintaba

nada y que la familia -su familia- era la madre con un apellido ilustre, el tío con unos bigotes espléndidos y un puesto en el Ministerio de la Gobernación, y la sombra del cura sobre todos. Los dos estudiaban en el colegio jesuíta del Paseo de Areneros y eran el problema más grave del pobre Navarro.

-No sé qué puedo hacer con los chicos, Barea. Su tío los ha metido en Falange y ahora van con sus porras en el bolsillo, armando bronca a los estudiantes de la Universidad. En la escuela los dejan que vayan a la Universidad con el pretexto de que oigan conferencias, pero de verdad para que se metan en jaleo. ¿Usted qué haría, Barea?

-Mira, Juanito -a Navarro podía hablarle con franqueza y hasta brutalmente-, para decirte la verdad, tú no eres capaz de hacer la única cosa que solucionaría tu problema. Y lo peor de todo es que tú eres el que vas a pagar el pato a fin de cuentas.

-Pero, bueno, ¿qué es lo que yo puedo hacer? Dígame qué puedo hacer.

-Mira, coger una estaca y liarte a palos con el capitán, con el padre confesor y con tu mujer y romperles unas costillas. Y después liarte con los niños.

-Eso es una barbaridad que ni usted mismo haría.

-Sí, seguramente soy un bárbaro y tal vez por eso no tengo yo un lío semejante al tuyo. Pero no tiene remedio; eres muy flojo y eso no hay quien lo solucione.

-¡Pero yo no quiero que los chicos se metan en política! Desde que su tío volvió de Villa Cisneros, adonde le mandaron por meterse en la revuelta de agosto, les ha estado llenando la cabeza de heroicidades. Y un día se van a meter en algo gordo. Pero ¿qué puedo hacer yo, Arturo, dígame?

Su único consuelo era beber un vaso de vino en el Portugués, y ver todas las películas de Walt Disney que se presentaban en Madrid. Como uno de sus pocos amigos íntimos, tal vez el único, iba a menudo a su casa y conocía la atmósfera de insolencia, absoluta y fría, en la cual este hombre tolerante y sencillo estaba condenado a vivir. Su mujer eternamente citaba a su hermano o al padre confesor: «Pepe me ha dicho...» o «el padre Luis me ha dicho...». Navarro sufría el martirio de un ansia sin esperanza de un hogar donde pudiera sentarse en su sillón en medio de su familia y envolverse en cariño y alegría.

Una mañana se presentó inesperadamente en la oficina con una cara descompuesta. Precisaba hablarme.

Unos días antes se había desarrollado en la Universidad una verdadera batalla entre los estudiantes de la derecha y de la izquierda. Había comenzado a puñetazos, como siempre, pero había terminado a tiros y un estudiante había muerto. Aparte de eso, había bastantes heridos. Una de las noches siguientes, Navarro había estado trabajando en su casa hasta muy tarde en la noche y se le terminaron las cerillas; buscó una caja en los bolsillos del hijo mayor y encontró allí una matraca, hecha de una bola de plomo, atada con una cuerda a un mango de madera. La bola estaba manchada de sangre seca. En la mañana, poco después de irse el muchacho a la escuela, la policía había venido a buscarle. Ahora estaba refugiado en casa de su tío. Navarro estaba desesperado.

-Naturalmente, la policía le va a encontrar, más tarde o más temprano. Y lo que es peor, los otros le tendrán ya señalado y en cuanto puedan lo matan. Porque cada uno tiene una lista de los más destacados del otro bando.

-¡Bah! No te preocupes; ésas son cosas de muchachos -le dije sin convicción.

-¿Cosas de muchachos? ¡Tonterías! Cosas de hombres ya maduros. Gentes como su tío y los sotanas que incitan a los muchachos y los convierten en carne de cañón, para que se maten unos a otros y les hagan el caldo gordo a ellos. Y sabe Dios si hasta meterán al pequeño en jaleo. Si las derechas ganan un día, ya le han prometido a Luis que le van a hacer no sé qué, para que tenga una manera de vivir. Claro, al capitán le harán

comandante y al padre Luis, canónigo, supongo. Y el que se traga los disgustos soy yo. Su madre está encantada de las hazañas del niño; el tío dice que es un héroe y su hermanito me ha traído una carta de los Reverendos Padres, diciendo que lamentan mucho lo que ha pasado -yo no sé todavía lo que ha pasado-, pero que debemos tener paciencia, porque todo es en servicio de Dios y de España. ¡Y aquí estoy yo, su padre, hecho un cornudo!

Estaba pensando que Navarro era incapaz de cambiar el curso de su vida porque su propio carácter y las circunstancias le tenían atado de pies y manos, y me daba una lástima casi desdeñosa. De pronto me encontré preguntándome a mí mismo si yo no me hallaba en el mismo caso. ¿Es que se resolvía algo en la vida si se dejaba uno llevar por las cosas tal como vinieren? ¿No era tal vez mejor rebelarse de una vez y al menos saber que si uno se estrellaba era por su propia falta?

Todo era indicaciones de que cada cosa iba a derrumbarse o a estallar irremediablemente. El país iba de cabeza a una catástrofe. Aunque las derechas habían perdido puestos en el Parlamento, habían ganado en el sentido de que todos sus partidarios estaban ahora dispuestos a batallar contra la República en todos los terrenos posibles. Y estaban en buena posición para hacerlo: las derechas podían contar con la mayor parte del ejército, el clero, el capital interno y extranjero, y el soporte desvergonzado de Alemania. Era una cuestión de tiempo.

Mientras tanto, los partidos republicanos estaban sujetos a la presión del país que exigía se llevaran a la práctica las reformas prometidas en la campaña electoral, y cada partido explotaba esta exigencia para atacar a los otros, acusándolos de obstrucción. Alcalá Zamora había sido destituido como presidente de la República y Azaña había sido nombrado en su sustitución. Esto había privado a la República de uno de sus cerebros más constructivos. El País Vasco y Cataluña dificultaban aún más la situación por sus exigencias particulares. Los trabajadores desconfiaban de un Gobierno en el que no había ni aun socialistas de los más moderados, y que se mantenía contemporizando con unos y con otros. Los debates de las Cortes no eran más que discusiones interminables de la situación, discusiones que las derechas utilizaban hábilmente. Gil Robles, doblemente derrotado, por sus pretensiones disparatadas de la jefatura y por el fracaso de su estrategia electoral, había sido eliminado como jefe de las derechas y cedido el puesto a Calvo Sotelo.

Tan pronto como el Gobierno abrió el debate sobre el Estatuto del País Vasco, Galicia, Valencia, Castilla la Vieja, y hasta León, solicitaron en turno su autonomía. Cuando llegó el momento de reintegrar en sus puestos de trabajo a los obreros y empleados que fueron destituidos durante el movimiento de Asturias, algunas de las firmas afectadas simplemente cerraron y otras se negaron terminantemente a readmitir a los despedidos. Ángel había pedido su readmisión, pero aún seguía sin trabajo. Las huelgas se producían incesantes en todo el país y circulaban los rumores más fantásticos. Todo el mundo esperaba un levantamiento de las derechas y los obreros se preparaban para una contrarreacción violenta.

Entre las altas esferas de la administración y de la justicia, la obstrucción era abiertamente cínica. Un falangista de veintitrés años que disparó contra el diputado socialista Jiménez de Asúa fue absuelto, aunque había matado al agente de policía que escoltaba al diputado. La absolución se dictó por el tribunal fundándose en que era un deficiente mental que padecía infantilidad, nada más que un chiquillo a quien su padre, un alto oficial del ejército, acostumbraba a dar munición de pistola «para que fundiera las balas e hiciera soldaditos de plomo con ellas, una cosa que le mantenía entretenido y quieto».

Día tras día, en mi contacto con el Ministerio de Trabajo y con nuestros clientes iba tropezando con indicaciones claras de lo que se preparaba.

Cuando yo era niño, la Puerta de Atocha era el límite este de Madrid. Más allá no había más que los muelles del ferrocarril en los cerros bajos que eran el límite del parque del Retiro. Algunas veces, cuando mi madre quería escapar en verano del calor tórrido de la buhardilla, preparaba una cena fría y nos íbamos, calle de Atocha abajo, a aquellos descampados, a sentarnos en la hierba seca de las cuestas y cenar allí, bajo el frescor de los árboles del Retiro. Era un sitio de placer de gente pobre: docenas de familias de trabajadores acampaban como nosotros cada noche.

En aquella época, la basílica de Atocha -nunca terminada- y el Ministerio de Obras Públicas estaban en vías de construcción. Los lecheros de Madrid mandaban allí sus rebaños de cabras a ramonear entre los montones de materiales de construcción. Mi imaginación infantil estaba hondamente impresionada por las excavaciones inmensas, los cimientos de piedra y cemento y los enormes pilares tirados en el campo que iban a convertirse en el nuevo ministerio. Las esculturas de Querol que rematarían el frontispicio yacían en piezas por las laderas, medio envueltas en arpillera: patas de caballo o cuerpos de mujer gigantes, serrados en trozos como víctimas de un crimen monstruoso.

No puede adjudicarse un gran mérito artístico al edificio. Fue proyectado hacia 1900 y es un amontonamiento enorme de elementos dóricos, romanos y egipcios, todos mezclados tratando de construir un monumento y consiguiendo sólo un caserón desproporcionado. Pero a mis ojos de niño era una obra ciclópea que duraría siglos.

En los sótanos de este edificio he pasado una gran parte de mi vida. Y un día vería las columnas gigantes de la entrada, que habían llenado mis ojos infantiles, saltar en astillas, heridas por una bomba.

Cuando el enorme edificio se convirtió en Ministerio de Trabajo, oficina de patentes se instaló en el sótano. Por quince años, casi diariamente, estuve yendo a aquellos claustros enlosados y oficinas de techo de cristal. Los campos en los que había cenado y corrido a mis anchas, treinta años antes, se habían convertido en calles con pretensiones de ser modernas. Un poco más allá, bloques de piedra blanca reposaban aún en la tierra, ya medio enterrados por su propio peso, al pie de la fea torre blanca y roja de la basílica, todavía en construcción; y alrededor, mujeres fatigadas de trabajo, como mi madre lo fue, se sentaban en las tardes en los bancos del jardín polvoriento.

El cargo de director general de la oficina de patentes era un puesto político que cambiaba con cada gobierno. El trabajo descansaba sobre tres jefes de sección cuyo puesto era fijo y con los cuales tenía que resolver todos los asuntos de nuestra oficina, en las breves horas en que recibían.

Don Alejandro, jefe del departamento, era flaco, reseco, con ojos azules brillantes, nariz y labios flacos. Su dignidad impecable escondía una astucia inteligente y activa que siempre estaba dispuesta a jugar a cualquiera una mala faena, si en ello no había peligro. Don Fernando, jefe de la sección de patentes, era un hombre gordo y alegre con una panza bamboleante, siempre muy ocupado, siempre con mucha prisa y siempre demasiado tarde; tenía cara de luna y un apetito salvaje que flatulencia y acidez, ahogadas en bicarbonato, amargaban constantemente. Su favor no era cosa que se comprara, pero una caja de botellas de champán le ablandaban, y una carta de un diputado que le llamara «mi querido amigo» le derretía. De joven había sido un empleado temporero, en la época en la que los políticos nombraban y dejaban cesantes a los empleados, cuando cada cambio de gobierno representaba cientos de cesantes y una batalla para los pretendientes a las vacantes dejadas. Desde entonces había vivido en un

santo temor y asombro de los políticos, y aún le perduraba.

Don Pedro, jefe de la oficina de marcas de comercio, era un hombrecillo frágil y delgado, con una cabeza pequeñita, cuyo pelo estaba cortado al rape, salvo un tupé, parecido al flequillo revuelto de un chico travieso. Tenía una vocecilla suave y aguda a la vez, completamente femenina. Procedía de una familia rica y era profundamente religioso, sin vicio grande o chico, metódico, meticoloso en los más ínfimos detalles, la única persona en toda la oficina, y posiblemente en todo el ministerio, que llegaba a la oficina a la hora de entrada y no la abandonaba hasta algo después de la hora de salida. Era incorruptible e insensible a la presión política. Únicamente un sacerdote podía hacerle cambiar una decisión, porque un sacerdote era para él un ser infalible.

Entre estos tres hombres tenía que conducir y manejar los intereses de un millar de clientes. Tenía que recordar que don Alejandro admiraba a los alemanes hasta el punto de tener sus hijos educándose en el colegio alemán, que don Fernando cedía a los halagos de un diputado, y que don Pedro obedecía ciegamente a la Iglesia. Podía obtener resultados asombrosos utilizando hábilmente unos cuantos billetes de banco para los empleados, una carta amable de un personaje alemán, de un político o de un prominente padre. Y sabía por experiencia directa que la oficina de patentes era sólo un ejemplo, y no de los peores, de la administración española.

Había tenido, por ejemplo, el caso del representante de una firma extranjera que había venido especialmente a Madrid por avión desde su país para hacer efectivo el pago de motores suministrados por su firma a la aviación española. La cuenta ascendía a cien mil pesetas y estaba aprobada por el Ministerio de Hacienda. Nuestro cliente creía que sólo tenía que presentarse para recibir el dinero. Le tuve que explicar minuciosamente todos los trámites que había que seguir y fórmulas que llenar para que le marcaran la fecha de pago, y explicarle que aún había veteranos de la guerra de Cuba que no habían cobrado sus haberes porque no les había llegado el turno. Y ante su urgencia y desesperación le tuve que explicar que, seguramente, todo se arreglaría con una buena comisión. Nuestro cliente se marchó en el siguiente avión de pasajeros con su dinero disminuido en cinco mil pesetas, precio de la comisión dada a un director general.

Algunas veces, mientras esperaba en las salas del ministerio, pensaba las razones que existían para este estado de cosas y las consecuencias que resultaban. La mayoría de los empleados del Estado procedían de la clase media modesta y se estacaban en esta clase, tratando de llegar a un ideal de independencia y desahogo que nunca alcanzaban, viviendo para ello una vida de apariencias que no bastaba a cubrir sus escasos ingresos. Habían experimentado el peso de las influencias y habían encontrado que era mucho más fácil y más conveniente ceder a la presión que resistir, aceptar una propina que rechazarla indignado, porque la resistencia y la indignación sólo servían para arriesgar el traslado a algún rincón olvidado de provincias. Si eran independientes, como en el caso de don Pedro, estaban encadenados tal vez aún más por su educación y su clase, doblemente sumisos a las reglas morales de sus consejeros espirituales en medio de esta corrupción general.

¿Cómo podían estos administradores ser otra cosa que enemigos abiertos de la República que amenazaba a sus bienhechores y consejeros y aun su propia situación precaria en la maquinaria del Estado?

Al otro lado estaban los clientes.

Estaba, por ejemplo, don Federico Martínez Arias. Era el gerente de una fábrica de artículos de goma en Bilbao. Era un viejo cliente nuestro que había hecho conmigo gran amistad. Él mismo de origen humilde, había logrado escalar una posición segura en la sociedad de Bilbao; era el cónsul de dos o tres repúblicas hispanoamericanas. En España



se había hecho rico, en Norteamérica se hubiera hecho millonario. Acostumbraba tener conmigo discusiones interminables sobre problemas sociales y económicos. Estaba muy influido por las ideas de Taylor y Ford y mezclaba estas ideas con una buena dosis de feudalismo paternal muy español.

-Yo soy de los que creen y dicen siempre que un obrero debe estar bien pagado. En nuestra factoría pagamos los mejores jornales que se pagan en Bilbao.

Pero detrás de la paga, quería organizar y vigilar a los trabajadores; darles casas decentes, ciudades decentes, comodidades, escuelas, cultura, recreo, pero todo ello bajo las leyes y el control de la fábrica.

-Los obreros son incapaces de regirse por sí mismos; no tienen las cualidades necesarias para ello. Son como niños que hay que llevar de la mano para que no tropiecen... El trabajador no necesita más que una casa decente, buena comida, un poco de diversión y la seguridad de que tiene la vida segura.

-Pero en su opinión, don Federico, debe aceptar esto como se lo den y no empezar a discutir y a pensar.

-Pero si es que tampoco quiere. Mire usted lo que Ford hizo con sus miles de trabajadores. ¿Qué sindicato les ha dado nunca tanto como Ford? No, el trabajo debería estar organizado por el Estado y el obrero ser una parte del mecanismo de la nación.

-¡Por Dios, don Federico!, ¿se ha vuelto usted nazi?

-No. Pero admiro a los alemanes. Es una maravilla lo que ese hombre, Hitler, ha realizado. Un hombre así es lo que nos hace falta en España.

Pero no era ni un fanático político ni un fanático religioso. Creía en la misión divina del líder como cabeza de la familia nacional, un concepto muy católico y muy español. Creía también en la sumisión de los siervos: «Aun si el jefe se equivoca, ¿qué pasaría a un ejército si los soldados comenzaran a discutir?».

-Si los soldados comenzaran a discutir, podría pasar que no tuviéramos guerras, don Federico -le decía yo.

-Admitido. ¿Y a qué conduciría eso? La vida es lucha; hasta las briznas de hierba agujerean la piedra para poder crecer. Lea usted a Nietzsche, amigo Barea.

-Pero usted mismo se llama un cristiano.

-Sí, ya sé. Pacifismo y todas esas zarandajas. «Paz en la tierra»; sí, pero acuérdesse de lo que sigue: «a los hombres de buena voluntad». No va usted a decirme, creo, que esos socialistas y comunistas que predicán la revolución roja son hombres de buena voluntad...

Un día don Federico vino a la oficina y después de hablar sobre sus registros en trámite, me dijo:

-He vuelto, más que nada, a llevármele conmigo a Bilbao.

-Pues, ¿qué pasa? -No me chocó lo dicho, porque nuestros negocios me obligaban a veces a marcharme sin pérdida de momento al otro extremo del país.

-No pasa nada. Es que quiero que se venga usted a trabajar conmigo. Aquí nunca llegará usted a nada. Le ofrezco un puesto de apoderado en nuestra fábrica; mil pesetas al mes, para empezar, y comisión.

La oferta era tentadora. El salario era alto con relación a como los salarios se pagaban en España, y el porvenir que presentaba el puesto muchísimo mejor que el que ofrecía mi oficina. Significaba, verdaderamente, salvar la última barrera entre mi nivel de vida y la clase alta. Apoderado de la Ibérica de Bilbao, podía significar el ser aceptado en la sociedad bilbaína, uno de los grupos más poderosos de España. Podía significar un futuro próspero. Significaba, también, el renunciar, de una vez para siempre, a todo lo demás, es decir, a todo sobre lo cual aún tenía sueños utópicos, pero ¿no me había

prometido a mí mismo convertirme en un buen burgués y dejarme de tonterías?

No conocía entonces, como después iba a saber, que este incidente fue uno de los momentos más críticos de mi vida. En realidad, fue únicamente la voz de mi instinto lo que me impidió aceptar.

-Don Federico, me temo que no puedo aceptar su proposición. ¿Sabe usted que yo soy casi un comunista?

Don Federico abrió la boca asombrado.

-De todas las cosas absurdas que he oído en mi vida, ésta es la más grande. ¿Usted una especie de comunista? No diga tonterías. Haga la maleta y véngase a Bilbao conmigo. Bueno, ya sé que no puede usted venir mañana. Dígale a su jefe que busque otro para su puesto, le dejo tres meses para ello. Y le pago a usted el sueldo desde hoy para que pueda arreglar confortablemente la mudanza. No me conteste nada ahora. Tan pronto como vuelva a Bilbao le voy a escribir una carta oficial y entonces me contesta.

Vino la carta, una carta formal de negocios, y yo la contesté en mi mejor estilo comercial. No acepté.

Unos pocos días más tarde, uno de los amigos íntimos de don Federico, don Rafael Soroza, propietario de un importante depósito de dolomía, vino a la oficina. Me golpeó el hombro:

-Así que ¿se viene usted con nosotros a Bilbao?

-No, señor. Me quedo aquí.

-Pero, hombre, mi querido amigo, usted es un idiota, y no trato de ofenderle. Precisamente en estos días...

-¿Qué pasa con estos días?

-En estos días necesitamos hombres como usted.

Se lanzó en una disertación sobre política y economía. Mientras le escuchaba, estaba recordando a don Alberto de Fonseca y Ontivares, el boticario de Novés. El hombre que tenía delante de mí me parecía un caso paralelo, con un final distinto.

Soroza estaba en el final de los cincuenta, grandote de cuerpo, expansivo y alegre; pero en la última mitad de su vida, los negocios habían venido a poner su nota discordante. Procedía de una familia patriarcal de las montañas de Asturias. Aunque su padre le había obligado a estudiar leyes, y seguir la carrera de abogado, a la muerte de su padre se había encerrado en su aldea y se había dedicado a labrar sus tierras. Un día los prospectores alemanes llegaron a ellas.

Poca gente conoce con qué meticulosidad organizada han investigado el suelo español los agentes de Alemania durante veinte años. Y pocos conocen que existen docenas de sociedades, aparentemente de constitución genuinamente española, que sirven de pantalla para los más poderosos concerns alemanes, algunas veces no tanto para hacer negocios como para impedir que otros los hagan.

Los alemanes encontraron dolomía en una de las propiedades de don Rafael Soroza y trataron de hacer con él el mismo truco que con tanto éxito habían hecho con el boticario de Novés. Pero, por pura casualidad, aquella tierra estaba denunciada como coro minero, porque dentro de ella había una mina de carbón abandonada y los derechos eran propiedad de la familia Soroza. Los alemanes establecieron una compañía limitada, nombraron a don Rafael director gerente, y don Rafael comenzó a ganar dinero sin saber cómo. Alemania consumía cargamentos enteros de dolomía.

-Usted no puede imaginar la cantidad de magnesia que se consume en el mundo. Hay millones que sufren indigestión. Los alemanes compran toda la magnesia que puedo sacar y ahora me piden aún mayores cantidades. Es, además, un aislante perfecto y lo van a usar para refrigeradores y para proteger las tuberías en las fábricas de hielo. Es

mejor que el amianto. Tenemos que sacar una patente

Don Rafael registraba patentes inocuas que protegían, o pretendían proteger, el derecho al uso de la magnesia como un aislante térmico. La Rheinische Stahwelke, la I. G. Farben-Industrie y la Schering-Kahlbaum nos enviaban, desde Alemania, sus patentes para la extracción de magnesio de la dolomía y el uso de este metal para fines mecánicos. Las más importantes firmas alemanas trabajaban intensamente en la aplicación del magnesio y sus aleaciones en los motores de explosión para aeroplanos. La materia prima venía de España y la barrera de patentes impedía su explotación industrial. Sin los alemanes, don Rafael no hubiera tenido comprador para su magnesia. Cuando don Rafael terminó su discurso sobre economía y política, le dije:

-Total, que se ha vuelto usted falangista.

-¡Ah, no, Barea! Más, mucho más. Soy un miembro del Partido Nacionalsocialista alemán. Sabe usted, mis socios son alemanes y se me ha autorizado a ser un miembro, aun siendo extranjero. ¿Qué le parece, Barea?

-Que se ha metido usted en un buen lío, don Rafael.

-No diga tonterías, hombre. La causa está haciendo progresos a pasos de gigante. En uno o dos años tenemos el fascismo aquí y entonces seremos una nación como debe ser. Tal como van las cosas, esto no dura un año más, acuérdesese de lo que digo... Y ahora, cuénteme, ¿cuándo se marcha usted con don Federico? Porque usted tiene que ser de los nuestros.

-La verdad es que me quedo en Madrid. El clima de Bilbao no es bueno para mí, y al fin y al cabo tengo una buena posición aquí...

-Eso sí que lo siento, pero, en fin, usted sabe mejor que nadie lo que le conviene.

No me atrevía a decirle que yo era un socialista como había hecho con don Federico. Se hubiera desmayado. Pero ¿qué diablos tenía él que hacer con el Partido Nazi alemán? En el caso de Rodríguez, que se había pasado toda su vida en la embajada alemana, podía entenderlo, pero en el suyo, ¡un labrador asturiano!

Él mismo me proporcionó la respuesta cuando me llamó a su oficina en Madrid para resolver algunos asuntos pendientes.

-Me marcho mañana y quería dejar esto resuelto antes. -Y con alegría infantil agregó:- Tengo huéspedes en casa, ¿sabe?

-¿Van ustedes a cazar osos?

En las montañas donde vivía don Rafael se encuentran osos aún.

-¡Nada de eso, hombre! Me han mandado unos cuantos muchachos alemanes que están estudiando geología, minas, topografía, esas cosas, y vienen con ellos también algunos ingenieros que tienen interés en ver si hay un sitio para un aeródromo. Es una lástima que tengamos la República, porque créame, con la ayuda de los alemanes y con lo que nosotros tenemos, éste podía ser un gran país.

-Usted no ha salido muy mal con ellos.

-No, no me quejo. Pero así son las cosas en España. Estamos andando sobre millones y no nos enteramos. España es el país más rico del mundo.

-¡Hum! Sí, y mire usted cómo anda la gente y cómo vive.

-Pero ¿por qué, dígame, Barea? La falta es de un puñado de sinvergüenzas que se han hecho los amos del país. Acuérdesese de lo que hicieron con el pobre Primo de Rivera y cómo no le dejaron hacer lo que él quería. Pero esto no va a durar mucho. Vamos a terminar con todos estos masones, comunistas y judíos de un plumazo, don Arturo, de un plumazo. Ya verá.

-Me parece que no va usted a encontrar judíos en España ni para un plumazo como no los invente, don Rafael.

**LA FORJA DE UN REBELDE III – (La Llama) – Arturo Barea**

-¡Ah! Ya los encontraremos, Barea.

## La chispa

### Capítulo VI

Don Manuel Ayala nos había teleografiado para que fuéramos a buscarle al aeródromo de Barajas. Le estábamos esperando mi jefe y yo.

Un Douglas de los utilizados en las líneas de París y de Barcelona estaba en el campo, destacándose de los viejos Fokker que le rodeaban. Me fui hacia él y me puse a estudiar los detalles de su fuselaje. Pero había algo en el fondo de mi mente que me impedía disfrutar de mi examen y me hacía sentir molesto. No acertaba la causa de aquel nerviosismo, porque la aviación ha sido uno de mis mayores entusiasmos. Para encontrarla tuve que hacer un esfuerzo.

Todo lo que yo conocía de la teoría de aerodinámica lo debía a mi trabajo en el pleito de Junkers contra Ford en el cual había intervenido por nuestro cliente Junkers. Hacía ya tiempo que habían pasado por mis manos las patentes de Junkers y Heinkel. ¿Tras de qué andaría ahora esta gente?

Cuando el capitán don Antonio Barberán me había llevado con él en una vieja «chocolatera», como llamaban a los aviones remendados que había en Marruecos, y cuando me había explicado, entusiasta, sus planes para un vuelo transatlántico, aún la aviación era maravillosa.

Me acordaba del primer aeroplano que había visto volar en mi vida y de mi entusiasmo, como un chiquillo que era entonces. Primero, había sido la larga caminata, hirviendo en excitación, hasta los llanos de Getafe, para esperar la llegada de Vedrines, el primer hombre que voló de París a Madrid. Después, las tres tardes en que me escapé a través de los campos hasta el velódromo de Ciudad Lineal, hasta que en la última el tiempo, quieto y lleno de sol, permitió a Domenjoz demostrarnos lo que era un *looping-the-loop*.

Me hubiera gustado volar en aquel Douglas a Barcelona por encima de la Costa Brava de Cataluña y de sus aguas transparentes, y contemplar desde lo alto la luz del sol temblando y escondiéndose tras las cimas de las lejanas montañas, encapuchados por una cabalgata de nubes.

Se me paró la fantasía y se enfocaron mis memorias borrosas:

Pasó en los veinte, cuando Junkers construyó un aeroplano cuatrimotor para realizar con él la vuelta al mundo y a la vez obtener contratos de las compañías aéreas que, justamente entonces, se estaban planeando en varios países del mundo. Junkers era nuestro cliente y los alemanes trataban de obtener la concesión de una base aérea comercial en Sevilla, donde se había construido la torre para el anclaje de los zepelines. España podía ser un punto clave en la red de comunicaciones con América. Se habían realizado muchas intrigas y muchas jugadas complicadas por la industria de varios países, y una de ellas había sido el pleito que Junkers había planteado a Ford por las patentes que protegían la colocación de las alas bajo el fuselaje.

Mi antiguo jefe y yo habíamos tenido que ir al aeródromo de Getafe a la llegada del cuatrimotor Junkers a Madrid en su viaje de propaganda. Se había preparado una recepción oficial con asistencia del Rey. Cuando aterrizó el monstruo, un poquito más tarde del tiempo señalado, el Rey y su séquito militar inspeccionaron el aparato detalladamente; el Rey insistió en volar en un vuelo de prueba y hubo que desarrollar un defecto mecánico -y diplomático- para evitarlo. Después, mientras las formalidades

oficiales y el vino de honor seguían su curso, un ingeniero alemán tomó en sus manos explicar las características del aparato a los oficiales que formaban la comisión de compras en el caso de llegar a formularse un contrato, y mi jefe y yo los acompañamos, en nuestra calidad de representantes de las patentes.

El hombre tenía el título de *Doktor*; pero su nombre no se quedó en mi memoria. Era pequeño y delgadito, con pelo de arena de puro rubio, y afeitado, con gruesos cristales de miope cabalgando en el puente de una nariz colgante. Sus manos eran enormes. Recordaba haber pensado al verlas que parecían las manos depiladas de un gorila; cuando movía los dedos huesudos, las articulaciones parecían saltar fuera de su asiento y adquirir formas contorsionadas y extrañas.

Primero, escondió estas manos suyas debajo de los faldones de su levita y así nos llevó a través de la cabina donde estaban alineados los lujosos sillones para los pasajeros. Después nos llevó a través de pasillos como túneles que terminaban en las cabinas de los motores, y por último nos llevó a la cabina de los pilotos, separada de la de los pasajeros por una doble puerta corredera.

La cabina de los pilotos tenía la forma de una semiesfera alargada, formando la parte curva de la proa del avión. La pared exterior estaba construida de una armadura de duraluminio y paneles de cristal. Los asientos de los pilotos se elevaban en el centro de esta cúpula tumbada como suspendidos en el aire, y suministraban una vista completa en todas direcciones. Aquí, el *Doktor* hizo reaparecer sus manos y comenzó a explicar en español:

-Ahora que ya han visto ustedes el aparato -cortó las alabanzas con dos manotones-, les voy a mostrar algo que es mucho más interesante. -Con agilidad sorprendente saltó entre la armadura del suelo encristalado y comenzó a destornillar algunos remaches cilindricos colocados en el cruce de las barras de aluminio. Debajo aparecieron huecos roscados brillantes de aceite-: Como ven ustedes, basta desatornillar los falsos remaches para descubrir estos zócalos roscados, en los cuales se pueden atornillar en unos segundos las patas de una ametralladora: éste y éste, son para el asiento del ametrallador. Se quita este panel de cristal y el cañón de la ametralladora sale por la abertura. Aquí y aquí, en los dos lados, pueden colocarse otras dos ametralladoras de manera que el aeroplano puede atacar y defenderse de otros aviones. Y ahora, señores, vengan conmigo. Hay más. -Eché a correr delante de nosotros, brincando con pasitos cortos, y se detuvo en medio de la cabina de pasajeros. Aquí nos enseñó cómo las patas de los sillones estaban atornilladas al piso-: Se los puede quitar todos en dos minutos y dejar esto vacío. En su lugar se atornilla todo el equipo para transportar tropas o, si es necesario, para almacenar bombas y los instrumentos para lanzarlas. Aquí, esto son las compuertas para lanzarlas... Ahora les voy a enseñar dónde se colocan las grandes bombas. Aquí, ¿ven ustedes?, aquí. -Debajo de las alas gigantes, volvió a desatornillar los soportes para las bombas. Brincaba en las puntas de los pies y hacía castañetear los dedos huesudos, mientras repetía entusiasmado el procedimiento-: ¡Eh! ¿Qué les parece? En una sola hora podemos transformar los aviones de una línea comercial en cualquier aeropuerto de Alemania, pongamos en Berlín, y venir a bombardear Madrid. Diez horas después de una declaración de guerra podemos bombardear la capital enemiga. Y si somos nosotros los que declaramos la guerra, cinco minutos después de la declaración. Ja, ja! ¡Esto es Versalles!

El viejo y famoso piloto de globos que estaba con nosotros, y que yo conocía muy bien, se volvió a mí y murmuró:

-Este tío es tan repugnante como una araña. Dan ganas de espachurrarlo de un pisotón. Me alegró mucho entonces que el contrato del ejército español no fuera a parar a manos

de Junkers, a pesar de la convincente demostración que el macabro doctor había dado a los oficiales del Estado Mayor.

Había conseguido dar por olvidado el incidente, pero había cambiado mis ideas sobre el futuro de la aviación y había envenenado el placer que sentía cuando volaba. Ahora mismo me molestaba. Después había venido la guerra de Abisinia, y en Alemania hoy estaba Hitler. Era tan fácil lanzar bombas sobre ciudades indefensas: se desatornillan unos falsos remaches y se atornillan las patas de las ametralladoras o las perchas para las bombas...

Yo mismo me tuve que decir que me estaba volviendo mórbido. Aquel Douglas con su sobrio confort inglés no era más que un vehículo de lujo, hecho para convertir el volar en un placer.

El aeroplano de Sevilla trazó un círculo sobre el campo y aterrizó. Fuimos al encuentro de nuestro cliente. No venía solo y en el primer momento no reconocí a su acompañante. Hacían una pareja cómica los dos zaqueando a través del campo.

Don Manuel Ayala era corto y cuadrado, en la mitad de los sesenta, tostado y disecado por el sol, con una nariz de punta afilada en una cara llena de surcos y arrugas, ojos brillantes de ratón tras unos lentes de oro de vieja forma, colgantes de un cordón de seda al ojal de la solapa, y un bigote blanco, teñido de tabaco, pesado y tosco. Me parecía enorme, hasta que comprobé que sólo sus extremidades eran grandes: manos y pies fuera de proporción, que resultaban deformes, y una cabeza pesada bamboleando entre dos hombros anchísimos. La cara era una cara áspera, de campesino, afeitada, pero azuleante de las raíces de la barba. Lo que le hacía irresistiblemente cómico era el traje. Era como si un gigante hubiera estado gravemente enfermo en un hospital, hubiera perdido sus carnes y saliera ahora a la calle por primera vez en sus viejas ropas. Colgaban perdidas alrededor de él, como en la cruz de palos de un espantapájaros. Pero andaba con pasos firmes, seguros y enérgicos.

Le reconocí de pronto. Nunca le había visto en mi vida fuera de sus ropas talares. Era el hermano de nuestro cliente, el jesuita padre Ayala.

Cada vez que don Manuel Ayala venía a Madrid me pedía que fuera su acompañante. Había vivido sesenta años de su vida encerrado en un pequeño pueblo de la provincia de Huelva y nunca había ido más lejos de Sevilla en excursiones cortas y tímidas. Administraba todas las tierras heredadas de su padre y vendía sus productos, pero aparte de eso hacía la vida de un recluso. Criaba vinos exquisitos que cuidaba con sumo cuidado, y a su vejez, de repente, decidió lanzarlos al mercado. Alguien le dio una introducción para nosotros y nosotros nos encargamos de crearle una serie de marcas, etiquetas y modelos de envases para sus vinos y sus coñacs. Era alegre y locuaz, bonachón y un poco cínico hacia sí mismo. Consideraba su defecto de convertirse en un cosechero famoso como un capricho repentino de la vejez, y estaba resuelto a salirse con la suya, lo mismo que le empujó a tomar el avión de Sevilla la primera vez que vino a Madrid.

-A mi edad, ya no se tiene miedo de nada. ¿Por qué no probar a volar y quedarme con las ganas? Lo único que siento es que me estoy haciendo viejo, ahora que comienzan estas cosas tan interesantes.

Sentía admiración y orgullo por su hermano, el jesuita, que era tan sagrado y tan importante que nada podía decirse de él. En 1930, el año antes de proclamarse la República, me había llevado con él, por primera vez, a ver a su hermano en la residencia de los padres, en la calle de Cedaceros. Me había sido repulsivo el padre Ayala. Era sucio y grasiento, el hábito pringoso, sus zapatones enormes, con gruesas suelas, sucios de siempre, las uñas de sus dedos planos ribeteadas de negro. No podía ver dentro de su

mente, pero conocía la fuerza del hombre: en aquella época, era él quien manejaba los hilos que iban a terminar en el Palacio Real, en las Cortes, en los salones de la aristocracia y en los cuartos de banderas de las guarniciones más importantes. Pero él nunca aparecía en público. Sabía que estaba viviendo, ahora que se había disuelto la Compañía, en una casa de vecinos de Sevilla, en compañía de otros dos padres, todos vistiendo de paisano. ¿Por qué este hombre, inesperadamente, se metía en el avión con su hermano y le acompañaba a Madrid? ¿Qué nueva tela de araña estaba tejiendo? Cuando llegamos a la puerta de la oficina, el padre Ayala nos abandonó y don Manuel hizo sus excusas:

-El pobre hombre está muy preocupado con lo que va a pasar. -Siguió explicando mientras el ascensor nos elevaba al piso-: Saben ustedes, cuando la República disolvió la Orden, mi hermano se fue a Sevilla y tomó un cuartito con otros dos hermanos. Todavía viven allí haciendo vida comunal. Hay cientos como ellos en España. Al principio, naturalmente, la mayoría de ellos dejaron el país, pero han ido volviendo poco a poco. Ahora las cosas van a cambiar y su sitio es aquí, ¿no les parece?

Cuando hubimos terminado nuestra charla de negocios, don Manuel me invitó a comer con él, «porque mi hermano me ha abandonado y usted conoce los buenos rincones».

El viejo era profundamente religioso, vivía una vida de celibato, y dudo mucho que jamás hubiera tenido contacto con mujeres; pero tenía debilidad por un buen plato y buen vino. Cuando nos habíamos instalado en uno de esos «rincones» que a él le gustaban, don Manuel me preguntó:

-¿Y qué? ¿Cómo van en Madrid las cosas de la política?

-Por lo que a mí me parece, confieso que soy muy pesimista. Los grupos de la izquierda no hacen más que pelearse unos con otros y las derechas están dispuestas a destruir la República. Ahora, a algún idiota se le ha ocurrido la idea de nombrar a Azaña presidente e inmovilizar así a un hombre, tal vez el único, que podía haber gobernado el país en esta situación.

-Sí, es verdad, sí. Y una gran ventaja para nosotros. Créame, Largo Caballero y Prieto y todos éstos, no tienen importancia. El único hombre peligroso es Azaña. Azaña tiene odio a la Iglesia y es el hombre que más daño nos ha hecho. Ahora le hemos sacado los dientes. De otra manera, hubiera sido preciso eliminarle antes de hacer nada.

-Caramba, don Manuel, ése es un lado suyo que no conocía, que se le pasara por la cabeza que hubiera que matar a alguien.

-No yo, claro, no. Yo soy incapaz de matar una mosca. Pero tengo que admitir que ciertas cosas pueden ser necesarias. Ese hombre es la ruina de España.

-La ruina de *su* España, querrá usted decir.

-¡Hombre de Dios! Y de la suya también. Porque no me irá usted a decir que está del lado de esa canalla comunista.

-Tal vez no, pero tampoco estoy del lado de los falangistas. Mire, don Manuel, yo no creo en la monarquía. Estoy por la República con toda mi alma.

-¡Psch! A mí no me da frío ni calor, república o monarquía. Ahí tiene usted a Portugal, con una república ideal. Un hombre inteligente a la cabeza, y la Iglesia respetada y en el sitio que le corresponde. Eso es lo que yo quiero.

-Habla usted como si fuera su hermano.

-¡Ah, si pudiera usted oír a mi hermano! Y yo estoy de acuerdo con él. ¡Comunismo! ¿Usted no sabe que la Compañía de Jesús resolvió la cuestión social hace ya siglos? Lea usted la historia, amiguito, léala. Allí verá usted lo que las misiones en América hicieron, particularmente en el Paraguay. La Compañía administró el país y no había ni un solo hambriento. Ni uno, entérese. Los indios nunca han sido tan felices como



entonces. Cuando uno de ellos necesitaba una manta se le daba, dada, no vendida. Los padres hasta les buscaban mujer si querían casarse. No les hacía falta dinero, no. Aquello era un paraíso y una administración modelo.

-Y una mina de oro para los santos padres, supongo.

-No sea usted un demagogo. Usted sabe que los padres hacen voto de pobreza y la Compañía no tiene nada.

-No va usted a negar que tienen influencia, aún hoy.

-Yo no voy a negar nada. Pero tampoco va usted a negar que la Compañía tiene muchos enemigos y que las pobres gentes tienen que defenderse. -Se calló y se quedó un momento pensativo-. Si sólo le hubieran hecho caso a mi hermano, cuando se lo dijo a tiempo... pero nadie le quería escuchar. Cuando don Alfonso dijo que se marchaba y que dejaba el sitio a la República, mi hermano aconsejó en contra de ellos. Con unos pocos regimientos todo se hubiera arreglado en un par de días. Bueno, pues, usted vio lo que pasó.

-Ya sé que su hermano tiene buenos contactos.

-¡Oh, no, no! Mi hermano nunca dejó la residencia, más que para dar un paseo. Pero los padres le consultaban, porque, aunque yo, que soy su hermano, no debía decirlo, es un gran talento. Pero siempre un hombre simple. Usted lo conoce. ¿No cree que tengo razón?

Era verdad. El padre Ayala nunca cambió. Otros hombres de la Compañía podían lanzarse en el mundo, él no. Presentaba su fachada basta y su gesto desdeñoso y conservaba su poder oscuro. Le contesté a don Manuel que sí, que estaba de acuerdo con él. Se expansionó en el placer de la digestión.

-Los buenos tiempos están detrás de la esquina, amigo Barea. Más cerca de lo que usted se cree. Ahora tenemos los medios y tenemos el líder. Este Calvo Sotelo es un gran hombre. Es el hombre de la España del futuro, de un futuro muy próximo.

-¿Usted no cree que tendremos otro alzamiento militar como en 1932?

-¿Y por qué no? Es un deber patriótico. Antes de tener el comunismo hay que ir a las barricadas. Pero no será necesario. La nación en pleno está con nosotros y toda la basura se barrerá de un simple escobazo. Tal vez ni aun eso hará falta. Calvo Sotelo será el Salazar de España.

-Sí, mucha gente está convencida de que esto va a explotar de la noche a la mañana. Pero si la derecha se echa a la calle, me parece que van a quedar pocos para contarlos. El país no está con ellos, don Manuel.

-Si usted llama a toda esa canalla el país, no. Pero tenemos el ejército y la clase media, las dos fuerzas vivas del país. Y Azaña no se va a deshacer de ellos con una sonrisa, como hizo en agosto de 1932.

-Entonces, de acuerdo con usted, don Manuel, vamos a tener un gobierno paternal, al estilo paraguayo o portugués, para agosto de 1936.

-Si Dios lo quiere, Barea. Y lo querrá.

Acabamos la comida, bromeando amablemente, porque ninguno de los dos queríamos ir más allá en mostrar nuestros pensamientos al otro. Nunca he vuelto a ver a los dos hermanos.

El lunes mandé a mi hija mayor a pasar unas vacaciones a las montañas en compañía de Lucila, la mujer de Ángel, que iba a pasar una temporada con su familia cerca de Burgos, mientras Ángel estaba sin trabajo. Era el 13 de julio de 1936. Cuando los despedí en el autobús, me marché directamente, con mi cartera de papeles, al ministerio. Los despachos de la oficina de patentes estaban vacíos. Un grupo numeroso se amontonaba a la puerta del despacho de don Pedro. Don Pedro estaba gesticulando y

vociferando detrás de su mesa, los ojos llenos de lágrimas. Pregunté a uno de los empleados:

-¿Qué diablos pasa aquí?

-¡Dios! ¿No te has enterado? Han matado a Calvo Sotelo.

Muchos de los empleados pertenecían a la derecha, particularmente cuatro o cinco mecanógrafas, hijas de «buenas familias», y un grupo más numeroso aún de similares hijos de buena familia, algunos de los cuales eran miembros de la Falange. Todos estaban ahora alrededor de don Pedro, haciendo coro a sus lamentaciones por el asesinato del líder político.

-¡Es un crimen contra Dios! Un hombre tan inteligente, tan bueno, un cristiano semejante, un caballero, muerto como un perro rabioso...

-Ya les vamos a arreglar las cuentas. Les va a quedar poco tiempo para alegrarse. Lo único que queda que hacer es echarse a la calle -contestaba el coro.

-¡No, no, por Dios! No más sangre, no es cristiano. Pero Dios castigará a los asesinos.

-Sí, Dios los va a castigar, pero nosotros le vamos a echar una mano -replicó un muchacho muy joven.

Me marché a la calle. Aquel día no había nada que hacer en la oficina de patentes.

Las nuevas me habían cogido de sorpresa, como habían cogido a toda la ciudad. Sin embargo, era obvio que el asesinato de Calvo Sotelo era la respuesta al asesinato del teniente Castillo de los guardias de asalto. La única cuestión era si aquello iba a convertirse en la mecha que incendiaría el barril de pólvora. ¡Y mi hija en el autobús camino de Burgos! Si lo hubiera sabido a tiempo, hubiera impedido el viaje. Aunque tal vez estaría mejor en un pueblecito pequeño y perdido que en Madrid, si las cosas comenzaban a ponerse graves. ¿Un pueblecito pequeño? Ya había visto lo que podía pasar en Novés. Y la única cosa que conocía acerca de la familia de Lucila era que estaban en buena posición y considerados como gente importante en su pueblo, lo cual no era exactamente una garantía si se levantaban las gentes del campo. Me fui hacia la Glorieta de Atocha sin saber qué hacer.

La ancha plaza estaba convertida en un hormiguero. No por el asesinato de Calvo Sotelo, sino por las preparaciones para la verbena de San Juan. Los materiales para las cien y una diversiones de la verbena estaban tirados sobre los adoquines. Había las simples armazones de tabla para los puestos de chucherías o el círculo de raíces de acero para el tiiovivo. Una hilera de hombres agarrados a un cable levantaban lentamente un mástil del que colgaba, como la tela de un paraguas sin varillas, una lona circular. Dos mecánicos, chorreando grasa, ajustaban y martilleaban una vieja máquina de vapor. Los hombres estaban en camiseta, con los brazos desnudos, sudando a chorros bajo el sol de julio. Los caballos de madera pintarrajeados de colorines crudos, en piezas, mostrando sus tornillos y sus rotos, se amontonaban revueltos entre tablas y vigas. Los carricoches de los feriantes dejaban escapar un hilito de humo de sus chimeneas raquíticas, y la alambrista zascandileaba en chambra con los pechos caídos, atendiendo la comida y ayudando a los artistas convertidos ahora en carpinteros. De los carretones y de camionetas surgían, sin descanso, cajas y cajas o piezas de mecanismos misteriosos. Una muchedumbre de chiquillos y mirones contemplaba el montaje de las barracas, estáticos y molestos como moscas.

Madrid se estaba preparando para su diversión. ¿Quién pensaba en Calvo Sotelo?

Me equivocaba. A nadie se le ocultó lo que su muerte significaba. El pueblo de Madrid sentía el miedo que sienten los soldados en vísperas de salir para el frente. Nadie sabía dónde o cuándo comenzaría el ataque, pero todo el mundo sabía que había llegado la hora. Mientras los feriantes montaban los caballitos del tiiovivo, el Gobierno había

decretado el estado de alerta. Los obreros de la construcción afiliados a la CNT se declararon espontáneamente en huelga, y algunos miembros de la UGT que pretendieron seguir trabajando fueron agredidos. El Gobierno cerró todos los locales de los grupos de derecha, sin distinción, y arrestó a cientos de personas pertenecientes a ellos. Cerró también los ateneos libertarios y arrestó asimismo a cientos de sus miembros. Era claro que trataba de evitar un conflicto.

En la calle de Atocha me encontré a mi amigo comunista, Antonio, con otros cuatro.

-¿Dónde vais?

-Estamos de vigilancia.

-No seáis estúpidos, lo único que vais a hacer es conseguir que os lleven a la comisaría. Ese compañero tuyo no puede ir mostrando más claramente que lleva una pistola, como no se la ponga en la mano.

-Pero tenemos que estar en la calle para ver lo que pasa. Tenemos que proteger el «radio». -El radio era el domicilio social del Partido en el barrio y Antonio era su secretario general-. Y ni aun sabemos si la policía lo va a cerrar o no. Desde luego, no hemos dejado a nadie allí.

-Lo que tenéis que hacer es poner un puesto en la verbena.

Antonio abrió la boca asombrado:

-¡Oye, esto no es una broma! ¿Sabes?

-Lo que yo te digo tampoco, no seas idiota. Es muy sencillo. Comprad unos cuantos juguetes baratos en un almacén, unas cuantas cajas para armar un tenderete, poner una manta encima y los juguetes, e instalaros en la verbena. Yo conozco un tabernero allí que os dejará usar el teléfono toda la noche, porque no cierra mientras dure la verbena. Y así podéis estar en la calle y tener todas las informaciones y todos los contactos que os dé la gana, sin llamar la atención a nadie.

Aceptaron mi plan y yo mismo les ayudé a realizarlo. Aquella misma tarde Antonio instalaba un puesto de juguetes baratos al lado de la verja del jardín Botánico. Los miembros del radio, que constituían los piquetes de vigilancia y los enlaces, iban y venían, se paraban a manosear los juguetes y pasaban las noticias. La primera noticia sensacional llegó a mitad de la tarde: el Partido Socialista, todos los sindicatos pertenecientes a la UGT y el Partido Comunista habían concluido un pacto de asistencia mutua y se habían comprometido a soportar al Gobierno de la República. Antonio estaba lleno de entusiasmo y de impaciencia detrás de sus juguetes:

-¿Por qué no ingresas en el Partido?

-Porque no sirvo para aguantar disciplinas, ya lo sabes.

-Pero ahora necesitamos gente.

-Ya lo pensaré. Primero vamos a ver qué pasa.

Ninguno dudaba que las derechas llevarían a cabo un alzamiento. Mi hermano Rafael y yo nos fuimos a la verbena aquella noche, arrancamos a Antonio del lado de sus juguetes y nos sentamos en los veladores que había puesto en el paseo mi amigo el tabernero. La verbena no estaba aún en pleno apogeo y había poca gente en ella, aunque sí una gran abundancia de grupos de policía, de guardias de asalto y de obreros. El público, el verdadero público de verbena, se veía claramente que tenía miedo de aglomeraciones.

-El problema más grande -dijo Antonio- son los anarquistas de la CNT. Son capaces de hacer causa común con la derecha, o al menos abstenerse.

-No digas estupideces.

-No las digo. Pero dime tú a mí quién puede entender que se declaren en huelga hoy mismo y la emprendan a tiros con la gente de la UGT. Ya hemos tenido que proteger a

algunos compañeros para que pudieran volver a casa esta tarde; y en la Ciudad Universitaria es peor. Particularmente desde que el Gobierno ha sido lo bastante idiota para cerrar sus ateneos. No es que a mí me gusten los ^narquistas, me agradaría suprimirlos a todos, pero de todas formas, no nos podemos permitir el lujo de que se pasen a los fascistas.

-No tengas miedo. ¿Lo hicieron cuando Asturias? Cuando llegue la hora de los golpes, si es que llega, estarán con nosotros.

-Tú eres un optimista y, además, me temo que tienes una debilidad por los anarquistas.

Yo me mantuve firme en mi esperanza.

Aquella semana se fue pasando en una tensión increíble. El funeral de Calvo Sotelo se convirtió en una demostración de la derecha y terminó en un tiroteo entre ellos y los guardias de asalto. En las Cortes, Gil Robles hizo un discurso a la memoria de Calvo Sotelo que fue descrito oficialmente como una declaración de guerra. Prieto pidió a Casares Quiroga armar a los obreros y el ministro se negó. Las detenciones y las agresiones se multiplicaban en todos los barrios de Madrid. Los obreros de la construcción pertenecientes a la UGT siguieron trabajando en la Ciudad Universitaria con la protección de la policía, porque la CNT seguía sus agresiones contra ellos. Lujosos automóviles, con sus equipajes cubiertos cuidadosamente para no llamar la atención, abandonaban la ciudad en gran número por las carreteras que conducían al norte. La gente rica comenzaba a marcharse de Madrid y de España.

El jueves se desataron los rumores. Circulaban las historias más fantásticas y los periódicos de la noche les daban más fuerza. Oficialmente nada pasaba en España. No era cierto que se hubiera sublevado el ejército en Marruecos, ni que hubiera habido ningún levantamiento militar en el sur de España. La frase que se usaba para calmar a las gentes era tan equívoca como los rumores en sí: «El Gobierno tiene la situación dominada». Para aumentar aún el efecto, la radio comenzó a repetir la misma cantilena. Y el efecto, naturalmente, fue contrario. Si nada pasaba, ¿por qué tanto nerviosismo?

Exteriormente, Madrid parecía estar disfrutando de su veraneo: en el calor asfixiante, las gentes vivían más en la calle, durante la noche, que en sus casas caldeadas como hornos. Las terrazas de los cafés, las puertas de bares y tabernas, los portales de las casas de vecinos, las plazas públicas, todo estaba abarrotado de público que hablaba, comentaba, disputaba y se pasaba de unos a otros los rumores o las noticias. Aún, a pesar de toda la tensión, sobrevivía una subcorriente de optimismo vago.

En la noche del viernes -el 17 de julio-, nuestra peña en el bar de mi casa estaba concurridísima. A las once de la noche, la calle del Ave María parecía estar desbordada. Los balcones de las casas estaban abiertos de par en par y las voces de los aparatos de radio surgían de ellos en tumulto. Cada bar tenía su altavoz al máximo. Las gentes, sentadas en los veladores, sostenían sus conversaciones a gritos. En los portales había grupos de vecinas charlando y los chiquillos jugaban en bandadas en medio de la calle. Pasaban taxímetros llevando obreros de las milicias de vigilancia y sus frenos chirriaban cada vez que se detenían a la puerta de un bar, para cambiar más noticias y refrescarse con un vaso de algo.

Los altavoces comenzaron a vocear las noticias y la calle se sumergió en silencio, escuchando.

-El Gobierno tiene la situación en sus manos.

Era un efecto extraño el oír la frase proclamada en un coro desafinado a lo largo de la calle y a diferentes alturas. No había dos voces que fueran la misma y que hablaran al unísono. Llegaban al oído entrechocándose y repitiéndose unas a otras. Un altavoz en un piso cuarto, allá al fondo de la calle, se quedó solo y último, gritando en silencio la

palabra «manos».

-En las nuestras tenía que dejarlo -gruñó Fuñi-Fuñi.

-Para que nos pudierais fusilar a gusto, ¿no? -saltó Manolo.

-Nosotros, los anarquistas, somos tan antifascistas como lo seáis vosotros, o mejores. Nosotros llevamos luchando por la revolución en España cerca de un siglo y vosotros habéis empezado ayer. Y ahora, cuando las cosas están así, seguís mandando a trabajar a los albañiles como un rebaño de corderos y permitís que el Gobierno os niegue armas. ¿Qué es lo que habéis creído? ¿Que los fascistas os van a subir el jornal en la Ciudad Universitaria porque habéis sido unos buenos chicos? ¡Ya estáis frescos! Los albañiles a trabajar y...

-Nosotros lo que tenemos es disciplina. ¿Qué quieres, que les demos a los otros un pretexto para que puedan decir que somos nosotros los que se han echado a la calle? Deja a los fascistas que lo hagan, y ya verás lo que pasa.

-Sí, sí, déjaselo a ellos y ya verás lo que pasa cuando se te hayan metido en casa, mientras tú estás conduciendo el camión cargado de cemento para sus trabajos públicos.

-Claro, mientras, si vosotros seguís pegando tiros a los nuestros, los fascistas no se van a meter en casa, supongo. ¡Vaya una lógica la tuya!

-Lo único lógico sobre todo esto es que vosotros aún no os habéis enterado de que ha llegado la hora de hacer la revolución.

-Naturalmente que no nos hemos enterado. Lo que ha llegado es la hora de defendernos cuando nos ataquen. Después que los hayamos deshecho por habernos atacado, entonces podemos hacer la revolución.

-No estoy de acuerdo.

-Muy bien. Seguid matando albañiles.

Al día siguiente, el sábado 18 de julio, el Gobierno anunció abiertamente que había habido insurrecciones en muchas de las provincias, aunque reafirmando «tener en la mano la situación». Noticias y rumores, en una mezcla indescriptible, se sucedían unos a otros: Marruecos estaba en las manos de Franco; los moros y la Legión Extranjera estaban desembarcando en Sevilla; en Barcelona se batallaba en las calles; en provincias se había declarado la huelga general; la marina estaba en manos de los rebeldes -no, estaba en manos de los marinos que habían tirado al mar a los oficiales-. En la Ciudad Lineal unos pocos falangistas habían intentado apoderarse de la estación de radio de la marina, o, según otros rumores, se habían apoderado de los estudios de cinematografía en la Ciudad Lineal y tenían allí su cuartel general.

Bajo esta avalancha de informes contradictorios, el pueblo reaccionó a su manera:

-Dicen que... pero yo no lo creo. ¿Qué pueden hacer cuatro generales? En cuanto saquen las tropas a la calle, los mismos soldados los fusilan.

-Bien, a mí me han contado que... pero, me pasa lo que a ti, no lo creo. Todo son cuentos de viejas. A lo mejor unos cuantos señoritos se han emborrachado y se han sublevado en Villa Cisneros.

Villa Cisneros era donde el Gobierno republicano había deportado a los promotores del levantamiento militar de agosto de 1932; una base militar en la costa oeste de África.

A la caída de la tarde ya no era un rumor, sino un hecho concreto y admitido, que se habían sublevado varias guarniciones en las provincias y que se luchaba en las calles de Barcelona. Pero el Gobierno «tenía la situación en su mano».

Mi hermano y yo bajamos al bar de Emiliano para tomar café rápidamente. Nuestros amigos estaban reunidos.

-Sentaos aquí -gritó Manolo.

-No. Nos vamos a la Casa del Pueblo a ver qué se dice allí.

Estábamos a punto de marcharnos, cuando la radio interrumpió la música y la voz que ya conocíamos bien dijo bruscamente:

-Se ordena a todos los miembros de los sindicatos y grupos políticos que se darán a continuación que se presenten inmediatamente en el domicilio de su asociación. -El *speaker* comenzó a detallar sindicatos y partidos políticos. Enumeró todos los grupos de izquierdas. El bar estaba en tumulto. Unos pocos sacaron pistolas de sus bolsillos.

-¡Ahora sí va de verdad! Y a mí no me pillan descuidado.

Después de dos minutos el bar estaba vacío. Rafael y yo regresamos a casa, a decir a las mujeres que seguramente no apareceríamos en toda la noche, y volvimos a la calle. Fuimos al domicilio de la Unión de Empleados. Allí no hacían más que anotar los nombres de los que se presentaban y decirnos que esperáramos. Decidimos marcharnos a la Casa del Pueblo después de dar nuestro nombre.

Cuando volvimos a encontrarnos en la calle, se me hizo un nudo en la garganta.

Muchos miles de trabajadores se encontraban en aquel momento en camino para presentarse en sus sindicatos, y la mayoría de sus organizaciones tenían el domicilio en la Casa del Pueblo. Desde los distritos más lejanos de la capital las casas vomitaban hombres, todos marchando en la misma dirección. En el tejado de la Casa del Pueblo lucía una bombilla roja que era visible desde todas las buhardillas de Madrid.

Pero la Casa del Pueblo estaba en una calle estrecha y corta, perdida en un laberinto de calles también cortas y estrechas, y a medida que la multitud se espesaba se hacía más y más difícil llegar al edificio. Al principio, muchachos de la juventud socialista exigían el carnet a la puerta; después, en las dos esquinas de la calle. Hacia las diez de la noche estos centinelas guardaban las entradas de las bocacalles a doscientos metros del edificio y dentro de este radio se apiñaban miles de personas. Todos los balcones abiertos y cientos de aparatos de radio voceaban las noticias:

Las derechas estaban en abierta insurrección.

El Gobierno se tambaleaba.

Rafael y yo nos sumergimos sin parar en la masa viva de la muchedumbre. Queríamos llegar hasta el cuartito donde la ejecutiva del Partido Socialista tenía la oficina. Las escaleras y los pasillos estrechos de la casa estaban bloqueados. Parecía imposible avanzar o retroceder un paso. Pero los obreros, con sus trajes de trabajo, al ver nuestras ropas, preguntaban:

-¿Dónde quieres ir, compañero?

-A la ejecutiva.

Se aplastaban contra la pared y nos deslizábamos trabajosamente entre ellos, cuando nos ensordeció un grito tremendo, un rugido:

-¡Armas! ¡Armas!

El grito era recogido y repetido en oleadas. A veces se oía la palabra completa, la mayoría una cacofonía de aes. De repente la multitud soltó el grito en un solo ritmo y comenzó a repetir acompasadamente:

-¡Armas! ¡Armas! ¡Armas!

Después del tercer grito hacía una pausa y recomenzaba. El triple grito rebotaba a lo largo de corredores y escaleras y se ensanchaba en la calle. Los techos vibrantes dejaban caer una finísima lluvia de polvo. A través de las ventanas abiertas, con un impacto macizo, llegaba el grito de cien mil gargantas:

-¡Armas!

## La Llama

### Capítulo VII

Después de comer me sentía embotado y dormilón, por la comida y por la noche pasada sin dormir. Era agradable descansar con la cabeza sobre los muslos de María y relajarse como un animal satisfecho, la vista perdida hacia arriba a las copas de los pinos, a los jirones de cielo azul que se veían a través de sus ramas. María comenzó a jugar con mis pelos revueltos y a hacerme cosquillas en el cuello. Del fondo de mi cansancio y somnolencia surgió una ola rápida de deseo. El olor de resina se adhería a la piel.

Después nos quedamos lado a lado, por almohada y colchón las agujas de pino amontonadas allí por el viento.

-Déjame dormir un poquito, ¿quieres? -supliqué.

-No, no quiero. Cuéntame qué pasó anoche.

-No pasó nada. Déjame dormir y luego te lo contaré.

-Pero no quiero que te duermas. Dime qué pasó. ¿Qué quieres que haga yo si te duermes? ¿Aburrirme contemplando la hierba?

-Duérmete un poco también.

-No te dejo dormir. Mira, si quieres nos vamos dando un paseo hasta el pueblo, despacito, cuando sea un poco más tarde, y nos quedamos por la noche en la posada. Pero ahora no te dejo dormir.

Nos enzarzamos en una discusión estúpida y sin sentido. Mis nervios estaban de punta por la excitación de la noche pasada, por la desgana vaga que siempre me invadía después de un contacto sexual, por la visión borrosa, distorsionada y persistente de lo ocurrido en las últimas veinticuatro horas, por pura hambre de sueño. Me levanté.

-Está bien. Ahora mismo nos vamos a la estación. Yo me vuelvo a Madrid; tú, si quieres, vienes, y si no, te quedas.

Descendimos a través del bosque de pinos, silenciosos y con las caras largas. El escurrirse en la alfombra de agujas de pino es alegre; pero aquella tarde, cada resbalón en la cuesta se convertía en un reniego. El escurrirnos y encontrarnos sentados de golpe nos ponía furiosos. Y teníamos que descender del monte por más de una hora hasta que llegáramos al pueblecito en la hondonada de los cerros.

-Hasta las cinco no hay tren. Vamos a tomar una cerveza.

En el bar había poca gente: cuatro o cinco parejas de excursionistas como nosotros y cuatro guardias civiles jugando a las cartas, con el correaje suelto y las guerreras desabrochadas. Nos miraron y siguieron con su partida. Al cabo de unos minutos, uno de ellos se volvió y dijo paternal:

-Estamos de morros, ¿eh? Bah, no tomarlo en serio.

Un hombre joven que estaba en un rincón se levantó y vino hacia nosotros. No le había visto, porque su mesa estaba en lo más oscuro del cuarto y yo aún estaba cegado por el sol.

-¿Qué haces aquí, Barea?

-Pues ya lo ves. Pasando el domingo en el campo. ¿Y tú?

-Yo estoy aquí por un mes o dos, para descansar un poco. Hoy casi estaba a punto de haberme ido a Madrid, con las cosas que están pasando, pero la mujer dijo que le parecía una tontería y creo que tiene razón. Unos pocos gritos por lo de Calvo Sotelo y después, nada. La última noche, escuchando la radio, sí creía que iba a ser en serio, pero

### LA FORJA DE UN REBELDE III – (La Llama) – Arturo Barea

esta mañana comenzó a venir gente con sus meriendas y sus botas, para pasar el día como todos los domingos. Igual que tú. Sí, desde luego han venido muchos menos.

-Chico, la verdad, no sé qué decirte. Anoche yo también creía que la cosa iba en serio. Hoy no sé qué pensar. Estábamos pensando, la chica y yo, pasar la noche aquí, pero hemos tenido bronca y me voy en el tren de las cinco.

-Quédate.

-¿Para qué? Si estuviera solo me quedaría por charlar un rato contigo. Pero prefiero marcharme a pasar la noche con una cara de mal humor al lado en la almohada. Y de todas maneras, estoy desazonado, con los nervios tensos...

-Te puedes venir a casa si quieres.

-No, gracias. Me voy a las cinco.

Uno de los guardias civiles nos estaba mirando todo el tiempo. No me llamó la atención, porque Hernández era conocido como un socialista y en un pueblecito de la sierra todo el mundo lo sabía. Cada año iba a echar un remiendo a sus pulmones, que no eran muy fuertes; su trabajo -era impresor-no era muy bueno para su salud y todos los años alquilaba una cabaña de leñadores entre los pinos, para él, la mujer y los chicos.

Cuando María y yo nos levantamos a las cuatro y media para irnos a la estación, el cabo de la Guardia Civil se levantó de su silla y comenzó a abotonarse la guerrera. Mientras se abotonaba, me fui a la mesa de Hernández a decirle adiós.

-¿Te vas de verdad?

-Sí. Anda, vente a Madrid conmigo.

-Me gustaría ir. Pero no voy hasta que no me llamen. Ya saben dónde estoy. Mientras no me llamen, la cosa no es muy seria.

El cabo de la Guardia Civil había salido delante de nosotros, y ya en la carretera, se volvió a mí:

-¡La documentación!

Miró dos veces mi cédula personal, que a la vez que es el documento de identidad muestra también la categoría de los ingresos del propietario. Vi claramente que esto le impresionaba y le sorprendía. Se me quedó mirando dudoso:

-¿Cómo es que conoce usted a Hernández?

-Nos conocemos desde que éramos chiquillos -mentí.

-¿Lleva usted armas?

-No.

-Con su permiso. -Me pasó las manos a lo largo del cuerpo-. Está bien, pueden ustedes marcharse.

Veinticuatro horas más tarde la Guardia Civil se hizo dueña del pueblecito serrano. En la madrugada sacaron a Hernández de su cabaña y le fusilaron en la carretera. Pero esto lo supe -y supe también que seguramente había escapado yo a un destino semejante-algunas semanas más tarde. Aquel día, María y yo trepamos el camino retorcido que lleva a la diminuta estación de ferrocarril, abroquelados en un silencio moroso.

La línea del ferrocarril corre sobre una cornisa de la sierra entre dos túneles, y el pueblecillo descansa en el fondo de un circo de cerros cuajados de pinos. En el fondo del valle, rodeando el pueblo, hay praderas, donde pastaban unas cuantas vacas. Visto desde lo alto de la estación, le invadía a uno una honda sensación de paz. Las vacas sentadas rumiaban perezosas, el aire se movía suave, saturado de esencia de pino, el cielo azul encendido de sol estaba en calma, ausente el viento. Cuando una de las vacas levantaba la cabeza, el aire transmitía hasta nosotros el sonido suave y claro de su esquila.

El cantinero de la estación dijo:



-Temprano se vuelven ustedes.

-Sí, pero más tarde el tren viene atestado de gente.

-¿Y cómo van las cosas en Madrid? -Como si Madrid estuviera a cientos de kilómetros. Los chiquillos del cantinero, agarrados a su pantalón, nos miraban con ojos asombrados. Sonreí:

-Un poquillo revuelto.

El tren, un tren que venía de Segovia, llevaba pocos viajeros. Las gentes que habían ido de Madrid a la Sierra no habían abandonado aún el placer de la alfombra de agujas de pino. En nuestro compartimento, un matrimonio ya viejo, provincianos acomodados, nos miraron interrogadores. Al cabo de un ratito, el hombre me ofreció un cigarrillo:

- ¿Han venido ustedes de Madrid esta mañana?

-Sí, señor.

-¿Estaba la cosa muy revuelta?

-Bueno, más el ruido que las nueces. Como usted ha visto, la gente ha venido a la Sierra como todos los domingos.

Se volvió a la mujer:

-Ves cómo yo tenía razón. Estas mujeres se asustan en seguida. Un cambio de gobierno y nada más.

-Tal vez tienes razón. Pero yo no me voy a quedar tranquila hasta que no esté con Pepe. ¿No le parece a usted? -Se volvió a María en busca de apoyo y comenzó a contarle acerca de su hijo, que estudiaba en la Universidad y que, ¡Dios nos ampare!, se había metido en la política con las izquierdas y hasta estaba en una sociedad que habían fundado.

-Y no hay quien le haga estar quieto.

Las mujeres siguieron charlando y yo me aislé en mi rincón y comencé a revivir en mi mente los hechos de la noche anterior.

Rafael y yo habíamos conseguido abrirnos paso a través de la multitud hasta el cuartito en que, al final de un corredor estrecho, se encontraba la secretaria del Partido Socialista. Estaban allí Carlos Rubiera, Margarita Nelken, Puente y tres o cuatro más que conocía sólo de vista, peleándose con el torrente de gente, con las llamadas telefónicas, con los gritos y con las notas escritas que llegaban hasta ellos, revoloteando de mano en mano a través de los pasillos. Carlos Rubiera me vio:

-Hola. ¿Qué te trae por aquí?

-He venido a ver si sirvo para algo.

-Mira, has venido a tiempo. Vete ahí con Valencia y ayúdale. -Me señaló un oficial con uniforme de Ingenieros, que estaba sentado a una mesita-. Tú, Valencia, aquí hay alguien que te puede ser útil.

Nos estrechamos las manos y Valencia preguntó:

-¿Has estado en el ejército?

-Cuatro años en Marruecos, sargento de Ingenieros. Somos del mismo cuerpo.

-Bien. Al presente, yo me he hecho cargo del mando aquí. Tenemos a Puente con sus muchachos de las milicias y un diluvio de voluntarios. Lo malo es que no tenemos armas ni municiones y que la mayoría de los muchachos no han tenido un fusil en las manos en toda su vida. A todos los hemos metido en el salón de la terraza. Vamos a ver qué dice Puente. -Puente era el jefe de las milicias socialistas.

Me divertía ver el contraste entre los dos: Valencia era un tipo perfecto de oficial, delgado y erguido, el uniforme ajustado como un guante. Una cara larga y ovalada, ojos grises, una nariz recta y fina y una boca generosa. Debía estar en el principio de los cuarenta. La masa gris de sus cabellos, hebras negras y blancas mezcladas y peinadas

hacia atrás en suaves ondas, daba una seriedad a su cabeza que los ojos alegres y la boca desmentían. Era imposible no sentir su energía profunda.

Puente, un panadero de profesión, debía ser unos diez años más joven, aunque su cara, fresca y redonda, hacía difícil afirmar su edad. Pero las líneas de esta cara eran borrosas y duras. Llevaba un traje dominguero que no se acoplaba al cuerpo fuerte y sólido. Daba la impresión de que estaría muchísimo mejor en una camiseta sin mangas, exhibiendo los músculos desnudos y el pecho velludo.

Puente nos condujo a Rafael y a mí, a través de los abarrotados pasillos y escaleras, hasta el salón-terraza. Allí se podía respirar. Era una sala de reuniones con ventanas francesas abiertas a una terraza sobre el edificio. No se había permitido llegar allí a nadie que no perteneciera a las milicias y no había más que unas cincuenta personas formando grupos. En cada grupo había uno que tenía un fusil, mientras que todos los otros le metían prisa para que lo soltara, porque cada uno de ellos lo quería tener en sus manos un instante, encarárselo y apretar el gatillo, antes de dárselo a otro. Puente se subió a la tarima, dio unas palmadas y esperó a que todos se agruparan alrededor:

-Los que no sepan manejar un fusil, ¡a la izquierda! -gritó.

-¿Nos van a dar armas? -gritaron unos cuantos.

-Más tarde. Ahora escuchad. El amigo Barea ha sido sargento en África. Os va a explicar cómo funciona un fusil. Y vosotros -se volvió al grupo de la derecha que conocía el manejo del arma-, veniros conmigo. Vamos a relevar a los compañeros que están en la calle.

Se marchó con ellos y nos quedamos allí, en la plataforma, Rafael y yo, enfrentados con treinta y dos caras curiosas. Pensé si se me habría olvidado el mecanismo de un Máuser después de doce años. Cogí uno de los fusiles y comencé a desmontarle en piezas sin decir una palabra. Era un viejo Máuser de 1886. Mis dedos encontraron instintivamente la vieja práctica. El tapete rojo de la mesa quedó cubierto en unos momentos de piezas aceitadas.

-Si hay entre vosotros alguno que sea mecánico, que se arrime a la mesa. -Salieron cinco-. Os voy a explicar cómo ajustan las piezas unas con otras. A vosotros os va a ser más fácil entenderlo que a los demás; y después, vosotros lo vais a explicar en grupos de dos o tres, no más. Mientras tanto, mi hermano y yo vamos a explicar a los demás la teoría de tiro.

Rafael se marchó con ellos a la terraza y yo me quedé con los mecánicos. Al cabo de media hora los mecánicos estaban en condiciones de explicar a los otros. Al final, Rafael se quedó con sólo dos que parecían incapaces de sostener un fusil derecho:

-Te ha tocado el pelotón de los torpes -le dije al oído.

Me asomé a la barandilla de la terraza.

El piso al otro lado de la calle, a unos diez metros de mí, tenía los balcones abiertos de par en par y todas las luces encendidas, y podía ver la escena como si estuviera dentro de las habitaciones: una era el comedor, con una lámpara de cristal con flecos, colgando en medio, sobre la mesa; la otra, que debía de ser la sala, era similar, con la única diferencia de que la mesa estaba cubierta con un tapete verde oscuro, con flores bordadas, y en lugar de simples sillas, las sillas estaban tapizadas y había una butaca, todo cubierto de fundas grises. Una mujer recogía los restos de la cena de la primera habitación; en la segunda, el propietario del piso, en mangas de camisa, estaba apoyado de codos en la barandilla del balcón. En el piso bajo, igualmente iluminado, la familia estaba alrededor de la mesa terminando la cena. Al fondo se adivinaban las alcobas. Todo igual, y todo distinto, cada cuarto con su propia personalidad. Cada uno con la voz de un aparato de radio, diciendo las mismas frases y la misma música, con un tono

distinto. Después, todos los cuartos de la casa, iluminados, abiertos, gritando sus voces y su música, todos idénticos, sobre la ola de cabezas de la multitud en la calle. De esta masa oscura subía una oleada caliente que olía a sudor. Algunas veces, un soplo de brisa suave dispersaba esta bocanada y por unos momentos la terraza olía a árboles y flores. El ruido era tan intenso que el edificio vibraba bajo los pies. Como si estuviera temblando. Cuando la radio interrumpía su música y los cientos de altavoces gritaban: «¡Atención! ¡Atención!», se oía caer el silencio sobre la multitud con un murmullo sordo que rodaba sobre las cabezas y que iba a morir a lo lejos a través de las calles del barrio. Después no se oían más que toses y carraspeos, hasta que alguien comentaba una de las noticias con una broma o una blasfemia. Una voz enérgica gritaba: «¡Silencio!», y cien voces repetían la orden, ahogando los demás ruidos por unos segundos. Cuando se terminaba la información, el ruido renacía más ensordecedor que nunca.

A medianoche, el Gobierno había dimitido. Se estaba formando un nuevo gobierno. Sobre mi cabeza una voz dijo:

-Son todos unos hijos de perra.

Miré hacia arriba. En la cima del tejado ondeaba una bandera roja, casi invisible contra la oscuridad del cielo. Encima de ella, la luz roja. De vez en cuando, el ondear de la bandera hundía un pliegue en la luz roja y el paño se iluminaba como una llama. En un rincón de la terraza, una escalera de hierro de las llamadas de caracol se elevaba hacia el tejado. En algún sitio de la cima se iluminaba a veces la brasa de un cigarrillo. Subí por la escalerilla. En el punto más alto, en una plataforma abierta que dominaba los tejados, encontré a un muchacho de las milicias.

-¿Qué haces tú aquí?

-Estoy de guardia.

-¿Van a venir por los tejados?

-Puede.

-¿Quién crees tú que va a venir por los tejados?

-Los fascistas, ¿quiénes van a ser?

-Pero desde aquí no se ve nada.

-Sí, ya lo sé. Pero tenemos que tener cuidado. Imagínate lo que pasaría si nos pillaran por sorpresa.

La plataforma de hierro se elevaba en la oscuridad. Debajo estaba la masa del edificio crudamente iluminada. El cielo estaba claro espolvoreado de estrellas chispeantes, pero no había luna. Alrededor de nosotros centelleaban los reflejos de las luces de Madrid que iban disolviendo a lo lejos en la oscuridad. Las lámparas de las casas de los barrios extremos se cortaban a través de la noche en hiléras paralelas de luces que chispeaban como las estrellas. El ruido de la calle llegaba a nosotros amortiguado por la masa del edificio.

Sólo veinte escalones, y parecía un nuevo mundo. Dejé los codos sobre la barandilla y me quedé allí un largo rato, inmóvil.

Después nos llamaron para una cena de madrugada. De alguna parte habían obtenido cordero asado, pan caliente y unas botellas de vino para la guardia. Comimos y charlamos. La multitud estaba de nuevo pidiendo armas. Puente me dijo:

-Tenemos veinte fusiles y seis cartuchos para cada fusil. Es todo lo que hay en casa.

-Pues estamos lucidos.

-Bueno. Ahora se va a arreglar todo definitivamente. Supongo que darán el Gobierno a los socialistas. De todas maneras, tiene que arreglarse hoy. Los fascistas están en Valladolid y vienen a Madrid. Pero no digas nada a los muchachos.

Volví a la terraza mientras Puente inspeccionaba a sus hombres. La larga espera

comenzaba a fatigar a la muchedumbre. Algunos, sentados en los pasillos y en las escaleras, dormían; muchos, recostados contra la pared, cabeceaban. Trepé a la plataforma y vi llegar el amanecer con un reflujo claro en el horizonte.

Los altavoces comenzaron de nuevo:

-¡Atención! ¡Atención! Se ha formado un nuevo Gobierno.

El *speaker* hizo una pausa y comenzó a leer la lista de nombres. Las gentes hurgaban en sus bolsillos en busca de un trozo de papel y una punta de lápiz. Todos los dormidos se habían despertado y preguntaban:

-¿Qué ha dicho, qué ha dicho?

El *speaker* seguía con su letanía de nombres. Era un Gobierno nacional, dijo; y entonces, el nombre de Sánchez Román rebotó sobre las cabezas como el de un ministro sin cartera. Fue imposible oír más. La multitud estalló en un rugido:

-¡Traidores! ¡Traidores! -Y sobre las oleadas de insultos y maldiciones estalló el grito de «¡Armas!» nuevamente. El rugido crecía y se extendía infinito. En las escaleras y en los corredores, la multitud quería moverse, levantarse, subir, bajar, hacer algo. El edificio oscilaba como si fuera a partirse en mil pedazos y hundirse en una nube de polvo.

Estalló un nuevo grito:

-¡A la Puerta del Sol! -La sílaba «sol» restallaba en el aire. La masa espesa de la calle se movía, se aclaraba. La Casa del Pueblo derramaba en la calle un chorro sin fin de gritos.

-¡Sol! ¡Sol! -Todavía restallaba el grito en el aire, pero ya más lejano. La muchedumbre se había dispersado debajo de mí. La luz del día llenaba despacio la calle con un resplandor pálido, casi azul. La Casa del Pueblo estaba vacía. Los primeros rayos del sol nos sorprendieron con Puente y sus milicianos, solos en la terraza. Sobre los tejados, en su balcón de hierro, el centinela lanzaba una sombra larga y contorsionada que se tendía en las tejas.

-¿Qué vamos a hacer? -le pregunté a Puente.

-Esperar órdenes.

Abajo, en la calle, unos pocos grupos discutían acaloradamente y hasta nosotros llegaban frases sueltas.

-¿No crees que debíamos ir a la Puerta del Sol? -pregunté.

-No. Nuestras órdenes son esperar. Tenemos que mantener la disciplina.

-Pero no bajo este Gobierno.

Los milicianos se hicieron eco de mis palabras. Uno de ellos se echó a llorar abiertamente. Le dije a Puente:

-Lo siento, pero no puedo remediarlo. Yo he venido aquí esta noche por mi propia voluntad para ayudar en lo que pudiera. Estaba dispuesto a ir a cualquier parte, contigo o con otro, a hacer lo que fuera necesario. Pero no estoy dispuesto a servir a las órdenes de un Sánchez Román. Tú sabes, tan bien como yo, lo que quiere decir que él sea un ministro. Quiere decir que este Gobierno va a tratar de hacer un arreglo con los generales. Me voy. Lo siento.

Nos estrechamos la mano. No fue una cosa fácil. Los milicianos se volvieron, y algunos de ellos dejaron sus fusiles contra la baranda de la terraza:

-Nosotros nos vamos también.

Puente comenzó a gritarles y al fin recogieron los fusiles, menos dos de ellos que marcharon escaleras abajo tras Rafael y yo. Ibamos a través de la casa vacía. De vez en cuando alguna persona se cruzaba en los pasillos o en las escaleras, como un fantasma. Nos bebimos una taza de café hirviendo en el bar y nos marchamos a la calle. Un barrendero estaba regando las losas y en el aire colgaba un olor de amanecer lluvioso.

Del centro de Madrid, de la Puerta del Sol, llegaba un clamor inmenso, un mugido

sordo que hacía vibrar el aire y que aumentaba a medida que nos acercábamos. En la esquina de una calle una taberna estaba abierta, a la puerta una mesa con una cafetera sobre un hornillo de carbón de encina, un barreño lleno de agua, tazas, vasos y platos y una hilera de botellas. Nos detuvimos para tomar otra taza de café y una copa de coñac. La radio en la taberna interrumpió su musiquilla:

-¡Atención! ¡Atención! -El tabernero aumentó el volumen del aparato-. Se ha formado un nuevo Gobierno. El nuevo Gobierno ha aceptado la declaración de guerra del fascismo al pueblo español.

Uno de los milicianos que había venido con nosotros desde la Casa del Pueblo, dijo:

-Ahora está todo bien. ¡Salud! -y se volvió sobre sus pasos, agregando-: ¡Pero con esos republicanos en el Gobierno nunca sabe uno!

Cuando llegamos a la Puerta del Sol, la muchedumbre se había dispersado y se comenzaban a abrir los bares. Los grupos, que seguían sus discusiones en las aceras, fueron entrando en ellos, en busca de un desayuno. Un sol espléndido brillaba sobre las casas; el día iba a ser caliente. Pasaban taxis abarrotados de milicianos, muchos de ellos llevando banderas con la inscripción UHP. Los autobuses de los domingos comenzaban a alinearse para llevar las gentes al campo. Al lado de uno, el cobrador voceaba:

-¡Puerta de Hierro! ¡Puerta de Hierro!

Comenzaban a hacer su aparición grupos de muchachos y muchachas y familias completas que trepaban a los autobuses con sus mochilas a la espalda.

-¡Vaya una nochecita! ¡En cuanto lleguemos al campo, me tumbo y no quiero saber más! -exclamó uno, dejándose caer en el asiento.

-Mira -le dije a Rafael-, dile a Aurelia que no voy a ir a casa hasta esta noche, ya tarde. Cuéntale lo que quieras, dile que tengo que hacer en el sindicato, lo que te dé la gana. Voy a esperar a María aquí y me voy a la Sierra. Ya tengo bastante con lo que ha pasado. Esto fue lo que pasó en la noche del 18. La noche pasada, aunque ahora parecía infinitamente lejos. La conversación de los otros seguía su zumbido. Yo estaba cansado, disgustado con lo ocurrido durante el día, disgustado con María, disgustado conmigo, sin ganas de ir a casa y encerrarme allí, con mi mujer como remate.

Así llegamos a Madrid. Las gentes tomaban los tranvías por asalto y elegimos ir andando. Volvían los primeros autobuses repletos de excursionistas al Manzanares. Fuera de la estación se había producido un atasco en el tráfico y un guardia con casco blanco trataba de resolverlo con grandes gritos, pitadas de su silbato y remolino de manos enguantadas. Había camiones llenos de gentes gritando a pleno pulmón. Un automóvil lujosísimo cargado de maletas trataba de deslizarse silenciosamente en sentido contrario.

-¡Se marchan! ¡Se marchan! ¡Adiós, señoritos! ¡Buen viaje! -gritaban los camiones convertidos en tribuna. El enorme coche los cruzó en silencio; la carretera fuera de Madrid estaba libre. Pero los gritos no habían sido amenazadores, sino burlones; las gentes encontraban divertido el que alguien escapara de Madrid, lleno de miedo.

La alegría no duró más que hasta lo alto de la cuesta de San Vicente. Allí, piquetes de milicianos pedían la documentación en cada esquina. La policía había cerrado cada bocacalle que conducía al Palacio Real. Se veía poca gente y marchando de prisa todos. Pasaban más coches con emblemas de los partidos pintados en las carrocerías y con la inscripción UHP, que desfilaban a gran velocidad. Los transeúntes los saludaban con el puño en alto. Una columna de humo espesa se elevaba lentamente al fondo de la calle de Bailen. Un aparato de radio, a través de una ventana abierta, nos dijo, al pasar, que Franco había pedido a Azaña la rendición sin condiciones. El Gobierno republicano había contestado con una declaración de guerra formal.

Unas cuantas iglesias ardían.

Acompañé a María a su casa y me apresuré a marcharme a la mía.

Las calles alrededor de Antón Martín estaban abarrotadas de gente y llenas de un humo denso y agrio. Olía por todas partes a madera quemada y a metal caliente. La iglesia de San Nicolás estaba ardiendo. Vi los ventanales de la cúpula saltar explosivos, y chorros de plomo incandescente deslizarse por el tejado. La media naranja era una bola gigantesca de fuego furioso, crujiendo y retorciéndose bajo las llamas. Por un instante, el incendio pareció extinguirse y la enorme cúpula se abrió con una grieta roja.

Las gentes se dispersaron gritando:

-¡Se hunde!

Se hundió la cúpula con un chasquido y un golpazo sordo, tragada por las paredes exteriores de la iglesia. De dentro brincó a lo alto una masa silbante de polvo, cenizas, humo y chispas. De pronto, entre esta nube de cataclismo, surgió la figura de un bombero en lo alto de una escala que se balanceaba en el aire, perdido el apoyo de la cúpula; el hombre, en lo alto, seguía dirigiendo el chorro de agua de su manga sobre los puestos del mercado de la calle de Santa Isabel y las paredes del cinema a espaldas de la iglesia. Era como si Arlequín se hubiera quedado de repente solo en la escena, ridículo y desnudo. Las gentes aplaudían, no sé si al derrumbamiento de la cúpula o a la figurilla grotesca allá en lo alto. El fuego seguía rugiendo sordamente dentro de las paredes de piedra.

Entré en la taberna de Serafín. Toda la familia estaba agrupada en la trastienda, la madre y una de las hermanas completamente histéricas, y la taberna estaba llena de gente. Serafín corría de los clientes a su madre y hermana y de éstas a aquéllos, tratando de atender a todos, su cara redonda empapada de sudor, dando, atontado, tropezones a cada paso.

-¡Arturo, Arturo! ¡Esto es terrible! ¿Qué va a pasar aquí? Han quemado San Nicolás y todas las otras iglesias de Madrid: San Cayetano, San Lorenzo, San Andrés, la escuela Pía...

-¡Bah! No te apures -interrumpió un parroquiano con pistola a la cintura y un pañuelo rojo y negro liado al cuello-. Sobran tantas cucarachas.

El nombre de la escuela Pía me había impresionado: mi vieja escuela estaba ardiendo. Me fui rápidamente, calle del Ave María abajo, y me encontré a Aurelia y los chicos en la calle, mezclados con los vecinos. Me recibieron a gritos:

-¿Dónde has estado?

-Trabajando todo el día. ¿Qué es lo que pasa aquí?

Veinte vecinos comenzaron a la vez a darme explicaciones: los fascistas habían disparado sobre las gentes desde las torres de las iglesias y las gentes las habían asaltado. Todo estaba ardiendo...

El barrio entero olía a quemado y caía una lluvia finísima de cenizas. Quería verlo yo mismo.

La iglesia de San Cayetano era una masa de llamas. Cientos de personas vecinas de las casas adyacentes habían sacado a la calle sus muebles y los habían amontonado lejos del incendio que amenazaba sus hogares. Guardaban sus propiedades y contemplaban silenciosas el incendio. Una de las torres gemelas comenzó a oscilar. La multitud gritó: si la torre caía sobre sus casas, sería el fin. El bloque de piedra y ladrillo se estrelló en mitad de la calle.

Enfrente de la iglesia de San Lorenzo, una multitud frenética aullaba y danzaba casi en las mismas llamas.

La escuela Pía estaba ardiendo por dentro. Parecía como si hubiera sido sacudida por un

terremoto. La larga fachada de la calle del Sombrerete, con sus cien ventanas correspondientes a las clases y a las celdas de los padres, estaba lamida por las lenguas de fuego que surgían a través de las rejas. La fachada principal estaba derruida, una de las torres caída, el atrio de la iglesia demolido. Por una puertecilla lateral -la entrada de los chicos pobres- bomberos y milicianos entraban y salían sin cesar. El resplandor del fuego interno en el enorme edificio brillaba a través de cada orificio.

Un grupo de milicianos y de guardias de asalto surgió sosteniendo una camilla improvisada -unas tablas sobre una escalera de mano- y sobre las tablas, envuelta en mantas, una figurilla de la que sólo era visible la cara de cera y el mechón de pelo blanco. Un viejecillo miserable, temblón, los ojos llenos de terror: mi antiguo maestro, el padre Fulgencio. La multitud abrió paso en silencio y los hombres le metieron en una ambulancia. Debía tener entonces más de ochenta años. Una mujeruca gorda dijo detrás de mí:

-Lo siento por el pobre padre Fulgencio. Le he conocido desde que era una chiquilla. ¡Y pensar que ahora el pobre tiene que pasar por todo esto! Valía más que se hubiera muerto. El pobre hombre hace ya muchos años que estaba parálítico. Algunas veces le subían al coro en una silla para que pudiera tocar el órgano, porque las manos las tenía bien, pero de la cintura para abajo estaba ya muerto. No sentía ni aunque le pincharan con alfileres. Y, ¿sabe usted?, todo esto ha pasado porque los jesuitas se hicieron amos de la escuela. Porque antes, y créame a mí que las sotanas me hacen vomitar, todos aquí en el barrio queríamos a los padres.

-El padre Fulgencio fue mi maestro de química -le dije.

-Entonces usted sabe lo que quiero decir, porque de eso debe de hacer ya mucho tiempo. Bueno, no quiero decir que es usted un viejo. Pero debe hacer sus buenos veinte años.

-Veintiséis.

-Ve usted, no estaba tan equivocada. Bueno, como le iba diciendo, hace algunos años, no me acuerdo bien si fue antes o después de la República, la escuela cambió que no la conocía nadie. - El fuego seguía crepitando dentro de la iglesia. El edificio no era más que una cáscara agrietada. La mujer seguía entusiasmada y verbosa-: Los escolapios, ¿sabe usted?, eran buena gente, y ya le digo que no me gustan las sotanas, pero fueron y se juntaron a una de esas asociaciones de las escuelas católicas, algo que lo llamaban así, que todo estaba manejado por los jesuitas. Usted se acordará cómo era cuando el padre prefecto venía a la plaza de Lavapiés y nos daba perras y hasta mi madre iba y le besaba la mano. Pero todo esto se acabó cuando vinieron los jesuitas. ¡Empezaron eso que llaman la adoración de Dios! Se ponían a hacer la instrucción en el patio con fusiles, que todos los veíamos desde los balcones. Y luego, aunque no lo crea, esta mañana empezaron con una ametralladora en la torre esa que han tirado, y se oía en todo el barrio.

-¿Y han herido a alguien? -pregunté.

-A cuatro o cinco aquí en Mesón de Paredes y en la calle de Embajadores. Uno se quedó muerto en la acera y a los otros se los llevaron en seguida.

Me fui a casa profundamente emocionado. Sentía un peso en la boca del estómago como si quisiera llorar sin poder. Surgían visiones de mi infancia y tenía la sensación de sentir y de oler cosas que había querido y cosas que había odiado. Me senté en el balcón de casa sin ver la gente que pasaba por la calle o que se enracimaba en grupos, hablando a gritos. Traté de aclarar el conflicto dentro de mí. Me era imposible aplaudir la violencia. Estaba convencido de que la Iglesia en España era un daño que había que corregir, pero a la vez me rebelaba contra esta destrucción estúpida. ¿Qué habría ocurrido a la biblioteca del colegio con sus viejos libros iluminados, con sus

manuscritos únicos? ¿Qué habría ocurrido a las salas de física y de historia natural, tan espléndidas, tan escasas en España? ¡Y toda la riqueza destruida en material de enseñanza! ¿Era posible que estos curas y estos señoritos de la Falange hubieran sido realmente tan estúpidos como para creer que el colegio iba a ser una fortaleza contra un pueblo enfurecido?

Había visto demasiado de sus preparaciones para no creer que habían usado las iglesias y los conventos como almacenes de guerra. Pero a pesar de ello, odiaba la destrucción, tanto como odiaba a los que habían llevado al pueblo a ella. Por un momento pensé dónde estaría el padre Ayala y si le satisfacía el resultado de su silencioso trabajo.

¿Qué hubiera ocurrido si nuestro antiguo padre prefecto hubiera abierto de par en par las puertas de la iglesia y del colegio y se hubiera quedado él allí, bajo el dintel, frente a frente al populacho, erguido, con su cabeza alta, con sus cabellos de plata azotados al viento? ¡Oh!, no le hubieran atacado, estaba seguro.

Más tarde aprendí que esta ilusión mía no era vana: el cura párroco de la iglesia de la Paloma -la más popular de todo Madrid- había puesto las llaves de la iglesia en manos de las milicias, y su iglesia y las obras de arte que encerraba fueron salvadas y respetadas, aunque demolieron los santos de cartón piedra y se llevaron los candeleros de latón para hacer cartuchos. Y lo mismo pasó con San Sebastián, con San Ginés y con docenas de otras iglesias que se habían mantenido intactas, algunas de ellas en espera de las bombas que iban a caer.

Pero aquella tarde me sentía agobiado. La lucha estaba entablada, era mi propia lucha, y sin embargo me sentía repelido y frío hasta el tuétano.

Rafael me llevó al puesto de Antonio en la verbena. Aún seguía viniendo gente y muchos de los recreos funcionaban. Antonio estaba excitadísimo y a punto de retirar el tenderete. La guarnición del Cuartel de la Montaña había hecho fuego de ametralladora sobre un camión cargado de muchachos de la juventud socialista que volvían de Puerta de Hierro cantando. La policía había tendido un cordón alrededor del cuartel que, al parecer, era el cuartel general de la insurrección en Madrid.

-Tenemos que ir allí -dijo Antonio.

Me negué. Allí no había nada que yo pudiera hacer. Había visto bastante y estaba muerto de cansancio. Rafael se marchó con Antonio y yo me volví a casa. Dormí cuatro horas y me desperté exactamente a las cuatro de la mañana, cuando ya era completamente de día. En la calle las gentes hablaban y disputaban. Me vestí y bajé a la calle. En la plaza de Antón Martín estaba parado un taxi, mientras los hombres bebían leche en la lechería del cuñado de Serafín. Entré y me bebí dos vasos de leche fría, casi helada.

-¿Adonde vais?

-Al Cuartel de la Montaña. La cosa se está poniendo seria allí.

-Me voy con vosotros.

En la plaza de España, los guardias de asalto detuvieron el coche. Me fui andando hacia la calle de Ferraz.

El cuartel, en realidad tres diferentes cuarteles, forma un edificio inmenso en la cima de un cerro bajo. En su frente hay un ancho glacis en el cual tiene cabida para ejercicios conjuntos un regimiento. Esta terraza se une a la calle de Ferraz por una pendiente rápida en uno de sus extremos, y en el opuesto se corta bruscamente sobre la estación del ferrocarril del Norte. Un grueso parapeto de piedra corre a todo lo largo de una pared vertical de cinco o seis metros, sobre una explanada inferior que separa el cuartel de los jardines de la calle de Ferraz. Por la parte posterior, el edificio domina la ancha avenida del Paseo de Rosales y los campos que rodean la ciudad al suroeste y al norte.



El Cuartel de la Montaña es una fortaleza.

De la dirección del cuartel llegaba un crepitar de disparos de fusil. En la esquina de la plaza de España y la calle de Ferraz un grupo de guardias de asalto estaba cargando sus carabinas al abrigo de una pared. Entre los árboles y los bancos del jardín había una multitud de gente tumbada o en cuclillas. Surgía de ellos una oleada furiosa de tiros y gritos que se extendían a lo lejos, hacia el cuartel, por otros a quienes yo no podía ver. Debía haber un círculo de millares alrededor del edificio. La acera opuesta a los jardines, batida por las ventanas del cuartel, estaba desierta.

Un aeroplano, volando a gran altura, venía hacia el cuartel. La gente gritaba:

-¡Es uno de los nuestros!

El día antes, el domingo -aquel domingo en que muchos nos hemos ido al campo, pensando disipada la tormenta-, grupos de oficiales en los dos aeródromos cercanos a Madrid habían intentado sublevarse, pero habían sido sometidos por fuerzas leales.

La máquina voló en una curva amplia y comenzó a descender, hasta que me fue imposible verla más. Unos momentos después temblaba la tierra y el aire. Después de dejar caer sus bombas, el avión se alejó. La multitud se volvió loca de júbilo, muchos de los que estaban en los jardines se enderezaron manoteando y tirando al aire las gorras. Un hombre estaba haciendo una pirueta cuando se desplomó. El cuartel disparaba, y el tableteo de las ametralladoras se impuso sobre todos los ruidos.

Un grupo compacto, chillando y gritando, apareció en el otro extremo de la plaza de España. Cuando el grupo llegó a nuestra esquina, vi que en medio de él llegaba un camión con un cañón de se-tenta y cinco milímetros. Un oficial de asalto comenzó a dar órdenes para descargar el cañón. La gente no escuchó. Cientos de personas se lanzaron sobre el camión como si fueran a devorarlo y lo hicieron desaparecer bajo su masa, como desaparece un trozo de carne podrida bajo un enjambre de moscas. Y en un momento el cañón estaba en tierra, sostenido a pulso, por brazos y hombros.

Se enderezó el oficial en lo alto y gritó pidiendo silencio:

-Ahora, tan pronto como yo haya disparado, tenéis que arrastrar el cañón tan de prisa como podáis, y ponerle allí. -Señalaba el otro extremo de los jardines-. Pero no os vayáis a matar vosotros mismos... Tenemos que hacerles creer que tenemos muchos cañones. Y los que no vayan a ayudar que se quiten de en medio.

Disparó el cañón, y antes de que hubiera terminado su retroceso la masa de gente lo hacía rodar con estrépito doscientos metros más allá. Volvió a estallar el cañón y a recomenzar su rodar loco sobre el empedrado, dejando tras él un reguero de hombres brincando sobre un pie y gritando de doior; las ruedas pasaban sobre los pies de los hombres. Una rociada de ametralladora se estrelló inmediata a nosotros. Me refugié en los jardines y me dejé caer dentro de un grueso tronco de árbol, justamente al lado de dos obreros tumbados en el césped.

¿Por qué diablos estaba yo allí y qué pintaba sin una mala arma en mis manos?

Uno de los dos hombres delante de mí se enderezó sobre sus hombros. Tenía empuñado con ambas manos un revólver y apoyaba el cañón contra el tronco del árbol. Era un revólver antiguo y enorme, con cañón niquelado y un punto de mira como una espuela. El tambor con los cartuchos era un bulto deforme sobre las dos manos agarrotadas en la culata. El hombre arrimó peligrosamente la cara al arma y tiró trabajosamente del gatillo. Le sacudió una explosión violenta y una oleada de humo espeso y agrio hizo un halo sobre su cabeza. Su compañero le sacudió un hombro:

-Ahora déjame tirar un tiro.

La explosión casi me hizo saltar sobre mis pies. Estábamos a doscientos metros del cuartel y el frente del edificio estaba oculto por la masa de árboles del jardín. ¿A quién

creían estar tirando aquellos dos locos?

El que había disparado se volvió:

-No me da la gana. El revólver es mío.

El otro blasfemó:

-¡Déjame tirar un tiro, por tu madre!

-No me da la gana. Ya te lo he dicho. Si me matan, el revólver es tuyo. Si no, te conformas con mirar.

Se volvió el otro. Tenía una navaja en la mano, la hoja casi tan grande como un machete, y la levantó sobre el trasero de su amigo:

-¡Déjame el revólver o te pincho! -Y comenzó a clavar la punta del arma en las carnes del otro. El hombre saltó y chilló:

-¡Tú, que me has pinchado de verdad!

-¡Para que veas! O me dejas el revólver o te hago un agujero.

-Toma, aquí lo tienes. Pero sujétalo bien, porque da coces,

-¿Te crees que soy un idiota?

Como si estuviera siguiendo un rito, el hombre se levantó sobre sus codos y engarfió la culata con ambas manos, tan ceremoniosa y deliberadamente que casi parecía una plegaria. El cañón niquelado se elevaba lentamente.

-Bueno, ¡acaba ya! -gritó el propietario del revólver.

El otro volvió la cabeza:

-Ahora te esperas, es mi turno. Les tengo que enseñar yo a es-tos hijos de mala madre.

Otra vez nos sacudió la explosión y otra vez nos hizo carraspear el humo acre que se pegaba a la tierra a nuestro alrededor.

Las explosiones de los morteros y el tableteo de las ametralladoras seguían en el cuartel. De cuando en cuando, el cañón rugía a espaldas nuestras, una bala hacía zumbir el aire y la explosión resonaba en la distancia. Miré al reloj: las diez. ¡Era imposible!

Se hizo un silencio seguido por una explosión de alaridos. A través de la confusa batahola se iban formando las palabras:

-¡Se rinden! ¡Bandera blanca!

Los hombres se iban incorporando. Por vez primera me fijé que había muchas mujeres también. Todos echaron a correr en dirección al cuartel. Me arrastraban y corrí con ellos.

Podía ver ahora la doble escalera de piedras en el centro del parapeto. Era una doble masa negra de gentes vociferando que se empujaban unos a otros hacia lo alto. En la explanada superior, otra masa densa de seres humanos bloqueaba la escalera.

Un furioso tableteo de ametralladora cortó el aire. Con un grito sobrehumano, la multitud trató de dispersarse. El cuartel vomitaba metralla por todas sus ventanas. Volvieron a sonar los morteros, ahora más cercanos, con trallazos secos. Duró unos breves minutos, entre la ola de gritos más horrible que nunca.

¿Quién dio la orden de ataque?

Una masa sólida y viva de cuerpos se movió hacia adelante como una catapulta, hacia el cuartel, hacia la cuesta de entrada de la calle Ferraz, hacia la escalera de piedra en la pared, hacia la pared misma. La multitud era ahora un solo grito. Las ametralladoras funcionaban sin cesar.

Y así, en un instante, todos supimos, sin verlo, sin que nadie nos lo dijera, que el cuartel había sido asaltado. La ola de gritos y de disparos sonaba ahora dentro del edificio. Las figuras de las ventanas desaparecían en un instante y otras se veían repasar como relámpagos. En una de las ventanas apareció un miliciano, que levantó un fusil en alto y lo lanzó sobre la multitud que respondió con un rugido de alegría salvaje. Me

encontraba sumergido en una parte de la masa que me llevaba hacia el cuartel. La explanada estaba sembrada de cuerpos, muchos de ellos retorciéndose y arrastrándose en su propia sangre. Me encontré de pronto en el patio del cuartel.

Las tres hileras de galerías que se abren sobre el patio cuadrado estaban llenas de figuras que corrían, gritaban y gesticulaban, agitando fusiles en lo alto y llamando con voces inaudibles a sus amigos abajo. Un grupo perseguía a un soldado que corría alocado de terror, pero sacudiendo de su lado a todo el que se cruzaba en su camino. Tropezó y cayó. El grupo se cerró sobre él. Cuando se disolvió, no se veía nada desde donde yo estaba.

En la galería más alta apareció un hombre gigantesco, llevando en las manos, sostenido en alto, un soldado que agitaba el aire con las piernas. El gigante gritó:

-¡Allá va eso!

Y lanzó el soldado al espacio. Cayó dando vueltas en el aire como una muñeca de trapo y se estrelló en las piedras con un golpe sordo. El gigante levantó los brazos:

-¡Voy por otro! -aulló.

A la puerta del almacén se había formado el grupo mayor. Los fusiles estaban allí. Uno tras otro surgían milicianos, con su fusil en alto, casi danzando de entusiasmo. De pronto hubo un nuevo empujón hacia la puerta del almacén:

-¡Pistolas! ¡Pistolas!

El almacén comenzó a vomitar cajas negras que pasaban de mano en mano por encima de las cabezas. Cada caja contenía una pistola Máuser reglamentaria -Astra calibre 9-, un cargador de repuesto, una baqueta y un destornillador. En unos momentos las piedras del patio estaban salpicadas de manchones blanco y negro -porque el interior de las cajas era blanco- y de papeles pringosos de grasa. La puerta del almacén seguía escupiendo pistolas.

Se dijo que en el Cuartel de la Montaña había cinco mil pistolas Astra. No lo sé. Lo que sí sé es que aquel día las cajas vacías, blanco y negro, salpicaban todas las calles de Madrid. Lo que no se encontró, sin embargo, fueron municiones para las pistolas. Los guardias de asalto habían logrado apoderarse de ellas.

Salí del cuartel. Cuando había sido soldado -un recluta destinado a Marruecos- había estado algunas semanas en aquel mismo cuartel. Hacía dieciséis años.

Eché una ojeada al salir al cuarto de banderas, abierto de par en par. Estaba lleno de oficiales, todos muertos, yaciendo en una confusión bárbara, unos con los brazos caídos sobre la mesa, otros sobre el suelo, algunos sobre el cerco de las ventanas. Algunos de ellos eran muchachos, casi niños.

Fuera, en la explanada, bajo un sol deslumbrante, yacían cientos de cadáveres. En los jardines todo estaba quieto.

## La calle

### Capítulo VIII

El martes por la mañana -el día después del asalto del cuartel- me fui a la oficina y tuve una conferencia con mi jefe, para acordar lo que íbamos a hacer en aquella situación. Decidimos que la oficina seguiría funcionando y el personal seguiría viniendo por las mañanas, como hasta entonces. Incluso tratamos de reorganizar el trabajo para el día, pero tuvimos que dejarlo porque las comunicaciones postales estaban totalmente dislocadas. Había unos documentos que presentar en el ministerio y decidí ir. Los metí en una cartera y me marché.

Dos pisos más abajo de nosotros estaba la oficina central de Petróleos Porto-Pí, S.A., una compañía montada por Juan March después de la organización del monopolio de petróleo, sin otro fin que reclamar del Estado compensaciones fantásticas por supuestas propiedades petrolíferas. La puerta estaba abierta y dentro vi dos milicianos con fusil colgado al hombro y pistolas al cinto, revolviendo en los cajones. Uno de ellos se volvió y me vio.

-Pasa -dijo.

Entré. El miliciano se fue a la puerta y la cerró. Después se dirigió a mí:

-¡Hala, pájaro! ¿Qué te trae aquí? -Empuñó la pistola y se quedó con ella apuntando al suelo-. Bueno, deja la carterita esa tan mona que llevas y levanta las manos.

Ni miró si llevaba armas, sino simplemente fue vaciando uno por uno mis bolsillos sobre una de las mesas. Después, lo primero que le llamó la atención fue mi cartera personal. Comenzó a mirar uno a uno los papeles que había dentro. Mientras tanto, el otro miliciano se apoderó de la cartera de documentos:

-Me parece que os habéis tirado una plancha -dije.

-Tú te callas y hablas cuando te pregunten.

-Bueno. Supongo que se podrá fumar. Ya me diréis cuándo habéis terminado.

No había encendido el cigarrillo cuando el hombre me puso bajo la nariz el carnet de la UGT.

-¿De quién es esto?

-Supongo que es mío.

-No me vas a decir, con esa cara, que tú eres uno de los nuestros.

-Sí, lo voy a decir. Ahora lo que no sé es si lo vais a creer o no.

-Yo no me trago cuentos de vieja. ¿Y de quién es esta cédula personal?

-Supongo que también es mía.

Se volvió a su compañero:

-¿No te decía yo que ésta era una buena ratonera? Ya hemos cogido un pájaro. Fíjate, cédula de cien pesetas, como los marqueses, y un carnet de la UGT. ¿Qué te parece a ti?

-Puede ser, aunque me parece un poco difícil. Pero deja eso un momento y fíjate en lo que he encontrado aquí.

Cuando acabaron de manosear documentos oficiales y tratar de descifrar los complicados dibujos de una instalación para la producción de aire líquido, reanudaron su interrogatorio:

-Ahora nos vas a explicar quién eres tú y qué son todos estos dibujos.

Les di una explicación somera. Me bajaron al portero que estaba lívido de miedo, pero que les confirmó todo lo que les había dicho.

-Me parece que tenemos que subir a echar una ojeada a esa oficina. Subimos en el ascensor y los metí en el confesonario.

-Y ahora, ¿qué es lo que queréis saber?

-Bueno, queremos saber qué clase de oficina es y qué gente hay aquí.

-Os los voy a presentar, será lo mejor. -Le dije a María:- Anda, díles a todos que vengan.

-Tú no te mueves -le dijo uno de ellos y apretó el timbre de mi mesa. Carlitos, nuestro ordenanza, se presentó.

-¡Hola, chaval! Tú eres el botones, ¿no? Escucha, les vas a decir a todos los que haya aquí, como si te lo hubiera mandado éste, que vengan. ¿Tú sabes quién es éste?

-Claro que lo sé. A vosotros os han dado el número cambiado.

Vinieron todos los empleados y formaron en círculo alrededor de nosotros.

-Ahora puedes hacer las presentaciones -dijo el que había asumido el mando.

-Lo mejor que pueden hacer, para acabar antes, es enseñar su carnet del sindicato. La única persona aquí que no lo tiene es este señor, que es uno de los socios de la firma. Los dos milicianos aceptaron al fin los hechos, aunque claramente se les veían las ganas de registrar la oficina. Antes de marcharse, nos soltaron su última flecha:

-Está bien, pero volveremos. Este negocio hay que incautarlo. Se han acabado los patronos, así que tú -dirigiéndose a nuestro jefe- te puedes ir buscando el coscurro por otra parte.

Se estaba haciendo tarde para llegar al ministerio. La oficina de patentes se cerraba a la una y no existían taxis. Bajé las escaleras con los milicianos. Ahora se volvían amistosos.

-Sabes, chico, con ese traje que llevas como esnob y con la cédula que te traes, pues nos habíamos creído que eras un falangista. No te creas, que llevan también carnets de los sindicatos en el bolsillo. Y luego, vienes y te cueles en esa cueva de ladrones...

-Estaba mirando porque me chocaba que hubiera alguien dentro. Lo peor es que se me ha hecho tarde para ir al ministerio con estos papelotes.

-No te apures; te llevamos nosotros en un vuelo.

Fuera había un automóvil y dos milicianos con pistolas del Cuartel de la Montaña en el cinto. Cuando nos vieron aparecer, se echaron a reír:

-¿Habéis hecho pesca?

-No, es uno de los nuestros, que le vamos a llevar a su ministerio.

Aquella fue mi primera experiencia en un auto incautado, con un conductor nombrado por su propia y sola autoridad. Arrancamos con un salto brusco y nos disparamos calle de Alcalá abajo en desafío abierto a todas las regulaciones del tránsito. Los transeúntes levantaban el puño cerrado y nosotros todos, incluso el chófer, lo devolvíamos de manera idéntica. El coche respondía con una curva violenta que el chófer rectificaba con un tirón a la rueda del volante que producía una curva opuesta que nos lanzaba unos contra otros. No había nada que hacer, más que esperar el momento en que el coche desbocado se estrellara contra otro coche o camión, igualmente loco, de los que nos cruzaban, desbordantes de milicianos que nos saludaban a gritos, con sus puños también en alto; o el momento en que nos meteríamos en la acera, aplastaríamos a dos o tres transeúntes y terminaríamos contra una farola. Pero no nos pasó nada. Cruzamos el paseo del Prado a través de un laberinto de armazones y tablas de las barracas de la verbena, unas abandonadas y otras a medio desmontar.

Cuando llegamos al ministerio, mis compañeros decidieron que echarían una mirada, para ver qué era aquello. Ellos no habían visto un ministerio en su vida.

La guardia de asalto no dejaba entrar en el edificio más que a las personas con pase, y cuando los milicianos comenzaron a subir la amplia escalera de mármol pegados a mí,

un cabo les gritó:

-¿Dónde vais vosotros?

-Vamos con éste.

-¿Van con usted?

-Parece.

-¿Llevan pase?

-No.

-Entonces no pueden entrar. Que llenen una hoja aquí y que esperen a que les den autorización.

-Bueno, chicos, si os dejan, ya sabéis dónde me encontraréis. -Me despedí con un sentimiento de triunfo infantil.

En el Registro todo estaba revuelto. Una docena de empleados de las diferentes agencias de patentes estaban en el salón, pero detrás de las ventanillas no había nadie. Unos pocos de los empleados se habían unido a los demás en el *hall* y discutían los últimos sucesos. Uno de los del Registro me vio y me dijo:

-Si traes algo para nosotros, dámelo y le daré entrada. No es mi trabajo, pero no ha venido nadie. El único que está ahí es don Pedro.

-Yo creía que hubiera preferido quedarse en casa.

-No le conoces. Anda, ve a verle.

Don Pedro estaba enterrado entre montañas de papeles, trabajando febril.

-¡Hola, Barea! ¿Quería usted algo de mí?

-Nada, don Pedro. Saludarle. Me han dicho que estaba usted aquí y he entrado a darle los buenos días. La verdad es que no esperaba verle hoy aquí.

-¿Qué quería usted que hiciera? ¿Esconderme? Nunca he hecho daño a nadie y nunca me he mezclado en política. Naturalmente, tengo mis opiniones, como usted sabe bien, Barea.

-Sí. Sé qué opiniones tiene usted y precisamente ahora me parecen un poco peligrosas.

-Conformes, lo son. Pero si uno tiene la conciencia limpia, no se tiene miedo. Lo que yo creo que estoy es asombrado y horrorizado. Estas gentes no respetan nada. Uno de los sacerdotes de San Ginés vino a casa y allí está aún, aterrorizado y temblando, haciendo morir de miedo a mi hermana. Y todas esas iglesias ardiendo... No creo, Barea, que apruebe usted esto, aunque pertenece a las izquierdas.

-No lo apruebo, pero tampoco apruebo que las iglesias se hayan convertido en depósitos de armas, ni que los Caballeros Cristianos se hayan reunido para conspirar con pretexto de la adoración nocturna.

-Estaban forzados a defenderse.

-También nosotros, don Pedro.

Una vez más nos enzarzamos en discusión, cuidadosos de no herir uno a otro en sus sentimientos, sin esperanza de llegar a un acuerdo y, sin embargo, tratando de obrar como si aún las discusiones sirvieran para algo. La verdad es que no ponía mucho interés en la discusión. Conocía de memoria todos sus argumentos, lo mismo que él conocía los míos. En realidad, estaba pensando del hombre en sí.

Su fe religiosa era fuerte, y su integridad tan completa que no cabía en su cabeza, ni podía admitir ni aun la posibilidad de que alguien, profesando la misma fe, tuviera una moral más baja que la suya. Era un hombre sencillo como un niño, que después de la muerte de sus padres se había refugiado en una vida casi monacal con sus hermanas. Incluso tenía una capilla privada en su casa que le mantenía alejado del contacto con las sacristías donde se hacía política.

Había algo más que yo conocía sobre él: en 1930, un empleado de una de las oficinas de

agentes de patentes había contraído tuberculosis. Ganaba doscientas pesetas al mes, estaba casado y tenía dos niños. La enfermedad le confrontó con un problema insoluble: dejar de trabajar o solicitar una cama en uno de los sanatorios del Estado significaba el hambre para su familia. Siguió trabajando, mientras la enfermedad se desarrollaba rápidamente, y llegó un momento en que le fue imposible ir más a la oficina. Durante tres meses, la firma en la que estaba empleado le pasó el sueldo íntegro; después le despidió. Los empleados del ministerio y los de otras agencias hicimos entonces una colecta para ayudarlo, y a mí me tocó pedir a los tres jefes de negociado su contribución. Unos días más tarde, me llamó don Pedro a su despacho y me mandó cerrar la puerta. Me preguntó cuánto dinero habíamos recogido, y cuando le dije que cuatrocientas pesetas, exclamó: «Eso es pan para hoy y hambre para mañana». Le expliqué que no podíamos hacer lo que hubiera sido necesario, meterle en un sanatorio y mantener a la familia mientras se curaba. Don Pedro me dijo que todo estaba arreglado, incluyendo la recomendación para el sanatorio, que evitaría todo el trámite legal; él se encargaría de pagar por ello; y yo iba a decirle a la mujer que entre todos nosotros habíamos hecho un acuerdo para pagarle doscientas pesetas al mes, mientras estuviera en el sanatorio curándose. «Por eso le he llamado a usted, para que lo arreglemos entre los dos sin que nadie se entere.»

Se arregló como don Pedro quería. El muchacho se curó y ahora vivía con su familia en el norte de España. Ni él ni su mujer supieron nunca lo que había pasado. Cuando al muchacho le dieron de alta en el sanatorio, don Pedro lloró de alegría.

Y ahora, ¿cómo podía yo discutir con este hombre a quien respetaba inmensamente, aunque no estuviera conforme con sus ideas políticas? La discusión languidecía miserablemente. Por fin don Pedro se levantó de la silla y me alargó la mano:

-Yo no sé lo que va a pasar aquí, Barea, pero pase lo que pase...

-Si algo le pasa a usted, llámeme.

Me marché a la calle.

Las milicias de trabajadores habían ocupado todos los cuarteles de Madrid y los soldados habían sido licenciados. La policía había arrestado a cientos de personas. Las noticias de provincias eran aún contradictorias. Después de una batalla encarnizada, Barcelona había quedado en manos de la República, así como Valencia. Pero la lista de las provincias en las cuales los insurrectos habían ganado por sorpresa era larga.

Cruzando la plaza de Atocha iba pensando qué resolución adoptaría el ministro de la Guerra. ¿Una movilización general? El general Castello estaba considerado como un republicano leal, pero ¿se atrevería a armar al pueblo? ¿Se atrevería el mismo presidente Azaña a firmar el decreto?

Los milicianos habían tendido un cordón a través de la calle de Atocha, frente al hospital de San Carlos:

-No se puede pasar, compañero. Están tirando desde la buhardilla. Métete detrás de la esquina. -Se oyó un disparo de fusil. Dos milicianos en la acera de enfrente contestaron, uno con un Máuser, otro con una pistola. En el portal de la casa donde yo estaba había un puñado de personas y dos milicianos más.

-Creo que puedo pasar, arrimado a la pared.

-Como quieras. ¡Allá tú! ¿Llevas documentos?

Le enseñé el carnet de la UGT y me dejó pasar. En el tejado se entabló un tiroteo. Me mantuve pegado a la pared y me quedé allí cuando cesó. Del portal de la casa donde se habían oído los disparos salió un grupo de hombres. Dos de ellos llevaban el cuerpo inerte de un muchacho de unos dieciséis años. Llevaba la cabeza sangrando, pero iba vivo aún. Se quejaba:

-¡Madre! ¡Madre!...

En las cercanías de la plaza de Antón Martín todo el barrio de Lavapiés estaba revuelto. En muchos tejados sonaban disparos. Los milicianos estaban cazando tiradores -«pacos», los llamaban- sobre los tejados y a través de las buhardillas. Alguien contaba que en la calle de la Magdalena habían matado a tres falangistas, pero la gente no mostraba mucha alarma. Hombres, mujeres y chicos de las casas de vecindad, todos estaban en la calle, todos mirando a lo alto, todos gritando y chillando.

Una voz fuerte gritó una orden que oí por primera vez:

-¡Cerrad los balcones!

La calle resonó con el golpeteo de las vidrieras de balcones y ventanas. Algunos se quedaron abiertos y la gente comenzó a señalarlos con el dedo:

-¡Señora Maña! -gritó alguien, una y otra vez. Al cabo de un poco se asomó una mujer gorda al balcón-. ¡Cierre usted el balcón en seguida! -La mujer cerró sin decir una palabra.

Las gentes se fueron calmando. Las casas presentaban sus fachadas herméticas. Un chiquillo comenzó a chillar:

-¡Ahí hay una ventana abierta!

A la altura de un piso tercero había una ventana abierta de par en par, en la que se agitaba lentamente una cortina. Un miliciano gruñó:

-¡Cualquier hijo de mala madre nos puede soltar un tiro tras la cortina!

La cortina seguía flameando indiferente y provocativa. El miliciano se situó en la acera de enfrente, cargó el Máuser y apuntó. Las madres agarraban chicos y se retiraban del hombre, que se quedó solo en medio del claro y disparó. Sonó una cascada de cristales rotos. Uno de los milicianos entró en la casa y salió con una mujeruca, reseca y jorobada por los años, que ahuecaba una mano sobre una oreja. Los hombres le gritaban:

-¿Quién vive en aquel cuarto, señora Encarna?

Cuando al fin entendió lo que le decían contestó muy seria:

-¡Anda! ¿Y para eso me habéis llamado con tanta prisa? Ésa es la ventana de la escalera.

Los fascistas viven en el primero y malos bichos que son.

Después de unos segundos, los balcones del primero estaban abiertos, y un miliciano aparecía en uno de ellos:

-¡Aquí no hay nadie, se han escapado!

Comenzaron a caer del piso muebles y vajilla a través de los balcones. Abajo las gentes amontonaban los muebles en una pira.

Los altavoces interrumpieron su música -en aquellos días los aparatos de radio funcionaban día y noche sin parar- y los grupos gritaron pidiendo silencio. Cesó la lluvia de muebles. El Gobierno estaba hablando:

«El Gobierno, a punto de terminar con la sedición criminal provocada por los militares traidores a su país, pide que el orden, ahora a punto de ser restablecido, se mantenga enteramente en las manos de la fuerza pública y de esos elementos de las asociaciones obreras que, sujetas a la disciplina del Frente Popular, han dado tantas pruebas heroicas de acendrado patriotismo.

»El Gobierno se da perfecta cuenta de que elementos fascistas, a despecho de su derrota, tratan de solidarizarse con otros elementos turbios en un esfuerzo para desacreditar y deshonar a las fuerzas leales del Gobierno y al pueblo, mostrando un fervor revolucionario que se traduce en incendios, vandalismo y saqueo. El Gobierno ordena a todas sus fuerzas, militares o civiles, que contengan estos disturbios donde quiera que se produzcan y que se dispongan a aplicar la máxima severidad de la ley contra los que cometan tales ofensas.»



Se quedaron allí los muebles, desparramados sobre el empedrado, y los milicianos montaron guardia alrededor. Las gentes discutiendo acaloradamente en corros mostraban su optimismo: la insurrección estaba vencida y ahora sabrían las derechas lo que era gobernar en socialista. La calle sombría, con sus balcones cerrados, se iluminaba ahora y se llenaba de alegría.

A la entrada de la calle de la Magdalena aparecieron tres camiones abarrotados de milicianos en pie que gritaban rítmicamente:

«¡UHP! ¡UHP! ¡UHP!».

La calle recogió el grito con los puños en alto. Cuando uno de los camiones se detuvo y los milicianos se apearon, la muchedumbre los rodeó. Muchos de ellos llevaban fusil y cartucheras del ejército; había también algunas mujeres en traje de hombre, con simples «monos» de mecánico.

-¿De dónde venís?

-Hemos tenido un día espléndido, les hemos dado un palizón a los fascistas que no se les va a olvidar en su vida; venimos de la Sierra, los fascistas están en Villalba, pero me parece que no les van a quedar riñones para venir a Madrid. Cuando volvíamos, nos hemos cruzado con muchos soldados que iban para allá.

-Pero ¿cómo es que os han dejado venir? -preguntó una mujer hombruna a uno de los milicianos que parecía ser su marido, un albañil por las huellas en su traje, mediados los cuarenta y un poquito más que alegre.

-¡Anda ésta! Mirad lo que dice. ¿Y quién nos lo iba a impedir? Cuando hemos visto que pronto se iba a hacer de noche, pues todos hemos dicho que era hora de venirse a casita a dormir, para que no les diera miedo a las señoras de estar solas. Algunos se han quedado allí, pero éstos lo han sabido entender, se han llevado la mujer con ellos.

Después de la cena las calles estaban llenas de gente, huyendo del calor de sus casas y discutiendo, optimistas aún, la declaración del Gobierno y el inmediato fin de la revuelta. Rafael y yo nos fuimos a recorrer los puntos de reunión más populares del barrio. Quería ver a la gente.

Fuimos primero al Café Cantante de la calle de la Magdalena. Es un viejo café, famoso en el siglo pasado, cuando por él desfilaban generaciones de cantaores y bailarines gitanos; sus sucesores eran ahora «artistas nacionales y extranjeros» que después del furor del *cake-walk*, la rumba y la machicha, practicaban más y más abiertamente la exhibición pornográfica. Sus precios eran muy baratos y siempre estaba lleno de una masa de clientes más o menos ingenuos, obreros y empleadillos en su mayor parte, que se tomaban un café y se entusiasmaban con el primitivo espectáculo, rodeados de una corte de prostitutas con sus chulos en acecho y la policía nunca muy lejos.

Aquella noche unas doscientas personas bloqueaban la puerta tratando de entrar. Dos milicianos con el fusil al hombro guardaban la puerta y pedían la documentación. Rafael y yo nos empeñamos en entrar y lo conseguimos sin esfuerzo: el matón que oficiaba de portero y coleccionaba los billetes de entrada nos saludó con un untuoso:

-¡Salud, camaradas, pasen! -que forzó a la vez a los dos milicianos de guardia a no pedirnos documentos.

Rafael murmuró:

-¡Éste nos ha tomado por dos de la secreta!

El destartalado salón estaba abarrotado de parejas de hombres y mujeres sudorosos, que se balanceaban y empujaban en un intento fútil de seguir la música estridente de una banda toda metal y saxofones. Sobre las cabezas se espesaba una nube azulada que el polvo convertía casi en gris. Olía como un vagón de ovejas a quienes se hubiera rociado con agua de colonia barata. Hombres y mujeres estaban en su mayoría vestidos con

«monos», como si fuera un uniforme, y de casi todos los cinturones pendía una pistola. Las grandes pistolas Astra del Cuartel de la Montaña lanzaban reflejos azules de su pavonado y chispas lívidas de la boca niquelada de los cañones.

Cuando se calló la banda, la multitud aulló por más. La banda comenzó a tocar el *Himno de Riego*, el himno nacional de la República. La masa comenzó a cantar la popular parodia:

Don Simeón tenía tres gatos, les daba de comer en un plato, por la noche les daba turrón. Vivan los gatos de don Simeón...

Cuando terminó el himno recrudeció el escándalo. La banda se lanzó a ejecutar una *Internacional* fantástica, con tambores y platillos y cencerros de jazz-hand. Se callaron todos, levantaron el puño cerrado y comenzaron a cantar religiosamente:

Arriba los pobres del mundo, en pie los esclavos sin pan...

Un hombretón sudoroso, con pelo negro rizado y cayéndole sobre las orejas y el cuello, un pañuelo negro y rojo anudado a la garganta, se empinó sobre los otros y vociferó:

-¡Viva la FAI!

Al grito de guerra de los anarquistas, pareció por un instante que aquello se iba a convertir en una batalla campal. El aire se espesó de insultos. Los pañuelos negros y rojos se agrupaban al fondo de la sala y dedos nerviosos comenzaron a alargarse hacia los cinturones y los bolsillos de atrás. Las mujeres chillaban como ratas acorraladas y se agarraban a sus parejas. La *Internacional* se ahogó como si la estrangulara un puño gigante.

Un hombrecillo ridículo, con un absurdo frac de camarero, había saltado sobre el tablado de la música y chillaba desesperadamente, mientras el bombo del jazz detrás de él servía de marco para sus contorsiones de simio y punteaba sus palabras con golpes sordos y retumbantes. Se calló el escándalo un momento y el hombrecillo se hizo oír con una voz aguda y rasposa:

-¡Camaradas! -debió de pensar que era mejor no hacer uso únicamente de esta apelación comunista, porque paró y siguió-: ¡Compañeros! Aquí hemos venido todos a pasar un buen rato y no olvidemos que todos somos hermanos en la batalla contra el fascismo, todos somos hermanos trabajadores. ¡UHP!

Se estremeció el salón cuando la multitud repitió las tres mágicas letras en un ritmo seco. La banda la emprendió con un fox-trot furioso y las parejas se lanzaron en un remolino desenfrenado. Había más sitio para bailar ahora, muchos se habían marchado. íbamos abriéndonos paso hacia la puerta Rafael y yo cuando una masa de carnes, desbordante de un mono, se enganchó a mi brazo, con unos pechos opulentos casi a la altura de mis hombros y una ola de esencia barata asfixiante.

-Anda, salao, págame algo de beber. Estoy seca.

La había visto muchas noches haciendo la carrera en la plaza de Antón Martín. Me solté el brazo:

-Chica, has llegado tarde. Estábamos mirando por un amigo que no está aquí y nos tenemos que marchar.

-Me voy con vosotros.

No me atreví a rechazar a la mujer violentamente. Una frase malintencionada podía desatar fácilmente un ataque de esos milicianos tan temperamentales, sobre todo con la ropa que vestíamos Rafael y yo. La mujer no se separó de nosotros hasta que llegamos a la plaza de Antón Martín. La metimos en el bar Zaragoza, le pagamos una cerveza y desapareció absorbida por un grupo delirante de hombres y mujeres medio borrachos, salpicado de pistolas y pañuelos rojos y negros.

Cruzamos la calle y entramos en la taberna de Serafín. La tabernita estaba llena, pero

pasamos a la trastienda. Allí las caras eran familiares.

El viejo señor Paco, el carpintero, estaba allí enjaezado en un corraje militar completamente nuevo y un fusil entre las rodillas, enfrentado con un auditorio pendiente de sus palabras:

-Como os digo, hemos tenido un día espléndido en la Sierra. Un verdadero día de campo, como si hubiéramos ido a matar conejos. Cerca de Villalba, un plantón de los de asalto nos paró en mitad de la carretera y nos mandó a lo alto de un cerro entre piedras y matas, con un cabo y dos guardias. La mujer me había hecho una tortilla y Serafín me había llenado la bota por la mañana, así que todo estaba de primera. Lo peor ha sido que nos hemos tostado todos, allí entre las piedras y el sol cayendo de plano. Pero ni un fascista ha asomado las narices y hemos pasado un día estupendo. Sonaron algunos tiros hacia la carretera y una vez me pareció oír una ametralladora muy lejos. El cabo nos dijo que nos había dejado allí de puesto para que no se nos escabulleran por los barrancos sin verlos, pero a él le habían dicho que la cosa estaba seria por el lado de Buitrago. Y eso ha sido todo. Hemos comido espléndidamente, se me ha pelado la nariz con el sol y nos hemos dado el gran día. La mayoría nos hemos venido por la tarde. El teniente de los guardias quería que nos quedáramos, pero yo le he dicho que no éramos soldados. Que se quedaran ellos, que para eso les pagaban.

-¿Vas a volver mañana, Paco?

-A las seis si Dios quiere. Bueno, es un decir, porque este señor ya no pinta nada.

Había un individuo en el corro a quien yo no había visto nunca. Olía a gasolina y tenía ojos grises, fríos, y labios delgados. Dijo:

-Mejor lo hemos pasado nosotros. Hemos hecho una limpieza.

-¿Has estado cazando fascistas por los tejados?

-Eso es para los chicos. Nosotros hemos estado despachando billetes para el otro barrio en la Casa de Campo. Billetes de ida sólo. ¡Como corderitos! Un tiro en la nuca y en paz. No tenemos muchas municiones para gastarlas. -Mientras hablaba, su mano derecha subrayaba con amplios gestos cada frase. Me corrió un escalofrío a lo largo del espinazo.

-Pero eso ahora es cosa del Gobierno, ¿no?

Se me quedó mirando con sus ojos sucios:

-Compañero, el Gobierno somos nosotros.

Mientras íbamos hacia casa, hablamos de él, Rafael y yo. Si esta clase de gentes se hacían los amos, iba a haber una matanza horrorosa. Había que esperar que el Gobierno interviniera... Nos miramos uno a otro y nos callamos.

Cuando llegamos a la esquina y dos milicianos nos pararon para pedir los documentos, sonó un disparo en el fondo de la calle del Ave María, el ruido de gritos, carreras, otro tiro y un grito final. Resonaron otra vez las carreras, alejándose, y la calle se quedó en silencio. Los dos milicianos no sabían qué hacer. Uno de ellos se volvió a nosotros:

-¿Vamos a ver?

La calle estaba desierta pero se sentía a las gentes cuchichear detrás de las puertas de los portales. Uno de los milicianos cargó el fusil y el otro le imitó. Los cerrojos resonaron estrepitosamente. En el fondo de la calle alguien gritó:

-¡Alto! -y los milicianos respondieron al grito.

Dos sombras arrimadas a la pared se fueron acercando a nosotros y avanzamos hacia ellos. Antes de que nos llegáramos a encontrar, vimos al muerto.

Estaba caído a través del arroyo, un agujerito negro en la frente, un almohadón de sangre bajo la cabeza. Los dedos crispados de las manos se contraían convulsivos. El cuerpo dio una sacudida espasmódica y quedó rígido. Nos inclinamos sobre él, y uno de

## LA FORJA DE UN REBELDE III – (La Llama) – Arturo Barea

los milicianos encendió una cerilla y la aproximó a su boca. La llamita ardió serena iluminando la cara contraída y los ojos vidriados. El pañolón negro y rojo, liado al cuello, parecía una herida más. Era el mismo que había gritado «¡Viva la FAI!» en el café de la Magdalena.

Uno de los milicianos dijo filósofo:

-Uno menos. -Otro fue a telefonar. Tres montaron guardia alrededor del cadáver. Los portales comenzaron a abrirse y se fueron aproximando caras curiosas, discos grises en la penumbra.

No podía dormir. El calor me sofocaba y a través del balcón abierto entraban los ruidos de la calle y la música de la radio. Me levanté y me senté en pijama al balcón.

No podía seguir evadiéndome.

Cuando fui el sábado a la Casa del Pueblo, lo hice porque quería servir en las filas de las formaciones antifascistas en lo que fuera más útil. Sabía que lo que faltaba y necesitábamos ante todo eran oficiales y grupos básicos de hombres entrenados, que pudieran dirigir y organizar las milicias. Estaba dispuesto a presentarme voluntario para un trabajo semejante, explotando mis odiadas experiencias de Marruecos. Pero cuando Azaña había nombrado aquel Gobierno de Martínez Barrio con Sánchez Román como un negociador discreto, un Gobierno tan claramente marcado para llegar a un acuerdo con los rebeldes, y cuando el comandante de las milicias socialistas había dicho a sus hombres que aceptaran aquello con disciplina, mientras las masas rugían con furia y forzaban al presidente a rectificar dentro de una hora, me había sentido incapaz de someterme a esta clase de ciega disciplina política.

Durante tres días con sus noches me había rozado con la masa de milicianos, de los que se llamaban a sí mismo milicianos y se aceptaban como tales. Esto era una parodia trágica de una organización militar en la cual yo no quería tomar parte.

Pero no podía continuar al margen de los acontecimientos. Sentía el deber y tenía la necesidad de hacer algo. El Gobierno había declarado que el levantamiento estaba sofocado, pero era evidente que lo contrario era la verdad. La batalla no había comenzado aún. Aquello era guerra, guerra civil, y una revolución. No podía ya terminar hasta que el país se hubiera convertido en un Estado fascista o en un Estado socialista. No tenía que elegir entre ellos. La elección estaba para mí hecha durante toda mi vida. O vencía una revolución socialista, o yo estaría entre los vencidos.

Era obvio que los vencidos, fueran los que fueran, serían fusilados o encerrados en una celda de cárcel. La vida burguesa a la cual había intentado resignarme y contra la cual había estado luchando entre mí, se había terminado el 18 de julio de 1936. Me encontrara entre los vencedores o los vencidos, había emprendido una nueva vida.

Estaba de acuerdo con la declaración de Prieto en *Informaciones*: «Aquello era guerra, y una guerra larga».

Una nueva vida significaba esperanza. La revolución, que era la esperanza de España, era también mi propia esperanza de una vida más llena, más clara y más lúcida.

Me liberaría de las dos mujeres. En alguna parte sería útil. Me encerraría a solas con el trabajo que fuera, como tras las murallas de una fortaleza. Porque el Gobierno tendría que tomar las cosas en su mano.

Pero suponiendo que no fuera así, suponiendo que revolución significaba el derecho de matar impunemente, ¿dónde íbamos a parar? ¿Nos íbamos a matar unos a otros por una palabra, por un grito, por un ademán? Entonces la revolución, la esperanza de España, se iba a convertir en la orgía sangrienta de una minoría brutal. Si el Gobierno era demasiado débil, tenían que ser las organizaciones políticas las que tomaran el mando y organizaran la lucha.

Indudablemente estaba bajo la impresión de lo que había visto aquella misma noche en el barrio de Lavapiés. Había visto la masa de prostitutas, ladrones, chulos y pistoleros en un frenesí desatado. No era aquélla la masa que había asaltado el Cuartel de la Montaña, simples cuerpos humanos con un espíritu de lucha, desnudos contra las ametralladoras. Esto era la espuma de la ciudad. No lucharían, ni llevarían a cabo ninguna revolución. Lo único que harían sería robar, destruir y matar por puro placer.

Tenía que encontrar a mi pueblo. Esta carroña había que barrerla antes de que infestara todo. Necesitábamos un ejército. Mañana, hoy, me iría a ver a Rubiera. Volveríamos a trabajar juntos otra vez, como habíamos hecho años antes, y haríamos algo útil.

Durante un rato me adormilé en el balcón. Uno de los chicos, en la alcoba, detrás de mí, comenzó a llorar. Me puse a pensar qué pasaría a mis hijos. La oficina tendría que interrumpir el trabajo. ¿De qué iba a vivir la gente sin trabajo? Tenía medios para sostenerme unos meses, pero ¿qué pasaría a los que el día 18 habían cobrado la última semana de jornal?

Un claxon ladraba impaciente, abajo en la calle. Estaba amaneciendo. El chiquillo lloraba más fuerte. La puerta de nuestra casa se abrió y salió Manolo, el hijo de nuestra portera, con correa y fusil. Le llamé:

-¿Dónde vais?

-A la Sierra con éstos. Vamos a tirar unos cuantos tiros. ¿Quieres venir?

El camino estaba lleno de milicianos en mono azul que ahora era ya uniforme. Muchos de ellos llevaban la estrella de cinco puntas de los comunistas. Había tres muchachas.

El camión se marchó calle abajo con sus ocupantes cantando a voz en cuello. En un piso de abajo se abrió una puerta y llegó hasta mi balcón el olor de café recién hecho. Me vestí y bajé al bar de Emiliano. El encargado, que era un hermano de Emiliano, tenía los ojos enrojecidos, hinchados de sueño.

-Esto es una vida de perros. Aquí tenía que estar Emiliano y hacerse él las cosas. Mañana me voy al frente.

Comenzaron a entrar los primeros clientes, el sereno, los milicianos de guardia en la calle, los mozos de la panadería, un chófer:

-¡Salud!

-¡Salud!

Una banda de gorriones picoteaba entre las juntas de los adoquines y se encaramaba en las buhardillas de los balcones. De uno de los balcones más altos surgía la clara llamada de una codorniz: ¡Pal-pa-lá!

La calle estaba desierta, inundada de luz y de paz.

## La caza del hombre

### Capítulo IX

El trabajo en nuestra oficina estaba prácticamente paralizado. La firma estaba enfrentada con el problema de continuar trabajando en el vacío, o cerrar y correr el riesgo de incautación por uno de los comités obreros. Porque, por aquel entonces, estos comités habían comenzado a apoderarse de los negocios privados, fábricas y casas de vecinos en todos los casos en que se sabía que los propietarios simpatizaban con las derechas, o cuando los propietarios habían abandonado sus oficinas o sus edificios, bien por ser realmente culpables de conspiración con los rebeldes o simplemente por miedo. En estas emergencias, los empleados y los obreros formaron comités de casa que continuaron el trabajo; pero otros comités se formaron también por los sindicatos e impusieron su control sobre firmas cuyos propietarios eran sospechosos.

Este movimiento era un acto de autodefensa contra un colapso económico. Pero se produjeron muchos casos de mala fe y de puro robo, porque el sistema se desarrolló sin orden ni concierto. Sin embargo, con todas sus faltas y todos sus errores, evitó que el hambre estallara en Madrid en una semana y que surgiera un mercado negro.

Nuestro jefe decidió que mantener el negocio, aun sin producir, era un mal menor. Al mismo tiempo, parecía que la situación se iba a resolver por sí sola, por razones ajenas a él: el mismo día 18, un empleado de la oficina desapareció, sin que ni aun su propia familia supiera dónde estaba. Otros dos de los empleados, que eran oficiales de la reserva, se presentaron en el Ministerio de la Guerra y los destinaron fuera de Madrid. Nuestros dos empleados alemanes habían desaparecido. Habíamos quedado tres hombres y cuatro mujeres, sin contar a Carlitos, el botones, y a mí mismo. Acordamos que la oficina estaría abierta de diez a doce. No había más dificultades, ya que el negocio de patentes nada tenía que hacer con la guerra y su única mercancía eran papeles, una cosa que no tenía interés para ninguno de los grupos obreros que se habían lanzado a incautarse de negocios cuyos productos tenían un valor inmediato.

Mi hermano Rafael estaba al frente del almacén de una gran casa de perfumería al por mayor. Su jefe era un autócrata inteligente odiado por la totalidad del personal, y dentro de las veinticuatro horas siguientes al asesinato de Calvo Sotelo cruzó la frontera con toda su familia. El personal se hizo cargo del almacén, con el apoyo del Partido Comunista al cual pertenecían la mayoría de los empleados, y trató de continuar el negocio del que dependía su vida. Como me sobraba tiempo, iba a menudo allí y observaba cómo se desarrollaba la nueva organización; pero lo mismo ocurría en centenares de almacenes y tiendas de Madrid.

Simultáneamente, cada sindicato y cada partido comenzó a organizar su propia milicia. Fue la época en que surgían batallones de milicianos con nombres rimbombantes tomados de los cuadernos de novelas de indios y cow-boys, tales como Los Leones Rojos o Las Águilas Negras.

Fue aquélla también la época de los vales. Cada grupo, cada batallón, cada sindicato, hacía vales, les estampaba un sello de caucho y los presentaba a canjear por artículos de comer o beber, de uso personal o material de guerra.

Una mañana, dos milicianos, con el fusil en bandolera y el pañuelo negro y rojo de los anarquistas atado al cuello, se presentaron en el almacén de mi hermano y le alargaron, como encargado, un vale que decía:

Vale por:

- 5.000 máquinas de afeitar.
- 5.000 barras de jabón de afeitar.
- 100.000 hojas de afeitar (de buenas marcas).
- 5.000 botellas de agua colonia de marca.
- 10 damajuanas de cincuenta litros de agua colonia para barberías.
- 1.000 kilos de jabón de tocador.

Mi hermano se negó a aceptar el vale:

-Lo siento, pero no os puedo dar lo que pedís. Y a propósito, ¿para quién es todo esto?

-Puedes mirar el sello: para las Milicias Anarquistas del Círculo de Bellas Artes... ¿Qué quieres tú decir, que no nos vas a dar lo que pedimos? Bueno, eso es una broma.

-No hay bromas, compañeros. Un vale así yo no lo acepto, como no lo autorice el Ministerio de la Guerra.

-Está bien. Entonces, vente con nosotros.

El que en aquellos días le llevaran a uno al Círculo de Bellas Artes suponía correr el riesgo de amanecer a la mañana siguiente en la Casa de Campo con un tiro en la nuca. Los dos milicianos estaban solos, mientras que en el almacén había hombres de sobra con una pistola en el bolsillo. Mi hermano dijo a los dos milicianos que esperaran y llamó por teléfono al Círculo de Bellas Artes. Allí no sabían nada del vale y le pidieron a mi hermano que llevara a los dos milicianos al Círculo y el vale con ellos. Los llevaron a la fuerza y resultó que los dos individuos habían intentado un robo en gran escala. Los anarquistas los fusilaron aquella noche.

Pero los vales corrientes había que aceptarlos, y comenzaron a amontonarse sobre la mesa de mi hermano papeles mojados que nadie se hacía responsable de ellos. El único dinero que llegaba a manos del cajero era el procedente de las órdenes escasas de los comerciantes al por menor que seguían con su negocio y que, como ya no podían comprar a crédito, mandaban un muchacho con el dinero en mano a comprar algún artículo que no tenían en existencia y que alguien había pedido; alguien que también hubiera entrado en la tienda con el dinero en la mano.

La comida comenzó a escasear de una manera alarmante.

Y entonces ocurrió que los mismos sindicatos y grupos que habían hecho obligatorio el aceptar sus vales, se encontraron con que no podían rehusar el dar de comer a sus propios miembros. Se habían hecho cargo de la mayoría de los hoteles, cafés y restaurantes de Madrid y la única solución era, cuando un miembro del grupo quería una comida, darle un vale en turno y mandarle a uno de los restaurantes. Pero a medida que sueldos y jornales comenzaron a desaparecer, el vale de comida se convirtió en algo más valioso aún que el dinero.

Al principio las gentes se apretaban en las mesas lo mejor que podían, después las mesas se alinearon unas a otras en largas hileras y se convirtieron en mesas comunales. Las gentes se iban sentando a medida que llegaban, tratando de encontrar un sitio lo más cerca posible de la puerta de la cocina para que la comida llegara aún caliente y no deshecha de hundir el cazo en los grandes calderos. La comida se distribuía a la una en punto. No se daba pan y algunos traían en su bolsillo panecillos o trozos de pan que a veces cambiaban por cigarrillos, también escasos. Mientras duraba la comida, pasaba una larga fila de mujeres y chiquillos con pucheros que recogían la comida para las casas. El menú era, invariablemente, arroz, patatas y carne, cocidos juntos, pero la

ración era limitada.

Albacete estaba en las manos del Gobierno, y como consecuencia las comunicaciones con Valencia estaban aseguradas; Valencia volcaba sobre Madrid arroz y patatas, y los sindicatos se hacían cargo de estos envíos, cada organización apoderándose de cuanto podía y distribuyéndolo entre los restaurantes comunales que estaban bajo su control. Como almacenes comenzaron a utilizarse las iglesias desiertas, y el olor a cera e incienso se cambió pronto por el olor de tienda de comestibles sucia que cada atrio echaba en bocanadas a la calle.

En la oficina de mi hermano el personal se distribuía el dinero a partes iguales al fin de cada mes y los vales de comida diariamente. Pero sus existencias de género desaparecían rápidamente y comenzaron a desesperarse.

El Gobierno era impotente ante este caos, porque no había un solo grupo que aceptara sus órdenes.

Los partidos políticos estaban divididos en grupos locales y los sindicatos en grupos profesionales, así como en grupos locales. Todos estos grupos centrales y derivados habían montado su centro de alimentación comunal, con sus propios comedores, aprovisionamiento y almacenes; y habían montado también su propio batallón de milicianos, su propia policía, su propia prisión con sus ejecutores y su lugar especial para las ejecuciones. Todos, con excepción de la UGT, hacían propaganda para atraer nuevos miembros. Las paredes de Madrid estaban cubiertas de carteles: «¡Afíliate a la CNT!», «¡Ingresa en el Partido Comunista!», «¡Incorpórate al POUM!» Los republicanos, simplemente, no figuraban para nadie. La gente acudía en masa a los centros de organización, se hacían introducir por uno o dos miembros y obtenían un carnet.

Los verdaderos fascistas encontraron útil este sistema. Eligieron los grupos que eran menos rigurosos en sus exigencias e ingresaron en gran número. Algunos pagaron grandes sumas por carnets con fecha de dos o tres años antes. Con todo este soporte, los fascistas conducían sus propios coches y los usaban para salvar a sus amigos y para matar a sus enemigos. Los criminales se acogieron al mismo procedimiento: formaron su propia «policía» y se dedicaron con toda impunidad a robar y matar. No había nadie seguro. Las embajadas y los consulados, después de amparar a sus conciudadanos, comenzaron a recibir refugiados; algunos de estos representantes diplomáticos lo convirtieron en una especie de negocio de hostelería en gran escala y hasta llegaron a comprar casas para este fin.

Simultáneamente con todo este caos, miseria y cobardía, la otra cosa que estaba viva detrás de los retumbantes nombres de Los Leones Rojos y Las Águilas Negras comenzó a tomar forma. Se suprimieron las excursiones de milicianos a la Sierra y se comenzaron a establecer posiciones en las montañas. Oficiales leales se lanzaron a la tarea de construir un ejército. Cada grupo podía crear los batallones que quisiera, pero las armas, las pocas armas que existían, estaban ahora en las manos del Ministerio de la Guerra; se distribuían a las milicias voluntarias, pero, en cambio, éstas tenían que aceptar el mando del Ministerio de la Guerra si querían existir. Y al mismo tiempo, los partidos y los sindicatos entablaron una competencia para mostrarse unos a otros como modelos de disciplina y de valor.

El ejército rebelde, a las órdenes del general Mola, fue rechazado más allá de Villalba; se reconquistó Toledo; se atacó Zaragoza a través de la provincia de Huesca; se hizo un desembarco en Baleares y se llevó a cabo un ataque por sorpresa sobre la misma Ceuta. Pero aunque había entusiasmo de sobra, aún no existía cohesión. El orgullo de cada partido parecía mucho más fuerte que el sentimiento de defensa común. La victoria de



un batallón anarquista se restregaba en la cara de los comunistas, y la victoria de una unidad comunista se lamentaba y desvirtuaba por los otros. La derrota de un batallón se volvía en ridículo para el grupo político a que pertenecía. Hasta cierto punto esto fortalecía el espíritu de lucha de las unidades aisladas, pero también creaba un semillero de resentimiento mutuo que perjudicaba las operaciones militares en su conjunto y anulaba un mando unificado.

Me había ido a ver a Antonio, el comunista, y a Rubiera, el socialista. Le dije a Antonio que quería trabajar pero que no quería ingresar en la milicia del Partido; y los líderes de la Unión de Empleados me dijeron que les podía ayudar en la organización del batallón de empleados. En desesperación, acepté la tarea. Dudaba mucho de la respuesta de los trabajadores de cuello planchado.

Nos dieron una casa del barrio de Salamanca que había sido requisada y que tenía un campo de tenis donde se podía instruir a cincuenta voluntarios a la vez. La instrucción teórica la dábamos en el inmenso *hall* todo en mármol, sostenido por pretenciosas columnas dóricas, en el cual habíamos alineado bancos de una escuela cercana, junto con la tarima del profesor, un encerado y un mapa de España enormes... El Ministerio de la Guerra nos dio dos docenas de fusiles y un cargador para cada fusil.

Formé los primeros en un pelotón en el campo de tenis y comencé a explicarles el manejo del fusil. Ante mí tenía una doble fila de caras anémicas surgiendo de cuellos planchados, aquí y allá una cabeza burda en lo alto de un blusón de dril o de la guerrera de una librea. La mayoría de los voluntarios eran empleados, pero había algunos ordenanzas y mozos. Unos eran demasiado jóvenes y otros demasiado viejos. Muchos tenían gafas que les hacían brillar los ojos y sus caras aparecían nerviosas.

Después de los dos primeros minutos de instrucción, uno de los reclutas salió de la fila y dijo:

-Bueno, mira, todo eso que estás contando son historias. Lo único que necesitamos saber es cómo se tira con un fusil y, luego, que nos den el fusil y nos digan dónde hay que ir. Aquí no hemos venido a jugar a los soldados como en el cuartel.

Suspendí la instrucción y los llevé a todos al *hall*. Me subí a la plataforma:

-Bueno, mirad. Todos queréis un fusil y todos queréis ir al frente para empezar a dispararlo cuanto antes y matar fascistas. Pero ninguno queréis aprender un poco de instrucción militar. Muy bien, vamos a suponer que ahora mismo os doy un fusil a cada uno, os meto en un par de camiones y os planto en un pico de la Sierra, enfrente del ejército de Mola, con sus oficiales y sargentos que están acostumbrados a mandar y con sus soldados que están acostumbrados a obedecer órdenes y que saben lo que cada orden significa. ¿Qué haríais? Supongo que cada uno comenzaría a pegar tiros y manejárselas como mejor le pareciera. ¿Es que creéis que los hombres con quienes os vais a enfrentar son conejos? Y aun suponiendo que fuerais a cazar conejos, no me vais a negar que para ir una partida de diez o doce, es necesario saber lo que se hace para no acabar matándose unos a otros.

Volvimos al campo de tenis y continuamos la instrucción. Pero las interrupciones eran constantes:

-Estamos perdiendo el tiempo -exclamaba uno-, todos sabemos cómo tirarse al suelo cuando hace falta.

Ocurría lo mismo con cada nueva tanda de voluntarios. A pesar de todo, poco a poco comenzó a formarse una unidad, aunque aún no teníamos más que las dos docenas de rifles que pasaban de pelotón a pelotón. Fue el principio del batallón La Pluma.

Durante aquellos días, Ángel, prácticamente, vivía en mi piso. Desde que se marchó su mujer, ayudaba a Aurelia en la casa, con los chicos o con la compra, igual que lo había

hecho en las primeras semanas. Conocía tanta gente en el barrio, en el que había nacido y vivido, que siempre encontraba algo para comer. Un día apareció empujando un carrito de mano con dos sacos de patatas y seguido por una cola de mujeres. Se paró a la puerta de casa y comenzó a gritar:

-Ponerse en cola, ¡todas!

Las mujeres se alinearon obedientes y Ángel sacó, como por arte de magia, un peso:

-Ahora, un kilo para cada una y ¡tener cuidado vosotras de que nadie se meta dos veces en la cola!

Cuando desaparecieron las patatas del primer saco, Ángel abrió el segundo y miró a lo largo de la interminable cola:

-Bueno, muchachas, a mí también me hacen falta patatas. Éstas son para mí. -Pesó diez kilos y los puso en el primer saco. -Y ahora, vamos a terminar las que quedan, hasta donde lleguen.

Ángel se iba por las patatas al mercado de los Mataderos, donde se descargaban los trenes de aprovisionamiento. Con su charla viva, se hizo amigo de los encargados de distribuir las patatas a los verduleros establecidos.

-Yo también soy un verdulero, aunque venda en la calle -decía.

Era con lo que se ganaba la vida, y la gente de Lavapiés tenía también derecho a comer patatas.

-Mira, compañero. Ahora mismo le estás dando patatas a un frutero del barrio de Salamanca para que pueda dar de comer a los señoritos y a los fascistas; y a mí, ¿no me vas a dar dos sacos?

Un día, los anarquistas en la calle de la Encomienda intentaron apoderarse de los dos sacos de patatas, pero las mujeres se amotinaron contra ellos y el final fue que Ángel obtuvo la protección de los anarquistas.

Después llegaron los días en que ni aun Ángel encontraba patatas, por la sencilla razón de que no llegaban más patatas a Madrid. Aurelia se llevó un día los niños a casa de sus padres para quedarse allí. Cuando iba a salir de casa, sin saber qué hacer, Ángel me dijo:

-Si quiere usted, véngase conmigo a casa.

Le acompañé a la calle de Jesús y María. La calle empieza en la plaza del Progreso, con una serie de casas para gente algo acomodada y en los primeros cincuenta metros sus habitantes son pequeños comerciantes, altos empleados y obreros especializados. En toda esta extensión la calle está pavimentada con adoquines de pórfido perfectamente colocados; pero allí termina y cambia su fisonomía: el empedrado se convierte en canto redondo, las casas son escuálidas y raquíticas y la gente que vive allí son simples jornaleros y prostitutas de lo más bajo. Las mujeres se pasan el día en el umbral de las puertas llamando a los transeúntes y llenando la calle con sus querellas frecuentes.

Ángel vivía en el piso bajo en una pequeña casa de vecinos, incrustada entre los prostíbulos. Su piso era una simple habitación grande y destartada, convertida en comedor, alcoba y cocina por unos simples tabiques de panderete. En la alcoba no había más que una cama de matrimonio y una mesilla de noche; el comedor estaba idénticamente desnudo; la cocina tenía el tamaño de la alcoba. La luz y el aire entraban allí a través de la puerta y de una ventana enrejada, ambas abiertas a un patio de cuatro metros cuadrados, en el que había un retrete para los dos inquilinos del piso y bajo una fuente para todos los inquilinos de la casa. El cuarto, abandonado ahora, olía a moho y orines. Esperé, mientras Ángel se cambiaba de ropa en la alcoba.

De pronto, una explosión bamboleó la casa. Ángel salió peleándose con la americana. Fuera, en la calle, sonaban alaridos y carreras de gentes que huían despavoridas. A unos cuantos metros de la casa, varias mujeres yacían en el suelo gritando. Una de ellas se

arrastraba sobre un vientre del que desbordaban las entrañas. Las paredes de las casas y los adoquines de la calle estaban salpicados de sangre. Ahora, todos corríamos hacia los caídos.

En el último edificio de la parte ancha de la calle había una clínica de la Gota de Leche, para asistir a las embarazadas. A aquella hora había una larga cola de mujeres, muchas de ellas llevando un niño, que esperaban la distribución diaria de leche. Unos metros más abajo, las prostitutas ejercitaban el comercio. Una bomba había caído en medio de la calle y sus cascos habían rociado por igual a las embarazadas y a las prostitutas. Una mujer se enderezó sobre un muñón sangriento que había sido un brazo, dio un grito y se dejó caer pesadamente. Inmediato a mí había un montón revuelto de faldas y enaguas, entre las que sobresalía una pierna doblada en un ángulo absurdo sobre el vientre hinchado. Se me fue la cabeza y me puse a vomitar en medio de la calle. Un miliciano al lado mío blasfemó y comenzó a vomitar; comenzó a temblar y estalló de pronto en carcajadas. Alguien me dio un vaso lleno de coñac que bebí automáticamente. Ángel había desaparecido. Ahora algunos hombres se afanaban en recoger a los heridos y los muertos y meterlos a toda prisa en la clínica. Un hombre asomó la cabeza en la puerta de la clínica, una cabeza de pelo blanco y gafas sobre una blusa blanca roja de sangre, pateó y gritó:

-¡No hay sitio para más! ¡Llevarlos a la calle de la Encomienda!

De la plaza del Progreso llegaban también gritos. Ángel estaba a mi lado sin que yo supiera de dónde había surgido, con el traje y las manos manchados de sangre.

-¡En la plaza del Progreso ha caído otra bomba!

Llegaban grupos de gente corriendo calle abajo en franca huida, y pares de hombres llevando entre ellos un cuerpo, y mujeres con un chico en brazos gritando y llorando. No veía más que brazos y piernas y manchas de sangre en remolinos y la calle giraba ante mis ojos.

-¡A Encomienda, a Encomienda! ¡Allí han tirado otra!

El remolino de brazos y piernas, envuelto en gritos, desapareció por la calle de la Esgrima.

Volvíamos a la casa de Ángel y nos lavamos. Ángel se mudó otra vez. Cuando salimos de la casa, los vecinos nos contaron que un aeroplano había volado bajo sobre Madrid desde el sur al norte, regando de bombas el camino. Había dejado un rastro de sangre desde la Puerta de Toledo a Cuatro Caminos. Por accidente o porque el piloto se guiara él mismo por los espacios abiertos entre las calles, la mayoría de las bombas habían caído en las plazas públicas y muchos chiquillos habían sido las víctimas.

Esto fue el 7 de agosto de 1936. Aquella tarde y aquella noche, los fascistas recomenzaron a disparar desde balcones y buhardillas. Se hicieron centenares de detenciones y aquella noche se ejecutó en masa a los sospechosos.

Cuando fui a casa por la tarde me encontré una llamada de Antonio. El radio estaba organizando piquetes para pintar aquella misma noche todos los faroles con color azul y organizar la supresión de luces que pudieran servir de guía a los aviones. Fuimos los tres, Rafael, Ángel y yo. Trabajábamos en pequeños grupos, cada grupo protegido por dos milicianos armados; pero era casi imposible organizar la supresión de luces en Madrid en el mes de agosto. Las casas cerradas eran asfixiantes y en los lugares públicos era imposible estar con los cierres echados. Hubo que llegar a un compromiso. Las habitaciones con balcón o ventana se quedarían a oscuras y las únicas habitaciones alumbradas serían las interiores, y esto sólo con velas. Las gentes se echaron a la calle como todas las noches, pero eran casi invisibles en la oscuridad, masas negras sin forma, de las que salían voces y a intervalos las chispas cegadoras de un encendedor, o

la brasa roja de un cigarrillo que delineaba un grupo de cabezas.

Llegaron algunos camiones llevando milicianos procedentes de la Sierra y del frente de Toledo y lanzaron sus faros sobre la multitud; las gentes aparecían lívidas y como desnudas. Se alzó un grito unánime:

-¡Apagad los faros! -Chirriaron los frenos y los camiones descendieron despacio entre el ruido de sillas arrastradas y algunos botijos rotos. La luz roja de la trasera de los camiones brillaba como ojos malignos inyectados de sangre. En la oscuridad parecía como si monstruos de pesadilla se deslizaran, prontos a saltar.

A medianoche todo el barrio estaba sumergido en completa oscuridad. En la calle de la Primavera nos detuvimos bajo un farol que había sido olvidado. Uno de nosotros gateó, mientras otro le alargaba una brocha empapada en azul. Sonó un disparo y una bala se estrelló contra la pared detrás del farol. Alguien había disparado contra nosotros desde una de las casas de enfrente. Los que tomaban el fresco en la calle se retiraron a toda prisa al abrigo de los portales. Hicimos salir a todos los inquilinos de las cuatro casas de donde el disparo podía haber salido. El portero y los vecinos los iban identificando. Separamos de los otros los que habían estado en la calle y comenzaron a registrar cada piso. Todos los inquilinos querían venir y acompañarnos a sus casas; todos querían aparecer inocentes y al mismo tiempo tenían miedo de que cualquier extraño se hubiera refugiado en su domicilio. Buscamos a través de buhardillas y de desvanes llenos de telarañas y muebles viejos, subimos y bajamos escaleras, nos llenamos de polvo y suciedad, nos golpeamos contra vigas o nos hicimos rotos con viejos clavos. A las cuatro habíamos terminado; estábamos sucios y dormidos, era de día y no habíamos encontrado el «paco». Alguien trajo una jarra llena de café hirviendo y una botella de aguardiente. Bebimos con ansia.

Uno de ellos dijo:

-Este pájaro ha salvado el pellejo.

Como si fuera una respuesta, Ángel exclamó:

-Vamonos a Mataderos a ver los que han liquidado esta noche.

Al principio me negué a ir, pero de pronto accedí. Era más fácil. Le di a Ángel un puñetazo en el costado y le dije:

-Eres un animal, sobre todo después de las escenas de ayer.

-Precisamente. Vamos, y se le va a quitar el amargor de boca de los chiquillos despanzurrados ayer. ¿Se acuerda usted de la mujer preñada con la pierna doblada sobre el ombligo? Pues aún estaba viva y parió en la clínica. Después se murió. Parió un chico. Y ahora nadie la conoce en el barrio, ni saben quién es...

Las ejecuciones habían atraído mucho más público del que yo hubiera imaginado. Había familias enteras con sus chicos, excitados y aún llenos de sueño. Milicianos cogidos del brazo de muchachas, novias o mujeres, y bandadas de chiquillos. Todos yendo Paseo de las Delicias abajo, todos en la misma dirección. A la entrada del mercado y de los Mataderos, en la Glorieta, se agolpaba un verdadero gentío. Mientras carros y camiones cargados de legumbres iban y venían, piquetes de milicianos se mezclaban con los curiosos y pedían la documentación a quien se les antojaba.

Detrás de los Mataderos había una larga pared de ladrillo y una avenida con arbolillos resecos, no agarrados aún en la tierra arenosa, bajo el sol despiadado. La avenida corría a lo largo del río y el paisaje era árido y frío con la desnudez del canal de cemento, de la arena y de los parches de hierba seca, amarilla.

Los cadáveres yacían entre los arbolillos. Los curiosos iban de uno a otro y hacían observaciones humorísticas; un comentario piadoso hubiera provocado sospechas.

Había esperado los cadáveres y su vista no me impresionó. Había unos veinte, ninguno

profanado. Había visto cosas peores en Marruecos y el día antes. Pero me impresionó terriblemente la brutalidad colectiva y la cobardía de los espectadores.

Llegaron los camiones de la limpieza del Ayuntamiento de Madrid que venían a recoger los cuerpos. Uno de los chóferes dijo:

-Ahora vamos a regar esto y lo vamos a dejar como la patena para el baile de esta noche. -Se echó a reír, pero sonaba a miedo.

Alguien nos dejó montar en un coche hasta Antón Martín y nos fuimos a desayunar al bar de Emiliano. Sebastián, el portero del número siete, estaba allí con un fusil arrimado a la pared.

Cuando nos vio, dejó el vaso de café sobre el platillo y comenzó a explicar con gestos extravagantes:

-¡Vaya una noche! Estoy reventado. ¡Once me he cargado hoy!

Ángel le preguntó:

-¿Qué has estado haciendo? ¿De dónde vienes?

-De la Pradera de San Isidro. He estado allí con los compañeros del sindicato y nos hemos llevado unos cuantos fascistas con nosotros. Luego han venido otros amigos de otros grupos y les hemos echado una mano para acabar antes. Creo que hemos suprimido más de ciento esta vez.

Se me contrajo la boca del estómago. Aquí había alguien a quien yo conocía casi desde que era niño. Le conocía como un hombre alegre y trabajador, enamorado de sus chiquillos y de los chiquillos de los demás; seguramente un poco rudo, con pocas luces, pero honrado y decente. Y aquí estaba convertido en un asesino.

-Pero, Sebastián, ¿quién le ha metido a usted en semejante cosa? -Empleé intencionalmente el «usted» en lugar del «tú» que todos usábamos.

Me miró con los ojos llenos de vergüenza:

-Pues, mire usted, don Arturo... -no se atrevió a hablarme como me había hablado durante veinte años-, no va usted a empezar con sentimentalidades. Al menos así lo espero. Tenemos que acabar con todos esos cerdos fascistas.

-No es eso lo que le pregunto, Sebastián. Lo que le pregunto es ¿quién lo ha metido a hacer esas cosas?

-Nadie.

-Entonces, ¿por qué las está usted haciendo?

-Bueno, alguien tiene que hacerlas, ¿no?

No dije nada, y comenzó a tartamudear:

-La verdad es... la verdad es, para decirle la verdad en confianza, es así: ¿usted sabe? Hace un año o cosa así, eché a trabajar con una recomendación de la CEDA que me había dado el casero. Y como después de las elecciones de febrero ya no me hacía falta la recomendación, pues volví al sindicato, claro. Los compañeros todos me tomaban el pelo porque había pertenecido a la CEDA, y decían que me había vuelto un reaccionario y otras cosas. Y así, un día, pues se llevaban a unos fascistas para darles el paseo y fue uno y dijo: «Tú, Sebastián, tú que siempre andas hablando de matar fascistas, vente con nosotros, ahora tienes la ocasión». Y se puede usted imaginar el resto, estaba entre la espada y la pared, porque era lo uno o lo otro, o yo me cargaba a uno de esos pobres diablos o los compañeros se me echaban encima y a lo mejor me daban el paseo a mí. Desde entonces he seguido yendo y cuando hay algo que hacer, pues me avisan... -Se interrumpió, se quedó pensativo y movió la cabeza lentamente:- Lo peor de todo, sabe usted, es que acaba uno tomándole gusto.

Se quedó callado, con la cabeza gacha. Era repugnante y lastimoso. El hermano de Emiliano se bebió de un golpe un vaso de coñac y blasfemó. Yo solté otra palabrota.

Después dije:

-Sebastián, le he conocido toda mi vida y siempre me ha merecido usted respeto. Pero ahora le digo, y puede denunciarme si quiere, que en mi vida volveré a cruzar la palabra con usted.

Sebastián levantó los ojos de un perro azotado, llenos de agua. El hermano de Emiliano blasfemó de nuevo y estrelló el vaso de coñac contra el mostrador:

-¡A la calle! ¡Fuera de aquí!

Se marchó trompicando, los hombros hundidos. Ninguno volvió a verle más. Días más tarde supimos que se había ido al frente. Le mataron de un balazo, en una buhardilla, frente al Alcázar de Toledo.

Aquella misma mañana, hacia las once, vino a verme a la oficina una mujer de media edad, enlutada. Venía llorosa y agitada:

-Soy la hermana de don Pedro. Le han arrestado esta mañana. He venido a verle a usted, porque me ha dicho que tratara de verle si le pasaba algo... No sé dónde le han llevado. Lo único que sé es que los hombres que vinieron por él eran comunistas y se lo llevaron en un coche.

Me fui a ver a Antonio y le expliqué el caso. Me dijo:

-Si yo estuviera en tu pellejo, no me metería en ese asunto. Por lo que tú me cuentas es un derechista, y todo el mundo lo sabe. Así que ni Dios le puede ayudar.

-Mira, si no se le puede salvar, mala suerte, pero hay que intentarlo, y me tienes que ayudar tú.

-Te ayudaré a encontrarlo si es verdad que le han detenido los nuestros, pero yo no me meto en nada más. Tengo ya bastantes quebraderos con esa cuestión.

Encontramos en qué tribunal estaba don Pedro y nos fuimos allí juntos. Nos dejaron ver la denuncia. Quien la hubiera escrito, conocía el ministerio bien; describía en gran detalle cómo don Pedro había obrado el día del asesinato de Calvo Sotelo, explicaba su religiosidad y que tenía una capilla en su casa y terminaba afirmando que allí había un cura escondido. Después agregaba, como una posdata, que era un hombre rico y que poseía una colección de monedas que valía mucho dinero.

-Como ves, camarada, no hay nada que hacer. Todo esto es verdad -me dijo el que me había enseñado los papeles-. Mañana le damos el paseo.

Tomé una bocanada honda de aire y dije:

-Le acusáis de pertenecer a las derechas. Es verdad. Es verdad también que es un católico ferviente y un hombre rico, si es que esto es delito, y que tiene una colección de monedas de oro. Pero nada de esto creo que es un crimen.

-No lo es. Sabemos que el fulano que le ha denunciado es un hijo de mala madre y que ha puesto eso de la colección para hacernos ir por él. Pero no te apures. Le podremos dar un paseo, pero no somos ladrones.

-Lo sé, y si no, no estaría trabajando con vosotros. Pero entonces, como ves, lo único que queda en la denuncia es la historia de que tiene un cura oculto en su casa. No me extraña. Le creo capaz de esconderme a mí si los fascistas anduvieran buscándome. Pero dime, ¿es que el cura ese está mezclado en la rebelión?

-¡Puah! No lo creo. Es un cura de San Ginés que le ha dado pánico y se ha metido en un agujero como un conejo, pero no creo que el hombre vale ya para nada, tiene más de setenta años y no puede con la sotana.

-Entonces tienes que admitir que no era ningún crimen esconderle. Y ahora voy a contarte yo otra cosa que ese hombre, a quien vais a dar el paseo, ha hecho. -Y le conté la historia de don Pedro y el muchacho tísico-. Como ves, sería un crimen fusilar a un hombre semejante -terminé.

A don Pedro le pusieron en libertad aquella tarde. Me fui a ver a Antonio para decírselo. -Lo sabía ya. Y tú no puedes figurarte las cosas que me han preguntado sobre ti. Tampoco parece que han podido encontrar nada contra el viejo y le han soltado. Es una lástima que no podamos investigar cada caso así, pero es imposible, ¡créeme!

Se calló y después de un largo silencio dijo:

-¿Tú sabes que yo actúo como defensor en uno de esos tribunales? Vente conmigo esta tarde como si fueras un testigo. Tenemos media docena de casos para resolver hoy. Personalmente, yo creo que el Gobierno debía tener la mano en todo esto. El día de las bombas no hubo ni tribunales, se fusiló a todos los que se detuvo. No había quien escuchara razones. Lo mismo que pasó en Badajoz cuando cogieron los fascistas y fusilaron en la plaza de toros a todo el que cogieron. Antes todavía se podían arreglar algunos casos, pero se va haciendo más difícil cada día. Lo peor de este trabajo que yo he cogido es que a la larga empiezan a sospechar de ti por defender a los otros y tratar de que las cosas se hagan decentemente. Al final, creo que no voy a ir, y allá hagan ellos lo que les dé la gana.

Me llevó a una de las iglesias más populares de Madrid, que se había convertido en una prisión y un tribunal. El tribunal se había instalado en la rectoría y la prisión en la cripta. La iglesia se abría a una calle estrecha y sucia, pero la rectoría, a espaldas de la iglesia, estaba embebida entre dos edificios modernos en una de las grandes calles de la ciudad. Entramos por una puertecilla estrecha y seguimos a lo largo de un pasillo interminable con techo, piso y paredes de piedra, oscuro, negro, húmedo y opresivo. El pasillo torcía en ángulo recto y de pronto nos encontramos frente a un amplio patio, embaldosado, con dos alfombras de césped bien cuidado en el centro e hileras de tiestos de flores a lo largo de las paredes. Frente a nosotros estaba el ventanal policromado de la pared posterior de la iglesia. El sol se estrellaba sobre el mosaico de cristales montados en la armadura de plomo y la vidriera estaba llena de destellos de luz. Chispas de azul, verde, rojo y púrpura caían sobre las losas, la hierba y las paredes del patio, y la piedra se moteaba de verde y la hierba de rojos. A medida que andábamos, cada cristal nos lanzaba a los ojos en turno su propio color en toda su pureza. Había una vieja parra que cubría la pared de la rectoría cuajada de hojas verdes y de uvas verde dorado; y había una bandada de gorriones que brincaba desvergonzadamente ante nuestros pies.

El miliciano de guardia estaba sentado en una silla de lona a la sombra, fumando y mirando los pájaros.

Subimos Antonio y yo una escalera estrecha y nos encontramos en una habitación que debió haber sido el despacho del párroco. Cerca del balcón había un misal abierto sobre un alto atril. La mitad de su página estaba cubierta por una inmensa Q rodeada de arabescos dorados. El libro estaba impreso en una vieja letra, pero las iniciales de cada capítulo y de cada versículo estaban pintadas a mano, las de los capítulos con oro, las de los versículos solamente en rojo. A mi espalda una voz dijo:

-Se prohíbe llevarse el misal.

Un miliciano estaba sentado en un sillón tapizado, tras una mesa vieja y sólida cubierta con un paño verde. Era un muchacho de unos veintitrés años con hombros anchos, una sonrisa amplia y dientes grandes, blancos como leche.

-Tú no sabes cuántos golosos tiene el misal ese. Pero ahí hace bonito, ¿no? Uno de nuestros camaradas sabe cantar misa y a veces lo hace para nosotros.

Mientras charlábamos entró otro, un hombre de unos cuarenta años con un fiero bigote, dientes negros y roídos y unos ojos grises chispeantes. Su «¡salud!» sonó más como el gruñido de un perro que como un saludo, e inmediatamente comenzó a jurar, mostrando una riqueza inagotable de blasfemias. Cuando hubo desahogado su mal humor, se dejó

caer en una silla y se nos quedó mirando.

-Bueno -dijo al cabo-, hoy nos cargamos a todos los fascistas que tenemos aquí. Es una lástima que no sean más que media docena; hoy me gustaría tener seis docenas.

-¿Qué mosca te ha picado hoy, Manitas? -preguntó el miliciano joven.

Miré las manos del hombre. Eran enormes, con dedos nudosos y uñas anchas, largas como palas, ribeteadas de negro.

-Me puedes llamar Manitas y lo que te dé la gana, pero si cojo yo hoy a uno de esos perros sarnosos y le pego una bofetada, le descuajo la cabeza. ¿Tú sabes a quién hemos encontrado hoy en la pradera cuando nos estábamos contando? A Lucio, el lechero, tan frío como su abuelo. Le habían pegado un tiro en la nuca que le había salido por la nuez. Os podéis imaginar la que se ha armado. Uno de los camaradas más antiguos convertido en fiambre bajo nuestras narices; le habían metido en la boca una de esas pelotas de goma de los chicos para que no pudiera hacer chistes. Y por todo lo que sabemos, seguramente nosotros mismos nos lo hemos cargado, porque habíamos estado ayudando a otros camaradas a despachar su lote. Alguien nos está tomando el pelo. Con que nos fuimos a ver a la madre de Lucio y nos dijo que ayer por la tarde le habían venido a buscar unos camaradas en un coche del Partido y que no había vuelto. Nos debió de ver algo en la cara, porque se empeñó en que le teníamos que contar lo que había pasado. Hubo que decírselo y... bueno, de esto no quiero hablar más. Ahora tenemos que avisar a todos los camaradas para que estén sobreaviso y no se dejen coger en la trampa y tenemos que ver si los cogemos nosotros a ellos. Y aquí, ¿qué ha habido?

-Tres nuevos.

-No es mucho. Bueno, cuando queráis, nos metemos con los de hoy.

El miliciano joven, Manitas y un tercero, serio y taciturno, se constituyeron ellos mismos en Tribunal del Pueblo, con Antonio como defensor. Dos milicianos trajeron el primer prisionero, un muchacho de veintidós años, la ropa de buen corte llena de polvo y telarañas y los párpados enrojecidos.

-¡Acércate, pajarito, que no te vamos a comer! -bromeó Manitas.

El miliciano en el sillón sacó una lista del cajón de la mesa y leyó en voz alta el nombre y las circunstancias del acusado; pertenecía a la Falange, varios camaradas le habían visto vendiendo periódicos falangistas y en dos ocasiones había tomado parte en riñas callejeras. Cuando le habían arrestado encontraron sobre él una matraca de plomo, una pistola y un carnet de la Falange.

-¿Tienes algo que decir en tu defensa? -preguntó el que hacía de juez.

-Nada. Me habéis cogido, mala suerte. -Y el prisionero se volvió a encerrar en su silencio desdeñoso, la cabeza caída, frotándose las manos una contra otra. El Manitas se echó adelante en su silla:

-Está bien. Lleváosle y traeros otro.

El que trajeron después era un hombre con el cabello gris, en el borde de los cincuenta, con la cara contraída por el miedo. Antes de que el juez comenzara a hablar, dijo.

-A mí me vais a matar, pero yo soy un hombre honrado. He trabajado toda mi vida y todo lo que tengo me lo he ganado con mi propio trabajo. Yo no me he mezclado nunca en política.

El Manitas se levantó de la silla con un movimiento amenazador y por un momento creí que iba a pegar al hombre:

-Tú te callas, ¡perro sarnoso!

El juez buscó entre los papeles. Junto con ellos había una cartera de la que se apoderó Antonio, vaciándola de su contenido. El juez dijo:

-Estáte quieto, Manitas... Mira, tú. Aquí no matamos a nadie si no es necesario. Pero



tienes que explicar unas cuantas cosas, porque aquí tenemos una denuncia concreta. Lo primero que dice es que tú eres un carca.

-Soy un católico, pero eso no es un crimen. También hay curas que son republicanos.

-Sí, es verdad, hay algunos, aunque yo no me fiaría de ellos ni la uña del dedo. Pero la denuncia dice también que tú has dado dinero a la CEDA.

-Eso es una mentira.

-Tercero: uno de tus sobrinos viene a menudo a tu casa y es un falangista y uno de los peores.

-No lo voy a negar. Pero ¿qué tengo yo que ver con ello? ¿No tenéis ninguno de vosotros un pariente que sea de derechas?

Antonio, mientras, había estado mirando y comparando papeles de la cartera. Me hizo una seña para que me pusiera a su lado, mientras el acusado explicaba que tenía una tienda en la Concepción Jerónima, que él nunca había salido de su tienda, que nunca se había metido en política...

Antonio me alargó silenciosamente dos papeles, uno la denuncia, el otro un pagaré por diez mil pesetas, vencido hacía ya meses.

-La misma letra -susurré, y Antonio afirmó con la cabeza.

-Por esto es por lo que quería que miraras. -Se volvió e interrumpió el chorro de palabras del prisionero-: Vamos a ver. Explícame qué es esto. -Y le alargó el pagaré.

-Pero esto no tiene nada que explicar, ni tiene nada que ver con política. Le he prestado el dinero a un viejo amigo mío que estaba en un apuro. Esperaba que se hubiera arreglado, pero no ha servido de nada, es un tarambana y simplemente se gastó el dinero. Y ya ni me acordaba de ello. Así, se ha quedado olvidado en la cartera con otros papeles viejos.

-Tenemos que comprobar esto. ¿Dónde vive tu amigo? - Cuando dio las señas, Antonio dijo a los dos milicianos que se lo llevaran. Después puso los dos papeles encima de la mesa, lado al lado-: Tenemos que aclarar esta historia. Hay que traer en seguida a este fulano. Ya sabéis que yo estoy en contra de las denuncias anónimas. Si alguien tiene algo que denunciar, que se presente y que lo diga cara a cara. Y no que lo que estamos haciendo es matando gente que no ha hecho nada o que son simplemente unos beatos o unos idiotas.

El juez aprobó, mientras Manitas murmuraba algo. Para dar tiempo a que trajeran al denunciante, siguieron con los demás prisioneros. Después llegaron dos milicianos conduciendo entre ellos al hombre cuya dirección había dado el detenido. Era joven aún, delgado, con cara cansada, los pies y las manos temblonas. Antonio le puso debajo de los ojos la denuncia:

-Tú has escrito esto, ¿no?

El hombre tartamudeó:

-Sí... sí... Porque yo soy un buen republicano, uno de vosotros... -Se le afirmó un poco la voz-. Y ese hombre es un fascista peligroso, camaradas.

-Oye, tú, aquí no somos camaradas, ni cosa que se lo parezca. A mí me han dado a mamar mejor leche que a ti -gruñó Manitas.

Antonio desdobló el pagaré y preguntó:

-Y este papel aquí, «camarada», ¿nos quieres explicar qué es?

El hombre no pudo responder. Temblaba y le castañeteaban los dientes. Antonio mandó por el prisionero y esperó hasta que los dos estuvieron frente a frente. Entonces dijo:

-Bueno, aquí tienes al que te ha denunciado.

-¿Tú, Juan? ¿Por qué? ¿Qué tienes tú contra mí? Tú tampoco te mezclas en política. Y yo he sido para ti como un padre. Aquí tiene que haber un error, señores... Pero, a ver,

déjame ver... pero es tu letra... -De repente gritó, sacudiendo al otro por un brazo:-  
¡Contesta!

El denunciante levantó la cara lívida con labios morados que temblaban sin dejarle articular palabra. El otro soltó su brazo y se nos quedó mirando. Nadie dijo una palabra. Entonces se levantó Manitas y dejó caer su mano sobre el hombro del denunciante, que brincó, y dijo:

-Te la has liado, amigo.

-¿Qué van ustedes a hacer con él? --preguntó el prisionero.

-¿Con éste? Nada, meterle una bala en los sesos, nada más - dijo Manitas-. El cerdo este debe de tener la sangre más negra que la sotana del cura. -Y señaló con un pulgar sucio hacia la sotana de seda colgada detrás de la puerta.

El juez se levantó:

-Bueno, ahora que esto está claro, usted está libre. Éste se queda aquí...

-Pero ustedes no le pueden matar por esto. Después de todo es a mí a quien ha denunciado, y yo le perdono, para que Dios me perdone.

-Esto es cuenta nuestra; no se preocupe.

-No, no. Es cuenta mía. Yo no me puedo marchar de aquí hasta que no me prometan ustedes que no le va a pasar nada.

-Bueno, mira -interrumpió Manitas-, no seas imbécil y lárgate de aquí más que a prisa. Nos has pillado en la hora tonta y no hagas que nos arrepintamos y os demos el paseo a los dos. ¡Eh, vosotros! ¡Llevaros a éste y encerrarle abajo!

Los dos milicianos se llevaron al denunciante, pero el hombre a quien había denunciado se negaba a marcharse. Imploró y suplicó ante el tribunal y al final se dejó caer de rodillas sobre la alfombra:

-Lo pido, caballeros, por sus propias madres, por sus hijos, ¡por lo que más quieran en el mundo! Me remordería la conciencia toda mi vida.

-Este fulano debe ir al teatro más a menudo de lo que conviene -chilló Manitas y le cogió de un codo, levantándole sin ningún esfuerzo:- ¡Hala!, arrea y vete a casa y si quieres te vas a rezar paternosters pero déjanos en paz. ¡Se acabó!

Me asomé al balcón y vi al hombre tomar la calle arriba tambaleándose. Varias personas de las casas vecinas se quedaron mirándole; después miraban la puerta de la rectoría y cuchicheaban entre ellas. Una mujer ya vieja le gritó:

-Te has salvado por un pelo, ¿eh?

El hombre la miró vacilante, en verdad, como un borracho.

El sexto prisionero era un comerciante de carbones domiciliado en la misma calle. Un hombre primitivo con una fuerza física tremenda y con una cara brutal, congestionada.

El juez le gritó:

-Con que tú has estado pagando dinero a Gil Robles, a la CEDA, ¿eh?

-¿Quién, yo? -El carbonero abrió sus ojos enlagañados-. ¡Anda!, ¿para eso me habéis traído aquí? Yo no tengo nada que ver con ese granuja. A mí me han metido aquí porque alguno me quiere mal, pero yo no tengo nada que ver con esos piojosos. Yo soy un republicano viejo, por estas cruces -y estampó un beso sonoro sobre los dos pulgares cruzados. El juez puso un recibo sobre la mesa:

-Entonces esto, ¿qué es?

El carbonero cogió el papel entre sus dedazos y comenzó a deletrear trabajosamente:

-«Confederación Española de Derechas Autónomas. CEDA.» ¿Qué diablos es esto? «Diez pesetas.» -Se nos quedó mirando idiotamente con la boca abierta-. Pues no sé qué decir. Resulta que los he gastado. Pero para decir verdad, pues, un pobre fulano como yo, no sabe mucho de libros y esas cosas y, pues, cuando he visto esos sellos y lo de

«Confederación», pues me he dicho: «El seguro». Y ahora resulta que estos ladrones me han sacado dos duros del bolsillo, y encima me han metido en todo este lío.

-Tú te das cuenta de que te podemos dar el paseo por dar dinero a la CEDA.

-¡Anda, Dios! Pero ¿cuántas veces os voy a decir la misma cosa? ¡Vosotros estáis peor de la cabeza!

El Manitas le dio un medio en un costado que le hizo volverse y encararse furioso con él:

-Tú, mírame a los ojos y contesta: ¿sabías o no sabías que ese dinero era para la CEDA?

-Otra vez. Pero ¿cómo lo voy a repetir? Si os lo digo yo, es como el Evangelio. Me han robado esos dos duros, tan seguro como mi nombre es Pedro. ¡Y así permita Dios se lo gasten en médico y botica!

-Tú hablas mucho de Dios -gruñó el Manitas.

-Según se terciaba, muchacho. Es bueno tenerle a mano, unas veces para decirle algo feo y otras veces por si ayuda un poco.

Cuando le dijeron al carbonero que estaba libre, replicó:

-Bueno, eso ya lo sabía yo. La parienta se quedó llorando como una Magdalena cuando me echasteis mano, pero yo le dije que no se apurara, que a mí no me ibais a dar el paseo. Todo el barrio me conoce hace veinte años y ninguno os va a decir que me ha visto rozarme con los curas. Y fui el primero que votó por la República. Bueno, chicos, no os apuréis, todos metemos la pata de vez en cuando. ¡Hala, veniros conmigo y bebemos un vaso abajo!

Le oímos bajar, haciendo crujir la escalera bajo sus zapatones.

-Esto es todo por hoy -dijo el juez.

-Hoy me la habéis jugado de puño. De seis, se han escapado dos. Pero al menos nos ha quedado el soplón ese. Esta noche le voy a arreglar yo las cuentas -dijo el Manitas.

Antonio y yo bajamos a la nave de la iglesia, una gran nave de piedra que nos envolvió en frescura. La luz formaba charcos de sombra oscura y destellos de colores sobre las baldosas. Alguien estaba cantando flamenco en lo alto, hundido en la oscuridad; se oía el tintinear del metal. Un miliciano encaramado en el altar mayor iba recogiendo candelabros y echándolos a otro miliciano situado al pie del altar; éste los dejaba caer en un montón informe de ornamentos de metal.

-Esto es para hacer cartuchos -me dijo Antonio.

La madera de los altares estaba desnuda y los altares aparecían descarnados. Las imágenes mutiladas, tiradas por tierra, habían perdido su respetabilidad. Viejas estatuas de madera, apolilladas, mostraban caras desnarigadas. De algunos trajes de colorines surgía la estopa impregnada de escayola. De la barandilla dorada frente al altar mayor pendía un cepillo de limosnas, la tapa cerrada por un grueso candado, la caja deshecha a martillazos. Un Niño Jesús se erguía sobre uno de los últimos escalones del altar, pero el Niño no era más de una bola azul celeste con un par de pies diminutos encima que se prolongaban en dos palos desnudos, para sostener una cabeza de chiquillo rubio, hecha en cartón piedra, los ojos de cristal azules. De otro palo, unido al primero, surgía una manita regordeta y rosada, el pulgar doblado sobre la palma, los otros cuatro dedos elevados en signo de bendición. La túnica había desaparecido, pero alguien había colgado en el armazón de palo una vieja gabardina y había convertido la imagen en un espantapájaros, con la rubia cabeza infantil caída a un lado, sonriendo bobamente.

-Ponle un cigarrillo en la boca, para que parezca un buen proletario -dijo el miliciano que estaba al pie del altar-. ¡Imagínate las perras que les han sacado a las beatas, con la ayuda del angelito! Pero si una de ellas le hubiera levantado las faldas y se hubiera encontrado los palos de escoba se hubiera desmayado. ¿No te parece?

Pensé en toda la escenografía de la iglesia de San Martín, como yo la había visto cuando niño: la imagen del santo sacada de su nicho en la víspera de su festividad; el paisaje rural del fondo con su cerco de bombillas, sostenido contra tablas y cajas de pescado vacías prestadas por el pescadero de la calle de la Luna; el cura renegando del olor de pescado, mientras las beatas de turno cubrían estas cajas con trapos y sábanas en la sacristía; la gran cortina carmesí, ribeteada de cordones dorados, elevada de una cuerda sobre el altar mayor y disimulando cuidadosamente en sus pliegues dos agujeros que los ratones habían roído en el curso de los años. Y el desmontar de todo el escenario al final de la novena, en una lluvia de polvo y telarañas, mientras el santo reposaba en el suelo como un maniquí desnudo en un escaparate vacío.

Poco a poco iba reconociendo las piezas del escenario en la iglesia saqueada. Allí estaban las escalerillas de pino, apolillado ya, que habían sostenido las velas de los votos. El sagrario abierto con la pintura desconchada como cuarto desalquilado de una casa diminuta. Olía a cera rancia y a madera podrida. El espacio vacío tras la hornacina dorada donde había estado el Niño Jesús, estaba festoneado de telarañas.

Pero por encima de toda aquella chatarra surgían inaccesibles las columnas de piedra sosteniendo las bóvedas inmensas, oscuro todo por el humo y los años. El órgano se elevaba como un castillo a través de la nave y el crucero. Y la última luz de la tarde se filtraba por la cristalería de la linterna allá en lo alto de la cúpula.

## La amenaza

### Capítulo X

El batallón La Pluma, el batallón de los chupatintas, estaba organizado; tenía sus oficiales y sus cuadros que absorbían los nuevos reclutas; no tenía aún ni armas ni equipo. Gregorio, uno de mis compañeros de oficina, fue convertido en capitán, principalmente por su experiencia en entenderse con empleados del ministerio, lo cual le hacía especialmente apto para entenderse con los oficiales del Ministerio de la Guerra. Allí arriba iba día tras día, para volver siempre con las manos vacías y quejarse de que sólo los anarquistas conseguían sacar armas de los depósitos del ministerio, porque llamaban a los oficiales «fascistas y traidores» y los amenazaban con darles el paseo si no les daban armas.

Mi propio trabajo como organizador e instructor estaba terminado. El par de horas en la oficina se había convertido en una visita de rutina. Odiaba el estar dando vueltas por Madrid sin hacer nada, como otros muchos millares, levantando un puño cerrado cuando pasaba un camión cargado de milicianos gritando «¡Viva tal!» o «¡Muera cual!» con la multitud que saludaba el paso del cadáver de un miliciano caído, envuelto en un paño rojo; y teniendo miedo constante de un error, de una denuncia o de un «paco».

En la taberna de Serafín estábamos un día hablando de un amigo que había caído en el frente de Toledo. Serafín me preguntó si le conocía.

-Desde que yo era así de alto -dije, y levanté la mano estirada para indicar la altura de un muchacho. Dos minutos más tarde entraron dos milicianos armados, seguidos de un hombrecillo que me señaló a ellos. Los milicianos me agarraron de los brazos y dijeron: -¡Echa p'alante!

Tuve suerte de que estaba rodeado de gentes que me conocían de toda la vida. En el curso de las explicaciones resultó que el hombrecillo me había denunciado por haber hecho el saludo falangista.

Una mañana, Navarro, nuestro dibujante, vino a buscarme con la cara descompuesta. Habían arrestado a sus dos hijos y los habían llevado al Círculo de Bellas Artes; el más joven había vuelto a casa a medianoche, puesto en libertad porque aún no tenía dieciséis años. No sabía nada de lo que hubiera pasado a su hermano mayor. ¿Podía yo hacer algo? Me fui a ver a Fuñi-Fuñi y discutí el caso con él, pero sin ocultarle mi pesimismo, pues el muchacho se había mezclado en las refriegas de la Universidad y probablemente había herido a alguien. Pero al menos podíamos tratar de averiguar qué había sido de él. Fuñi-Fuñi averiguó lo ocurrido: el estudiante había sido fusilado la noche antes en la Casa de Campo; la familia podía tratar de encontrar y recoger el cadáver, pero lo más fácil era que ya estuviera enterrado en un cementerio cualquiera. Se lo dije al padre. Después no volví a verle en muchos días. Se me ocurrió entrar en la taberna del Portugués y allí estaba Navarro, borracho. Me senté a su mesa y por un largo rato no hablamos. Al fin me miró y dijo:

-¿Qué puedo hacer yo, Barea? Yo no pertenezco a las derechas, como tú sabes. Yo pertenezco a los tuyos. Pero los tuyos me han matado un hijo. ¿Qué puedo hacer yo?

-Enterró la cara entre los brazos cruzados y se echó a llorar. Los hombros se le sacudían convulsos, como si alguien le estuviera golpeando en las mandíbulas por debajo del velador. Me levanté despacito y me marché sin que me viera.

Ángel se convirtió en mi guardián:

-Usted es demasiado confiado y le dice a cualquiera lo que le viene a la boca -declaró rotundo-. Mire lo que pasó con Sebastián. Si se le hubiera ocurrido denunciarle a su pandilla, le habrían mandado al otro barrio.

Me acompañaba a la oficina por las mañanas y me esperaba en el portal pacientemente. Cuando encontraba a alguien y entablaba una conversación, desaparecía de mi vista, pero no del alcance de mi voz. Cada vez que trataba de quitármelo de encima replicaba:

-No quiero marcharme. Usted parece mucho un señorito y un día se lo cargan; pero no si está Angelito.

En desesperación me llevé a Ángel conmigo un día que fui a visitar a Antonio para preguntarle si había algo que yo pudiera hacer. En uno de los cuartos del radio había miles de libros tirados por el suelo.

-Los muchachos en la Sierra nos han pedido libros y hemos hecho limpieza en las bibliotecas de algunos fascistas -dijo Antonio.

-Déjame hacerte una selección. No creo que todos estos libros sean buenos para mandarlos a los milicianos del frente.

A nadie parecía preocuparle aquello y me enterré con Ángel en aquella ola de libros. Había algunas raras ediciones y libros de texto que pusimos aparte y que, más tarde, unos fueron salvados y otros útiles. Pero al cabo de una semana los libros estaban clasificados y otra vez estaba sin nada que hacer.

Me acordé entonces de una patente por una granada de mano de mecanismo muy simple que había pasado por mis manos y cuyo inventor, un buen mecánico, llamado Fausto, era un viejo amigo mío. Cuando estalló la insurrección, la Fábrica de Armas de Toledo había comenzado su fabricación en serie. Ésta era la clase de arma que necesitábamos ahora. Me fui a buscar a Fausto y le pregunté qué había sido de su invento.

-En realidad no lo sé. Los oficiales de la fábrica que estaban con ello han desaparecido: ahora hay allí un comité de trabajadores y nadie sabe nada de nada. He estado allí un día y salí asqueado.

-¿Quieres que trate de ponerlo en marcha?

Estaba encantado, pero escéptico. Hablé con Antonio, que se había mostrado mucho más accesible a mí, y me presentó al comandante Carlos, del 5.º Regimiento.

El Partido Comunista había dado el primer gran paso hacia la formación de un ejército, organizando el 5.º Regimiento no como una milicia suelta, sino como un cuerpo articulado y disciplinado. Los voluntarios acudían a él en masa. La idea prendió entre las gentes fuera de los grupos políticos, porque parecía algo alejado de la ambición y propaganda de los partidos. En aquellos últimos días de agosto, el 5.º Regimiento era ya, simultáneamente, un mito y una realidad.

Su comandante, Carlos, procedía de algún sitio de Europa central, a lo que me pareció, pero había vivido muchos años en América y hablaba un español perfecto. Le mostré un modelo de la granada, le expliqué sus posibilidades, y cuando me marché lo hice con una autorización para coleccionar los cientos de granadas que debía de haber fabricadas en Toledo y estudiar las posibilidades de reanudar su producción. Me acompañó a través del vasto edificio que servía de cuartel. Vi reclutas haciendo la instrucción que se movían y actuaban como soldados regulares, y así lo dije, profundamente impresionado. El comandante Carlos movió la cabeza descontento. Me quería enseñar un taller para hacer granadas de mano que habían montado unos cuantos mineros asturianos; no pertenecía al 5.º Regimiento, pero abastecía a todos los frentes.

En el taller todos los hombres estaban dedicados a cortar tubos de hierro y rellenar las piezas con dinamita y mechas cortas. Por todas partes íbamos tropezando con cartuchos de dinamita, bombas ya llenas y colillas aún encendidas, todo en una mezcolanza

infernol. Me sentí completamente inconfortable.

-Pero, Carlos, esto va a volar de un momento a otro.

-Pues no puedo hacer nada. Hacen lo que les da la gana y no admiten razones. Son voluntarios, no están bajo la disciplina de nadie y nadie puede convencerlos de que están locos, porque dicen que llevan manejando dinamita en las minas toda su vida y que nadie les va a dar lecciones ahora.

Dejamos el taller a las once de la mañana. Aquella misma mañana, poco después de las once y media, una explosión enorme sacudió el barrio de Salamanca. El taller de granadas de mano desapareció.

Unos días más tarde, Fausto y yo nos íbamos a la Fábrica de Armas de Toledo en un coche que nos prestó el Partido Comunista. La ciudad de Toledo estaba en manos del Gobierno, pero el Alcázar estaba mantenido por una fuerza importante de cadetes, falangistas y guardias civiles con sus familias, bajo el mando del coronel Moscardó. Tenía municiones y víveres en abundancia, y la vieja fortaleza, con defensas construidas en la roca viva, desafiaba el armamento de las milicias. La batalla se mantenía desde el principio de la rebelión. Las milicias habían ocupado todos los edificios que dominaban el Alcázar y habían emplazado una batería fuera de la ciudad en la otra orilla del río Tajo. Todos los asaltos habían fracasado. Por aquellos días el Gobierno había ofrecido el perdón a los rebeldes si se rendían, y éstos habían rechazado la oferta. Se hablaba de un nuevo asalto final. Se hablaba también del avance hacia Toledo de una columna enemiga que había tomado Oropesa.

Cuando llegamos a la Fábrica de Armas, en el fondo del valle, lo único que sabíamos era que un comité de obreros se había hecho cargo de los talleres; pero, en el momento que estuvimos allí, se nos hizo perfectamente claro a los dos que lo único que allí existía era una atmósfera de sospecha mutua. Nadie sabía «nada de nada», nadie estaba dispuesto a tomar una resolución. Fausto sabía en qué parte de la fábrica estaban almacenadas las granadas. Efectivamente, las encontramos, pero el hombre que tenía a su cargo el almacén dijo:

-No os las podéis llevar sin una orden del Ministerio de la Guerra, aprobada por el Comité de Obreros.

-Bueno, no te apures, ya vamos a arreglar eso -dijo Fausto-. Lo importante es que sigáis produciéndolas.

-Bueno... la cuestión es que estamos produciendo ya algo.

Este «algo» era algo que consumía material y justificaba el pago de jornales: estaban produciendo miles de tornillos para la granada y seguían produciéndolos sin parar; y miles de metros de alambre se estaban convirtiendo en muelles y agujas de percusión por millares; pero ninguna otra pieza de la granada, ni aun el explosivo.

-Tuvimos que matar al técnico que hacía el explosivo -dijo el «responsable»-. Por sabotaje. Primero, se negó rotundamente a darnos el explosivo para cargar cartuchos de fusil y tuvimos que confiscarle todas las existencias que tenía en almacén. Cargamos los cartuchos y explotaban los fusiles. Al final, le fusilamos.

-Pero, hombre, claro. Si metéis en un cartucho de fusil mitramita que es con lo que se cargan las granadas, salta en pedazos el fusil -dijo Fausto.

El hombre se encogió de hombros:

-Compañero, ya te he dicho que los fusiles reventaban y ¡esto es sabotaje!

Antes de marcharnos, deprimidos y desesperanzados, el hombre nos hizo un gesto misterioso y nos invitó a ir con él a un rincón del edificio central. Nos mostró un interruptor eléctrico:

-¿Eh? ¿Qué os parece esto? Si los fascistas vienen, no se van a llevar una mala sorpresa.

Bajas la palanca y ya está: ni uno de los talleres se queda en pie. Los tenemos todos minados, con una carga de dinamita. Pero, claro, esto es un secreto.

En el coche, dijo Fausto:

-No sabe uno si reír o llorar. Tendremos que fabricar la granada en Madrid. Carlos puede ayudar. Vamos a dar una vuelta por Toledo.

Estábamos en el fondo del valle abrasado de sol. El Tajo ronroneaba en la presa de la fábrica de electricidad. Los álamos bordeaban la carretera con sus hojas verde claro y sus sombras frescas, y en la orilla del río había gentes merendando, bebiendo y riendo. La roca ingente que soporta sobre sí la ciudad presentaba sus flancos leonados, salpicados aquí y allá por el verdor de jaras y matorrales, y su cima bordeada por la corona de las viejas murallas. A lo lejos, en el otro lado del río, un enjambre de hombrecillos se dispersaron y dejaron ver la silueta de un cañón de juguete, la boca cubierta por una vedija de humo algodónoso. Algo cruzó el aire con un maullido largo. Después nos llegó una explosión, apagada por otra detrás de las murallas. El eco de las dos explosiones retumbó entre la roca desnuda de la garganta estrecha que cruza el puente de Alcántara.

Ahora comenzábamos a oír el chasquido de los disparos de fusil en lo alto de la ciudad, pero sonaban sólo como cohetes de verbena.

Fuimos hasta la esquina de Zocodover, la plaza del mercado en Toledo. Sillas rotas, árboles con las ramas desgajadas, barras de hierro retorcidas, el quiosco de la banda en ruinas, harapos y papeles viejos dispersos acá y allá, las fachadas de las casas llenas de costurones, agujas agudas de cristal colgando del marco de las ventanas, el balcón de un hotel colgando en el aire sujeto por un hierro roñoso. En medio de la plaza, nadie, como si allí no existiera más que un vacío silencioso. En los quicios de las puertas y detrás de las esquinas, milicianos y guardias de asalto en uniformes azules se agazapaban en posiciones ridículas, vociferando y gesticulando, disparando, gritando órdenes, soplando furiosos en silbatos estridentes; todos a cubierto del fuego del Alcázar. Algunas veces, una bocanada de humo, como si detrás de la ventana estuviera sentado un fumador, surgía de la fachada rosada del Alcázar; pero era imposible oír el disparo entre los cientos de disparos ininterrumpidos de la muchedumbre al pie de la fortaleza. Era como la visión de una película sonora en la que fotografía y sonido no sincronizan: el actor abre la boca para hablar y, mientras, oís la voz de la mujer que le escucha con los labios cerrados.

-Vamonos de aquí -gruñó Fausto. Más tarde dijo-: Si esto es un símbolo, la guerra está perdida.

Pasábamos coches y camiones requisados. Los milicianos y milicianas iban en plena juerga: reían, cantaban, se achuchaban, los hombres bebiendo de las botas empinadas, las muchachas haciéndoles cosquillas en los sobacos para que se atragantaran. Otra vez volvían a sonar los disparos como cohetes de verbena y el cañón al otro lado volvía a decorarse con su copo de algodón. Al día siguiente veríamos en los periódicos una miliciana guapa montada a caballo sobre el cañón.

Cerca de Getafe, una avioneta estaba haciendo acrobacias en el aire, una mosca dorada por el sol, brillantes el cuerpo y las alas. La gente se detenía a contemplarla y el tráfico de la carretera estaba interrumpido; un rosario de coches cargados con milicianos cerraba el camino. Fausto hizo sonar el claxon de nuestro coche.

-¡Vete al diablo! ¿Tienes prisa? -gritó un miliciano y continuó después apoyado contra su camión, contemplando el aeroplano.

Cuando llegamos al puente de Toledo tuvimos que ceder el paso a uno de los camiones de la limpieza que venía de la Pradera de San Isidro. Fausto me miró:



-¿Tú crees que llevan algo? Me parece muy tarde.

Era uno de los camiones que recogían los cuerpos de los fusilados y los llevaban a los cementerios.

Fausto aceleró el coche y sobrepasamos el camión. Sus puertas de hierro estaban cerradas. Botó en un bache y dentro de sus entrañas vacías resonaron las barras de hierro sueltas. Iba vacío. Me limpié algunas gotas de sudor de la frente.

Antonio me había dejado un recado en casa: quería verme tan pronto como fuese posible. Me lo encontré en el radio, muy ocupado, rodeado de milicianos que acababan de llegar de la Sierra. Me preguntó rápido:

-¿Tú sabes inglés?

Se volvieron los milicianos y me miraron curiosos:

-Bueno, no lo hablo, pero lo leo y lo traduzco fluentemente, si esto os sirve para algo.

-Vete al cuarto de al lado y habla con Nicasio.

Cuando entré, el otro me dijo:

-Antonio me ha dicho que tú querías hacer algún trabajo. El Ministerio de Estado necesita gente que entienda el inglés. Así que si quieres... -Escribió una nota y llamó a alguien-: Toma. Vete allá y pregunta por Velilla: es un cantarada del Partido y te dirá lo que tienes que hacer.

El Ministerio de Estado estaba custodiado por guardias de asalto. Tuve que esperar en el portalón enorme, donde el sargento de guardia había instalado una mesa. Las puertas macizas de hierro estaban cerradas con la excepción de la mitad de una de ellas. Parecía la oficina de registro de una cárcel. Al cabo de un rato llegó un hombre joven con gafas ribeteadas de concha tan anchas como un antifaz, encima un remolino furioso de pelo. Vino derecho a mí con la mano extendida:

-Tú eres Barea, ¿no? -Me quitó la nota de los dedos y la rompió sin mirarla-: Necesitan gente que conozca idiomas en el departamento de prensa.

-Conozco francés bien, pero no hablo ni una palabra de inglés. Desde luego, sí lo puedo traducir.

-No te hace falta más. Vamos a ver al jefe de la sección.

Una simple lámpara de despacho lanzaba un círculo de luz sobre un montón de papeles y un par de manos blancas y fofas. Detrás del cono luminoso de la lámpara aparecían dos discos pálidamente brillantes adheridos a un manchón blanco ahuevado que se movía en la sombra. De pronto vi la figura completa de la cabeza, un cráneo lívido y calvo provisto de gafas ahumadas con armadura de concha. Las manos blanduchas se restregaban una contra otra silenciosamente. De entre los labios surgió una lengua de punta triangular que se curvó hacia arriba en busca de las ventanillas de la nariz. En aquella luz parecía negra.

Velilla me introdujo a don Luis Rubio Hidalgo, quien me invitó a sentarme, cambió la posición de la pantalla cónica en forma tal que el cuarto, él mismo y sus ojos, de párpados pesados sin pestañas, se hicieron visibles, y comenzó a explicar.

Era el jefe de la Sección de Prensa y Propaganda del Ministerio de Estado. Su departamento incluía la censura de los despachos de prensa extranjera y quería que me incorporara a ellos como censor de los telegramas y conferencias telefónicas que los corresponsales mandaban a sus periódicos. El trabajo se hacía durante el día en el ministerio y durante la noche en el edificio de la compañía Telefónica, desde medianoche hasta las ocho de la mañana. Para este trabajo nocturno me necesitaba. Podía empezar al día siguiente. El salario era cuatrocientas pesetas al mes. Me llevarían a trabajar cada noche en uno de los coches del ministerio. Le bastaba con que yo supiera traducir inglés.

Acepté el trabajo, que me parecía interesante. Pero me desagradaba mi nuevo jefe y así se lo dije a Velilla:

-Nadie le quiere -me contestó-, pero es el hombre de confianza de Alvarez del Vayo, el ministro. Nosotros no tenemos ninguna confianza en él. En la sección tenemos dos camaradas y debemos procurar que todo esto pase a nuestras manos. Ven a verme tanto como puedas. Tendrás que unirme a nuestra célula. Ahora ya somos once. -Se marchó a toda prisa envuelto en una mezcla atrayente de simple buena fe y enrevesados argumentos. Para él la guerra estaría terminada en unas semanas y España se convertiría en una República soviética. Me parecía la idea completamente absurda, pero el hombre era simpático y me atraía la idea de trabajar con él.

Cuando le conté toda la historia a Ángel, que me estaba esperando a la puerta del ministerio, comenzó a murmurar. Todo eso significaba que tendría que salir a medianoche, y a esa hora los milicianos disparaban a todo bicho viviente, porque les daba miedo; además, era la hora en que se paseaban los automóviles fantasmas de Falange disparando a diestra y siniestra. Pero él se encargaría de cuidar de mí. Cuando le expliqué que todas las noches me recogerían en un coche oficial y lo que él tenía que hacer era cuidar de mi mujer y los chicos, volvió a murmurar, para, al final, sentirse orgulloso. Todos los amigos en el bar de Emiliano se sintieron intrigados y contentos por mi nuevo trabajo. Se convirtió en el tópico de todas las conversaciones, hasta que el tema se agotó, sin perder la importancia de que uno de nuestro grupo estaba trabajando nada menos que con el ministro de Estado. Después siguieron las discusiones políticas, ahora con más autoridad que nunca.

Unos pocos días antes, Largo Caballero se había hecho cargo del Gobierno. Manolo resumió la situación, afirmando:

-Ahora es cuando se va a hacer algo. Es un Gobierno de guerra y se acabó el pasear los fusiles por Madrid; los fusiles al frente y nada de postinear calle arriba y calle abajo con el fusil al hombro. ¡Prieto les va a enseñar algo a esos fantoches! -Prieto había sido nombrado ministro de la Guerra.

-Sí, sí -dijo Fuñi-Fuñi-, ten cuidado tú. Se te han acabado los viajecitos a Toledo.

-Pero yo estoy incorporado a un batallón, sólo que aún no nos han dado armas. Tan pronto como las den, yo soy el primero en ir.

-Bueno, bueno. Pero se acabó Toledo, ¿eh? -insistió el otro, y como todas las noches, comenzaron a pincharse mutuamente con indirectas. La diversión se interrumpió de pronto por un ruido lejano que se aproximaba rápidamente: motocicletas, cláxones y sirenas. Nos levantamos todos. Una motocicleta de asalto se lanzó calle abajo, el escape de la moto abierto y la sirena sonando incesante. En aquellos días, cuando Madrid no tenía aún un sistema de alarma para las incursiones aéreas, la alarma se daba por estos motoristas con sirenas montadas en las máquinas.

Las mujeres y los chicos que había en la casa bajaron para refugiarse en la cueva del bar de Emiliano. Los hombres nos quedamos en el salón. Se bajaron los cierres metálicos y unas cuantas mujeres chillaron, asustadas por el estrépito. Después todos nos calmamos y comenzamos a hablar en voz baja, sin dejar de escuchar todos los ruidos de fuera. El ronroneo de los aviones se oía muy alto, yendo y viniendo, para volver sobre nuestras cabezas y quedarse allí suspendidos. En la cueva un chiquillo comenzó a llorar, otros le imitaron, algunas mujeres gritaban con rabia histérica. Arriba en el salón, alumbrados con sólo una vela, los hombres nos mirábamos.

Dejó de oírse el zumbido de los aviones por un largo rato. Alguien levantó el cierre metálico y nos volcamos en la calle. Todo estaba muy quieto, la noche oscura, tachonada de estrellas. Las gentes se marcharon a sus casas, a convencerse de que nada

había pasado, pero pronto comenzaron a volver los hombres. Nadie tenía ganas de dormir. Después las mujeres comenzaron a bajar detrás de los maridos, los chicos con ellas; los chicos -decían- tienen miedo de que vuelvan los aviones. Al amanecer la calle estaba llena de gentes y las casas vacías. Algunos recién venidos trajeron noticias de otros barrios de la ciudad: en Cuatro Caminos y Tetuán habían caído unas bombas y había muchas víctimas. Nosotros no habíamos oído las bombas. Poco después del amanecer, llegaron los milicianos amigos de Manolo. ¿No había dormido? Tampoco ellos.

-¡Hala!, vente. ¡Allí te echas una siesta! -Se marcharon calle abajo cantando la *Internacional*.

Por la tarde trajeron a Manolo muerto. Mientras dormían su siesta en el borde de la carretera, un avión había volado sobre ellos y había dejado caer una bomba cerca del camión. Manolo tenía un agujero diminuto en medio de la frente. No se había despertado; dormía plácidamente, un poco pálido de la noche en vela.

Los fascistas habían entrado en Talavera de la Reina.

Aquella tarde, a las seis, me fui al Ministerio de Estado y don Luis me presentó a mis futuros compañeros de trabajo. Me leí todos los despachos que los periodistas habían mandado el día antes y él me explicó los principios de la censura. Me dio un pase oficial autorizándome a circular libremente por Madrid de día y de noche, y una tarjeta de identidad. A las doce menos cuarto un coche vino a buscarme a casa. Todos los vecinos asistieron a mi marcha.

Me sentía entusiasmado y libre. Durante el día había estado explicando la nueva situación a Aurelia y a María. Me había explicado a mí mismo y a las dos mujeres, una después de otra, que tenía que trabajar de noche y dormir de día. Me sería imposible salir más por las tardes con María. Y no tendría que pelearme más con la oficiosidad pesada de la otra, como me había ocurrido desde que habían empezado los ataques aéreos. Al amanecer había discutido mi futuro trabajo con Aurelia, quien había visto inmediatamente la desventaja en que la colocaba la nueva situación y había tratado de convencerme de «no mezclarme en estos líos». Por la tarde había ido a ver a María; estaba enfadada porque no había ido a la oficina durante la mañana y tenía sus dudas sobre el nuevo arreglo, pero lo aceptó con buen espíritu: me separaba más de mi casa, coincidía con su opinión de que una victoria inevitable del Gobierno, y la revolución social que sería su consecuencia inmediata, producirían mi separación final de Aurelia y mi conformidad a vivir juntos. Encontraba natural que yo quisiera tomar una parte activa en la lucha. Su propio hermano menor acababa de incorporarse voluntario a un batallón. Así que mi nuevo puesto le traía nuevas esperanzas. Yo me encerraría en la fortaleza que me iba a proporcionar mi trabajo.

El coche me llevaba a través de calles desiertas, en una oscuridad rayada por líneas de luz filtrándose a través de junturas de vidrieras y cierres de tabernas. Era un Madrid nuevo, escalofriante. En el curso de nuestro corto viaje, cinco veces nos dieron el «¡Alto!» los milicianos, nos cegaron con sus linternas y revisaron nuestros papeles. El pase oficial del Ministerio de Estado no impresionaba a nadie; cuando al fin les mostré el carnet de la UGT, uno de los milicianos dijo:

-¿Por qué no has empezado por enseñar esto, compañero? ¡Ministros! ¿A mí qué... me importan los ministros?

El último control fue a la puerta de la Telefónica. En la calle de Valverde era muy oscuro para ver más que las paredes de cemento prolongándose hacia el cielo. Un guardia de asalto me condujo desde la puerta al cuarto de guardia, donde un teniente examinó los documentos del ministerio; después me pasó al Comité Obrero de la

Telefónica.

El comité había establecido un control inmediato a la puerta en el *hall* de entrada: era un pequeño mostrador como un púlpito y, entronizado detrás de él, un hombre rudo, muy moreno, sin afeitarse, con el cuello envuelto en un tremendo pañuelo blanco y rojo, atado con un nudo flojo.

-Y tú, ¿qué quieres, compañero? -Eché a un lado, sin mirarlos, los documentos oficiales-. Está bien. Ya los han visto esos que entienden de papelotes. Lo que yo pregunto es, ¿a qué vienes tú aquí?

-Como puedes ver, vengo a censurar los despachos de los periodistas extranjeros.

-Y tú, ¿a qué organización perteneces?

-A la UGT.

-Bueno. Dentro encontrarás uno de los tuyos. Es medio tonto, así que no cuenta. Es entre nosotros como tenemos que arreglar esta cuestión de los extranjeros. Todos ellos son fascistas. Así que ya sabes: el primero que se desmande me lo traes a mí, o simplemente me llamas. Y ándate con pies de plomo cuando se ponen a chapurrar en su lengua. No sé por qué los dejan hablar en su lengua. Si quieren mandar información, que la manden, pero que lo hagan en español, y si quieren, que paguen un traductor nuestro. Y no que lo único que hacen es subir y bajar, metiendo bulla con su inglés o lo que sea y sin que nadie sepa si te están llamando hijo de zorra. Bueno, tu oficina está en el piso quinto y estos dos te van a acompañar.

En el ascensor, una muchacha bonita y alegre nos condujo a los milicianos y a mí hasta el piso quinto. Fuimos a lo largo de un interminable pasillo, lleno de revueltas, con puertas a cada lado, y penetramos en la última de todas. El cuartito estrecho olía a cera como una iglesia, y la oscuridad en que estaba sumergido se atenuaba sólo por un resplandor violeta. Sobre la mesa se destacaba un círculo de luz blanca, cruda. El reflejo violeta y el olor a cera procedían de que la bombilla estaba envuelta en un papel carbón en lugar de la pantalla. El censor de turno, un hombre alto y huesudo, se levantó y me saludó. En el otro extremo del cuarto se movieron dos sombras: el ordenanza y el ciclista; uno, la cara de luna, lisa, de un viejo ayuda de cámara; el otro, la cara flaca y oscura, con ojos vivos, de un limpiabotas.

Me sumergí de lleno en el trabajo y por muchas noches me absorbí completamente en él. La organización era sencilla: los periodistas tenían su propia sala de trabajo en el piso cuarto, escribían sus informaciones en duplicado y las sometían al censor. Una copia se devolvía al corresponsal, sellada y visada, y la otra se mandaba a la sala de conferencias, con el ordenanza. Cuando se establecía la comunicación telefónica con París o Londres, el corresponsal leía en alta voz su despacho, mientras otro censor sentado a su lado escuchaba y, a la vez, a través de micrófonos, oía la conversación accidental que pudiera cruzarse. Un conmutador le permitía cortar instantáneamente la conferencia. Si el periodista quería transmitir su información por telégrafo o radio, nuestro ciclista llevaba la copia censurada a las oficinas de la Transradio.

Las grandes agencias americanas y Havas tenían grupos de corresponsales que trabajaban por relevos y producían despachos cortos, lo que ellos llamaban *snaps*, en un chorro continuo. Los periódicos más importantes de Inglaterra y América tenían corresponsales especiales. La mayoría de los periodistas hablaban inglés, pero había un número de ellos franceses y latinoamericanos.

El trabajo de mi compañero y el mío era entendérselas con todos ellos. Él conocía el inglés coloquial, en cambio yo conocía mucho más inglés técnico y literario que él. Su francés era muy escaso, el mío mejor. Pero ni él ni yo habíamos trabajado nunca con periodistas. Nuestras órdenes eran más que simples: ¡teníamos que suprimir todo lo que

no indicara una victoria del Gobierno republicano!

Los corresponsales se peleaban contra esta ley con toda su energía, su inteligencia y su técnica. Perea y yo acumulábamos nuestros conocimientos, llamábamos a menudo a uno de los censores de conferencias que había vivido muchos años en los Estados Unidos, consultábamos los diccionarios buscando doble sentido a algunas frases, y al final cortábamos todo lo que nos resultaba dudoso. Al principio pensé que pronto tendría una visión clara del trabajo y podría convertirlo en algo positivo. Pero ocurrió todo lo contrario. Conforme transcurría el otoño, las fuerzas republicanas sufrían derrotas tras derrotas y los periodistas realizaban los máximos esfuerzos para pasar sus informaciones: los franceses usaban libremente argot; americanos e ingleses, *slang*, trataban de sorprender al censor de conferencias y mezclar insinuaciones repentinas en sus conversaciones y saludos con los editores, al otro lado del hilo, o trataban de intercalar rápidamente palabras sueltas en sus textos.

En septiembre, la batalla más importante se libró por la conquista del Alcázar de Toledo. La columna del coronel Yagüe avanzaba por el valle del Tajo y se acercaba a Toledo. Las fuerzas del Gobierno trataban de tomar la fortaleza antes de que la columna de socorro llegara. Parte del Alcázar había sido volado, pero los defensores se mantenían en las ruinas y las defensas construidas en las rocas. El 20 de septiembre -y recuerdo la fecha por ser la de mi nacimiento- se mandaron a Toledo tanques de la distribución de gasolina a los garajes y se inundaron las cuevas del Alcázar con petróleo, prendiéndole fuego después. El intento fracasó. El mismo día una columna de voluntarios, bien equipada, llegó de Barcelona y desfiló por las calles de Madrid aclamada por la multitud: los hombres venían a enfrentarse con la columna de Yagüe.

Al mismo tiempo, el Gobierno trataba de suprimir los tribunales terroristas, creando una nueva forma, legalizada, de tribunales populares, en los cuales un miembro del cuerpo jurídico actuaría como juez, y delegados de las milicias como asesores: se autorizaba a las milicias de vigilancia a investigar y detener fascistas, pero únicamente a las debidamente autorizadas, para eliminar así el terror de la caza del hombre. Pero la ola de miedo y odio estaba aún creciendo y el remedio era peor que la enfermedad.

La orden oficial para la censura fue: dejar pasar únicamente las informaciones en las que apareciera que el Alcázar estaba a punto de rendirse, la columna de Yagüe detenida en su avance, y los tribunales populares un dechado de justicia. Me sentí convencido de que la política que se seguía con la censura y las noticias oficiales era estúpida. Pero cuando me enfrenté con los periodistas, me encorajiné la seguridad cínica con que daban nuestra derrota por cierta y trataban de infiltrar sensaciones en sus despachos; como consecuencia, me dediqué a cumplir las órdenes oficiales con una furia salvaje, como si, suprimiendo frases aquí o allá, estuviera suprimiendo un hecho real cuya idea me era odiosa.

Cuando iba por las tardes al Ministerio de Estado para recibir mis órdenes para la noche, tenía generalmente un rato de charla con don Luis, que parecía haberme tomado afecto. Me solía contar historias de cómo los «extremistas» le habían amenazado en diversas ocasiones por haber dejado pasar una noticia desfavorable, o cómo se le había mezclado en conflictos porque un corresponsal había mandado información a través de la valija diplomática de su embajada. Todos tenían sospechas de él, y tenía miedo de que un día le cogieran y le dieran el paseo. Estaba en buenas relaciones con los comunistas -al fin y al cabo, yo estaba allí porque ellos me habían recomendado- y don Julio, el ministro, que era quien le apoyaba, estaba también protegido por ellos. Pero los anarquistas...

Solía terminar cada una de sus peroraciones abriendo el cajón de su mesa y mostrándome una pistola:

-Pero antes de que me cojan, me cargo a uno de ellos ¡por lo menos! Bueno, de todas maneras, usted tenga mucho cuidado y no deje pasar nada, y sobre todo, tenga usted mucho cuidado con su compañero que es flojo, ¡muy flojo!

En la última semana de septiembre, Fausto, el inventor de la granada de mano, vino un día a sacarme de mi sueño diurno. Tenía una orden del Ministerio de la Guerra para recoger las granadas almacenadas en la Fábrica de Armas de Toledo, pero no tenía medios de transporte. Los cientos de coches y camiones que circulaban por Madrid, sin finalidad alguna, estaban en las manos de los milicianos, y el ministerio no podía hacer nada sobre ellos. Cada grupo de milicias estaba dispuesto a recoger granadas para su propia unidad, pero no para el Ministerio de la Guerra.

-Si Prieto se entera de ello, las bombas se recogen -dije yo.

-Sí. Pero la cuestión es cómo llegar a Prieto antes de que los fascistas lleguen a Toledo. De todas maneras, yo me voy ahora allí a ver qué puedo hacer y, si quieres, vente conmigo.

Me fui con él. La carretera estaba atestada de coches y milicianos en ambas direcciones. Algunos gritaban que el Alcázar se había rendido, otros que lo haría de un momento a otro. Cerca de Toledo, se espesaba la multitud. La roca estaba coronada de explosiones. Las ambulancias pasaban lentas por el puente y el pueblo las saludaba con los puños en alto. Nos dirigimos a la fábrica, pero inmediatamente dimos de lado toda esperanza. Los camiones de la fábrica estaban preparados para transportar a Madrid todas las existencias de tubo de latón y las estampadoras para fabricar cartuchos. Fausto se desesperó. Ninguno de los dos estábamos de humor para volver a Toledo. Le propuse que volviéramos a Madrid por el camino de Torrijos, para que pudiéramos detenernos en Novés.

En Torrijos, las calles estaban atascadas por carros y coches. Los habitantes estaban cargando en ellos ropas, colchones y muebles, dándose prisa unos a otros y gritando:

-¡Que vienen los fascistas!

Un viejo a quien le pregunté, me replicó:

-Vienen los fascistas y nos van a coger. Ayer nos tiraron bombas desde los aviones y mataron a mucha gente, y esta mañana les oíamos los cañonazos. ¡Usted no sabe la gente que ha pasado ya por aquí! De todos los pueblos, hasta de Escalonilla, que no está más que a media hora.

Novés estaba casi vacío. Unas mujeres corrían aún por las calles. Los dos casinos estaban cerrados. Le dije a Fausto que guiara al molino del tío Juan. Allí nos encontramos al viejo atando unos bultos con la ayuda de dos de sus mozos. Se asombró al verme:

-¿Qué hace usted por aquí? Ya puede usted darse prisa, porque los fascistas se echan encima. Esta noche nos vamos nosotros a Madrid.

-Bueno, entonces no vendrán tan de prisa -dije yo.

-Mire, don Arturo, esos fulanos están ya en la carretera. Aquí tiraron unas bombas hace dos días. Mataron las dos vacas del pueblo, a la Demetria, al chico y al marido. La gente dice que esta mañana ya han visto moros de descubierta en la carretera de Extremadura. Créame lo que le digo: si no se dan prisa, no pasan. Ya nos encontraremos en Madrid y le contaré lo que ha ocurrido aquí. Ha sido algo horrible.

Dejamos Novés en dirección de la Puebla de Montalbán y cuando llegamos a la carretera de Extremadura, desierta, Fausto miró arriba y abajo, paró el coche y dijo:

-Bien, aquí estamos. ¿Qué hacemos? ¿Nos volvemos a Toledo?

-Yo creo que el camino a Madrid aún está libre. Vamos para adelante, pero pisa el acelerador. No me gusta esta calma.

La carretera estaba desierta, pero también estaba regada de montones de trapos, ropas y correajes, gorros, mantas, vasos y platos de estaño y fusiles; las cunetas aparecían más y más llenas de estos despojos. En la distancia sonaron disparos de fusil y ametralladora y en la dirección de Toledo oímos la explosión de cinco bombas. Fausto guiaba a toda velocidad. Comenzamos a pasar milicianos sentados en la cuneta, descalzos, las botas o las alpargatas al lado de los pies desnudos. Después comenzamos a sobrepasar a otros, marchando aún, trabajosamente, la mayoría de ellos sin fusil, en mangas de camisa o camiseta, las caras y los pechos desnudos rojos de sol y de sofoco. Nos gritaban que les dejáramos montar y nos cubrían de insultos al no detenernos. Ibamos esperando un tiro por la espalda de un momento a otro. Por último, la carretera se convirtió en una masa humana. Milicianos cojeando, mezclados con campesinos que marchaban llevando del ronzal la mula o el burro en el que iban la mujer y los chicos, o conduciendo un carro de labranza cargado de bultos y de utensilios, la familia encaramada en lo alto sobre los colchones. Así llegamos a Navalcarnero.

Un oficial y unos pocos guardias de asalto habían formado un cordón a través de la carretera. Paraban a los milicianos huidos, les hacían entregar las armas y los mandaban alinearse en la plaza. El pequeño destacamento tenía una única ametralladora, montada en la plaza, y que contenía el pánico. Los vecinos de Navalcarnero estaban cargando sus carros y cerrando sus casas.

Detuvieron también nuestro coche. Fausto y yo nos apeamos y explicamos al oficial el objeto de nuestro viaje. La cara del oficial era una máscara estriada de polvo y sudor. Teníamos simplemente que ir al Ministerio de la Guerra -explicaba Fausto- para que los camiones del ejército se encargaran de recoger el material antes de que se apoderaran de ello los fascistas.

En aquel momento, un grupo de milicianos con fusiles rompió a través de la multitud y por un instante estuvo a punto de romper también el cordón de guardias. El oficial nos dejó con la palabra en la boca y se subió al techo de nuestro coche:

-¡Alto! ¡Atrás, o disparo la máquina! Escuchad...

-Cállate tú ya, con tantos mandos, ¡voceras! O nos dejas pasar o pasamos por reaños -gritó uno de los milicianos.

El oficial replicó:

-Bueno, vais a pasar, pero escuchadme primero.

Los milicianos desarmados comenzaron a agruparse alrededor del coche. Fausto murmuró:

-¡Si escapamos con bien de ésta, hemos nacido hoy!

Pero el oficial hablaba bien. Llamó a los milicianos cobardes, en su propia cara, y les hizo ver qué vergüenza sería llegar a Madrid en el estado que estaban; les lanzó los peores insultos por haber tirado los fusiles en la cuneta y terminó explicándoles que podían reorganizarse en Navalcarnero y esperar allí hasta que llegaran las fuerzas de relevo que habían salido de Madrid. Al final gritó:

-Y nada más. Los que tengan algo de hombre que se queden, los otros se pueden marchar. Pero al menos nos tienen que dejar sus fusiles, para que podamos defendernos.

Un clamor delirante ahogó sus últimas palabras. Había vencido.

El oficial saltó a tierra e inmediatamente organizó piquetes que fueran a recoger de la carretera todos los fusiles que fuera posible. Después se volvió a nosotros:

-Ahora podéis marcharos, camaradas.

Era casi de noche cuando llegamos a Madrid. Habíamos dejado atrás la vanguardia de carros con los fugitivos a la altura de Alcorcón. Me fui directamente al Ministerio de Estado y hablé con Rubio Hidalgo:

-No se apure -dijo-, el avance de los fascistas se ha contenido y el Alcázar no pasa de esta noche. Unos pocos milicianos se han asustado y nada más. Lo más importante es que esta noche no deje usted pasar ninguna noticia de esta clase. Mañana por la mañana habrá buenas noticias; ya verá usted.

Aquella noche tuve que sostener una verdadera batalla con los periodistas. Uno de ellos, un presuntuoso jovencillo francés que trabajaba para *Le Petit Parisien*, intentó tantos trucos y escandalizó tanto que tuve que amenazarle con arresto. De aquella noche no recuerdo más que esto: que enronquecí a fuerza de gritar y que en alguna ocasión eché mano a la pistola en señal de amenaza. En la mañana ya no fue posible ocultar por más tiempo que los fascistas habían avanzado hasta Maqueda en la carretera de Extremadura, un pueblecito más cercano a Madrid que La Puebla, por donde habíamos pasado unas horas antes, y hasta Torrijos en la carretera de Toledo. La columna en la carretera de Extremadura amenazaba Madrid y la otra amenazaba Toledo. El Gobierno disimuló estas noticias coronándolas con el anuncio oficial del rendimiento del Alcázar. Esto hubo que desmentirlo oficialmente horas después.

Algunos días después, el 27 de septiembre, los rebeldes entraron en Toledo. La Fábrica de Armas no fue volada y los rebeldes la ocuparon intacta.

El trabajo de la censura se convirtió en una pesadilla sin fin. Mi Colega en el turno de noche tuvo un ataque de pánico tan grande que dimitió. Me quedé solo, trabajando desde las nueve de la noche a las nueve de la mañana y apenas sabiendo lo que hacía. Cuanto más se aproximaban a la capital las fuerzas de Franco, más crípticos eran los despachos de los periodistas, y más exigentes sus maneras. Con la amenaza y el miedo cada día mayores, una nueva ola de asesinatos sacudió la ciudad. La situación alimenticia se agravó y llegó un momento en que únicamente los restaurantes comunales suministraban comida. A las once de la noche la circulación por las calles quedaba estrictamente prohibida y era peligroso, aun con pase, andar por ellas. El 30 de septiembre el Gobierno decretó la incorporación de todas las milicias al ejército regular, pero este ejército no existía aún. Comía en la cantina de la Telefónica o en un café cercano y Ángel recogía la comida para mi familia. Por la noche, bajo mis ventanas resonaban los disparos de los «pacos». Aquellas noches vivía sobre todo a fuerza de coñac y café puro.

Cuando cruzaba la calle en las mañanas temprano, veía aún la procesión de huidos que llegaban de los pueblos de alrededor, con sus mulas, sus carros y sus perros huesudos y amarillentos. Viajaban de noche por miedo a ser bombardeados de día. A los primeros que llegaban se les acomodó en casas grandes que habían sido incautadas, los últimos tuvieron que acampar al aire libre en los paseos de la ciudad. Se amontonaron los colchones bajo los árboles de la Castellana y Recoletos, y las mujeres guisaban en fogatas encendidas sobre las losas de las aceras. Cambió el tiempo y la lluvia torrencial comprimió a los refugiados en las casas ya llenas.

El tío Juan, el molinero de Novés, vino a verme una mañana. Me lo llevé a un café y comenzó a contarme su historia, en su modo lento y ecuánime:

-Yo tenía razón, don Arturo. Los viejos nos equivocamos pocas veces. ¡Las cosas que han pasado! Cuando estalló la revuelta, nuestra gente se volvió loca. Arrestaron a todos los ricos del pueblo y a todos los que habían trabajado con ellos; a mí también. Me dejaron fuera después de un par de horas. Los muchachos sabían que yo no me había mezclado jamás en política y que en mi casa siempre había un pedazo de pan para el que lo necesitara. Además, a mi chico le dio la ventolera de hacerse guardia de asalto, y por eso yo era también un republicano para ellos. Bueno, montaron un tribunal en el Ayuntamiento y los fusilaron a todos, hasta al cura. A Heliodoro le fusilaron el primero.



Pero los enterraron a todos en tierra sagrada. El único que se escapó con el pellejo fue José, el del casino, porque muchas veces les daba una pesetilla a los pobres que no tenían nada que comer. ¡Siempre es bueno encender una vela a Dios y otra al Diablo! Y así, las familias de los fusilados se marcharon del pueblo y al principio la gente quería repartirse las tierras; después quería trabajarlas en común. Total, que no se ponían de acuerdo y no había dinero. Se incautaron de mi molino, pero naturalmente, no había grano que moler y lo mismo pasaba en los otros pueblos. Unos cuantos de los jóvenes se marcharon a Madrid con las milicias, pero la mayoría de nosotros nos quedamos y fuimos viviendo con lo poco de las huertas y lo que se había encontrado en las casas de los ricos. Cuando los rebeldes comenzaron a venir cerca, todos los otros pensaron que ellos no tenían nada que temer y se quedaron la mayoría. Unos pocos más se marcharon cuando cayeron las bombas que le conté, pero usted sabe qué apegado está uno a su casa y a la tierra de uno, y muchos se quedaron. Hasta que la gente de otros pueblos que venían huyendo pasaron por allí, y comenzaron a contar que los fascistas, cuando entraban en un pueblo, fusilaban a los hombres y cortaban el pelo al rape a las mujeres... Con una cosa y otra, al final, todos decidimos marcharnos, pero esto fue en el último momento, el día que usted pasó por allí. Cuando salimos, los fascistas estaban ya en Torrijos y en Maqueda y habían cortado la carretera a Madrid; así que nos tuvimos que meter a través de los campos. Nos cazaban como a conejos, y al que cogían le volaban los sesos; a las mujeres las hacían volver a culatazos al pueblo. Después, los moros vigilaban por los campos y cuando cogían una mujer que no fuera muy vieja la tumbaban en los surcos y ya puede usted imaginarse el resto. Eso le hicieron a una muchacha que servía en casa de don Ramón. La tumbaron en un campo labrado y llamaron a los otros, porque la chica era guapa. ¡Once de ellos, don Arturo! Marcial, uno de los mozos del molino, y yo, estábamos escondidos en unas matas viéndolo. A Marcial le entró tanto miedo que se ensució en los pantalones. Pero después se atrevió a venir conmigo y la recogimos. Ahora está en el hospital General, pero aún no saben si saldrá bien o no. Porque, ¿sabe usted?, no podíamos llevarla a costas todo el camino y tuvo que andar a través de los campos con nosotros por dos días, hasta que llegamos a Illescas y desde allí la trajeron a Madrid en un carro... Yo estoy bien aquí, con algunos de la familia, y a otros les pasa lo mismo. Pero hay algo que yo quisiera que viera usted con sus propios ojos, porque es horrible. Es el sitio donde han metido a los más pobres del pueblo que no tenían a nadie aquí, ni dónde ir.

Después de comer en la cantina de la Telefónica, el tío Juan me obligó a acompañarle, aunque estaba rendido de cansancio. Me condujo a través de un inmenso portal de mármol, con columnas dóricas, y entramos en un enorme *hall*. Cuando abrió la mampara, el olor de excremento y orines nos abofeteó.

-Pero esto ¿qué es, tío Juan?

-No me lo pregunte. Pura miseria. Todos los retretes están rotos o atascados. Las gentes nunca habían visto un sitio como éste en su vida y no sabían qué hacer con ello, así que lo han roto todo... Ya, le dije que era horrible.

En una de las salas del palacio, una verdadera horda de mujeres, chiquillos y viejos, sucios, haraposos y malolientes, vivían en medio de un revoltijo de colchones tirados por el suelo, orinales, cacharros de cocina y piezas absurdas de mobiliario. Una mujer lavaba unos pañales en una palangana; el agua sucia rebosaba el recipiente y empapaba uno de los colchones, en el que un viejo, indiferente, con el pantalón desabrochado, fumaba mirando al techo. Tres mujeres regañaban alrededor de una mesa. La tapicería verde-azulado colgaba en tiras de las paredes, la chimenea de mármol tenía rotas las esquinas y los altorrelieves, el hogar de la chimenea estaba convertido en basurero. Dos

chiquillos pequeños berreaban sin que nadie hiciera caso, y un tercero estaba sentado en un rincón, cogido frenéticamente a un perrucho escuálido que ladraba y aullaba sin cesar. En el rincón más lejano sobresalía una cama de hierro, pintada de negro, una cabra atada a una de sus patas.

Mientras contemplaba aquello, el tío Juan dijo:

-Todo esto es el pueblo de Novés. ¿No lo reconoce usted? Bueno, ya le he dicho que eran los más pobres y no creo que usted los tratase nunca: eran demasiado pobres para atreverse a hablarle a usted. En otros cuartos hay gentes de otros pueblos vecinos, tres o cuatro. Como siempre pasa, se odian unos a otros y siempre andan de peleas, por si unos tienen mejor sitio que los otros, o un lavabo o un retrete. Acaban destruyendo todo para que los otros no lo disfruten y de eso están rotos los espejos, las tazas de los retretes y las cañerías de agua. Ahora ya no tienen más agua que la del estanque del jardín que, afortunadamente, tiene un surtidor en medio.

-Pero ¿es que nadie puede poner esto en orden? Al fin y al cabo, alguien tiene que haberlos traído aquí.

-¡Ca!, no. Nadie. Cuando llegaron con los burros y los carros, unos milicianos los cogieron en medio de la calle y los metieron aquí. Lo único que hacen es darles vales para la comida, pero nadie se preocupa más de ellos.

Recuerdo que fue precisamente aquel día que Franco se proclamó a sí mismo el Caudillo, el dictador de España.

Durante los días siguientes, las caravanas de bestias y carros, con hombres, mujeres y chiquillos encaramados en lo alto de sus ajuares y agotados de cansancio, no cesaron. Se organizaron a toda prisa batallones de milicianos que se mandaban a todos los frentes. Cada día llegaban noticias de cómo los rebeldes, extendiéndose como una invasión de langosta, avanzaban sobre Madrid por todos lados, desde la sierra de Gredos y el valle del Alberche pasando por Aranjuez a través de Sigüenza, hasta la sierra de Guadarrama. Muchos pensaban que la guerra terminaría rápidamente. Si ¡os rebeldes cerraban el anillo, si cortaban la comunicación con Albacete y Barcelona, Madrid estaba perdido.

El 13 de octubre, Madrid escuchó por primera vez el ruido del cañón.

Yo había perdido ya toda esperanza de llegar a una mejor comprensión de la manera de trabajar de los periodistas extranjeros y ganar así alguna influencia sobre ellos. Los periodistas, sus informaciones, la vida de noche en la Telefónica, la vida de día en la ciudad, se convertían en una rápida sucesión de visiones, unas claras, otras borrosas, pero todas tan fugaces que era imposible fijar la atención en ninguna de ellas. Ya se me hacía imposible descifrar las hojas escritas a mano que algunos periodistas sometían a la censura; parecían ser hechas ilegibles de propio intento. Al final di la orden de que cada información tenía que estar escrita a máquina, lo cual ayudó un poco. Uno de los franceses hizo de ello su excusa para marcharse, pero cuando protestaba ruidosamente contra mi «despotismo», vi claramente que lo que tenía era miedo. Era una excepción.

Mientras mutilaba sus informaciones, siguiendo las órdenes que se me daban, no podía por menos de admirar el valor personal de los corresponsales, aunque me enfureciera su indiferencia. Se marchaban a las primeras líneas, arriesgando hasta las balas de un miliciano xenófobo o la captura por los moros en las fluctuaciones de un combate, para conseguir unas pocas líneas de información militar, mientras no les dejábamos pasar los artículos sensacionales que hubieran querido escribir, y que a veces escribían y pasaban dentro de una inviolable valija diplomática.

Me veía a mí mismo, sentado allí, en la oscuridad, detrás del cono de luz lívida, trabajando a ciegas, cuando todo el mundo creía que yo sabía lo que estaba pasando. No sabía nada más que el anillo alrededor de Madrid se cerraba más y más y que no

estábamos equipados para hacer frente a la amenaza. Era difícil sentarse quieto. Algunas veces, cuando pasaba al lado de un grupo de periodistas, ligeramente borrachos, que habían estado la noche entera tratando amablemente de engañarme -y posiblemente lo habían conseguido-, me entraban ganas de provocar una bronca con ellos. Lo que para nosotros era vida o muerte, para ellos no era más que una historia. Algunas veces, cuando los anarquistas del Control de Obreros, abajo en el *hall*, me repetían que todos estos periodistas eran fascistas y traidores, simpatizaba con sus creencias. La noche que uno de ellos, extendido a lo largo sobre un jergón en la sala de conferencias, roncaba su borrachera mientras esperaba que su llamada llegara, sentí un verdadero odio, recordando cómo a cada momento nos agujijoneaba con su seguridad de que Franco entraría en breve en la ciudad.

Me era imposible ser amistoso con María cuando llamaba al teléfono y me preguntaba cuándo y dónde nos podíamos reunir. Nuestras vidas habían llegado a un punto muerto. Los ataques aéreos eran un hecho casi diario. El 30 de octubre, un solo avión mató cincuenta niños en una escuela en Getafe. El Sindicato de la Construcción comenzó a mandar a sus hombres a cavar trincheras alrededor de Madrid y a construir nidos de ametralladoras y barricadas de cemento en las calles. Las calles ya no se llenaban más con refugiados de los pueblos, sino de los suburbios de la ciudad, y las noches estaban punteadas de cañonazos. Se mandaron unidades de choque elegidas para mantener las trincheras en los bordes de la capital y los milicianos huyeron ante los tanques. La Pasionaria los reunió en las afueras e hizo un esfuerzo supremo para inculcarles un coraje nuevo. La CNT -los anarquistas- enviaron dos ministros al Gabinete de Guerra. Los periodistas escribían, sin cesar, informaciones diciendo que estábamos perdidos, y nosotros tratábamos, sin cesar, de evitar que lo hicieran.

En la noche del 6 de noviembre, cuando fui al ministerio a recibir órdenes, Rubio Hidalgo me dijo:

-Barea, cierre la puerta y siéntese ahí. ¿Sabe usted? Todo está perdido.

Estaba ya tan acostumbrado a sus declaraciones dramáticas que no me causó impresión y le repliqué:

-¿De verdad? ¿Qué es lo que pasa ahora? -Me fijé entonces en que la chimenea estaba llena de papeles quemados y que sobre la mesa había otros empaquetados limpiamente y agregué:- ¿Es que nos vamos?

Se limpió la calva brillante con un pañuelo de seda, paseó su lengua púrpura y puntiaguda por sus labios y dijo lentamente:

-Esta noche, el Gobierno se traslada a Valencia. Mañana Franco entrará en Madrid.

-Hizo una pausa-. Lo siento, amiguito, no se puede hacer nada. ¡Madrid se rendirá mañana!

Pero Madrid no se rindió el 7 de noviembre de 1936.

## Segunda parte

When the senses  
Are shaken, and the soul is driven to madness,  
Who can stand? When the souls of the oppressed  
Fight in the troubled air that rages, who can stand?

[... Cuando a los sentidos  
Se sacude y el alma se hunde en la locura,  
¿Quién aguanta? Cuando las almas de los oprimidos  
Luchan en el turbio aire furioso, ¿quién aguanta?]

WILLIAM BLAKE

## Madrid

### Capítulo I

El sitio de Madrid comenzó en la noche del 7 de noviembre de 1936; terminó dos años, cuatro meses y tres semanas después, simultáneamente con el fin de la guerra.

Cuando Luis Rubio Hidalgo me dijo que el Gobierno se marchaba y que Madrid caería al día siguiente, no supe qué decir. ¿Qué podía haber dicho? Sabía, tan bien como otro cualquiera, que los fascistas estaban en las afueras. Las calles estaban abarrotadas de gentes que, en desesperación, marchaban a enfrentarse con su enemigo en las puertas de su ciudad. Se luchaba en el barrio de Usera y en las orillas del Manzanares. Nuestros oídos estaban llenos constantemente con las explosiones de bombas y morteros, y algunas veces nos llegaban los estallidos del fusil o el tableteo de las ametralladoras. Pero ahora, ¡el así llamado Gobierno de Guerra se marchaba -huía- y el jefe de la Sección de Prensa extranjera del Ministerio de Estado estaba convencido de que las fuerzas de Franco entrarían!... Estaba desconcertado, mientras trataba de mantener toda mi corrección. El cajón en el que tenía una melodramática pistola estaba abierto a medias.

-Nosotros nos vamos mañana también -continuó-; naturalmente, el personal de plantilla. Me gustaría mucho podérmelo llevar a Valencia conmigo, pero comprenderá usted que no puedo hacerlo. Espero, mejor dicho, el Gobierno espera que se mantenga usted en su puesto hasta el último momento.

Se interrumpió, movió de lado su cara lisa y le rebrillaron sus gafas ahumadas. Tenía que decir algo, porque él había hecho esta pausa.

-Oh, sí, naturalmente.

-Bien. Ahora voy a explicarle la situación: como ya le he dicho, el Gobierno sale esta noche para Valencia, pero nadie lo sabe. Se han dejado instrucciones escritas en pliego cerrado al general Miaja para que él pueda negociar la rendición con la menor efusión de sangre posible. Pero, como le digo, es en pliego cerrado que no debe abrir hasta que el Gobierno ya no esté aquí, y él mismo no sabe nada de esto. Ahora se dará usted cuenta de la responsabilidad que le confiamos. Es absolutamente necesario mantener secreto el traslado del Gobierno, para que no estalle el pánico. Lo que tiene usted que hacer es ir a la Telefónica, tomar el servicio como todos los días y no dejar pasar ni la alusión más pequeña. Yo me voy por la mañana temprano con el personal de la oficina y con los periodistas extranjeros que no pueden arriesgar el que Franco los pille aquí, cuando entre. Dormiré en el hotel Gran Vía, frente a la Telefónica, y si es necesario, puede usted llamarme allí en la noche.

-Pero, si se lleva usted a los periodistas, tienen que saber lo que pasa.

-No que se marcha el Gobierno. Desde luego, se pueden figurar algo. Ya les hemos dicho que la situación es muy grave y que de un momento a otro el Gobierno les puede pedir que se marchen, para no correr riesgos, y darles coches para que lleguen a Valencia. Algunos se quedarán, pero esto no importa. Ya les he dicho, además, que no tendrán las facilidades de nuestra censura, porque son los militares los que se van a hacer cargo de ello, y que el servicio en la Telefónica se va a suprimir. Los que se quedan son los corresponsales que están seguros en sus embajadas aquí, que no arriesgan nada, y que estarán muy contentos de asistir a la entrada de las tropas.

-Así, ¿usted está seguro de que entran?

-Pero, querido, ¿qué cree usted que puede hacer media docena de milicianos? Dígame: ¿qué pueden hacer contra el Tercio, los moros, la artillería, los tanques, la aviación, los técnicos alemanes? ¿Qué pueden hacer? Claro que no puedo decirle que van a entrar mañana mismo en Madrid, pero no hace más diferencia que, cuanto más tarde entren, más víctimas habrá. Bueno, y ahora lo que quiero decirle: puede usted dejar pasar la noticia de que, como una medida de precaución, el Gobierno ha evacuado a los corresponsales extranjeros; esto ya lo sabe todo el mundo. Mañana se proclamará que el Gobierno ha decidido trasladarse a Valencia para continuar la guerra desde un punto estratégico, libre de todas las dificultades que se presentan a la organización de una guerra cuando la administración está en la línea de fuego.

-Y mañana, ¿qué tengo yo que hacer?

-No tiene usted que hacer nada. A las nueve, cuando se acabe su turno, cierra usted la oficina, se va a casa, y haga usted lo que le parezca mejor para salvar el pellejo, porque nadie sabe lo que puede pasar. Le voy a dejar el sueldo del ordenanza y de los dos ciclistas, y mañana por la mañana les paga usted y les dice que se marchen donde quieran. Le voy a dejar algún dinero para usted, para que si las cosas vienen mal se pueda bandear un poco.

Me dio ochocientas pesetas -dos meses de salario- y después se levantó muy solemne y me alargó la mano como si estuviéramos en un funeral. No podía decirle nada de lo que sentía y bajé la vista para no enfrentarme con la suya. Encima de la mesa, una hilera de fotografías con brillo de seda me mostraban una sucesión de niños muertos.

Pregunté estúpidamente:

-¿Qué va usted a hacer con esas fotografías?

-Quemarlas, y los negativos también. Queríamos haberlas usado para propaganda, pero conforme están las cosas, al que le cojan ahora con estas fotos le vuelan los sesos en el sitio.

-Entonces, ¿no se las lleva usted?

-No estoy loco, y además, ya tengo bastantes papelotes... -y comenzó a explicarme algo que yo no escuchaba. Conocía aquellas fotografías. Se habían tomado en el depósito de cadáveres al cual se habían llevado los cadáveres de los niños de la escuela de Getafe que un Junkers, volando bajito, había bombardeado una semana antes. Se les había puesto en fila y se les había prendido un número en las ropitas para identificarlos. Había un chiquitín con la boca abierta de par en par en un grito que nunca acabó. Me pareció como si Rubio Hidalgo, en su miedo, estuviera asesinando de nuevo a estos niños muertos:

-¡Déjeme usted llevármelas!

Se encogió de hombros. Recogió las fotografías como las cartas de una baraja y me alargó una caja con los negativos:

-Si quiere usted arriesgar el pellejo, es cuenta suya.

Camino de casa me concentré en resolver cómo iba a salvar aquellas fotografías. Habría lucha. Sabía, sin pensarlo mucho, que el pueblo de Madrid se defendería, a navajazos si era necesario. No entrarían los otros tan sencillamente como aquella cara fría de huevo cocido creía y afirmaba con una sonrisa miedosa. Pero podían entrar, probablemente entrarían y entonces comenzarían las denuncias, las detenciones, los registros y los fusilamientos. Verdaderamente, tener aquellas fotografías en casa era firmar la propia sentencia de muerte. Pero no podía dejar que se perdieran; las caras de aquellos niños asesinados tenía que verlas el mundo.

En casa encontré, esperándome, a mi hermano, a mi cuñado y a sus siete chicos. Agustín, imperturbable y tranquilo como siempre, contó su historia. Aquella mañana, su

barrio -el barrio obrero al otro lado del puente de Segovia- había sido atacado por los fascistas. Habían huido, como todos los vecinos, y habían cruzado el puente bajo las balas. Las tropas fascistas estaban ahora establecidas en la orilla opuesta del Manzanares y se fortificaban en la Casa de Campo. Su casa era un montón de ruinas. Habían salvado unas cuantas ropas y la cabeza de la máquina de coser. Por el momento se meterían todos en casa de mi hermano Rafael, porque Concha lo prefería a estar con Aurelia, mi mujer.

No discutimos; era absurdo hacer ningún plan definitivo, cuando dentro de veinticuatro horas podíamos estar todos en la misma situación. Les encargué, sin decir lo que pasaba, que prepararan unas cuantas cosas ligeras y estuvieran dispuestos a escapar en cualquier momento. Me fui a la Telefónica.

Me encontré a los corresponsales en una excitación salvaje, esperando sus conferencias, pasando las últimas noticias de la lucha en los barrios extremos, ayudándose unos a otros si una llamada venía cuando el que la había pedido estaba ausente. Las mesas del cuarto de los periodistas estaban llenas de papeles, tazas sucias, jarras de café, bebidas de todas clases; todos los teléfonos parecían sonar al mismo tiempo y todas las máquinas de escribir pataleaban furiosas. Nadie hizo referencia a la marcha del Gobierno.

Desde la ventana de mi oficina oía, en la oscuridad de la calle, al pueblo marchando en busca del enemigo, chillando y cantando, automóviles disparados con las bocinas incansables; y en el fondo, detrás de los ruidos de la calle, los ruidos del ataque, disparos de fusil, de ametralladoras, de cañón, explosiones de morteros y de bombas. Me senté a censurar los despachos.

Hacia las dos de la mañana alguien trajo la noticia de que los fascistas habían cruzado tres de los puentes sobre el Manzanares, el de Segovia, el de Toledo y el del Rey, y que se peleaba cuerpo a cuerpo dentro de las tapias de la cárcel Modelo. Esto significaba que estaban dentro de la ciudad. Me negué a pasar la noticia mientras no tuviera una confirmación oficial, y me marché a la sala de conferencias para advertir a los censores en los micrófonos. El americano, enorme -dos metros de altura y más de cien kilos de peso-, que había estado bebiendo sin cesar toda la noche, se enfureció conmigo: Franco había entrado en Madrid y él se lo iba a comunicar a su periódico, por buenas o por malas. El censor de la República se había terminado. Me cogió de las solapas y me sacudió como un pelele. Saqué la pistola, y se lo llevaron dos milicianos. Se dejó caer en una de las camas de campaña y comenzó a roncar instantáneamente. Cuando el último corresponsal hubo mandado su último despacho, el censor del teléfono y yo nos quedamos solos en la inmensa sala con aquel bulto informe roncando ruidosamente.

Todos los nervios los teníamos concentrados en el oído. Escuchábamos el ruido creciente de la batalla; el americano dormía su whisky estrepitosamente. Alguien le había echado encima una manta gris y sus dos pies, enormes, calzados con zapatos de gruesas suelas, sobresalían quietos y erectos como los pies de un cadáver.

No hablábamos. Teníamos los dos los mismos pensamientos y lo sabíamos.

La Gran Vía, la ancha calle en la que está la Telefónica, conducía al frente en línea recta; y el frente se aproximaba. Lo oíamos. Estábamos esperando oírlo de un momento a otro bajo nuestras ventanas, con sus tiros secos, su tableteo de máquinas, su rasgar de granadas de mano, las cadenas de las orugas de sus tanques tintineando en las piedras. Asaltarían la Telefónica. Para nosotros no había escape. Era una ratonera inmensa y nos cazarían como a ratas. Teníamos una pistola y unos cuantos cartuchos cada uno. Trataríamos de abrirnos camino a tiros a través de los corredores y las escaleras que conocíamos tan bien. Si perdíamos, mala suerte. Pero no esperaríamos a que nos

mataran ellos fríamente. Nos defenderíamos hasta lo que pudiéramos.

Un muchacho joven, diminuto, el repórter en Madrid de la agencia Fabra, entró en el cuarto, con una cara lívida que se contraía en muecas. Me llevó en silencio a un rincón y balbuceó:

-Barea, ¡el Gobierno ha huido a Valencia!

-Ya lo sé. No te asustes y cállate. Lo sé desde las seis de la tarde, y no podemos hacer nada.

Se echó a temblar y a hipar, a punto de estallar en lágrimas. Le rellené con coñac, como se rellena una botella vacía, mientras lloriqueaba sobre la suerte de sus hijos. Vomitó y se quedó dormido al lado del americano.

El ruido de la batalla había disminuido. Abrimos las ventanas que daban a la Gran Vía. Era un amanecer gris. Mientras la niebla fría penetraba en la habitación, una nube densa, azulada, de humo de tabaco y de calor humano se escapaba en oleadas por la parte alta de las ventanas.

Me fui a dar una vuelta a través de los diferentes despachos. La mayoría de los periodistas se habían ido, unos pocos dormían en camas de campaña. Su cuarto estaba saturado de humo frío y vapores alcohólicos: abrí una de las ventanas, silenciosamente. Los cuatro censores de los aparatos estaban ahora todos despiertos, esperando su relevo. Las muchachas de los cuadros eran ya las del turno matinal y tenían los labios recién pintados y los cabellos aún húmedos. Los ordenanzas nos trajeron café negro, espeso, de la cantina y echamos un chorro de coñac en cada taza.

Uno de los censores del teléfono, un hombre canoso y quieto, deshizo un pequeño cucurucho de papel y sacó dos terrones de azúcar:

-Los últimos -dijo.

Al otro lado de la calle, a la puerta del hotel Gran Vía, había una hilera de automóviles. Decidí ir a despedir a Rubio Hidalgo. Los vendedores de periódicos comenzaban a vocear las primeras ediciones de la mañana. Ya no era un secreto que el Gobierno se había ido a Valencia. Madrid quedaba bajo el mando militar y se encargaría de su defensa una entidad de nueva creación: la junta de Defensa de Madrid.

-Y ahora, ¿qué, don Luis? -pregunté a mi jefe-. Madrid no ha caído.

-No importa. Usted haga lo que yo le he dicho ayer. El trabajo se ha terminado, ahora ocúpese de usted mismo. Deje usted a la junta de Defensa que monte su censura con unos cuantos oficiales, mientras dure. Madrid caerá mañana o pasado. Espero que no habrán cortado el camino de Valencia, pero no estoy muy seguro. La cosa se ha terminado. -Estaba muy pálido y los músculos bajo la gruesa piel blancuzca se contraían a veces.

Volví a la Telefónica, pagué a Luis el ordenanza y a Pablo el ciclista, y les dije lo que me había dicho Rubio Hidalgo. Luis, un viejo ordenanza del ministerio, ceremonioso y un poco untuoso en sus maneras, pero por dentro un hombre inteligente, resignado y simple, empalideció:

-Pero, ¡a mí no me pueden echar así! Yo pertenezco al personal del ministerio, soy un empleado de la plantilla del Estado y tengo mis derechos.

-Bueno. ¿Qué te voy a decir, Luis? Vete al ministerio y trata de resolver las cosas, pero no creo que nadie te haga caso. Se han marchado simplemente, Luis, y te han dejado en tierra. -Yo mismo me sentía desesperado-. Yo por lo menos me voy a casa. El trabajo aquí se acabó.

Mientras aún zascandileaba por allí, vino un censor de teléfonos y me dijo que *monsieur* Delume había pedido su llamada de todas las mañanas a París e insistía en mandar su despacho.



-Nosotros -me dijo el hombre- no tenemos ninguna orden de suprimir las conferencias de prensa, pero ¿cómo les voy a dejar a los periodistas hablar con el extranjero y sus despachos sin censurar? ¡Y ahora tú dices que has cerrado la oficina! ¿No crees que debíamos de suprimir las conferencias?

Traté de explicarle el caso de Rubio Hidalgo, pero a medida que hablaba iba tomando una determinación: yo había entrado en la censura no como empleado del Estado, sino como un voluntario de la guerra contra los fascistas. La prensa extranjera, nuestro contacto con el mundo exterior, no podía seguir recibiendo noticias sin control alguno, pero tampoco se la podía silenciar. La censura militar, de la que Rubio Hidalgo había hablado vagamente, no existía. Los militares tenían cosas más urgentes que atender. A lo mejor, lo único que podían hacer los militares era forzar a los periodistas a usar otros medios, como sus embajadas, y esto era aún peor. A pesar de lo que Rubio Hidalgo hubiera dicho, sólo los que estaban defendiendo Madrid, fueran quienes fueran, tenían el derecho de ordenarme abandonar mi puesto.

Me interrumpí en medio de una frase y dije al hombre:

-Vamos a hablar con los demás, las cosas no se pueden dejar así.

Formé consejo con los cuatro censores de teléfonos que eran empleados de la compañía Telefónica, pero a quienes se había dado órdenes de ponerse a disposición del Ministerio de Estado, y decidimos que yo me iría al ministerio y, si era necesario, a las nuevas autoridades que se encargaban de la defensa de Madrid, y obtendría instrucciones oficiales. Mientras tanto, ellos censurarían los despachos de prensa lo mejor que pudieran. Recogí los sellos de la censura y me fui con Luis y Pablo al Ministerio de Estado.

Los patios encristalados del ministerio estaban llenos de grupos, gritando y gesticulando. En medio del grupo más numeroso, Faustino, el majestuoso portero mayor, llevaba la voz cantante, mientras el sargento de guardias de asalto encargado de la custodia del edificio, escuchaba aburrido:

-Las órdenes que yo tengo son éstas, y las he recibido del señor subsecretario -gritaba Faustino-. Tengo que cerrar y ustedes se marchan ahora mismo a la calle. -Hizo sonar un manojo de llaves enorme, como un sacristán al anochecer para echar a las beatas rezagadas.

-¿Qué es lo que pasa aquí? -pregunté.

El torrente de explicaciones fue tal que no entendía una palabra y me tuve que volver a Faustino. Titubeó en contestarme. Era claro lo que pasaba por su mente: yo allí era un don nadie, ni aun tan siquiera un empleado de la «casa», mientras que él era el portero mayor del ministerio más importante de España, el poder detrás del trono de cada ministro y mejor afirmado que ellos; el dictador de escaleras abajo en el viejo palacio. Pero también era verdad que su mundo se había hundido, que se fusilaba a la gente, que... y decidió contestarme.

-Pues bien, mire usted, señor. La cosa es que esta mañana me llamó por teléfono el señor subsecretario de Estado y me dijo que el Gobierno se había ido a Valencia, y que él se marchaba en aquel momento; y que lo que yo tenía que hacer era cerrar el ministerio y decir al personal que se volviera a sus casas a medida que fueran llegando.

-¿Le ha mandado a usted una orden escrita para que cerrara el ministerio? -pregunté.

Era claro que esto no se le había ocurrido a ninguno.

-No, señor. Es orden personal del subsecretario.

-Perdone. Hace un momento ha dicho usted mismo que había sido una orden por teléfono.

-¡No me va usted a decir que yo no conozco su voz!

-Tampoco me va usted a decir que no puede imitarse una voz en el teléfono. -Me volví al sargento en tono de mando:- Bajo mi responsabilidad, usted queda encargado de que no se cierre el ministerio hasta que no haya una orden escrita de una autoridad superior. Se cuadró:

-De todas formas yo no me hubiera ido, aunque se hubiera cerrado el edificio, porque yo no he recibido órdenes de mis superiores. Pero lo que usted me dice me parece bien. No se apure, esto no se cierra mientras yo esté aquí.

Me volví para ver lo que los otros decían.

Eramos unos veinte, todos de pie en medio del patio embaldosado y frío: diez de ellos, empleados del ministerio con sus cuellos planchados, duros, completamente absurdos en el Madrid de los milicianos; cinco o seis ordenanzas en uniformes azules galoneados con oro; y media docena de obreros de la imprenta del ministerio. Menos en cinco de estas caras, en todas las otras vi claramente una incrédula confianza mezclada con miedo; no era difícil de entender el porqué. El ministerio, esta pieza de la maquinaria del Estado en la cual alguno de ellos había gastado su vida entera, había desaparecido de la noche a la mañana. Podían creer en las realidades de la guerra, la revolución, el peligro en que estaba Madrid, la amenaza de Franco y sus tropas, pero no podían creer que el edificio del Estado se derrumbara de golpe y en su derrumbamiento enterrara sus sueldos, su posición social, la base misma de su existencia. Estos empleados modestos, clase media sin más lustre que su título de empleado del Estado, la mayoría de ellos sin creencias políticas, habían visto la tierra bajo sus pies. No pertenecían a ningún sindicato... ¿Dónde iban a ir, qué podían hacer? Se encontraban de golpe en medio de la calle, sin un grupo que los soportara, incapacitados de pedir protección contra el riesgo de que los fusilaran. Se quedaban sin hogar y sin esperanzas si se cerraba el ministerio. Por su parte, el ejército rebelde podía entrar en la ciudad aquel mismo día y se les encontraría como empleados de la República hasta el último momento. Era muy tarde para decidirse por uno de los dos bandos.

Mi intervención les daba una esperanza nueva y les salvaba de responsabilidad futura. Si Franco tomaba Madrid, sería yo, el revolucionario, quien se había apoderado del ministerio por la fuerza bruta y les había obligado a seguir trabajando. Si Madrid resistía, se encontrarían entre los valientes que se habían quedado, que habían resistido sin abandonar su puesto, y nadie les discutiría sus derechos como fieles sirvientes de la República.

Gritaron todos su aprobación. Estaban dispuestos a soportar mi proposición. Faustino se marchó lentamente, regruñendo entre sí, sacudiendo airado su manojo de llaves.

Torres, un joven impresor, se ofreció a acompañarme a la junta de Defensa, pero ni él ni yo, ni nadie, sabía dónde estaba. Al fin nos decidimos a recurrir a Wenceslao Carrillo, un viejo líder socialista que los dos conocíamos y que era el subsecretario del Ministerio de la Gobernación. Como nos figurábamos, aún estaba en Madrid y en su oficina del ministerio, un cubículo de piedra, húmedo y frío, apestando a papeles apolillados y a moho. Había en la ridículamente pequeña habitación unas dos docenas de personas y el aire era irrespirable. Carrillo se paseaba furioso entre el enjambre de empleados y oficiales de asalto. El viejo socialista, que rebosaba siempre un optimismo sanguíneo y saludable alrededor suyo, era indudable que aquella mañana estaba de mal humor, sus ojos ribeteados de rojo de una noche en vela y su cara congestionada. Como siempre, hablaba brusco, pero sin sus guiños picaros:

-Bueno, y vosotros dos, ¿qué queréis?

Le explicamos la situación en el Ministerio de Estado: no se podía cerrar el ministerio y la censura mientras estuvieran en Madrid las embajadas y los periodistas extranjeros.

Por el momento yo había evitado que se cerrara, pero me hacía falta una orden oficial, algo, en fin, que regularizara la situación:

-¿Y qué queréis que yo le haga? Todos estamos en el mismo lío. Se han marchado y aquí se queda Wenceslao para dar la cara a lo que venga. ¡Así se los lleve el diablo a todos ellos juntos! Claro que a mí no me han dicho una palabra de que se marchaban, porque si me lo hubieran dicho... Bueno, mirad, arregladlo entre vosotros mismos como podáis. Id a la junta de Defensa.

-Pero ¿dónde está la junta de Defensa?

-¿Y yo qué demonios sé dónde está? El amo es Miaja y Miaja anda por ahí pegando tiros. Y si no, lo mejor que podéis hacer es ir al Partido y que os den allí instrucciones.

No fuimos al Partido Socialista, que era lo que Carrillo pretendía. Yo había perdido toda mi confianza en su capacidad de asumir la autoridad y responsabilidad en una situación difícil, y mi compañero Torres, un viejo miembro de las juventudes socialistas, hacía poco que se había unido a los comunistas. Nos fuimos al comité provincial del Partido Comunista. Allí nos dijeron que la junta de Defensa no estaba aún constituida, pero que Frades, uno de los destacados en el Partido, sería secretario del Comité Ejecutivo de la junta. Frades nos explicó que nuestro caso no podía resolverse hasta que la junta existiera de hecho; debíamos volver a verle al día siguiente, y mientras tanto lo mejor era que no abandonáramos el ministerio. No discutí lo que yo había hecho, ni yo tampoco le pedí su opinión. Era obvio que ningún puesto de importancia en Madrid debía abandonarse.

Regresamos Torres y yo tan absortos en nuestro problema inmediato y el peligro probable de que hubiera elementos fascistas entre el personal del ministerio, que olvidamos la batalla que seguía furiosa a menos de cuatro kilómetros de nosotros. Luis, mi ordenanza en la Telefónica, me preparó una cama provisional en la sala de prensa del ministerio con uno de los enormes divanes color Corinto que allí había. Se había enfundado en su uniforme de ordenanza e iba y venía con la suavidad y tacto de un perfecto sirviente, aunque debajo de su apariencia suave estaba terriblemente excitado: don Luis le había querido echar a la calle como se echa un perro viejo con sarna, y yo le había salvado de la miseria; «le había salvado la vida» era lo que decía él. Estaba convencido de que se aprobaría oficialmente lo que había hecho y de que se me nombraría. Yo pensaba que también era posible que me dieran cuatro tiros, pero estaba demasiado exhausto para preocuparme. Telefoneé al control de la Telefónica y les pedí que se encargaran de censurar las conferencias aquella noche. Después me dormí como un leño.

Al día siguiente Torres y yo fuimos al palacio del banquero Juan March, en el cual la Junta de Defensa estaba instalando sus oficinas. Frades me alargó un papel con la cabecera impresa: «Junta de Defensa de Madrid. Ministerio de la Guerra. Este Consejo de Defensa decreta que, hasta nueva orden de este mismo Consejo de Defensa, la totalidad del personal del Ministerio de Estado se mantendrá en sus puestos. El Secretario: Frades Arondo. Madrid, 8 de noviembre de 1936. Sellado por el Comité Ejecutivo de la Junta». Aún conservo el documento.

Cuando volvimos al ministerio, el orondo Faustino vino a mí con gran secreto:

-El señor subsecretario está en su despacho.

-Bueno, déjele allí. ¿No se había ido a Valencia?

-¡Oh, sí! Pero se le ha estropeado el coche.

-Ya le veré más tarde. Ahora, hágame el favor de pasar aviso a todo el personal de reunirse en el despacho de prensa.

Cuando todos los empleados estaban reunidos, les mostré la orden de la junta y les dije:

-Creo que lo que se debería hacer ahora es formar inmediatamente un comité del Frente Popular que tome sobre sí la responsabilidad de lo que se hace. Y aparte de esto, cada uno debe quedarse en su puesto hasta que haya órdenes concretas de Valencia.

Torres, que era joven e ingenuo, quiso hacer las cosas en gran estilo. Le mandó a Faustino que abriera el salón de embajadores, y dispuso:

-Como la mayoría de vosotros no pertenece a ninguna organización, nos vamos a reunir en el salón de embajadores únicamente los que estamos afiliados a alguna.

Eramos nueve, los seis impresores, dos empleados y yo. Torres asumió la presidencia. Era chiquitín y flaco y su cuerpecillo insignificante se hundió demasiado hondo en el muelle sillón del ministerio.

El salón de embajadores es una larga habitación, casi completamente llena por la enorme mesa central. Las paredes están tapizadas de brocado rojo y gualda, las sillas tienen respaldos curvados y dorados, asientos tapizados de rojo, y las garras en que rematan sus patas se hunden profundamente en la gruesa alfombra floreada. Sobre la mesa, frente a cada sillón, hay una carpeta de cuero con el escudo de España estampado en oro. Torres, en mangas de camisa, se encaró con nosotros, los tres chupatintas venidos a menos y los cinco impresores en blusa azul:

-¡Camaradas!...

La enorme sala nos empequeñecía y nos hacía borrosos; para contrarrestar este sentimiento, manteníamos la discusión a puros gritos. Cuando salimos, la alfombra estaba salpicada de ceniza de cigarrillos y los brocados impregnados de humo frío de tabaco malo. Mientras desfilábamos, Faustino entró y comenzó a abrir los balcones para purificar el santuario; pero nosotros estábamos contentos. Habíamos formado un Comité del Frente Popular, del cual era presidente Torres y yo secretario. Y habíamos fundado también la Unión de Empleados del Ministerio de Estado. Una hora más tarde se había adherido todo el personal.

El sargento de los guardias de asalto me llamó a su cuarto, y, cuando entré, cerró la puerta con gran cuidado:

-Ahora, ¿qué vamos a hacer con el tío ese?

-¿Con qué tío?

-Con el subsecretario. Yo creo que debería suprimírsele.

-Hombre, no sea usted bruto.

-Yo puedo ser un bruto, pero ese fulano es un fascista. ¿Sabe usted lo que le ha pasado? Tenía miedo de pasar a través de Tarancón, porque allí están los anarquistas, y por eso se ha vuelto a Madrid. ¿Usted no conoce la historia? Pues todo Madrid la conoce ya. En Tarancón, los anarquistas estaban esperando al Gobierno y a todos los peces gordos que se escaparon la otra noche, y querían fusilarlos a todos. El único que tuvo reñones para enfrentarse con ellos fue nuestro propio ministro, don Julio, pero los hubo que se escaparon sin ponerse más que el pijama y yo creo que alguno hasta se ensució en él.

Me fui a ver al subsecretario de Estado. Los ojos del señor Ureña estaban dilatados detrás de sus gafas, la cara tenía un ligero tinte verdoso como el de los cirios de las iglesias. Me ofreció una silla.

-No, muchas gracias.

-Como usted quiera.

-Quería únicamente decirle que tengo esta orden de la junta de Defensa, de acuerdo con la cual el ministerio no puede cerrarse.

-Bueno, lo que usted diga. -No había duda de que el hombre estaba temblando de miedo y su mente llena de visiones de piquetes de ejecución.

-Esto es todo lo que quería comunicarle.

-Bien, bien. Pero yo tengo que salir esta tarde para Valencia.

-Yo no tengo nada en contra. Usted es el subsecretario de Estado y yo no soy más que un temporero en la censura. Supongo que usted tiene sus órdenes directas del Gobierno. La única cosa que yo tengo que decirle es que este ministerio no se cierra. Lo demás no me importa.

-Oh, bien, entonces todo está bien. Muchas gracias.

El señor Ureña se marchó aquella tarde y Madrid no volvió a verle. Torres me dio una orden firmada del Comité del Frente Popular ordenándome hacerme cargo del departamento de prensa. En la oficina de censura estaba sentado un hombre ya maduro con un mechón de pelo blanco, el periodista Llizo, un hombre bien educado y de una honradez absoluta, que me recibió con una exclamación de alivio:

-Gracias a Dios que esto comienza a arreglarse. ¿Usted sabe lo que los periodistas han mandado ayer sin nadie que lo censurara?

-¡Pero los censores de teléfonos se habían encargado de ello!

-Sí, puede ser, y parece que lo han hecho durante la noche. Pero durante el día, la mayoría de los periodistas hacían sus llamadas desde aquí y telefoneaban sus despachos en la sala de prensa, porque les era mucho más cómodo. Y como antes nosotros censurábamos en el aparato, naturalmente, la Telefónica ha conectado las llamadas y no se ha preocupado de nada más, en la seguridad de que nosotros estábamos todavía haciendo la censura. O tal vez todo el mundo se ha hecho un lío. De todas maneras, ¡mire usted lo que se ha mandado al mundo ayer!

Miré el montón de papeles y se me revolvió el estómago. Los sentimientos contenidos de muchos periodistas se habían volcado allí. Había textos que no disimulaban, entre malicias, la alegría de que Franco estuviera, como ellos decían, dentro de la ciudad. Las gentes que leyeran aquellos despachos en otros países estarían convencidos de que los rebeldes habían ya conquistado Madrid y que la última resistencia, floja y desorganizada, terminaría inmediatamente. Había también informaciones justas y sobrias, pero la visión general que surgía de aquella odiosa mezcolanza era la de una confusión terrible -algo de esto había en verdad-, sin que apareciera la llamarada de valor y determinación de luchar que existía también y que era, en la jerga del periodismo, la «historia real». Nunca me he convencido tan completamente como entonces de la necesidad absoluta de una censura de guerra, leyendo aquellas informaciones llenas de malicia y de embustes, y dándome cuenta del daño que nos hacían en el extranjero. Era una derrota que se la debíamos al hombre a quien el miedo había llevado a desertar.

El mismo día, un hombre vestido de luto, escuálido, con cara de enfermo del estómago, vino a verme:

-Mire usted, yo soy el delegado del Estado en la compañía Transradio. He oído que usted había arreglado las cosas aquí y he venido a ver qué me aconseja. Sabe usted, yo tengo que censurar todos los radios que se mandan al extranjero, menos los que mandan ustedes ya censurados, claro, y la mayoría de estos radios proceden de las embajadas. Como usted pertenece al Ministerio de Estado y todo el mundo se ha marchado, he pensado que usted me podría ayudar. Francamente, yo no sé qué hacer, yo no soy un hombre muy enérgico. -Se estiró la corbata y me alargó un paquete de telegramas. Le expliqué que yo no tenía autoridad para intervenir en sus asuntos y traté de convencerle de que fuera a la junta de Defensa.

-He estado allí. Me dijeron que siga haciendo la censura como siempre. Pero, ahora pasan cosas... ¿qué voy a hacer yo con esto? - Escogió uno de los telegramas dirigido a «S. E. el Generalísimo Franco. Ministerio de la Guerra. Madrid». Era un pomposo

mensaje de felicitación al conquistador de Madrid, firmado por el presidente de una de las más pequeñas repúblicas latinoamericanas.

-Bueno, eso es fácil -le dije-. Devuélvalo con la nota corriente en el servicio: «Desconocido en las señas indicadas».

Pero si este telegrama no era importante desde el punto de vista de la censura, había otros, en clave, de embajadores y legisladores cuyo partidismo por Franco era indudable. Había radios para y de españoles con la dirección de embajadas extranjeras, donde estaban refugiados, cuyo texto dejaba ver claramente las más ingenuas combinaciones bajo simples mensajes familiares. El remitente más prolífico era Félix Schleyer, el comerciante alemán que yo sabía era uno de los agentes nazis más activos, pero que gozaba de una extraterritorialidad espuria como administrador de la legación de Noruega en ausencia del ministro, que residía en San Juan de Luz.

Para ayudar al pobre interventor del Estado en la radio y para evitar algo de aquel desastre, tomé a mi cargo decidir extraoficialmente qué despachos debía mandar y cuáles retener. Pero no me hacía ilusiones: no estábamos en condiciones de enfrentarnos con las cosas que habían abandonado los que así se marcharon sin mirar atrás. Pero tampoco podía yo hacer lo que ellos y rehuir la responsabilidad, aunque me consumiera la furia de mi impotencia y la ira contra los burócratas que habían huido con pánico, sin dejar nada previsto para la continuidad de su trabajo, seguros de la rendición de Madrid. El caso de los radiotelegramas, aunque no me concerniera directamente, me ponía claramente de relieve que esto mismo había ocurrido en cada oficina del Estado, y que los que se habían quedado en Madrid tenían que montar, como yo, servicios de emergencia que seguirían forzosamente las leyes de una defensa revolucionaria, pero no las leyes de precedencia.

Reorganicé la censura de prensa extranjera con los cinco empleados que Rubio Hidalgo había dejado abandonados. Algunos de los periodistas nos mostraron inmediatamente un resentimiento hosco; el restablecido control les irritaba abiertamente.

-Ahora mandarán por las valijas diplomáticas todo el veneno que tienen dentro -dijo uno de los censores.

Lo que había montado era una estructura raquítica. Estábamos aislados, sin instrucciones y sin información oficial, y sin ninguna autoridad consultiva con excepción de la junta de Defensa, y la junta de Defensa tenía otras preocupaciones que el ocuparse de la censura de prensa extranjera. Nadie sabía por cierto a qué departamento pertenecíamos y yo no conseguía obtener comunicación telefónica con Valencia. Sin embargo, me sentía orgulloso de mantener el servicio.

A nuestro alrededor, Madrid estaba sacudido por una exaltación febril: los rebeldes no habían entrado. Los milicianos se felicitaban unos a otros y a sí mismos en las tabernas, borrachos de vino y de fatiga, dando un escape a sus miedos y a sus excitaciones con unos cuantos vasos, antes de volver a la esquina o a la barricada improvisada que aún persistía. Aquel domingo, el interminable 8 de noviembre, desfiló por el centro de la ciudad una formación militar compuesta de extranjeros en uniforme, equipados con armas modernas: la legendaria Brigada Internacional, que había sido entrenada en Albacete, venía en ayuda de Madrid. Después de las noches del 6 y del 7, cuando Madrid se había quedado sola en su resistencia desesperada, la llegada de estos antifascistas de países lejanos era una ayuda increíble. Antes de que terminara el domingo, circulaban ya por Madrid historias de la bravura de los batallones internacionales en la Casa de Campo; de cómo «nuestros» alemanes habían resistido la metralla de las máquinas de los «otros» alemanes que iban en vanguardia de las tropas de Franco; de cómo nuestros camaradas alemanes se habían dejado aplastar por estos

mismos tanques alemanes antes que retirarse. Estaban llegando tanques rusos, cañones antiaéreos, aeroplanos y camiones llenos de munición. Se corría el rumor de que los Estados Unidos estaban dispuestos a vender armas al Gobierno. Queríamos creerlo. Esperábamos todos que, ahora, a través de la defensa de Madrid -¿qué mejor voto?-, el mundo se enteraría al fin de por qué luchábamos. La censura de prensa extranjera en Madrid era una parte de esta defensa; o al menos entonces yo lo creía así.

Una de aquellas mañanas, los cañones de sitio que los rebeldes habían emplazado comenzaron su bombardeo diario del amanecer. Lo llamábamos «el lechero». Estaba dormido en un sillón en el ministerio cuando me despertó una serie de explosiones en la vecindad. Las granadas estaban cayendo en la Puerta del Sol, en la plaza Mayor, en la calle Mayor, a trescientos metros escasos del edificio donde yo estaba. De pronto, las gruesas paredes temblaron, pero la explosión y destrucción por la que esperaban mis nervios no llegó, como debía, segundos después. En algún sitio, en los pisos altos, se oían gritos y carreras, y gente medio vestida se volcaba escaleras abajo. Faustino envuelto en una vieja bata, su mujer en enaguas y chambra, con sus pechos blanduchos restallando, un grupo de guardias de asalto en mangas de camisa, los pantalones desabrochados. En el patio, más al sur, se amansaba una nube de polvo nacida en el techo.

Un obús había tocado el edificio, pero no había estallado. Había pasado a través de las viejas gruesas paredes y se había tumbado a descansar a través del umbral del dormitorio de los guardias. La madera del piso estaba humeante aún y en la pared de enfrente había un roto. Una hilera de volúmenes del diccionario Espasa-Calpe había brincado en un remolino de hojas sueltas. Era una granada de 24 centímetros, tan grande como un recién nacido. Después de conferencias sin fin aquí y allá, vino un artillero del parque de artillería y desmontó la espoleta; el obús vendrían a recogerlo después.

Los guardias transportaron el enorme proyectil, ahora inofensivo, al patio. Alguien tradujo la tira de papel que se había encontrado en el hueco entre la espoleta y el corazón de la bomba. Decía en alemán: «Camaradas: no temáis. Los obuses que yo cargo no explotan. -Un trabajador alemán». Se abrieron de par en par las grandes puertas de hierro y sobre una mesa colocamos el obús, para que todos lo vieran. Vinieron miles a contemplar el obús y la tira de papel escrita en caracteres góticos. Ahora que los obreros alemanes nos ayudaban íbamos a ganar la guerra. «¡No pasarán, no pasarán!» Un avión, deslumbrante en la luz del sol como un pájaro de plata, volaba muy alto sobre nuestras cabezas. Las gentes se lo señalaban unos a otros: «¡Uno de los nuestros! Un ruso. ¡Viva Rusia!» El avión trazó una curva airosa, descendió sobre los tejados y dejó caer un rosario de bombas en el centro de la ciudad. La multitud se dispersó por un momento y volvió a conglomerarse para restaurar su fe, contemplando sobre la mesa el obús muerto, los guardias de asalto haciendo centinela.

Me fui a casa y recogí las fotografías de los niños asesinados en Getafe. Me las llevé al Partido Comunista para que se usaran en carteles de propaganda.

En la mañana del 11 de noviembre, Luis vino a decirme que dos extranjeros me estaban aguardando en la oficina de Rubio Hidalgo.

Cuando entré en el cuarto oscuro y mustio, con las señales todavía vivas de la huida reciente, me encontré con un hombre aún joven, de facciones enérgicas, móviles y bien coloreadas, gafas de concha y un tupé de pelos castaños rizados sobre la frente, paseándose de arriba abajo, y una mujer pálida y frágil, con labios desdeñosos y un moño de pelo ratonil, recostada contra la mesa. No tenía la más mínima idea de quiénes podían ser. Periodistas, no, desde luego. El hombre golpeó un manojo de papeles sobre la mesa y dijo en mal español, con un acento gutural:

-¿Quién es el responsable de todo esto? Tú, supongo, ¿no? - Hizo la pregunta en un tono agresivo que me revolvió. Contesté agrio:

-¿Y quién eres tú?

-Mira, camarada. Éste es el camarada Kolzov de *Pravda* e *Izvestia*. Venimos del Comisariado de Guerra y queremos saber algunas cosas sobre ti. -Ella hablaba con un marcado acento francés. Miré el montón de papeles. Eran los despachos de prensa mandados sin el sello de la censura el 7 de noviembre.

El ruso se volvió a mí y gritó:

-Esto es una vergüenza. Quien quiera que sea el responsable de esta clase de sabotaje, merece que le fusilen. Los hemos visto en el comisariado cuando alguien del ministerio los llevó para que se enviaran a Valencia. ¿Eres tú quien ha dejado a los periodistas decir estas cosas? ¿Tú sabes lo que has hecho?

-Lo único que sé es que soy yo quien ha evitado que esto siguiera pasando -repliqué-. Nadie se ha preocupado de ello, y tú me parece que también te has enterado un poco tarde. -Y comencé a explicar toda la historia, menos molesto por la manera imperativa de Kolzov que satisfecho de que al fin alguien se ocupara de nuestro trabajo. Terminé diciéndole que hasta entonces estaba encargado de la censura sin autoridad alguna, con excepción de la mía y la del improvisado Comité del Frente Popular, consistente en nueve personas.

-La autoridad de quien tú dependes es el Comisariado de Guerra. Vente con nosotros y Susana te dará una orden del comisariado.

Me llevaron en un coche al Ministerio de la Guerra donde encontré que la mujer, a quien llamaban Susana, estaba actuando como secretaria responsable del Comisariado de Guerra de Madrid; aparentemente sin más razón que el haber mantenido su cabeza firme, porque hasta entonces no había sido más que una mecanógrafa. Grupos de oficiales de las milicias entraban y salían, gentes entraban violentamente gritando que no les había llegado el armamento que les estaba destinado; y tal hombre, Kolzov, se mezclaba en cada discusión y gritaba con toda la autoridad de su vitalidad y de su arrogancia.

Me alegraba caer bajo el Comisariado de Guerra. Álvarez del Vayo, que era mi jefe supremo en su calidad de ministro de Estado, había sido nombrado comisario general. Aún no le conocía personalmente, pero estaba bien predispuesto por el sentimiento popular hacia él; había sido el primero de los ministros que había vuelto a Madrid y había hecho contacto con el frente de batalla de la ciudad sitiada. Todo el mundo narraba cómo él solo se había enfrentado con el grupo de anarquistas de Tarancón como un hombre. Las gentes recordaban que era él quien había dicho la verdad acerca de nuestra guerra a los diplomáticos, reunidos en Ginebra. Esperaba que, en las condiciones del estado de sitio, la censura de prensa extranjera se mantendría libre de interferencias de la burocracia del Ministerio de Estado emboscada en la retaguardia de Valencia.

La orden escrita que recibí del Comisariado de Guerra el 12 noviembre decía así:

Teniendo en cuenta el traslado a Valencia del Ministerio de Estado y de la necesidad indispensable de que el departamento de prensa de dicho ministerio continúe funcionando en Madrid, el comisario general de Guerra ha decidido que el dicho departamento de prensa dependerá de ahora en adelante del comisario general de Guerra y, por otra parte, que Arturo Barea Ogazón será responsable del mismo, con la obligación de rendir un informe de sus actividades al comisario general de Guerra.

En la tarde de aquel mismo día, Rubio Hidalgo llamó desde Valencia. Venía a Madrid para arreglar las cosas. Informé al comisariado. Me dijeron que no le dejara tocar un



solo papel y que le llevara al Ministerio de la Guerra; ya se encargarían ellos de él.

-¿Y suponiendo que no quiera ir?

-Te lo traes entre dos guardias de asalto.

Hasta entonces había rehusado utilizar el despacho de Rubio. Era una habitación dispuesta para el jefe de sección que podía sentarse allí con todos los honores de su cargo, sin que le molestara el trabajo de otros. Por otra parte, odiaba el olor de la habitación. Pero cuando Rubio Hidalgo llegó de Valencia, le recibí en su propio despacho, sentado a su mesa, e inmediatamente le transmití la orden del Comisariado de Guerra. Palideció más de lo que era y guiñó sus ojos ganchudos:

-Bueno, vamos.

En el comisariado escuchó en silencio la reprimenda agria y cruda; después puso sus cartas sobre la mesa. Él era el jefe de prensa del Ministerio de Estado; el Comisariado de Guerra tenía que oponerse a cualquier acción desorganizada y brutal, puesto que reconocía la autoridad del Gobierno y su propio jefe era un miembro de él. La posición legal de Rubio era inatacable. Se acordó que la Oficina de Prensa y Censura en Madrid seguiría dependiendo de él en su calidad de jefe de prensa. Estaría bajo el Comisariado de Guerra en Madrid para las instrucciones inmediatas, y, a través del comisariado, bajo la junta de Defensa. El Departamento de Prensa del Ministerio de Estado seguiría pagando los gastos de la oficina de Madrid, los despachos censurados se seguirían enviando a Rubio Hidalgo. Estuvo suave y convincente.

Cuando volvimos al ministerio discutió conmigo los detalles del servicio: las reglas generales para la censura sobre cuestiones militares me serían dadas por las autoridades de Madrid. Acordamos que el servicio debía trasladarse en bloque a la Telefónica. Los periodistas pedían el cambio; la mayoría de ellos vivían en hoteles cercanos a la Telefónica y encontraban muy inconveniente el ir y venir todos los días al ministerio a través de un Madrid salpicado de cañonazos. Teníamos también el interés de liberar a los censores de la Telefónica de su trabajo eventual como censores de prensa y en organizar los turnos de trabajo con nuestro escaso personal. Rubio prometió mandarme desde Valencia otro censor. Se marchó con apreciaciones entusiastas para el trabajo arduo que habíamos hecho y con acendradas protestas de amistad. Me quedé convencido de que me odiaba, aún mucho más que yo a él.

Cuando nos hubimos instalado en la Telefónica, me fui por unas horas. Era mi primer descanso desde el 7 de noviembre. Tenía el cerebro acorchado y quería respirar un poco de aire. Ir a casa no había ni que pensarlo. Me marché Gran Vía abajo, hacia el barrio de Argüelles y el paseo de Rosales, el barrio que había sido casi demolido por el bombardeo concentrado en los primeros días de sitio, cuando los tanques alemanes de los rebeldes se preparaban trepar hasta la plaza de España. Habían comenzado a subir la cuesta de San Vicente, pero habían sido rechazados cuando casi llegaban a ver la estatua de bronce de don Quijote. Toda la parte de Argüelles alrededor del paseo de Rosales y de la calle de Ferraz, que debía haber sido la brecha abierta en la muralla de defensa, estaba entonces evacuada y declarada zona de guerra, como parte frente.

Se había disipado la niebla de la noche anterior y el cielo era despiadadamente azul. Contemplé cada brecha y cada agujero en el Cuartel de la Montaña. Los jardines al pie estaban pelados y sucios. Algunos de los agujeros servían de marco al sol en los patios. El edificio era ahora una cáscara vacía y silenciosa que recibía los ruidos del frente y los devolvía amplificadas y terribles. El tableteo de las ametralladoras allá abajo repercutía en las galerías del cuartel.

Hasta aquí llegaban los signos de vida humana, el ruido de gentes en algún rincón abandonado del cuartel, compañías de milicianos marchando por las avenidas hacia el

frente, centinelas de guardia en puertas rotas. Quise seguir en dirección al paseo de Rosales, pero un soldado me hizo retroceder.

-No se puede pasar, compañero, está barrido por las ametralladoras.

Seguí por la calle paralela, la calle de Ferraz. Estaba desierta. Conforme avanzaba, la calle muerta se iba apoderando de mí. Había casas absurdamente intactas, lado a lado de montones inmensos de basura y escombros. Había casas cortadas limpiamente por un hachazo gigante que mostraban sus entrañas como una casa de muñecas abierta. En los pocos días que habían transcurrido, las nieblas habían estado trabajando en silencio: habían pelado el papel de las paredes y lo habían convertido en largas tiras pálidas que flameaban al viento. Un piano caído sobre su cojera mostraba sus dientes blancos y negros. Se balanceaban las lámparas del comedor con las pantallas pretenciosas de faldillas bordadas, ahogadas de vigas desnudas. Detrás de una ventana flanqueada de erizados cuchillos de roto cristal, un espejo intacto, desvergonzado, reflejaba un diván que dejaba escapar sus intestinos.

Pasaba bares y tabernas: uno cuyo piso había sido tragado por la boca oscura y aún hambrienta de la cueva, otro con las paredes intactas, pero el mostrador de cinc arrugado, el reloj en la pared, una retorcida masa de ruedas y muelles y una cortinilla roja agitándose delante de nada. Entré en una taberna que no estaba herida, sólo abandonada. Sillas y banquetas continuaban alrededor de las mesas pintadas de rojo, las botellas y los vasos estaban aún como los dejaron los parroquianos. En la pila del mostrador, el agua era espesa y llena de lodo en el fondo. Por la boca de un frasco de vino, cuadrado, renegrido de posos secos de vino, apareció lentamente una araña, se afirmó sobre el borde con sus dedos peludos y se me quedó mirando.

Me marché de prisa, casi corriendo, perseguido por el grito y por la mirada de las cosas muertas. Los carriles del tranvía, arrancados del pavimento de piedra, retorcidos en rizados convulsos, me cerraban el paso, como serpientes llenas de furia. La calle no tenía fin.

## En la Telefónica

### Capítulo II

Cuando se corre peligro de muerte se tiene miedo: antes, en el momento o después. También, en el momento crítico de peligro, se sufre el fenómeno que yo llamaré de «visibilidad». La percepción de todos los sentidos y de todos los instintos se aguza hasta un límite que permite «ver» -es decir, profundizar- en lo más hondo de la propia vida. Pero cuando el peligro de muerte adquiere caracteres permanentes por un largo período de tiempo y no es personalmente aislado, sino colectivo, o se cae en la bravura insensata o en el embrutecimiento pasivo; o la visibilidad subsiste y se aguza más y más aún, como si fuera a romper las fronteras entre la vida y la muerte.

Aquellos días del mes de noviembre de 1936, todos y cada uno de los habitantes de Madrid estaban en constante peligro de muerte.

El enemigo estaba en las puertas y podía irrumpir de un momento a otro; los proyectiles caían en las calles de la ciudad. Sobre sus tejados se paseaban los aviones impunes y dejaban caer su carga mortífera. Estábamos en guerra y en una plaza sitiada. Pero la guerra era una guerra civil, y la plaza sitiada, una plaza que tenía enemigos dentro. Nadie sabía quién era un amigo leal; nadie estaba libre de la denuncia o del terror, del tiro de un miliciano nervioso o del asesino disfrazado que cruzaba veloz en un coche y barría una acera con su ametralladora. Los víveres no se sabía qué mañana habrían dejado de existir. La atmósfera entera de la ciudad estaba cargada de tensión, de desasosiego, de desconfianza, de miedo físico, tanto como de desafío y de voluntad irrazonada y amarga de seguir luchando. Se caminaba con la muerte al lado.

Noviembre era frío y húmedo, lleno de nieblas, y la muerte era sucia.

La granada que mató a la vendedora de periódicos de la esquina de la Telefónica lanzó una de sus piernas al centro de la calle, lejos del cuerpo. Noviembre recogió aquella pierna, la refregó con sus barros y la convirtió de pierna de mujer en un pingajo sucio de mendigo.

Los incendios chorreaban hollín diluido en humedad: un líquido negro, seboso, que se adhería a las suelas, trepaba a las manos, a la cara, al cuello de la camisa y se instalaba allí persistente.

Los edificios destripados por las bombas exhibían las habitaciones rotas, mojadas por la niebla, sus muebles y sus ropas hinchados, deformes, desfilando los colores en una mezcla sucia, como si la catástrofe hubiera ocurrido años hacía y las ruinas hubieran quedado allí abandonadas. Por los cristales rotos de las casas en pie de los vivos entraba la niebla algodonosa y fría.

Tal vez os habéis asomado en la noche al brocal de uno de esos viejos pozos en el fondo de los cuales dormita el agua. Dentro está todo negro y en silencio y es imposible ver el fondo. Tienen un silencio opaco que sube de la tierra, de lo profundo, oliendo a moho. Si habláis, os responde un eco bronco que surge de lo hondo. Si persistís en mirar y en escuchar, acabaréis por oír el andar aterciopelado de las alimañas por sus paredes. Una cae de súbito al agua, y entonces el agua recoge una chispa de luz de alguna parte y os ciega con un destello fugaz, lívido, metálico; un destello de cuchillo desnudo. Os retiráis del brocal con un escalofrío.

Era esta misma la impresión que se recibía al mirar a la calle desde las ventanas altas de la Telefónica. A veces se desgarraba el silencio de ciudad muerta lleno de estos ruidos

pavorosos: el pozo estallaba en alaridos, ráfagas de luz cruzaban las calles acompañando el aullido de las sirenas montadas sobre las motocicletas, y el bordoneo de los aviones llenaba el cielo.

Comenzaba la hecatombe de cada noche; temblaba el edificio en sus raíces, tintineaban sus cristales, parpadeaban sus luces. Se sumergía y ahogaba en una cacofonía de silbidos y explosiones, de reflejos verdes, rojos y blanco-azul, de sombras gigantes retorcidas, de paredes rotas, de edificios desplomados. Los cristales caían en cascadas y daban una nota musical casi alegre al estrellarse en los adoquines.

Estaba en el límite de la fatiga. Había establecido una cama de campaña en el cuarto de censura de la Telefónica y dormía a trozos en el día o en la noche, despertado constantemente por consultas o por alarmas y bombardeos. Me sostenía a fuerza de café negro, espeso, y coñac. Estaba borracho de fatiga, café, coñac y preocupación.

Había caído de lleno sobre mí la responsabilidad de la censura para todos los periódicos del mundo y el cuidado de los corresponsales de guerra en Madrid. Me encontraba en un conflicto constante con órdenes dispares del ministerio en Valencia, de la junta de Defensa o del Comisariado de Guerra; corto de personal, incapaz de hablar inglés, ante una avalancha de periodistas excitados por una labor de frente de batalla y trabajando en un edificio que era el punto de mira de todos los cañones que se disparaban sobre Madrid y la guía de todos los aviones que volaban sobre ía ciudad.

Miraba los despachos de los periodistas tratando de descubrir lo que querían decir, cazando palabras a través de diccionarios pedantes para descifrar el significado de sus frases de doble sentido, sintiendo y resintiendo la impaciencia y la hostilidad de sus autores. No los veía como seres humanos, sino como muñecos gesticulantes y chillones, manchones borrosos que surgían de la penumbra, vociferaban y desaparecían.

Hacia la medianoche sonó el alerta y salimos al pasillo que en un rincón, al lado de la puerta, ofrecía un resguardo contra los vidrios proyectados por las explosiones. Continuamos allí terminando de censurar unos despachos a la luz de nuestras lámparas de bolsillo.

Por el extremo opuesto del pasillo vino hacia nosotros un grupo de personas.

-¿Es que no pueden parar estos periodistas ni en los alertas? - regruñó alguien.

Era una partida de periodistas que acababa de llegar de Valencia. Alguno de ellos ya había estado en Madrid hasta la mañana del siete. Nos saludamos en la penumbra. Entre ellos venía una mujer.

El alerta pasó pronto y entramos en el despacho. La lámpara, envuelta en papel morado, me impedía ver bien las caras y entre esto y la llegada de otros periodistas con despachos urgentes sobre el bombardeo, tenía una impresión confusa de quiénes habían venido. La mujer se sentó frente a mí al otro lado de la mesa: una cara redonda, con ojos grandes, una nariz roma, una frente ancha, una masa de cabellos oscuros, casi negros, alrededor de la cara, y unos hombros anchos, tal vez demasiado anchos, embutidos en un gabán de lana verde, o gris, o de algún color que la luz violada hacía indefinido. Ya había pasado de los treinta y no era ninguna belleza. ¿Para qué demonios me mandaban a mí una mujer de Valencia? Ya era bastante complicado con los hombres. Mis sentimientos, todos, se rebelaban contra ella.

Tenía que consultar frecuentemente el diccionario, no sólo por mi escaso inglés, sino también por el *slang* o jerga periodística y las palabras nuevas que creaba la guerra a cada momento con su armamento jamás usado. La mujer me miraba curiosa. De pronto cogió uno de los despachos del montón y dijo en francés:

-¿Quieres que te ayude, camarada?

Le alargué silenciosamente una página llena de una cantidad de «camelos». Me

malhumoró y me hizo sospechar ligeramente el ver la rapidez y facilidad con la que recorría las líneas con sus ojos, pero tenía que quitarme de encima un montón enorme de despachos y la consulté varias veces. Cuando nos quedamos solos le pregunté:

-¿Por qué me has llamado «camarada»?

Me miró con gran asombro:

-¿Por qué me ha llamado «camarada»?

-No creo que lo diga por los periodistas. Algunos de ellos son fascistas declarados.

-Yo he venido aquí como una socialista y no como corresponsal de un periódico.

-Bueno -dije displicente-, entonces, camaradas. -Lo dije de mala gana; aquella mujer iba a crear complicaciones.

Comprobé y respaldé sus documentos; la mandé alojada al Gran Vía, el hotel exactamente enfrente de la Telefónica, y pedí a Luis el ordenanza que la acompañara a cruzar la oscura calle. Se marchó a lo largo del pasillo, tiesa y terriblemente seria, embutida en su severo gabán. Pero andaba bien. Una voz detrás de mí dijo: «¡Ahí va un guardia de asalto!».

Cuando volvió Luis, exclamó:

-¡Eso es una mujer para usted!

-¡Caray! ¿Le ha gustado, Luis? -pregunté asombrado.

-Es una gran mujer, don Arturo. Tal vez demasiado buena para un hombre. Y vaya una idea. ¡Venir a Madrid precisamente ahora! No sabe ni cinco palabras de español, pero si la dejan sola por la calle no se pierde, no. Ya tiene reaños esa mujer.

Al día siguiente vino a la censura a que le diera un salvoconducto y tuvimos una larga conversación en nuestro francés convencional. Habló francamente de ella misma, ignorando o tal vez no enterándose de mi antagonismo: era una socialista austríaca con dieciocho años de lucha política detrás de ella; había tomado parte en la revolución de los trabajadores de Viena en febrero de 1934 y en el movimiento ilegal que siguió; después había escapado a Checoslovaquia y vivido allí con su marido como una escritora política. Había decidido venir a España cuando estalló la guerra. ¿Por qué? Bueno, a ella le parecía que era la cosa más importante para los socialistas que ocurría en el mundo y quería ayudar. Había seguido los acontecimientos en España a través de los periódicos socialistas españoles, los cuales descifraba con la ayuda de sus conocimientos del francés, del latín y del italiano. Tenía un grado universitario como economista y socióloga, pero por muchos años se había dedicado sólo a trabajo de educación y propaganda en el movimiento obrero.

«¡Buena pieza me había caído en suerte! ¡Revolucionaria, intelectual y sabihonda!», pensé para mis adentros.

Y desde el momento que había decidido venir a España, pues, aquí estaba. Dios sabía cómo: con dinero prestado, con la excusa de que algunos periódicos de la izquierda, en Checoslovaquia y en Noruega, le habían prometido tomarle los artículos para informaciones telefónicas, nada más que unas cuantas cartas que mandara, pero sin darle un sueldo, ni menos aún dinero de presentación. La embajada en París la había mandado al departamento de prensa y éste había decidido pagarle los gastos de estancia. Rubio Hidalgo se la había llevado a Valencia con su convoy, pero, puesto que Madrid no había caído, ella se había empeñado en que al menos tenía que haber un periodista de izquierda en Madrid, y exigió volver. Escribiría sus artículos y serviría como una especie de secretaria-mecanógrafa a unos periodistas franceses e ingleses que estaban dispuestos a pagarle bien. Así que todo lo tenía arreglado. Se había puesto a la disposición del Departamento de Prensa y Propaganda y se consideraba ella misma como bajo nuestra disciplina.

Un discurso bonito. No sabía qué hacer con ella: o sabía demasiado o estaba loca como una cabra. Su historia, a pesar de todas sus cartas de presentación, me parecía un poco fantástica.

Entró en el cuarto un periodista danés, regordete y alegre, que había venido con ella desde Valencia. Quería que le censurara un largo artículo para *Politiken*. Lo sentía mucho, yo no podía censurar nada en danés, tendría que someterme un texto en francés o en inglés. Se puso a hablar con la mujer y ésta recorrió con la mirada las cuartillas escritas a máquina y se volvió a mí:

-Es un artículo sobre los bombardeos de Madrid. Déjeme que lo lea por usted. Ya he censurado otros artículos de él en danés cuando estaba en Valencia. Sería muy difícil para él y para su periódico si tuviera que traducirlo al inglés o al francés y después retraducirlo allí.

-Pero yo no puedo pasar un idioma que no entiendo.

-Llame a Valencia a Rubio Hidalgo y ya verá cómo me deja hacerlo. Al fin y al cabo es en nuestro propio interés. Luego volveré y ya me dirá lo que Rubio le ha dicho.

No me hizo mucha gracia su insistencia, pero le di cuenta a Rubio Hidalgo en el curso de la conferencia que teníamos siempre a mediodía. Me encontré con que no sabía pronunciar el nombre de la mujer, pero no había otra mujer periodista en Madrid. Y con la mayor sorpresa por mi parte, Rubio Hidalgo dio inmediatamente su conformidad y preguntó:

-¿Y qué está haciendo Ilsa?

-No lo sé exactamente. Va a escribir unos artículos, dice, y parece que va a escribir los despachos de Delmer y Delaprée, para sacar algún dinero.

-Ofrézcale un puesto en la censura. La paga corriente, trescientas pesetas al mes, más el hotel. Puede sernos muy útil. Conoce muchos idiomas, y es muy inteligente. Sólo que es un poco impulsiva, y confiada. Propóngaselo hoy mismo.

Cuando la invité a que se convirtiera en un censor, dudó por unos momentos. Después dijo:

-Sí. No es bueno para nuestra propaganda que ninguno de vosotros no pueda hablar con los periodistas en su lenguaje profesional. Acepto.

Comenzó aquella misma noche. Trabajamos juntos, uno enfrente del otro, sentados a cada lado de la amplia mesa. La sombra de la pantalla caía sobre nuestros perfiles y sólo cuando nos inclinábamos sobre los papeles nos veíamos uno al otro la punta de la nariz y la barbilla, distorsionadas y planas, por el contraste del cono de luz contra las sombras. Trabajaba rapidísimamente. Podía ver que los periodistas estaban encantados y se enzarzaban en rápidas conversaciones con ella como si fuera uno de los suyos. La situación me molestaba. Una vez, dejé el lápiz y me quedé mirándola, absorta en lo que leía. Debía de ser una cosa divertida porque la boca se curvaba en una sonrisa suave.

«Pero... tiene una boca deliciosa», me dije a mí mismo. Y me asaltó de pronto una curiosidad irresistible por verla en detalle.

Aquella noche charlamos por largo rato sobre los métodos de propaganda del Gobierno republicano, tal como los veíamos a través de las reglas de la censura, que le había explicado, y tal como ella había visto el resultado en el extranjero. Las dificultades terribles que atravesábamos, sus causas y sus efectos tenían que suprimirse en las informaciones de prensa. Su punto de vista era que aquello era una equivocación catastrófica, porque así se convertían nuestras derrotas y nuestras querellas internas en algo inexplicable; nuestros éxitos perdían su importancia y nuestros comunicados sonaban a ridículo, dando así a los fascistas una victoria fácil en su propaganda.

Me fascinaba el sujeto. Por mi experiencia personal con propaganda escrita, aunque esta

experiencia nunca había sido más que desde un ángulo puramente comercial, creía también que nuestro método era completamente ineficaz. Tratábamos de conservar un prestigio que no poseíamos y estábamos perdiendo la posibilidad y la ocasión de una propaganda efectiva.

Los dos, ella y yo, veíamos con asombro que ambos queríamos la misma cosa, aunque nuestras fórmulas fueran diferentes y sus raíces de origen absolutamente distintas. Acordamos que trataríamos de convencer a nuestros superiores de que cambiaran sus tácticas, ya que para ello estábamos en una posición clave en la censura de prensa del Madrid sitiado.

Ilsa no se marchó a dormir al hotel. Confesó que la noche antes, cuando los Junkers habían sembrado sus bombas incendiarias, la había disgustado encontrarse sola en el cuarto del hotel, aislada e inútil. Le ofrecí la tercera cama de campaña que teníamos en la habitación y me alegré que aceptara. Desde aquel momento comenzó adormir a ratos y censurar a ratos, lo mismo que hacía yo, mientras Luis roncaba suavemente en su rincón.

Al día siguiente trabajamos sin cesar, charlando en cada rato que teníamos libre. Rafael me preguntó qué era lo que podía hablar con ella sin cansarme. Manolo le dijo que su conversación debía de ser fascinante porque me tenía atontado. Luis movía la cabeza afirmativamente con el aspecto de quien posee un secreto. Cuando se marchó, para escribir sus propios artículos en compañía de algunos periodistas ingleses, me quedé inquieto e impaciente. Las noticias del frente eran malas. El ruido de las trincheras había golpeado los cristales de nuestras ventanas todo el día.

A medianoche me eché en la cama de campaña bajo la ventana e Ilsa se hizo cargo de la censura de los despachos de madrugada.

No podía dormir. No sólo porque no dejara de entrar y salir gente, sino porque estaba en ese estado de agotamiento nervioso que le hace a uno girar en un círculo vicioso, sin descanso posible, mental y físicamente. Durante las noches pasadas no había dormido por los bombardeos y hasta me había tocado hacer de bombero cuando comenzaron a caer bombas incendiarias en uno de los patios de la Telefónica. Ahora estaba repleto de café puro y coñac. El no dormir me provocaba una irritación sorda que iba en aumento.

Ilsa se levantó de la mesa y se dejó caer en la otra cama puesta a lo largo de la pared de enfrente y se durmió casi inmediatamente. Era la hora más quieta, entre las tres y las cinco. A las cinco vendría uno de los corresponsales de las agencias con su crónica interminable de cada mañana. Me sumergí en un estupor semilúcido.

A través de mis sueños comencé a oír un ronroneo tenue y muy lejano, que se acercaba rápidamente. Así que, ¿tampoco iba a dormir aquella noche porque venían los aviones? A través de la penumbra púrpura del cuarto vi que Ilsa abría los ojos. Los dos nos incorporamos, la cabeza descansando sobre una mano, medio tumbados, medio sentados, frente a frente:

-Al principio me creía que era el ascensor -dijo. Los grandes ascensores habían estado zumbando sin cesar al otro lado del pasillo.

Los aeroplanos estaban trazando círculos sobre nosotros y el sonido se aproximaba más y más. Descendían, bajo y deliberadamente, trazando una espiral alrededor del rascacielos que era el edificio. Escuchaba estúpidamente el doble zumbido de sus hélices, una nota alta y una baja: «Dor-mir-dor-mir-dor-mir...».

Ilsa preguntó:

-¿Qué hacemos?

«¿Qué hacemos?» Así, con la voz fría. ¿Es que esta mujer se cree que esto es una broma? La cabeza me seguía martilleando con la estúpida frase, acompasada a los

motores: «... dor-mir-dor-mir...». Y ahora la pregunta idiota: «¿Qué hacemos?». ¿Se iría a arreglar la cara esta mujer? Había abierto su bolsillo y había abierto una polvera. Contesté bruscamente:

-¡Nada!

Seguimos escuchando el ruido de los motores girando sobre nosotros, inexorable. Aparte de esto había un silencio profundo. Los ordenanzas debían de haberse ido al refugio de los sótanos; todo el mundo debía de haberse ido al refugio. ¿Qué hacíamos allí nosotros, escuchando y esperando?

La explosión me levantó al menos dos centímetros sobre el colchón. Por un momento quedé suspendido en el aire. Las cortinas negras de las ventanas ondearon furiosas hacia el interior de la habitación y dejaron caer de entre sus pliegues una cascada de vidrios rotos sobre la cama. El edificio, que yo no había sentido vibrar, parecía ahora enderezarse lentamente. De la calle subía una algarabía de gritos y cristales rotos. Se oyó caer blandamente una pared, y se adivinaba en su ¡plof! sordo la oleada de polvo invadiendo la calle. Ilsa se levantó y se sentó en el borde de mi cama. Comenzamos a hablar, no recuerdo de qué. De algo. Necesitábamos hablar, sentir la sensación de refugio de animales amedrentados. Por las ventanas entraba en bocanadas la niebla húmeda oliendo a yeso. Sentía el deseo furioso de poseer allí mismo a aquella mujer. Nos envolvimos en los gabanes. El ruido de los aviones había cesado y se oían algunas explosiones muy lejos. Luis asomó a la puerta su cara asustada:

-Pero ¿se han quedado ustedes aquí, los dos solos? ¡Qué locura, don Arturo! Yo me marché a los sótanos y después me sacaron de allí con un grupo para recoger gente cuando aún estaban cayendo las bombas. Así que tal vez han estado ustedes acertados en quedarse aquí. Pero yo no creía que les dejaba solos, creía que, como todos, también ustedes venían abajo, naturalmente que...

Seguía y seguía con su charla nerviosa y espasmódica. Entró uno de los corresponsales de las agencias con el primer despacho sobre el bombardeo. Comunicaba en él que una casa de la calle de Hortaleza, a veinte metros de la Telefónica, había quedado totalmente destruida. Ilsa se sentó inmediatamente a la mesa para censurar la noticia y su cara quedó iluminada por el débil fulgor que pasaba a través del papel carbón gris-púrpura que envolvía la bombilla. El papel se requemaba lentamente y olía a cera, con el olor de una iglesia donde acabaran de apagarse las velas del altar mayor. Me fui con el periodista al piso doce, para ver los fuegos verdosos que rodeaban la Telefónica.

Amanecía una mañana de sol y nos asomamos a las ventanas. La calle de Hortaleza estaba cerrada por milicianos en el trozo bajo nuestras ventanas. Los bomberos estaban removiendo los escombros. Los balcones se llenaban de gentes que enrollaban las persianas y corrían las cortinas. Los balcones y el cerco de las ventanas estaban llenos de vidrios rotos. Alguien comenzó a barrer un montón brillante hacia la calle y los cristales cayeron en una cascada de campanitas. De pronto, en cada balcón y en cada ventana aparecieron las figuras de un hombre o de una mujer, adormilados y armados de una escoba, y los cristales rotos comenzaron a llover sobre ambas aceras. El espectáculo era irresistiblemente cómico. Me recordaba la famosa escena de *Sous les toits de Paris*, cuando en cada ventana aparece una figura humana y se incorpora al coro. Los cristales tintineaban alegres sobre las baldosas y las gentes que barrían cambiaban bromas con los milicianos en la calle que se refugiaban en los portales.

Contemplaba aquello como algo lejano a mí. Mi mal humor seguía aumentando. Tendría ahora que encontrar otra habitación para oficina, porque no había ni que pensar en tener nuevos cristales para las ventanas.

A las diez de la mañana llegó Aurelia, determinada a convencerme de que me fuera un



rato con ella a casa; no había ido por allí al menos en una semana. Ella lo había arreglado ya para que los chicos se quedaran con los abuelos y nosotros estuviéramos solos en la casa. Por dos meses, o más, no habíamos estado solos. Me repelió la proposición y nuestras palabras se volvieron agrias. Sacudió la cabeza en dirección a Ilsa y dijo:

-Claro, ¡como estás en buena compañía!...

Le dije que lo que tenía que hacer era marcharse con los niños fuera de Madrid. Me contestó que lo que yo quería era deshacerme de ella. Y en verdad, a pesar de la preocupación seria que me causaban los niños dentro de los múltiples peligros de la ciudad, sabía que no se engañaba mucho. Traté de prometerle que iría a verla al día siguiente.

A mediodía nos habíamos instalado en el piso cuarto en una enorme sala del consejo. Disponía de una mesa inmensa en medio del cuarto y de cuatro mesas de oficina, una al lado de cada ventana. Alineamos nuestras camas de campaña a lo largo de la pared del fondo y una cuarta en un rincón. Las ventanas se abrían a la calle de Valverde, frente a frente al campo de batalla. La mesa de consejo tenía la cicatriz de un *shrapnel*; la casa enfrente de nosotros había perdido una esquina de un cañonazo; el tejado de la siguiente estaba roído por el incendio; estábamos en el ala de la Telefónica más expuesta al fuego de artillería, desde los cerros azules de la Casa de Campo. Reemplazamos con cartones algunos cristales rotos y colgamos colchones en las ventanas delante de las mesas en las que íbamos a hacer la censura. Los colchones podrían absorber la metralla, pero nada de aquello detendría una bala de cañón.

Estábamos alegres mientras hacíamos nuestros preparativos. La gran sala era amplia y clara comparada con el cuarto que habíamos abandonado. Decidimos que iba a ser nuestra oficina permanente.

Ilsa y yo nos fuimos juntos a almorzar en uno de los restaurantes que aún funcionaban en la Carrera de San Jerónimo; estaba cansado de la comida de la cantina y no tenía ganas de sentarme con periodistas en el comedor del Gran Vía para escuchar una conversación en inglés que no entendía. Mientras pasábamos el cráter profundo que había dejado una bomba que voló la cañería central del gas y la estación del metro, Ilsa se colgó de mi brazo. Cruzábamos la anchura de la Puerta del Sol, cuando alguien me tiró del brazo libre:

-¿Puedes hacer el favor, un momento?

A mi lado estaba María, con la cara descompuesta. Rogué a Ilsa que me aguardara y me separé unos pasos con María, que inmediatamente estalló:

-¿Quién es esa mujer?

-Una extranjera que está trabajando con nosotros en la censura.

-No me cuentes historias. Ésa es tu querida. Y si no lo es, ¿por qué se cuelga del brazo? Y mientras, a mí me dejas sola, ¡como un trapo viejo que se tira a la basura!

Mientras trataba de explicarle que para un extranjero el cogerse del brazo no significaba nada, se desató en un torrente de insultos y se echó a llorar; y así, llorando, se marchó calle de Carretas arriba.

Cuando volví a reunirme con Ilsa tuve que explicarle la situación: le conté brevemente mi fracaso en mi matrimonio, mi estado mental entre las dos mujeres y mi huida de ambas. No hizo comentario alguno, pero vi en sus ojos el mismo asombro y disgusto que había sorprendido en ellos aquella mañana durante mi bronca con mi mujer. Durante la comida me sentí dispuesto a provocarla y enfadarla, queriendo romper la corteza de su calma; después tuve que cerciorarme de que no había destruido la franqueza con que nos hablábamos, y hablé sobre todo de la tortura de ser un español y

no poder hacer nada para ayudar a su propio pueblo.

A medianoche, después de una tarde en la que habíamos tenido que soportar el peso mayor de la censura, con muy poca ayuda de los otros poscensores, nuestra fatiga se hizo intolerable. Decidí que desde el día siguiente la censura se cerraría entre la una de la madrugada y las ocho de la mañana, salvo para casos urgentes e imprevistos. Era una liberación el pensar que no tendríamos más que leer a través de largas y fútiles informaciones estratégicas a las cinco de la mañana. Era imposible seguir trabajando dieciocho horas al día.

Mientras uno de los otros censores cabeceaba sobre su mesa, Ilsa y yo tratamos de dormir en nuestras camas de campaña. A través de las ventanas llegaban en oleadas los trallazos de los disparos de fusil y el tableteo de las ametralladoras del frente. Era frío y húmedo y era muy difícil escapar del pensamiento de que estábamos en la línea de tiro de los cañones. Charlamos y charlamos bajito, como si nos quisiéramos sostener el uno al otro. Así me quedé dormido por unas pocas horas.

No recuerdo mucho del día siguiente: estaba atontado por falta de sueño, por exceso de café y coñac, y por desesperación. Me movía en una semilucidez de los sentidos y del cerebro. No hubo bombardeo y las noticias del frente eran malas; Ilsa y yo trabajamos juntos, charlamos juntos e hicimos juntos grandes silencios. Es lo único que recuerdo.

A medianoche Luis hizo las tres camas y zascandileó alrededor del cuarto. Había escogido para él la cama del rincón: colgó en una silla al lado su chaqueta galoneada, se quitó las botas y se envolvió en las mantas. Ilsa y yo nos tumbamos en nuestras camas, a medio metro una de otra, y comenzamos a charlar bajito. De vez en cuando miraba al censor de turno, un perfil pálido bajo el cono de luz. Hablábamos de lo que había pasado en nuestras mentes, a ella durante los largos años de lucha revolucionaria y derrota, a mí en los cortos pero interminables meses de nuestra guerra.

Cuando el censor se marchó a la una, eché el cerrojo a la puerta y apagué las luces, con excepción de la de la mesa del censor con su pantalla de papel carbón. Luis roncaba pacíficamente. Me metí en la cama. Fuera del círculo de luz gris-púrpura sobre la mesa y de la diminuta isla roja que marcaba frente a ella nuestra única estufa eléctrica, el cuarto estaba en la oscuridad. La niebla se filtraba por las ventanas, mezclada con los ruidos del frente, y formaba un halo malva alrededor de la lámpara. Me levanté y arrimé mi cama a la de ella. Después, era la cosa más natural del mundo que se entrelazaran nuestras manos.

Me desperté al amanecer. El frente estaba silencioso y la habitación quieta. La niebla se había espesado y el halo de la lámpara sobre la mesa se había convertido en un globo gris-púrpura translúcido y encendido. Podía ver las siluetas de los muebles. Cuidadosamente retiré el brazo y envolví a Ilsa en sus mantas. Después retiré la cama a su sitio. Una de sus patas de hierro rechinó sobre el entarimado, dado de cera, y me quedé en suspenso. Luis continuaba respirando rítmicamente, apenas sin un ronquido. Rehaciéndome de mi susto, me enrollé bien ceñido en mis mantas y me volví a dormir.

En la mañana, la parte más extraordinaria de mi experiencia fue su naturalidad. No tenía el sentimiento de haber conocido por primera vez a una mujer, sino de haberla conocido de siempre. «De siempre» no en el curso de mi vida, sino en el sentido absoluto, antes y fuera de esta vida mía. Era una sensación semejante a la que sentimos algunas veces cuando paseamos las calles de una vieja ciudad: llegamos a una placita silenciosa y de golpe sabemos; sabemos que hemos vivido allí, que lo hemos conocido siempre, que lo único que ha pasado es que ha vuelto a nuestra vida real, y nos sentimos tan familiarizados con las baldosas llenas de musgo como ellas lo están con nosotros. Sabía lo que ella iba a hacer y cómo sería su cara, igual que conocemos algo que es parte de

nuestra propia vida, algo que hemos visto sin necesidad de mirarlo.

Volvió del lavabo de las muchachas telefonistas con la cara fresca, un poco de polvo adherido a la piel húmeda, y cuando Luis se marchó en busca de nuestro desayuno, nos besamos alegremente, como un matrimonio feliz.

Tenía una sensación inmensa de liberación y me parecía ver las gentes y las cosas con ojos distintos, en una luz diferente, iluminados por dentro. Habían desaparecido mi cansancio y mi disgusto. Era una sensación etérea, como si estuviera bebiendo champán y riendo con la boca llena de burbujas que estallaran con cosquilleos y se escaparan traviesas a través de mis labios.

Vi que ella había perdido su seriedad y severidad defensivas. Sus ojos verde-gris tenían una luz alegre luciendo en lo más hondo. Cuando Luis puso el desayuno sobre una de las mesas, se detuvo y la miró. En la seguridad de que no entendía español, me dijo:

-Hoy está más bonita.

Se dio cuenta de que hablaba de ella:

-¿Qué dice Luis de mí?

-Que hoy estás más bonita. -Se ruborizó y se echó a reír. Luis nos miró al uno y al otro y cuando nos quedamos solos me dijo:

-¡Que sea enhorabuena, don Arturo!

Lo dijo sin ironía y sin malicia. En su mente simple, Luis había visto claramente lo que yo aún no conocía con mi cerebro: que ella y yo nos pertenecíamos el uno al otro. Con toda su devoción profunda hacia mí, a quien consideraba el salvador de su vida, se decidió simple y claramente a convertirse en el ángel guardián de nuestros amores. Pero no dijo una palabra más como comentario.

Era verdad que en aquel momento yo no sabía lo que él había visto instantáneamente. Mientras todos mis sentidos e instintos habían visto y sentido que aquella era «mi mujer», toda mi razón se rebelaba contra ello. A medida que el día avanzaba, me enredaba más y más en uno de esos diálogos mentales, cuidadosamente formulados, que se originan en una batalla razonada contra los propios instintos: «Bueno, ya te has metido de lleno... Ya te has liado con otra mujer... Tanto querer escaparte de tu propia mujer y de una querida de años que sabes que te quiere, para meterte de cabeza con la primera mujer que se te cruza, a quien hace cinco días que conoces y que no sabes quién es. Ni aun tan siquiera habla tu idioma. Ahora te vas a encontrar con ella todo el día sin escape posible. ¿Qué vas a hacer? Eh, ¿qué vas a hacer? Porque desde luego no vas a decir que estás enamorado de ella. En tu vida te has enamorado de nadie».

Me quedé frente a frente de Ilsa, la miré a la cara y exclamé con la voz de duda con la que uno se plantea los problemas que no puede resolver:

-*Mais je ne t'aime pas!*

Se sonrió y dijo con la voz con que se apacigua a los niños:

-Claro que no, querido.

Aquello me enfadó.

Por aquellos días comenzaron a visitar a Ilsa, y a tener largas conversaciones con ella, miembros de la Brigada Internacional que la habían conocido en su vida anterior o que habían oído hablar de ella. Un día vino Gustav Regler, un alemán con una cara llena de arrugas y pastosa como la de un cómico, con altas botas, una pelliza pesada forrada por dentro con piel de carnero, y un cuerpo vibrante de puros nervios. Ilsa se había echado encima de su cama para descansar un rato y yo estaba censurando en mi mesa. Regler se sentó al pie de la cama y comenzó a hablar. Yo los miraba. La cara de ella se animaba llena de amistad hacia el hombre. Mientras hablaba, él puso una mano sobre el hombro de ella, después la dejó descansar sobre una de sus rodillas. Me estaban entrando unas

ganas locas de liarme a patadas con él.

Cuando se marchó con una inclinación de cabeza completamente casual en mi dirección, me levanté y me fui a ella:

-Ése quiere acostarse contigo -dije.

-No exactamente. Mira, la Columna Internacional está metida de lleno en ello y él no es un soldado. Trata de escaparse de sus nervios pretendiendo que lo que él necesita es una mujer, y, claro, yo estoy aquí.

-Eres libre de hacer lo que te dé la gana -dije rudamente, y me senté en el borde de la cama. Por un momento puse mi frente sobre su hombro, después me enderecé y dije furiosamente-: Pero yo no estoy enamorado de ti.

-No. Ya lo sé. Deja que me levante. Yo me haré cargo del turno, ahora me siento descansada. Tú, échate un rato y duerme.

Durante la noche escuchábamos el anillo de explosiones de los morteros. En los amaneceres grises y sucios nos asomábamos a la ventana y escuchábamos cómo el horizonte de ruidos se apagaba. Uno de los hombres del Control Obrero vino y me mostró un fusil mexicano: México había mandado miles de fusiles. Los aviones de caza que volaban sobre nuestras cabezas procedían de Rusia. En la Casa de Campo estaban luchando camaradas franceses y alemanes y se dejaban matar por nosotros. En el Parque del Oeste se estaba atrincherando el batallón vasco. Hacía mucho frío y los cristales de nuestras ventanas estaban salpicados de agujeros diminutos. Los periodistas extranjeros comunicaban los avances lentos, pequeños y costosísimos de las fuerzas de Madrid, y los avances de los sitiadores, también pequeños y comprados a alto precio. Pero dentro de nosotros había una esperanza alegre, por debajo y por encima del miedo, de la amenaza, de la suciedad y de la cobardía mísera que nos acompañaban inevitablemente. Estábamos juntos en el miedo, en la amenaza y en la lucha. Y las gentes eran mucho más sencillas y mucho más llenas de cariño los unos para los otros. No valía la pena presumir, porque había muy pocas cosas que realmente importaran. Estas noches de batalla, estos días de trabajo machacón y aburrido nos estaban enseñando -por un tiempo muy corto, desgraciadamente- a marchar alegremente, lado a lado con la muerte, y a creer que a través de ello resucitaríamos a una vida nueva.

Habían transcurrido veinte días del sitio y defensa de Madrid.

## El sitio

### Capítulo III

Se había terminado el ataque y había comenzado el sitio.

Una escalera estrecha llevaba desde el último piso de la Telefónica a la azotea de su torre cuadrada. Desde allí la ciudad se alejaba, el aire se hacía más transparente, los sonidos se percibían más claros. En los días de calma soplaba una brisa suave, y en los días de viento, estar allí semejaba estar en el puente de un barco barrido por una galerna. La torre tenía una galería cuyos cuatro lados hacían frente a los cuatro puntos del compás y desde allí se podía mirar, apoyado sobre la balaustrada de cemento.

Al norte aparecían las crestas agudas del Guadarrama, una muralla que cambiaba sus colores con la marcha del sol, de un azul profundo hasta un negro opaco. Cuando sus rocas reflejaban los rayos del sol, se llenaba de luz; a la caída de la tarde se inundaba de cobres e índigos; y cuando la ciudad, ya en tinieblas, encendía su luz eléctrica, los picos más altos brillaban aún incandescentes.

El frente comenzaba allí y seguía en curvas, invisibles, rodeando simas y barrancos perdidos en la lejanía. Después se torcía hacia el oeste, siguiendo los valles y doblándose hacia la ciudad. Se veía primero desde el ángulo de la galería entre su lado norte y su lado oeste; no era más que unas pequeñas vedijas de humo y unas chispas de las granadas que explotaban, que no parecían más que chupadas de un cigarrillo. Después, el frente se iba acercando a lo largo del arco brillante del Manzanares que lo conducía más hacia el sur, hasta los pies de la ciudad misma. Desde la altura de la torre el río aparecía sólido y quieto, mientras la tierra a ambos lados se sacudía en convulsiones. Se la veía y se la oía moverse. Nacían en ella vibraciones que llegaban subterráneas hasta el rascacielos, y allí trepaban las vigas de acero y subían, amplificadas, hasta vuestros pies con el temblor de trenes que pasaran lejanos. Los sonidos os llegaban a través del aire, desnudos y directos, zumbidos y explosiones, tableteos de ametralladora, restallar seco de fusiles. Se veían las llamaradas en la boca de los cañones y se veían oscilar los árboles de la Casa de Campo, como si hubiera monstruos que se rascaran contra sus ramas. Se veían figurillas diminutas como hormigas que moteaban las arenas del río. Después surgían ráfagas de silencio que os obligaban a mirar el paisaje, tratando de adivinar el secreto de aquella quietud súbita, hasta que la tierra y el aire temblaban en espasmos y la quietud brillante del río se rompía en arrugas de luz temblona.

Desde la torreta, el frente parecía mucho más cercano que la calle al pie del edificio. Cuando os inclinabais sobre el parapeto para mirar a la Gran Vía, la calle era un cañón profundo y estrecho y desde su fondo profundo el vértigo tiraba de vosotros. Pero cuando mirabais recto, frente a vosotros, todo era paisaje y la guerra dentro de él se extendía delante de vuestros ojos como sobre el tablero de una mesa, como si pudierais alcanzarla y tocarla. Era desconcertante ver el frente tan cerca, dentro de la ciudad, mientras la ciudad en sí permanecía intangible y sola bajo su caparazón de tejados y torres, gris, roja y blanca, cuarteada por el laberinto de grietas que eran sus calles. A veces los cerros al otro lado del río escupían nubecillas blancas y el mosaico de tejados se abría en cascadas de humo, de polvo y de tejas, cuando aún resonaba en vuestros oídos el ulular de las balas cruzando sobre vuestra cabeza. Porque todas parecían pasar por encima de la torre de la Telefónica. Entonces, el paisaje con sus bosques oscuros,

con sus campos verdes, con su río brillante y los manchones amarillos de sus arenas, se fundía con las tejas rojas, con las torres grises, con el blancor de las azoteas, con la calle a vuestros pies, y os encontrabais sumergidos en el corazón de la batalla.

Los pisos encima del piso octavo estaban abandonados. El ascensor, cuando subía al piso trece, lo hacía generalmente vacío; allí no había nadie más que unos pocos artilleros que mantenían un puesto de observación. Las botas de los hombres resonaban en el entarimado de los grandes salones con un ruido hueco. Un obús había atravesado dos pisos y el agujero era el brocal de un pozo hondo, de paredes erizadas de varillas y vigas retorcidas y rotas, que colgaban paralíticas.

La muchacha que manejaba el ascensor, sentada en una banqueta como un pájaro, era guapa y alegre:

-No me gusta subir hasta aquí -me decía-. Está tan solo que siempre creo que el ascensor va a seguir subiendo y se va a disparar al aire en lo alto.

Desde allí se dejaba uno caer en Madrid como una piedra entre las paredes del hueco del ascensor, que se estrechaban rápidas sobre uno, envuelto en el encierro de las puertas metálicas, en el olor de grasa, de metal caliente y de pintura al duco.

La ciudad estaba tensa y viva, palpitando como una herida profunda de navaja de la que surge la sangre a borbotones y en cuyos labios los músculos se retuercen con dolor y con todo el vigor de la vida.

Bombardeaban el centro de Madrid y este centro desbordaba de gentes que hablaban, chillaban, se empujaban y se mostraban uno a otro que estaban aún vivos. Grupos de milicianos -ya comenzábamos a llamarlos soldados- venían del frente o marchaban al frente, vitoreados y vitoreando. Algunas veces la multitud rompía en un himno o una canción que inundaba las calles. A veces chirriaba y campaneaba el acero sobre las piedras cuando pasaba un tanque con su torreta abierta y una figura pequeña surgiendo de la abertura, las manos puestas sobre la tapa, como un muñeco de caja de sorpresa, escapando de un puchero gigante. A veces pasaba uno de los grandes cañones y se paraba en la esquina de la calle para que las gentes pudieran tocar con sus dedos su pintura gris y se convencieran de que era real. A veces era una ambulancia, un gran camión, pródigo de cruces rojas sobre círculos de leche, que pasaba y dejaba detrás de sí un surco lleno de silencios; hasta que la motocicleta que tejía su camino entre coches y gente y explosiones desgarraba el silencio. Alguien gritaba: «¡Vas a llegar tarde!» y el tumulto de la multitud estallaba de nuevo.

Todo era centelleante como una película sobre la pantalla, centelleante y espasmódico. La gente hablaba a gritos y reía a carcajadas. Bebían a tragos sonoros con gran estrépito de vasos. Los pasos en la calle resonaban fuertes, firmes y rápidos. A la luz del día todo el mundo era un amigo, por la noche cada uno podía ser un enemigo. Toda amistad tenía un tinte de borrachera. La ciudad había intentado lo imposible y había surgido del intento triunfante y en un trance.

¡Oh, sí! El enemigo estaba allí, a las puertas, a dos kilómetros de este rincón de la Gran Vía. A veces una bala perdida de fusil hacía un orificio estrellado en el cristal de un escaparate. Bueno, ¿qué? Si no habían entrado el 7 de noviembre, ¿cómo iban a poder entrar ahora? Cuando las granadas caían en la Gran Vía y en la calle de Alcalá, comenzando en el extremo más cercano al frente y trazando la «Avenida de los Obuses», hasta la estatua de la diosa Cibeles, las gentes se refugiaban en los portales de la acera que consideraban más segura y contemplaban las explosiones a veinte metros de distancia. Había quienes venían de los barrios lejanos a ver de cerca cómo era un bombardeo y se marchaban contentos y orgullosos con trozos de metralla, todavía calientes, que conservaban como un recuerdo.

La miseria de todo ello no se exhibía. La miseria estaba escondida en cuevas y sótanos, en los refugios improvisados del metro, en los hospitales sin instrumentos y sin medicinas para enfrentarse con un flujo constante e interminable de heridos. Las casas frágiles de los distritos obreros se derrumbaban como casas de naipes al soplo furioso de las explosiones; como las destruidas, donde se amontonaban las gentes. Miles de refugiados de los pueblos y de los suburbios eran empaquetados cada día en edificios vacíos, cada día miles de mujeres y niños salían en camiones, evacuados en convoy a la costa levantina. La tenaza del sitio se cerraba más y más; y más batallones de las Brigadas Internacionales, que ya eran dos, se volcaban en las brechas. A pesar de todo, el entusiasmo que nos había arrastrado, por encima de nuestros miedos y de nuestras dudas, no falló nunca. Éramos Madrid.

En nuestro nuevo cuarto de la censura, la vida se iba normalizando poco a poco. Nos mirábamos y nos veíamos ojerosos, flacos, sucios, pero sólidos y humanos. Los periodistas recién llegados trataban a los que estaban allí como veteranos, e Ilsa, la única mujer, se había convertido en una heroína. Los guardas de la Telefónica habían cambiado su nota: algunos de los extranjeros se habían cambiado en camaradas de la noche a la mañana. Otros estaban aún bajo sospecha, como el americano enorme, que un día desapareció del cuadro silenciosamente y fue sustituido por un hombre de un calibre diferente que inspiraba confianza y respeto.

A Ilsa se le concedía el derecho de ciudadana de la Telefónica por la mayoría de los hombres y se la rodeaba de un murmullo hostil por la mayoría de las mujeres. Yo la había dejado definitivamente enténderselas con los periodistas de habla inglesa, no sólo porque sus energías estaban frescas y yo estaba agotado, sino también porque tenía que admitir que ella estaba haciendo lo que yo nunca podría hacer: manejando la censura con mucha imaginación y criterio; mejoró las relaciones con los corresponsales extranjeros e influyó en su manera de informar. Algunos de los empleados de la censura resintieron esto y tuve que apoyarla con toda mi autoridad, hasta que a través de Luxana, en el Comisariado de Guerra, vino una aprobación oficial del Estado Mayor por el que pasaban las copias de los despachos antes de ser enviadas a Valencia. Pronto el método de Ilsa tuvo que sufrir una dura prueba:

La Alemania nacionalsocialista había reconocido oficialmente al general Franco y había enviado al general Von Paupel como enviado especial a Burgos. La mayoría de los ciudadanos alemanes habían sido evacuados por su embajada, y la embajada se había cerrado en Madrid. Pero no había declaración de guerra, sólo una intervención alemana a guisa de apoyo técnico y estratégico de los rebeldes.

En un día gris de noviembre, nuestra policía registró la embajada alemana en Madrid y confiscó armas y papeles allí existentes. Técnicamente, era una violación del derecho de extraterritorialidad, pero los corresponsales extranjeros que habían sido testigos del registro sometieron despachos detallando con extrema veracidad y detalle los vínculos entre la embajada y el cuartel general de la quinta columna. Sólo que, de acuerdo con las órdenes estrictas, teníamos que suprimir estos despachos y toda referencia a la investigación policíaca, a no ser que Valencia publicara un comunicado oficial. Los corresponsales estaban furiosos y nos acribillaban con preguntas y consultas. Se iba haciendo tarde y tenían miedo de no alcanzar el cierre de sus periódicos. Llamé al Comisariado de Guerra, pero allí estaba sólo Michael Kolzov y me dijo que me esperara a que se diera una declaración oficial.

Ilsa estaba furiosa y mucho más disgustada que los periodistas. Cuando se pasó otra hora de espera, me cogió aparte y me pidió que le dejara pasar los despachos en el orden que habían sido presentados. Los firmaría con sus iniciales para que la responsabilidad

cayera sobre ella y estaba preparada a enfrentarse con la situación que se presentara por haber desobedecido una orden concreta, y que no podía por menos de ser una grave responsabilidad. Pero de ninguna manera estaba dispuesta a consentir que la buena voluntad de los corresponsales se trocara en antagonismo, ni a dejar que los alemanes monopolizaran la prensa del mundo con su versión. Un poco melodramática exclamó:

-Yo no soy responsable ante los burócratas de vuestra oficina de Valencia, sino ante la causa de los trabajadores; y no estoy dispuesta a permitir, si de mí depende, que se cometan errores como éste.

Me negué a que tomara sola la responsabilidad y entre los dos dimos curso a los despachos sobre el registro de la embajada.

Ya tarde en la noche me llamó Kolzov al teléfono y se desató furiosamente, amenazándonos a Ilsa y a mí con un consejo de guerra. Pero en la mañana siguiente volvió a llamar y retiró todo lo dicho: sus propios superiores -que no sé quiénes eran- estaban encantados con los resultados de nuestra insubordinación. Rubio, hablando desde Valencia, tomó la misma actitud, aunque haciendo hincapié en la seriedad de la decisión de Ilsa tomada en «su manera impulsiva», como él lo llamaba. Por lo tanto, ella se había salido con la suya, y consciente del hecho estaba dispuesta a sacar ventaja de ello en el futuro.

Después de la primera semana de bombardeo de Madrid, cuando sus incidentes eran aún nuevos, los corresponsales comenzaron a irritarse por las restricciones impuestas a sus informaciones del frente. Ilsa mantenía que debíamos proporcionarles nuevo material, siguiendo el principio de que hay que alimentar a los animales que se tiene en la jaula; pero con excepción de nuestra oficina nadie tenía contacto con ellos. De los militares no podía esperarse que dejaran pasar más que lo que hacían. Los periodistas, por otra parte, buscaban la noticia sensacional y no les interesaba el aspecto social de nuestra lucha; o si les interesaba, lo convertían en propaganda cruda de izquierdas para lectores ya convencidos o en propaganda de derechas, en fantasmas amenazadores que asustaran a sus burgueses lectores. No podíamos sugerirles temas determinados, pero deberíamos facilitarles el poder escribir algo de la historia de Madrid. Era nuestra oportunidad, ya que éramos nosotros los que estábamos en el sitio más indicado para ello.

Un día que Gustav Regler vino del frente con botas altas de cuero, muy flamante en su nuevo cargo de comisario político en la XII Brigada -la primera de las Brigadas Internacionales-, se lanzó en un apasionado discurso en alemán con Ilsa como auditorio. Ilsa le escuchó atentamente y después se volvió hacia mí:

-Tiene razón. La Brigada Internacional es la cosa más importante que ha pasado durante años en el movimiento obrero y sería una inspiración tremenda para los trabajadores de todas partes, si supieran bastante sobre ello. Piensa en esto: mientras sus gobiernos están organizando la no intervención... Gustavo está dispuesto a llevar a los periodistas a su cuartel general y a hacer que el general Kleber los reciba. Pero no sirve de nada, si después nosotros no dejamos pasar sus historias. Yo estoy dispuesta a hacerlo.

Era otro paso audaz y tuvo también un éxito inmediato. Los corresponsales, comenzando por Delmer, del *Daily Express* de Londres, y Louis Delaprée, de *Paris-Soir*, regresaron con impresiones de lo mejor que existía en las Brigadas Internacionales genuinamente impresionados y llenos de historias y de noticias que llenarían las primeras planas. Habíamos echado a rodar la bola.

Sin embargo, después de una semana o cosa así resultó que sólo las Brigadas aparecían en los despachos de prensa, como si ellos solos fueran los salvadores de Madrid. Ilsa comenzaba a tener sus dudas; el éxito de su idea amenazaba destruir su finalidad. Yo estaba furioso, porque me parecía injusto que se olvidara al pueblo de Madrid, a los



soldados improvisados de los frentes de Carabanchel, del Parque del Oeste y de Guadarrama, simplemente porque no existía una propaganda organizada que los mostrara al mundo. Aun antes de recibir instrucciones del Estado Mayor en Madrid y del Departamento de Prensa de Valencia, comenzamos Ilsa y yo a restringir los despachos sobre las Brigadas. A mí me produjo el incidente un sentimiento amargo de aislamiento entre nosotros, los españoles, y el resto del mundo.

En estos días Regler me pidió, como el único español con quien tenía contacto, que escribiera algo para publicarlo en el periódico del frente de su Brigada. Escribí una mezcolanza de alabanzas convencionales e impresiones personales. Di rienda suelta al miedo instintivo que había tenido al principio, de que las unidades internacionales fueran algo semejante al Tercio, desesperados dispuestos a jugarse la vida, sí, pero al mismo tiempo bárbaros y brutales, y a mi alegría al comprobar que en ellas existían hombres a los que sólo movía una fe política limpia y el afán de un mundo sin matanzas como la nuestra.

Aunque aún conversábamos en francés, Ilsa comenzaba a leer español con facilidad y se encargó de traducir al alemán lo que había escrito. Se metió de lleno a dar una versión de ello y de pronto exclamó:

-¿Sabes que tú podrías escribir? Bueno, es decir, si suprimes todas las frases pomposas, que me recuerdan el barroco de las iglesias de los jesuítas, y escribes en tu propio estilo. Hay aquí cosas muy malas y cosas muy buenas.

Yo le dije:

-Pero ¡yo siempre había querido ser un escritor! -tartamudeando como un colegial, encantado con ella y con su juicio.

Nunca se publicó el artículo, porque no era lo que el comisario político quería, pero el incidente tuvo para mí una importancia doble: desenterrar mi vieja ambición y, admitiendo mi resentimiento suprimido contra los extranjeros, sentirme liberado de él.

Aquel día se me puso esto mismo claramente de relieve a través de una caricatura: el líder socialista austríaco, Julio Deutsch, a quien se había hecho general por el Ejército Republicano español, en honor de las milicias de trabajadores de Viena que él había ayudado a organizar y que habían sostenido la primera batalla en Europa contra el fascismo, vino a visitar a Ilsa. Estaba recorriendo la zona con su intérprete Rolff y le había dado no sólo un coche, sino también la escolta de un capitán de las milicias como comisario político y guía. Mientras los dos primeros hablaban con Ilsa, tratando -como estaba viendo con furia- de convencerla de que abandonara Madrid y sus peligros, el guía español comenzó a charlar conmigo y lo primero que el hombre me dijo fue que «aquellos dos eran espías, porque siempre estaban hablando en su galimatías en lugar de hablar como cristianos». El hombre estaba realmente preocupado y excitado:

-Ahora dime tú, compañero, ¿qué se les ha perdido a éstos en España? No puede ser nada bueno. Te digo que son espías. Y la mujer esa seguro que lo es también.

El hombre me hizo estallar de risa, y traté de explicarle un poco las cosas, pero mientras le estaba hablando me encontré yo mismo contemplándome en un espejo: yo también era uno de esos españoles como él.

Delante de mí estaba Ángel con el uniforme típico de los milicianos, un mono azul encima de varias capas de jerséis llenos de rotos, un gorro con orejeras en cuyo frente estaba clavada una estrella roja de cinco puntas, un fusil en la mano y un enorme cuchillo envainado en la cintura; todo ello, y él también, lleno de barro seco, menos la cara alegre, partida en dos por una sonrisa de oreja a oreja:

-¡La madre de Dios! Ya creía yo que no iba a encontrarle nunca en este laberinto. Sí, señor, aquí estoy yo y no me he muerto, ni me han matado, ni nada. Y más fuerte que un

roble.

-Angelillo, ¿de dónde sales tú?

-De por ahí, de alguna parte de un agujero. -Señaló por encima del hombro con el pulgar en una dirección indefinida-. Me estaba aburriendo en la clínica y como las cosas se estaban poniendo serias, pues me marché. Ahora soy un miliciano, pero de los de verdad, ¿eh?

A mediados de octubre, Ángel había sido destinado como ayudante a la farmacia de uno de los primeros hospitales de guerra. El 6 de noviembre desapareció de allí y nunca había vuelto a oír de él. La verdad es que creía que lo habían matado aquella noche.

-Sí, señor. En la tarde del 6 de noviembre me marché al Puente de Segovia y, ¿para qué contarle?, la paliza que les dimos, ellos a nosotros, los moros, los legionarios, los tanques y la repanocha. El fin del mundo. Por poco nos matan a todos y yo me creí varias veces que ya me habían matado.

-Bueno, pero te han dejado.

-Sí. Bueno..., no lo sé, porque la verdad es que no estoy muy seguro. Sólo ahora comienzo a darme cuenta. Alguien vino ayer y me dijo: «Angelillo, te van a hacer cabo». Y le dije: «Arrea, ¿por qué?», y el otro dice: «Yo qué sé; te han hecho cabo y nada más». Yo estaba pensando que se había colado o que era una broma, porque que yo supiera no estábamos en el cuartel, sino en un agujero en la tierra, cavando como locos para convertirlo en trinchera. Y entonces empecé a darme cuenta de las cosas. El Tercio y la Guardia Civil estaban dos casas más allá, mirándonos por las troneras y asándonos a tiros y allí estaba yo. No me había muerto. Y le digo a un camarada, bueno, un vecino de la misma calle que se llama Juanillo: «Oye, tú, ¿qué día es hoy?». Se me pone a contar con los dedos y a rascarse la cabeza y me dice: «Pues, chico, no lo sé. ¿Y para qué te hace falta saberlo?».

-Angelillo, me parece que estás un poco curda.

-¡Ca, no lo creas, no estoy borracho! Lo que pasa es que tengo miedo. No he bebido más que tres o cuatro vasos con los amigos y luego me he dicho: «Me voy a ver a don Arturo; bueno, si no lo han matado». Su señora me dijo que no salía usted de aquí, y aquí me he venido. Pero esto no quiere decir que no me gustaría beberme un vaso con usted o los que se tercién... Bueno, más tarde. Y como decía antes, no tengo nada que contar. Nada. Explosiones y explosiones desde el 6, hasta hoy que hemos terminado la trinchera; y no es que se hayan callado, ca, siguen tirando, pero ahora es diferente. Antes nos cazaban a la espera, como a conejos en medio de la calle, detrás de la esquina y hasta dentro de las casas. Pero ahora tenemos un hotel, palabra.

-Pero ¿dónde estás ahora?

-Al otro lado del Puente de Segovia, y en un par de días en Navalcarnero; ya lo verá. Y a usted, ¿cómo le va?

Tan difícil era para mí como para él el contar lo que había pasado. El tiempo había perdido su significado. El 7 de noviembre me parecía una fecha muy remota y al mismo tiempo me parecía que había sido el día antes. Cosas vistas y hechas se me aparecían en destellos, pero sin guardar relación alguna con el orden cronológico de los acontecimientos. No podíamos contar las cosas que habíamos vivido, ni Ángel ni yo, sólo podíamos recordar incidentes. Ángel había pasado todos esos días matando, sumergido en un mundo de explosiones y blasfemias, de hombres muertos y abandonados, de casas derrumbándose. No recordaba nada más que el caos y unos pocos momentos lúcidos en los cuales algo impresionaba su memoria.

-La guerra es una cosa estúpida -dijo-, en la que no sabe uno lo que está pasando. Claro que algunas cosas se saben. Por ejemplo, una mañana un guardia civil asomó la cabeza

detrás de una tapia y traté de cargármelo. No me estaba mirando a mí, sino a algo o alguien que había a mi derecha. Se arrodilló fuera de la pared y se echó el fusil a la cara; yo disparé y el hombre cayó como un saco con los brazos abiertos, y yo dije: «Toma, por cerdo». En este momento alguien al lado mío dijo: «Vaya un ojo que tengo... ¿eh?». Y yo le contesté: «Me parece que te has colado esta vez». Bueno, pues, por si lo había matado él o yo, terminamos a bofetadas allí mismo. Desde entonces vamos siempre juntos y tiramos por turno; le llevo tres de ventaja. Pero hablando de otras cosas, doña Aurelia me ha contado un montón de historias, que ella no puede seguir así, que usted se ha liado aquí con una extranjera, que va a hacer una barbaridad un día... ¡Ya sabe usted cómo son las mujeres!

Presenté Ángel a Ilsa. Se entusiasmó de golpe, me guiñó los ojos dos o tres veces y se lanzó a contarle historias sin fin en su más rápido y castizo madrileño. No entendía ella mucho, unas palabras aquí y allí, pero le escuchaba con la mayor apariencia de interés, hasta que me harté de la comedia y me lo llevé al bar de la Gran Vía, al otro lado de la calle. Estábamos bebiendo Tío Pepe cuando comenzaron a caer obuses.

-¿Les da esto muy a menudo?

-Todos los días y a cualquier hora.

-¡Caray, me vuelvo a mi trinchera! Allí tenemos mejores modales. No me hace maldita la gracia venir con permiso y que me hagan piltrafas aquí... Y hablando de la guerra, ¿qué dicen las gentes aquí sobre ello? Aunque de todas maneras esto se acaba en unos días. Con la ayuda de Rusia, no dura ni dos meses. Se están portando. ¿Ha visto usted los cazas? En cuanto tengamos unos pocos más de ellos, se les acabó el cuento a los alemanes amigos de Franco. Ésta es una de las cosas que yo no puedo entender. ¿Por qué tienen que mezclarse estos italianos y alemanes en nuestras cuestiones, si a ellos no les hemos hecho nada?

-Yo creo que están defendiendo su propio lado. ¿O no te has enterado aún de que esto es una guerra contra el fascismo?

-Anda, ¿que no me he enterado? Y por si se me olvida, me lo están recordando a morterazos a cada minuto. No crea usted que soy tan estúpido como todo eso. Naturalmente que entiendo que todos los generalotes del otro lado se dan la lengua con los generalotes alemanes e italianos, porque son lobos de la misma carnada. Pero lo que no entiendo es por qué los otros países se quedan tan quietos, mirando los toros desde la barrera. Bueno, sí, lo puedo entender en los de arriba que son los mismos en todas partes, alemanes o italianos, ingleses o franceses. Pero hay millones de trabajadores en el mundo, y en Francia tienen un gobierno de Frente Popular, y... bueno, ¿qué es lo que están haciendo?

-Mira, Angelillo, confieso que yo tampoco lo entiendo.

No me hizo caso y siguió:

-Yo no digo que nos tienen que mandar el ejército francés, somos bastantes para terminar con todos estos hijos de mala madre. Pero al menos nos debían dejar comprar armas. De esto usted no sabe nada, porque está aquí, pero donde nosotros estamos, nos estamos peleando a puños puñetazos y esto es la pura verdad. A lo primero, no teníamos apenas un fusil y teníamos que guardar cola para coger el fusil del primero que mataran. Después, los mexicanos, y Dios los bendiga, nos mandaron unos fusiles, pero luego resultó que nuestros cartuchos eran un poco grandes para ellos y se atascaron. Después se nos dieron granadas de mano, o al menos las llamaban así. Eran unos canecos como cantimploras para llevar agua en una excursión y las llamaban bombas Lafitte; había que sacarles un alambre como una horquilla de mujer, tirarlas y salir corriendo, porque le explotaban a uno en las narices. Después nos dieron cachos de cañería llenos de

dinamita que había que encenderlos con la colilla del cigarro; y así todo. Y mientras, en el otro lado, nos asan a morterazos que ni Dios se entera cuándo le caen a uno encima. ¿Ha visto usted un mortero de los suyos? Es como un tubo de chimenea con un punzón en el fondo. Ponen el tubo en un ángulo y dejan caer dentro una bomba pequeñita que tiene alas para que vuele bien. El punzón les agujerea el trasero y salen tubo arriba como un cohete y te caen encima de la cabeza. Y no se puede hacer nada como no se pase uno el día mirando a lo alto, porque le caen a uno encima sin hacer ningún ruido. Lo único que se puede hacer es cavar la trinchera en ángulos y meterse en los rincones. Matan a uno, pero no la hilera de todos, como hacían al principio.

-Bueno, calla un poco y descansa. Parece que te han dado cuerda como a un reloj.

-Es que cuando se lía uno a hablar de estas cosas, se le enciende la sangre. Yo no digo que los franceses no hayan hecho nada, porque nos han mandado algunas ametralladoras y la gente dice que unos cuantos aeroplanos viejos también, pero la cuestión es que no tienen riñones para hacer las cosas cara a cara, como Dios manda. Si Hitler le manda aviones a Franco, ¿por qué no nos los pueden mandar ellos a nosotros y con más derecho? Después de todo, les estamos defendiendo a ellos tanto como nos defendemos nosotros mismos.

Verdaderamente yo resentía las mismas cosas y podía decir lo mismo, aún mejor, pero le recordé que teníamos a Rusia y a la Brigada Internacional.

-Bueno, sí. No los echo en saco roto, pero la Rusia soviética tiene la obligación de ayudarnos más que nadie. Estaría bueno que Rusia se encogiera de hombros y dijera: «Allá cuidados, a mí no me importa nada»

-Los rusos podían haberlo dicho. Al fin y al cabo están muy lejos de nosotros y no creo que tengan malditas las ganas de meterse en una guerra con Alemania.

-A mí no me cuente historias que usted mismo no cree, don Arturo. Rusia es un país socialista y tiene la obligación de ayudarnos, porque para eso somos socialistas; comunistas, si usted quiere, da igual. Y en cuanto a que Alemania le declara la guerra, Hitler es un perro ladrador que se le pega un cascotazo en las narices y sale corriendo con el rabo entre las piernas... Y ahora me tengo que marchar. Ya me he acostumbrado a los morterazos, pero esto de los cañonazos aquí no me gusta. Sobre todo en mitad de la calle, que le matan a uno como a un cochino. ¡Salud!

Se había formado un convoy de coches para llevarse a Valencia a las familias de los empleados del Ministerio de Estado. Aurelia y los chicos se iban con ellos y fui a despedirlos.

Aquello era mejor. Los chicos estarían seguros. Aurelia quería que me fuera con ellos a toda costa y los últimos días habían sido una batalla constante llena de discusiones tontas. Desde el principio ella estaba convencida de que la «mujer de los ojos verdes»

-como ella llamaba a Ilsa- era la causa de mi actitud; pero aún tenía mucho menos miedo de la extranjera, que a su manera de ver no era más que una aventura pasajera, que de María, que en cuanto se quedara sola conmigo en Madrid se haría el ama de la situación. Se empeñó en que debería llevar a ella y a los chicos a los sótanos de la Telefónica que se habían convertido en refugio de cientos sin domicilio. La había llevado a que viera aquella miseria, ruidosa y maloliente, y le había explicado por qué no quería meter los chicos allí; pero aunque desistió de la idea, siguió con su empeño de que yo tenía que irme a Valencia con ellos como habían hecho los demás empleados del ministerio. Para ella yo quería quedarme solo en Madrid para estar más libre en mis juergas. Cuando me estaba despidiendo de los niños, me lo repitió una vez más.

Me volví a la Telefónica. En la estrecha calle de Valverde había una cola interminable de mujeres y chiquillos, empapados por la llovizna fría de la madrugada, pataleando

para entrar en calor, abrazados a paquetes deformes. Cuatro camiones de evacuación, con unas tablas atravesadas de lado a lado por asiento, esperaban para llevárselos. Pero no, éstos esperaban entrar en la Telefónica. Precisamente cuando yo entraba en el edificio, surgía de él la fila de evacuados, mujeres, niños, viejos con las caras verdosas, con las ropas arrugadas oliendo a churre de ovejas, con los mismos bultos y paquetes que las gentes que esperaban fuera, con los mismos chiquillos asombrados, con los mismos chillidos y gritos y blasfemias y bromas. Gatearon a los camiones y se acomodaron como pudieron en una masa compacta de cuerpos miserables, mientras los chóferes ponían en marcha los motores fríos y catarrosos.

Ahora comenzaban a entrar las mujeres de la cola entre los centinelas de la puerta, una a una, vergonzosas y chillonas. La fuerza de la corriente me arrastró, pasado el Control Obrero, escaleras abajo hacia los sótanos, a través del laberinto de pasillos llenos de cables. Delante y detrás de mí se empujaban las madres, peleándose por apoderarse de un sitio libre. Voces chillonas gritaban: «¡Madre, aquí, aquí!». Se abrían los paquetes de ropa y vomitaban ropas de cama sucia en un rincón milagrosamente libre, y mientras los ocupantes de los jergones a uno y otro lado blasfemaban furiosos de la invasión. Inmediatamente, las ropas mojadas de la llovizna, con la calefacción del sótano, comenzaban a humear y el aire agrio y denso se hacía más agrio, más denso, más sofocante.

«¿Cuándo comemos, madre?», gritaban docenas de chiquillos alrededor de mí. Porque los refugiados tenían hambre.

A codazos me abrí camino escaleras arriba y volví al cuarto frío, gris, enorme, donde Ilsa estaba sentada en su cama de campaña, oyendo las quejas de tres personas a la vez, discutiendo y respondiendo con una paciencia que no podía comprender. Me volví hacia los ordenanzas y estaban renegando como yo.

Rubio me llamó desde Valencia y me dijo que tenía que incorporarme a la oficina allí. Le dije que no. Estaba a las órdenes de la junta de Madrid. Se conformó y me dio una larga lista de instrucciones. Media hora más tarde llamaba Kolzov y me daba otra larga lista de instrucciones. Comencé a gritar furioso en el teléfono: ¿qué órdenes eran las que tenía que obedecer? Ellos decían una cosa. Valencia otra. Ninguno de ellos, ni Valencia ni Madrid, dieron una solución. Era yo el que tenía que resolver en contra de uno de ellos.

En la desesperación cogí a Delmer, el único corresponsal inglés con quien me había encariñado, y me lo llevé a ver a dos amigos míos, dos clowns, Pompoff y Teddy, que actuaban en el teatro Calderón. Él sacó un artículo de la visita, yo un alivio de mis desesperaciones. Después hablé durante horas con Delaprée sobre literatura francesa y sobre la estupidez de la violencia como argumento. No me ayudó mucho. Seguía irritándome el ver a Ilsa aconsejando y ayudando a un recién llegado después de quince horas de trabajo, gastando su última onza de energía en una conversación idiota, volviéndose después a mí con la cara caída de cansancio y desesperación y sumiéndose en un silencio interminable.

No dormí. A las cuatro de la mañana, sin saber qué hacer, fascinado por las visiones de la mañana, bajé al segundo sótano, dormido bajo la luz de unas pocas bombillas y bajo la vigilancia de unos guardias. El silencio estaba lleno de ronquidos, gruñidos, toses y palabras de pesadilla. Los hombres de la guardia jugaban a las cartas. Me dieron un vaso de coñac; estaba caliente y olía a sueño. Los pasillos estaban llenos del olor de carne humana cociéndose en sus propios sudores, del olor de una gallina clueca; y el coñac olía a eso, y tenía el mismo calor.

Me quedé después un largo rato asomado a la ventana, lavando mis pulmones con aire

frío. No podía dormir, estaba embrujado. Quería gritar a los generales que se llamaban ellos mismos «salvadores del país» y a los diplomáticos que se llamaban a sí mismos «salvadores del mundo» que vinieran. Yo los cogería y los encerraría en los sótanos de la Telefónica. Los pondría allí en los jergones de esparto, húmedos de nieblas de noviembre, los arroparía en mantas de soldados, pocas, y los haría vivir y dormir en dos metros cuadrados de pasillo, sobre un piso de cemento, entre mujeres hambrientas y trastornadas de histeria que habían perdido su hogar y que aún escuchaban explotar las bombas y retemblar la tierra profunda que rodeaba el cemento, pugnando por romperle. Los dejaría allí un día, dos días, muchos, que se empaparan en miseria, que se impregnaran de sudor y de piojos de pueblo, y que aprendieran historia, historia viva, la historia de esta guerra miserable y puerca, la guerra de cobardías, de los sombreros de copa brillantes bajo los candelabros de Ginebra, la guerra de generales traidores asesinando a su propio pueblo fríamente y cobardemente. ¡Ah! Arrancarles a tirones sus bandas militares, las levitas y los sombreros de copa de las recepciones, arrancarles a tirones sus cascos de pluma, sus espadas, sus bastones con puño de oro. Vestirlos de pana tesa, de dril azul o blanco, como los campesinos, o los mineros o los albañiles, y luego, bien churretosos de miseria, tirarlos en medio de las calles del mundo con barba de tres días, con ojos pitarrosos de sueño...

No podía pensar en matarlos o en destruirlos. Matar es monstruoso y estúpido. Aplastar un insecto bajo la suela del zapato es repugnante: tiene un casquido y un churretón de vida que hace vomitar. Un insecto vivo es una maravilla que se puede contemplar horas y horas.

Todo a mi alrededor era destrucción, repugnante y asquerosa como una araña pisada; y era la destrucción de un pueblo; la destrucción bárbara de un rebaño de gentes, azotadas por el hambre, por la ignorancia y por el miedo de ser, sin saber por qué, espachurradas, destruidas.

Me ahogaba el sentimiento de impotencia personal frente a la tragedia. Era amargo pensar que yo era un entusiasta de la paz, amargo pronunciar la palabra pacifismo. Me había convertido en un beligerante. No podía cerrar los ojos y cruzarme de brazos mientras se asesinaba impunemente a mi propio país, sin más finalidad que el de que unos pocos se hicieran los amos y esclavizaran a los supervivientes. Sabía que había fascistas de buena fe, admiradores del pasado glorioso, soñadores de imperios que desaparecieron para siempre, conquistadores que se creían en una cruzada; pero no eran más que la carne de cañón del fascismo. Los otros, los otros, los herederos de la casta que había regido España durante siglos, los que yo había conocido manejando la guerra en Marruecos, con su corrupción estupenda, con sus glorias retiradas, cebándose en latas de sardinas podridas, en sacos de judías llenos de gusanos: esto era lo que había que combatir. No era una cuestión de teorías políticas, sino de vida o muerte. Había que luchar contra los enterradores; los Franco, los Sanjurjo, los Mola, los Millán Astray, que ahora coronaban su hoja de servicios cañoneando su propio país para hacerse amos de esclavos y a la vez convertirse para ello en esclavos de otros amos. Oh, ¿cómo un general puede tener tan poca vergüenza de sí mismo?

Teníamos que combatirlos. Para ello tendríamos que bombardear Burgos y sus torres, Córdoba y sus jardines, Sevilla y sus patios llenos de flores. Teníamos que matar para ganar el derecho de vivir.

Quería llorar a gritos.

Un obús había matado a la vendedora de periódicos en la puerta de la Telefónica. Ahora estaba allí su chiquita, una niña aún pequeñita y morena que zascandileaba saltando como un gorrión entre las mesas del bar Miami y del Café Gran Vía, vendiendo

cigarrillos y cerillas. Apareció en el bar con un trajecillo negro de satén:

-¿Qué haces?

-Nada. Desde que mataron a mamá, pues vengo aquí... Ya estaba acostumbrada desde chiquitita.

-¿Te has quedado sola?

-No. Estoy con la abuelita. Nos dan vales de comida en el comité y ahora nos van a llevar a Valencia. -Se empinó hacia un soldado altote de las Brigadas-: ¡Viva Rusia! -La voz era aguda y clara.

No. No podía pensar en términos políticos, en términos de partido o de revolución. No podía escapar al pensamiento de que era un crimen el lanzar granadas contra carne humana y de la necesidad mía, mía, del pacifista, del enamorado de san Francisco, de ayudar a la tarea de terminar con esta cría de Caín. Luchar es como sembrar; sembrar para crear una España en la cual el artículo de la Constitución de la República que decía: «España renuncia a la guerra», fuera verdad real. Lo otro -perdonar-, lo pudo decir Cristo. San Pedro sacó la espada.

Más allá, el frente estaba vivo y nos mandaba el eco de sus explosiones. Había allí miles de hombres que pensaban vagamente como yo, que luchaban y que confiaban de buena fe en la victoria; ingenuos, bárbaros, rascándose piojos en las trincheras, matando y muriendo, soñando: soñando en un futuro sin hambre, con escuelas y limpieza, sin señores y sin casas de préstamos, un mundo lleno de sol. Yo estaba con ellos. Pero no podía dormir. ¡Qué difícil es dormir!

Cuando en el propio cerebro se amontonan todas las visiones y emociones, pensamientos y contrapensamientos; cuando día y noche las bombas sacuden las paredes, y el frente se acerca más y más; cuando el sueño es escaso y el trabajo largo, difícil y lleno de contradicciones, la mente se refugia en la fatiga del cuerpo. Yo no trabajaba bien. Sólo era claro y seguro cuando estaba con Ilsa, pero en cuanto me quedaba solo me sentía inseguro hasta de ella. Ella no sufría la guerra civil en su propia sangre como yo; ella pertenecía a los otros, a los que van a lo largo del camino fácil de la acción política. En las tardes bebía vino y coñac para azotar mi cansancio. Contaba historias a gritos hasta que desahogaba mi propia excitación. Regañaba con los periodistas que me parecía trataban a los españoles mucho más como «nativos» que los demás lo hacían. Cada día pedía instrucciones concretas para nuestro trabajo a Valencia y al Comisariado de Guerra; cada vez me contestaban, Rubio Hidalgo que estaba en Madrid en contra de sus órdenes, Kolzov y sus amigos que no hiciera caso y que eran ellos los que mandaban. Cuando llamó María, le contesté furioso; después me la llevé de paseo, porque había tanto dolor por todas partes que yo no quería causar un dolor más.

Ilsa me miraba con sus ojos quietos llenos de reproche, pero no me preguntaba nada sobre mi vida privada. Yo hubiera querido que me preguntara, hubiera querido estallar. Mantenía el trabajo de la oficina con manos firmes, y yo estaba lleno de dudas.

Así llegó el día en que Rubio Hidalgo me dijo por teléfono que tenía que comprender que estaba bajo la autoridad del ministerio y no de la Junta de Defensa. En el Comisariado de Guerra me dijeron lo contrario. Llamé a Rubio Hidalgo otra vez. Me dio órdenes estrictas de incorporarme a Valencia. Yo sabía que me odiaba y que no quería más que una oportunidad para destituirme del trabajo que yo le había usurpado, pero estaba cansado. Terriblemente cansado. Iría a Valencia y se terminaría aquello, cara a cara. En el fondo de mi mente estaba también el deseo de terminar con esta situación ambigua.

La junta se negó a darme el salvoconducto para ir a Valencia, porque mi trabajo era en

### LA FORJA DE UN REBELDE III – (La Llama) – Arturo Barea

Madrid y Valencia no tenía nada que ver con ello. Rubio Hidalgo no tenía poderes para darme un salvoconducto. Estaba en un callejón sin salida.

Y así, una tarde me encontré con mi amigo Fuñi-Fuñi, el anarquista, entonces uno de los responsables del Sindicato de Transportes me ofreció un salvoconducto y un sitio en un coche para ir a Valencia al día siguiente. Lo acepté. Ilsa apenas comentó. Aquel mismo día ella había rechazado una nueva invitación de Rubio Hidalgo para ir a Valencia.

El 6 de diciembre abandoné Madrid, sintiéndome como un desertor dispuesto a lanzarme en una batalla peor aún.



## Retaguardia

### Capítulo IV

El coche que me llevó a Valencia pertenecía a la FAI y conducía a tres líderes de las milicias anarquistas. Uno de ellos, García, era el comandante del frente de Andalucía. Aunque sabían que yo no era un anarquista y aunque les había dicho que había colaborado con los comunistas, me aceptaron como un amigo, puesto que sus compañeros en Madrid me habían proporcionado el uso de su coche. Y yo los acepté desde el principio porque no se mordían la lengua para censurar a los hombres que abandonaron Madrid vergonzosamente a su destino. Estaba convencido de que los que se habían escapado a Valencia el 7 de noviembre, ahora hacían todo lo posible para volver a apoderarse del mando de la capital, pero sin tener que volver a ella. Yo era uno de los testigos principales de su cobardía y de su falta de sentido de responsabilidad y era obvio que tratarían de deshacerse de mí de una manera impecable. Era por lo que se me llamaba a Valencia; y era también por lo que yo iba.

Comencé a hablar de los problemas que me atormentaban. García escuchó cuidadosamente y sus preguntas sutiles me empujaron a hablar más y más. Era un consuelo. Les conté la historia tal como yo la había visto, la censura antes del 7 de noviembre, el funcionamiento de la oficina en la Telefónica, el papel de la junta de Defensa, las órdenes de Valencia, la confusión, la negligencia, la fatiga de esta batalla estúpida. El camino a Valencia es largo, y yo hablé y hablé, para aclarar mi mente, para desahogarme, mientras García escuchaba y hacía preguntas. Cuando llegamos a la ciudad, fuimos directamente a un bar para comer algo y para beber un vaso juntos antes de separarnos. Y fue únicamente entonces cuando García dijo:

-Bueno, compañero, ahora dame las señas del fulano ese. Esta noche le vamos a hacer una visita.

-Caray, ¿para qué?

-Ah, no te preocupes, aquí en Valencia a veces la gente desaparece de la noche a la mañana. Se los llevan a Malvarrosa, al Grao o a la Albufera, se ganan un tiro en la nuca y el mar se los lleva. Bueno, algunas veces los devuelve porque le dan asco.

Lo dijo con la cara tan seria como la había tenido durante todo el viaje. Me asusté:

-No creo que merezca ni aun eso. Primero, no creo que Rubio sea un traidor a la República. Ha trabajado muchos años con Álvarez del Vayo, ¿sabes? Además, es uno de los pocos que conocen algo sobre la prensa extranjera. Perderíamos una ayuda y provocaríamos un escándalo fuera. Y por último, esto es una cuestión mía, personal.

García se encogió de hombros:

-Bueno, como quieras. Tú te lo guisas y tú te lo comes, pero yo te digo que un día te va a pesar. Conozco el tipo y por causa de ellos vamos a perder la guerra. ¿O tú crees que nosotros no sabemos las cosas que la censura deja pasar? Ese hombre es un fascista y ya le tenemos marcado hace mucho tiempo. Además, le hemos avisado más de una vez. Tú podrás decir lo que quieras, pero a ése le damos el paseo más tarde o más temprano.

Aquello me liberó de mi resentimiento apasionado contra el ministerio. Yo sabía demasiado bien que la censura de prensa extranjera cometía muchos más disparates por suprimir que por dejar pasar, noticias o comentarios. Veía ahora qué lejos estaba también de estos anarquistas y de sus sentimientos, a pesar del resentimiento y de la indignación que nos unía.

Fui solo a la oficina de prensa.

Era temprano en la mañana. Brillaba el sol en un cielo sin nubes. Después de las nieblas y de los vientos de Madrid, el aire de Valencia era como un vino fuerte. Marchaba despacio a través de un mundo extraño en el que la guerra no existía más que en unos carteles antifascistas, enormes, y en los uniformes de milicianos paseantes. Las calles estaban abarrotadas de gentes y de automóviles, las gentes bien vestidas, orgullosas y chillonas, con tiempo y dinero a su disposición. Las terrazas de los cafés estaban llenas. Una banda de música tocaba una marcha en una plaza. Los vendedores de flores llevaban manojos de claveles blancos, rojo y rosa. Los puestos del mercado estaban llenos de comida, pavos y gallinas, bloques de turrón, uvas, naranjas, granadas, dátiles, piñas. Me asaltó un limpiabotas y le dejé que puliera mis zapatos con polvo de Madrid. Las granadas no zumbaban en el aire, no. Pasó un camión lleno de evacuados de Madrid, y brinqué. Quería hablar a los chiquillos asombrados, tan asombrados como yo. La oficina de prensa se había instalado en un viejo palacio. Sorbí la suntuosa y sucia escalera de mármol y me encontré en un *hall* con las paredes tapizadas de brocado, descolorido por los años; desde allí, un ordenanza me mandó a través de un laberinto de pasillos en el que se encadenaban habitaciones llenas de máquinas de escribir, de multcopistas, de sellos de caucho, de montañas de papel. Las gentes no me reconocían, ni yo conocía a la mayoría de ellas. Como un paleta di vueltas de un lado a otro hasta que Peñalver me encontró y me saludó como si fuera un resucitado de entre los muertos. Peñalver había sido ordenanza en Madrid.

-Tiene usted que vivir en casa mientras esté en Valencia -me dijo-. No se encuentra una habitación, y además su hermano duerme con nosotros. Voy a decirle a don Luis que está usted aquí.

Me recibió con toda solemnidad, como la verdadera cabeza del departamento a pesar de que la pompa era escuálida y llena de desorden. Afable, pulido, ni frío ni caluroso, los ojillos de lagarto escondidos a medias detrás de las gafas ahumadas, la punta oscura de su lengua paseándose veloz por sus labios. Y yo no dije nada de lo que pensaba decir cuando abandoné la Telefónica. En Madrid había planeado perfectamente cómo enfrentarme con sus palabritas suaves; aquí, en Valencia, él estaba en su propio campo, y yo no era más que un Quijote loco, incapaz de someterme, de conformarme o de tomar la decisión salvaje que me había ofrecido el anarquista García.

Rubio Hidalgo me dijo blandamente que lo sentía mucho, pero que no tenía tiempo aquella mañana para discutir conmigo la situación; que me marchara a ver la ciudad y que volviese al día siguiente. Me marché. En la valla de un solar estaban mirándome los ojos abiertos de los niños asesinados en Getafe, las caritas trágicas cuyas fotografías yo había salvado. Un cartel de propaganda. Un llamamiento eficaz a todos. Me lo había imaginado diferente, tal vez porque era yo el que pudo haberlos asesinado por segunda vez y había escogido darles vida nueva.

No sabía qué hacer conmigo.

Por la tarde me fui a ver a mis hijos y a Aurelia en el pueblecillo donde estaban alojados. El ferrocarril de vía estrecha que me llevó allí era tan lento como un carro de mulas. El pueblo estaba bajo la administración de un comité de anarquistas que había requisado las casas más grandes para alojar a los refugiados de Madrid. Encontré a Aurelia en una vieja casa solariega de vigas gruesas y paredes de piedra y yeso desconchadas, grandes salas enladrilladas, un número fantástico de escaleras, un jardín húmedo y sombrío y una huerta llena de ortigas con un puñado de manzanos y naranjos. No había allí más que madres con sus hijos, veintidós familias, componiendo un ciento de personas. El comité había requisado camas y ropas de cama y había convertido en

dormitorios las habitaciones mayores. Parecía un hospital o una de esas viejas posadas que tienen dormitorios comunales.

En la sala donde estaba Aurelia se alineaban diez camas a lo largo de las dos paredes principales. Ella y los tres niños compartía dos camas de matrimonio a cada lado de un balcón por el que entraba un sol cegador. La habitación estaba encalada y muy limpia, las cuatro madres que allí estaban parecían llevarse muy bien. En el próximo cuarto de hora descubrí que entre los distintos dormitorios existía un antagonismo de grupo feroz. Las mujeres no tenían nada que hacer, más que limpiar la habitación, preocuparse de sus chicos y cotillear entre ellas. El comité proporcionaba leche para los chicos y la comida para todos. Una de las mujeres que estaba en el dormitorio de Aurelia, cuyo marido había sido muerto en los primeros días de la lucha, estaba atendida totalmente por el comité y recibía cada día una lluvia de regalos de la gente del pueblo ropas para los niños, flores, dulces.

Los chiquillos se habían adaptado felices al medio extraño que los rodeaba y jugaban todos en la huerta. Aurelia exhibió su marido a través de los dormitorios, «un marido que era algo en el Ministerio de Estado». Ya tarde me preguntó:

-¿Qué planes tienes para esta noche?

-Me vuelvo a Valencia en el último tren. Peñalver me deja una cama en su casa. En cuanto pueda vendré otra vez a veros.

-No. Esta noche te quedas aquí. Ya lo he arreglado todo.

-Pero aquí no tengo sitio.

-Te digo que sí. Ya lo he arreglado yo. Las mujeres se van dormir a otro dormitorio esta noche, en cuanto sus chicos se queden dormidos, y nosotros nos quedamos solos.

-Quédate, papá...

Me subía a la garganta una repugnancia infinita y al mismo tiempo una ola de cariño y de piedad. Habíamos perdido la casa en Madrid, habíamos perdido todo lo que hace agradable la vida; me rodeaban los chicos, me tiraban del pantalón, no me dejaban ir. Los ojos de Aurelia suplicaban. Me quedé.

Pero aquella noche no dormí. Mentir es muy difícil.

El cuarto inmenso estaba alumbrado por dos lámparas de petróleo cuyo resplandor llenaba el cuarto de sombras. Al alcance de mi mano los niños dormían plácidamente en la otra cama. Aurelia lado a lado de mí. Estaba mintiendo cada momento que estaba allí. Había mentido a los niños pretendiendo una armonía con su madre que no existía. Había mentido a la madre, mintiendo una ternura que estaba muerta y que ya no era más que repulsión física. Había mentido a Ilsa, allá en Madrid. Me mentía a mí mismo construyéndome, una a una, justificaciones falsas de por qué estaba en una cama donde no quería estar, donde no debía estar, donde no podría estar más.

En la mañana tomé el primer tren a Valencia y dormí en el compartimiento cerrado y asfixiante, hasta que los otros viajeros me despertaron. Me fui a la casa de Peñalver y me acosté hasta la hora de comer. Por la tarde Rubio Hidalgo me repitió que no tenía tiempo y que dejaríamos el hablar para el día siguiente. Al día siguiente se había ido a Madrid. Cuando volvió, me enteré por otros que había nombrado a Ilsa la cabeza oficial de la oficina de Madrid. No me dijo nada, sólo que hablaríamos y arreglaríamos mi situación un día u otro. Esperé sin forzar las cosas; esperé un día y otro. Otra vez Rubio Hidalgo se marchó a Madrid en un viaje urgente. Cuando volvió era abiertamente hostil hacia mí, con un tono insolente en su voz. Tuvimos una bronca agria, pero al fin me callé y esperé. Mi batalla, tan clara en Madrid, en Valencia era sin esperanza y sin finalidad; en Valencia estaba solo y desesperado.

Se pasó una semana, lenta y tensa. El cielo estaba uniformemente claro, las noches

uniformemente pacíficas, la vida de la ciudad inalterablemente divertida y alegre. Cada noche, mi anfitrión Peñalver, con su cara tallada a escoplo, sacaba después de cenar una baraja y una botella de aguardiente. Mi hermano Rafael, que había ido a Valencia después de la evacuación de su familia, se sentaba, silencioso y serio. A medianoche, Peñalver se iba a la cama un poquitín borracho. Yo seguía sin poder dormir.

Iba coleccionando historias de unos y otros: con el peso de Madrid en mi mente, trataba de entender el proceso de organización de la guerra. Pero mientras estaba esperando, desocupado y excedente, no podía encontrarme con las gentes que sin duda estaban entonces trabajando febriles. No veía más que los emboscados, los peces chicos de la burocracia tratando de justificar su existencia para sentirse seguros en su refugio, los empleados insignificantes del Ministerio de Estado que habían salido de Madrid, porque se lo habían mandado o porque tenían miedo. No tenían nada que hacer y criticaban y contaban historias llenas de malicia. A veces esta malicia se volvía contra nosotros, los que nos habíamos quedado en Madrid, los «locos» que habían echado las cosas a perder. Me hablaban así porque estaban convencidos de que yo había venido a Valencia para quedarme, después de intrigas sin fin para escapar de aquel infierno. Según ellos, los altos empleados del Estado estaban muy disgustados de que los que habían organizado la defensa de Madrid se portaran como si ellos fueran héroes y los evacuados oficialmente a Valencia cobardes. «Tiene usted que admitir que esas gentes se han arrogado poderes que no tenían», me dijo alguien muy redicho. «Sí, porque ustedes habían dado a Madrid por perdido», contesté. Pero era claro que, dijera lo que dijera, caería en el vacío, porque sonaba hueco y declamatorio. Me acordaba del anarquista García con un sentimiento inquieto, mezcla de camaradería y de odio; caía en largos silencios, escuchaba y miraba.

Me contaron que Rubio Hidalgo había afirmado que me iba a mandar a la censura de correos de Valencia «para que me pudiera allí» y que no se me permitiría volver a Madrid. Me contaron que había contado indignado cómo yo había usurpado su sillón en el ministerio. Decían que a Ilsa la dejarían en Madrid hasta que las cosas se arreglaran, si antes «no metía la pata hasta el corvejón». Rubio la manejaría perfectamente, porque no era más que una extranjera sin nadie que la garantizara y sin ningún conocimiento de España, y tendría que depender de él. Otros me contaron que políticamente era sospechosa y que se la expulsaría de España en seguida, si continuaba siendo tan amistosa con los periodistas extranjeros. De todas formas, Ilsa se había convertido en una leyenda.

Visitaba a mis chicos regularmente pero no volví a quedarme otra noche en el pueblo. Después de un altercado serio no hablé más con Aurelia y ella sabía que todo había terminado definitivamente.

Me sentaba con mi hermano en la terraza de un bar, atontado por el ruido. Me iba a la playa a contemplar las gentes revolotear alrededor de los restaurantes de moda o me quedaba contemplando las enormes sartenes en la cocina al aire libre de La Marcelina, donde se cocían las paellas bajo guirnaldas de mariscos rojo-cromo y trozos de pollos dorados a la sartén. El arroz que yo había comido días y días en Madrid había sido una masa rojiza como vomitona de borracho. Sobre las plataformas de tabla elevadas en la arena de la plaza, frente al mar, donde las mesas se pedían con anticipación, las mujeres evacuadas de Madrid mantenían una batalla furiosa de lujo exhibicionista con sus colegas valencianas. Se derrochaban fortunas en mantener una alegría ficticia, una seguridad que nadie tenía. Infinidad de gentes se habían hecho ricos de la noche a la mañana, contra el fondo de los cartelones gigantes que pedían sacrificios para ganar la guerra y para salvar Madrid.

Las oficinas estaban invadidas por una legión de nuevos organizadores: Peñalver, un ordenanza del Ministerio de Estado toda su vida, se despertó una mañana con una idea: crear un batallón ciclista. Los reclutas serían los ordenanzas ciclistas de los innumerables ministerios. No irían al frente, claro. Se entrenarían y organizarían para cuando hicieran falta. Él tenía bicicleta y sabía montar en ella; sus dos hijos eran ciclistas del Departamento de Prensa. Comenzó a divulgar la idea en otras oficinas, y al cabo de unos pocos días apareció en casa vestido con un flamante uniforme de capitán, una orden escrita autorizándole a organizar el batallón ciclista y otra orden autorizándole los gastos necesarios. Desde aquel momento comenzó a pensar en abandonar el ministerio en cuanto tuviera reclutas bastantes. ¡Y las bicicletas que iba a comprar! Bueno, por el momento tenía su sueldo de capitán.

Me enteré de que había muerto Louis Delaprée. Durante los últimos días de mi estancia en Madrid había tenido una cuestión seria con su periódico, *Paris-Soir*, porque éste se había negado a publicar una información sobre los bombardeos de Madrid y la matanza de mujeres y niños, con el título, prestado de Zola, *J'accuse*. Cuando yo me había despedido de él, estaba sentado en mi cama de campaña, la cara más pálida que nunca, un tapaboca color ladrillo alrededor del cuello. Me dijo que iba a tener unas palabras serias con sus amigos del Quai d'Orsay sobre la conducta abiertamente fascista del consulado francés: «Odio la política, como usted sabe, pero yo soy un hombre liberal y un humanista».

Se marchó a Francia por avión. Iban con él un corresponsal de la agencia Havas y un delegado de la Cruz Roja Internacional que había estado investigando el asesinato de prisioneros en la cárcel Modelo al principio de los bombardeos de Madrid. No lejos de la ciudad, el aeroplano francés fue atacado y ametrallado por un avión desconocido. Hizo un aterrizaje forzoso. El hombre de Havas perdió una pierna, el delegado de la Cruz Roja resultó ileso, el piloto lleno de cardenales, y Louis Delaprée murió en un hospital de Madrid con una muerte lenta y dolorosa. Se corrían rumores de que el avión atacante era un avión republicano, pero el mismo Delaprée lo negó en sus horas interminables de agonía lúcida. Yo tampoco podía creerlo.

Para atender al entierro, fue por lo que Rubio Hidalgo se había ido a Madrid sin avisar a nadie, con una corona de flores frescas en el coche. Cuando volvió me contaron esto y todas las historias acerca de la situación de Ilsa y de mi destierro inmediato en la censura de correos.

Venían a Valencia los periodistas para un descanso, y sus alabanzas efusivas de Ilsa me asustaron mucho más que los rumores. La veía expuesta a la envidia, enredándose ella misma en una telaraña de reglas burocráticas que no conocía ni podía conocer, lejos de mí, sola.

Comencé a escribirle una carta en francés, en forma de un diario; una cosa rígida y artificial que era más una justificación de mí mismo estúpida. Como había entrado en la censura con la recomendación del Partido Comunista y había tomado las riendas de este servicio el 7 de noviembre con su aprobación, me fui un día a la secretaría general que se había instalado en Valencia y pedí una entrevista con una de las primeras figuras. Me dijo que toda la confusión que existía en la censura tenía que aclararse por el Gobierno, que todos teníamos que soportar y que apoyar la reorganización de la maquinaria del Estado que estaba en marcha, que yo indudablemente tenía razón, pero que debía esperar una decisión oficial. Me resigné a esperar. Todo aquello era muy razonable y yo no era más que un intruso.

Llegó entonces una carta de Ilsa contestando una nota que yo le había enviado pidiéndole que viniera a Valencia. Iba a venir en unos días, después de Navidad, con un

permiso corto que le había ofrecido Rubio Hidalgo. Tenía la esperanza de que yo volvería a Madrid con ella. Luis, nuestro ordenanza, me daría más detalles sobre ello, pues le mandaba al día siguiente a Valencia para que pasara unos días con su mujer y su hijita. Fui al ministerio a preguntar si esperaban algún coche de Madrid, pero no había llegado ninguno ni tenían noticias. Volví al atardecer y alguien dijo que había oído de un coche que había sufrido un accidente cerca de Valencia, y que dos periodistas y un ordenanza del ministerio estaban heridos, pero no sabían quiénes eran. Los habían llevado al hospital.

El hospital de Valencia era un edificio enorme de aspecto conventual, con salas abovedadas, paredes de piedra fría, rincones oscuros donde se ocultaba a los moribundos, y una baldosa con el nombre de un santo encima de la puerta de cada sala. El piso, de losas de piedra o de viejas baldosas de barro cocido, resonaba con el pataleo de una multitud habladora y gesticulante; había en el aire un tintineo constante de cristal y loza y el olor del ácido fénico lo impregnaba todo. La guerra había invadido el hospital destruyendo el viejo orden. No había nadie que pudiera oponerse a la voluntad de los visitantes y éstos habían invadido el hospital, se habían instalado en sillas y a los pies de las camas, a veces la familia entera, y hablaban y discutían incansables con enfermos y heridos. Bajo las bóvedas, el zumbido era como el de una colmena gigante.

Las enfermeras y los ordenanzas se habían vuelto groseros y estaban exasperados. Se abrían paso a empujones sin hacer caso a preguntas. Por fin pude encontrar un periodista inglés; no tenía más que unas contusiones y aquella noche iba a dormir al hotel. Me pidió que me ocupara de Susana, que era con quien había venido; ella tenía una brecha en la frente y la habían tenido que coser. Susana me dijo que Luis estaba gravemente herido, pero no podía decirme dónde le habían llevado. Nadie sabía dónde estaba, ni aun si estaba en el hospital. Alguien me guió a uno de los lechos escondidos en los rincones de las bóvedas; el lecho estaba vacío, deshecho y sucio de haber sido recién ocupado. Luis o había muerto o aquello era un error. Me lancé a través de un laberinto de pasillos, en los que estaban las dependencias del hospital, y le encontré, al fin, tendido sobre una camilla a la puerta de la sala de rayos X.

La ternura de su cara fue tan intensa cuando me vio que la emoción se me subió a la garganta. Vi instantáneamente que no tenía salvación. De la comisura de los labios le caía un hilito fino de baba mezclada con sangre, sus encías eran verdosas y parecían haberse contraído dejando los dientes desnudos, la piel era cenicienta y las piernas estaban insensibles y paralizadas. Lo único que vivía eran los ojos, los labios y los dedos. El doctor me dejó entrar con él y en silencio, en lo oscuro, me señaló las sombras que se dibujaban en la pantalla fluorescente: la columna vertebral, rota en su mitad, dos de las vértebras separadas una de otra tres o cuatro centímetros.

Después me senté a la cabecera de su cama. Luis hacía esfuerzos por hablar y por último consiguió decir:

-La carta. En mi chaqueta. -En la guerrera del uniforme que colgaba a los pies de la cama encontré un sobre abultado-. Ahora todo está bien. ¿Sabe usted que me voy a morir? -Se sonrió y la sonrisa se transformó en mueca-. Tiene gracia, yo que tenía tanto miedo de las bombas. ¿Se acuerda usted aquella noche del bombardeo? Quiere uno escaparse de la muerte y se cae de boca en sus brazos. Así es la vida. Lo siento por mi chica, no por mi mujer. - Acentuó el «no»-. Ella se quedará muy contenta y yo también. Deme usted un pitillo, ¿quiere?

Le encendí un cigarrillo y se lo puse entre los labios. De vez en cuando sus dedos se cerraban lentos y torpes alrededor del cigarrillo, lo retiraban de la boca y hablaba:

-Don Arturo, no deje perder esa mujer. Yo tenía razón. Es una gran mujer. ¿Se acuerda

usted la noche que llegó a Madrid? Y está enamorada de usted. Hemos hablado, ya sabe hablar español. Bueno, por lo menos, nos hemos entendido los dos muy bien. Ella está enamorada de usted y usted lo está de ella. Lo sé. Hay muchas cosas que ahora las veo claramente: dicen que hasta que uno no está a punto de morir no se ven. No la pierda, sería un crimen, por ella y por usted. Llegará el 26. Van ustedes a ser muy felices los dos y un día se acordarán del pobre Luis. Tiene usted la carta, ¿no? Es lo que me preocupaba todo el tiempo, que me la quitaran.

La agonía de la peritonitis es horrible. El vientre levanta la sábana hinchándose lenta e inexorablemente. Las entrañas se trituran bajo la tremenda presión y al final surgen expulsadas por la boca, en una masa repugnante de sangre y excremento, llena de burbujas que estallan soltando gas fétido. La mujer de Luis no pudo soportarlo y se marchó. Me quedé solo con él largas horas limpiándole incesantemente los labios. Hasta el último momento, sus ojos estuvieron vivos, llenos de resignación y de cariño. Me dijo adiós, muy bajito, atragantado de espumas.

Ilsa llegó a Valencia el 26 de diciembre. La sección de prensa llenó de flores su cuarto en el hotel, porque era una «heroína». Estaba rendida de fatiga, pero fuerte y llena de alegría. Cuando me reuní con ella, todas las cosas en el mundo volvieron a su sitio.

La mañana siguiente, cerca de mediodía, su amigo Rolf vino a buscarme en el *smoking room* del hotel: un agente de la policía política había venido a buscarla y se la había llevado detenida. Había encontrado a Rolf y le había encargado que me avisara y que avisara a Rubio Hidalgo.

Veía el Paseo de los Mataderos con sus arbolillos raquíuticos y polvorientos, con los cuerpos desplomados en la luz gris del alba; me resonaban en los oídos las risitas nerviosas de los curiosos, las blasfemias horribles de los cínicos. Recordaba a la vieja a quien había visto, tirando de la mano de un chiquillo adormilado y metiendo un trozo de churro en la boca entreabierto del hombre muerto. Veía al Manitas reclamando más víctimas a quienes dar el paseo. Veía a Ilsa ante un tribunal de hombres capaces de creer cualquier cosa de un extranjero y me la figuraba extendida en la playa, el mar mojándole los pies. El reloj del salón batía los segundos lentamente. Tenía una pistola. Todos teníamos pistolas.

Llamé a la oficina de prensa y pregunté por Rubio Hidalgo. No me dejó hablar. Le habían informado; haría todo lo que estuviera en su poder y averiguaría qué había pasado. Sí, le contesté, era mejor que lo averiguara pronto. Me dijo que vendría inmediatamente al hotel. Había otros extranjeros a mi alrededor: Rolf había traído a Julio Deutsch, el austriaco, que la conocía bien. Creo que él llamó al secretario de Largo Caballero. Llegó Rubio y se apoderó del teléfono. Puse la pistola sobre la mesa, ante mí. Todos me miraron como pensando si me habría vuelto loco y me dijeron que me calmara.

Yo les contesté que no se preocuparan; aparecería o no aquella noche, pero si no, había otros que iban a morir también en Valencia, y puse dos cargadores llenos lado a lado de la pistola. Rubio llamó al ministerio.

De pronto me dijeron que todo se había aclarado: no había sido más que una denuncia estúpida y dentro de un rato estaría allí. No les quería creer. El reloj seguía marchando lentamente. Llegó dos horas más tarde, sonriendo y muy dueña de sí. Yo no podía hablarle. Los otros se agruparon a su alrededor y ella les contó su historia con gusto e ironías. El agente que la había detenido le había hecho algunas preguntas en el camino que hacían; claro que se la había denunciado como una espía trotskista. No le habían hecho ninguna acusación concreta pero su amistad con el líder socialista Otto Bauer había pesado mucho. Mientras dos personas la estaban interrogando -en una forma muy

insegura y torpe, dijo, lo cual la hacía sentirse el ama de la situación, y ésta más ridícula que peligrosa-, el teléfono había comenzado a sonar. Después de la primera llamada le habían preguntado si quería comer algo; después de la tercera o cuarta le habían presentado una comida verdaderamente suntuosa; después de la sexta o séptima le habían preguntado su opinión sobre un tal Leipen que, aparentemente, era quien la había denunciado, un periodista insignificante de Centroeuropa que por un tiempo había trabajado con Rubio Hidalgo y a quien yo no había llegado a conocer. Ella les había dicho la verdad, que le consideraba un tipo escurridizo, pero nada más. Al final la habían tratado muy cariñosamente, como una amiga de la familia.

No importaba que no se hubiera dado cuenta del peligro que había corrido. Había vuelto salva. Me quedé con ella.

Aquella noche, la luna sobre Valencia brillaba como plata fundida. Hay en Valencia jardines y fuentes, anchos paseos flanqueados de palmeras, viejos palacios e iglesias. Por miedo a los aviones, todo estaba sumido en la oscuridad y la luna era aquella noche la reina de la ciudad. El disco pequeño y brillante rodaba en un cielo de terciopelo azul-negro salpicado de llamitas blancas, temblonas, y la tierra era un campo de negro y plata.

Después de cenar nos fuimos a pasear a través de los trozos de luz y de sombra. El aire estaba lleno del olor de la tierra húmeda y fría, de las raíces sedientas chupando ansiosas el jugo fresco, de aliento de árboles, de flores abriéndose en lo oscuro o bajo la caricia de la luna. Paseamos entre las columnatas de palmeras cuyas hojas anchas crujían como pergaminos; y la arena crujiente bajo nuestros pies arrancaba chispas a la luna como si el mundo se hubiera vuelto de vidrio. Hablábamos bajito para que la luna no se asustara y cerrara los ojos y dejara ciego al mundo.

No sé lo que decíamos. Cosas hondas como las que se murmuraban en noches nupciales. No sé cuánto duró nuestro paseo. El tiempo había perdido su compás y se había quedado quieto, mirándonos marchar fuera de su órbita. No sé por dónde fuimos: jardines, luna, arena, fuentes saltarinas, crujidos de hojas secas en estanques de sombra; y seguíamos, las manos entrelazadas, sin cuerpos, persiguiendo el murmullo de una canción de cuna.

Por la mañana nos fuimos hacia el mar, hablando seriamente de la lucha que nos esperaba hasta que volviéramos a nuestros puestos en Madrid y volviéramos a trabajar juntos. Pasamos el Cabañal, blanco, con sus casitas de obreros y pescadores, y donde la playa se curva, lejos de hombres y casas, nos sentamos en la arena. Era amarilla y fina, caliente como una piel humana. El mar y el cielo eran dos tonos distintos de un mismo azul suave que se fundían en un resplandor lejano, sin líneas que los dividiera. El mar quieto lanzaba a la playa ondas dormidas que llevaban granos de arena en sus crestas de cristal. La arena cabalgaba sobre las crestas alegremente como legión de enanitos traviesos, hasta que la onda se rompía sobre ellos con un chasquido leve y los dejaba alineados en hileras inmóviles, en rizos que eran la huella de los labios del mar.

Tenía mi cuello sobre su brazo desnudo, piel sobre piel, y sentía las corrientes que corrían bajo ambas pieles, fuertes o imperiosas como las fuerzas bajo la azul superficie del agua.

-No sé más dónde acabo yo y dónde empiezas tú, como si fuéramos uno.

Era una paz profunda. No necesitábamos hablar de nosotros mismos. No habíamos dicho más que unas pocas frases: ella tenía que escribir a su marido y decirle que su matrimonio se había terminado. Yo tenía que arreglar mis cuestiones privadas con el menor daño posible para los que estaban envueltos en ellas.

-Tú, ¿sabes que vamos a producir daño a los otros y a nosotros mismos, para poder ser



felices? Y esto siempre se paga.

-Lo sé.

Pero todo parecía fuera de nuestra vida juntos, la única vida que podíamos sentir. Todas las cuestiones complicadas, revueltas, inescapables, que vislumbraba y conocía tan bien dentro de mi cerebro no pertenecían a mí, se referían a otro. Le conté cosas de mi infancia y de mi madre: la delicia con que enterraba mi cabeza entre sus muslos y sentía sus dedos ligeros acariciar mis cabellos. Aquello sí era yo. Pertenecía a mi mundo junto con la sonrisa de Ilsa, con las conchas pequeñas que estaba ella desenterrando de la arena blancas como leche, tostadas como pan de campesinos, rosa agudo como pezones de mujer, suaves y pulidas como escudos, rizadas y abiertas en abanicos perfectos.

Teníamos hambre y nos fuimos a una tabernita en el borde de la playa, zaqueando lentos por la arena. Nos sentamos en el balconcillo de madera, una baranda frente al mar, y hablamos de Madrid. El camarero nos trajo una cazuela de barro colmada de arroz, amarillo de azafrán, y nos señaló dos langostinos extendidos encima:

-De parte de aquellos camaradas.

Se levantó un hombre con tipo de pescador de una mesa en el rincón opuesto; se quitó la gorra y dijo:

-Pensábamos que la camarada extranjera debería probar la real cosa. Hace un ratito que hemos cogido esos langostinos, así que no pueden estar más frescos.

El arroz olía a mar. Bebimos con él un vino rojo, áspero, también vivo.

-¿No ha empezado hoy el año?

-Faltan aún tres días.

-¿Sabes? Es extraño, pero es sólo hoy cuando he visto que podemos compartir una vida limpia, a la luz del día, alegres; una vida normal.

-¿Es que siempre me vas a decir lo mismo que estoy pensando?

Era hermoso sentirse infantil. Me sentía fuerte como nunca. Nos volvimos a la playa cogidos de la mano como niños, y como niños cogimos más conchas oro y rosa. Cuando volvíamos a la ciudad, en el tranvía abarrotado y ruidoso, las conchas en los bolsillos de Ilsa sonaban como castañuelas.

## El frente

### Capítulo V

Le oí decir a un corresponsal extranjero: «Con esta pandilla de la no intervención las cosas se han movido de Madrid a Valencia. Claro que todo depende de si Madrid resistirá o no -he oído decir que los nacionalistas van a reanudar su ofensiva contra la carretera de La Coruña-, pero nosotros tenemos que estar en contacto con el gobierno de Valencia».

Era verdad: Madrid estaba en guerra, pero Valencia estaba en el mundo. El trabajo laborioso de reorganización administrativa y el tráfico diplomático se habían impuesto; era necesario, aunque alimentara a parásitos. Sin embargo, yo no podía convertirme en una parte de ello sin perder los últimos restos de mi fe. Tenía que volver a Madrid. Quería tener una parte en el manejo de la propaganda extranjera, pero desde allí. Significaba que tendría que aprender cómo ejercer influencia sobre el mundo exterior, convirtiendo lo que para nosotros era vida y muerte desnudas en materia prima para la prensa. Significaba también que tenía que volver a Madrid, no en oposición a los «conductos oficiales» del Departamento de Prensa, sino en armonía con ellos.

Esto último era lo más difícil de resolver dentro de mí mismo. Me revolví contra ello, aun creyendo en el diagnóstico de Ilsa: se sentía completamente desamparada al pensamiento de tener que volver a enfrentarse con las autoridades españolas, ella, sola, a la cabeza de una oficina clave, sin el conocimiento más mínimo de las regulaciones oficiales. Y quería que fuera yo esta figura y que la ayudara a coleccionar los hechos que ella misma iba a suministrar a los periodistas en busca de material. Me parecía que valía la pena hacerlo. En Valencia me había sumergido en la lectura de periódicos extranjeros y me había forzado a observar sus métodos de información. Ilsa confiaba en que Julio Álvarez del Vayo, con su experiencia periodística, vería claramente su punto, pero a la vez estaba muy en dudas si la amistad del ministro hacia ella sería bastante para contrarrestar el odio venenoso que me tenía el jefe de prensa. Yo era escéptico, pero estaba dispuesto a dejarla intentar su acción.

De repente todos los obstáculos desaparecieron de la noche a la mañana. Estaba esperando en una antesala del ministerio cuando Ilsa salió de tener una entrevista con don Julio, con una expresión vacante que le sentaba extrañamente, y me dijo que Rubio Hidalgo nos esperaba a los dos. Nos recibió con mucho cariño y me dijo que me mandaba a Madrid como jefe de la censura de prensa extranjera, con Ilsa como mi segundo. Ignorando mi asombro, continuó suavemente con los detalles; se nos aumentaba ligeramente el sueldo; se nos pagarían los gastos de estancia; y no había mucho más que decirme; yo ya conocía los trucos mejor que nadie e Ilsa parecía haber embrujado a los periodistas extranjeros en una actitud constructiva, sólo que tendría que protegerla de un exceso de afectuosidad e indulgencia a las que era muy inclinada.

Estaba bien que hubiera entrado en el despacho con mi cara oficial porque no podía comprender el cambio. Ilsa parecía conocer algo de lo que había pasado detrás de las cortinas, porque charloté con una animación estudiada, mencionó de pasada que estaba contenta de que Rubio hubiera realizado lo impracticable de su plan de mandar sus censores de Valencia a Madrid por turnos mensuales, y al final expresó su preocupación por el nombramiento del comandante Hartung. ¿Es que iba a ser nuestro jefe o un oficial de enlace con el Estado Mayor?

¿Quién diablos era aquel comandante Hartung?

-Ese hombre no tiene nada que hacer con ustedes -dijo Rubio-. Usted, Barea, tiene la responsabilidad del servicio en Madrid junto con Ilsa y los dos van a trabajar bajo mí directamente. Estoy seguro de que lo haremos aún mejor que antes. Yo le voy a mandar paquetes de comida y las cosas que necesiten. Y ahora lo siento, pero tienen ustedes que salir para Madrid mañana mismo.

Todo estaba arreglado: el coche, las raciones de petróleo, los salvoconductos, los papeles del ministerio, hasta cuarto reservado en el Gran Vía. No podía ser que siguiéramos durmiendo en camas de campaña en la oficina. Necesitábamos descansar. Esta vez el trabajo se haría funcionar «sobre ruedas». Le di todas las contestaciones que esperaba de mí. Me dio unos golpecitos en el hombro y nos acompañó a la puerta deseándonos buena suerte.

Ni aun Ilsa sabía exactamente lo que había pasado, pero al menos había cogido un hilo en aquel enredo: un austríaco, llamándose a sí mismo «el comandante Hartung», había aparecido en la Telefónica el día de Nochebuena, mandado a Madrid con coche oficial para alguna misión indefinida. Había hablado profusamente de la necesidad de una oficina de prensa militar, colocándose él mismo en el papel de oficial jefe de publicidad con el Estado Mayor de Madrid, haciendo hincapié en sus inmensos conocimientos periodísticos y presumiendo de su amistad con el ministro. Ilsa le había considerado un presuntuoso divertido y no le había tomado en serio. Ahora estaba en Valencia, al parecer a punto de ir a Madrid con un nombramiento en su bolsillo de algo relacionado con la prensa. Rubio Hidalgo había visto en él una amenaza para su propia oficina y había echado mano de nosotros para enfrentarnos con él y resolverle el problema. Así, aunque sin ningún mérito por parte nuestra, el camino para nuestro trabajo juntos se había abierto de golpe.

El camino de Madrid a Valencia había sufrido cambios profundos en las cuatro semanas escasas que habían transcurrido desde que yo había pasado por él: había menos puestos de control en la carretera, muchos de los centinelas que ahora existían tenían un aire mucho más firme y revisaban nuestros papeles escrupulosamente. Los cruces de carreteras más importantes estaban en las manos de los guardias de asalto. Sobrepasamos bastantes vehículos militares y una unidad de tanques ligeros que iban camino de Madrid. El aire de los cerros era fresco y vigorizante pero al anochecer, cuando llegábamos a las llanuras altas, el viento mordía en la piel. Desde los altos de Vallecas los blancos rascacielos de la ciudad surgían de la oscura neblina que la envolvía y el frente retumbaba a lo lejos. Nuestro coche se lanzó cuesta abajo cruzando los pilares de cemento de las calles con barricadas y de pronto nos encontramos en casa: en la Telefónica.

Dos días más tarde los rebeldes lanzaron dos ataques, uno en Las Rozas contra la carretera de La Coruña, que era el contacto con El Escorial, y el otro en el sector de Vallecas contra la carretera de Valencia. Capturaron Las Rozas y penetraron profundamente en el borde noroeste de la ciudad. Una nueva avalancha de gentes en huida invadieron las calles y los túneles de las estaciones del metro. Las Brigadas Internacionales contuvieron la brecha abierta en Las Rozas. El Gobierno intentaba organizar una evacuación en gran escala de los combatientes a la costa del Mediterráneo. Oíamos el rugido creciente de la batalla a través de las ventanas de la Telefónica durante nuestras horas de trabajo, y a través de las ventanas de nuestro cuarto en el hotel, durante las escasas horas de sueño. Aquellos días eran días de hambre y de frío. Los camiones que llegaban a la ciudad traían material de guerra, no comestibles. Apenas quedaba carbón y los cartones que sustituían a los cristales rotos de las ventanas

no defendían contra las heladas crueles. Un día, una manta espesa de niebla helada se tendió sobre la ciudad y apagó los ruidos. El bombardeo se suspendió. La ofensiva estaba rota. Fue únicamente entonces cuando miré a mi alrededor y comencé a darme cuenta de las cosas.

Mientras había estado ausente, los periodistas extranjeros habían tomado como garantizado que la oficina de censura no era sólo para censura, sino para ayudarlos a ellos personalmente. Gente de las Brigadas Internacionales iban y venían, nos mostraban sus cartas y charlaban un rato con gentes que hablaran su idioma. Corresponsales que no tenían ayudantes que se encargaran de recogerles material venían y cambiaban impresiones e información con nosotros. Nuestra oficina proveía a los recién venidos con cuarto en el hotel y con vales para gasolina. Ilsa había establecido relaciones oficiales con Servicios Especiales, un departamento de la policía militar que a petición nuestra daba salvoconductos a los periodistas extranjeros para que visitaran algunos sectores del frente. Los comisarios políticos de las Brigadas Internacionales nos visitaban como cosa natural y nos suministraban información que podíamos pasar a los periodistas.

El general ruso Goliev, o Goriev, que estaba agregado al Estado Mayor del general Miaja como consejero, y a la vez como jefe de los destacamentos de tanquistas y técnicos rusos enviados al frente de Madrid, mandaba regularmente por Ilsa en las madrugadas y discutía con ella los problemas corrientes de prensa. Su apreciación por el trabajo de ella había fortalecido su posición precaria, y a la vez había neutralizado la enemistad de algunos comunistas extranjeros que la consideraban indeseable por su actitud crítica y por su independencia de ellos. Algunas noches, cuando el oficial ruso, infantilmente orgulloso de su puesto de ayudante del Gobierno, venía a buscar a Ilsa, me marchaba con ella.

El general ruso me perturbaba y me impresionaba. Era rubio, alto y fuerte, con pómulos salientes, los ojos azules fríos, la cara una superficie de calma con una alta tensión debajo de la piel. No se interesaba por las gentes a no ser que se le forzara a considerarlos como individuos. Y entonces era seco en sus comentarios. Su español era bueno, su inglés excelente; su capacidad de trabajo ilimitada, al parecer. Era muy mirado y correcto en su trato con los oficiales españoles, pero rudo y frío en su discusión de los problemas españoles en las cosas que le atañían, las únicas que tocaba, es decir, militarmente. Vivía, comía y dormía en un cuarto que no era más que un sótano sombrío y húmedo. Allí fue donde vi al comandante de los tanquistas, un mongol con la cabeza prolongada como una bala de fusil, siempre con un mapa cubierto por celofán bajo el brazo, y a los oficiales de la embajada soviética; y Goliev se entendía con ellos rápida y -a juzgar por el tono- bruscamente. Después se enfrentaba con nosotros y concentraba toda su atención en los problemas de prensa y propaganda. Nunca intentó darnos órdenes, pero se veía claramente que esperaba que sus consejos se siguieran; al mismo tiempo aceptaba una tremenda cantidad de discusión y contradicción de Ilsa, porque, según dijo un día, conocía su trabajo y no era un miembro del Partido.

Todas las mañanas escrutaba los despachos de prensa censurados el día anterior, antes de que fueran enviados a Valencia por un correo del Ministerio de la Guerra. Algunas veces no estaba de acuerdo con nuestro criterio, y al decírnoslo, explicaba puntos de información militar valiosos de los que deberíamos tener cuidado, pero en general su atención se centraba mucho más en las corrientes de opinión extranjeras que revelaban los corresponsales y mucho más particularmente los de los periódicos conservadores y moderados. El cambio de tono que se hacía notar en ellos, de una abierta animosidad hacia la República a una honesta información, le había impresionado. Mostraba una

predilección por los sobrios artículos del *New York Times* escritos por el corresponsal Herbert Matthews y por los del *Daily Express* que escribía Sefton Delmer. Los despachos de este último le divertían tanto por su espíritu burlón bajo el que se disimulaba una finura de intención cuidadosamente dosificada, como por lo errático de su mecanografía. Pero hacia los informes mandados por corresponsales del Partido no podía evitar un absoluto desdén.

De vez en cuando Goliev tanteaba las ideas políticas de Ilsa, las cuales encontraba inexplicablemente tan próximas y tan lejanas a las suyas propias, y le llevaban a quedarse mirando a Ilsa como se contempla un bicho raro. Una vez, después de una de estas miradas, dijo:

-No puedo acabar de entenderte. Yo no podría vivir sin mi carnet del Partido.

A mí no me hacía mucho caso; me había clasificado como un revolucionario romántico y emocional, bastante útil en un sentido, pero completamente irrazonable e intratable. No dudo que desde este punto de vista tenía razón. Era tan honesto y decente sobre ello que acabé aceptando sus maneras y correspondiéndole de una forma idéntica, con mi silencioso escrutinio de este nuevo ser, el oficial del Ejército Rojo, de ideas simples, fuerte, rudo, lejos de mi alcance. Me parecía un hombre caído de Marte. Era, poco más o menos, de mi misma edad y muchas veces trataba de imaginarme cuáles habían sido sus experiencias en 1917.

Unas puertas más allá en el mismo pasillo del subterráneo, y en un mundo absolutamente distinto, estaba el general Miaja. Las operaciones eran dirigidas por el Estado Mayor y él, nominalmente el comandante en jefe, tenía poco que decir en su planeamiento. Y, sin embargo, era mucho más que una figura decorativa. En aquel período, cuando el papel de la Junta de Defensa se había reducido y la nueva administración aún no funcionaba, actuaba como gobernador de Madrid y tenía en sus manos una gran parte del poder administrativo, aunque no hiciera gran uso de él. Tenía la cazurrería lenta de un campesino gallego que no quiere mezclarse en cosas más allá de su entendimiento, y sabía absolutamente su propio valor como un símbolo de la resistencia de Madrid. Sabía que estaba en su mejor cuando podía expresar los sentimientos de los hombres en las trincheras y en la calle, en las palabras crudas y rudas que eran su mutuo lenguaje; y estaba en su peor cuando se mezclaba en el juego de la política o de los problemas estratégicos.

Miaja era bajo, panzudo, la cara roja, la nariz larga y carnosa con unas gafas inverosímiles que convertían sus ojos en ojos de rana. Le gustaba beber cerveza tanto o más que beber vino. Cuando la censura de prensa extranjera, que ni entendía ni quería entender, cayó bajo su autoridad por la ley marcial y el estado de sitio, lo consideraba «como una pejiquera que le había caído encima». Con Ilsa, que escapó a su antipatía hacia todos los intelectuales por sus curvas y sus buenos ojos, nunca sabía cómo comportarse. A mí me trataba como un buen muchacho. Muchas veces disfrutábamos bebiendo juntos, maldiciendo juntos de intelectuales y políticos y compitiendo en el peor lenguaje cuartelero, en cuyo uso encontraba escape del florido lenguaje a que le obligaba su dignidad oficial. En tanto que «no le metiera en líos con esos fulanos de Valencia», estaba dispuesto a sostener las razones mías contra viento y marea dentro de su reino de Madrid.

El patio del Ministerio de Hacienda, en el cual estaba la entrada a los sótanos, estaba ahora limpio de los legajos que se amontonaban allí en los días de noviembre. Entonces, cuando se instalaron a toda prisa allí los servicios del Estado Mayor, se marchaba literalmente sobre un empedrado de documentos empapados de lluvia y hollín: proyectos económicos, borradores de presupuestos, planes de reformas de la

contribución, certificados del Tesoro ya amarillentos y cruzados con sellos de NULO que habían perdido el color, miles de pliegos con estadísticas agrarias, recibos, instancias, minutas..., todo fechado cien y más años hacía. Era el contenido, con millones de insectos y ratas, de las bóvedas que ahora se habían convertido en habitaciones confortables, a veces hasta lujosas, protegidas de los bombardeos. En lugar de toda esta basura el patio ahora hormigueaba con autos, camiones, motocicletas y a veces un tanque ligero ruso que acababa de llegar de un puerto mediterráneo. El olor de moho y de nidos de ratas que aún se pegaba a las baldosas, a las que el sol nunca llegaba, se mezclaba ahora con un olor pestífero de grasa quemada, de petróleo y bencina, de pintura y metal calientes.

En el primer piso del feo edificio se habían instalado las oficinas del Gobierno Militar de Madrid, la Auditoría de Guerra y los Servicios Especiales. Estos últimos estaban en manos de un grupo de anarquistas que se habían apoderado de la abandonada oficina cuando la maquinaria gubernamental se había ido a Valencia. Nunca en mi vida he tropezado con una autoridad policíaca que tratara de una manera tan meticulosa ser justa y no abusar de su poder; y sin embargo, algunos de sus agentes eran primitivos y mal educados, con mucho del tipo de agente provocador, utilizando viejos y románticos métodos de espionaje con una brutalidad truculenta, extraña en absoluto a las ideas de sus jefes temporales. Pero éstos sabían imponerse.

El hombre que se entendía con las cuestiones relativas a extranjeros era Pedro Orobón, cuyo hermano había sido famoso entre los colaboradores del gran anarquista Durruti. Pedro era pequeño, moreno y delgado, con unos ojos inteligentes, tristes y amables en una fea cara de simio, con una sonrisa infantil y manos nerviosas. Carecía absolutamente de egoísmo, siendo un creyente ascético con un sentido de justicia incorruptible y ardiente que le clasificaba en el mismo tipo que ha dado a España un cardenal Cisneros y un Ignacio de Loyola. Franco, generoso y abierto a la amistad en tanto que fuerais de su confianza, estaba dispuesto a fusilar a su más íntimo amigo si le encontraba culpable. Era un sentimiento que se tenía constantemente a su lado; pero también se sabía que estaba dispuesto a pelearse con todas sus energías contra cualquier castigo que creyera injusto, que era incapaz de acusar a alguien antes de estar convencido de su culpabilidad, y aun así, antes de haber agotado todos los medios que pudieran servir para justificarle. Para él, un aristócrata tenía un derecho moral de ser fascista, porque su medio ambiente le había moldeado en un sentido determinado al que le era muy difícil escapar. ¿Fusilarlos? No. Pedro les hubiera dado un pico y una pala y les hubiera hecho ganarse el pan con las manos y los músculos pensando que era posible que la lección que les diera esta forma de vivir podía abrir sus mentes a los ideales del anarquismo. Pero un trabajador convertido en fascista, o un traidor pretendiendo pasar por revolucionario, no tenían redención posible y se sentenciaban ellos mismos. Tenía respeto por las convicciones de otros y estaba dispuesto a colaborar con todos los militantes antifascistas, Ilsa y él se tenían mutua confianza, yo era un amigo. Aunque él mismo trabajaba como una parte de la máquina de guerra sin atenuar sus ideas, le preocupaba mucho la participación en el Gobierno de anarquistas como ministros, porque temía las tentaciones del poder y el efecto que tendrían sobre sus ideales.

Muy pronto iba a tener ocasión de estar agradecido a la escrupulosa rectitud de Orobón. Hartung, el austríaco cuya vaga promoción había obligado a Rubio Hidalgo a mandarnos a Madrid a toda prisa, se había presentado con documentos que le acreditaban como un jefe de prensa del ejército en operaciones en el frente central. Se presentó desbordante de palabras y de entusiasmo y nos explicó sus planes: desde luego, él se las entendería con el Estado Mayor, nuestra oficina tendría a su disposición una

caravana de automóviles y todo lo que se necesitara, se reorganizarían todos los servicios, y yo no sé cuántas cosas más. Cuando se le acabó el chorro, desapareció. Inmediatamente comenzamos a oír que andaba exhibiéndose en todas partes con un uniforme de comandante de artillería recién salido de la sastrería, haciendo discursos grandilocuentes e insinuaciones nebulosas, dejando a todo el mundo perplejo y desconfiado. Cuando enfrenté el asunto con Rubio Hidalgo en nuestra conferencia telefónica, me dijo que no me preocupara de él, que no era más que un loco y un granuja y que los papeles que exhibía carecían de valor. Al mismo tiempo, los periodistas comenzaron a hacer preguntas embarazosas sobre el tipo.

Algunos días más tarde se presentaron en la oficina dos agentes de la policía militar y preguntaron a Ilsa cuáles eran sus relaciones con un compatriota suyo que se hacía llamar el comandante Hartung; cuando yo intervine y les expliqué lo que había pasado nos dijeron que les acompañáramos los dos. En Servicios Especiales nos encontramos con nuestros amigos anarquistas desconcertados y preocupados, pero ridiculizando la idea de que estábamos detenidos, aunque, eso sí, no podíamos abandonar el edificio. Nos pasaron a un salón destartado donde se estaba formando una colección de gentes a quienes se había visto hablando o alternando con Hartung: un agregado de la embajada soviética, el corresponsal de un periódico suizo, una periodista noruega y el profesor Haldane. El ruso se paseaba en silencio de arriba abajo, la noruega estaba asustada, y el profesor Haldane se sentó a una mesa de despacho y comenzó a revolver en los cajones. Encontró en ellos diplomas en blanco, firmados por Su Graciosa Majestad Alfonso XIII, y Haldane comenzó a llenar los blancos y a concederse títulos y nombramientos. Ilsa explicó a Hilda, una chica alemana que trabajaba como secretaria de Orobón, que aquel gigante panzudo, vestido con un chaquetón de cuero, era un hombre de ciencia famoso, un premio Nobel y un gran amigo de la República. Hilda le invitó azorada a pasar a su despacho. Salió Haldane al cabo de un rato, gruñón y malhumorado, y nos endilgó una larga arenga en inglés, el resumen de la cual era que no se habían dignado amenazarle con fusilarle en la mañana, sino que se les había ocurrido ofrecerle, de todas las cosas imaginables, ¡una taza de té!

De los comentarios reservados de nuestros amigos, saqué en claro que Orobón y sus colegas estaban resistiendo la presión del juez militar especial que nos quería meter a todos en prisión como sospechosos de complicidad con un espía extranjero. El juez, un oficial del ejército, masón, y con fuerte prejuicio contra socialistas y extranjeros, encontraba, como justificación de esta orden draconiana, que todos los que habían tenido trato con Hartung eran extranjeros con la única excepción mía. El jefe de Servicios Especiales se oponía a esta justicia sumaria contra gentes que habían probado su lealtad más claramente que el propio juez y contra periodistas cuyo único delito era haber encontrado a Hartung en el hotel. Al fin Orobón llamó por teléfono al general Goliev y dejó a Ilsa hablar con él. Después yo hablé brevemente con el general Miaja, quien me dijo que el juez era amigo suyo y que él no podía intervenir en materias judiciales, pero que de todas maneras iba a intervenir para que se aclarara la cuestión y no nos detuvieran más tiempo.

Cuando me hicieron pasar a presencia del juez tuve la sensación de haber caído en una trampa. En la habitación, un salón tapizado con brocado ya descolorido por los años, reinaba un coronel impecable entronizado en un viejo sillón forrado de rojo y cargado de dorados, detrás de una mesa enorme abarrotada de papeles, y al lado suyo, como secretaria, una muchacha muy guapa, perfectamente maquillada y peinada por manos profesionales, vestida con pantalones de montar. En tonos secos el juez me hizo una serie de preguntas, mientras la muchacha tomaba nota, con risitas guasonas intercaladas.

¿Cuáles eran mis relaciones con Hartung? Le conté que no lo había visto más que una vez en mi capacidad de oficial. El coronel estalló como si estuviera en el patio de un cuartel de caballería:

-¡A mí no me venga con cuentos! ¡Usted está aliado con una manada de cochinos fascistas extranjeros! ¡Pero yo sé cómo entendérmelas con todos ustedes...!

Bien, el hombre agotó mi paciencia. Cuando le estaba gritando a pleno pulmón que él era un fascista enmascarado tras un unifor-me, sonó el teléfono y el coronel comenzó a repetir como un muñeco de guiñol:

-Sí, mi general... Naturalmente, mi general... A sus órdenes, mi general.

Me miraba mientras y veía claramente que a cada momento estaba más asustado del teléfono y de mí, que no aguardaba más que el teléfono callara para reanudar mi explosión. Cuando dejó el auricular, y antes de que yo hablara, comenzó a presentarme sus excusas, con las frases más escogidas: tal vez todo aquello no era más que un error, tal vez Hartung no era más que un lunático peligroso, un hombre que no ha dormido en toda la noche y que devora todo lo que le dan. «Hasta esa porquería de arroz que los milicianos comen», remató con una mueca de asco.

Después, el interrogatorio de Ilsa duró unos pocos minutos en los cuales el juez, ya repuesto de su susto, trató de hacerla declarar que Hartung había sido promovido a una posición clave por Alvarez del Vayo y Rubio Hidalgo, que tenían razones no muy claras para hacerlo. Para Ilsa fue fácil rechazar estas insinuaciones torpes. Haldane salió chasqueando la lengua, enfundándose en su chaquetón de cuero y encasquetándose el casco de acero, procedente de la última guerra, como si fuera el yelmo de Mambrino. La noruega estaba a punto de estallar en lágrimas. El ruso desapareció silenciosamente. Volvimos todos a la Telefónica. Se había terminado el incidente. Rubio Hidalgo estaba muy afectuoso durante días en nuestras conversaciones diarias: no había habido escándalo y todo se había arreglado bien. Sin embargo, yo sabía que sin la negativa de Servicios Especiales de meternos a todos en prisión sin más averiguaciones, y sin la intervención de arriba, hubiéramos podido ser entrampillados en un lío sin fundamento, pero peligroso, y triturados entre los engranajes de una maquinaria hostil a todo aquello por que luchábamos.

Me llamaron del hospital de sangre en que se había convertido el hotel Palace. Un miliciano herido quería verme. Se llamaba Ángel García.

Me quedé convencido de que Ángel estaba en peligro de muerte. En mis pensamientos le veía condenado, como todos los hombres sencillos de buena fe parecen condenados cuando la lucha es desigual. El día era sucio y nublado. El ruido de la batalla en el sector sur de la ciudad llegaba en ráfagas de viento frío. Me llevé a Ilsa conmigo, un poco temeroso de enfrentarme a solas con un Ángel moribundo.

Nos lo encontramos tendido boca abajo sobre una cama, salpicado de barro y de sangre seca, mal cubierto con una camisa hecha jirones. Pensé que era el fin. Volvió la cabeza y se echó a reír, los ojillos chispeantes de granjería. Un vendaje ancho y sucio le envolvía de la cintura hasta los muslos, y otro, el pecho a la altura de los omóplatos.

-Bueno, ahora que han venido ustedes, esto está mejor. Aquí está Angelillo recién nacido, porque ha nacido hoy. Estos hijos de zorra de moros me han querido violar.

Había visto casos de éstos en Marruecos y me dio una náusea. Pero Ángel estalló en risas. Sus dientes, que debían brillar en su cara color caoba, estaban más negros que nunca de tabaco.

-¡Ca!, se cuele usted, don Arturo; no es por ahí. ¿Qué se ha creído usted de Angelillo? Es que esos tíos me han fusilado por el trasero, con perdón de Ilsa. ¡Y vaya un tiro de zumbas! Verá usted, la cosa ha pasado así: hicimos anoche un ataque contra un nido de



ametralladora que nos estaba dando la lata y, claro, se liaron a rociarnos de balas que no nos podíamos despegar del suelo como si fuéramos lapas, con la cabeza metida en el barro, que todavía lo tengo pegado a los morros, ¿no? Pues así, y a pesar de que estaba apretado contra el suelo cuanto podía, una bala me pegó en el hombro, me rozó el espinazo y me atravesó un carrillo del trasero sin tocar más que carne. Ni un hueso roto. Bueno, si no me hubiera aplastado tanto contra el suelo, valiente que soy, me habrían hecho un túnel desde el hombro a los talones. Pero por esta vez se han quedado con las ganas.

Yo estaba atragantándome de risa un poco histérica. Claro, ¿qué otra herida podían haberle hecho a Ángel? La herida era como él. Ángel era indestructible. ¿Condenado? Tontería, estaba más vivo que yo. Apestaba a barro, a sudor, a sangre, a ácido fénico, pero estaba allí, guiñándome los ojos, pataleando sobre su tripa, contando el refugio que se había construido contra los morteros en su trinchera de Carabanchel, y qué borrachera iba a coger el primer día que saliera a la calle, porque el trasero no tiene nada que ver con emborracharse, ¿no es verdad? Ni con otras cosas tampoco.

Un muchacho muy joven, tendido en una cama opuesta a la de Ángel, comenzaba a irritarse con la verborrea de éste. Se lanzó en una tirada amarga y violenta. Le habían herido cerca del Jarama y su herida no era una broma. Su unidad, la brigada número 70, había sido mandada al frente sin apoyo alguno de los tanques y sin armas automáticas, nada más que porque ellos eran de la CNT, mientras que la brigada vecina, que era comunista, tenía de todo.

-Hemos atacado tres veces, compañero, y los fascistas nos han sacudido de firme. La tercera vez hemos cogido la posición, pero no nos hubiéramos quedado en ella si no hubiera sido por demostrar a esos granujas quiénes somos nosotros. Nos han jugado una mala pasada, pero ya vamos a saldarla un día a tiros con ellos.

Ángel se enfadó y torció la cabeza para enfrentarse con el muchacho:

-Tú, ¡idiota! Yo soy un comunista y no dejo que se nos insulte. Si hay que andar a tiros, nosotros también sabemos zumar.

-Yo no me refería a ti, sino a los mandones vuestros. Los que pagamos siempre somos los pobres como tú y como yo y como muchos que se han quedado criando hierba.

-Qué mandones ni qué ocho cuartos -replicó Ángel-. A mí no me toma el pelo ningún mandón. Ahí tienes lo que me ha pasado con mi capitán. Ha sido mi vecino por más de diez años y es más joven que yo; lo han hecho capitán y ahora empieza a hablar de la disciplina del Partido y de la disciplina del ejército, porque somos un ejército, dice, y de qué sé yo cuántas cosas más. Bueno, tiene razón, todos somos soldados ahora, pero a mí no me da la gana de dársela. Con que, empiezan a asarnos a morterazos y nos dice que dejemos las chozas que habíamos hecho y que nos metiéramos en la trinchera. ¿Y sabes lo que le dije? Que a mí no me enterraban vivo y que la trinchera es mala para el reuma. Y le dije: «Mira, tú, cuando te daba miedo el padre confesor ya era yo un socialista y un comunista, o lo que sea, y a mí no me mandas». Se me puso muy serio: «¡Cabo García!» y me dijo que me metiera en un refugio contra los morteros, aunque fuera en el mismo infierno. «Un refugio, ¿eh? Pues me voy a hacer uno.» Me cogí un montón de puertas de las casas en escombros y un montón de somieres. Dentro de mi choza puse las puertas de pie, derechas como si fueran vigas, quité el techo de la choza, y encima de las puertas de canto hice un techo de puertas tumbadas. Luego até los somieres para que no se escaparan y ya está. Bueno, mi capitán decía que me había vuelto loco.

-¿Y no lo estabas, Angelillo?

-¡Vamos! Parece mentira que usted no lo entienda. Es una cuestión de balística. Mire: ahora cuando un mortero me cae encima del tejado, mientras estoy durmiendo, pues cae

sobre los muebles y bota. Y pasa una de las dos cosas; o explota en medio del aire, y a mí eso no me importa, o vuelve a caer y sigue botando como una pelota de goma hasta que se le acaba la cuerda y se queda durmiendo en un somier. Y ya está. Por la mañana lo único que hay que hacer es recoger el mortero y mandárselo a ellos otra vez. Como ves, para que aprendas, he obedecido a mi capitán, disciplina y todo el cuento, pero he conservado mi libertad y no me entierran vivo en la trinchera. Los otros han empezado a buscar colchones y puertas. Y ahora, ¿qué me cuentas de los mandones? Nosotros somos un ejército revolucionario. -Se retorció sobre su tripa-: ¡Eso para que hables de la carne de cañón!

Ilsa y yo no podíamos contener la risa cuando volvíamos a nuestra oficina:

-A Ángel se le podría convertir en un símbolo como el Buen Soldado Schwejk -dijo Ilsa. Y me fue contando sobre el famoso libro del rebelde soldado checo que aún no conocía. Pero teníamos que seguir censurando despachos vacíos de sentido acerca de escaramuzas y bombardeos, escritos por gentes que no conocían a Ángel ni a los suyos. ¡Y cómo lo hacían!

Un famoso periodista inglés que acababa de llegar escribió una «historia humana» para el departamento de Londres de la agencia España. Contaba la historia de Gloria, una de las muchachas de los ascensores, que había mostrado un valor excepcional manejando el ascensor y evacuando gentes de los últimos pisos mientras los cascos de metralla caían sobre el techo del vehículo. Era una de las historias clásicas de la Telefónica, pero tuvo que describir a Gloria, que era rubia, como una morena de pelo endrino, con una rosa tras del la oreja «porque los lectores de Londres piden un poco de color local y no quieren que se les robe su idea de Carmen».

Mientras, el periodista estaba tiritando embutido en su gabán de lana... Herbert Matthews me alargó al mismo tiempo que una crónica la cuenta que quería pasar a su editor y que incluía los gastos por el tratamiento de sabañones; y para demostrarme que aquello no era una clave, me mostraba sus dedos amorcillados, llenos de úlceras, y con uno de ellos, un sabañón púrpura descaradamente instalado en la punta de su nariz melancólica.

Fue aquel mismo día cuando el doctor Normal Bethune, el jefe dictatorial de la Unidad Canadiense de Transfusión de Sangre, entró dando grandes zancadas, seguido de sus ayudantes, todos jóvenes y todos tímidos. Ilsa tenía que ir con él en seguida. En el piso donde estaban alojados habían encontrado un montón de documentos escondidos. Pero la mayoría estaban en alemán e Ilsa tenía que verlos. Se marchó con ellos y volvió horas después con un paquete de cartas y de fichas. El fichero era el de los miembros del Frente de Trabajo Alemán en Madrid: empleados de la Siemens Halske, la Siemens Schuckert, la AEG y otras grandes firmas alemanas. Las cartas eran la correspondencia entre mi antiguo conocido el abogado Rodríguez Rodríguez y sus amigos en Alemania; entre ellas estaba la fotografía que me había enseñado un día tan orgulloso, presumiendo de su sitio de honor entre los nazis. Ilsa tradujo la carta de un alto oficial nazi, en la que defendía a Rodríguez Rodríguez contra la crítica de que un católico no debía pertenecer al Partido. Aquello era una cosa natural, ya que Falange correspondía en España al movimiento nazi en las condiciones de la vida española. Una porción de viejos incidentes de mi vida anterior en la oficina aparecían ahora claros; aquello era parte del material que probaba la red que los nazis tenían tendida sobre España. Pero Bethune consideraba los documentos como su presa. En un uniforme de campaña inmaculado, sus cabellos grises rizados tendidos hacia atrás sobre su cabeza larga y estrecha, balanceándose ligeramente sobre la punta de los pies, estaba allí, reclamándolos como su tesoro. Él, en persona, se los llevaría a Álvarez del Vayo en su ambulancia del

servicio de transfusión. Él no sabía nada del inquilino del piso. Cuando se instaló allí estaba vacío.

Regresé a la oficina perturbado por una hora de conversación con María. Me había pedido, con una ternura impresionante, que al menos saliera con ella un ratito todos los días, ya que tenía miedo de perder lo único que tenía valor en su vida. Se negaba a aceptar mi unión con Ilsa; volvería a ella; al final yo mismo vería quién valía más; no podía ser que yo estuviera enamorado de una extranjera o que ella lo estuviera de mí.

Pero, aunque yo sabía que estaba desesperadamente sola, no era para mí ya más que una extraña que me llenaba de lástima. ¿Cómo terminar aquello?

En la Telefónica, Ilsa estaba tensa y excitada. Su marido había llamado desde París. Por una coincidencia desafortunada, nunca había recibido su carta desde Valencia en la cual le había explicado el fin de su matrimonio. En el teléfono lleno de atmosféricos, y en un francés exacto, Ilsa le había contado lo que le pasaba, porque no quería hablar con él ni un momento con pretensiones falsas; pero la crueldad de ello la había conmovido profundamente. Apenas si me habló. El muchacho que estaba de turno como censor se quedó mirándola a través de sus gafas y moviendo su cabeza caballuna a un lado y a otro:

-No podía evitar el oírlo -me dijo-, y en la forma que lo ha hecho es una de esas cosas que se leen en las novelas. Nunca he creído que pudiera pasar en la vida real. Debe de ser una gran cosa, pero yo no podría hacerlo.

Aquella noche volvió a telefonar a París y decidió ir allí en avión. La embajada española arregló el que tuviera un asiento reservado: iría a discutir asuntos de propaganda, y a la vez a entrevistarse con su marido y dejar la situación definitivamente resuelta.

Me entró un pánico tremendo, pero no tenía derecho a pedirle nada. Me parecía que en el momento en que saliera de España la arrastraría la otra vida. Sus muchos amigos y su trabajo político serían fuerzas suficientes para ello. Tenía además una afección profunda por Kulcsar, su marido, que estaba entonces trabajando como consejero en la embajada española en Praga. Tampoco podía imaginar, en mi cerebro español, que una mujer fuera capaz de ir a encontrarse con su marido para decirle en su cara que todo estaba terminado y que se había unido a otro hombre. ¿O es que mi vida llena de líos y mi humor triste habían llegado a cansarla? ¿Es que mi experiencia del amor era exclusivamente mía y no de los dos? ¡Por qué es tan difícil enamorarse, aunque sea tan fácil! No es una cosa que parezca verdad en la vida. ¿Se marchaba dejándome? No tenía derecho a preguntarle nada.

Se marchó al día siguiente, sola en un pequeño coche. Tenía miedo por ella y miedo de París. La Telefónica se convirtió en un cascarón vacío y el trabajo en una cosa sin sentido. No dormía, si antes no me rellenaba de coñac. Mi cabeza no hacía más que girar alrededor de las mil y una posibilidades de que ella no volviera, en contra de la única sola de que lo hiciera. Los ataques del enemigo! en el suroeste de Madrid eran anuncio de un nuevo ataque para cortar la comunicación con Valencia. Podía volver y el chófer, conociendo el cambio en el frente, tomar una de las transversales cerca del Jarama y caer de boca en las líneas fascistas. Podía volver y matarla uno de los obuses que entonces llovían sobre la ciudad. Lo más fácil era que no volviera nunca y me quedara solo.

Volvió, al cabo de seis interminables días. Mi bienvenida fue pobre porque la emoción me había dejado exhausto. Su chófer me contó una larga historia, de cómo había obligado al gobernador militar de Alicante a darle un coche oficial y cómo habían obtenido gasolina contando a los guardias de los depósitos que era la hija de un

embajador ruso; ¿no estaba chalada aquella mujer haciéndose conducir toda la noche a través de ventiscas de nieve en La Mancha y con todos los garajes cerrados? La última gasolina la había obtenido en El Toboso, como si fuera el símbolo final de la quijotada. Ilsa había obtenido una promesa de su marido de que se conformaría con un divorcio tan pronto como ella lo pidiera después de terminarse la guerra en España. Había comprobado que estaba segura de sí misma, pero aún tenía la esperanza de que aquello no sería más que un enamoramiento pasajero. Las reacciones del mundo exterior la habían deprimido profundamente: en lugar de tratar de entender el espíritu de Madrid, que la prensa de izquierda ensalzaba en grandes titulares, muchísima gente se preocupaba tan sólo de saber si era verdad que los comunistas se habían apoderado de todos los puestos de mando. Sin embargo, más y más escritores políticos querían venir a Madrid y nosotros tendríamos que servirles de guía; hasta yo mismo tendría que hacer algo de trabajo periodístico para la agencia España de París hasta que mandaran un corresponsal nuevo.

No tenía mucho tiempo para arreglar mis asuntos personales, porque la ola de peligro y de trabajo aumentaba una vez más. Pero estaba decidido a obtener mi divorcio de Aurelia y a plantear claramente la situación con María; la tortura y la alegría que me había proporcionado el viaje de Ilsa me hacían imposible el continuar un lío de relaciones forzadas, falsas y sin sentido. No era bastante el que Aurelia no fuera mi mujer más que de nombre, ni que mi contacto con María se hubiera quedado reducido a una hora de charla en un café o a un paseo en la calle. Hasta ahora la gente aceptaba y respetaba mi vida con Ilsa, porque lo habíamos elevado por encima del nivel de un *affaire* vulgar con nuestra completa franqueza y naturalidad; pero sabía que esta indulgencia romántica no iba a durar indefinidamente y que iba a llegar un día en el que surgirían las dificultades o las situaciones equívocas. No hablé de esto con Ilsa; era mi propio problema aunque para ella no existiera y sólo resintiera mi debilidad. Pero precisamente cuando había hecho acopio de coraje para romper con María definitivamente, María vino llorosa a contarme la muerte de su hermano más joven en el frente y me faltó el valor de producir un nuevo dolor. Seguí saliendo con ella un día sí y otro no, para dar un paseo y tomar un café juntos, odiándome a mí mismo, lleno de resentimiento contra ella, tratando de ser tan cariñoso como era posible dentro de la crueldad de todo aquello.

Un día, en mi desesperación, llevé conmigo a María para investigar el daño que había hecho un solo avión Junkers volando bajito sobre las casuchas de Vallecas en la tarde del 20 de enero y dejando caer un rosario de bombas en una placita donde las mujeres estaban cosiendo al sol y los chicos jugando a su alrededor. Había encontrado al padre de tres niños asesinados allí y pensaba que podía hacer lo que los periodistas nunca hacían, porque estas incursiones ya no tenían importancia para ellos. La casita del hombre -que era un vendedor ambulante de pescado- había sido destruida por siete bombas pequeñas. La mujer había caído muerta en la puerta con el niño de pecho agarrado al seno. Las dos chicas mayores habían sido muertas en el acto. Un chiquillo, a quien habían amputado el pie en el hospital General, de cuatro años, tenía su cuerpecito cubierto con más de cien heridas de metralla pulverizada. El chico mayor con los oídos sangrando, reventados por la explosión, lo había llevado a cuestas a la casa de socorro. Fuimos a visitar al chiquillo, a quien habían amputado el pie en el hospital General, y a escuchar la historia de labios del padre, Raimundo Mallanda Ruiz, mientras el niño nos escuchaba con los ojos muy abiertos y la mirada opaca.

Me había imaginado que ésta sería una buena historia para ilustrar las consecuencias de la no intervención, pero indudablemente yo no entendía una palabra de lo que se vendía

en el mercado extranjero, ni lo que la opinión pública extranjera quería saber.

María no vio lo que yo vi; su solo interés estaba en retenerme. Y su indiferencia acabó de destruir mi intento de encontrar una base de amistad en una comunión de ambos en la experiencia que todos sufríamos. La persuadí de que tratara de encontrar trabajo fuera de Madrid, aun dándome cuenta de que lo tomaba como una injuria final.

Febrero fue un mes duro y amargo. Mientras se desarrollaba la batalla del Jarama, y mientras los periodistas más escépticos discutían las posibilidades de la rendición de Madrid en cuanto se cortara su comunicación con Valencia, los rebeldes y sus auxiliares italianos tomaron Málaga. Madrid estaba sufriendo hambre y los túneles del metro, al igual que los sótanos de la Telefónica, estaban abarrotados por miles de refugiados. Todos sabíamos que en la retirada de Málaga, la masa de huidos hacia el norte no tenía más defensa contra las bombas y las ametralladoras de los aviones que los perseguían que la cuneta de la carretera, o lanzarse a través de los campos. No había entonces grandes bombardeos aéreos sobre Madrid, sólo como un recuerdo constante unas cuantas bombas lanzadas en los barrios obreros de las afueras. El bombardeo de cañón seguía sin descanso. La mayoría de nosotros cruzábamos la Gran Vía corriendo inmediatamente después de estallar una granada; y nunca he olvidado mis furias con Ilsa por su tranquilidad en cruzar a paso normal mientras yo esperaba por ella a la puerta del bar, contando los segundos antes de que estallara el obús siguiente.

El horizonte de Madrid estaba lleno de explosiones y llamaradas de tres puntos del compás: sur, este y oeste. En el sector del sureste, las Brigadas Internacionales habían detenido el avance del enemigo sobre el Jarama a un precio terrible. Uno de los voluntarios ingleses, con brazos de simio y frente estrecha, un cargador de los muelles, vino a ver a Ilsa y a contarle la muerte de los amigos que le habían llevado alguna vez a la Telefónica: el arqueólogo de Cambridge y el joven escritor. Le dejó una fotografía de sí mismo, una fotografía de quinto campesino, muy estirado, la mano en el respaldo de un sillón de terciopelo.

De pronto el aire se llenó con los primeros olores de la primavera. El viento barría rápido las nubes blancas a través de un cielo brillante y los chaparrones arrancaban todos los perfumes de una tierra nueva.

Los ruidos de batalla que llegaban hasta nosotros del oeste, explosiones sordas de mortero y tableteo de ametralladoras, se habían hecho gratos a nuestros oídos. Sabíamos que allí, en la cuesta detrás de la cárcel Modelo, donde cuatro meses antes Miaja había levantado un puñado de voluntarios desesperados contra la invasión de los moros, estaba el batallón vasco del comandante Ortega, que había reconquistado palmo a palmo el Parque del Oeste y seguía empujando al enemigo.

El comandante Ortega, un hombre huesudo con una cara como tallada en encina pero movable como hecha de caucho, había organizado su sector tan bien y estaba tan orgulloso de ello, que nos gustaba mandarle periodistas y visitantes extranjeros que querían echar una ojeada al frente. Claro es que estábamos obligados a conocer lo que queríamos que otros vieran.

Un día, después de una comida estilo vasco, interminable, suntuosa, y rematada por media hora de canciones con sus oficiales más jóvenes, nos condujo a través de un túnel estrecho. Surgimos en lo que habían sido los jardines del parque, en el laberinto de trincheras bien cuidadas que atravesaba los viejos paseos enarenados. Los árboles estaban desgajados y rotos, pero las nuevas hojas comenzaban a surgir de sus muñones. En las trincheras en zigzag los soldados se ocupaban pacíficamente en aceitar y pulir piezas metálicas. Unos pocos se habían metido en refugios y allí dormían, leían o escribían. De vez en cuando se oía un silbido agudo y un ¡plof! blando, y otra flor

estrellada con pétalos de astillas blancas surgía en uno de los troncos oscuros.

De pronto nos encontramos en la primera línea de trincheras. La trinchera estaba sorprendentemente seca y limpia, como nos mostró Ortega lleno de orgullo profesional. En los sitios donde el agua del cerro había hecho reguera, la tierra estaba cubierta con tablas y puertas de las casas bombardeadas en el paseo de Rosales. A través de las troneras del parapeto me asomé al frente y eché una ojeada al borde terroso de la trinchera opuesta en el que de vez en cuando explotaban nubecillas de polvo.

Allí estaba el enemigo escasamente a cien metros de nosotros: moros, falangistas, legionarios, italianos, un puñado de alemanes, y reclutas forzosos de los campos de la vieja Castilla. Al fondo se elevaban los edificios de la Ciudad Universitaria, inmensos, llenos de cicatrices de cañón. Detrás del agujero roto de una ventana alta, bajo el tejado del edificio de ladrillo de la facultad de medicina, pasó una figurilla como un muñeco; tableteó una ametralladora en nuestra trinchera, pero no pude ver dónde iban los proyectiles. El sol rebrillaba en una revuelta del río.

Con la ciudad a espaldas nuestras y los robustos vascos y gallegos y asturianos envolviéndonos en sus chistes, el enemigo perdía importancia. Había que reírse. Estábamos seguros allí, la ciudad estaba segura, la victoria era segura también.

Ortega nos enseñó un mortero primitivo. La bomba se disparaba por un muelle de ballesta, al igual que una catapulta. El vasco a cargo del mortero se dispuso a disparar:

-Ya que han venido los camaradas, vamos a tener cohetes -dijo-. Vamos a hacerles cosquillas, veréis cómo se enfadan.

Al segundo intento el proyectil salió volando sin ruido y un segundo más tarde nos sacudía una explosión seca. El frente se desató en una furia violenta, El chasquido de los disparos de fusil se corría a lo largo de los parapetos, una ametralladora comenzó a funcionar a nuestra derecha, los edificios de la Ciudad Universitaria se unieron al concierto. Dentro de mi cabeza zumbaban en un pitido agudo mis oídos. Habíamos desatado el poder oculto de los explosivos y ya no estábamos más seguros.

Diez días más tarde, las divisiones blindadas italianas desencadenaron una gran ofensiva en la llanura terrosa de la Alcarria, al noreste de Madrid. Sus tanques arrollaron nuestras posiciones; tomaron Brihuega y Trijueque, se situaron ante Torija, cerca de Guadalajara. Era un intento de cortar nuestro saliente norte y cerrar la carretera a través de Alcalá de Henares, que se había convertido en esencial para Madrid, ya que la carretera de Valencia sólo era accesible por caminos laterales.

El general Goliev tomó la retirada fríamente. Hablaba como si detrás de él estuvieran para maniobrar los espacios inmensos de Rusia. Yo no creo que mucha gente en Madrid percibió la gravedad de la situación. Los periodistas extranjeros sabían que ésta era la primera acción en campo abierto de las fuerzas italianas en España. ¡Esto sí que eran grandes noticias! Pero cuando comunicaron que las fuerzas italianas blindadas y de infantería constituían la vanguardia de las fuerzas rebeldes, se estrellaron contra la censura de sus propios editores: había que conservar la comedia de la no intervención. De repente, nuestro servicio de censura y los corresponsales extranjeros se encontraban siendo colaboradores de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos.

Herbert Matthews tuvo una conferencia y después una conversación con sus editores, en la cual el hombre al otro lado del hilo telefónico, alguien sentado en una oficina en París, le dijo:

-No hable usted siempre de italianos. Usted y los periódicos comunistas son los únicos que usan esa historia de propaganda.

Matthews, atado por nuestras regulaciones de censura, se calló; después vino a mi mesa con los labios contraídos y me sometió un cable que quería mandar a Nueva York:

-Si no tenían confianza en su información objetiva, dimitía de su cargo.

La respuesta del *New York Times* fue que nadie creía que él quisiera hacer propaganda, pero que podía haberse dejado llevar de los amaños de la propaganda oficial de la República.

Herbert Matthews triunfó en su batalla. Pero cuando semanas más tarde leía yo en qué forma varios periódicos ingleses, americanos y franceses habían publicado las informaciones que nosotros habíamos censurado en Madrid, me encontré con que la mayoría de ellos habían cambiado las frases «tanques italianos», «infantería italiana», etc., por fuerzas, tanques e infantería «nacionalistas», de manera que desaparecía la evidencia vergonzosa de una guerra internacional.

De la noche a la mañana se cambiaron las tornas: los cazas republicanos suministrados por Rusia -aquellos «ratas» y «moscas» que nos parecían tan maravillosos- cayeron sobre las fuerzas de avance. Una unidad anarquista entrampilló una gran formación italiana y la aniquiló. Las Brigadas Internacionales se incorporaron al frente. Los altavoces del batallón Garibaldi llamaban a los italianos del otro lado. Después avanzaron en un bloque los antifascistas italianos y alemanes, lado a lado con las unidades españolas. Recuperaron Trijueque y Brihuega, capturaron más de mil prisioneros, todos italianos, y capturaron el correo y los documentos del Estado Mayor.

Gallo, el comisario comunista de las Brigadas Internacionales, y Pietro Nenni, el socialista italiano que estaba en todas partes con su camaradería efusiva, nos trajeron los giros postales que los soldados mandaban a sus familiares en Italia, diarios manchados de sangre, cartas aún sin censurar, sellos de correo italiano, documentos y registros sin fin. Todo esto lo repartimos entre los corresponsales que querían una prueba irrefutable de la veracidad de sus informaciones. El Comisariado de Guerra llevó a los periodistas a través de los pueblos reconquistados. Y sus informaciones después de la victoria de Guadalajara eran tales que no podían ya ser desmentidas o distorsionadas. Se había vuelto en una victoria de propaganda para nosotros.

La línea del frente se estabilizó al noreste, mucho más lejos de lo que había estado antes de la derrota italiana, aunque las esperanzas de un avance hasta Aragón no cristalizaron. Después de Guadalajara, Madrid no estaba ya aislado; el semicírculo de los sitiadores no amenazaba ya en convertirse en un anillo cerrado. Comenzó una corriente constante de visitantes. Ya nadie hablaba de la caída de Madrid. La reorganización de las autoridades civiles adquirió impulso. Rubio en el teléfono era más estricto. Llegaron delegaciones extranjeras a quienes llevábamos a visitar Argüelles, o los Cuatro Caminos, o las ruinas del Palacio de Liria y, si se atrevían, a través de las trincheras de Ortega. Presentaban sus credenciales a Miaja, visitaban una u otra de las fábricas modelo bajo el control de los trabajadores, una u otra de las escuelas para adultos y los hogares para huérfanos, y se marchaban.

Una de las delegaciones que tuvimos que conducir estaba presidida por el socialdemócrata Friedrich Adler, entonces secretario de la Internacional Socialista. Le era odiosa la existencia de un Frente Popular y la colaboración con los comunistas. No nos hizo ni una pregunta. Su silencio era, sin duda, la manera suya de desaprobarnos a los defensores de Madrid. Los muchachos socialistas, todos del ala derecha del Partido, que la Junta de Madrid había designado con gran tacto como su compañía, me preguntaron quién era aquel viejo antipático y por qué parecía un muerto andando. Se marchó dejando tras él un sentimiento de hostilidad, el único resultado efectivo de su visita.

Vinieron más periodistas y más escritores. Llegó Ernest Hemingway; Hans Kahle, de las Brigadas Internacionales, le llevó a los campos de batalla de Guadalajara; con Joris Ivens se lanzó a producir la película *Spanish Earth*, su secretario, el ex torero Sidney

Franklin, aparecía en todas las oficinas pidiendo permisos, salvoconductos, gasolina y charlando incansable. Llegó Martha Gellhorn y Hemingway la presentó en la Telefónica: «That's Marty». «... Ésta es Martita, tratarla bien, que escribe para *Collier's*. ¿Sabe? Una circulación de un millón...» O de medio millón, o de dos millones, no recuerdo, ni me importaba; todos nos habíamos quedado absortos mirando la figura elegante rematada por un halo de cabellos rubios, que se movía en la oficina oscura y revuelta con el movimiento de caderas que sólo conocíamos del cine.

Convites en el bar del Gran Vía, convites en el bar Miami, convites en el bar del hotel Florida. Aparte de algunos «veteranos» de Madrid, embebidos en el trabajo, tales como George Seldes y Josephine Herbst, los periodistas y los escritores extranjeros se movían en un círculo de ellos, con una atmósfera suya, rodeados de un coro de hombres de las Brigadas Internacionales, de españoles ansiosos de noticias y de prostitutas atraídas por el dinero abundante y fácil.

Marzo se había convertido en abril. Hacía calor en las calles cuando no soplaba el viento duro de la Sierra. En las tardes las calles se llenaban de paseantes y los cafés rebosaban con gentes que cantaban y reían, mientras a lo lejos las ametralladoras soltaban escupitinajos, como si el frente estuviera lleno de rabia. La amenaza de los bombardeos aéreos parecía no existir.

Había comenzado los trámites de mi divorcio después de obtener un consentimiento de mala gana de Aurelia. Estaba inquieto. El trabajo no pesaba mucho. Habíamos hecho nuestra parte, pero ahora todo parecía vacío y falto de sentido. La propaganda se había apoderado del cliché del «Madrid heroico» y todo se había convertido en fácil y monótono, como si la guerra -nuestra guerra- se hubiera detenido de pronto y no siguiera creciendo en amplitud y alcance infernales.

Cada vez que Ángel venía a verme en uno de sus permisos, medio borracho, narrador de nuevos trucos inventados en las trincheras, o de aventuras amorosas siempre fracasadas, o de sus hambres por tener su mujercita al lado, me servía de consuelo. Agustín, mi cuñado, me consolaba también cuando me contaba la vida en la casa de vecindad y en los talleres. Llevé a Ilsa a la taberna de Serafín, donde me había sentido como en casa desde muchacho, y me alegró el que congeniara con el panadero y el carnicero y el prestamista, que eran mis amigos; o que el cliente desconocido, un obrero, le alargara espontáneamente un puñado de bellotas «porque le gustaba su cara». Todo aquello era real, las otras cosas no. Así, mi propia vida comenzaba a aclararse.

Una tarde de abril, cuando Ilsa por primera vez había sustituido su cazadora de cuero, tan militar, por una falda y una chaqueta grises, me la llevé de paseo a través de las calles más viejas, más estrechas y más retorcidas y le mostré la Cava Baja, donde esperaba la diligencia para ir a Brunete cuando niño, o el autobús a Noves cuando hombre. Le enseñé rincones típicos y fuentes centenarias escondidas en callejas solitarias y antiguas, cuyas baldosas conocía una a una. Cuando pasábamos por las plazuelas quietas llenas de sol o por los callejones hundidos en sombra, las mujeres se asomaban a las puertas para mirarnos y cuchichearse unas a otras su comentario, que podía adivinar palabra por palabra.

En lo alto de las Vistillas, al lado de un cañón emplazado hacia el frente, nos quedamos contemplando el panorama inmenso, desde el Viaducto, medio destruido a través de la calle de Segovia, hasta las márgenes del río y más allá, hasta los cerros de la Casa de Campo, donde estaba el enemigo. Me veía yo mismo, chiquitín, trotando lado a lado de mi madre, ella subiendo lentamente la cuesta, cargada de la fatiga de un día entero lavando en el río.

Comencé a contarle historias de mi niñez.



## La lesión

### Capítulo VI

Valencia nos había enviado para que tuviéramos cuidado de ella, y la sirviéramos de guía, una delegación de políticos ingleses, todos ellos mujeres. Venían acompañadas de un guía, Simón, de la agencia España, con su cara de actor viejo y sus maneras de galán de comedia de fin de siglo; pero Valencia se preocupaba mucho de ellas. Había entre ellas tres diputadas de la Cámara de los Comunes, la duquesa de Atholl, Eleanor Rathbone y Ellen Wilkinson; y con ellas Dame Rachel Crowdy, una dama de la alta sociedad interesada en obras de beneficencia. A Ilsa le tomó bastante tiempo y trabajo el meter en mi cabeza sus nombres, sus títulos, sus filiaciones políticas, y sobre todo qué interés tenían en venir a Madrid. La verdad es que no me sentía muy atraído por el flujo incesante de turistas que no cesaban de llegar a Madrid desde que la victoria de Guadalajara había debilitado el cerco, con muy buenas intenciones indudablemente, pero casi siempre egocéntricos. Y al mismo tiempo, día a día aumentaba la presión de la burocracia, que recobraba crecientes sus fueros. Presentía un cambio inminente, y esta moda de las visitas formaban parte de ello.

Dejé al cuidado de Ilsa el contacto personal con las visitantes y planeé una excursión a través de Madrid, en las líneas más obvias: una introducción al general Miaja en las bóvedas de su cueva mohosa; una excursión a través del barrio de obreros de Cuatro Caminos y Tetuán con sus casitas destrozadas, y del barrio de Argüelles con sus ruinas vacías; el domingo por la mañana, asistencia al servicio religioso de la iglesia protestante de Calatrava, con su párroco, un hombre ingenuo y modesto, y su grupo de jóvenes milicianos entonando himnos; una ojeada al frente desde algún sitio relativamente seguro; una recepción oficial dada por Miaja; una visita por la duquesa -sin ninguno de nosotros acompañándola- al bombardeado palacio del duque de Alba, donde podía comprobar y desaprobar las declaraciones hostiles que el Grande de España había hecho a la prensa. El bombardeo de cañón, que en los últimos días se había hecho muy intenso, daría carácter y ruido a la cosa.

Lo primero fue la visita de introducción a Miaja. Las cuatro mujeres esperaron en la antesala muy excitadas, mientras nosotros convencimos al general para que las recibiera. Le gustaba tener una oportunidad de gruñir a las exigencias de la mucha gente que venía a saludarle. Dos veces preguntó a Ilsa quiénes diablos eran aquellas mujeres y dos veces me dijo a mí por qué diablos no le llevaba chicas guapas o al menos gentes sensatas que nos mandaran armas y municiones.

-Si se empeñan en convertirme en una estrella de varieté, lo menos que podían hacer era traerme regalos, una ametralladora o un avión. Yo les daría mi foto firmada y todo.

Se sometió al fin a regañadientes y escuchó sus discursos cortitos -en los que lo único inteligible para él era lo de «Defensor de Madrid»-, mirándose la punta de la nariz por debajo de las gafas y replicando con gruñidos bruscamente amables. Ilsa traducía con un desparpajo que me hacía sospechar estaba poniendo abundantemente de su propia cosecha.

Al final Miaja gruñó:

-Bueno, dígales que vengan para un té mañana por la tarde, ya que os empeñáis en que son tan importantes. Y que se vayan al diablo. Ah, y dilas que no esperen Bollerías, que

estamos en guerra. ¡Salud!

Me sentía casi tan agrio como él. No podía tomar parte en la conversación entre ellas pero me daban tentaciones de preguntarles descaradamente si no podían haber hecho algo sobre la no intervención sin venirse de juerga a Madrid. Por otra parte, me molestaban constantemente las zalemas y gazmoñerías de Simón. Cuando paseábamos por una callejuela de Cuatro Caminos, donde lo único que quedaba de una hilera de casas era el esqueleto roto de sus paredes, una vieja se abalanzó sobre nosotros, dramática de gesto y sobria de palabras, empeñada en mostrarnos dónde había estado su cocina. Simón estaba tan encantado como un guía gitano que ha logrado que un turista inglés crea que se ha enamorado de él una «bailaora». Indudablemente, yo no era justo con todos ellos y lo mejor que podía hacer era proporcionar como contrapunto mi figura de español silencioso y serio.

El cañoneo estaba aumentando en intensidad y las granadas regaban la «Avenida de los Obuses». Cuando regresábamos en los coches, flotaban en el aire vedijas de humo gris en toda la longitud de la calle de Alcalá y las gentes se refugiaban en los portales del así llamado «lado seguro». Metimos a nuestros huéspedes a toda prisa en el hotel Gran Vía. Quería que las señoras tuvieran el almuerzo con nosotros en nuestro cuarto, en el que se había convertido la antesala en comedor, porque quería evitarlas el recibir una imagen del Madrid que existía en la atmósfera cosmopolita y chillona del comedor general. Pero ellas preferían ver la vida tal como era en el comedor subterráneo y tuve que cambiar los preparativos. Los corresponsales extranjeros se levantaron de la larga mesa en la que se sentaban cada día con sus amigos de las Brigadas y escogieron sus víctimas entre los visitantes: una multitud de soldados, prostitutas y madres ansiosas, que se habían refugiado allí con sus chicos, zascandileaban de un lado a otro, chillando, bromeando, comiendo y bebiendo mientras esperaban que amainara el bombardeo. A través de las claraboyas del sótano llegaban las explosiones y a veces bocanadas de humo acre que eran impotentes para imponerse al ruido y al olor que reinaba en el comedor. Sí, la comida fue un éxito.

Después del café puro llevé el grupo al *hall* de entrada; estábamos citados con el comandante Ortega para ver el frente desde su puesto de observación artillero y nuestros dos coches estaban esperando fuera. En el *hall* había una nube ligera de humo y una multitud aún más apiñada. El gerente del hotel luchaba por llegar hasta mí:

-Don Arturo, venga usted un momento. En su cuarto ha estallado fuego y los bomberos están arriba apagándolo. Debe de haber sido un obús.

Mientras comíamos, había oído la campana de los bomberos, pero no me había preocupado.

Nos abrimos paso a empujones entre los curiosos que obstruían las escaleras y el pasillo. Nuestro cuarto estaba lleno de tizones. En el armario y en una de las paredes, las huellas de las llamas; las sillas tiradas por el suelo. Dos bomberos estaban recogiendo una manga y un tercero arrancaba a tirones una cortina aún humeante.

A simple vista se veía que ninguna granada había caído en el cuarto, pero sobre la mesa reposaba un casco de metralla, grande, cortado en triángulo, que aún estaba caliente, bastante para no poder sostenerlo en la mano. Debía de haber entrado al rojo y, antes de caer, prendido fuego a la cortina. No había pasado más. En una mesita había un plato con dos huevos que estaban intactos. Mis cigarrillos habían desaparecido. El mantel estaba hecho jirones y unos cuantos platos rotos. La mesa debía estar puesta para Ilsa y para mí como todos los días. Los zapatos de Ilsa que estaban bajo la ventana, ocultos por la larga cortina, eran un montón miserable de trozos de cuero retorcidos y chamuscados en postura torturante. En ropas y cojines había manchurriones de hollín y

agua sucia. No había sido nada de importancia.

Ilsa se quedó mirando lastimosamente al montón de cadáveres de sus zapatos quejándose de que era un par azul, nuevecito, que le gustaban tanto, y no servía para nada ya. Las inglesas comenzaron a besarla con mucho entusiasmo, porque eran ellas las que le habían salvado la vida con su presencia. ¿No había dicho ella misma que si no hubiera sido por su visita habría estado comiendo en aquella misma mesa cuando el casco de metralla había entrado en la habitación?

Oí a Ilsa replicar que no parecía hubiera sido tan serio, aunque hubiéramos estado allí. Pero las mujeres seguían mostrando su gran preocupación por ella, mientras yo permanecía en silencio. No había sido nada. Los conduje a todos de nuevo al portal del hotel. El portero me dijo que nuestros chóferes estaban esperando con los autos a la vuelta de la esquina en la calle de la Montera, donde era más seguro. Habían hecho bien, desde luego, en no correr un riesgo inútil durante el bombardeo de mediodía.

El sol deslumbraba en la calle y en el aire quieto se elevaban lentamente nubecillas rizadas de humo tenue. Sonaban algunas explosiones sordas a lo lejos en la misma Gran Vía. Me adelanté un poco a las mujeres para buscar los coches. Llegando a la misma esquina me abofeteó una bocanada de humo ácido, ya familiar. Con el rabillo del ojo vi algo extraño y viscoso pegado en el cristal del escaparate de la compañía del Gramófono. Se estaba moviendo. Me acerqué a ver lo que era.

Contra la luna estaba aplastado y aún contrayéndose convulsivo un trozo de materia gris, del tamaño del puño de un niño. A su alrededor, pequeñas gotas temblonas de la misma sustancia habían salpicado el cristal. Un hilillo de sangre acuosa se deslizaba por el cristal abajo, surgiendo de la pella de sesos, con sus venillas rojas y azules, en la que los nervios rotos seguían agitándose como finos látigos.

No sentí más que estupor. Miraba la piltrafa pegada al cristal y contemplaba absorto sus movimientos de autómeta. Todavía viva. Una piltrafa de hombre. Una piltrafa de un cerebro humano.

Como un autómeta también, cogí el brazo de la vieja dama que iba a mi lado y cuya cara rosada y simple estaba palideciendo, y la forcé a dar unos pasos para ayudarla a escapar de allí. En el empedrado de la esquina había una cicatriz nueva, blanca y gris, donde el obús había roto las piedras. El puesto de la vieja de los periódicos. Me paré. ¿Qué estaba haciendo? Estaba hueco por dentro, vacío, sin sensaciones. No parecía haber ruido alguno de la calle en el vacío que me rodeaba. Me forcé a escuchar. Alguien me estaba llamando. Ilsa se había cogido a mi brazo y estaba diciendo con una voz áspera y urgente:

-Arturo, ven. Sal de ahí. ¡Arturo!

Allí estaban aquellas extranjeras. Sí, teníamos que llevarlas a algún sitio. Ilsa estaba sosteniendo a la más pesada, llena de cabellos grises. El coche estaba justamente delante de mí. Pero mis pies estaban pegados a la tierra y cuando traté de levantarlos me escurrí. Miré hacia abajo, a aquellos pies míos, tan lejanos. Estaban estancados en un charco de sangre medio coagulada que se agarraba desesperadamente a ellos.

Dejé a Ilsa empujarme dentro del coche, pero nunca he sabido quién más iba en él. Creo que una vez froté las suelas de mis zapatos en la alfombra del coche y sé que no dije nada. Tenía el cerebro paralizado. Estúpidamente, miraba a través de la ventanilla del coche y veía edificios y gentes que pasaban. Nos paramos y estábamos a la puerta de un edificio alto de muchos pisos, en uno de los cuales Ortega había montado su observatorio con el telémetro del que estaba tan orgulloso. Él mismo estaba allí para hacer los honores. Sus muchachos me estaban gastando bromas, porque me había convertido en el guía de una duquesa. Todo era normal y era fácil contestar las bromas.

Nos condujeron al último piso. Las anchas ventanas dominaban un gran sector del frente y de la ciudad. Uno después de otro, nuestros huéspedes miraron a través del telémetro y dejaron a Ortega que les mostrara el emplazamiento de los cañones enemigos, las trincheras camufladas, los edificios blancos y rojos de la Ciudad Universitaria, las llamaradas y el humo de una batería disparando, y el sitio donde caían sus granadas. Mientras los llevaban al balcón para explicarles las líneas del frente, me dediqué a mirar por el telémetro.

Estaba enfocado sobre un edificio bajo envuelto en bocanadas de humo blanco. Lo estaban bombardeando y me quedé pensando y tratando de averiguar cuál era el objetivo. Ajusté el telémetro, y en el campo de visión del aparato apareció claramente la capilla del cementerio de San Martín. El mismo sitio donde yo había jugado cientos de veces mientras el tío José estaba allí en sus visitas oficiales. Veía el viejo edificio de ladrillo, los patios, las galerías blancas con sus hileras de nichos. Una de las vedijas de humo se disolvió y vi el orificio que la bala había hecho en la gruesa pared.

Como si hubiera estado mirando en uno de esos globos de cristal mágicos, las imágenes de mi niñez se me aparecían en el marco de los objetivos del telémetro:

El viejo cementerio con sus patios llenos de sol. Las hileras de rosales cuajados de flores. El viejo capellán y el sepulturero con su enjambre de chiquillos, poco más o menos de mi misma edad. El traslado de viejos cuerpos porque el cementerio estaba clausurado. Mi tío José inspeccionando la decoración de la capilla antes del funeral. Los huesos de color gris extendidos cuidadosamente en una sábana tan blanca que parecía azul. Los huesos apolillados e incógnitos echados en las fogaratas de hojas secas de los jardineros, junto con las tablas roídas de los ataúdes destripados. Yo mismo cazando mariposas y lagartijas entre las trepadoras y los cipreses.

-Nos tenemos que marchar -murmuró Ilsa en mi oído.

A través del balcón veía las calles llenas de sol y de gentes, y en los campos abiertos de Amaniel, verdes con el verdor de la hierba de primavera, una mancha oscura, las copas de los cipreses envueltos en otra nube blanca, todo muy lejos, infinitamente pequeño.

Teníamos que ir al té que Miaja daba a las damas inglesas.

El general había invitado a algunas personas del Ministerio de Propaganda para que le ayudaran con las extranjeras. En uno de los grandes sótanos habían preparado una merienda suntuosa. Las paredes estaban húmedas y desconchadas, pero los ordenanzas aparecieron con ramos de flores y sirvieron el exótico té con sonrisas burlonas. Mientras yo mantenía un tiroteo de bromas con los oficiales, Ilsa actuaba como intérprete en la conversación entre el general y la duquesa, suavizando preguntas y respuestas.

-¿Qué le importa a ella de los instructores rusos para nuestros pilotos? Dile que no nos hacen falta los rusos, que nos sobran muchachos con reñones para volar. ¿Por qué no le interesan?

-Oh, Ilsa, me figuro lo que dice. Ya sé cómo hablan los generales, por mi propio marido -decía la duquesa alegremente.

Cuando trajeron bebidas, Miaja levantó su vaso y dijo en su mejor francés:

-¡Por la paz!

La duquesa replicó:

-Y por la libertad, porque la paz puede costar muy cara.

-¡Salud! -gritó Ellen Wilkinson desde el otro extremo de la mesa.

Cuando nuestros huéspedes se fueron al hotel Florida, trabajamos unas cuantas horas en la Telefónica y después cruzamos al hotel Gran Vía para dormir. Nos habían dado un par de nuevas habitaciones en la misma ala del edificio que las anteriores. Estábamos muy cansados, pero mientras Ilsa deseaba escapar de más ruido, yo tenía que alternar

aún. Simón había invitado a unos cuantos americanos y alemanes de las Brigadas en otro piso del hotel y me tuve que ir con él. No había allí nadie que me agradara. El comandante Hans era todo lo que yo imaginaba como la encarnación del oficial prusiano en toda su crudeza; Simón estaba sobando a una rubia platinada con piel de bebé y una boca dura. Estaban bebiendo una mezcla absurda de licores, blasonando su rudeza y sin pensar ninguno de ellos de la guerra como nuestra guerra, como el dolor y la tortura de España, sino como soldadesca. Bebí y estallé en una tirada que sólo una persona, un crítico americano de cine cuyo nombre nunca he sabido, escuchó con simpatía. Les grité que habían venido a España para sus propios fines, no animados por una fe, y que no nos estaban ayudando; que ellos podrían ser muy cultos y muy pulidos y nosotros bárbaros, pero que al menos sabíamos y sentíamos lo que estábamos haciendo. De pronto se apagó mi indignación. Era un completo extranjero entre gentes que tenían todo el derecho a rechazarme, como yo los rechazaba a ellos. Me marché y al lado de ella encontré reposo.

Me desperté a las ocho de la mañana. Ilsa dormía profundamente y no quería despertarla. Quería bañarme y me encontré con que el jabón, las toallas, los cepillos de dientes y las cosas de afeitarse habían quedado en nuestro antiguo cuarto de baño. Me fui allí a recogerlas.

Nuestro viejo cuarto estaba inundado de sol. Olía aún a humo y a cuero quemado y en el suelo había charcos de agua sucia con hollín. Era una mañana espléndida. Al otro lado de la calle, la fachada lisa de la Telefónica, bajo el sol, tenía una blancura cegadora. Me asomé a la ventana y miré a la calle para ver si no estaban regando el empedrado y liberando el olor de tierra mojada en la mañana que tanto me gustaba. Sonó una explosión en el extremo más lejano de la calle. El bombardeo de la mañana -«el lechero», como lo llamábamos con doble sentido- había acudido puntual como todos los días. Había poca gente en la «Avenida de los Obuses». Me quedé mirando, perezosamente, a una mujer que cruzaba la calle un poco más arriba. ¿Era Ilsa? Sabía que no. Ilsa estaba durmiendo en el cuarto de al lado, pero esta mujer era tan semejante a ella, la misma estatura, el mismo cuerpo, el mismo traje verde oscuro, que vista así, de espaldas, daba la impresión de ser ella. Estaba mirando a la mujer, tratando de adivinar su cara, cuando el silbido agudo de una granada desgarró el aire. Se estrelló contra la fachada del teatro Fontalba, encima de la taquilla de venta de localidades, y explotó. La mujer se tambaleó, y cayó lentamente sobre sus piernas blandas; una mancha oscura comenzó a agrandarse a su alrededor. Uno de los guardias de asalto, de centinela en la puerta de la Telefónica, corrió hacia ella, dos hombres surgieron de debajo de mi ventana y cruzaron la calle corriendo; entre los tres la recogieron. Se doblaba el cuerpo y se escurría bajo sus manos. Le colgaban sueltos los cuatro remos, como si le hubieran roto las articulaciones con un martillo.

Volví a nuestro cuarto y me encontré a Ilsa mirando a través de la ventana, envuelta en su bata. La miré y mi cara debía de ser muy extraña, porque vino hacia mí y me dijo:

-¿Qué te pasa?

-Nada.

Sonó otro silbido y mis ojos siguieron instintivamente la dirección del sonido. Había en el frente de nosotros, en el chaflán de la Telefónica, una ventana en el quinto piso que tenía echadas las persianas. Sus tablillas se curvaron hacia dentro y saltaron en astillas; una sombra oscura, fantasmal, penetró por el orificio y casi instantáneamente las tablillas astilladas se abombaron hacia fuera. Me tiré al suelo y arrastré a Ilsa conmigo; estábamos en la línea de la metralla y de los cascotes proyectados por la explosión.

Sentado en el suelo tuve un ataque de náusea, una contracción violenta del estómago,

como cuando comencé a vomitar ante los cadáveres del Desastre de Melilla, aunque en aquel momento no me acordaba de ello. Me acurruqué en un rincón, temblando, incapaz de controlar mis músculos, que habían adquirido vida propia. Ilsa me bajó del brazo a lo más hondo del vestíbulo del hotel, en un rincón oscuro detrás de las cabinas del teléfono. Me dieron a beber un par de copas de coñac y se me quitó el temblor. Desde el rincón oscuro donde estaba sentado veía, a través de la oscuridad del vestíbulo, la puerta de entrada al hotel. El sol brillaba en los cristales y lamía las maderas de las puertas giratorias. Era como encontrarse en el fondo de una cueva abierta a los campos, como despertar de una pesadilla vivida dentro de las paredes de una alcoba extraña. En tal momento mi conjunta vida sufrió una distorsión.

Los otros no se enteraron. Hasta Ilsa creyó que únicamente estaba sufriendo un efecto pasajero del choque del día antes. El grupo de visitantes ingleses se había marchado y reanudamos la fatigosa rutina de cada día; lo único fue que me negué a comer más en nuestra habitación, como era el deseo de Ilsa, e insistí en que nos incorporáramos a la mesa ruidosa de los periodistas, donde yo nunca hablaba mucho y donde las gentes estaban acostumbradas a mi cara seria.

Cuando subimos a nuestra habitación antes de reanudar el trabajo, vi un orificio chiquitín en el cartón que reemplazaba uno de los cristales de la ventana y encontré, incrustado en la pared opuesta, un trozo de metralla, agudo como una aguja.

Estábamos arreglando nuestros libros en una estantería al lado de la ventana, las gentes paseaban y discutían en la calle; todo estaba lleno de luz, el color y el olor de la primavera. El cielo era azul profundo y la piedra de las fachadas estaba caliente de sol.

El guardia de asalto a la puerta de la Telefónica piropeaba a cada muchacha que pasaba a su lado, y desde mi ventana era fácil ver que había alguna que cruzaba la calle nada más que por pasar cerca de él y oír lo que el mocetón murmuraba en los oídos femeninos. La puerta giratoria de la Telefónica giraba incansable detrás de él y el reflejo de sus vidrieras lanzaba puñados de luz a través de la sombra del edificio.

Tres personas estaban cruzando la Gran Vía, un soldado y dos muchachas. Una de las muchachas vestía de negro y llevaba un paquete envuelto en papel color de rosa, luminoso y alegre contra el fondo de luto. Ilsa dijo que la muchacha andaba como un animalito joven y yo le expliqué:

-Si una mujer anda así, nosotros decimos que es «una buena jaca», porque se mueve con la soltura y la gracia de un caballito.

Silbó entonces el proyectil, y tuve la sensación de que había pasado a pocos metros de nosotros, a la altura de nuestras caras. El soldado se tiró él mismo al suelo, estirado a lo largo, las manos cruzadas sobre la cabeza. La granada estalló enfrente de él con una llamarada y una nube de humo negro. El guardia de asalto desapareció como si se lo hubiera tragado la pared. Las dos muchachas cayeron como dos sacos vacíos.

Estaba agarrado al alféizar de la ventana, la boca llena de vómito, y veía a través de una nube cómo las gentes corrían con los dos cuerpos. La calle se quedó desierta y el paquete de color rosa yacía allí en medio de manchas oscuras. Nadie lo recogió. La calle estaba alegre, llena de primavera, inhumanamente indiferente.

Era la hora en que comenzaba nuestro turno de la tarde. Cruzamos la calle a la otra esquina de la Telefónica.

Me senté a mi mesa y me quedé mirando los raquíticos despachos de los periodistas que no tenían nada que contar, salvo que el cañoneo de Madrid seguía con la misma intensidad y monotonía, Ilsa se paseaba nerviosa a través de la sala, perdida por una vez su serenidad. De pronto se sentó a una de las máquinas de escribir y comenzó a teclear con gran velocidad. Cuando terminó, llamó a Ilsa Wolf -la periodista alemana que regía

la emisora de radio de la UGT y que radiaba diariamente en varios idiomas-. Para distinguirla de ella, a Ilsa se la llamaba entonces: «Ilsa la de la Telefónica».

Hablaban en alemán y no me interesaba, pero cuando terminó, se levantó Ilsa, cogió su abrigo y dijo:

-Tengo que hacer algo, si no, no voy a olvidar el paquete rosa. Tengo que hablar a mis propios trabajadores, en mi país aún muchos recuerdan mi voz; y he dicho a Ilsa que hoy me tiene que dejar hablar a mí en lugar de ella.

Me di cuenta inmediata de lo que se proponía. Había muchos proyectiles que no explotaban y todos estábamos convencidos firmemente de que existía sabotaje en las fábricas alemanas que surtían a Franco. Ilsa iba a gritar a los trabajadores austríacos. Bien pocos de ellos la escucharían. Cuando se marchó a la calle me quedé allí, escuchando el ruido de las explosiones.

Había muy poco que hacer y me obsesionaba trazar el curso de las granadas. El trozo de metralla que había incendiado la cortina de nuestra ventana había seguido una curva tal que indudablemente la hubiera herido en la cabeza si hubiéramos comido, como era usual, en nuestro cuarto. El trozo diminuto de metralla que unas pocas horas antes había taladrado el cartón de la ventana y se había hundido profundamente en la pared opuesta, había seguido una trayectoria en medio de la cual se hubiera encontrado la cabeza de Ilsa si hubiéramos comido allí como ella quería. Se multiplicaban en mi cabeza las imágenes de ella como la mujer que había sido herida en la mañana, sentada a nuestra mesa con la cabeza agujereada...

Entraban y salían los periodistas y yo hablaba tanto, o mejor, tan poco, como siempre; al final dije al viejo Llizo que se hiciera cargo de ellos y me puse a escribir un cuento.

No recuerdo bien la historia; para un psiquiatra hubiera sido de interés. Como en un sueño, mezclaba cosas vistas y visiones: el escaparate de la compañía del Gramófono, la exhibición de los discos negros con su perro blanco, las orejas alertas, resaltando en sus etiquetas alegres; la luna del escaparate reflejando el paso de los transeúntes, una multitud de fantasmas vivos sin vida; los discos negros encerrando en sus surcos una multitud de voces fantasmas; todo sin realidad. La única cosa real sobre ellos, en la superficie transparente del cristal, era una piltrafa de cerebro palpitante, vivo aún, las antenas de sus nervios rotos agitándose furiosos, en un grito sin voz a una multitud sorda. Después, detrás del cristal del escaparate, colocaba a la mujer, yacente, un orificio en su sien, la comisura de los labios modelando una sonrisa suave, como una interrogación, muy serena y quieta en su muerte. No, no era ninguna historia.

Cuando volvió Ilsa, fatigada, pero ya tranquila, aún estaba tecleando. Le alargué las páginas que había escrito. Cuando llegó a la descripción de la mujer, me miró asustada y dijo sin pensarlo:

-Pero ¡aquí me has matado a mí!

Le quité las páginas escritas y las rompí en infinitos pedazos.

Seguía el trabajo rutinario pero ahora teníamos un huésped a quien yo quería y respetaba, John Dos Passos, que hablaba de nuestros campesinos con una comprensión gentil y profunda, mirándonos a uno y a otro con sus ojos castaños, inquisitivos. Aquella tarde nos ayudó mucho a escapar de nosotros mismos. Veía a Ilsa seguir mis gestos con una ansiedad reprimida y conducir la conversación de tal manera que yo pudiera recaer en el contacto normal con personas.

Mucho después me enteré de que John había mencionado este encuentro en una de sus descripciones en *Journeys between wars*. Dice así:

«En la gran oficina quieta encontráis a los censores de prensa, un español cadavérico y una mujer austríaca, regordeta, de voz agradable... Ayer mismo la mujer austríaca

encontró que un casco de metralla había provocado un incendio en su habitación y que todos sus zapatos se habían quemado, y el censor había visto convertirse, bajo sus ojos, una mujer en pulpa sangrienta... No es sorprendente que el censor sea un hombre nervioso; parece mal nutrido y falto de sueño. Habla como si entendiera, pero sin sacar ningún placer personal de ello, la importancia de su posición como guardián de estos teléfonos que son el lazo de unión con países técnicamente en paz, en los cuales la guerra se desarrolla aún con créditos en oro en cuentas corrientes, en contratos de municiones, en conversaciones sobre sofás de terciopelo en antecámaras diplomáticas, en lugar de con granadas de seis pulgadas y pelotones de ejecución. No da la impresión de ser muy complaciente sobre ello. Pero es duro para uno, que es más o menos un agente libre de un país en paz, hablar de muchas cosas con hombres que están encadenados a los bancos de galera de la guerra.

»Es un descanso huir de los cuadros de mando del poder y pasear de nuevo en las calles soleadas.»

Pero yo estaba encadenado a mí mismo y dividido dentro de mí mismo.

Cuando yo tenía siete años, iba a la escuela una mañana; de pronto vi un hombre que daba la vuelta a una esquina de la calle y corría velozmente en mi dirección. Detrás de él sonaban gritos y carreras de una multitud para mí aún invisible. El trozo de calle donde yo estaba se encontraba vacío, con la excepción del hombre y yo. Sonó una explosión. Vi la gorra del hombre saltar en el aire y volar con ella trozos negros de algo envuelto en una llamarada. No vi más; después me encontré en la Casa de Socorro, rodeado de gentes que me echaban por la garganta agua con un olor penetrante. Cuando tenía nueve años, estaba un día sentado en el balcón de la casa de mis tíos leyendo un libro. De pronto oí un golpazo sordo en la calle. En la acera de enfrente yacía el cuerpo de una mujer, estrellado contra las losas. Tenía los ojos cubiertos con un pañuelo blanco que se iba volviendo rojo y que después se convertía en negro. Sus faldas estaban recogidas por encima de los tobillos y atadas con un cordón verde de cortina. Una de las borlas del cordón colgaba en el borde de la acera. El balcón comenzó a oscilar y la calle a girar bajo mis ojos.

Cuando tenía veinticuatro años y vi aquel cuarto en el cuartel de la Guardia Civil de Melilla, en el que parecía que los hombres muertos, colgantes sobre el borde de las ventanas o sentados en los rincones, se hubieran salpicado unos a otros con su propia sangre, como los muchachos se salpican de agua en una piscina de verano, vomité. Con el olor de los cadáveres profanados, tirados en los campos, metido eternamente en mi nariz, me quedé sin poder volver a soportar la vista de la carne cruda por tres años. Y ahora todo volvía de golpe.

Escuchaba con el conjunto de mi cuerpo por el silbido de un obús o el zumbido de un avión entre los mil ruidos de la calle; mi cerebro trabajaba febrilmente tratando de eliminar todos los sonidos que no eran hostiles y de analizar todos los que contenían una amenaza. Tenía que luchar incesantemente dentro de mí mismo contra esta obsesión, porque amenazaba cortar el hilo de lo que estuviera haciendo, escuchando o diciendo. Las gentes y las cosas alrededor de mí se borraban y contorsionaban en formas fantasmales, tan pronto como perdían el contacto directo conmigo. Me aterrorizaba estar en una habitación solo y me aterrorizaba estar en la calle entre las gentes. Cuando estaba solo, me sentía como un niño abandonado. Era incapaz de subir solo a nuestro cuarto en el hotel, porque esto suponía tener que cruzar solo la Gran Vía y porque después era incapaz de enfrentarme a solas con el cuarto. Cuando estaba en la habitación, me quedaba mirando la fachada blanca de la Telefónica, con los orificios de sus ventanas cubiertos de ladrillos o enmascarados con cortinas negras y sus docenas de cicatrices de



granadas. Lo odiaba y me fascinaba. Pero no podía soportar más el mirar hacia abajo, hacia la calle.

Aquella noche me dio una fiebre alta y, aunque no había comido, vomité jugos amargos en convulsiones espasmódicas. Al día siguiente mi boca se llenaba del líquido agrio al sonido de una motocicleta, de un tranvía, del chillido de un freno, de las sirenas de alarma, del zumbido de los aviones, de la explosión de granadas. Y la ciudad estaba llena de estos ruidos.

Me daba perfecta cuenta de lo que me estaba pasando, y luchaba desesperadamente contra ello: tenía que trabajar y no tenía derecho a mostrar nerviosismo o miedo. Estaban los otros, ante los que yo tenía que mostrarme sereno si quería que ellos estuvieran serenos. Me acogí al pensamiento de que tenía el deber de no mostrar miedo, y de esta manera me encontré obsesionado con otra clase de miedo: el miedo de tener miedo.

Aparte de Ilsa y de mi cuñado Agustín, al cual había incorporado a la oficina como ordenanza en el puesto de Luis, todos sabían tan sólo que no me encontraba bien y que parecía tener un humor especialmente sombrío. El bombardeo era cada vez más continuo.

Los mismos periodistas pedían un traslado de la oficina de censura a un sitio más seguro; a petición suya habíamos instalado teléfonos para las conferencias en el piso bajo del edificio, pero aun así tenían que andar y cruzar constantemente la Gran Vía y esto se había convertido en un peligro innecesario e irrazonable. Ilsa era casi la única persona que defendía nuestra estancia allí: había tomado cariño a los muros de la Telefónica y se sentía una parte integrante de ella. Pero la situación se había hecho imposible de mantener hasta por ella misma.

En el hotel cambiamos nuestro cuarto a la espalda del edificio, donde nuestras ventanas daban a un patio interior, estrecho como una chimenea, que recogía y amplificaba todos los ruidos. Sufría ataques de fiebre y ataques de vómito y ni dormía ni comía. Por un día entero hice la censura en el rincón oscuro del *hall* del hotel, mientras Ilsa la hacía sola en la Telefónica. Fue ella quien obtuvo de Rubio Hidalgo la autorización para cambiar la censura al edificio del Ministerio de Estado. Algunos de los periodistas pedían que el traslado se hiciera a uno de los barrios más quietos y casi totalmente seguros contra el bombardeo, pero esto hubiera tomado mucho tiempo y una complicada instalación de cables. En el Ministerio, el cuarto de prensa y el de censura tenían aún las instalaciones y sus muros eran de gruesa piedra, aunque el edificio estaba dentro del alcance de los cañones y en el borde de su habitual campo de tiro.

La Telefónica había sido tocada por más de ciento veinte granadas, y aunque dentro de sus paredes no había caído ni una sola víctima en todo este tiempo, los periodistas y los censores teníamos el presentimiento de un desastre inevitable.

El primero de mayo, la Oficina de Prensa Extranjera y la censura volvieron al Ministerio de Estado en la plaza de Santa Cruz. Durante algunos días aguardé, sin moverme de mi rincón en el *hall* del hotel, que la mudanza quedara terminada, luchando contra mí mismo y perdido dentro de mí. Por entonces ignoraba que Ilsa cruzaba la calle bombardeada y trabajaba durante ocho días en el piso cuarto de la Telefónica, con la convicción absoluta de que estaba condenada a ser matada allí. Y en mi ignorancia y mi egoísmo, la dejé incluso que fuera ella quien coleccionara todos los documentos importantes y los llevara al ministerio, ayudada por Agustín.

El día después de haber dejado definitivamente la Telefónica, un obús penetró por una de las ventanas de la desierta oficina y explotó sobre la mesa central. Unos pocos minutos después de las cinco. Todas las tardes, a las cinco en punto, Ilsa se había hecho

cargo del servicio y se había sentado a esa misma mesa a trabajar.

El Ministerio de Estado está construido alrededor de dos grandes patios enlosados y techados con cristales, y separados uno de otro por la monumental escalera de piedra que conduce a los pisos superiores, arrancando de la triple entrada del edificio.

Dos amplias galerías abovedadas, una sobre otra, flanquean ambos patios. La galería superior tiene el piso de madera encerada y su barandilla es dorada; la galería al nivel de la calle es de pura piedra, y su piso, de grandes losas que resuenan sobre el hueco de los sótanos inmensos. Nuestras oficinas se abrían a esta galería. El edificio en su conjunto es de piedra y ladrillo con paredes enormes. Dos torres, con tejados de pizarra cerrándose en agudos prismas, lo coronan. Es una isla entre calles viejas y silenciosas, cerca de la plaza Mayor, la de los autos de fe y de las viejas corridas de toros, y cerca también de la ruidosa Puerta del Sol. Debajo del edificio se abre un laberinto de sótanos y pasillos abovedados que datan de viejos tiempos.

El ministerio está lleno de dignidad, como un viejo diplomático, frío e indiferente, con sus piedras que parecen sudar en los días de lluvia y sus pesadas rejas de hierro cerrando sus ventanas. Sus sótanos fueron en un tiempo las prisiones de la cárcel de la Corte. El centro de los patios y los huecos de sus pilares están llenos de esculturas ramplonas, justificación de las pensiones que el Estado pagaba a artistas bien recomendados para que fueran a estudiar a Roma. El efecto es incongruente y estúpido.

Ilsa y yo nos instalamos en uno de los cuartos pequeños. La censura se estableció en su antiguo sitio y la oficina de Rubio Hidalgo se abrió solamente en ocasiones solemnes. Olía a mohó. Para evitar a los periodistas el riesgo de los bombardeos a mediodía, organizamos una especie de cantina y comedor; los ordenanzas traían la comida -una pobre comida- del hotel Gran Vía en uno de los coches oficiales. Cuando el bombardeo se corría hacia nosotros y las explosiones resonaban en la plaza Mayor, utilizábamos la bóveda de la escalera a los sótanos, un refugio perfecto con quince pies de piedra y mortero sobre nuestras cabezas.

El ruido y el jaleo de la mudanza me habían arrancado de mi atontamiento. Lejos de la fachada deslumbrante de la Telefónica, uno de los elementos de mi obsesión había desaparecido, pero no habían desaparecido los otros como yo esperaba secretamente que ocurriera. Me encerraba a veces en la librería del ministerio establecida en los sótanos, y escuchaba desde allí el sonido de los tacones de Ilsa en las losas de la galería. Podía obligarla a estar en el edificio, pero no a que estuviera conmigo, porque tenía que realizar el trabajo de dos, ahora que yo no trabajaba. Se divertía zascandileando por el ministerio, contenta porque los periodistas estaban a su gusto y porque la alegraba hacer nuestro cuartito habitable; ella, y el espíritu de Agustín, lleno de un sentido común alegre y constante, me impidieron caer en una melancolía peligrosamente cercana a algo muchísimo peor.

Al cabo de unos pocos días, cuando vi que tampoco podía dormir allí, pedí al médico del ministerio que me reconociera y me diera alguna droga que me ayudara. Me dio una medicina a base de opio. Ilsa pensaba que la mejor cura era batallar mentalmente contra la obsesión y vencerla, pero no entendía que simplemente no pudiese dormir. Aquella noche me metí en la cama temprano, tambaleándome de exhaustación y de falta de sueño, y me tomé la dosis ordenada por el médico.

Me hundía en un pozo profundo. Se disolvían las líneas del cuarto. Agustín no era más que una sombra que se movía entre paredes amarillas sin fin que se perdían a su vez en abismos oscuros. La luz era un resplandor débil que se iba apagando lentamente. Mi cuerpo perdió el sentido de peso y comenzó a flotar. Me hundía en el sueño.

Me invadió un terror infinito. Ahora, en aquel mismo momento, iba a comenzar el

bombardeo. Y yo estaría allí atado en la cama, incapaz de moverme, de protegerme. Los otros se irían a los sótanos y me dejarían solo allí. Comencé a luchar desesperadamente. La droga había obrado sobre los nervios motores y no podía moverme. Mi voluntad no quería someterse, no quería dormir ni dejarme que yo durmiera. Dormir era correr peligro de muerte. El cerebro me gritaba órdenes urgentes: «¡Muévete, sal de la cama, chilla!». La droga continuaba su ataque. Me sacudían olas de náuseas profundas dentro de mí, como si las entrañas se hubieran desintegrado de mi cuerpo y se agitaran furiosamente, buscando su liberación con manos, no, con garras y dientes propios.

Alguien estaba hablando encima de mi cabeza, pegado a mí, tratando de explicarme algo, pero yo estaba muy lejos, aunque veía las sombras de sus cabezas enormes inclinadas sobre mí. Me sentía lanzado en abismos sin fin, cayendo en el vacío sin llegar nunca, con una presión horrible en el estómago; y al mismo tiempo tratando de empujar hacia arriba con todo mi cuerpo y resistir la caída y el choque final en el invisible fondo del abismo. Me estaba despedazando; mis miembros se convertían en masas algodonosas y deformes y desaparecían de mi vista, aunque aún seguían estando allí; y yo estaba tratando de recuperar estos brazos y estas piernas, estos pulmones y estas entrañas mías que se estaban disolviendo. Caras fantasmales y manos monstruosas y sombras flotantes se apoderaban de mí, me levantaban y me dejaban caer, me llevaban más y más lejos. Y yo sabía que en aquel mismo momento iban a comenzar las explosiones. Me sentía muriéndome de desintegración de mi cuerpo, con sólo un cerebro inmenso dejado a solas que acumulara todas sus energías contra esta muerte, contra esta disolución del cuerpo a que estaba unido.

Nunca he sabido si aquella noche estuve en el umbral de la muerte o de la locura. Tampoco Ilsa ha sabido nunca si ella me vio marchar inevitablemente hacia uno de los dos fines.

Lentamente mi voluntad iba siendo más fuerte que la droga. Al amanecer estaba completamente despierto, envuelto en sudor frío, mortalmente agotado, pero triunfante y capaz de pensar y moverme. A la caída de la tarde sufrí un nuevo ataque, en el que me revolqué sobre la cama, luchando por retener mis sentidos, mientras Ilsa, que no se atrevía a dejarme solo, contestaba las preguntas de dos visitantes polacos, antipáticos, sentados a la mesa que había en el cuarto. Veía sus caras distorsionadas haciendo muecas y trataba de no llorar. Parece, sin embargo, que lo hice.

La parte peor de mi experiencia, y de todas las fases de la experiencia a que me llevó el choque, fue que todo el tiempo me daba perfecta cuenta del proceso y de su mecanismo. Sabía que estaba enfermo y lo que tengo que llamar anormal: mi «yo» estaba luchando contra un segundo yo, rechazando el rendirse a él, dudando a cada momento de tener la energía necesaria para vencer; y prolongando así la batalla, dudaba si el otro yo que producía este miedo abyecto de destrucción no tenía realmente razón. Para poder vivir entre los otros, tenía que suprimir esta duda.

Cuando me levanté y reanudé el trabajo, me sentí completamente aparte de los demás, que a mí me parecían anormales por su incapacidad de compartir mis propias angustias. No podía librarme de la introspección, porque estaba obligado a mantener un control consciente sobre mí mismo, y esta autoobservación constante me hacía observar a los demás desde un nuevo ángulo.

Perdí mi interés en el trabajo de la oficina que los otros seguían en las líneas marcadas, manteniendo una resistencia pasiva y creciente contra los dictados de la oficina de Valencia. Lo que ocupaba toda mi imaginación era el entender los impulsos que movían en nuestra guerra a otras gentes y entender el curso de la guerra en sí.

Me parecía a mí que a cada individuo le impulsaban a la lucha cosas pequeñas

impensadas e irrazonables, cosas que respondían sólo a emociones hondas e indefinidas. Una partícula de materia gris palpitante había puesto en movimiento dentro de mí una cadena de pensamientos y emociones ocultos. ¿Qué era lo que animaba a los otros? No lo que decían en palabras ordenadas y escogidas, sino lo otro.

Unos pocos días después de haberme recobrado de mi pesadilla, escribí mi primer cuento sobre un miliciano en una trinchera que estaba allí porque los fascistas habían destruido la máquina de coser de su mujer, porque aquél era su puesto y, finalmente, porque una bala perdida había aplastado una mosca que a él le gustaba observar en un trocito de parapeto alumbrado de sol. Se lo di a Ilsa y vi que la emocionaba. Si hubiera dicho que no era bueno, creo que nunca hubiera intentado volver a escribir, porque hubiera significado que no era capaz de tocar las fuentes escondidas de las cosas. Pero esto fue sólo un ligero consuelo. No podía desprenderme de la visión de la guerra que había surgido de mi estupor. Nuestra guerra había sido provocada por un grupo de generales que, a su vez, estaban manejados por los sectores de las derechas españolas más fanáticamente determinados a luchar contra cualquier desarrollo del país que fuera una amenaza para su casta. Pero los rebeldes habían cometido el error de recurrir a ayudas exteriores y convertir una guerra civil en una escaramuza internacional. España, su pueblo y su Gobierno, no existían más en una forma definida; eran el objeto de un experimento en el cual los países partidarios de un fascismo internacional y los países partidarios de socialismo o comunismo tomaban parte activa, mientras los demás países nos contemplaban como espectadores vitalmente interesados. Lo que estaba ocurriendo era un claro prelude del rumbo futuro de Europa y posiblemente del mundo.

Los espectadores favorecían a uno u otro de los dos combatientes; sus clases directoras se inclinaban del lado del fascismo internacional; parte de sus trabajadores y de sus intelectuales se inclinaban más o menos claramente hacia un socialismo internacional. Una guerrilla ideológica de ambos bandos combatía en Europa y América. Reclutas para las Brigadas Internacionales venían de todos los países, y todos los países se negaban a vender a la República española las armas que necesitaba. La razón que se daba era que se quería evitar una guerra internacional. Sin embargo, algunos grupos tenían la esperanza de que España provocaría la guerra entre Alemania y Rusia y muchos tenían curiosidad por ver enfrentarse la fuerza de las dos ideologías políticas, no en el campo de la teoría, sino en el de batalla.

Me parecía, sin duda alguna, que las clases directoras de Europa esperaban mantenerse como dueñas de la situación después de una derrota del comunismo y una debilitación del fascismo, que podía entonces ser explotado y usado ventajosamente por ellas. Así, su papel era proteger al fascismo contra el peligro de perder su guerra definitivamente en España, porque el fascismo era para ellos un mal menor o, mejor aún, un beneficio en potencia. Esto se traducía en la no intervención, en la capitulación del Gobierno de la República en manos de la Rusia soviética, y en la de los rebeldes en las manos de Alemania e Italia.

No podíamos ganar la guerra. Los hombres de Estado de la Rusia soviética no iban a ser tan estúpidos como para llevar su intervención a un punto en que constituyera peligro de guerra contra Alemania, en una situación en la que Rusia se encontraría abandonada por todos y Alemania disfrutaría del apoyo de las clases directoras y la ayuda de las industrias pesadas de todos los demás países. Muy pronto los rusos nos dirían: «Lo sentimos mucho, no podemos hacer más por vosotros, arreglároslas como podáis».

Estábamos condenados de antemano. Y sin embargo continuábamos una lucha feroz. ¿Por qué?. No teníamos otra solución. Ante España no había más que dos caminos: la terrible esperanza, peor aún que desesperación, de que estallara una guerra europea y

obligara a alguno de los otros países a intervenir contra la Alemania de Hitler; y la desesperada solución de sacrificarnos nosotros mismos para que otros pudieran ganar tiempo y hacer sus preparativos, y así, cuando un día llegara el fin del fascismo, tener el derecho de pedir nuestra compensación. En cualquiera de los dos casos teníamos que pagar con la moneda de nuestra sangre y la destrucción bárbara de nuestro propio suelo. Era por esto que muchos miles, que se enfrentaban en el frente con la muerte, luchaban con un credo y una convicción política, con fe y con esperanza de victoria.

Cuando llegué a alcanzar estas conclusiones, se convirtieron en tortura intelectual para mí. No tenía nada con que suavizarlas. Veía, con el pensamiento, irse amontonando sin fin los cadáveres, extenderse la destrucción sin descanso, y tenía que aceptarlo como inevitable, como necesario, como algo en lo que yo tenía que tomar parte, aunque me faltara el consuelo de una fe ciega en un credo o la esperanza en el destino. En aquel punto, se me hacía muchísimo más intolerable que nunca el ver que existía tan poca unidad en nuestro lado. Entre los líderes de la lucha, la idea de salvar la República como base de un gobierno democrático había desaparecido; cada grupo se había vuelto monopolista e intolerable. Por un corto tiempo había olvidado la atmósfera que existía fuera del frente de Madrid. Ahora nos llegaban noticias de batallas en las calles de Barcelona entre los antifascistas. Los empleados del Estado que nos llegaban de Valencia eran estrictamente minuciosos en sus etiquetas políticas. Nosotros, los que habíamos tratado de mantener Madrid en los días de noviembre, estábamos fuera de lugar, y se estaba convirtiendo en peligroso para nosotros el expresar nuestros sentimientos.

Pero aún había muchísimos hombres como Ángel, como los milicianos vergonzosos y torpes que nos traía al ministerio a que conocieran a Ilsa y a mí; muchachos que llegaban con un ramo de rosas, lastimosamente estranguladas entre sus dedos; muchachos que habían llegado de los olivares de Andalucía y surgido de chozas de adobes para luchar por la República y que me pedían les leyera los versos de García Lorca, a ellos que no sabían leer. Había aún los hombres que encontrábamos cuando llevaba a Ilsa a la tabernita de Serafín en las tardes de calma: trabajadores quietos, fatalistas, gruñones e inalterables. Había gentes como la muchacha que se asomaba a la portería de piedra e invitaba a las gentes a refugiarse allí, porque su abuelito había hecho lo mismo hasta que una granada le había matado en la puerta del portal, y era su deber seguir en el puesto del caído.

Yo quería gritar. Gritarles a ellos y al mundo entero sobre ellos. Si quería seguir luchando contra mis nervios y mi cabeza consciente sin descanso de mí y de los otros, tenía que hacer algo más en esta guerra que simplemente vigilar la censura de las noticias para unos periódicos que cada día eran más indiferentes.

Seguí escribiendo y comencé a hablar por radio.

## La voz de Madrid

### Capítulo VII

Al estallar la guerra civil, las estaciones españolas de radio, las semioficiales así como las numerosas particulares que existían, cayeron en las manos de grupos políticos y fueron usadas para su propaganda exclusiva, es decir, no para una propaganda general de la República, sino para la política de cada grupo y a veces de cada sección. El resultado fue una confusión tremenda, afortunadamente poco difundida, porque muy pocas de las transmisiones se oían en el extranjero y ninguna de ellas, sin excepción, en toda España. Cuando el Gobierno consiguió al fin imponer su autoridad al menos en parte, comenzó aceptando este estado de cosas como un mal menor, para después, poco a poco, ir imponiendo su autoridad y terminar por decretar el cierre de todas las estaciones de partido y el funcionamiento único de transmisiones bajo el control oficial. Una mañana, el interventor del Estado en la Transradio, el mismo burócrata tímido y vergonzante que me había hecho resolverle sus problemas sobre los radiotelegramas en los primeros días del sitio, se presentó en el ministerio para confrontarme con un nuevo rompecabezas.

El Estado español tenía adquirido un derecho contractual para usar, durante ciertas horas del día, el transmisor de la compañía Transradio, la estación de onda corta EAQ. Este servicio estaba bajo la administración y autoridad de un delegado del Gobierno, pero el interventor no sabía a qué ministerio pertenecía. Hasta ahora, un reducido grupo de locutores había estado radiando los comunicados oficiales en español, portugués, francés, inglés y alemán y coleccionando recortes de la prensa diaria para rellenar sus boletines. Pero desde el decreto de organización de la radio, el delegado del Gobierno había dejado de pagar sus salarios a los locutores y ahora sólo existían el locutor español y el portugués que seguían actuando.

El interventor no tenía nada que hacer con las emisoras de radio; pero le preocupaba este abandono de una de las mejores armas de que la República disponía, y había discutido el asunto con los miembros del Comité Obrero que coincidían con su punto de vista. Había que hacer algo. Si no, la única estación de onda corta que había en Madrid, capaz de llegar a todos los rincones del mundo, tendría que cesar, al menos en lo que se refería a la propaganda. Los locutores no podían sostenerse. El portugués estaba medio muerto de hambre y con enormes agujeros en las suelas de sus zapatos. Él, el interventor, había intentado discutir el caso con uno de los secretarios de la junta de Madrid en el Ministerio de la Gobernación y con sus propios superiores, las autoridades del servicio de correos, pero en el momento en que se habían enterado que las emisiones de la EAQ estaban destinadas a países extranjeros, habían dejado de interesarse. En el fondo, decían, la propaganda extranjera era un lujo inútil. No sabían nada de ello ni les interesaba, y de todas formas, con cuestiones extranjeras quien se entendía era el Ministerio de Estado. A ellos, que los dejaran en paz. El Ministerio de Estado estaba en Valencia, y «yo sé -decía el interventor- lo imposible que es ir a Valencia y conseguir nada para Madrid». Pero ahora que yo estaba establecido oficialmente en el Ministerio de Estado, ¿no podía intentar algo?

No conocía yo la situación mucho mejor que el interventor. Miaja, como gobernador general de Madrid, era el llamado a intervenir, pero me parecía completamente inútil el

acercarse al general con este intrincado problema, aunque compartía la opinión del interventor de que había que hacer algo. Lo único que se me ocurrió en el apuro del momento fue que el locutor portugués viniera a comer a nuestra cantina y si no tenía dónde ir, que durmiera en un diván en uno de los despachos vacíos del ministerio, bien cubiertos de fundas polvorientas. Le dije al interventor que me mandara al portugués y le prometí tratar de encontrar solución al problema.

Estaba contento de tener algo concreto de que ocuparme. La censura funcionaba ahora con leyes fijas. Tenía la ayuda de un nuevo censor, una muchacha canadiense rubia platino, que no me merecía ninguna confianza. En la oficina de Valencia, Rubio Hidalgo iba dejando cada día más las riendas en manos de un nuevo asistente, la comunista Constanza de la Mora, que trataba todas nuestras peticiones a favor de los periodistas con un desdén consistente y aburrido. Había más «turistas» cada día, y cada día llegaban más «enviados especiales» que hacían visitas relámpagos al frente de Madrid. Al general Goliev le habían enviado al frente de Vizcaya. El cañoneo seguía día y noche; y mis pesadillas también.

Vino a verme el portugués Armando, altivo, sin afeitado, un armazón esquelético cubierto de nervios vibrantes, el traje arrugado lastimosamente. Su nariz huesuda y ganchuda y los dientes solitarios en su boca abierta no contaban. Tenía unos ojos vivos e inteligentes bajo una frente abombada, y sus manos, largas y flacas, subrayaban la palabra con gestos enérgicos y rotundos. Me habló sin interrupción de los crímenes políticos que se estaban cometiendo por indiferencia y corrupción mental y se apoderó de mi imaginación con su descripción de lo que podía hacerse si la estación de radio se usaba para una propaganda intensiva sobre América. Cuando le enfrenté con su situación personal, rechazó todas mis proposiciones con un orgullo salvaje; él no pedía limosna, se le debía el sueldo de tres meses y no tenía por qué aceptar mi caridad ni la de nadie. Si se moría de hambre, mejor, sería una prueba clara de sabotaje oficial. Al final Ilsa le cogió por su cuenta, y acabó sentándose a mi lado en nuestro comedor improvisado, donde los periodistas y los visitantes ocasionales comían juntamente con los censores, los ciclistas y los ordenanzas.

Puede ser que la coincidencia de indignación encendida, incansable y voceada a gritos, de las cosas tal como eran, con mis propios pensamientos, nos convirtiera en amigos.

Aprendí de Armando no sólo todas las posibilidades, sin explotar aún, de la estación EAQ, sino también la necesidad de una dirección y de una censura de las emisiones. Había ya ocurrido -y ahora me daba cuenta de cómo- que periodistas a quienes se había impedido enviar una noticia, porque estaba prohibido por las autoridades militares, habían protestado violentamente y habían probado que la misma información se había radiado al mundo entero.

Entre los visitantes regulares a la oficina había un periodista español, a quien llamaré Ramón; estaba agregado al cuartel general de Miaja, que le utilizaba como una especie de secretario privado y agente de publicidad. Expliqué a Ramón todo este desbarajuste de la radio y él comprendió inmediatamente que yo entendía debía intervenir el general, pero que no sabía cómo enfrentarme con él. Dos días más tarde me llamó Miaja:

-Bueno, tú, ¿qué historia es ésa de la radio que me cuenta éste? Vosotros estáis siempre tratando de que os saque de vuestros líos y un día os voy a meter a todos en un calabozo.

Ramón me guiñó un ojo. Después de mi explicación simple y directa, el general limpió sus gafas cuidadosamente y llamó a su ayudante:

-Tú, hazle a Barea uno de esos papeluchos. Desde hoy se hace cargo de la censura de la radio. Y sabes, muchacho, ¡te la has cargado por tonto!

Comencé a hablarle de la propaganda extranjera, de la estación EAQ y de las posibilidades que había en ello. Miaja me cortó en seco y Ramón sacó dos botellas de cerveza de la alcoba. La cuestión se había terminado. Sin embargo, unos pocos días más tarde me llamó de nuevo. Miaja me alargó un «papel» con su firma, nombrándome su delegado en la estación EAQ con plenos poderes.

Mi tarea más inmediata era encontrar qué departamento oficial debía pagar a los locutores. Llamé al delegado del Gobierno -sobre quien me encontraba ahora más elevado-, y le pedí que me rindiera cuentas de su administración. Nunca volvió a aparecer por mi despacho. El Comité Obrero me había llevado un paquete de cartas de simpatizantes de ultramar en las que se incluían pequeñas donaciones y cuyo dinero había desaparecido. Esto era una cuestión policíaca, y puse en sus manos los documentos y las noticias que tenía del delegado. Pero la policía no estaba ya en manos de mis amigos anarquistas: Pedro Orobón había sido matado por un casco de *shrapnel*, y la jefatura tolerante, humana y justa de su amigo Manuel había sido reemplazada por un nuevo sistema, mucho más impersonal y mucho más político, bajo un joven comunista.

Seguía sin saber qué ministerio tenía que pagar a los locutores y el reemplazo de algunas lámparas especiales que la estación necesitaba urgentemente. Rubio Hidalgo, a quien planteé la cuestión en una de nuestras esporádicas conferencias telefónicas, me hizo ver perfectamente claro que no le parecía bien que me hubiera mezclado en algo fuera de la órbita de la oficina. Las emisiones de radio eran una cuestión del Ministerio de Propaganda que tenía un delegado en Madrid, don José Carreño España. Le mandé una comunicación a don José y no recibí contestación alguna.

En vista de esto, convoqué una especie de consejo de guerra entre el interventor del Estado, el Comité Obrero y los dos locutores. Les dije que no había resuelto aún la cuestión financiera. Yo creía en la importancia de su trabajo. Si ellos no querían seguir radiando, en vista de las dificultades y del desamparo oficial, nada tenía que decir. Pero si estaban dispuestos a seguir hasta que yo encontrara una fórmula -y estaba seguro de encontrarla-, yo haría todo lo que pudiera. Los locutores podían comer en nuestra cantina -ya que el problema de la comida, sin ello, les sería insoluble-, y les ayudaría en los programas. Ilsa encontraría amigos en las Brigadas Internacionales para hablar en idiomas extranjeros.

Aunque absolutamente escépticos, acordaron seguir trabajando. Estaban demasiado enamorados de su estación para abandonarla.

Y entonces, por pura casualidad, resolví el problema del pago de los locutores: Carreño España y yo nos encontramos un día, inesperadamente, en el despacho del general Miaja, y el general nos presentó el uno al otro. Cogí la ocasión por los pelos:

-Me alegro mucho de saber que al fin y al cabo es usted una persona real.

-¿Qué quieres decir con eso? -gruñó Miaja. Don José preguntó lo mismo en muy repulidas palabras.

-Porque cuando se le escriben a usted comunicaciones oficiales, no se digna ni contestar.

Salió a relucir toda la historia y los tres acordamos que todo había sido un error de la oficina. El delegado en Madrid del Ministerio de Propaganda declaró pomposamente que serían honrados todos los compromisos contraídos, y yo me encontré satisfecho y con un nuevo «amigo» en los círculos oficiales.

Durante aquellas semanas el frente de Madrid carecía de interés militar. Hemingway tenía que encontrar material para sus artículos recurriendo a investigar las reacciones de sus amigos en el mundo de los toreros y manteniéndose en contacto con la colonia rusa



del hotel Gaylord. Cuando charlábamos en el patio del ministerio rodeados de las académicas esculturas, que le proporcionaban material inagotable para sus chistes, podía apreciar qué cerca estaba de entender las bromas de doble sentido en el idioma castellano, y qué lejos -a pesar de su innegable deseo de lograrlo- de conseguir hablar con nosotros de hombre a hombre. Delmer (que estaba profundamente disgustado con nosotros porque no habíamos conseguido, ni de Valencia ni de Carreño España, que se le autorizara a usar su cámara fotográfica) y Herbert Matthews se marcharon de visita al frente de Aragón y volvieron asqueados del sector que cubrían las unidades del POUM. Muchos de los corresponsales continuaban en Madrid, porque en su opinión más tarde o más temprano iba a pasar algo. Pero lo que pasó fue que se hundió el frente del norte.

Nos habíamos vuelto egocéntricos en Madrid: pensábamos que la retaguardia -«la retaguardia podrida»- de Valencia y Barcelona pertenecía a otro mundo que ni aun nos molestábamos en tratar de entender. Pero Bilbao estaba luchando, Asturias estaba luchando, y éstos sí nos parecía que eran como iguales a nosotros. Y Bilbao cayó.

La primera noticia la tuve a través de los periodistas, cuyos editores en París y Londres les pedían información sobre las reacciones de Madrid a las noticias que se acababan de radiar por el otro lado. No sabíamos nada oficialmente. Había rumores, sí, pero teníamos orden estricta de no publicar nada con excepción de los comunicados oficiales; hasta ahora ninguno de ellos hablaba de la caída de Bilbao, sino al contrario, de su victoriosa defensa. Éste era el último comunicado que teníamos aquel mismo día, aunque esto fuera humillante y estúpido. Me fui a ver a Miaja y le expuse mi opinión de que aquel comunicado no podía darse y que en la emisión de la noche a América teníamos que enfrentarnos con el hecho de la caída de Bilbao y no contar una victoria que nos ponía en ridículo; y si no decíamos nada, el silencio sería aún peor, y dañaría muchísimo más la categoría moral en que se nos tenía que la caída de Bilbao en sí misma. Miaja estaba de acuerdo conmigo, pero se negaba a tomar una decisión. Las órdenes tenían que venir de Valencia, él no podía asumir la responsabilidad; y además él no sabía cómo dar la noticia porque él no podía dar un parte oficial. Le propuse que me dejara escribir una charla sobre el tema y someterla a su aprobación antes de radiarla.

-No sé cómo diablos te las vas a arreglar para que no nos perjudique -dijo Miaja-, pero escribe lo que quieras. Siempre tengo tiempo de romperlo y dejar a Valencia que se las arregle como pueda.

Escribí una charla. Como vehículo de la noticia, la hice como dirigida a un famoso capitán de barco inglés que había roto el bloqueo de Bilbao para llevar socorros a la ciudad y que todo el mundo conocía como Potato Jones. Le contaba que Bilbao había caído, le explicaba lo que esto significaba para España, nuestra España, y lo que significaría cuando la reconquistáramos; le contaba que nosotros estábamos luchando y que no nos quedaba tiempo para llorar por Bilbao. Miaja leyó aquello, dio un puñetazo en la mesa y me ordenó que radiara la charla. Llamó al editor del único periódico que se publicaba en Madrid al día siguiente, por ser lunes, y le ordenó que imprimiera el texto. Y así, de esta forma, fue como Madrid se enteró de la caída de Bilbao.

Fue la primera vez que hablé por un micrófono. En el cuartito estrecho que se había convertido en estudio se apiñaba el personal de la estación y la guardia del edificio, y pude ver que los había emocionado. Yo mismo tenía un nudo en mi garganta y el sentimiento de que se había confiado en mis manos una fuerza inmensa. Dije al Comité Obrero que cada día daría una charla después de las noticias para América Latina a las dos y cuarto de la noche. El locutor me había anunciado como introducción a la charla como Una Voz Incógnita de Madrid y esto es lo que quería seguir siendo; aquél sería mi nombre en la radio.

Tenía ahora el día lleno con doble trabajo, ya que tenía que consultar todo lo que se daba en Madrid por la radio. Hacía el trabajo mecánicamente, escuchando siempre las explosiones de las granadas. Cuando arreciaba y se aproximaba el bombardeo, bajaba a las bóvedas de la biblioteca y escribía allí. Los nuevos periodistas que iban y venían constantemente, apenas se convertían para mí en personas reales. Sin embargo, recuerdo al joven danés Vindin.

Llegó a Madrid lleno de proyectos, haciendo chistes sobre su propio padre, un periodista también, que había huido de Madrid durante los bombardeos aéreos de noviembre; él no tenía miedo a las bombas. Se me presentó una mañana temprano, tembloroso y mentalmente destruido, después de haber visto a un muchachito ser destrozado por un obús en la Gran Vía. Quería un refugio seguro, quería volver a Valencia inmediatamente... Le conté mi experiencia, para darle ánimo con un sentido de camaradería en nuestra desgracia y conseguí calmarle. Pero el hombre no estaba de suerte. Aquella tarde se lo llevaron algunos periodistas a recorrer Madrid, con el único resultado de verse metido en el centro de una disputa a tiros, en un famoso bar de Madrid; y al huir de ello, poner los pies en la calle en el preciso momento en que uno de los coches fantasmas de la quinta columna pasaba con un tableteo de ametralladoras. Tuve que devolverle a toda prisa a Valencia.

Recuerdo también al comunista alemán George Gordon, martirizado e inutilizado en cuerpo y espíritu por los nazis; trabajaba en la agencia España y pronto comenzó a exigir gente con una disciplina política más estricta que nos sustituyeran a Ilsa y a mí; la razón era que nos negábamos a concederle privilegios de prioridad en las noticias y no escuchábamos sus consejos de cómo debíamos tratar a los periodistas de «la prensa burguesa». Yo le encontraba un tipo pegajoso, con una lengua viperina, una mirada huidiza, movimientos amanerados y carencia de interés o calor humano. No le concedí mucha importancia, pero en esto me equivoqué. De todas formas, cada día me apartaba más de él y del círculo de obreros extranjeros pertenecientes al Partido que se agrupaban a su alrededor, y me inclinaba más y más a la compañía de gentes que sabía eran genuinas.

Torres, el muchacho impresor que había fundado conmigo el Comité del Frente Popular en el ministerio, recurrió a nosotros con sus dificultades. Le habían hecho secretario de la célula comunista, pero él sabía su ignorancia y su incapacidad y por ello venía a Ilsa a que le resolviera sus problemas. Ilsa, después de recordarle que ella no pertenecía al Partido y que además no era persona grata para él, comenzaba a explicarle lo que en su opinión debería hacer y cuál debía ser la línea del Partido. A Torres nunca le pareció extraño ser guiado por ella, en tanto que esta ayuda facilitaba su trabajo, y nunca admitió que estaba obrando en contra de la disciplina del Partido. Pero a mí me vino con otros problemas:

Estaba casado. Él no tenía el coraje de romper su matrimonio como yo lo había hecho, aunque era infeliz y estaba enamorado de otra mujer. Yo le daba envidia. Quería hablar conmigo de estos grandes problemas de la relación entre hombres y mujeres. Venía a contarme también sus miedos de los miembros de la quinta columna que él creía existían entre los empleados del ministerio. Tuve que llevarle la contraria. En el edificio no había quedado nada que fuera de interés para el enemigo, y las gentes de quien él sospechaba eran un puñado de viejos empleados llenos de miedo, sirvientes fieles de la vieja casta, tales como el portero mayor Faustino, que me honraba con su reverencia mejor y con una mirada llena de bilis pero era incapaz de tomar parte activa, y menos tan peligrosa, en la contienda. Un día Torres llegó muy excitado y estalló:

-Eh, para que te fíes y hables tanto de los viejos chupatintas llenos de miedo... En San

Francisco el Grande, los guardias de asalto han cogido a uno que estaba mandando mensajes por heliógrafo a los rebeldes en la Casa de Campo, dando tironcitos a la cuerda de una persiana y diciéndoles los movimientos de nuestras fuerzas. ¡Y si vieras al tipo! Un murciélago asustado lleno de verrugas. Y, ¿sabes?, lo peor de todo es que el tesoro de arte de San Francisco está bajo nuestra custodia -yo soy uno de los del Comité de Control-, y habíamos creído que podíamos confiar, como tú dices, en estos viejos beatos que toda su vida se la han pasado mirando y cuidando de ello. No, no podemos confiarnos en nadie que no sea de los nuestros.

Me dio la lata para que fuera con él y viera los tesoros de artesanía del viejo monasterio que desde hacía medio siglo era un monumento nacional. Era su responsabilidad ante el pueblo, y esta responsabilidad y el sentimiento de que era algo suyo pesaba sobre él. Pero su problema inmediato era saber qué pensaba yo de ello. ¿Era verdad que aquello era arte?

Había comenzado a salir de nuevo a la calle, amaestrándome en el arte de comportarme como los demás. Por la noche tenía que hablar al mundo exterior como La Voz de Madrid, y para ello tenía que ser uno de tantos en Madrid. Con Ilsa, me quedaba grandes ratos en la taberna de Serafín escuchando sus historias del barrio. Me llevó a la cueva del prestamista, donde él y sus amigos y familia dormían en los anaqueles enormes y vacíos donde en tiempos se acumulaban los colchones empeñados, para dormir sin miedo a las granadas. Había hecho un agujero a la cueva de la tienda vecina que estaba vacía y aquello era el dormitorio de las mujeres, que dormían en catres de tijera. Serafín tenía un chichón en la frente que nunca disminuía de tamaño ni de color y que era la fuente de bromas inagotables: cada vez que en sueños brincaba por una explosión en la calle, se golpeaba con la cabeza contra el anaquel, y cada vez que saltaba de su cama para ir a la calle a ayudar en las ruinas dejadas por una bomba, se daba un segundo trastazo. Su miedo y su valentía, juntos, le mantenían el chichón floreciente.

Conté esta historia en la radio, igual que conté la historia de los barrenderos que al salir el sol lavaban las manchas de sangre; la de los conductores de tranvías que hacían sonar sus campanas nerviosamente pero seguían entre las bombas; la de la muchacha del cuadro de la Telefónica llorando de miedo hasta que sus narices y sus ojos eran morcillas, pero manteniéndose en su sitio mientras los cristales de las ventanas saltaban a su alrededor en pedazos por las explosiones; la de las viejas mujerucas, sentadas, cosiendo a la puerta de sus casas en un pueblo del frente donde me había llevado Pietro Nenni en su coche; la de los chiquillos peleándose por recoger las espoletas aún ardiendo en la calleja detrás del ministerio y jugándose las después con una baraja diminuta. Creía y creo que todas aquellas historias que yo conté al final de cada día, eran historias de un pueblo viviendo en aquella mezcla de miedo y valor que llenaba las calles y las trincheras de Madrid. Compartía todos sus miedos, y su valor me servía de alivio. Tenía que vocearlo.

Para que pudiera ir cada noche a la estación de radio, Miaja había puesto a la disposición mía y de Ilsa un coche -uno de los pequeños Balillas incautados en Guadalajara- y un chófer. Después de la una, cuando la censura estaba ya cerrada, nos recogía y nos llevaba a través de calles estrechas donde los centinelas nos pedían santo y seña. La estación estaba en la calle de Alcalá, en el edificio del Fénix, en el que los pisos más altos tenían estudios modernos y bien equipados. Pero los bombardeos habían hecho estas habitaciones inhabitables, y las oficinas y el estudio se habían instalado en los sótanos como Dios había dado a entender:

Se bajaba una escalera estrecha de cemento y se encontraba uno en un pasillo sucio y

estrecho, húmedo y empapado de olor de un retrete sin puerta que allí había, con sus cañerías goteando y su cisterna siempre estropeada, los baldosines blancos rotos, y los sanos, llenos de dibujos obscenos. A lo largo del corredor se abrían celdas que en tiempos eran cuartos trasteros de los pisos o depósitos de carbón; cada uno de ellos tenía una reja que se abría al nivel de la acera en la calle de Alcalá. Uno de estos cuartos trasteros se había limpiado y convertido en oficina y el siguiente en estudio, por el simple medio de colgar en las paredes mantas del ejército para aislarlo de los ruidos. Contenía una mesa doble para discos de gramófono, un cuadro de interruptores y un micrófono colgado de cuerdas.

El cuarto convertido en oficina tenía media docena de sillas y dos grandes pupitres de escritorio, viejos y llenos de manchones de tinta e inscripciones a punta de raspador. En medio de la habitación, una estufa redonda de hierro ardía constantemente, aun en pleno verano, porque los sótanos chorreaban humedad. En el resto de los sótanos dormían el portero y su familia, los electricistas, unos cuantos empleados de la compañía Transradio, los milicianos, dos guardias de asalto que constituían la guardia del edificio y una caterva de chiquillos que nadie sabía de dónde habían salido. Los sótanos estaban llenos de vapor de agua, coloreado y espeso con el humo de los cigarrillos. El pasillo, los cuartuchos vacíos y los llenos, todo estaba atiborrado de jergones rellenos de paja de esparto. A veces todo se llenaba de huéspedes desconocidos. Y todos hablaban, chillaban, ahogando los lloros de los chicos y los gritos de sus juegos. Las paredes de cemento estaban en una vibración constante. A veces era necesario cortar la transmisión un momento y mandar a alguien dando gritos a través del corredor, para que, a fuerza de gritar, impusiera silencio.

En el fondo del pasillo se abría un agujero semejante a la boca de un pozo, con una escalera de caracol que llevaba a una caverna más honda, de diez pies cuadrados, construida en cemento macizo; allí era donde mi amigo, el interventor, tenía su oficina. Bajo la pantalla de cristal verde que cubría su lámpara, aparecía como un fantasma cadavérico, con su armazón esquelética y sus ropas grandes y colgantes; y el silencio repentino y que existía detrás de las gruesas paredes y de la tierra honda en la que estaban embebidas, le hacían a uno sentirse como si hubiera penetrado en una tumba. Allí me sentaba con el secretario del Comité Obrero, un hombre flaco de La Mancha con los huesos de los pómulos puntiagudos y ojillos diminutos, y planeábamos nuestros programas. Primero leíamos las cartas dirigidas a La Voz de Madrid. Llegó una de un viejo minero español, emigrante en los Estados Unidos. Decía -y creo que recuerdo exactamente las palabras de esta carta tan simple y tan cruda-: «Cuando tenía trece años bajé a la mina a picar carbón en Peñarroya. Ahora soy sesenta y tres años viejo, y aquí estoy, picando carbón en Pensilvania. Lo siento que no puedo escribir como los señores, pero en mi pueblo, al marqués y al cura no les gustaba mucho que fuéramos a la escuela. Decía: ¡A trabajar, vagos! Dios os bendiga a vosotros que estáis luchando por una vida mejor y Él maldiga a todos los que no quieren dejar vivir al pueblo».

Mientras leía mi charla nocturna, la población entera del sótano se amontonaba en el estudio de las mantas. Los hombres parecían sentir que ellos tenían una parte en lo que yo decía, porque hablaba su mismo lenguaje, y cuando acababa se volvían críticos rigurosos de mi charla. El ingeniero que estaba en la estación emisora, controlando el volumen, se sentía obligado a llamar al teléfono y decirme en crudas palabras si le había revuelto las tripas de emoción o de rabia, porque no me había atrevido a decir la verdad. Los más simples entre todos tenían una predilección por denuncias bíblicas de los poderes satánicos del enemigo; muchos sufrían la fascinación de los trozos más crudos de realismo que me atrevía a lanzar por el micrófono, y que ellos nunca creían se podían

decir en alta voz. Los escribientes encontraban mi estilo crudo y desprovisto de florilegios del lenguaje, asombrándoles que pudiera hilvanar cada oración, fácilmente, sin titubeos intelectuales. Y la verdad es que yo no tenía método ni teoría: trataba simplemente de expresar lo que sentía y lo que otros sentían, en el lenguaje que a mí me parecía más claro, y, a través de ello, obligar a las gentes de nuestros países hermanos a ver bajo la superficie de nuestra lucha.

El hombre cuyas reacciones eran la mejor guía para mí era el sargento al mando de la guardia del ministerio. Se había entregado a mí completamente, con la lealtad ciega de un viejo mayordomo, siguiendo las órdenes de su antecesor, el sargento que se había solidarizado conmigo el 7 de noviembre. Convencido de que yo era un hombre condenado por la quinta columna, se negaba a perderme de vista en cuanto oscurecía y me acompañaba cada noche a la estación de radio, con su pistola montada, lleno de orgullo silencioso e infantil. En el estudio se sentaba en el rincón más próximo al micrófono, mirando amenazador a los demás y muy sensible a las miradas de ellos. Tenía una cara plana y llena de arrugas, como esculpida en una losa carcomida de vientos, y sus ojos eran color de agua. Después de unas semanas de escucharme, un día entró en mi cuarto, se atragantó, se le llenaron los ojos de agua y me alargó un puñado de papeles: allí había escrito él todas las cosas malas que había hecho en su larga vida de guardia civil. Quería que yo lo leyera y que lo convirtiera en una charla y que se lo contara al mundo, como una penitencia para que él pudiera quedarse en paz. Su carácter de letra era idéntico al del viejo minero que me había escrito desde Pensilvania.

El nuevo Gobierno de la República, bajo la presidencia del doctor Negrín, llevaba ya algún tiempo en el poder. El propio Negrín había hecho un discurso por radio, sobrio y serio, como todos los que había de pronunciar después. Se corrían rumores de que Indalecio Prieto había hecho una limpieza a fondo y había reorganizado el Estado Mayor. Se había estrechado la disciplina en el ejército, se había reducido el carácter político de sus unidades y se había restringido el papel de los comisarios políticos. Había movimientos de tropas en los sectores al oeste de Madrid, por las carreteras de la costa llegaba un chorro constante de material de guerra, se veían muchos más aviones volando sobre la ciudad y los corresponsales de guerra comenzaban a llegar de Valencia. Me llamaron del cuartel general y me dieron órdenes estrictas:

Prieto estaba en Madrid, pero había que mantenerlo en secreto. Tan pronto como comenzaran las operaciones, la censura no dejaría pasar más informaciones sobre la guerra que el comunicado oficial. Todos los telegramas o radios privados o diplomáticos se retendrían varios días sin cursar. A los corresponsales no se les permitiría ir al frente.

Las operaciones comenzaron en el calor tórrido de julio. Entraron en acción las brigadas de Líster, el Campesino e Internacionales. Se había entablado la batalla por Brunete. El ataque republicano, soportado, por primera vez, por fuerzas aéreas, avanzó en el oeste de Madrid en un intento de cortar las líneas enemigas, flanquearlas y forzar la evacuación de sus posiciones en la Ciudad Universitaria. Todo parecía iniciarse bien, pero de pronto la ofensiva se paralizó. A pesar del notable mejoramiento técnico, nuestras fuerzas eran demasiado débiles para poder seguir aumentando su presión sobre el enemigo antes de que éste recibiera refuerzos. Después de un avance victorioso, vino una derrota: Brunete y Quijorna, tomados con grandes sacrificios, se perdieron de nuevo, y en el proceso quedaron completamente arrasados.

Torres y yo gateamos la escalera retorcida y llena de telarañas que llevaba a la cima de la torre oeste del ministerio. Desde los tragaluces nos asomamos al panorama de tejados y al campo de batalla. Allá, a lo lejos en la llanura, muy lejos para ver con nuestros ojos detalle alguno, todo era una masa de humo y polvo, desgarrada por relámpagos; y de esa

base oscura se elevaba al cielo una enorme columna de humo. La nube de guerra se bamboleaba y estremecía, y mis pulmones vibraban a compás de la vibración ininterrumpida del cielo y de la tierra. Un polvillo fino se desprendía de las viejas vigas de la torre y se quedaba bailoteando en el rayo de sol que entraba por el tragaluz. A nuestros pies, en la plaza de Santa Cruz, las gentes pasaban marchando a sus asuntos, y en el tejado de enfrente un gato blanco y negro surgió de detrás de una chimenea, se quedó mirándonos, se sentó y comenzó a lamerse sus patas y lavarse sus orejas.

Estaba tratando de contener el ansia de vómito que me subía del estómago a la boca. Allí, bajo aquella nube apocalíptica, estaba Brunete. En mi imaginación reveía el pueblo pardo, con sus casas de adobe enjalbegadas, su laguna sucia y fangosa, sus campos desolados de terrones secos, blanqueados de sol, duros como piedras, el sol implacable cayendo sobre las eras, el polvillo de la paja triturada agarrándose a mi garganta con sus finas agujas. Me reveía como un muchacho andando a lo largo de su calle única, la calle de Madrid, entre el tío José y sus hermanos, él en su traje de alpaca y ellos en sus pantalones de pana crujientes, todos ellos llevando consigo su olor de tierra seca y de sudor secado por el sol y el polvo. A pesar de sus muchos años en la ciudad, el tío José tenía la piel y el olor de un campesino de Castilla la seca.

Allí, detrás de aquella nube negra, llena de relámpagos, Brunete estaba siendo asesinado por los tanques llenos de ruidos de hierros, por las bombas llenas de gritos delirantes. Sus casitas de adobe se convertían en polvo, el cieno de su laguna salpicaba todo, sus tierras secas sufrían el arado de las bombas y la simiente de la sangre. Todo esto me parecía un símbolo de nuestra guerra: el pueblo perdido haciendo historia con su destrucción, bajo el choque de los que mantienen todos los Brunetes de mi patria áridos, secos, polvorientos y miserables como siempre han sido, y de los otros que sueñan con transformar los pueblos grises de Castilla, de España toda, en hogares de hombres libres, limpios y alegres. Para mí era también un punto personal: la tierra de Brunete contiene algunas de las raíces de mi sangre y de mi rebelión. Su herencia seca y dura ha batallado siempre dentro de mí contra el calor alegre que he recibido como herencia en la otra rama de mi sangre, del otro pueblo de mi niñez, Mérida, con sus viñas, sus cerros verdes, sus arroyos lentos y cristalinos en la sombra de las alamedas; Mérida, una mota más allá de la llanura, lejos de la nube siniestra, pero prisionera ya de los hombres que estaban convirtiendo los campos de España en ruinas yermas.

En las noches, un día tras otro, gritaba en el micrófono lo que sentía en aquella torre que daba al frente.

Los periodistas, tan cercanos al foco de la guerra e imposibilitados sin embargo de informar sobre la batalla, estaban furiosos y persistentes. Mandaban los comunicados del ejército y la aviación, pero se enfadaban conmigo y yo me enfadaba con ellos, porque cumplía las órdenes que me daban y no les dejaba decir más. Al principio de la ofensiva, las preocupaciones eran claramente necesarias. Los radiotelegramas que el interventor puso sobre mi mesa, y los cuales se retrasaron cuatro días, contenían muchos mensajes que eran altamente sospechosos. El agente alemán Félix Schleyer, administrador aún de la embajada noruega, había enviado una oleada de telegramas privados: una cantidad increíble de gentes con dirección diplomática impecable sufrían desgracias de familia. Pero una vez que las operaciones estaban en pleno desarrollo, yo veía que era en nuestro propio interés el dejar a los periodistas en libertad de mandar sus propias informaciones y visitar el frente. Fui a ver a Indalecio Prieto al Ministerio de la Guerra y después de una acalorada discusión obtuve una mayor amplitud de las reglas.

Sin embargo, mis relaciones con los periodistas habían sufrido por nuestra irritación mutua y seguían sufriendo. Notaban que los permisos, que antes se despachaban

rápidamente, ahora se concedían con una lentitud exasperante, sin que ellos tuvieran idea, ni yo pudiera contarles, de la batalla constante entre nuestra oficina y la vieja burocracia que renacía. Para ellos, la causa de sus dificultades radicaba en mí y yo no trataba ni de explicarles la situación ni de calmarlos, aunque sabía que se habían quejado directamente a Prieto y a la oficina de Valencia, y que las gentes de Valencia estaban muy contentas de ello, George Gordon regresó de su viaje a Valencia hinchado de importancia política, y me obligó a pararle los pies de una manera más que ruda. Rubio Hidalgo apareció por medio día; insistió en que el contrato temporal con la muchacha canadiense no debía prolongarse, porque había dejado cursar un despacho donde se le llamaba a Prieto, el ministro, *roly-poly*, «gordin-flón», lo cual en su opinión era contrario a la dignidad nacional; expuso un plan para establecer a un periodista español -conocido sobre todo por su feudo con el corresponsal del Times- como director de la propaganda en Madrid por prensa y radio. Me encontró más refractario que nunca a estas combinaciones y acabó nuestra conferencia peor aún, cuando se permitió hacer observaciones sobre la mala impresión que causaban mi divorcio y mis relaciones con Ilsa.

Era evidente que más de una campaña, de tipo político y personal, se había puesto en marcha. Estaba demasiado agotado para preocuparme de ello, o, tal vez, secretamente me alegraba.

Cuando se terminó la ofensiva, mi divorcio llegó a su fase final y, terminado el Congreso Internacional de Escritores Antifascistas, con sus intelectuales exhibiéndose presuntuosos en el escenario de Madrid en lucha y dedicándose a discutir allí el comportamiento político de André Gide, me sumergí en una especie de estupor.

María venía aún una vez por semana con súplicas y con amenazas, hasta lograr llevarme a un estado de rabia y disgusto en que rompía brutalmente con ella. No volvió, pero durante un tiempo escribió cartas anónimas a Ilsa y a mí. La madre de Aurelia, que reconocía la parte que había tenido su hija en la destrucción de nuestro matrimonio, tomó la costumbre de visitarnos a los dos regularmente. Cuando vino la primera vez, los empleados del ministerio observaban tras las puertas entreabiertas para no perder el escándalo que sin duda iba a armar, y cuando se encontraron con que la buena mujer formaba una amistad con su ex hijo político y su futura esposa, tuvieron un choque más intenso, porque aquello era aún más revolucionario y emocionante. El censor de la cara caballuna no cesaba de repetirme: «Esto sigue siendo más que nunca como una novela extranjera. Nunca hubiera pensado que gentes españolas podían obrar así». Los escuchaba a todos y, con excepción de preparar mis charlas de radio, ni les contestaba ni hacía nada.

Por aquel tiempo, gentes que no tenían conmigo más que un contacto superficial comenzaron a darme consejos sobre mi error en tratar de casarme con una extranjera en lugar de seguirla teniendo como mi querida. En tanto que habían creído que un español había «conquistado» a una mujer extranjera, sus sentimientos masculinos se habían sentido halagados, pero ahora se alarmaban porque se escapaba de su código y creían que iba a cometer una inmoralidad. Coincidían con las insinuaciones de Rubio y me llenaban de repugnancia, una excusa adicional para desdeñar los rumores que llegaban a mí sobre mi debilidad creciente, mis ataques de furia y mi salud insegura. Aquellos rumores casi me halagaban, y los favorecía. Sólo cuando veía el disgusto de Ilsa y su preocupación, y cuando Torres, o el viejo sargento, o Agustín, o Ángel, o los viejos amigos de la taberna de Serafín me mostraban su fe en mí, conseguía el impulso necesario para obrar en contra espasmódicamente.

Mientras estaba aún en las angustias de esta crisis, Constancia de la Mora vino en su

primera visita a Madrid. Yo sabía que, virtualmente, se había apoderado del control del Departamento de Censura de Valencia y que Rubio no era de su agrado; que era una organizadora eficiente, muy la aristócrata que se había unido a la izquierda por su propia voluntad y que había mejorado muchísimo las relaciones entre la oficina de Valencia y la prensa. Sabía que estaba respaldada por el Partido Comunista y que tenía que haber encontrado irritante que nosotros, en Madrid, obráramos invariablemente como si fuéramos independientes de la autoridad de ellos, o de ella. Buena moza, llena de carnes, con grandes ojos negros; con los modales imperiosos de una matriarca, con la simplicidad de pensamientos de una pensionista de convento y la arrogancia de una nieta de Antonio Maura, inevitablemente tenía que chocar conmigo, como yo con ella. Sin embargo, cuando nos aconsejó, a Ilsa y a mí, que nos tomáramos unas largas vacaciones que bien nos habíamos merecido, estaba dispuesto a creer en sus buenas intenciones. Verdaderamente tenía que descansar y dormir; y por otra parte quería saber qué era lo que las gentes de Valencia querían hacer con nosotros.

Ilsa era pesimista. Había desarrollado la teoría de que nosotros nos habíamos convertido en meros supervivientes de los días iniciales de la revolución, ya que habíamos fracasado en adaptarnos nosotros mismos a los cambios sufridos por la administración. No estaba dispuesta -menos que yo aún- a entregar su independencia de juicio y sus maneras antiburocráticas, pero había comenzado a creer que para nosotros ya no había sitio y que habíamos ido más allá de nuestra posición. Ella sabía que yo había hecho llegar a conocimiento de los poderes que fueran mi insubordinación, mi impaciencia y mi desesperación, mientras ella había sobrepasado la acogida y el uso que de ella habían hecho como una extranjera, sin partido que la respaldara. Rechacé sus aprensiones, no porque las creyera infundadas, sino porque me tenía sin cuidado que fueran ciertas.

El general Miaja me pidió que nombrara un censor de la radio que se hiciera responsable durante nuestra ausencia; me dio una autorización para usar el coche y el chófer durante nuestras vacaciones como «la única ventaja que vas a sacar por meterte en líos» y nos dio salvoconductos de libre circulación.

El camino a Valencia no era ya más la carretera directa a través del puente de Arganda que habíamos recorrido en enero. Teníamos que ir dando un amplio rodeo a través de Alcalá de Henares, escalar rojos cerros pelados y alcanzar la carretera blanca y abrasadora después de horas sin fin. La mayor parte del tiempo fui dormido sobre un hombro de Ilsa. Una vez, nuestro coche se paró para dejar pasar una larga reata de mulas, burros y caballos, miserables, sarnosos, llenos de esparavanes. El polvo y las moscas se amontonaban en sus rozaduras abiertas y en sus úlceras; las agotadas bestias parecían llevar sobre sus lomos toda la maldad y todas las desgracias del mundo. Le pregunté al gitano que se arrimó a nuestro guardabarros, para apalearlas y no dejar que chocaran con el coche en su ceguera de fatiga:

-¿A dónde lleváis esta colección?

-¿Esto? Esto es carne para Madrid. Danos un pitillo, camarada.

En los cerros, el espliego estaba en flor -una neblina azul- y, cuando descendimos al valle, el arroyo estaba bordeado por macizos de adelfas rosa y rojo. La hondonada de Valencia nos envolvió en un calor húmedo y pegajoso, en ruido y en olor de multitud.

Nos presentamos en la oficina de Rubio. Estuvo extremadamente cortés:

-Si nos hubieran dicho que llegaban esta tarde, hubiéramos preparado unas flores para recibirla, Ilsa... No, no vamos a discutir nada sobre el trabajo. Ustedes se marchan y se toman sus vacaciones... ¿Cuáles son sus señas? ¿Altea? Un sitio precioso, y no se preocupen de la oficina de Madrid. Ya nos cuidaremos de todo, ustedes ya han hecho lo suyo.



Después de dormir malamente en el cuarto asfixiante e infestado de mosquitos del hotel, nos escapamos a la calle en la mañana luminosa y caliente. La ciudad estaba alegre y abarrotada de gente. Dejé a Ilsa, mientras iba a ver a mis chicos y a acelerar los últimos trámites de mi divorcio con el juez local, lo cual significaba gastar un puñado de pesetas en engrasar las ruedas de la justicia y, también, que tenía que endurecerme ante el sentido de injusticia que sentía hacia los niños. Yo mismo me asombraba de encontrarme tan indiferente. Aurelia se había ido a la peluquería y me quedé a solas con ellos durante horas. Hubiera querido llevarme a la niña pequeña, pero sabía que no podíamos llegar a un acuerdo su madre y yo.

Cuando regresé a Valencia me encontré a Ilsa en el café donde habíamos quedado citados, hablando muy seria con el mismo agente de policía que la había detenido en enero. Era un hombre fuertote con una cara vivaz de arrugas profundas, que se encaró conmigo antes de que yo pudiera decir nada:

-Lo siento que te liaras con Ilsa, me hubiera gustado llegar el primero y probar mi suerte. Pero no importa; es precisamente porque me gusta que quiero contaros algo como un amigo.

Y nos contó con todo lujo de detalles, y de acuerdo con sus informaciones más o menos oficiales, que Rubio y Constanca no tenían intenciones de dejarnos volver a nuestro puesto en Madrid. Constanca había ya nombrado a nuestro sucesor, una secretaria de la Liga de Intelectuales Antifascistas que había recomendado María Teresa León. «Sabéis, estas mujeres españolas detestan que una mujer extranjera adquiera influencia. Y por otra parte, las dos son miembros nuevos del Partido y llenas de entusiasmo.» Había contra nosotros muchas quejas y muchas denuncias. Ilsa, por ejemplo, había dejado pasar un artículo para un periódico socialista de Estocolmo en el cual se criticaba la eliminación del Gobierno de los miembros de los sindicatos socialistas y anarquistas, y esto se presentaba como una prueba de sus simpatías políticas contra el comunismo. Algunos de los comunistas alemanes que estaban trabajando en Madrid (y en seguida yo pensé en George Gordon) mantenían que era una trotskista, pero esta campaña había sido desmentida por los mismos rusos. El viejo enemigo de Ilsa, Leipen, estaba bombardeando a las autoridades con denuncias de ella, en las cuales aconsejaba que no se la dejara salir de España, porque conocía demasiada gente entre el socialismo internacional. Aurelia aprovechaba el ir cada mes a la oficina a cobrar mi paga, que yo había dejado íntegra para ella, para desatarse en incriminaciones y abusos. En total, lo mejor que podíamos hacer era poner en movimiento a todos nuestros amigos y marcharnos de Valencia cuanto antes, porque el estar en Valencia no era sano para nosotros.

Poco podíamos hacer en contra de esta información confidencial. ¿Qué podíamos probar en contra? ¿Cómo podíamos luchar contra esta acumulación de antipatías y odios personales, intrigas políticas, y las leyes inflexibles de la maquinaria del Estado durante una guerra civil? Nuestro amigo, Del Vayo, había dejado de ser ministro de Estado; su sucesor, un político de la izquierda republicana, poseído de su «importante papel», no sabía nada de nosotros; pedirle explicaciones a Rubio era infantil, y yo no estaba muy seguro de no explotar de mala manera. Sólo informamos a unos amigos que estaban en una posición suficientemente alta para obrar en el caso de que desapareciéramos de la noche a la mañana. Lo único que podíamos hacer era tener calma por el momento y volver a Madrid a nuestro puesto, tan pronto como nos hubiéramos recuperado un poco. Nos fuimos a Altea.

La carretera a lo largo de la costa roqueña de Levante -la Costa Brava- nos condujo a través de cerros llenos de terrazas labradas al pie de montañas yermas y azules; a través

de pueblos con nombres sonoros -Gandía y Oliva, Denia y Calpe-; a través de gargantas y barrancos tapizados de hierbas aromáticas, en una sucesión de casas de labor blanqueadas con cal y rematadas por el rojo de sus tejas rizadas. En la primera viña paré el coche. El viejo guarda del campo vino a nosotros, miró la matrícula del coche y carraspeó:

-¿De Madrid, eh? ¿Cómo van las cosas por allí?

Le dio a Ilsa un racimo enorme de uvas verde-oro, unos tomates y unos pepinos. Pasamos a través de pueblecitos, rebotando sobre sus cantos de río, mirando las mujerucas en su luto eterno sentadas en sillas bajas de paja delante de las cortinas ondulantes que cerraban las puertas de las casas; figuras inmóviles, a su lado una caja de madera llena de barras de jabón verdoso que las gentes de allá fabricaban con los posos del prensado de la aceituna y sosa cáustica. En Madrid no había jabón.

A la caída de la tarde llegamos a la pequeña posada de Altea, puesta al lado de la carretera, con un portal amplio oliendo a limpio, grandes aparadores y armarios lustrosos de cera, sillas de paja trenzada y brisa fresca del mar libre a su espalda. Nuestra alcoba, chiquitita, estaba abierta a él y llena de su olor, mezclado con el olor del jardín y el de la tierra recién regada; pero fuera no se veía más que una neblina oscura, agua y aire juntos, un cielo negro espolvoreado de estrellas puesto encima, y una hilera de luces balanceándose suavemente en la oscuridad azul. Los hombres de Altea estaban pescando. Aquella noche dormí.

Altea es casi tan viejo como el cerro en que se asienta; ha sido fenicio, griego, romano, árabe y español. Sus casas con azoteas blancas, y paredes lisas traspasadas de agujeros que son ventanas, trepan cerro arriba en una espiral que sigue las huellas de las mulas y caballos con sus escalones de piedra ya roída y pulida por los siglos. La iglesia tiene una torre esbelta, que fue minarete de mezquita, y una media naranja de tejas azules. Las mujeres marchan desde sus casas silenciosas y oscuras, cuesta abajo, a la orilla del mar donde los hombres están remendando sus redes, y llevan en equilibrio sobre sus cabezas los cántaros de agua, unos cántaros de vientre pomposo, base estrecha y cuello grácil, viejas ánforas en forma, que los alfareros siguen reproduciendo sólo para Altea con la misma línea creada hace dos milenios. El viejo puerto mediterráneo no tiene hoy comercio, pero las velas latinas de los pescadores de Altea llegan aún a las costas de África en viajes de pesca y de contrabando. Alrededor del cerro crecen los olivos y los granados y en sus laderas de roca sobresalen las terrazas de tierra, subida allí a lomo de burro, en las que crecen vegetales. La carretera de la costa es nueva y a sus dos lados ha nacido un nuevo pueblo, más rico y menos apegado a la tierra que el viejo pueblo del cerro, orgulloso de su comisaría, sus tabernas y sus hoteles y los chalets de gente rica de otras ciudades. El pueblo en el cerro se ha quedado aislado y más solo, más solo que nunca. Después de todos los cambios sufridos a través de las edades, hoy se ha convertido en inmutable.

Sentía el choque de esta paz y esta inmutabilidad en la médula de mis huesos. Me hacía dormir por las noches y pensar reposadamente durante el día. Allí se ignoraba la guerra. Para lo único que la guerra servía allí era para aumentar el valor de las redadas de peces. ¿Política? Unos pocos jóvenes, completamente locos, se habían marchado voluntarios al principio, y si un día hubiera una movilización, sería una injusticia. Política y políticos eran siempre lo mismo, unos cuantos caciques y unos cuantos generales peleándose por ser los amos y cada uno de ellos a chupar lo que pueda. Había en Altea partidarios de la derecha y de la izquierda, y al principio había habido unas cuantas peleas, pero ahora todos estaban en paz. Si los otros, los fascistas, venían, Altea seguiría viviendo exactamente como ahora que estaban los republicanos. Algunas veces, el viento llevaba

al pueblo el ruido de los cañones navales o la sorda explosión de las bombas. Así, era mejor no salirse de las aguas del puerto cuando se iba de pesca o dejar el pescar para la noche de mañana. De todas maneras, el precio del pescado subía cada día.

A pocos kilómetros de Altea la guerra golpeaba la costa. En la cima del Peñón de Ifach -el «Pequeño Gibraltar»- había un puesto de observación naval en las mismas ruinas del viejo faro fenicio. Los hombres de las Brigadas Internacionales, mandados al hospital de Benisa para recuperarse de sus heridas y de su agotamiento, venían allí cada día en autobuses, para bañarse en una de las tres pequeñas ensenadas que había al pie de la roca, donde el agua no llegaba al cuello. Cuando no íbamos a la playa africana de Benidorm, con su fondo de montañas azules, sus palmeras y sus escarabajos peloteros que dejaban la huella de sus patitas en la arena, nos íbamos al Peñón de Ifach, a casa de Miguel, a quien yo llamaba el Pirata, porque era como uno de aquellos piratas libres y cínicos, héroes de cuentos.

Vendía vino y guisaba comidas en una choza, abierta a los cuatro vientos, que no consistía más que en grandes mesas de maderas de pino, bancos de lo mismo a lo largo de ellas y esteras de esparto colgadas de una armazón de palos, para proteger las mesas contra el sol. Decía que la idea de aquello la tenía de los bohíos de Cuba. Tenía los ojos azulgris, la mirada lejana y la piel dorada. Ya había dejado de ser joven, pero era fuerte, lleno de movimientos de gato. La primera vez que entramos en la sombra fresca del merendero, nos miró de arriba abajo. Después, como confiriéndonos un honor, sacó una jarra llena de vino, sudosa de frescor, y bebió con nosotros. Miró a Ilsa y de pronto le ofreció un paquete de cigarrillos noruegos. Entonces los cigarrillos eran muy escasos.

-Tú eres extranjera -dijo-. Bueno. Ya veo que eres de los nuestros.

Lo afirmó así, simplemente. Después nos llevó a la cocina humosa y nos presentó a su mujer, joven, con ojos oscuros, y nos mostró al hijo en la cuna. Una chiquilla de cinco años, fuertota, nos seguía en silencio. La mujer continuó sentada al lado de la chimenea de campana, sin decir nada, mientras él explicaba:

-Mira, esta camarada ha venido de muy lejos para luchar con nosotros. Sabe muchas cosas. Más que yo. Ya te he dicho que las mujeres pueden saber también cosas y que nos hacen falta mujeres. Aquí tienes la prueba.

No le gustaba; miraba a Ilsa con una hostilidad quieta, y con asombro a la vez, como si fuera un monstruo extraño.

Salimos de la cocina, traje otra jarra de vino y se sentó:

-Mira -dijo a Ilsa-, yo sé por qué has venido aquí. No lo puedo explicar. Tal vez tú puedes. Pero hay muchos como nosotros en el mundo. Cuando nos encontramos por primera vez, nos entendemos. Camaradas o hermanos. Creemos las mismas cosas. Yo hubiera sabido en qué crees tú aunque no hubieras hablado una palabra de español.

-Bebió su vino con ceremonia-: ¡Salud!

-Miguel, ¿qué eres?

-Un socialista. Pero ¿importa eso algo?

-¿Crees que vamos a ganar esta guerra?

-Sí. Pero no ahora, seguramente. ¿Qué es la guerra? Habrá otras guerras, y al final ganaremos. Habrá un tiempo en que todos serán socialistas, pero muchos tendrán que morir antes.

Íbamos a verle cada vez que me sentía ahogado por la paz dormilona de Altea. Nunca me contó mucho de él mismo. Con su padre había sido pescador nocturno a lo largo de aquellas costas, en una lancha con una linterna en la proa. Después se había ido a Nueva York. Había estado veinte años en el mar. Ahora se había casado, porque el hombre debe clavar sus raíces en la tierra alguna vez. Tenía lo que quería y sabía lo que estaba

mal en el mundo. Yo era muy nervioso, debía sentarme al sol y pescar con una caña. Me prestó una él mismo. Aquel día cogí un pez, uno solo, de escamas plata y azul, y sin reírse le echó en un cubo lleno de peces vivos aún del mar, resplandecientes con todos los colores del arco iris. Él mismo nos iba a hacer la comida. Coció los peces hasta que el agua «les sacó su jugo». Y con aquel agua nos hizo un arroz, sin nada más que esto, el jugo del mar. Nada más. Nos lo comimos llenos de alegría, bebiendo juntos vino rojo.

-¿Aprendiste a guisarlo cuando eras pirata, Miguel?

-Ya no hay piratas -replicó.

Llegó el autobús cargado de hombres de las Brigadas Internacionales. Algunos tenían sus brazos o sus piernas en escayola, otros tenían cicatrices aún a medio cerrar que exponían al sol y al aire del mar, sentándose en la arena húmeda, bordeada de flores con blancura y sal y olor dulzón. A mediodía, cuando el aire temblaba bajo el sol, entraban en tropel bajo el entoldado y gritaban pidiendo vino y comida. Miguel los servía silencioso. Si tenía que poner orden, tenía siempre a mano un juramento en su propio idioma. A última hora de la tarde muchos estaban medio borrachos y discutían. Había un francés más ruidoso y provocativo que los demás, y Miguel le dijo que se marchara fuera, él y sus amigos. Los otros se marcharon, pero el francés se revolvió y echó mano al bolsillo de atrás del pantalón. Miguel se agachó, le cogió por la cintura y le tiró a través de una abertura de la cortina de esparto, como si hubiera sido un muñeco. Volvió a entrar una hora más tarde. Miguel le miró de través y le dijo en voz bajita:

-Márchate...

El hombre no volvió a aparecer. Pero sentados a una mesa había unos cuantos viajeros de paso que habían sido testigos de la escena. Uno de ellos, una mujer con la cara de un loro, dijo tan pronto como se marchó el autobús:

-Ahora decidme a mí, ¿qué pintan estos extranjeros aquí? Se podían haber quedado en su casa y no venir aquí a chupar a cuenta nuestra.

Otra mujer que estaba sentada con ella replicó:

-¡Pero mujer! Nos ayudaron a salvar Madrid. Yo lo sé muy bien, porque estaba allí.

-Bueno, ¿y qué? -replicó la mujer hostil.

Miguel se volvió:

-Esos hombres han luchado. Están con nosotros. Usted no.

El marido de la mujer-loro preguntó precipitadamente:

-¿Cuánto le debo?

-Nada.

-Pero hemos tenido...

-Nada. ¡Fuera de aquí!

Se marcharon acoquinados. Comenzaron a llegar unos cuantos viejos de las casitas blancas de la playa de Calpe, como hacían todas las tardes. Se sentaron en taburetes a lo largo de las esteras colgadas, frente al mar, ahora que se había ido el sol. La punta encendida de sus cigarrillos trazaba signos cabalísticos en el aire oscuro.

-Esta guerra... y van a venir aquí también -murmuró uno.

Miguel, con la cara encendida por el resplandor de su cerilla y convertida en bronce pulido, preguntó:

-¿Y qué harías, abuelo?

-¿Qué puede hacer un hombre viejo como yo? Nada. Me haría tan pequeño que no me verían.

-Si realmente vienen, ¿qué puede uno hacer? -dijo otro-. Ellos vienen y se van, nosotros tenemos que quedarnos aquí... ¿Sabes? Miguel, hay gentes en Calpe que están esperando que lleguen los fascistas y tú estás en la lista negra.

-Ya lo sé.

-¿Qué vas a hacer si vienen? -pregunté yo.

Me cogió del brazo y me arrastró a un barracón detrás del entoldado. Había dos grandes barriles de petróleo:

-Si vienen -dijo Miguel-, nadie más será libre aquí. Yo meteré a la mujer y a los chicos en mi lancha y quemaré todo esto. Subiré a la roca y encenderé fuego donde dicen que hace siglos ardía, para decirles que huyan a todos mis hermanos de la costa. Pero un día volveré.

Enfrente de la cortina, ahora negra y llena de crujidos, la brasa de los cigarrillos era una cadena de chispas rojas. Fuera, en el mar, las linternas de los pescadores eran otra cadena de chispas blancas, ondulante. Estaba todo quieto. Saltó un pez al pie de la playa y la llenó de plata.

La próxima vez que fui a visitar a Rafael, recibí una carta certificada: Rubio Hidalgo me informaba oficialmente de que su departamento nos había concedido, a Ilsa y a mí, permiso ilimitado «para que nos recobráramos física y mentalmente», después de lo cual se nos confiaría trabajo útil en Valencia. Al mismo tiempo, como yo había cogido sin permiso del departamento de Madrid un coche para mis vacaciones, me serviría devolverlo inmediatamente a Valencia.

Le contesté mandando nuestra dimisión de todo trabajo con el Ministerio de Estado y participándole que volvíamos a Madrid al puesto que el general Miaja nos había confiado y del cual nos había dado el permiso de vacación. En cuanto al coche, era propiedad del Ministerio de la Guerra y nos había sido ofrecido, con su chófer, por el propio general Miaja, a quien se lo devolveríamos, porque el Departamento de Prensa no tenía ningún derecho sobre él. Y en cuanto a su ofrecimiento de permiso ilimitado con sueldo, no podíamos aceptarlo, porque no podíamos aceptar limosna de la República por un trabajo que no hacíamos.

Sentía un dolor hondo en el fondo de las entrañas.

## La caída

### Capítulo VIII

Volvíamos a Madrid. El dolor sordo que se había apoderado de mí no me abandonaba. Delante de nosotros, como una especie de burla de la guerra y de los que luchaban, se desarrollaba el conjunto del paisaje español: la llanura de las salinas, deslumbrantes en su blancura, al borde del Mediterráneo azul; el bosque de palmeras de Elche sumergido en la calima de mediodía; las casas morunas, ciegas de ventanas y cegadoras en sus blancos de cal, tendidas en las dunas desnudas y amarillas, con ondulaciones de olas petrificadas; pinos y encinas nudosas agarrados desesperadamente entre rocas, increíblemente solitarios bajo la cúpula infinita del cielo; la alfombra espléndida de los campos y huertas, bien regados, teñidos de verdes, extendiéndose alrededor de las casas viejas, escuálidas y destartaladas, salpicadas de torres chatas, de Orihuela; un río lento, con mujeres alineadas a lo largo de sus orillas, golpeando enérgicas las ropas sobre piedras planas; más cerros desnudos y blanqueados, con sombras azules en sus barrancos como heridas; la profundidad inmensa del cielo encendido convirtiéndose lentamente en una incandescencia de azul suave. La huerta, verde esmeralda, de la llanura murciana, con la roca de basalto de Monteagudo penetrando fantástica en el aire ámbar de la tarde y manteniendo en lo alto un castillo de cuento de hadas, lleno de troneras, erizado de torres; y al fin, la ciudad de Murcia en sí, palacios barrocos y agitaciones de zoco moruno, envuelta en el crepúsculo íntimo y cálido.

Las únicas camas que pudimos lograr en el hotel, rebosante de gentes, fueron dos catres en un cuartucho sin ventilación. Las tres galerías abiertas que rodeaban la enorme escalera estaban llenas de las voces estridentes de hombres y mujeres borrachos. El restaurante estaba invadido por una multitud apiñada de soldados, granjeros ricos y negociantes de víveres; la comida y el vino eran excelentes, pero los precios terriblemente caros. Era fácil distinguir a los verdaderos murcianos, que miraban con odio a estos pájaros de paso. Estaban en pequeños grupos; los huertanos de la vieja casta de propietarios rurales, inquietos, malhumorados y silenciosos; los grupos más numerosos de los huertanos nuevos, hombres que habían sido explotados miserablemente toda su vida y habían llegado, a fuerza de sacrificios crueles, a convertirse a su vez en explotadores implacables y que ahora realizaban ganancias fabulosas en la escasez; y por último los grupos de los trabajadores, torpes, ruidosos, alardeando descaradamente de la libertad que habían ganado, exhibiéndose con sus pañuelos negros y rojos de anarquistas como para asustar con ellos a los amos odiados. Era una atmósfera de alegría forzada y falsa, con una subcorriente de desconfianza mutua, de tensión eléctrica, de disfrute desesperado. Pero la guerra no existía más que en los uniformes, y la revolución consistía únicamente en la exhibición deliberada del dinero y el poder, recientemente adquiridos, por los que hasta entonces no habían sido más que el proletariado de Murcia.

Odiaba el sitio y creo que Ilsa llegó a asustarse del ambiente. No dormimos más de un par de horas en la atmósfera asfixiante de nuestra alcoba improvisada y nos marchamos de madrugada. Nuestro chófer, Hilario, movió la cabeza cuando salimos de la ciudad:

-Esto es muchísimo peor que Valencia. ¡Y la comida que están desperdiciando! Pero ¿qué se puede esperar de estos murcianos traicioneros?

Porque para el resto de España, el murciano tiene fama de ser traicionero e hipócrita.

A través de cerros y laderas cubiertas de hierbas secas donde pastaban ovejas, llegamos a las tierras altas ya en Castilla. Grandes nubes en vedijas blancas, marchando lentamente hacia el oeste, vertían sombras errantes sobre los cerros cónicos pelados que surgían del llano. No había árboles, sólo unos pocos pájaros: maricas paseándose en la carretera, cornejas planeando perezosas sobre la tierra. Ningún ser humano. La llanura se teñía a trozos de amarillos y ocres, de grises de pies de elefante, de rojos de ladrillo viejo, de blancos polvorientos, muy raramente de verde. En estos campos inmensos de soledad yo no quería gritar ni llorar: se sentía uno demasiado pequeño.

Pasamos la ciudad de Albacete convertida en cuartel feo, centro de suministros de guerra y de las Brigadas Internacionales: cuarteles, casas estucadas, avenidas de árboles blanquecinos de polvo, tráfico militar, montones de chatarra, basura de guerra. Entramos en las tierras de don Quijote, en La Mancha. La carretera blanca, bordeada por los postes del telégrafo, se extendía en una línea recta sin fin a través de viñedos ondulantes, con sus negras uvas cubiertas de polvo espeso. Un horno de cal mostraba en el corte de la cantera la capa delgada de tierra fértil color ceniza oscuro, no más gruesa de un palmo, sobre la cal blanca y sin vida. El sol quemaba fieramente y la boca se llenaba y sabía a polvo y ceniza. Pero por largas horas no encontramos ni un pueblo, ni un mal ventorro al borde del camino, hasta llegar a La Roda.

Era día de mercado. Mujeres tiesas y rígidas, vestidas en trajes negros polvorientos, estaban sentadas inmóviles tras cajones y tenderetes conteniendo cintas y botones baratos, o detrás de cestas de fruta. Todas parecían viejas antes de tiempo y, sin embargo, sin edad definida, quemadas por el sol despiadado, los hielos y los vientos, en una semejanza desconcertante, menos las más roídas por su trabajo desesperado, con la tierra seca. Contra el fondo de sus casas de adobes descoloridos formaban como un friso de negros, castaños y amarillos de pergamino. Ninguna de ellas parecía interesada en vender sus mercancías. No se dignaban ni hablar. Sus ojos oscuros, semicerrados contra la luz, perseguían a Ilsa con un interés lleno de rabia. Cuando conseguimos comprar un kilo de las uvas moradas que una de ellas vendía, nos pareció haber ganado una victoria sobre su silencio hostil.

Decidí tomar una carretera secundaria y transversal que nos llevara de La Roda a la carretera de Valencia, donde podíamos encontrar un sitio en el cual nos dieran de comer. En La Mancha no había esperanza de encontrar comida. Pero después de haber recorrido un kilómetro, el coche comenzó a hundirse en el polvo blanco y profundo donde las ruedas no agarraban; tuvimos que seguir a no más de diez kilómetros por hora. Al menos había algo de concreto a qué culpar por nuestras desventuras: mi testarudez insistiendo en seguir un camino transversal contra el consejo del chófer. Nuestra reacción fue estallar en bromas infantiles que mostraban qué honda había sido nuestra depresión. Nos parecía cómico ir más lentos que un ciclista que corría haciendo equilibrios sobre el polvo.

Llegamos a un sitio donde había árboles, bosquecillos de pinos y, entre ellos, escondido, un aeródromo con «moscas», los pequeños aeroplanos de caza que nos habían suministrado los rusos. Después, un molino diminuto en el centro de un río y tierras labradas. Allí había vida, y poco importaba que lo primero que Hilario tuvo que hacer al llegar a Motilla del Palancar fuera ir a casa del herrero y remendar una ballesta del coche. Me llevó a Ilsa a las eras, donde el viento dibujaba remolinos con la paja que allí quedara, y después a una posada donde nos dieron huevos fritos y jamón en una cocina enlosada, con una chimenea de campana abierta al cielo. El sol caía a través de su embudo sobre el hogar de ladrillos escrupulosamente barridos y el vasar de la chimenea tenía la alegría de los botijos de barro rojo y las jarras de loza con flores azules. En la

cuadra picoteaban grano las gallinas. Nos quedamos mirándolas: Madrid, hambriento, estaba muy cerca de allí.

Después nos alcanzó un convoy de tanques que iba al frente y otro que venía de allí en una mezcla de tropas, cañones y bagajes. La carretera de Valencia quedó bloqueada con las dos corrientes y tuvimos que parar largo rato. Aquella noche dormimos en Saelces en viejas camas, con montones de colchones de lana y sábanas sucias de meses. Cenamos un guiso de carnero que apestaba a sebo. Pero en compensación, el ventero regaló a Ilsa un tomate enorme que pesaba más de un kilo, el orgullo de su huerta y, según su frase, «mejor que jamón». Llevando en la mano, como un trofeo, aquella bola roja y deslumbrante, entramos en el ministerio a la mañana siguiente.

Rosario, la muchacha pálida e inhibida que había sido nombrada jefe de la censura y del Departamento de Prensa en mi lugar, se quedó completamente desconcertada al vernos, pero nos recibió con cortesía y procuró ayudarnos lo mejor posible. Una vez más, las gentes nos espiaban detrás de las puertas entreabiertas. El viejo Lli-zo vino bravamente a decirme cuánto sentía que nuestro trabajo común, que había comenzado en aquel inolvidable 7 de noviembre, se hubiera terminado; él no cambiaría su opinión sobre mí o sobre Ilsa, «que ha hecho de la censura una oficina de importancia diplomática». Mi viejo sargento me estrujó la mano y masculló algo sobre lo que él haría con estos hijos de mala madre. Pero él se quedaba a mis órdenes. A pesar de esto, no me hacía ilusiones ni disminuía las dificultades con que nos íbamos a enfrentar. Agustín abrió nuestro cuarto:

-He tenido que tenerlo cerrado con llave estos últimos días, Rubio quería simplemente tirar todas vuestras cosas. Se había corrido una historia, que la policía os había detenido porque os habíais apoderado del coche; y desde luego, ninguno de ellos creía que ibais a volver a Madrid. Ahora Rosario está llamando a Valencia para contarles que estáis de vuelta y ya veréis: no van a dejar a los periodistas que te hablen, y mucho menos a Ilsa. Me presenté a Miaja. Reanudaríamos nuestro trabajo con la radio, pero ya habíamos dejado de ser empleados del Ministerio de Estado. Le conté la historia del coche, del que habían querido hacer una trampa para cazarnos. Miaja gruñó enérgicamente; le asqueaba todo aquel lío. Tenía que tener mucho cuidado, porque esos fulanos de Valencia son capaces de todo:

-Nosotros, los de Madrid, no somos para ellos más que mierda, muchacho.

Había hecho bien con el coche y el coche se quedaba con nosotros mientras trabajáramos en la radio; con la radio no habría dificultades, al menos por ahora. El hablaría a Carreño España. Pero debía ganarme al nuevo gobernador de Madrid:

-Sí, muchacho, ya me han destituido de ser gobernador y me han dejado tan a gusto. La gente se estaba volviendo demasiado formal: esa chiquilla, Rosario, no vale gran cosa como mujer, ¿eh?, ha sido acreditada oficialmente ante mí, ante el gobernador civil, ante Carreño España, y ante yo no sé quién más, con toda la pompa y todos los honores. Va a tener todas las facilidades que tú no has tenido, pero para eso posee una colección preciosa de nombramientos oficiales, todos en orden. Los periodistas encontrarán que pueden recurrir a ella para todo.

Tendría que mirar las cosas despacio y obrar cautelosamente; si podía. Lo malo era que no iba a poder.

Después de su sermón, Miaja me invitó a beber con él. Lo dejé con el mismo peso, frío y nauseabundo, en la boca del estómago. Sí, nuestra posición era extremadamente precaria. Aún era el censor de la radio de Madrid y responsable de la estación EAQ por orden del general Miaja, pero ni el mismo Miaja creía que sus órdenes se iban a mantener mucho tiempo más. El hecho de que no tenía sueldo, ni gastos, posiblemente



me daría algún tiempo más en que pudiera trabajar, pero era indudable que nadie iba a respaldarme. Ilsa no era más que mi ayudante voluntario en lenguajes que yo no comprendía, con conocimiento y aprobación de Miaja, pero sin nombramiento alguno. Seguiría haciendo el trabajo que había comenzado, es decir, la reorganización de las emisiones en idiomas extranjeros, hasta el momento en que uno de los ministerios decidiera convertirlo en un trabajo pagado. Podía ir a ver al nuevo gobernador civil de Madrid. Pero me faltaba el estómago para ir mendigando un favor, cuando yo había creado algo en lo que creía y que estaba dando frutos espléndidos. Cientos de cartas de ultramar llegaban para La Voz Incógnita de Madrid, algunas abusivas, otras simples, la mayoría de ellas emocionantes; y todas mostraban que aquellas gentes escuchaban ávidamente algo personal y humano, que se salía de la rutina. Estaba convencido de haber escogido la manera adecuada de hablarles. Pero estaba determinado a no mover un solo dedo por mí. Si «ellos» -toda esa gente que estaba recreando una burocracia rígida- tenían tan poco interés en la esencia del trabajo, lo mejor que podían hacer era echarme abiertamente, como nos habían echado a Ilsa y a mí de la censura.

No hablaba a nadie sin que me fuera absolutamente necesario y, naturalmente, no hice las cosas más fáciles para quienes querían ayudarme. El día después de nuestra llegada, nos fuimos al hotel Victoria en la plaza del Ángel, donde el Ministerio de Propaganda tenía unas cuantas habitaciones reservadas; mientras trabajáramos para ellos (y el trabajo se amontonó inmediatamente después de nuestra llegada), nos tendrían que pagar la comida y el alojamiento. Como no existía oficina para la censura de la radio, me quedé en un cuarto vacío del Ministerio de Estado, esperando que me desalojaran de allí de un día a otro, aunque nunca lo hicieron. De mala gana, Rosario nos confirmó que tendríamos que seguir haciendo la censura de la radio. Lo hizo de mala gana, porque nuestra presencia en el ministerio creaba una gran dificultad para ella. Los corresponsales veteranos, muchos de los cuales estaban ausentes al tiempo de nuestro despido, tenían bastante experiencia en su trabajo para mantenerse en los mejores términos con las nuevas autoridades, pero seguían buscando a Ilsa como una colega, para discutir con ella las noticias; los censores venían a escondidas a pedirnos consejo; y nos hacíamos cargo de los huéspedes extranjeros para arreglar el que hablaran por radio. Era una división entre la autoridad oficial y la intelectual, difícilísima de sostener por ambas partes.

Rosario hizo cuanto pudo para asegurarme en la plaza: me llevó a un banquete dado por el gobernador civil de Madrid, esperando que yo arreglara con él la cuestión de la radio y pudiera tener una oficina propia, lejos de la censura de prensa. El día antes había estado yo en el frente de Carabanchel, y aquel día había estado luchando contra el sentimiento de náuseas cada vez que una granada había sacudido el ministerio. Me ardía la mente y me ahogaba la rabia contra aquella multitud llena de reverencias que se movía con remilgos de aristócrata, del buffet a las mesitas puestas a lo largo de la pared: todos muy afanosos en desprenderse del último olor de la «canalla» ruda, piojosa y desesperada que había cometido tantas atrocidades y que, incidentalmente, había defendido Madrid, cuando los otros lo abandonaron.

El gobernador civil era un socialista, bien alimentado y bien dispuesto, que estaba preparado a facilitarme el camino cuando Rosario me presentó a él. Pero yo no quería facilidades. Me bebí unas copas de vino, que ni me calentaron ni me enfriaron mi mente excitada, y en lugar de explicar el caso sobre la radio, me desaté en una arenga desesperada e incoherente, en la cual mezclé las ratas que había visto en la trinchera de Carabanchel, las gentes sencillas y estúpidas que creían que la guerra se estaba haciendo para asegurarles su felicidad y su paz futura, y me lancé en acusaciones contra los

burócratas insensibles y reaccionarios. Quería ser «imposible», y fui imposible. Yo pertenecía a las gentes imposibles e intratables, no a los administradores untuosos. Cada vez que me encontraba con los ojos angustiados de Ilsa, gritaba más. Sentía que si cesaba de gritar, me echaría a llorar como un niño azotado. Era un consuelo saber que era yo quien me estaba rompiendo el cuello y no dejar que otros me lo rompieran.

Después, a las dos y cuarto de la madrugada me enfrenté con el micrófono en la cueva forrada de mantas y describí la trinchera de Carabanchel en la que nuestros hombres se habían instalado desalojando a la Guardia Civil de ella. Describí los refugios apestados a través de los cuales me había llevado Ángel, la carroña podrida del burro encajada por fuerza entre los sacos terreros destripados, las ratas, los piojos, y las gentes que allí vivían y luchaban. El secretario del Comité de Obreros, aquel hombre agrio de La Mancha que hacía pensar en las mujeres enlutadas y trágicas de la plaza del mercado de La Roda, se sonrió levemente y me dijo:

-Hoy, casi has hecho nueva literatura.

Mi viejo sargento carraspeaba y parpadeaba sin cesar, y el ingeniero de Vallecas, a cargo del control, llamó al teléfono para decirme que por una vez había hablado como si tuviera reñones.

Me sentía triunfante y alegre. Cuando salimos en la noche llena de estrellas, con su quietud puntuada por las explosiones de las granadas, nuestro coche no quería arrancar y los cuatro de nosotros, el sargento, Hilario, Ilsa y yo, le empujamos cuesta abajo en la desierta calle de Alcalá, cantando a voz en cuello el refrán de *La cucaracha*: La cucaracha, la cucaracha, ya no puede caminar porque le faltan, porque no tiene, las dos patitas de atrás...

Hubo noches en las cuales el éxito rotundo de una emisión ambiciosa, o de una nueva serie de charlas en inglés o italiano, me hicieron creer por un corto tiempo que se nos dejaría seguir con un trabajo que era claramente útil. Carreño España se había avenido a cubrir nuestros gastos básicos y a dejar al portugués Armando que comiera en el hotel Victoria, ya que no tenía casa ni quien pudiera guisar para él. El pan era muy escaso en Madrid entonces y lo mejor que el hotel podía proporcionar era sopa y lonchas delgadas de *corned-beef*. En las raras ocasiones en que había carne, no podía evitar el recuerdo de la procesión de mulas y burros enfermos a lo largo de la carretera de Valencia: «Carne para Madrid».

Pero en el ministerio, en las escasas horas en que trabajábamos allí para hacer la censura de la radio, el aire estaba cargado de tensión.

Torres, fiel y preocupado, me reprochaba que hubiera perdido la ocasión de convertirnos en empleados del Estado regulares, con todos los derechos de nuestro sindicato. Al mismo tiempo comenzó a hacer alusiones a los peligros que nos amenazaban. El sargento, como un perro grande y torpe, no sabía cómo demostrar su fidelidad; un día nos trajo solemnemente una invitación del cuartel de los guardias de asalto, nos llevó religiosamente a través de cada habitación y taller, y llenó los brazos de Ilsa de las flores llamadas «dragones», amarillos, salmón y escarlata. Nos avisó también de conspiraciones vagas y siniestras contra nosotros. Llizo trató de enseñar a Ilsa la manera andaluza de tocar la guitarra y se excusaba a cada momento de no estar más con nosotros, por no enfrentarse con la oposición de su jefe.

Un día, George Gordon vino, muy dulzón, y me dijo -su español era muy bueno- que se me podía permitir mantener la radio si estaba dispuesto a acercarme al Partido en la forma debida, aunque él pensaba que ya era un poco tarde. Por mucho tiempo habíamos estado haciendo lo que nos daba la gana y esto era una cosa peligrosa que se prestaba a muchas interpretaciones, o, ¡tal vez, a ser interpretado correctamente! La joven

canadiense por la cual Ilsa había peleado con uñas y dientes, cuando la muchacha estaba sin trabajo y en situación difícil, recurría a toda clase de expedientes para no tener que saludarnos. La mujer australiana de nuestro locutor inglés, una joven comunista que Constanca había mandado de Valencia a petición nuestra, fue al menos decente: nos hizo ver perfectamente claro que para ella nosotros éramos herejes, peligrosos, como si tuviéramos lepra. Los de más experiencia entre los corresponsales estaban perturbados con lo que pudiera pasar, pero no extrañados de vernos en desgracia, porque cosas semejantes estaban pasando todos los días. Algunos de ellos pidieron a Ilsa que les ayudara en su trabajo, lo cual nos ayudaba financieramente y muchos de ellos se hicieron personalmente más amigos que nunca lo habían sido. Ernest Hemingway, a su regreso de Valencia, dijo con un ceño de preocupación:

-No entiendo una palabra de lo que pasa, es un lío indecente.

Y nunca cambió su actitud para con nosotros, en contraste con gentes muchísimo menos importantes, españoles y no españoles. Se estaba cerrando una tupida red sobre nosotros, lo sabíamos y nos teníamos que estar quietos.

Al final, después de semanas de una lucha sorda e intangible, un corresponsal inglés se sintió en la obligación de avisar a Ilsa, quien en los primeros tiempos había arriesgado su posición por defenderle a él de acusaciones políticas que hubieran tenido serias consecuencias. Le explicó lo que se estaba planeando: George Gordon estaba pidiendo a los periodistas que no tuvieran tratos con nosotros, porque éramos sospechosos y estábamos bajo vigilancia de la policía. La historia que había contado a los visitantes extranjeros, ignorantes de la situación, para mantenerlos efectivamente aparte de nuestro contacto, contenía detalles fantásticos: Ilsa era, o bien una trotskista y por lo tanto una espía, o había cometido actos imprudentes, pero de todas maneras se la arrestaría de un momento a otro, y lo menos que le podría pasar era que la expulsaran de España mientras que yo estaba de tal manera complicado con ella que durante mis charlas por la radio se cortaba la transmisión y yo seguía hablando delante de un micrófono desconectado sin darme cuenta de ello.

Lo absurdo e imaginario de estos detalles no podía disminuir la realidad de nuestro peligro. Yo sabía de sobra que si algunas gentes pertenecientes a los grupos comunistas extranjeros querían deshacerse de Ilsa por razones políticas o personales, se unirían con los españoles que, con razón o sin ella, me odiaban, y a través de ellos encontrarían los medios de utilizar la policía política.

Durante aquellos días, el bombardeo de Madrid aumentó en intensidad después de un período flojo. Hubo una noche en la que los servicios de bomberos y socorro dieron el parte de haber caído más de ochocientos obuses en diez minutos. El jugo de la náusea no abandonaba mi boca, pero no sabía si estaba producido por una recaída de mi choque nervioso o por la rabia desesperada e impotente de lo que nos estaba pasando. Me sentía otra vez enfermo, temeroso de estar solo y temeroso de estar entre la multitud, obligando a Ilsa a bajar al refugio de los sótanos del hotel y odiándolo a la vez, porque allí no podía oír las explosiones y sí sólo sentir la vibración de la tierra.

Y no sabía cómo protegerla. Estaba muy quieta, con una cara finamente dibujada y unos ojos grandes, serenos, que me herían más que un reproche. Con su realismo y con todo su poder de frío análisis, ella misma se veía perdida, pero no lo decía; y esto era lo peor. Todos sus amigos trataban de demostrarle que no estaba sola. Torres trajo unos amigos suyos, una pareja, para que le hicieran compañía por las tardes; él, un capitán en un regimiento de Madrid, y su mujer, Luisa, la organizadora de un grupo de las mujeres antifascistas. La muchacha, llena de vitalidad y deseosa de aprender, se sentía feliz de poder hablar con otra mujer sin las subcorrientes de envidia y celos que envenenaban su

amistad con las mujeres españolas de su misma edad, e Ilsa estaba contenta de ayudarla, escuchándola y dándole su opinión. Luisa había organizado un taller de costura y de arreglos de ropa para los soldados en el mismo edificio que las oficinas del regimiento, y se torturaba cuando veía que su marido gastaba bromas a una de sus oficialas que era muy guapa. Se encontraba cogida entre las viejas leyes de conducta y las nuevas, mitad pensando que, como un macho, su hombre tenía que seguir el juego con las otras mujeres, y mitad esperando que él y ella pudieran ser amigos completos y amantes. Las mujeres viejas de la casa de vecindad donde vivían le decían que no la quería él mucho cuando la dejaba ir sola por las tardes a sus mítines de Partido; y Luisa nunca estaba cierta de si no tenían un fondo de razón.

-A ti te lo puedo contar -decía-, porque eres una extranjera. Si fueras española, tratarías de quitármelo. Estoy segura de que me quiere y que quiere que trabaje con él. Tú sabes que a veces pasa así. Arturo te quiere mucho, ¿no? -Y miraba a Ilsa llena de esperanza de aprender el secreto.

En las tardes vacías, Ilsa se sentaba al enorme piano del hotel y cantaba canciones para los camareros y para mí. Tenía una voz grave, sin educar, amplia y suave cuando no la forzaba, y a mí me gustaba oír la cantar Schubert. Pero los anarquistas entre los camareros se sintieron felices de que sabía cantar su himno, después de no oír más que la *Intenacional* y el *Himno de Riego*, y era obligado que accediera a sus peticiones. Después, cuando nos sentábamos en el comedor, los camareros nos contaban historias de todos los recién llegados. Recuerdo una delegación americana que produjo un revuelo porque una de las mujeres, la humorista Dorothy Parker, se sentó a la mesa con un sombrero color ciclamen que tenía la forma de un pilón de azúcar, seguramente el único sombrero existente aquel día en Madrid. El camarero se inclinó hacia mí y me dijo bajito:

-¿Qué crees tú que le pasa que no se puede quitar el sombrero? A lo mejor tiene la cabeza como un pepino puesto de punta.

Pero los días eran largos. El trabajo que Ilsa tenía que hacer para la radio no bastaba a llenarlos, ni a agotar sus energías. Comenzó a traducir al alemán y al inglés algunas de mis charlas y a coleccionar material de propaganda, y todavía proporcionaba a muchos periodistas, que venían a verla, comentarios sobre los acontecimientos o su visión de la situación política. Parecía ser imposible para ella el no ejercer su influencia intelectual en una forma u otra, pero todo aquello tenía que volverse en su contra. Cortada de la censura, rechazada por todos los que temían contagiarse de la infecciosa enfermedad de caer en desgracia, aún tenía una gran influencia sobre la propaganda extranjera de Madrid, lo que no era ningún secreto.

Torres me trajo recado de un amigo suyo que era capitán de guardias de asalto en la sección política de la policía. Me ofrecía uno de sus jóvenes agentes como protección para que vigilara a Ilsa, que corría el riesgo de ser detenida bajo un pretexto u otro y «que le dieran el paseo». El capitán, a quien conocí entonces por primera vez, era un comunista; el muchacho policía, que desde entonces acompañó a Ilsa cada vez que salía a la calle y que hacía guardia a la puerta del hotel cuando estaba dentro, había ingresado también en el Partido Comunista; y ¡era de los comunistas de donde amenazaba a Ilsa el peligro! Los dos policías estaban furiosos por la idea de que con intrigas complicadas de «unos cuantos extranjeros y unos cuantos burócratas semifascistas» -como ellos decían-, se tratara de hacer daño a alguien que había pasado por la gran prueba de noviembre en 1936, fuera miembro del Partido o no. Era curioso el ver cómo la creciente antipatía contra los «extranjeros metijones» desaparecía en el caso de Ilsa, a quien consideraban como uno de ellos y atada a ellos a través de la terrible experiencia de la primera

defensa de Madrid.

Era tan amargo tener que aceptar esta protección, que no podía discutirse sobre ello; y era aún peor el pensar en la posibilidad que tratábamos de evitar. Luchaba por no pensar en ello y no podía hablar de ello abiertamente con Ilsa, para no descubrirle mis miedos. Ella seguía quieta, más quieta que nunca, y a mí me ahogaban la rabia y la desesperación. Cuando se marchaba con Pablo -el policía- hablando del libro que John Strachey había publicado sobre el fascismo y el cual ella le había prestado en la reciente traducción española, me sentía de alguna manera más aliviado. El muchacho estaba dispuesto a luchar por ella. Cuando regresaban, regresaba con ellos todo lo absurdo y falto de sentido de la situación.

¿Qué podía hacer? Traté de hacer algo. Fui a ver a Miaja y le expliqué la situación. Y Miaja me contestó que nadie tenía nada personalmente en contra mía, pero que había gente que estaba dispuesta a inutilizar a Ilsa y que yo era un estorbo para lograrlo; si no me mezclaba más con ella no había duda de que se me protegería y ascendería. No se atrevió a ir más lejos con su consejo. Me fui a ver a Antonio, mi viejo amigo, que por entonces había llegado a un puesto importante en la secretaría provincial del Partido Comunista. Se azoró profundamente al verme y comenzó a murmurar recuerdos sobre los tiempos de Asturias en que yo le había protegido escondiéndole en mi propia casa. Él seguía siendo mi amigo y lo sería siempre... y, hablando como tal, francamente, ¿por qué se me había ocurrido divorciarme? ¿Era necesario? Yo siempre había tenido mis líos antes, sin dar escándalo. Lo que había hecho con el divorcio no era una buena cosa en alguien recomendado por el Partido para un puesto tan importante como la censura. Y en cuanto a aquella mujer extranjera -él no sabía nada oficialmente, pero había oído que algunos camaradas alemanes o austríacos, de todas maneras gentes que la conocían-, la consideraban una especie de trotskista, aunque esto no se había podido probar porque ella era demasiado inteligente para dar ningún paso en falso dentro de España. Era la dificultad: era demasiado inteligente para poder tener confianza en ella. Y yo me había dejado coger por ella. Debía dejarla; al fin y al cabo no era más que mi querida.

Le pregunté si ésta era la opinión y el consejo oficial del Partido. Lo negó ansiosamente: no, no era más que su opinión y un consejo de buen amigo. Le contesté de mala manera y después me alegré de no haberme dejado llevar del impulso de abofetearle; me di cuenta de que, en su manera estúpida, en realidad estaba asustado e infeliz y trataba honestamente de ayudarme. Pero en aquel momento no lo creía así.

Hasta entonces había encontrado mi consuelo en las charlas que radiaba noche tras noche. En ellas olvidaba el lado personal de las cosas que bullían en mi cabeza y hablaba del pueblo que encontraba en casa de Serafin, en las calles, en las tiendas, en el frente o en el jardincito de la plaza de Santa Ana, donde los obuses no conseguían echar a las parejas de enamorados, ni a las viejas haciendo calceta, ni a los gorriones. Pero cuando las noches se volvieron frías, en uno de los primeros días del mes de octubre, se presentó en la oficina, preguntando por mí, un hombre que traía instrucciones escritas de Valencia: era el nuevo censor y responsable de la radio.

Era un comunista alemán llamado Albin, a mis ojos muy prusiano, algo como un puritano inquisidor a juzgar por su cara huesuda. Con Ilsa escasamente se dignó ser cortés: escuchó su información sobre las emisiones extranjeras que estaban anunciadas, hizo sus notas y se marchó. Hablaba un español bueno, pero recortado y seco. «Haría el favor de someterle mi próxima charla, ¿no?» Lo hice y la aprobó. Di dos charlas más antes de preguntarle si iba a seguir dándolas o no, para aclarar la situación. Si hubiera dicho que sí, seguramente hubiera seguido, porque estaba enamorado de mi trabajo. Pero me replicó fríamente que se había acordado suprimir las charlas de La Voz

Incógnita de Madrid.

Algunos días más tarde se presentaron dos agentes de policía a registrar nuestra habitación, mientras Ilsa aún estaba en el lecho. Pablo, su guardián, subió inmediatamente y les dijo claramente que estaba allí porque su sección estaba dispuesta a que se nos tratara con toda legalidad, ya que ellos nos garantizaban. Los agentes habían llevado con ellos a un muchacho alemán flacucho y azorado que debía traducir cada papel que encontraran escrito en alemán o francés. Mientras lo hacía, nos dirigía a Ilsa y a mí miradas agonizantes, contorsionando brazos y piernas en gestos lastimosos. Los documentos, que ilustraban la clase de trabajo que Ilsa y yo habíamos hecho durante el sitio, impresionaron y desconcertaron a los agentes. Se llevaron algunos de mis manuscritos, la mayoría de nuestra correspondencia, todas las fotografías y mi copia de una fábula mexicana *Rin-rin, renacuajo*, un poema que me había entusiasmado oyéndolo recitar durante la visita de los mexicanos intelectuales a Madrid, pocas semanas antes. Pero el presidente Azaña había hecho famosa la frase de «los sapos que croaban en sus charcas» y ¡seguramente la fábula contenía un doble sentido político! Se llevaron también un ejemplar de *Paralelo 42* de John Dos Passos, porque estaba dedicado a nosotros por el autor y Dos Passos se había declarado en favor de los anarquistas y del POUM catalanes. Y esto era sospechoso. Me confiscaron la pistola y el permiso de uso de armas. Pero después ya no sabían qué hacer. No se atrevían a arrestarnos. La denuncia que estaban investigando apuntaba a graves conspiraciones organizadas por Ilsa, pero encontraban nuestros antecedentes impecables, todos los documentos hablando en nuestro favor, y a mí, un viejo y ejemplar republicano. Además, no querían tener disgustos con otro grupo de policía. Miraron a Pablo, nos miraron a nosotros, y decidieron que lo mejor era que bajáramos a comer juntos y después ya verían lo que hacían. Al final de la comida nos estrecharon las manos y se marcharon.

Se había aclarado la nube amenazadora y el anticlímax nos hacía reír. No era fácil que en adelante usaran ya la policía para deshacerse de Ilsa. Yo presenté una queja airada contra los denunciadores y no escatimé mis opiniones sobre las personas que sospechaba estaban detrás de todo. En aquella comida, mientras charlábamos amistosamente con los agentes, había visto a George Gordon enrojecer y rehuir el mirarnos de frente. Un par de días más tarde hizo un movimiento como si fuera a saludarnos y le volvimos la espalda. Quería alegrarme un poco. Me llevé a Ilsa a la vuelta de la esquina del hotel, al colmado Villa Rosa, donde el viejo camarero Manolo me recibió como un hijo perdido que vuelve, examinó escrupulosamente a Ilsa, le dijo que yo era un calavera, pero no de los genuinos, y que ella era la mujer exacta para meterme en cintura. Se bebió con nosotros un chato de manzanilla, temblándole el pulso, porque la guerra le había hecho viejo de golpe. No tenía comida bastante, tenía hambre. Cuando le di unas cuantas latas de conservas que nos había dado un amigo de las Brigadas, se mostró tan humildemente agradecido que me daban ganas de llorar. Por la tarde fuimos a casa de Serafín y nos sumergimos en la atmósfera cálida de los viejos amigos. Vinieron con nosotros, «para celebrarlo», Torres, Luisa y su marido. Pensaban todos que nuestras dificultades se habían terminado y en breve tendríamos otra vez trabajo en Madrid.

Pero Agustín, que cada día venía a visitarnos, le gustara a Rosario o no, me dijo brutalmente que tenía que marcharme de Madrid. En tanto que nos quedáramos allí, habría gente que lo resentiría. Las intrigas no siempre iban por caminos oficiales y a lo mejor se encontraba uno un tiro detrás de una esquina; por otra parte, no íbamos a tener un guardia de vigilancia para siempre. Además, en su opinión, yo me estaba volviendo loco allí.

Sentía en los huesos que tenía razón. Pero aún no quería dejar Madrid. Me sentía atado a él con todas mis fibras, aunque dolorosamente. Estaba escribiendo una historia sobre Ángel. Si no me dejaban hablar más por la radio, hablaría a través de la letra impresa. Creía que podía hacerlo. Mi primer cuento -la historia del miliciano y su mosca- había sido publicado en el *Daily Express* de Londres y lo que habían pagado por ello me había desconcertado, conociendo cómo se pagaba a los escritores españoles. Me daba cuenta de que la historia se había publicado sobre todo porque Delmer se había entusiasmado con ella y le había dado la ocasión de hacer una crónica suya, presentándola: «Esta Historia Se Escribió Bajo Los Obuses Por El Censor De Madrid», en grandes tipos y con un irónico comentario sobre el censor que había perdido sus inhibiciones de escritor censurando sus despachos. Pero de todas maneras, mi cuento había llegado a gentes que tal vez, a través de él, tendrían una visión de la mente de «tal pobre bruto», el miliciano. Quería seguir, pero lo que quería decir tenía sus raíces en Madrid. No iba a dejarlos que me echaran, y no podía marcharme antes de que se disipara de mi cabeza la niebla roja de ira que me invadía cada vez que miraba a Ilsa, aunque tuviera el consuelo de que estaba viva, libre y conmigo. Toda mi violencia interna surgía a la superficie cuando la veía aún amarrada a su galera y aún azotada por la actitud repugnante de gentes de su mismo credo. Y aún tan serena.

El hombre que me ayudó más entonces, como me había ayudado a través de todas las semanas infernales que habían pasado antes, fue un sacerdote católico, y de todos a quienes he encontrado a través de nuestra guerra, es el hombre para quien guardo mi mayor amor y respeto: don Leocadio Lobo.

No recuerdo cómo fue que llegáramos a hablar por primera vez. El padre Lobo vivía también en el hotel Victoria, y poco después de instalarnos nosotros allí, se convirtió en un concurrente habitual a nuestra mesa, juntamente con Armando. La confianza mutua entre él e Ilsa fue instantánea y profunda; yo sentí inmediatamente la gran atracción de un hombre que había sufrido y aún seguía creyendo en los seres humanos con una fe simple y grande. Sabía, porque yo mismo se lo había contado, que yo no era un católico practicante, sabía que me había divorciado y que vivía con Ilsa «en pecado mortal» y que intentaba casarme con ella en cuanto el divorcio fuera firme. No le ahorré mis discursos violentos sobre la clerecía política en complicidad con los poderes ocultos, ni mis discursos sobre la ortodoxia estúpida que me habían inculcado en mi edad escolar y me habían obligado a rechazar violentamente. Nada de esto pareció afectarle, ni impresionarle, ni menos aún cambiar su actitud hacia nosotros, que era la de un amigo cariñoso y cálido.

No llevaba sotana, sino un traje de alpaca negra que acentuaba su aspecto sacerdotal. Sus facciones regulares y bien modeladas habían sido surcadas por sus pensamientos y luchas; su cara tenía un sello de profundidad íntima que le colocaba aparte, aun en sus momentos de mayor expansión. Era una de esas gentes que os dan la impresión de que sólo dicen lo que es su verdad interior y no están dispuestos a hacerse cómplices de lo que creen una mentira. Me parecía una reencarnación del padre Joaquín, el sacerdote vasco que había sido mi mejor amigo durante mi niñez. Curiosamente, el origen de ambos era similar: el padre Lobo, al igual que el padre Joaquín, era el hijo de simples campesinos, de una madre que había parido muchos hijos y que había trabajado sin descanso toda su vida. A él también le habían mandado al seminario, niño aún, bajo la protección de los señores, porque en la escuela era un chiquillo que descollaba y porque sus padres se alegraban de verle escapar de la miseria de ellos. El también había dejado el seminario con la ambición, no de vestir la púrpura, sino de ser un sacerdote cristiano al lado de los que tienen hambre y sed de pan y de justicia.

Su historia era bien conocida en Madrid. En lugar de quedarse en una parroquia elegante, eligió una parroquia de obreros pobres, rica en rebelión y blasfemias. No dejaron de blasfemar por él, pero le querían porque pertenecía a su pueblo. Al principio de la rebelión había tomado su lado, el lado del Gobierno republicano y había continuado su ministerio. Durante los más salvajes días de agosto y septiembre había ido, de día o de noche, a oír la confesión o a dar la comunión a quien se lo pidiera. La única concesión que hizo fue suprimir la sotana para no provocar incidentes. Había una historia famosa de que una noche dos anarquistas llamaron a la casa donde estaba viviendo, con sus fusiles montados y un coche a la puerta. Preguntaron por el cura que vivía allí. El amo de la casa negó que allí hubiera cura alguno. Insistieron amenazadores y el padre Lobo salió de su habitación.

-Sí, aquí hay un cura y soy yo. ¿Qué pasa?

-Pues, hala, echa a andar con nosotros. Pero antes métete en el bolsillo una de tus hostias.

Sus amigos le imploraron que no saliera. Dijeron a los anarquistas que Lobo estaba garantizado por el Gobierno, que no permitirían que saliera, que iban a llamar a la policía. Al final, uno de los anarquistas dio dos patadas en el suelo, blasfemó furiosamente y dijo:

-¡Re... tales! ¡No le va a pasar nada! Lo que pasa es que la vieja, mi madre, se está muriendo y no quiere marcharse al otro barrio sin confesarse con uno de éstos. Es una desgracia para mí, pero ¿qué puedo hacer más que llevarme a éste?

Y el padre Lobo se marchó en el coche con los anarquistas, en una de aquellas madrugadas grises en las que se fusilaba a la gente contra la pared.

Mucho más tarde se fue durante un mes a vivir en las trincheras, entre los milicianos. Volvió agotado y profundamente conmovido. Muy pocas veces le oí hablar de sus experiencias en las trincheras. Una noche exclamó: «¡Qué brutos, Dios mío, pero qué hombres!».

Tenía su propia batalla mental. Lo que le hería más hondo no era la furia desatada contra las iglesias y los curas por gentes bruta

les, enloquecidas y llenas de rencores, sino el conocimiento de la culpabilidad de su propia casta, la clerecía, en la existencia de esta brutalidad y en la ignorancia y la miseria abyectas que existían en el fondo de ellos. Debía ser infinitamente duro para él el saber que los príncipes de su Iglesia estaban haciendo lo mejor para mantener a su pueblo oprimido, que estaban bendiciendo las armas de los generales y los señores, y los cañones que bombardeaban Madrid.

El Gobierno le había dado una tarea que no era precisamente una canonjía: la de investigar los casos de miseria entre clérigos escondidos. Pronto se vio confrontado con que algunos sacerdotes, cuyo «asesinato» por los rojos se había voceado en todas las propagandas, venían a ampararse en él, sanos y salvos, pidiendo ayuda.

A mí me hacía falta un hombre a quien pudiera hablar de lo más profundo de mi mente. Don Leocadio era el más humano y el más comprensivo. Sabía que no iba a contestar mis quejas con admoniciones o consuelos ñoños. Y así, volqué sobre él todos los pensamientos túrgidos que atascaban mi mente. Le hablé de la ley terrible que nos hacía herir a otros cuando no queríamos hacer daño. Aquí estaba el caso de mi matrimonio y su terminación: yo había herido a la mujer con quien no podía compartir mi vida, y había herido a los chicos porque odiaba el tener que vivir con aquella mujer que era su madre. Al encontrar a mi verdadera mujer, Ilsa, no había podido evitar hacer el daño final. Le conté que yo e Ilsa nos pertenecíamos uno al otro, nos complementábamos, sin superioridad de uno sobre otro, sin saber el porqué, sin quererlo saber tampoco,



simplemente porque para los dos aquello era la única verdad de nuestra vida. Pero esta nueva vida que no podíamos rechazar, ni escapar a ella, significaba dolor, porque no podíamos ser felices sin causar daño a otros.

Le hablé de la guerra, repugnante porque enfrentaba a hombres de la misma sangre unos contra otros, en una guerra de dos Caínes. Una guerra en la cual sacerdotes eran fusilados en las afueras de Madrid y sacerdotes daban su bendición al fusilamiento de pobres labradores, hermanos del propio padre de don Leocadio. Millones como yo, que amaban sus gentes y su pueblo, estaban destruyendo, o ayudando a destruir, aquel pueblo y aquellas gentes tan suyas. Y lo peor era que ninguno de nosotros tenía el derecho de permanecer neutral.

Yo había creído, y aún creía, en una España libre con un pueblo libre. Había querido que esto llegara sin derramamientos de sangre, a fuerza de trabajo y de buena voluntad. ¿Qué podía hacer si esta esperanza, este futuro se estaba destruyendo? Tenía que luchar por ello. Y así, ¿tenía que matar a otros? Sabía que la mayoría de los que estaban luchando con las armas en la mano, matando o muriendo, no pensaban en ello, sino estaban animados por las fuerzas desatadas de su propia fe. Pero yo estaba obligado a pensar, para mí esta matanza era un dolor agudo que no podía olvidar ni calmar. Cuando oía el ruido de la batalla, no veía más que españoles muertos en ambos lados. ¿A quién tenía que odiar? ¡Ah, sí!, a Franco, a Juan March, a sus generales y monigotes partidarios y a los que cimentaban negocios sobre la sangre, a las gentes privilegiadas del otro lado. Pero entonces tenía que odiar también a ese Dios que les había dado a ellos callos en el corazón que les permitía organizar la matanza, y que me torturaba a mí con la tortura de odiar el matar, y que dejaba mujeres y niños sufrir su raquitismo y sus jornales de hambre, para acabar despedazándolos con obuses y bombas. Estábamos cogidos todos en un mecanismo monstruoso que nos trituraba entre sus ruedas dentadas; y si nos rebelábamos, toda la violencia y todo el odio se volvía en contra nuestra, arrastrándonos a la violencia.

Me sonaba en los oídos como si hubiera pensado y dicho las mismas cosas cuando era niño. Me excitaba yo mismo hasta llegar a una fiebre, hablando sin parar, con rabia, dolor y protesta. El padre Lobo me escuchaba pacientemente, diciendo sólo de vez en cuando:

-¡Despacio, despacio!

Es posible que en mi memoria estén mezcladas respuestas que yo me daba a mí mismo en las horas quietas en que me sentaba al balcón y me quedaba mirando las ruinas de la iglesia de San Sebastián, partida en dos por una bomba, con palabras que el padre Lobo me dijo. Puede ser que insensiblemente le haya convertido en el otro «yo» de mis diálogos internos sin fin. Pero así es como yo recuerdo lo que él me dijo:

-Y tú, ¿quién eres? ¿Quién te da a ti el derecho de erigirte en juez universal? Lo único que tú quieres es justificar tu miedo y tu cobardía. Tú eres bueno, pero quieres que todos sean buenos también, para que el ser bueno no te cueste ningún trabajo y sea un placer. Tú no tienes el coraje de predicar en lo que crees en medio de la calle, porque te fusilarían. Y como una justificación de este miedo, echas la culpa a los otros. Tú crees que eres decente y que piensas limpiamente, e intentas contármelo a mí y a ti mismo, afirmando que lo que pasa a los otros es culpa tuya y los dolores que tú sufres también. Todo eso es una mentira. La falta es tuya. Te has unido a esta mujer, a Ilsa, contra todo y contra todos. Vas con ella del brazo por las calles y la llamas «mi mujer». Y todos pueden ver que es verdad, que estáis enamorados uno de otro y que juntos sois completos. Ninguno de nosotros nos atrevemos a llamar a Ilsa tu querida, porque vemos que es tu mujer. Es verdad que habéis hecho daño a otros, a tus gentes, y es justo que

sufras por ello. Pero ¿te das cuenta de que también has sembrado una buena semilla? ¿Te das cuenta de que cientos de gentes que desesperan de encontrar jamás lo que se llama amor os miran y aprenden a creer que existe y es verdad, y que pueden tener esperanza? Y esta guerra. Tú dices que es repugnante y sin sentido. Yo no. Es una guerra bárbara y terrible con infinitas víctimas inocentes. Pero tú no has vivido en las trincheras como yo. Esta guerra es una lección. Ha arrancado a España de su parálisis, ha sacado a las gentes de sus casas donde se estaban convirtiendo en momias. En nuestras trincheras, los analfabetos están aprendiendo a leer y hasta a hablar y están aprendiendo lo que significa hermandad entre hombres. Están viendo que existe un mundo y una vida mejores que deben conquistar y están aprendiendo también que no es con el fusil con lo que lo tienen que conquistar, sino con la voluntad. Matan fascistas, pero aprenden la lección de que no se ganan guerras matando, sino convenciendo. Podemos perder esta guerra, pero la habremos ganado. Ellos aprenderán también que pueden someternos, pero no convencernos. Aunque nos derroten, seremos los más fuertes, mucho más fuertes que nunca, porque se nos habrá despertado la voluntad. Todos tenemos nuestro trabajo que hacer, así que haz el tuyo en lugar de hablar de un mundo que no te sigue. Sufre y aguántate, pero no te encierres en ti mismo y comiences a dar vueltas dentro. Habla y escribe lo que tú creas que sabes, lo que has visto y pensado, cuéntalo honradamente con toda tu verdad. No hagas programas en los que no crees, y no mientas. Di lo que has pensado y lo que has visto y deja a los demás que, oyéndote o leyéndote, se sientan arrastrados a decir su verdad también. Y entonces dejarás de sufrir ese dolor de que te quejas.

En las noches claras y frías de octubre me parecía a veces como si estuviera conquistando mi cobardía y mis miedos, pero encontraba muy difícil escribir lo que pensaba. Me es difícil aún. Encontré, sin embargo, que podía escribir la verdad de lo que había visto y que había visto mucho. Cuando el padre Lobo vio una de mis historias exclamó:

-¡Qué bárbaro eres! Pero sigue, es bueno para ti y para nosotros.

Una tarde llamó a nuestra puerta y nos invitó a que fuéramos a su cuarto para mostrarnos una sorpresa. En el cuarto estaba uno de sus hermanos, un obrero quieto, y un labrador de su pueblo. Yo sabía que cada vez que alguno de su pueblo venía a Madrid le traían vino para consagrar y vino para beber, y pensé que iba a invitarnos a un vaso de vino añejo. Pero nos condujo a su cuarto de baño. Un pavo enorme estaba allí, sosteniéndose torpemente sobre los baldosines, hipnotizado por la luz eléctrica. Cuando se marchó el campesino, hablamos de estas gentes sencillas que venían a ofrecerle lo mejor que tenían, sin pensar si era absurdo o no sepultar un pavo vivo en el cuarto de baño de un hotel de lujo.

-No es fácil para nosotros el entenderlos -dijo el padre Lobo-. Cuando se logra, se tiene la base de arte como el de Bruegel o Lorca. Sí, como Lorca. Escuchad. -Cogió un ejemplar de la edición de guerra del *Romancero gitano* y comenzó a recitar:

Y que yo me la llevé al río  
creyendo que era mozuela,  
pero tenía marido...

Leía con una voz llena de macho, sin titubear sobre las frases del amor físico crudo, sólo comentando:

-Esto es bárbaro, pero es tremendo.

A mí me pareció entonces mucho más un hombre, y mucho más un sacerdote de

hombres y de Dios que nunca.

En las semanas peores, cuando hacía falta algún coraje para mostrarse con nosotros en público, prolongaba su estancia durante horas en nuestra mesa, consciente del soporte moral que nos proporcionaba. Sabía mucho más de lo que pasaba entre bastidores con referencia a nosotros que nosotros mismos, pero nunca descubrió lo que había oído a otros. Sin embargo, yo no dudé de sus palabras cuando, después de haber llegado a la crisis máxima la campaña contra nosotros, nos dijo un día:

-Ahora escucha la verdad, Ilsa. A ti no te quieren aquí. Sabes demasiado, conoces mucha gente y haces sombra a los otros. Eres demasiado inteligente y aquí no estamos aún acostumbrados a mujeres inteligentes. Tú no puedes evitar el ser como eres, así que te tienes que marchar; y te tienes que llevar contigo a Arturo, porque te necesita y porque os pertenecéis uno al otro. En Madrid ya no podéis hacer nada bueno, como no sea el estaros quietos sin hacer nada como ahora, y ¡aun así! Pero esto no es bueno para ti, porque tú quieres trabajar. Así que marcharos.

-Lo sé -replicó ella-. La única cosa que ahora puedo hacer por España es no dejar a la gente de fuera convertir mi caso en un arma contra el Partido Comunista, no porque yo quiera a los comunistas, que no los quiero aunque haya trabajado con ellos, sino porque esto sería un arma contra España y contra Madrid. Es por lo que me estoy quieta y no muevo ni un dedo por mí y por lo que digo a mis amigos que no hagan escándalo. ¡Tiene gracia! La única cosa que puedo hacer es no hacer nada.

Lo dijo secamente. El padre Lobo la miró lentamente y respondió:

-Perdónanos, Ilsa. Somos tus deudores.

Así, el padre Lobo fue quien nos convenció de que debíamos abandonar Madrid. Cuando lo acepté, quise que lo hiciéramos en seguida, para sentirlo menos. Otra vez era un día de noviembre, gris y lleno de niebla. Agustín y Torres fueron a despedirnos. El camión de guardias de asalto, con tablas desnudas por asientos, rebrincaba en el empedrado de las afueras. Aquella mañana los obuses eran escasos.

El padre Lobo nos había mandado a casa de su madre, en un pueblecito cerca de Alicante. En su carta le pedía ayudarme a mí, su amigo, y a «mi mujer, Ilsa». No quería chocar a su madre y había puesto -dijo- la verdad esencial. Cuando me enfrenté con su madre, la vieja mujer pesada ya, con los cabellos grises, que no podía leer -su marido descifró la carta del hijo-, y miré su cara sencilla y curtida, comprobé con gratitud la fe que don Leocadio había puesto en nosotros. Su madre era una mujer muy buena.

## Frente a frente

### Capítulo IX

La guerra allí no existía. Existían tan sólo los cerros azules al fondo, la media luna de la playa ancha y profunda a nuestros pies y el agua azul al frente. La carretera estrecha que corría a lo largo de la costa estaba alfombrada de arena fina. Al lado de la carretera, donde la tierra comienza a ser firme y las caracolas raras, habían surgido casitas de madera, mitad fonda y mitad taberna. Porque en tiempos de paz, San Juan de la Playa era un sitio de veraneo. Un kilómetro más allá estaba el pueblecito donde vivían los padres del padre Lobo con su hija inválida, envueltos en una quietud a la que prestaban calor los hijos y hermanos, todos trabajando en la guerra. Para la madre, toda la vida se encontraba alrededor de su hijo el sacerdote.

Fueron ellos quienes nos mandaron a su amigo Juan, el propietario de una de estas fondas y uno de los más famosos cocineros de arroz entre Alicante y Valencia. Nos alquiló un cuartito abierto al mar y nos dio la libertad de su casa y su cocina. De él aprendí a hacer una paella. Ilsa arregló con Juan que daría lecciones a sus dos hijas, lo cual nos permitiría vivir muy económicamente. Nos quedaba poco dinero. Secretamente, siempre he sospechado que Juan tenía la esperanza de que yo era un aristócrata disfrazado y huido, pues a pesar de sus protestas de republicano, no muy calurosas, uno de sus temas favoritos era explicarme con nostalgia los tiempos de los «señores» en que podía desplegar la cualidad de sus guisos con el mayor esplendor del servicio de mesa que daba a sus paellas el último toque.

Los días de noviembre en la costa de Alicante eran calientes, llenos de calma y de sol. En las tardes, cuando el agua comenzaba a estar fría, nos dejábamos secar en la arena cálida y contemplábamos los suaves rizos del agua sobre la playa. Algunas veces tendía cordeles, pero nunca llegué a pescar nada. Cuando comenzaba a surgir del horizonte del mar la sombra de la noche en los lentos crepúsculos, nos íbamos a lo largo del borde del mar -y los chiquillos del pueblecito también-, pescando los diminutos cangrejos de playa que denuncian su presencia por los bultos que forman en la arena recién mojada.

Comencé a dormir en las noches. Durante el día, Juan me dejaba trabajar en el comedor o en el emparrado frente al mar. Pasaban pocas gentes y el único otro huésped en la casa trabajaba en una factoría para el montaje de aviones en Alicante. Comencé a pensar en un libro que quería escribir -mi primer libro- coleccionando historias primitivas de gente primitiva en la guerra, tales como las que había urdido para mis charlas de radio. Pero primero tenía que reparar la máquina de escribir portátil que Sefton Delme había desechado, inutilizada después de su esfuerzo de aprender a escribir a máquina. Cuando la quiso tirar, le pedí que me la diera y se rió a carcajadas con la idea de que alguien pudiera volver a utilizarla después de haberla martirizado con sus dedos enormes.

Ahora era nuestra mayor riqueza, pero no escribía aún y yo odiaba escribir a mano; era demasiado lento para seguir el curso de mis ideas.

Sobre la mesa más grande de pino fregado que había bajo el emparrado, desmonté la máquina, extendí sus mil y una piezas, las limpié y remendé y fui sin prisa reconstruyendo el mecanismo. Era un buen trabajo. Me parecía estar oyendo a mi tío José:

«Cuando yo tenía veinte años comencé a escribir. En aquel tiempo, sólo la gente rica usaba plumillas de acero. Los demás teníamos aún plumas de ave, y antes de aprender a

escribir, tuve que aprender cómo cortarlas con un cortaplumas. Pero eran demasiado finas para mis dedos, y me hice una pluma gruesa de un trozo de caña.»

Yo también tenía que cortar mi pluma antes de escribir mi primer libro, aunque la mía era mucho más complicada que la del tío José. Pero yo también estaba a punto de comenzar a aprender a escribir.

En aquellos primeros días era completamente feliz, sentado al sol, envuelto en la luz, el olor y el sonido del mar, reconstruyendo y remendando un mecanismo complicado - ¡cómo me fascinaba la maquinaria!-, mi cerebro embebido en el laberinto de piezas frágiles, y en la visión de un libro, el primer libro, que iba tomando forma en el fondo de mi mente.

En una noche plateada, llena de cantos de grillos y croar de ranas, oí el zumbido pesado de aviones acercándose y alejándose, para volver a acercarse. No hubo más que tres explosiones sordas, la última de las cuales sacudió la casita. A la mañana siguiente supimos que una de las bombas arrojadas por los Capronis -había visto uno de ellos brillar como una gigante mariposa de plata en la luz de la luna- había caído en Alicante en un cruce de calles, derrumbando una docena de casas de adobe, y matando a unos cuantos trabajadores pobres que vivían en ellas. La segunda bomba había caído en un campo desierto. La tercera había caído en la huerta de un viejo. Había destruido sus plantas de tomate y no había matado más que una rana que quedó despatarrada en el borde del cráter. La risa estúpida del mecánico de aviación ante la idea de una bomba matando una rana, me puso furioso. El jardín herido se había apoderado de mí. No podía concebir que fuera materia de indiferencia, y menos de burla, el herir cosa viva alguna. El total de la guerra estaba simbolizado allí en los árboles y las plantas arrancados por una bomba, en la rana muerta por la contusión. Ésta fue la primera historia que escribí con la máquina ya curada.

En la cuarta semana de nuestra estancia en San Juan de la Playa nos despertó una llamada pesada a nuestra puerta. Abrí, vi la cara asustada de Juan, y dos hombres le empujaron a un lado y llenaron el marco de la puerta:

-Policía. Aquí están nuestros carnets. ¿Es esta señora una austríaca llamada Ilsa Kulcsar? ¿Sí? Pues haga el favor de vestirse y salir.

Aún no había salido el sol y el mar estaba plomizo. Nos miramos unos a otros sin decir nada y nos vestimos de prisa. Una vez fuera, uno de los agentes preguntó a Ilsa:

-¿Tiene usted un marido en Barcelona?

-No -dijo asombrada.

-¿No? Bueno, pues aquí tenemos una orden de Barcelona para que la llevemos a su marido, Leopoldo Kulcsar, que la reclama.

-Si el nombre es Leopoldo Kulcsar, efectivamente es mi marido legal, de quien estoy separada. Ustedes no tienen derecho a obligarme a que vaya con él, si es que realmente está en Barcelona.

-Bueno, nosotros no sabemos nada más que tenemos la orden de que se venga con nosotros; y si no quiere venir, pues no tenemos más remedio que llevarla detenida. Ahora usted verá si quiere venir o no.

Antes de que Ilsa contestara, dije:

-Si la arrestan, me tienen que arrestar a mí también.

-¿Y usted quién es?

Se lo expliqué y les mostré mi documentación. Se marcharon a discutir a solas el nuevo problema. Cuando volvieron a entrar, uno dijo:

-El caso es que no tenemos órdenes...

Ilsa interrumpió:

-Me voy con ustedes, pero únicamente si él me acompaña.

El segundo agente gruñó:

-Que se venga. Si tenemos que arrestarla a ella, tendríamos que arrestarle a él también. Nos dieron el tiempo justo para liquidar cuentas con Juan, dejarle encargado de nuestro equipaje y preparar una maleta pequeña. Después nos metieron en el coche que esperaba fuera.

-No te apures -dijo Ilsa-, como es Poldi quien ha empezado la caza, es indudable que debe haber un error estúpido.

Lo que sí era indudable era que ella no entendía lo que estaba pasando. Había leído el sello y mirado los carnets de los policías, y sabía que estábamos en manos del famoso y temible SIM (Servicio de Inteligencia Militar). Aquella historia sobre el marido de Ilsa no era más que una pantalla. El intento que había fracasado en Madrid se intentaba ahora a través de una agencia mucho más poderosa, en un sitio donde la ayuda de otros era completamente imposible. Lo único que me asombraba era que no nos hubieran registrado. Yo tenía en el bolsillo una pistola pequeña que Agustín me había dado al salir de Madrid.

Nos llevaron a lo largo de la carretera de la costa hacia Valencia. Después de la primera media hora, los dos agentes comenzaron a preguntarnos sobre nuestros asuntos, con una simpatía reservada. Discutimos la marcha de la guerra. Uno de ellos dijo que era socialista. Nos preguntaron dónde podíamos tener una comida decente y les propuse ir a casa de Miguel en el Peñón de Ifach. Con asombro mío nos llevaron allí. Miguel los miró agrio, escudriñó la cara serena de Ilsa, arrugó el entrecejo y me preguntó qué queríamos comer. Nos preparó una gallina frita con arroz a la marinera y se sentó a nuestra mesa. Fue una comida increíblemente normal. Cuando bebíamos despacio el último vaso de vino, uno de los agentes dijo:

-¿No escucháis nunca la radio? Durante días se ha dado un mensaje a la camarada para que se pusiera en contacto con su marido.

Me quedé pensando lo que hubiéramos hecho si lo hubiéramos oído, pero ¿quién escucha los mensajes de la policía al final de las noticias?

Mucho más humanizados por la comida y el sol, volvimos todos al coche. Miguel nos estrechó la mano y dijo:

-¡Salud y suerte!

Me adormilé, agotado por mis propios pensamientos y por la imposibilidad de hablar libremente con Ilsa. Ella estaba disfrutando con el viaje, y cuando llegamos a un naranjal, los agentes pararon el coche para que pudiera cortar una rama cargada de frutos en los tres colores, verde, amarillo y oro. La llevó a Barcelona. No podía entender su alegría. ¿Es que no se daba cuenta del peligro? O, si era verdad que el marido legal de ella estaba detrás de todo aquello, ¿no se daba cuenta de que podía querer sacarla a la fuerza de España y, posiblemente, deshacerse de mí también?

De pronto, cuando ya estábamos cerca de Valencia y la tarde estaba cayendo, el más rudo de los agentes dijo:

-Si entramos en Valencia antes que sea de noche, seguro que nos van a largar otro servicio. Vamos a dar la vuelta alrededor de la Albufera; a la camarada extranjera le va a gustar.

Me quedé rígido en mi asiento y no dije nada. La Albufera de Valencia es la laguna en la cual se habían arrojado los cadáveres de los asesinados en los días caóticos y violentos de 1936. Su nombre me hacía estremecer. Cautelosamente metí la mano en el bolsillo y quité el seguro de la pistola. En el momento que pararan y nos ordenaran bajar, comenzaría a disparar a través del bolsillo y no íbamos a ser los únicos muertos. Miraba

los movimientos más insignificantes de los guardianes. Pero el uno iba adormilado y el otro charlaba sin parar con Ilsa, señalándole los patos, los campos de arroz, las redes de los pescadores, explicándole la vida de los pueblos y el tamaño de la laguna ancha y poco profunda, con su barro rojizo tiñendo las aguas. Y el coche seguía a un paso igual. Habíamos pasado ya varios sitios que hubieran sido un lugar ideal para una ejecución rápida sin testigos. Si querían hacerlo, tenían que darse prisa. Estábamos ya al final de la Albufera.

Volví a echar el seguro de la pistola y la dejé caer en el fondo del bolsillo. Cuando saqué la mano la tenía agarrotada, y me estremecí.

-¿Estás cansado? -dijo Ilsa.

Cuando llegamos a Valencia era ya de noche y nos llevaron al domicilio del SIM. Nos dejaron esperando en una sala sucia, con agentes cuchicheando detrás de nosotros. Telefonaron a Barcelona, donde se había trasladado recientemente con el Gobierno la oficina central; regresaron después y comenzaron a hacernos preguntas abruptas, y volvieron a desaparecer. Al fin uno de ellos dijo, dudoso:

-Dicen que tú tienes que ir a Barcelona con ella. Pero no entiendo una palabra de qué se trata. Vamos a ver, explícamelo tú.

Traté de hacerlo, de una manera breve y simple. Se me quedaron mirando con desconfianza. Me daba cuenta de que hubieran querido retenernos en Valencia para investigar; pero cuando le pregunté si estábamos detenidos o no, me contestó:

-Libres. Sólo que tendréis que ir bajo observación, como os quieren allí tan urgentemente.

Abandonamos Valencia poco después de medianoche en un coche distinto. El agente que nos había llevado a través de la Albufera vino a despedirse y a decirnos que sentía mucho no le enviaran a él, pues hubiera sido como unas vacaciones. Pero cuando me senté en el coche me di cuenta de que nuestra cartera de mano con los documentos había desaparecido, a pesar de que nos habían afirmado que todas nuestras cosas estaban en el nuevo coche. Volví a la oficina, pregunté a los chóferes, pero todos negaron haberla visto. La cartera contenía mis manuscritos y la mayoría de los documentos que comprobaban nuestro trabajo en Madrid. Su pérdida significaba que habíamos perdido nuestra mejor arma de defensa, que podíamos necesitar urgentemente en Barcelona, el asiento ahora de las oficinas del Estado, con la nueva burocracia para la que éramos desconocidos, y con los viejos enemigos.

Cuando el coche se detuvo a la puerta del SIM en Barcelona, era tan temprano que ninguno de los jefes había llegado aún. Nadie sabía qué hacer con nosotros. Por razones de seguridad nos llevaron a otra sala y pusieron en la puerta un guardia aburrido. Ilsa estaba segura de que las cosas se iban a aclarar rápidamente. Yo no sabía qué pensar. ¿Estábamos o no estábamos detenidos? Tratamos de pasar el tiempo hablando sobre el edificio, muy pequeño para ser un palacio, demasiado grande para ser la casa de gente rica simplemente, con su patio de azulejos, sus gruesas alfombras en los pasillos, sus viejos braseros de copa y sus vitrales en colores mostrando un escudo de armas, pero modernos.

Entró un hombre bruscamente. Ilsa se levantó y gritó: «¡Poldi!». El hombre se quitó el sombrero, me lanzó una mirada sombría y besó la mano a Ilsa con un gesto exageradamente ceremonioso y cortés. Ella dijo unas cuantas palabras agrias en alemán y él se echó para atrás asombrado, casi tropezando. Más tarde ella me explicó que le había preguntado a él: «¿Por qué tienes que mandarme detener?», y que esta acusación le había desconcertado.

Únicamente entonces, Ilsa nos presentó el uno al otro, en francés, sin decir más que los

nombres. Yo incliné la cabeza y él se dobló por la cintura en una reverencia teatral. No hablamos ni nos estrechamos la mano.

Su marido legal. Unos ojos febriles e intensos, hundidos en las órbitas y rodeados de ojeras profundas, me estaban mirando fijamente. La frente era amplia y alta, poderosamente abombada, más grande aún por su calva incipiente; la cabeza sentaba bien sobre unos hombros anchos; era delgado, poco más joven que yo y ligeramente más bajo de estatura. En su tipo, con buena presencia. Tenía las mandíbulas rígidamente cerradas formando una boca amargada cuyo labio superior quedaba reducido a un dibujo borroso. Sus cabellos escasos parecían muertos. Le contemplé en detalle, como él me estaba contemplando a mí.

Después se volvió a ella y se sentó a su lado en un sofá largo, forrado de terciopelo. El guardia le había saludado y se había ido. Estábamos solos los tres. Mientras ellos dos se enzarzaban en una conversación animada en alemán, me fui a la ventana y me puse a contemplar el patio, a través de los cristales del vitral, primero, a través de uno amarillo, luego de otro azul, por fin de uno rojo. Las tapias llenas de sol y las sombras bajo las arcadas adquirían, con cada color, profundidades y perspectivas inesperadas. Durante unos cuantos minutos no pensé en cosa alguna.

Era difícil para mi mentalidad española el abarcar y asimilar la situación. Para mí, aquel hombre nunca había sido real. Ilsa era mi mujer. Pero ahora, él, el marido legal, estaba en el mismo cuarto hablando con ella, y yo tenía que aquietar mis nervios. ¿Qué iba a hacer, por qué había venido a España, por qué nos había buscado a través del SIM, por qué el guardia le había saludado tan respetuosamente?

Los dos estaban hablando agriamente, aunque sus voces se mantenían en un tono bajo. Una pregunta brusca, una respuesta brusca; no estaban de acuerdo.

La pared opuesta me estaba lanzando a la cara el calor del sol. El frío que se había apoderado de mí en la madrugada se estaba disipando sin dejar detrás más que un gran cansancio, la fatiga de toda una noche sin dormir y de un viaje de veinticuatro horas, ¡vaya un viaje! La habitación se volvía ahora pesada e invitaba al sueño con sus cortinas, sus tapices y sus gruesas alfombras. No tenía parte en su conversación ininteligible. Lo que me hacía falta era un café, un coñac y una cama. ¿Había venido este hombre a reclamar a su mujer y llevársela consigo? La cuestión es si ella quiere ir con él; y no quiere. Sí, pero él es el marido legal, es un extranjero que puede reclamar la ayuda de las autoridades españolas para llevarse a su mujer; basta simplemente con que le nieguen la estancia en España y entonces, ¿qué? Protestaríamos. ¿A quién? ¿Con qué fundamentos legales? No había podido protegerla de persecuciones ni aun en Madrid.

Trataba todos los argumentos en un diálogo articulado conmigo mismo. Pero sus voces ya no eran agrias. Dominaba ella, le estaba convenciendo con su voz cálida que era tan cariñosa, perdido el acento frío que tenía antes. A esta hora el sol habría calentado ya el mar en la playa de San Juan. ¡Meterse en el agua y después dormirse en la arena!

Se levantó Ilsa y vino hacia mí:

-¡Nos vamos!

-¿Adonde?

-Al hotel de Poldi. Ya te explicaré después.

Cuando salimos del edificio, los guardias a la puerta saludaron. Ilsa se colocó entre él y yo. De nuevo comenzó a hablar en alemán, pero Ilsa le interrumpió:

-Ahora vamos a hablar en francés, ¿no?

El resto del camino lo hicimos en silencio. El hotel estaba lleno de gentes conversando entre las que había media docena de periodistas que conocíamos. Estaba muy consciente de mi estado impresentable. Poldi nos condujo a su habitación y explicó a Ilsa dónde



estaban sus cosas de lavarse y afeitarse, sin hablarme a mí. En medio de la habitación había un tremendo cofre y Poldi comenzó a explicar a Ilsa sus ventajas abriendo cajones y compartimentos, tirando de la barra con los ganchos de colgar ropas, todo muy complicado y funcionando malamente. Cuando nos dejó solos, Ilsa dijo en un tono maternal que me molestó:

-El pobre chico, es siempre el mismo. Cualquier tontería de lujo barato, como ésta, le hace completamente feliz, como a un niño con un juguete nuevo.

Le dije malhumorado que no me interesaban cofres de imitación, y la agobí a preguntas. Mientras nos lavábamos y cepillábamos, me fue explicando la situación: había venido a Barcelona con una misión oficial que aún no había comprendido bien; pero había venido también por ella, dispuesto a llevársela a la fuerza si no estaba dispuesta a marcharse con él. La razón era que no sólo había oído rumores de la campaña política contra ella, sino también historias sobre mí que le habían creado inquietudes por ella: que yo era un borracho confirmado, con un montón de hijos ilegítimos, y que la estaba arrastrando al arroyo conmigo. Había intentado usar su título de marido legal para llevársela contra su voluntad -tal como yo había pensado-, no con la ilusión de que reanudara la vida conyugal con él, sino para salvarla y para que pudiera recuperarse en otro ambiente más sano y más pacífico. La forma en que se nos había detenido en San Juan de la Playa obedecía al hecho de que no había podido lograr nuestra dirección en Madrid (una cosa extraña, puesto que la conocían bastantes personas oficiales y privadas), y así se había visto forzado a utilizar la ayuda de la radio y de la policía; y los policías del SIM, naturalmente, habían interpretado la cosa a su manera. Aparentemente había abandonado su proyecto original, después de verla llena de calma, segura de sí misma, más alegre y feliz que nunca la había conocido, a pesar de todas las dificultades. Ahora quería discutir la situación conmigo y quería ayudarnos a los dos. Terminó triunfalmente:

-¡Y aquí tienes la situación, a pesar de todos tus miedos! Ya te había dicho que era incapaz de jugarme una mala partida.

No estaba muy convencido; conozco demasiado bien la fuerza de los instintos posesivos. Pero cuando nos sentamos los tres para almorzar y vi más del hombre, comencé a modificar mis ideas. Ilsa era tan perfectamente natural en su actitud hacia él, tan amistosa y despreñida, que él dejó caer su arrogancia demostrativa hacia mí, contra la cual yo no tenía defensa posible, ya que él tenía su derecho de proteger su propio orgullo lo mejor que pudiera. Le encontraba a la vez abierto y receloso. Un pequeño incidente rompió el hielo entre los dos: no teníamos cigarrillos y era casi imposible obtenerlos en Barcelona. Poldi pidió un paquete de cigarrillos al camarero, con un tono imperativo que no produjo más efecto que una sonrisa desdeñosa y un encogimiento de hombros. Había hablado con el mismo acento presuntuoso de un muchacho que aún no ha aprendido a dar órdenes ni propinas y que tiene miedo de que el camarero vea su ignorancia a través de su barniz de hombre de mundo. Intervine, charlé un rato con el hombre, rematamos con unas bromas y al final tuvimos cigarrillos, una buena comida y buen vino. Esto impresionó enormemente a Poldi, tanto que me era fácil adivinar sus sueños de adolescente y su juventud difícil. Dijo pensativo:

-Parece que tienes un don que nunca he podido tener.

Me di cuenta de que sus maneras señoriales no eran más que una frágil armadura para cubrir su inseguridad interna.

Sin embargo, ahora que ya me había aceptado como un hombre, era sencillo y digno hablando de Ilsa conmigo. Para él era el ser humano más importante en el mundo, pero sabía, definitivamente, que la había perdido, al menos por este período de su vida. No

quería perderla totalmente. Tendría su vida conmigo, ya que yo parecía ser capaz de hacerla feliz, y tendría a la vez la devoción y la amistad de él. Y si yo le faltaba, tendría que entendermelas con él.

Más tarde -continuó Poldi-, trataría de arreglar un divorcio, aunque sería una cosa difícilísima. Estaban casados según las leyes de Austria y los dos eran fugitivos del fascismo austríaco. Mientras tanto, él se daba cuenta de que no estábamos haciendo trabajo alguno práctico para la guerra, principalmente porque habíamos manejado de mala manera nuestras relaciones oficiales. Habíamos estado locos en hacer en Madrid trabajo de propaganda importante sin asegurar antes todos los nombramientos necesarios y los emolumentos correspondientes. Él sabía que Ilsa era una romántica, pero sentía mucho encontrar que yo fuera un romántico también. Ella tendría que marcharse de España hasta que se extinguiera la campaña contra ella; aunque eran sólo unas pocas personas las que estaban detrás de ello, nuestras querellas con la burocracia nos habían aislado y dado mala fama. Él nos ayudaría a conseguir todos los documentos necesarios a los dos, ya que ella no quería irse sin mí, y fuera de España encontraríamos trabajo abundante. Ilsa era muy necesaria para ello, y en cuanto a mí, él estaba dispuesto a aceptar la evaluación que ella hacía de mi trabajo. Se daba cuenta ahora de que nos había hecho daño haciendo intervenir al SIM, una organización para la que todo el mundo era sospechoso, pero él se encargaría de disipar todo recelo y dudas sobre nuestra situación y rescataría los documentos que nos habían quitado.

Aquella misma tarde trató de hacerlo. De regreso a los cuarteles del SIM, Poldi volvió a adquirir la actitud ostentosa que yo había notado con tanto disgusto la primera vez. Pidió a uno de los jefes del SIM que nos dieran documentos que demostraran que la organización no tenía nada en contra nuestra, aunque nos hubiera traído forzosamente a Barcelona; pero el hombre, un muchacho flaco y pálido, no hizo más que prometerle que se ocuparía de ello. Por otra parte, telefoneó urgentemente a Valencia pidiendo que mandaran nuestra cartera con su contenido intacto, pero sin hacer hincapié en su confiscación silenciosa. Sin un documento que mostrara por qué estábamos en Barcelona, nos sería imposible encontrar alojamiento; en consecuencia, el jefe del SIM dijo que nos mandaría con un agente al hotel Ritz, donde nos darían una habitación. Prefería que nos quedáramos allí, porque así sabría dónde encontrarnos si nos necesitaba. Con esta observación final, el ofrecimiento se convertía en una orden que demostraba, a pesar de las explicaciones de Poldi, que el hombre intentaba que el departamento investigara a fondo sobre nosotros, ya que incidentalmente se había enterado de nuestra existencia. En consecuencia nos condujeron al Ritz, que acababa de abrirse de nuevo al público, con sus suntuosas alfombras rojas y todas las ceremonias meticulosas de tiempo de paz, pero con comida escasa y luz más escasa aún; allí nos dieron una habitación sobre el jardín de verano. No teníamos con nosotros ni un cepillo de dientes.

El resto del día fue una serie de conversaciones y silencios, de esperas y de paseos al lado de ellos, de un ir y venir, como el de un perrillo atado a una cuerda. Cuando aquella noche cerramos la puerta de nuestra habitación, estábamos demasiado agotados para hablar o para pensar, aunque sabíamos que se nos acababa de empujar a través del dintel de una nueva etapa en nuestra vida. Este hombre ¿había dicho que yo iba a dejar España, a desertar de nuestra guerra, para poder trabajar de nuevo? Me parecía una equivocación y una locura. Tendría que pensar sobre ello cuando las cosas se normalizaran un poco.

Estaba demasiado cansado para poder dormir. Las vidrieras del balcón estaban abiertas de par en par y una luz pálida llenaba el cuarto extraño. Mis oídos se esforzaban en

identificar un tenue zumbido lejano; al fin decidieron que era el ruido del mar. Un gallo cantó en alguna parte en la noche y otros le respondieron, cercanos y estridentes, lejanos y fantasmales. La cadena de desafíos y réplicas parecía interminable a través de las terrazas de Barcelona.

Siguieron diez días de vida irreal en los cuales Poldi estuvo en Barcelona y su presencia regía todas nuestras acciones. Tenía conversaciones conmigo, se marchaba a dar largos paseos con Ilsa mientras yo me quedaba pensando con asombro en mi falta de celos o resentimiento, arreglaba entrevistas con oficiales, diplomáticos o políticos, nos llevaba al SIM para exigir una vez más nuestros salvoconductos, ya que la maleta había desaparecido pero seguíamos sin documentos que justificaran nuestra estancia en Barcelona. Todos aquellos días trataba de entender su manera de pensar y organizar la mía; trataba de encontrar tierra firme bajo mis pies para poder quedarme y trabajar con mi propio pueblo; y tenía otra vez que pelearme con mi cuerpo y mis nervios cada vez que sonaban las sirenas o pasaba una motocicleta petardeando la calle.

Cuando Poldi discutía asuntos internacionales, me fascinaba por sus conocimientos y visión. Estaba convencido de que las organizaciones socialistas revolucionarias, estrechamente unidas, eran las únicas fuerzas capaces de enfrentarse con el fascismo internacional donde quiera que brotara, y que el campo de batalla más importante de esta lucha era aún la clase obrera de Alemania, aunque fuera en el frente de España donde se batallaba más intensamente. Estaba poniendo todas sus energías en su trabajo como secretario de Jiménez de Asúa, el embajador de España en Praga, y sus amigos arriesgaban sus vidas para cruzar la frontera y dar información de las bombas y granadas nuevas que se estaban fabricando en Alemania para su ensayo en España. Pero servir a la República española era sólo una parte de la gran guerra que se echaba encima, de la batalla gigante, en la que Francia e Inglaterra tendrían que aliarse con la Rusia soviética a pesar del juego asesino y suicida de la no intervención que sostenían ahora. Le dijo a Ilsa rotundamente que, en su opinión, había desertado del frente de lucha principal para sumergirse completamente en la guerra en España y dejar caer todo su trabajo por el socialismo alemán y austríaco. Estaba conforme en que ella había hecho bien en no movilizar a ninguno de sus amigos socialistas -Julio Deutsch, Pietro Nenni u otros- cuando la campaña contra nosotros era peligrosa, porque la sucia intriga podía haberse aumentado y convertido en una lucha entre socialistas y comunistas por gentes siempre opuestas a la colaboración entre los dos grupos, una condición en la cual Ilsa y él creían entonces.

Lo escuchaba y me asombraba: me acordaba de que me había mostrado la pistola que estaba dispuesto a usar contra mí si lo hubiera creído necesario para salvar a Ilsa; y ahora estaba conforme en que hacía bien en arriesgar la vida antes que hacer un daño imaginario a un principio político. Los dos hablaban fácilmente, usaban el mismo lenguaje, las mismas abreviaciones de pensamiento, las mismas asociaciones y citas; los veía tan completamente acordes en cada cosa que se refería a sus ideales sociales y políticos, que me sentía dejado fuera, casi hostil a su lógica analítica.

Pero una tarde, cuando Ilsa y Poldi discutían la finalidad de su socialismo, Ilsa declaró su creencia en el individuo humano como el valor final. Poldi, a esto, exclamó:

-Siempre me ha parecido que nuestras filosofías chocan. Lo que acabas de decir significa que estamos divorciados espiritualmente.

Sonó la frase tan pomposa que no pude evitar el hacer un chiste tonto; pero me di cuenta en el acto de que aquello le había herido profundamente. A pesar de nuestras diferencias de lógica y lenguaje mentales, yo me encontraba unido a Ilsa, precisamente en el punto en que existía un abismo entre ella y Poldi. Había ocurrido lo mismo que cuando él me

había dicho: «Ilsa es bastante difícil de manejar, ¿no?», y yo había negado asombrado, hiriéndole y haciéndole celoso como ningún hecho físico podía hacerle. Porque lo que él quería era dominarla y poseerla y precisamente este hambre de poder y dominación era lo que había destruido su matrimonio.

Mirándome a mí mismo encontraba que mi vida me había hecho odiar todo lo que fuera poder y posesión, tanto, que mi única ambición era libertad y unión espontánea. Y era precisamente en esto en lo que chocábamos con él Ilsa y yo. Poldi había tenido una niñez proletaria como la mía, odiaba el mundo tal como estaba organizado y se había convertido como yo en un rebelde. Pero su odio de poder y posesión le había convertido en un obsesionado de ello; no se había desarrollado por encima de las heridas infligidas a su confianza en sí mismo. Lo vi con piedad y repugnancia el día en que, al fin, nos dieron los salvoconductos del SIM. Había pasado un mal rato: Ordóñez, el intelectual socialista que se había convertido en jefe de la organización, estuvo jugando con nosotros a través de un largo interrogatorio, con sus sonrisas equívocas y la crueldad de un anormal. Pero al fin ordenó a su secretario que preparara los papeles inmediatamente, y nos los entregó. Poldi estaba en el mismo despacho, hojeando un montón de papeles relacionados con su misión oficial, material acerca de los líderes extranjeros del POUM catalán que habían sido arrestados bajo la sospecha de un complot internacional. Habló Ordóñez, grandilocuente, como cada vez que hablaba dentro de aquel edificio, dio una orden a un agente, y se enterró de nuevo y teatralmente en los papeles. El agente regresó con una mujer grande y maciza, y Poldi comenzó a interrogarla en alemán con un tono que hizo a Ilsa moverse inquieta en su silla. Yo también reconocí el tono: Poldi se estaba escuchando a sí mismo, como un juez, frío y grande; una ambición verdaderamente peligrosa. Me alegré de poder contestar negativamente a Poldi cuando me preguntó si había visto a la mujer en Madrid.

Se cortó entonces la luz eléctrica. Alguien encendió una vela que lanzaba contra las paredes del cuarto manchones amarillos y sombras inmensas. La casa se tambaleó sobre sus cimientos: había caído un rosario de bombas. Sentí temblarme las manos, y luché por retener el vómito que me llenó la boca. Otro agente trajo otra mujer prisionera, una mujer menuda, con facciones tensas y amargadas y los ojos oscuros, dilatados, de un animal perseguido. Se dirigió a Ilsa:

-Tú eres Ilsa. ¿No te acuerdas de mí, hace doce años en Viena?

Se estrecharon las manos e Ilsa se quedó rígida en su silla. Poldi comenzó a interrogar, un fiscal perfecto en un tribunal revolucionario, en el que nuestra presencia parecía desvergonzada. Estaba pensando en cómo le debía sonar su voz en sus propios oídos. Indudablemente aquello era la realización de un sueño o tal vez lo que había imaginado en prisión, cuando le habían arrestado por su participación en la huelga general de Austria contra la otra guerra, y no era más que un muchacho incierto, ambicioso e imaginativo. Ahora estaba ejerciendo lo que concebía su deber, y lo terrible era que su poder sobre los otros le proporcionaba un placer. En la luz amarillenta sus ojos estaban hundidos como las órbitas de una calavera.

Cuando salimos del edificio -que yo pensaba no quería volver a ver en mi vida-, empleó un largo rato en explicar a Ilsa por qué él ya no consideraba a aquella mujer una socialista. Se me escapaban los detalles de ello; no sentía simpatía ni por el POUM ni por su persecución, y Poldi tenía indudablemente sus razones, pero por muy cuidadosos o convincentes que pudieran ser sus argumentos, era evidente que había en él un trazo de locura. Seguramente lo había también en mí. El mío nacía en el odio y el miedo a la violencia, el suyo parecía empujarle a sueños fantásticos de poder. Pesaba tanto esta

impresión sobre mí que no presté mucha atención a sus planes para el trabajo de Ilsa y mío en el extranjero. No tenía simpatía alguna con mi manera de mirar los problemas de la guerra; para él, yo no era más que un sentimental. Si quería encontrarme trabajo, era tanto porque esto le daba un sentido de poder como por su creencia de que yo era un buen propagandista. Era yo quien tenía que encontrar mi propio camino.

Como consecuencia de estas reflexiones, cada vez que Poldi nos llevaba a presentarnos a los nuevos jefes de los diversos ministerios, me dedicaba al juego de clasificarlos. Lo que más me chocaba en la mayoría de ellos era que pertenecían a un mismo patrón: jóvenes ambiciosos (o miedosos, tal vez) pertenecientes a la clase media alta que se habían declarado comunistas, no como lo habíamos hecho en Madrid, porque nos parecía el partido de los trabajadores revolucionarios, sino porque unirse a ellos era unirse al grupo más fuerte y tener parte en su poder disciplinado. Habían saltado por encima del socialismo humanista y habían adquirido una máscara de eficiencia y rudeza. Admiraban a Rusia por su poder, no como una promesa de una nueva sociedad, y su actitud me daba escalofríos. Trataba de ver dónde podía yo encajar en aquella maquinaria y no conseguía más que torturarme al ver que nada de lo que yo podía dar se utilizaba en la guerra. Lo único que encontraba que podía hacer era escribir el libro de Madrid que había planeado. Yo no era más que un recipiente que debía vaciarse de lo que tenía dentro.

Cuando se marchó Poldi hacía un frío terrible. Parecía muy enfermo y se quejaba de dolores; decía que padecía de antiguo del estómago y se había empeorado con la manera de vivir en Barcelona, acostándose tarde, comiendo irregularmente, manteniéndose a coñac y café -como yo había hecho- para fustigar sus energías. Antes de irse me habló una vez más de Ilsa: la encontraba ahora como había sido antes de que él destruyera su alegría y su simplicidad, y estaba contento de ello. En el futuro, estaríamos muchas veces juntos los tres, «porque si no fuera por Ilsa, él y yo hubiéramos sido muy buenos amigos». No creía yo así las cosas, pero estaba bien que él lo creyera. Entre nosotros no quedó el odio.

Me quedé solo, cara a cara conmigo mismo.

En aquellos días sombríos de diciembre se multiplicaron los bombardeos aéreos de Barcelona, y en enero de 1938 se hicieron aún peores. Las tropas del Gobierno habían iniciado un ataque en el frente de Aragón, y Barcelona era el centro de abastecimientos. Los aviones italianos tenían poco camino que recorrer desde las islas Baleares. Se remontaban alto, paraban sus motores a gran distancia sobre el mar, planeaban sobre la ciudad, soltaban sus bombas y huían. El primer aviso era la concusión de una bomba más o menos distante; después, la ciudad se quedaba a oscuras; mucho más tarde sonaban las sirenas. Volví a caer en las garras de mi obsesión; en el momento en que me despertaba no podía continuar en nuestra habitación. En la calle, cada ruido inesperado o confuso me sacudía y me producía la humillación del vómito. Al principio me quedaba durante horas en el *hall* del hotel, escuchando los ruidos de la calle, mirando a las gentes, en una ansiedad perpetua. Después descubrí que en el bar instalado en el sótano podía charlar con los camareros y refugiarme bajo gruesas paredes; y por último descubrí allí un cuartito diminuto, fuera de uso, que el director del hotel se avino a dejarme libre para que pudiera trabajar allí. Me instalé con mi máquina de escribir y trabajé días y noches con una excitación febril, rayando en histeria. En todo caso, cuando había un bombardeo aéreo estaba en un refugio y podía a la vez ocultarme de las gentes. En el techo del cuarto se abría una pequeña reja que salía a la altura de la acera en la calle y únicamente por allí me llegaban los ruidos del mundo exterior. Hubiera querido dormir allí por la noche; durante el día me dormía a ratos en un diván forrado

de terciopelo que existía allí, en sueños cortos llenos de pesadillas de las cuales me recobraba después de beber un vaso de vino. Bebía y fumaba mucho. Tenía miedo de volverme loco.

Cuando no podía trabajar más porque las palabras se volvían borrosas, salía de mi cubículo y me mezclaba con las gentes en el bar. Se juntaban allí una colección abigarrada de oficiales del ejército y altos empleados, junto con periodistas extranjeros y españoles, huéspedes extranjeros del Gobierno, traficantes internacionales, esposas distinguidas y prostitutas de lujo. El ruido, las bebidas, las discusiones y la vista de la gente me salvaba de la melancolía mortal en que me sumergía tan pronto como me detenía en el trabajo.

Algunas veces, pero raramente, salía e iba a hablar con gentes que conocía en alguno de los departamentos de la organización de guerra. Tenía aún la esperanza de que podía ser útil y de que podía curarme dentro de España; sin embargo, un hombre como Frades, que había trabajado conmigo en Madrid en los días de noviembre -¡qué lejos estaban aquellos días en esta ciudad de negocios y burócratas, donde el ansia de lucha se había enfriado!-, me dijo que todo aquello era muy triste y que lo mejor que podía hacer era publicar mi libro y ver qué pasaba después. Rubio Hidalgo se había ido a París como jefe de la agencia España, y en Barcelona le había sustituido Constancia de la Mora, a quien yo no podía ni soñar el hablar de mis problemas. La mayor autoridad ahora en el Ministerio de Estado era el señor Ureña, que indudablemente no había olvidado mi actuación el 7 de noviembre; Álvarez del Vayo -cuya esposa había mostrado una gran amistad a Ilsa- no había vuelto aún a hacerse cargo del ministerio, y en todo caso estaba más obligado a asistir a otros que a mí. No encontraba una sola persona a la que pudiera hablar honradamente, como lo había hecho al padre Lobo.

El Gobierno y la maquinaria de guerra trabajaban como nunca habían trabajado: ahora había un ejército y una administración eficientes, dos cosas necesarias para mantener una guerra moderna aunque sea en pequeña escala. Pero el ansia de libertad, los esfuerzos desesperados por construir una vida social nueva y mejor, se habían destruido totalmente. Mi cerebro se conformaba, mis instintos se rebelaban furiosos.

Fui a una tienda a comprarme una boina. El propietario me contó, muy contento, que el negocio comenzaba a mejorar; se había dicho a las esposas de los empleados oficiales que debían volver a llevar sombrero, como una buena propaganda de que se habían terminado para siempre los tiempos turbulentos de la chusma proletaria.

Y todo aquello era verdad. Tal vez los hombres que no querían darme trabajo tenían razón. La única esperanza para España, la nueva España, era sostenerse hasta que las potencias no fascistas se avinieran a vendernos armas por ser su vanguardia; o hasta que se encontraran forzadas a luchar en la gran guerra que se aproximaba a grandes zancadas. En estos planes no había sitio para soñadores, ni tampoco sitio o tiempo para revivir la prematura fraternidad de Madrid. Aquí, en la Barcelona de 1938, yo no podía hablar a nadie en la calle como a un amigo o un hermano. Organizaron una exposición de Madrid, con enormes bombas vacías, con retorcidos cascos de metralla, con cientos de espoletas, con fotografías de ruinas, de hogares infantiles y de trincheras. Las caritas dormidas de los niños asesinados en Getafe volvieron a mirarme. Pero Madrid estaba muy lejos.

Nuestras tropas habían conquistado Teruel. Los corresponsales volvían del frente con historias de muerte en el fuego y en la nieve. Nuestra amiga noruega Niní Haslund, organizadora de la ayuda internacional, nos contó historias de niñas temblorosas en un convento bombardeado y de viejas mujeres que lloraban cuando se les daba pan. Me comenzaba a abrumar un sentido de inferioridad: nuestros soldados estaban muriendo

en las calles de Teruel. Estábamos destruyendo nuestras propias ciudades y matando a nuestros propios hombres porque no había otra solución contra el horror de vivir en la esclavitud fascista. Yo debería estar en el frente, y no era ni aun capaz de trabajar en Barcelona cuando había un bombardeo. Era un inútil físico y mental, acurrucado en una cueva en lugar de estar ayudando a los niños o a los hombres.

Sabía que no podía remediar mis defectos físicos, ni mi mano estropeada, ni mi corazón lesionado, ni las cicatrices del tejido de mis pulmones. Sabía también que no tenía el deseo de matar. Pero era un buen organizador y propagandista y no trabajaba en ninguna de las dos cosas. Podía haber sido menos rígido, más elástico en mis relaciones con la burocracia; al fin y al cabo había sabido manejarla bien en el servicio de patentes, con beneficio para la industria pesada que yo odiaba. Y ahora, en el gran conflicto, había puesto por delante del trabajo mis odios y mis aversiones. Yo mismo me había expulsado del puesto que había escogido en la guerra. Sin mi intransigencia y mi individualismo, Ilsa y yo podríamos estar aún haciendo un trabajo que honestamente creíamos hacer mejor y menos egoístamente que otros. ¿O habían sido mis nervios los que me habían traicionado? ¿Me hubiera impedido al fin seguir hablando como La Voz de Madrid la hiel amarga que me inundaba la boca? Me había refugiado en una enfermedad mental para no tener que enfrentarme cara a cara con las cosas que mis ojos veían y que a los otros parecían pasar inadvertidas?.

Lentamente, en espasmos, estaba terminando el libro que incluía algo del Madrid que yo había visto. En las noches escuchaba los gallos desafiándose unos a otros de azotea en azotea. Cuando Ilsa me dejaba solo en nuestra alcoba, me sentía atacado por todos los terrores, un paria, y cuando volvía buscaba refugio en su calor. Dormía muy poco. Mi cerebro giraba, como una mula ciega encadenada a una noria.

Después de un período de enfrentarme con la guerra y con la futura guerra, mis pensamientos volvían invariablemente a mí mismo. Ya no controlaba las emociones que me regían; su trama se había deshilachado. Tenía miedo de la tortura que precede a la muerte, del dolor, de la mutilación de la putrefacción en vivo y del terror que me producían en las entrañas. Tenía miedo de la destrucción y de la mutilación de otros, porque era una prolongación de mi propio terror y de mi propio dolor. Un bombardeo aéreo era todo esto, aumentado por el derrumbamiento de las paredes, el huracán de la onda explosiva, la imagen de los propios miembros arrancados del cuerpo vivo de uno. Maldecía mi memoria, fiel y gráfica, y mi imaginación entrenada técnicamente, que me presentaba los explosivos, los edificios y los cuerpos humanos en acción y en reacción como en una película lenta. Sucumbir a este terror de la mente sería caer en la locura, y este pensamiento me aterrorizaba.

El que las sirenas comenzaran a sonar y el peligro imaginario se convirtiera en real, era un profundo alivio. Obligaba a Ilsa a que se levantara y bajáramos al bar en el sótano. Nos sentábamos allí con otros huéspedes, todos en pijama o bata, mientras los antiaéreos ladraban y las explosiones sacudían el edificio. Algunas veces se me llenaba la boca de vómito, pero aun esto era un consuelo, porque todo era real, no imaginario. Después de un bombardeo me quedaba siempre profundamente dormido.

Después, en la mañana, bajaba al cuartucho que olía a moho y me sentaba a la máquina. Por un tiempo corto se me clarificaba el cerebro y pensaba. ¿Era verdad que tenía que abandonar España para no volverme loco y poder volver a trabajar? No creía en los planes de Poldi ni en sus negociaciones. Las cosas se desarrollarían por sí mismas, y a medida que cada situación concreta se produjera nos enfrentaríamos con ella. Mientras tanto, las fundaciones del edificio futuro estaban allí, firmes, reales e indestructibles: mi unión con Ilsa. Poldi lo había visto igual que lo habían visto María y Aurelia, igual que

el padre Lobo lo había aceptado. Al menos en aquello no había problema, y me agarraba desesperadamente a esta simple realidad.

En la tarde del 29 de enero -un sábado-, el gerente del hotel bajó al bar a buscar a Ilsa: alguien la esperaba en el *hall*. Después de un rato, un camarero me dijo: «Creo que era la policía» y subí corriendo. Estaba sentada en el *hall* con uno de los agentes del SIM y su cara estaba color ceniza. Me alargó un telegrama: «Poldi murió de repente el viernes. Sigue carta». Firmaba un nombre que no conocía. El agente había venido para estar seguro de que no se trataba de una clave. Ilsa explicó cuidadosamente la situación y contestó llanamente a los comentarios locuaces del agente sobre los traficantes internacionales que había en el hotel. Después bajamos al bar, ella rígida delante de mí, y nos reunimos con el padre Lobo, que estaba con nosotros. Había conocido a Poldi, le había considerado un hombre fundamentalmente bueno y grande, y sin embargo había visto que Ilsa no le pertenecía. Ahora la consolaba gentilmente.

Se pasó una noche entera sentada en la cama peleándose consigo misma. Yo no podía hacer más que acompañarla. Se creía responsable de la muerte de él, porque pensaba que su manera de vivir desde que ella le había dejado había minado su salud. Pensaba que no se había preocupado de sí mismo, precisamente porque ella se había ido de su lado y porque había intentado encontrar una finalidad en la vida distinta de sus sentimientos hacia ella. Esto fue al menos lo que me dijo, aunque no habló mucho. No era más fácil para ella el que no sintiera remordimientos, sino sólo pena de haberle herido mortalmente y de haber perdido una amistad profunda y vieja. Habían tenido buenos ratos en su vida en común. Pero ella conocía el fracaso de él, porque ella no había podido amarle, y esto le angustiaba. Era el precio que tenía que pagar.

A las tres de la mañana hubo un bombardeo. No bajamos al bar. Las bombas cayeron muy cerca. Unas pocas horas más tarde Ilsa cayó en un sueño inquieto; me levanté, me vestí y bajé al *hall*. Las mujeres de la limpieza no habían terminado aún y tendría que esperar para poder trabajar. Me quedé en el *hall*. Un inglés joven -el segundo oficial de un barco inglés que había sido hundido por bombas italianas, según me contó el gerente del hotel- se paseaba de arriba abajo y de abajo arriba como un oso en una jaula. Tenía los ojos de un animal amedrentado y la mandíbula le colgaba floja. Se paseaba en el *hall* en dirección opuesta a la mía y cada vez que nos cruzábamos nos mirábamos uno a otro.

Aquella mañana de domingo era maravillosamente azul. Ilsa había prometido actuar como intérprete para uno de sus ingleses amigos, Henry Brinton, durante una entrevista con el presidente Aguirre, del país vasco. Bajó, muy rígida y pálida, se bebió el desayuno -una infusión de manzanilla sin pan, porque la situación alimenticia de Barcelona se agravaba por días- y me dejó solo. Tenía bastante ya de mirar los paseos del inglés y bajé a mi refugio. Mi colección de cuentos estaba terminada, pero quería revisarla y corregirla. Iba a titular el libro *Valor y miedo*.

Media hora más tarde sonaban las sirenas, simultáneamente con la primera explosión. Me fui corriendo al mostrador del bar; se me contraía el estómago y el camarero me llenó un vaso de coñac. El joven inglés bajaba las escaleras temblándole las piernas; en el último descansillo -un triángulo estrecho- se paró y se recostó contra la pared. Me fui a él. Le castañeteaban los dientes. Le obligué a sentarse en uno de los escalones y le traje un vaso de coñac. Comenzó a contarme en una laboriosa mezcla de francés e inglés: las bombas habían caído en la cubierta del buque y había visto a sus hombres hechos pedazos ante sus ojos dos días antes. Aquello le había dado un choque... e hipó convulso.

Un tremendo desgarró y aullido sacudió el edificio, seguido del derrumbe de paredes



contra las paredes que nos encerraban. De la cocina llegaban chillidos agudos. Una segunda explosión nos tambaleó a nosotros y a la casa. El oficial inglés y yo nos bebimos el resto del coñac. Veía temblar mi mano y bailotear la suya. El camarero, que había corrido escaleras arriba, volvió y dijo:

-La casa de al lado y la de detrás de nosotros están hundidas. Vamos a hacer un agujero en el tabique de la cocina con el sótano de al lado, porque se oye gritar a gente en el otro lado de la pared.

E Ilsa estaba en la calle.

Apareció una horda de cocineros en mandiles blancos corriendo por el pasillo. El blanco estaba salpicado del pimentón de los ladrillos. El alto gorro blanco del *chef* estaba apabullado. Conducía un grupo de mujeres y chiquillos con los trajes desgarrados y llenos de polvo. Lloraban y gritaban todos; los acababan de recoger a través de un agujero en el tabique. La casa entera había caído sobre ellos. Había dos más que estaban aún aprisionados en los escombros. Una mujerona ya madura y gorda se cogió el vientre con las dos manos y comenzó a reír en tremendas carcajadas. El oficial inglés se quedó mirándola con los ojos azules dilatados. Yo sentí que mi control, también, se me escapaba. Separé al oficial bruscamente de un codazo y abofeteé a la mujer. Se le cortó la risa y se me quedó mirando asombrada.

Poco a poco fueron desapareciendo las mujeres y los chiquillos. El inglés, mientras, se había bebido una botella entera de vino y ahora estaba caído a través de una mesa, roncando, con la cara contraída dolorosamente. El camarero me preguntó:

-¿Dónde está tu compañera?

No lo sabía. Tenía los oídos llenos de explosiones. Estaría allí, en la calle, o muerta. Estaba en un estupor. A través de las claraboyas del techo llegaban las campanadas del servicio de incendios y penetraba una lluvia finísima de yeso. Olía igual que el derribo de una casa vieja. ¿Dónde estaba Ilsa? La pregunta me golpeaba el cráneo, pero no intentaba contestarla. Era un murmullo semejante al del latir de mi sangre en las sienes. ¿Dónde estaba Ilsa?

Bajaba las escaleras acompañada de Brinton y parecía años más vieja que el día antes. En nuestro cuarto encontramos roto sólo un cristal del balcón, pero la casa al otro lado del jardín del hotel había desaparecido. El jardín estaba lleno de persianas retorcidas como serpientes, muebles rotos, tiras de papel pintado y una gran lengua de escombros desbordados. Ilsa se quedó mirando aquello y después se desplomó. Había estado en la calle durante el bombardeo y no se había asustado mucho; después había pilotado a Brinton durante su interviú con Aguirre; había una mimosa en flor en el jardín del presidente, y una bala de un antiaéreo clavada en la acera. Después, el chófer le había dicho que las bombas habían caído en el Ritz y, volviendo, se había hecho fuerte contra lo peor que podía encontrar. Había ayudado a matar a Poldi. Ahora pensaba que me había dejado solo para que me mataran o me volviera loco. Me di cuenta entonces de que yo también la había dado por muerta a causa de la muerte de Poldi, pero sin admitirlo.

Aquella noche el ruido de pico y pala, los gritos de los trabajadores desescombrando, entraban en nuestro cuarto mezclados con el canto de los gallos. Recuerdo que aquella tarde llegó una delegación inglesa -lord Listowel y John Strachey, entre ellos- y fue conducida al montón de escombros que rodeaba el hotel, donde los hombres trabajaban bajo la luz de las lámparas de acetileno para recoger a los enterrados. Creo recordar que los periodistas hablaban mucho de una misa pública que el padre Lobo había dicho aquella mañana y que Nordahl Grieg -el escritor noruego que fue derribado en un avión inglés durante un raid sobre Alemania seis años más tarde- me contó cómo las escuadras

de salvamento habían entrado en un cabaret donde estaba él bebiendo, y habían obligado a todos los juerguistas a ayudar a desescombrar. Pero no me acuerdo de nada sobre mí mismo. Los días siguientes se pasaron en una niebla. Mi libro estaba terminado, Ilsa estaba viva, yo estaba vivo. Era claro que tendría que abandonar mi país si no quería volverme loco. Tal vez lo estaba ya; pensé sobre esta posibilidad lleno de indiferencia.

Todo lo que hicimos en aquellas semanas de febrero fue hecho por Ilsa y sus amigos. Acabó la traducción alemana de mis historias y las vendió a un traficante holandés en tabaco y otras cosas, por dinero contante; con él pagamos la cuenta del hotel. El manuscrito español de *Valor y miedo* fue aceptado, con gran asombro mío, por Publicaciones Antifascistas de Cataluña. Una refugiada alemana -una muchacha que había sido secretaria de escritores de izquierda, había huido del régimen nazi, había pasado hambre en España y estaba sufriendo de un choque nervioso que la convertía en un peligro en los refugios públicos- había obtenido una visa de entrada en Inglaterra porque Ilsa había convencido a Brinton de que la ayudara, y al ministro de Gran Bretaña en Barcelona de que se ocupara de ello; y en su gratitud, la muchacha había cogido mi manuscrito y se lo había llevado a los editores a quienes ella conocía. No me quedaba más que firmar el contrato. Era bueno saber que algo de mí sobreviviría.

Como no era útil para el servicio activo, se me concedió un permiso para abandonar el país, pero tenía que pasar a través de complicados trámites oficiales. Nos ayudó Julius Deutsch, nos ayudó Del Vayo, nos ayudaron yo no sé cuántos a llenar los requisitos innumerables, necesarios para obtener nuestros pasaportes y el visado de salida. En las contadas ocasiones en que no tenía más remedio que salir a la calle, mi única preocupación era cómo no vomitar. Cuando volvía al hotel, caía en un adormilamiento sordo o me enzarzaba en cualquier discusión interminable con alguien que hubiera en el bar. Pero no creo que la gente en general se diera cuenta de que estaba batallando contra una destrucción mental. Docenas de veces le decía a Ilsa que era inútil empeñarnos en batallar contra las circunstancias, y cada vez me repetía que si queríamos, sobreviviríamos, y debíamos quererlo porque teníamos muchas cosas que hacer en el mundo. Cuando me sentía derrotado y me sumergía en mi modorra, se enfurecía desesperadamente conmigo y convertía en posible lo imposible. Mi debilidad la obligaba a sacarse ella misma de su propio infierno; le daba tanto trabajo que llegaba a olvidar sus miedos por mí. Porque ella, también, creía que me estaba volviendo loco y era incapaz de ocultar su miedo a mis ojos agudizados.

Había sabido por varias cartas que Poldi había muerto de una enfermedad incurable de los riñones, que ya había afectado su cerebro y que le habría destruido lenta y dolorosamente, si hubiera vivido, en lugar de morir rápidamente; supo por su madre que había regresado de Barcelona muy tranquilizado, casi feliz, orgulloso de ella, amistoso hacia mí y determinado a rehacer su propia vida. Esto la liberó de su sentido de responsabilidad por su muerte y la dejó con el conocimiento de la herida que le había infligido. Decía que su muerte había terminado su juventud, porque la había enseñado que no era más fuerte que las circunstancias de la vida, como ella creía secretamente. Pero mi propia enfermedad estaba extrayendo de ella sus reservas más profundas de energía. Como ella decía, estaba realizando el milagro del barón de Münchhausen; sacarse del pozo tirándose de la propia coleta. Pero todo esto yo lo contemplaba entonces a través de una niebla de apatía.

Hubo sin embargo una cosa, una simple cosa, que hice solo: arreglé los documentos y di los pasos necesarios para nuestro matrimonio. Una semana antes de abandonar Barcelona y España, nos casamos legalmente ante un cáustico juez catalán que, en lugar

### LA FORJA DE UN REBELDE III – (La Llama) – Arturo Barea

de una plática, nos dijo:

-Uno de ustedes es una viuda, el otro un divorciado. ¿Qué les puedo decir yo que no sepan ustedes mejor? Ustedes saben a fondo lo que hacen. ¡Buena suerte!

Cuando bajábamos las escaleras retorcidas del juzgado, pensaba que una simple formalidad me aliviaba el corazón, sin que nada se hubiera alterado. Pero estaba bien que no tuviéramos que luchar más para que se nos reconociera el derecho de vivir juntos.

Fuera, en la calle llena de sol y vacía, un viento de primavera temprana me azotó la cara.

## No hay cuartel

### Capítulo X

El reloj de la iglesia española dio las doce campanadas de medianoche justamente cuando el oficial de aduanas levantaba su sello de caucho de la almohadilla pegajosa de tinta. Lo apretó contra la página abierta de mi pasaporte y al mismo tiempo el reloj francés, al otro lado de la frontera, lanzó su respuesta. Si hubiéramos llegado a La Junquera cinco minutos más tarde, podían habernos hecho volver, porque mi permiso de salida de España expiraba el 22 de febrero y aquellas campanadas eran el fin de aquel día. Hubiera tenido que regresar a Barcelona y solicitar una prolongación del permiso. No hubiera tenido fuerzas para ello. Mejor reventar en Barcelona. Nuestros soldados habían perdido otra vez Teruel, estaban siendo rechazados a través de los campos helados. ¿Por qué tenía yo que huir de una imaginada locura?

El oficial estaba estampando el pasaporte de Ilsa.

Ella era quien había encontrado el coche que nos condujera, uno de los coches de la embajada británica. Por días sin fin había sido imposible encontrar otro vehículo, La última semana había estado sacudida por los bombardeos y el hambre. No había pan en Barcelona, ni tampoco tabaco para calmar el vacío consciente en el propio estómago. La mañana antes de partir habíamos pasado los puestos de pescado de la Rambla de las Flores, yendo al puerto en una busca desesperada de cigarrillos para mí; había en uno de ellos un montón raquítico de bogas, esos pececillos que pueden pescarse a millares al lado de los muelles, y sobre ellos un trozo de cartón sostenido por un alambre: «1/4 de kilo, 30 Pts». La paga de un miliciano eran 300 pesetas al mes, y para muchos era el único ingreso de sus familias. Durante las horas de camino en que había visto flamear delante de mis ojos la bandera británica, enhiesta sobre el radiador del enorme coche, había pensado varias veces en el miserable montoncito de pescado con su banderita de cartón.

El oficial de aduanas estaba ahora cerrando las correas de nuestras tres maletas.

El hombre había manejado mis manuscritos, hechos paquetes precintados por el sello de la censura del Ministerio de Estado, con un cuidado y un respeto exquisitos; indudablemente creía que iba a Francia en alguna misión misteriosa, por el prestigio de aquellos sellos y por haber llegado en un automóvil de la policía. Porque a cincuenta kilómetros de la frontera, nuestro hermoso coche británico nos había dejado en el borde de la carretera con una biela fundida, las gentes del garaje más cercano eran impotentes para arreglar aquello. Me había vuelto a sentir derrotado por el destino, me había visto a mí mismo como uno de aquellos soldados huyendo de Teruel, condenado por el fuego y la nieve; pero el propietario del garaje había llamado por teléfono a la policía del pueblo más cercano, la magia de la bandera inglesa, del acento extranjero de Ilsa y del paquete lleno de sellos les había impulsado a ofrecerse a llevarnos a la frontera en su destartado coche. El azar ciego nos recogía de lo que él mismo había provocado.

Así llegamos a La Junquera cinco minutos antes de medianoche, después de un viaje entre dos hileras apretadas de árboles surgiendo de la oscuridad bajo el cono de luz de los faros, y a través de pueblos dormidos, donde a veces los escombros de las casas demolidas por las bombas llenaban la carretera. Era verdad que estaba abandonando mi país.

Después, estábamos entre las dos barreras, en la tierra de nadie, un carabinero a un lado,

un gendarme al otro. La carretera francesa estaba bloqueada por camiones pesados, sin luces, inmóviles, vueltos de espalda a la frontera española: no armas para España, pensé. Cruzamos la frontera. El gendarme miró por encima nuestros pasaportes y nos dirigió a la Aduana. Tuve que llevar en dos veces nuestras maletas y la máquina de escribir; Ilsa esperó por mí en el lado de España. Era una cuesta pina y ella no podía ayudarme. De uno de los camiones brincó a la carretera helada un puñado de naranjas, alegres en su liberación; dos de ellas pasaron a mi lado, rodando ráudas, de vuelta a España.

Cuando entré en la oficina de aduanas, estrecha y desnuda, me vi envuelto en humo de tabaco y en el tufo de una estufa de hierro encendida al rojo. Dos hombres dormitaban detrás del mostrador, envueltos en capotes. Uno de ellos se movió, estiró los brazos, bostezó y de pronto me dirigió una mirada aguda:

-Acaba de entrar de España, ¿eh? -y me alargó una petaca rebosante de tabaco negro cortado en hebras finas. Di unas chupadas hambrientas al cigarrillo antes de volver a la claridad helada de la noche. No había lámparas encendidas en la calle, al igual que en España; La Junquera había sido bombardeada un par de noches antes y Le Perthus estaba al lado peligrosamente cerca.

Ilsa estaba hablando al centinela español, pero yo no me sentí con ganas de prolongar la conversación. Cogí la pesada maleta, ella cogió la máquina de escribir y volvimos la espalda a España. El centinela nos gritó:

-¡Salud!

-¡Salud!

Subimos la empinada cuesta sin hablar.

No había posibilidad de dormir aquella noche en Le Perthus, porque los chóferes de los camiones que traían naranjas de España habían ocupado hasta el último rincón posible. Ahora sentía no haber cogido una de aquellas naranjas; estábamos sedientos y hambrientos. El oficial de aduanas, un francés ya viejo con unos bigotes espesos y lacios, negros y blancos, amarillos de nicotina, sugirió que un vecino suyo podría llevarnos en su coche a Perpiñán. Nos hubiera dejado pasar la noche en la oficina, pero a la una la cerraban. Pensé del dinero escaso que teníamos, de la noche helada, y decidí hablar con el vecino. Después de unos minutos de llamar a una puerta y helarnos en su umbral, nos abrió un hombre gordo, adormilado, vestido con unos pantalones desabrochados y una camiseta sin mangas. Sí, nos llevaría a Perpiñán, pero primero echaríamos un trago. Sacó una botella de vino tinto y tres vasos:

-¡Por la República española! -brindó.

Mientras se vestía, él y el oficial me agobiaron a preguntas sobre la guerra. Después, el oficial de aduanas dijo:

-Yo estuve en la otra guerra, ¡mierda, miseria y piojos! Y ahora nos están empujando a otra. Mi chico tiene justamente la edad. -De una cartera panzuda y grasienta sacó la fotografía de un muchacho espigado embutido en un uniforme mayor que él-. Aquí está. Ese Hitler está revolviendo las cosas y la segunda guerra va a ser peor que la primera. Me da lástima de ustedes, en lo que les han metido. Nosotros no queremos guerras, lo que queremos es vivir en paz, todos, aunque no se viva muy bien. Pero estos políticos, todos debían estar ahorcados. ¿Usted qué es?

-Un socialista.

-Bueno, yo también, si me entiende usted lo que digo. Pero la política en general es una basura. Si me matan al chico... No nos hemos peleado para tener otra guerra, pero si se empeñan les vamos a tener que romper los huesos otra vez. Sólo que, es lo que yo digo, ¿por qué no pueden dejar a la gente vivir en paz?

Cuando llegamos a Perpiñán eran cerca de las tres. Las calles estaban desiertas, pero el alumbrado encendido. Mirábamos con asombro las farolas que exhibían sus focos tan desvergonzadamente. La luz de una de ellas penetraba en el cuarto de nuestro hotel. Correr la cortina era como dejar la luz fuera, desamparada en el frío de la noche.

Ilsa se había quedado dormida instantáneamente con el sueño del agotamiento. Ya me había advertido que una vez que estuviéramos en Francia, era su turno el dejarse caer. Toda la noche, a través de mi sueño, escuchaba los ruidos de la calle. A las siete estaba completamente despierto y no podía soportar más el estar encerrado en una habitación. Las paredes se me caían encima. Me vestí sin ruido y me marché a la calle, llena ya de gentes que iban a su trabajo y de un sol pálido de helada. Una muchacha con un delantalito blanco, una faldita negra corta y medias de seda, tan bonita como la doncella de una comedia, estaba ordenando los anaqueles del escaparate de una panadería: bollitos y barras, cruasanes y bizcochos, panes grandes de pan blanco sobre bandejas de madera color oro tostado, como si también las hubieran dorado al horno. El aire llevaba hacia mí la fragancia del pan fresco y caliente, como el olor de una mujer empapada de sol. La vista y el olor del pan me hicieron sentirme furiosamente hambriento, voluptuosamente hambriento. -¿Puede usted darme algunos cruasanes? -pregunté a la muchacha.

-¿Cuántos quiere, monsieur?

-Todos los que quiera, media docena...

Me miró con unos ojos claros, amistosos, llenos de compasión.

-¿Ha llegado usted de España? Le daré una docena, se los va a comer todos.

Me comí algunos en la calle y volví a nuestro cuarto con el resto. Ilsa estaba aún profundamente dormida. Puse uno de los cruasanes en la almohada al lado de su nariz. El olor la despertó.

Íbamos por la calle perezosamente, disfrutando el placer de ver las gentes y las tiendas, aunque nuestro paseo tenía una finalidad urgente. Íbamos al banco donde Poldi había depositado dinero a nombre de Ilsa, como parte de un dinero nuestro que él había necesitado al marcharse de España. La cantidad sería lo suficiente para permitirnos ir a París y tener dos o tres semanas de descanso, sin preocupaciones financieras inmediatas. El futuro nos parecía simple y claro. Lejos de los bombardeos me recuperaría inmediatamente. Mientras tanto, trabajaríamos en París para nuestro pueblo. A ella la aguardaba escribir innumerables artículos; a mí, historias humanas. Después volveríamos a España, a Madrid, y todo acabaría bien. Teníamos que estar en Madrid a la hora de la victoria, y estaríamos. Lo único que aún le dolía a Ilsa era que no habíamos podido quedarnos en Madrid, como era nuestro deber y nuestro derecho.

Pero en ninguno de los bancos de Perpiñán había un depósito a nombre de Ilsa. Poldi debía de haberlo olvidado; en sus últimos días, parece que su cerebro no funcionaba bien.

Contamos y recontamos nuestro dinero. Al cambio oficial habíamos salido de España con cuatrocientos francos. No era bastante ni para dos billetes de tercera a París, ni para estar una semana en el hotel de Perpiñán. Nos sentíamos estupefactos, sin saber qué hacer. ¿Qué podíamos vender? No teníamos más que unas cuantas prendas de vestir bastante usadas, papeles y un viejo mantón filipino. ¿La máquina de escribir? Pero entonces nos quedábamos sin nuestra herramienta de trabajo.

Dejé a Ilsa en el hotel, buscando refugio en el sueño, y bajé a beber algo al patio del hotel. Cuando vi a Sefton Delmer sentado allí en el centro de un ruidoso grupo, me sentí molesto. No quería que se enterara de nuestra situación. Pero él tomó nuestra estancia en Perpiñán como una cosa natural y comenzó a hablar únicamente del nuevo coche que

había venido a buscar para sustituir el viejo Ford de dos asientos, desgastado por la guerra, que había pasado por última vez a través de la frontera antes de licenciarlo. Miré con él el nuevo coche y escuché sus viejas hazañas y pensé si el viejo veterano estaría destinado como la máquina de escribir, que ahora era mía, a morir en la basura. Sentía una amargura y envidia secretas y pregunté a Delmer qué le iba a pasar al coche. Bueno, su colega Chadwick, que era quien había traído el nuevo coche desde París, se iba a quedar con él: ese tipo que está ahí, el de la cabeza apepinada. En un par de horas volvía a París en él.

Temblando de excitación, le pregunté, tan casualmente como pude, si creía que Mr. Chadwick tendría por casualidad sitio para nosotros en el coche. Teníamos poco equipaje y queríamos ir a París. Sí, había el sitio justo si no nos importaba ir incómodos. Le dije que no nos importaba y corrí a despertar a Ilsa, orgulloso como si le hubiera jugado una mala partida al destino. A las cinco de la tarde estábamos en camino de París, donde nuestro conductor tenía que estar al día siguiente a mediodía.

El viaje fue nuestra salvación y mi pesadilla. En la luz del crepúsculo, cada curva del camino sobre el llano era una amenaza de destrucción súbita. Me sentía aterrorizado de la posibilidad de un accidente estúpido y malicioso, de cada torsión de los engranajes del mecanismo triturador de la vida. Cuando comenzamos a trepar al Plateau Central (en el mapa parecía el camino más corto a París), la carretera estaba helada y el coche patinaba en cada curva cerrada. Chadwick era un chófer experto y decidido y yo tenía bastante disciplina de viajero de automóvil para decirle nada, pero tenía a veces que apretarme contra Ilsa para calmar mi temblor. Con la misma gráfica claridad con la que había imaginado muchas veces el curso y efecto de un obús, imaginaba ahora el patinazo, el choque y la mutilación cruel. Paramos una vez en una taberna aislada para confortarnos un poco y cenar rápidamente. Perdimos el camino y volvimos a encontrarlo. El hielo se convirtió en nieve crujiente. Seguíamos sin detenernos, a toda velocidad, mientras yo apretaba el brazo de Ilsa con mis dedos.

Poco antes del amanecer, cuando nos encontrábamos cerca de Clermont-Ferrand, Chadwick detuvo el coche. Estaba agotado y necesitaba descansar algo como una hora. Ilsa se incrustó en el hueco detrás del asiento, bajo la curva baja del techo del coche. Chadwick se quedó dormido sobre la rueda del volante. Yo traté de hacer lo mismo en un rincón, ahora que tenía más sitio. El frío me agarrotaba, me tenía que mover, no podía dormir. Abrí la portezuela cuidadosamente y me fui a pasear por la carretera.

Era un amanecer gris, frío y húmedo. La tierra estaba profundamente helada. Unos cuantos árboles a lo largo de la carretera no eran más que esqueletos retorcidos. En la cima de un cerro cercano, una alta chimenea de ladrillo se enseñoreaba sobre los edificios negros de una fábrica y vomitaba oleadas de humo espeso. Pasaban a mi lado los obreros en sus bicicletas, primero sueltos, después en enjambres; sus luces rojas punteaban un camino lateral que iba a la fábrica. De pronto, el alarido de una sirena rasgó el aire; de la base de la chimenea surgió un pulmón espeso de vapor blanco que se enroscaba en la neblina. Me estranguló la náusea cuando no estaba preparado para ello. Vomité en medio de la carretera y me quedé allí helado, temblando, empapado en sudor, castañeteándome los lientes.

¿Es que no había cura para mí? Había estado allí, mirando la chimenea, viendo surgir el chorro de vapor blanco antes de que llegara a mí el sonido; debía saber que el silbido de la sirena iba a llegar a mí; sabía que lo único que significaba era la hora de entrada al trabajo y no el aviso de un bombardeo. Sabía que estaba en Francia, en la paz. Y sin embargo era el muñeco de mi cuerpo y de mis nervios. Hasta que no pasó media hora, no desperté a los otros. Chadwick gruñó un poco porque le había dejado dormir más allá

de las seis; le dije que me daba lástima despertarle, tan agotado como estaba. No podía decirle que me hubiera dado vergüenza el que me hubiera visto pálido y temblón.

Hacia una mañana fría y soleada cuando entramos en París. Chadwick, todo prisas, nos dio la dirección de un hotel barato en Montparnasse y nos fuimos allí en un taxi. El ruido de la ciudad me desconcertaba. En broma, dije a Ilsa:

-Hotel Delambre, rue Delambre. Si lo pronuncias como en español, es hotel del hambre y la calle del hambre.

Lo fueron: hotel del Hambre, calle del Hambre, era nuestro destino.

La pequeña alcoba en el tercer piso olía a guiso pobre y a calle sucia. Sus paredes estaban cubiertas con un papel pintado con rosas rojas y malva descoloridas que parecían repollos sobre el fondo gris azulado; un lecho, desvergonzado de puro grande, llenaba la mitad de la habitación; un armario amarillo que crujía pero no cerraba, una mesa vieja de oficina, un lavabo de esmalte blanco con grifos niquelados, ambos surtiendo agua fría a pesar de sus leyendas, era el resto. Madame, la mujer del propietario, debía de haber sido una gran moza. Ahora era formidable, con unos ojos negros taladrantes y una boca de labios finos apretados. Su marido tenía un bigote flojo de foca y un corpachón blanducho; en cuanto tenía la ocasión, se escapaba de la portería y dejaba a la mujer que hiciera guardia detrás de la mampara de cristal. Era más barato alquilar el cuarto por mes; pero después de pagar un mes adelantado nos quedó dinero bastante para comer tres días. Los pequeños restaurantes del barrio ofrecían comida a siete francos y medio, con pan a discreción incluido en el menú. Después de España, y una vez que nuestra primera hambre se había apaciguado, una comida al día nos parecía bastante. Calculábamos que podíamos vivir con veinte francos al día. Para irnos sacando adelante teníamos algunas pocas cosas -nuestros relojes, mi estilográfica, el mantón filipino- que podíamos empeñar en el Monte de Piedad, por cantidades lo suficientemente pequeñas para darnos la seguridad de recuperarlas. Y yo iba a comenzar a ganar dinero inmediatamente.

Me fui a la embajada de España. El canciller, Jaime Carner, me recibió con mucha simpatía y no menos escepticismo, me dio una carta de presentación para dos periódicos de izquierda, pero me avisó que encontraría difícilísimo el romper el círculo encantado de las peñas literarias sin estar apoyado fuertemente, bien por un partido político o por alguno de los escritores consagrados. Sabía que no podía contar con ello.

Vincéns, al principio el agregado de prensa, después la cabeza de la Oficina de Turismo Española -una de las principales agencias de propaganda-, nos invitó a comer, lo cual era bienvenido, y me dio otra carta de presentación para otro periódico de izquierda.

El profesor Dominois, que había sido un amigo de Poldi -un socialista francés, un partidario ciego de la República española y un experto en la política de Centroeuropa-, nos citó en el Café de Flore, se dejó caer de un taxi, su chaleco manchado y tripudo a medio abrochar, sus lentes de oro colgando de un cordón de seda negra, su cartera de ministro vomitando papelotes, y, con un entusiasmo y una buena voluntad tremendos, comenzó a desarrollar ante nosotros fantásticos planes de nuestro futuro trabajo de propaganda, ¡en la embajada de España!

Con un paquete de traducciones defectuosas de mis historias sobre Madrid me fui a visitar a los editores. Algunas de estas historias fueron aceptadas, para perecer *sur le marbre*, la mesa de componer, que es el cementerio de todas las contribuciones sin importancia. Algunas fueron publicadas; y dos ¡me las pagaron! Las pruebas de una historia, con todos los sellos de *La Nouvelle Revue Française* que la había aceptado, impresionó tan profundamente a nuestra patrona que pudimos obtener de ella crédito por una quincena... Ilsa tenía más suerte: colocó algunos artículos de ella y algunas



traducciones de mis cuentos en periódicos suizos socialistas que pagaban puntualmente, aunque poco. Más tarde encontramos una muchacha sueca que, llena de entusiasmo (porque reconoció en Ilsa a la heroína de una charla por radio que había dado una periodista sueca a su retorno de Madrid), tradujo dos historietas de *Valor y miedo*, y las historias, milagrosamente, fueron publicadas y pagadas. La suma total de nuestros esfuerzos en las primeras semanas comenzaba a parecer importante. Nos decíamos a nosotros mismos y uno al otro que solos, sin ayuda de nadie, habíamos obligado a leer a gentes de fuera sobre nuestra guerra, precisamente cuando ya comenzaban a sentirse cansados de ella y que para los mismos periódicos no tenía importancia. Pero aunque había consumido todas nuestras energías combinadas el hacer tanto, era sin embargo muy poco, poquísimo, para lo que había que hacer, y no satisfacía nuestra ansia de trabajar, ni nos proporcionaba más que un poquito de dinero ocasionalmente. Muy pronto nos vimos atrapados con el hotel, encadenados a un sitio en el que odiábamos hasta el mismo aire, sin contar las minúsculas hormigas rubias que invadían nuestro cuarto a millares. A menudo pasábamos hambre.

Ilsa no estaba en mejores condiciones que yo de hacer trabajo sistemático. Por las tardes estaba febril y casi inmovilizada por dolores reumáticos; media hora de paseo la agotaba hasta casi hacerla llorar. Cuando llegamos a Francia, me había pedido que le diera tiempo para recuperar sus fuerzas. Ahora me ponía furioso y deprimido el ver que tenía que ir ella en busca de trabajo o de un amigo que nos prestara una pequeña suma para poder ir sosteniéndonos. Encontró algunas lecciones, pero ninguno de sus discípulos podía pagar más que sumas modestas; uno de ellos no podía pagar más que un café con leche y un bollo cada vez que recibía una lección de inglés. Yo encontré un centro de traducciones que pagaba un franco por cada cien palabras, con un mínimo garantizado de tres francos. Tenía centenares de traductores esperando en sus listas, sobre todo para traducciones del y al alemán, pero ocasionalmente le mandaban a Ilsa textos cortos para traducir al francés de uno de los idiomas escandinavos y a mí me daban trabajo en español. La mayoría de ellos eran anuncios o instrucciones para usar productos; no valían más de cinco francos, lo bastante para comprar pan y queso. Pero una vez me dieron el texto de una patente para traducir al español. Cuando comencé a escribir, una de las palancas de los tipos se rompió. Era casi un desastre, porque la patente era lo suficientemente larga para asegurarnos la comida caliente de lo menos cinco días. Me senté a pensar una solución, mientras Ilsa trataba de dormir. En un sentido me llenaba de excitación el tener que entendérmelas con una adversidad puramente mecánica. Cuando al fin encontré mi gran invento y arreglé la palanca sustituyéndola con cuerda de piano, me sentí feliz durante días. Aún siento orgullo de ello; y la palanca aún sigue funcionando.

Sin embargo, por muchos días en semanas interminables, vivíamos exclusivamente de pan y café negro. Hasta que pudimos comprar una estufilla de alcohol, una cacerola y una sartén, sin detenernos a pedir permiso a Madame para guisar en nuestro cuarto. La doncella, una semiprostituta que limpiaba la habitación, nos había dicho que Madame no permitía que se lavaran platos en el lavabo y éramos demasiado conscientes de nuestra deuda para atrevernos a pedir favores. Pero unos pocos días consecutivos de dieta de pan y café en el mostrador del bar -donde era más barato, y más claro, que en el salón-, nos debilitaba demasiado. Ninguno de nosotros dos nos habíamos recuperado de los efectos de los tiempos de privación en España, y cuando mi estómago estaba vacío, mi cerebro funcionaba más febrilmente aún, a la vez que me sentía apático. A menudo me parecía más razonable quedarme en la cama dormitando que salir a la calle y empeñar el reloj una vez más o tratar de obtener cinco francos de gentes que tenían poco

más que nosotros mismos, pero a quienes era aún preferible pedir que a gente que vivía una vida normal y confortable. Había sido mucho más fácil pasar hambre en España, al igual que todo el mundo y por una razón que valía la pena, que tener hambre en París por no encontrar trabajo y no tener dinero, mientras las tiendas desbordaban de comida. Algunas veces Ilsa tenía un arranque de valor desesperado y se iba a pedir ayuda a alguno de sus amigos en buena posición, temerosa de que la avergonzaran. Pero tenía tanto miedo de encontrarse con la mirada hostil de Madame y de que le preguntara cuando pensábamos pagar la renta del cuarto, que generalmente era yo quien espiaba y se escurría a escondidas a través de la maldita vidriera con su timbre destemplado, en busca de dinero al menos para pan y cigarrillos. Si esperaba bastante en la esquina de nuestra calle fuera del Café du Dome, era seguro que viera a alguien a quien conocía de España o uno de los refugiados amigos de Ilsa, gentes pobres como nosotros, pero siempre dispuestas a dar parte de lo que tuvieran, tan fácil y naturalmente como en Madrid los camareros y yo hacíamos un fondo común de cigarrillos en los días de escasez, seguros de que a cada uno le llegaba su turno de dar y de tomar.

Si la única persona a quien encontraba tenía suficiente dinero para pagarme un café en el recién abierto y deslumbrante bar del du Dome, me quedaba allí agradecido, aceptaba un cigarrillo del camarero y escuchaba sus historias; cruzaba bromas con la muchachita alemana que pretendía ser la única modelo «con un trasero a lo Renoir», miraba descaradamente a los turistas ingleses y americanos que venían a echar una ojeada a la vida bohemia, y me volvía al hotel, derrotado, para no volver a salir hasta ya entrada la noche. Cuando tenía suerte, me llevaba a Ilsa, protegiéndola con mi cuerpo al cruzar la vidriera del portal, y nos íbamos a comer salchichas cocidas al bar, con un humor alegre y travieso porque Madame no nos había dicho nada y porque estábamos aún vivos, no enterrados en nuestra alcoba maloliente.

A Ilsa no le agradaba estar en el bar. El ruido la ponía inquieta. En general se enzarzaba en conversación con la florista de la puerta, una mujer imperiosa, gruesa y frescachona con la que discutía sus flores y los artículos de *L'Humanité*, o se iba a la vuelta de la otra esquina, a una tiendecilla de libros usados a la que se entraba por una puertecilla estrecha pintada de azul chillón; allí, la mujer del lánguido y bonito propietario, una muchacha diminuta con ojos negros siempre rodando en guiños picaros y el pelo teñido de un rubio amarillo, le dejaba husmear entre los libros y llevarse uno alquilado por un franco, o en días de riqueza comprar uno, en la seguridad de que pagaría la mitad de precio cuando lo devolviera. En la tienda de libros se cultivaba el surrealismo, en la guisa primitiva de la absurdidad, con juguetes de cartón metidos en la caja de un loro o colgando del techo enfrente de un daguerrotipo de la época del terciopelo, los pantalones ceñidos, levita y sombrero de copa. Pero había buenos libros. Lo único realmente surrealista para mí eran los dos gatos: una gata enana siamesa y un enorme gato negro persa que estaba castrado y que se sentaba inmóvil, mientras la gata, en celo, se revolcaba por el suelo en su frenesí, exhibiéndose frente a él y acabando por atacarle furiosa.

Mientras las mujeres hablaban, me aburría en la trastienda; no lo remediaba ni aun la lectura de André Gide, que me parecía hermosa, pero con una austeridad irreal, remota y fría. Prefería moverme en la calle o en el bar entre las gentes. Era una escena inagotable. Cada día, exactamente al oscurecer, llegaba al bar del Dome un hombre chiquitín y ocupaba uno de los taburetes al extremo del mostrador en herradura. Llevaba siempre el mismo traje oscuro brillante sobre su cuerpecito redondo y el mismo sombrero hongo, descolorido, en su cabecilla redonda, como remate de una cara también redonda, sin más rasgos que un bigote verdaderamente francés. Parecía un viejo empleado de

confianza de uno de esos notarios a la antigua de provincias, que viven en casas centenarias, ya un poco ruinosas, y tienen un despacho sombrío y polvoriento, donde los legajos se amontonan en cada rincón atados con balduque rojo descolorido y donde una tribu de ratas crece y se multiplica feliz y respetable, sometida a una dieta de papeles amarillentos y de migajas de pan y queso.

El hombrecillo levantaba el índice, lenta y deliberadamente, lo doblaba en gancho y llamaba con él al camarero dentro de la herradura del bar. El camarero acudía y ponía un vaso lleno de un líquido incoloro enfrente del hombrecillo, dejaba caer dentro unas pocas gotas de una botella, y una nube verde amarillenta se elevaba del fondo en el fluido transparente hasta que todo ello quedaba teñido. Era pernod. El hombrecillo colocaba un codo sobre el mostrador, doblaba su mano hacia fuera en ángulo recto, descansaba la barbilla en la mano y se sumergía en la contemplación del líquido verdoso. De repente se arrancaba de su meditación; su cabeza se liberaba con una sacudida, su brazo se extendía rígido, su índice señalaba acusador en el vacío, sus ojos surgían hacia fuera y rodaban en sus órbitas en una revisión rápida de los clientes acodados al mostrador del bar. Hasta que sus ojos y su dedo se detenían y apuntaban directamente a la cara de alguien. La víctima solía hacer gestos y sonreír, y entonces el índice acusador trazaba signos en el aire, afirmativos y negativos, preguntando y persuadiendo, mientras las facciones vacías del hombrecillo se contraían en una serie de muecas rápidas ilustrando la retórica del dedo. Pero su cuerpo se mantenía inmóvil y las palabras y exclamaciones que formaban sus labios nunca se convertían en sonidos. La gesticulante cabeza parecía uno de esos juguetes de goma que consisten en una cabeza que se deforma y gesticula cuando se le aprieta el cuello. De pronto se interrumpía la actuación, el hombrecillo bebía un traguito de su pernod y volvía a sumergirse en meditación por unos cuantos minutos, para reanudar su soliloquio en una clave distinta, con el mismo vigor mudo.

Se pasaba así horas, sin moverse jamás de su asiento, agitando de tiempo en tiempo su dedo para pedir otro pernod. Las gentes le embromaban y trataban de hacerle hablar, pero nunca he oído salir una palabra de sus labios. Cuando sus ojos miraban directamente a los vuestros, os dabais cuenta de que no os veían. Eran las ventanas de una casa vacía; dentro de la piel de su cuerpo no había nadie.

Pero yo había perdido ya mi miedo de volverme loco. Mi enfermedad había sido miedo de destrucción y miedo de la lucha dentro de mí mismo. Era una enfermedad que atacaba igualmente a todos los demás, a no ser que estuvieran vacíos de pensamiento y de voluntad, muñecos gesticulantes como el hombrecillo del bar. Cierto, los otros se habían construido más defensas que yo, o poseían mayores poderes de resistencia, o habían vencido en la lucha abriéndose un camino a una claridad mayor. Pero yo podría también abrirme mi propio camino a una claridad, y al fin podría ayudar a otros en su batalla si lograba trazar mi enfermedad mental -esta enfermedad que no era únicamente mía- hasta sus raíces más profundas.

En aquellas ruidosas tardes de verano, cuando estaba solo entre extranjeros, me daba cuenta de que no podía escribir más artículos ni más historias de propaganda, sino dar forma y expresar mi visión de la vida de mi propio pueblo, y que para aclarar esta visión tenía primero que entender mi propia vida y mi propia mente.

En la guerra conmigo mismo no existía liberación, ni excusa, ni cuartel. Esto sí lo sabía. ¿Cómo podía haberlo, cuando la guerra que galopaba sobre mi país quedaba empequeñecida por las fuerzas que se alineaban para otra guerra, amenazando mortalmente toda libertad del espíritu?

El tronar de los aviones de pasajeros llevaba siempre consigo la amenaza; me

recordaban sin cesar el Junkers gigante, cuyos sillones tapizados era tan fácil sustituir por los aparatos lanzabombas. Esperaba que las bombas alemanas cayesen sobre París. Entonces, las asociaciones de todos serían las mismas que las mías.

Cada jueves, las sirenas de París bramaban durante un cuarto de hora, comenzando a mediodía. Mucho antes de que comenzara este ensayo de alarma, me preparaba para su choque, aunque nunca llegara a evitar que el jugo amargo de la náusea me llenara la boca. Una vez esperaba un tren en la plataforma del metro, hablando tranquilamente con Ilsa, cuando vomité inesperadamente; y sólo en plena arcada me di cuenta del ruido del tren que pasaba sobre nuestras cabezas. En las bóvedas brillantes, cubiertas de azulejos blancos, de la estación de Châtelet, me obsesionó la visión de la multitud entrampillada allí durante un bombardeo aéreo combinado con un ataque con gas. Miraba los grandes edificios calculando su potencial resistencia a las bombas.

Estaba sentenciado a una realización constante del choque que se avecinaba, en su forma física, y estaba sentenciado a sentir la impotencia y la violencia turbia de sus víctimas y de sus luchadores dentro de mi propia mente. Pero de estas cosas no podía hablar a nadie más que a Ilsa.

Los franceses que conocía apenas si disimulaban su impaciencia, llena de miedos, hacia la lucha en España; resentían el escrito en la pared, porque aún se agarraban a su esperanza de paz para ellos mismos. Los refugiados políticos de Austria, a quienes encontraba a través de Ilsa, estaban desconcertados por los acontecimientos de su país, recientemente ocupado por Hitler, y de la amenaza que se cernía sobre Checoslovaquia; pero aun así encontraban refugio en sus doctrinas de grupo, en sus ambiciones y en sus querellas. Uno solo entre ellos, el joven Karl Czernetz, se daba cuenta de que el socialismo internacional tenía mucho que aprender del caso histórico que ofrecía el cuerpo sangrante de España y nos agobiaba con preguntas acerca de los movimientos de masas, los partidos políticos, los factores sociales y psicológicos de nuestra lucha; los demás parecían tener sus opiniones hechas. En cuanto a los españoles con quienes me encontraba en lugares oficiales o semioficiales, deberían estar sacudidos por nuestra guerra como yo lo estaba, pero de lo único que tenían miedo era de desviarse de la línea oficial o del Partido que les proporcionaba tan buen refugio. Yo era mucho más extranjero, o al menos tanto para ellos como para los otros, aunque estaba muy lejos de gloriarme de este aislamiento que limitaba mi radio de acción. La alternativa, sin embargo, era peor, porque significaba tener que chalanear con mi independencia de pensamiento y de expresión a cambio de una ayuda condicional y de una etiqueta de partido que hubiera sido una mentira.

Aun en mis propios oídos mis intenciones sonaban locamente audaces: obligar a gentes extrañas a ver y entender bastante de la sustancia humana y social de nuestra guerra, para que se dieran cuenta de la medida en que estaba encadenada a su propia guerra, latente aún, pero que se acercaba irremisible. Mientras trataba de controlar y definir mis reacciones mentales, fue naciendo en mí la convicción de que los conflictos internos detrás de estas reacciones torturaban no sólo a mí, el individuo, sino también las mentes de innumerables españoles como yo; y que también torturarían las mentes de innumerables hombres a través del mundo en el momento en que el conflicto los absorbiera.

Si otros no sentían la urgencia de buscar la causa y el encadenamiento de causas, yo la sentía. Si ellos se contentaban con hablar de la culpabilidad del fascismo y del capital y de la victoria final del pueblo, yo no. No era bastante; estábamos todos remachados a la misma cadena y teníamos que luchar todos para liberarnos de ella. Me parecía que podía entender mejor lo que estaba pasando a mi pueblo y a nuestro mundo si descubría las

fuerzas que me habían forzado a mí, el hombre solo, a sentir, actuar, errar y luchar como lo había hecho.

Comencé a escribir un libro sobre el mundo de mi niñez y juventud. Al principio lo quería titular *Las raíces*, y describía en él las condiciones sociales entre los trabajadores de Castilla al comienzo del siglo, en los pueblos y en los barrios pobres que yo había conocido. Pero me encontré escribiendo demasiadas declaraciones y reflexiones, que creía necesario suprimir porque no brotaban de mi propia experiencia ni de mi propio ser.

Traté de limpiar la pizarra de mi mente, dejándola vacía de todo razonamiento, y tratar de retroceder a mis orígenes, a las cosas que había olido, visto, palpado y sentido, y cuáles de estas cosas me habían forjado con su impacto.

Al principio de mi vida consciente me encontré con mi madre. Con sus manos roídas por el trabajo, hundiéndose en el agua helada del río. Con sus dedos suaves enredándose en mis cabellos revueltos. El viejo puchero, tapizado de negro, en el que ella cocía y recocía su café de posos. En el fondo de mi memoria encontré la pintura del arco, para mí inmenso, visto desde el río, del puente del Rey, con el coche real, escoltado por los jinetes vestidos de blanco y rojo, pasando sobre nuestras cabezas; las lavanderas golpeando la ropa con sus palas; los chiquillos pescando pelotas de goma en el agua negra y maloliente de la alcantarilla de Madrid; y la voz de la mujer asturiana que cantaba:

Por debajo del puente no pasa nadie,  
tan sólo el polvo que lleva el aire...

Así empecé. Titulé el libro *La forja*, y lo escribí en el idioma, las palabras y las imágenes de mi niñez. Pero tomó mucho tiempo escribirlo porque tenía que ahondar profundamente en mí mismo.

Por aquella época tuvimos un golpe de buena fortuna: Ilsa ganó una libra esterlina, que valía 180 francos al cambio de aquella semana. Compramos la estufilla de alcohol y la sartén de que tanto habíamos hablado, y dos platos, dos tenedores, dos cucharas y un cuchillo. Yo me acordaba del olor y del crepitar de la sartén de mi madre en la buhardilla y me puse a tratar de hacer guisos españoles para nosotros. Eran guisos de pobre, pero a mí me sabían a mi país: sardinas fritas, patatas, albondiguillas, todo frito en un aceite cantarín, aunque no fuera aceite de oliva. No había guisado en mi vida, pero me acordaba de los movimientos de las manos de mi madre: «Ahora, ella cogía esto y hacía así...».

Era algo de alquimia y de magia blanca. Mientras freía sardinas frescas y hermosas delante de la chimenea negra y fuera de uso, hablaba a Ilsa sobre la buhardilla, el pasillo, la escalera, la calle, los ruidos y los olores de Lavapiés. Se imponían y apagaban los ruidos y olores de la rue Delambre. Después, antes de volver a sentarme a la máquina, me tiraba a lo largo de la alfombra, la cabeza en el regazo de Ilsa y sus dedos entre mis cabellos, y escuchaba su voz cálida.

Al final de nuestra calle se abría una plaza en la que se instalaba el mercado del barrio. Nos íbamos allí juntos a buscar vegetales para una ensalada y el pescado más barato que hubiera en el mármol de los pescadores. Muchas veces nos salvábamos de otro día de hambre gracias a los calamares, que muy poca gente compraba y que el pescadero estaba siempre dispuesto a vender por unos céntimos. Su aspecto era repugnante: feos, sucios y escurridizos. Pero les arrancaba paciente sus varias capas de piel hasta que no quedaba más que la carne fresca llena de reflejos de nácar; preparaba una salsa deliciosa

con su propia tinta, aceite, laurel, ajo y vinagre, y cocinaba en ella lentamente las tiras de carne blanca. El cuarto entero olía como la cocina de Miguel al pie del Peñón de Ifach. Otros días Ilsa tenía un ataque nostálgico e insistía en preparar por una vez un plato vienés, bajo mis ojos críticos. Tarde en la noche, cuando ya no me atrevía a teclear en la máquina, temeroso de las quejas de otros huéspedes, nos íbamos a dar un paseo hasta Saint-Germain-des-Prés, a mirar la luminosidad azul del cielo y mantener intacta la frágil burbuja de nuestra alegría.

Cuando teníamos un poco más de dinero del que necesitábamos para el día, perdíamos la cabeza. En lugar de gastarlo cuidadosamente, celebrábamos cada pequeña victoria con un nuevo desafío a nuestra existencia, pagándonos una comida completa en un verdadero restaurante -doce francos-, con una botella de vino barato incluida en el precio. Usualmente nos sentábamos bajo el toldo a tiras del restaurante Boudet en el bulevar Raspail, porque me gustaba la mezcla de sus clientes, estudiantes americanos ruidosos, disecados chupatintas parisienses y familias provincianas apaletadas, a la busca de París; y porque me gustaba mirar el espacioso bulevar con su aire de aristócrata en decadencia y la hilera de cuadros -puestas de sol, lilas en floreros azules, doncellas vergonzosas con mejillas rosadas- que se exponían en la acera opuesta. También, porque Boudet daba un buen cubierto por ocho francos o platos sustanciosos a la carta, y eran generosos con su pan blanco que circulaba libremente en cestos llenos y vueltos a llenar inmediatamente por las camareras.

En las tardes bochornosas, cuando me ahogaban las cuatro paredes de nuestro cuarto y quería ver gentes y luces, oír voces anónimas y sentir el ligero fresco del crepúsculo, íbamos a Boudet aunque todo nuestro capital no fuera más que cinco francos. Pedíamos un solo plato, rechazábamos dolorosamente la garrafa de vino que la camarera ponía automáticamente sobre la mesa, y nos adueñábamos de uno de los cestos de pan que estuviera bien lleno. Pero al principio del verano nos ocurrió un día que cuando pedíamos un plato de macarrones para el uno y otro plato para el otro -una combinación que nos permitía hacer comida de dos platos, dividiendo nuestra ración respectiva-, la camarera, una mujer ya madura de abundantes carnes, se inclinó sobre nosotros y dijo:

-Deben ustedes comer más, esto no es bastante.

Ilsa se quedó mirando la cara amistosa de la mujer y dijo:

-No importa mucho. Hoy no podemos gastarnos más dinero. Otro día tal vez.

Pero la próxima vez que volvimos a pedir un solo plato, la camarera se plantó, sólida y firme, y dijo:

-Les voy a traer dos cubiertos; hoy hay un buen menú. Madame me ha dicho que tienen ustedes crédito y que pueden comer lo que quieran.

Me fui a dar las gracias a Madame, balbuceando como un colegial. Estaba sentada detrás de su registradora, en un traje negro, con un gato blanco y negro al lado; pero al contrario de la mayoría de las propietarias de restaurantes francesas atrincheradas en la caja, no era llamativa ni su escote pródigo, ni tampoco llevaba su traje de satén negro ceñido como un guante a un cuerpo encorsetado. Era pequeña, delgada y vivaracha, rápida de frase, como una madre con muchos chicos. ¡Oh, sí, todo estaba arreglado! ¡Que no sabía cuándo y si podría pagar! No importa, ya pagaríamos. Interrumpió mis francas explicaciones de nuestra situación financiera: nosotros cenaríamos a crédito todo lo que nos hiciera falta y pagaríamos cuando tuviéramos dinero. Quien arriesgaba su dinero era ella, y era muy dueña de hacerlo.

Comenzamos a racionar nuestras visitas a Boudet; pero aun así, íbamos bastante a menudo cuando no teníamos dinero para guisar en nuestro cuarto o cuando queríamos animarnos un poco. Hacia el fin de septiembre habíamos acumulado una deuda de casi

seiscientos francos. El cariño cálido de las dos mujeres no cambió nunca, ni nunca asumieron un aire protector. Algunas veces íbamos a comer allí para confortarnos en su acogida tan llena de calor humano. Cuánto me ayudó a mí a seguir trabajando sin la preocupación del momento próximo en que tendría que salir a escondidas a la caza de unas monedas, no puedo decirlo. Pero era, ciertamente, mi ambición secreta pagar un día mi deuda moral -la deuda en dinero la pagué, absurdamente, con dos mil francos ganados en la lotería, con el único vigésimo que compré en Francia y que compré con una desesperación cínica, con mis últimos diez francos, un día gris y lluvioso- y pagarla públicamente, ante el mundo, en letras impresas, como ahora lo hago.

Aquel septiembre, azul y oro, fue el septiembre de Munich.

Durante semanas, los franceses alrededor nuestro habían estado discutiendo la posibilidad de una paz pagada a cualquier precio, pagada por otros que no fueran ellos. Comenzaron a mirar de mala manera a los extranjeros que personificaban un aviso desagradable del futuro y la amenaza de complicaciones políticas. Comenzaba a extenderse el despectivo insulto, *sale métèque*. Fuera cual fuera su origen, su alcance era claro y hería por la espalda a todos los extranjeros que no fueran ingleses o americanos. Oí una vez a un borracho escupir un «¡puerco negro!» en la cara amarillagris de un mulato que llevaba en su solapa dos cintas, condecoraciones preciadas de la última guerra. Los trabajadores, cuyas conversaciones escuchaba en los *bistrots*, estaban inseguros y confundidos; ¿por qué tenían ellos que pelear por una burocracia que se volvía fascista o por un gobierno de grandes negocios? Mirad a España. España mostraba claramente lo que ocurría al pueblo que arriesgaba sus vidas por defender su libertad: «¿No es verdad, español?». Era para mí muy difícil contestar aquello; su odio a la guerra no era mayor que el mío; desconfiaba de su Gobierno tanto como ellos. Lo que dijera acerca de la necesidad de luchas por un orden social mejor, se había dicho tantas veces que sonaba a hueco; la palabra libertad sonaba irónica.

Un número cada vez mayor de refugiados solicitando en la Prefectura de Policía la prolongación mensual o bimensual de su permiso de estancia recibían la respuesta de que tenían que abandonar el país en ocho días. En la esquina del Café du Dome oía las historias de muchos que abandonaban París y se iban a pie por las carreteras, huyendo al sur, antes de que los arrestaran y los obligaran a cruzar la carretera belga o la alemana, abandonados al destino.

Los republicanos españoles también tropezábamos con el antagonismo oficial. Los ejércitos de Franco habían cortado la España leal en dos partes que disminuían rápidamente, y el grueso de sus fuerzas amenazaba Cataluña. Cuando, a nuestra vez, tuvimos que ir a la prefectura (a pie, porque teníamos el dinero justo para pagar los derechos de prolongación), discutimos sobriamente lo que haríamos si nos negaban el permiso de estar más tiempo en el país. ¿Volver a España -mi libro casi terminado, mi salud casi restablecida- con la seguridad de que no nos darían trabajo? Teníamos una invitación para ir a Inglaterra e Ilsa hablaba de marcharnos como si fuera nuestro propio país. Pero ¿cómo podíamos encontrar en ocho días el dinero necesario para el viaje? Era un callejón sin salida. Después, cuando el empleado aburrido nos prolongó el permiso sin el más ligero comentario, bajamos las escaleras cogidos de la mano como chiquillos que salen de la escuela; pero me flaqueaban las piernas.

En las tardes, las gentes se agrupaban en los bulevares, esperando, después leyendo y comentando, las últimas noticias de la última edición de *Paris-Soir*. Hitler había hablado. Chamberlain había hablado. ¿Y qué con Checoslovaquia? Era guerra o no guerra. En nuestro barrio, una de las tiendas de comestibles apareció cerrada: el propietario se había ido a provincias con toda su familia. Al día siguiente, dos tiendas

más de la rue Delambre estaban cerradas porque sus propietarios se habían ido con su familia. Era una pesadilla el pensar lo que iba a ocurrir en este París si estallaba la guerra; lo primero, sería el caos en el suministro de víveres, porque las gentes no tenían más pensamiento que escapar de las bombas. Era amargo, a la vez que confortante, pensar de nuestra gente en Madrid que aún seguía resistiendo, cuando se acercaba al fin su segundo año de sitio.

El 14 de julio, cuando la ciudad crepitaba con las explosiones de los fuegos artificiales de la fiesta y el cielo estaba lleno de luces de color, me había ido a una estación del metro porque no podía soportar el ruido y la trepidación de la tierra; en la calle las gentes habían cantado y bailado, en un esfuerzo cansino y pobre de recuperar la alegría de una victoria por la libertad que ya estaba medio olvidada. Ahora, cuando sabía que el peligro era real y no una fantasía de mi cerebro, podía soportarlo, porque la guerra era inevitable y una guerra contra el agresor en aquel momento salvaría a España, la vanguardia medio destruida del mundo. Y si había guerra, lo mejor era estar en el centro de ella y tomar parte. Los franceses comenzarían metiendo a todos los extranjeros en campos de concentración, pero después nos admitirían a nosotros, que éramos los veteranos de su propia guerra. Me parecía a mí, entonces, que estaba recuperando el control de mí mismo. Había aprendido muchas lecciones.

El día en que aparecieron los grandes anuncios movilizándolo varias quintas francesas y ensuciando fachadas y paredes con su fealdad, el propietario del hotel Delambre me invitó a entrar en su sala de recibir:

-Como usted ve, esto significa guerra. Si el resto de su deuda no está pagado el domingo, me voy a la policía. No podemos mantener extranjeros que no tienen dinero. En todo caso, ya he hablado sobre usted a la policía. El lunes cierro el hotel y nos vamos a mi tierra. A París lo van a bombardear inmediatamente; es la ciudad que primero van a bombardear.

Ilsa estaba en cama con un ataque de gripe. Me fui a pasear por las calles de París sin idea alguna de dónde ir. En la Puerta de Orléans, una masa compacta de automóviles particulares, cargados al máximo con maletas y bultos, avanzaba lentamente, estorbándose unos a otros en su afán de escapar cuanto antes de la ciudad. Las estaciones del ferrocarril estaban sitiadas por multitudes silenciosas, malhumoradas y tensas. Hileras completas de tiendas estaban cerradas a piedra y lodo. Aquello era pánico en el borde de desatarse incontrolable.

Volví a nuestro cuarto para ver a Ilsa y tratar de preparar algo de comida. Lo único que teníamos eran unas pocas patatas y medio pan infestado en todos sus poros por las pequeñas hormigas rojas que resistían cualquier intento de echarlas de su mesa de banquete. Volví a la calle y le pedí al camarero del Dome que me diera un vaso de vino que me bebí de un trago. Volví a llenarlo sin decir palabra mirando por encima de mi hombro, distraído, la avalancha de coches en el bulevar, grandes automóviles con enormes maletas amontonadas en sus traseras.

-¡Los cerdos! Para nosotros, el cuartel y ellos... Bien, tendremos que cortarles el cuello a muchos, como hicieron ustedes en España.

Alguien me golpeó el hombro:

-Caramba, caramba, Barea, ¿qué haces aquí? ¿Dónde está Ilsa? Ven a ver mi coche nuevo. Pero ¿dónde está Ilsa? ¿Y cómo va la vida?

Era Miguel, el cubano rico que se había ido al Madrid sitiado por curiosidad, por simpatía y por la necesidad de escapar de su propia vida vacía. En España solía decir que quería a Ilsa como si fuera una hermana suya; ahora insistía en verla inmediatamente. Se asustó de la miseria de nuestra habitación y de nuestras caras



consumidas, y me llenó de reproches por no haber pensado en él en París durante los pasados meses en que había derrochado el dinero. Como si fuera un castigo por mi constante miedo de un destino ciego, cruel y sin sentido, este encuentro casual nos salvó de una policía hostil. Miguel nos dio el dinero necesario para liquidar totalmente nuestro hotel. Teníamos dónde ir. Una periodista noruega había dejado su piso al cuidado de unos íntimos amigos nuestros, refugiados de Hitler, y les había dado el derecho de alquilar habitaciones para ayudarse a vivir; y hacía tiempo que nos habían ofrecido una habitación increíblemente clara, limpia y alegre, que no habíamos podido aceptar por estar atados por nuestra deuda en el hotel. Nos mudamos al día siguiente, aunque el dueño nos pidió de pronto que nos quedáramos. Se había firmado el pacto de Munich y ya no creía necesario abandonar el hotel que, sin nosotros, se quedaba casi vacío.

Munich destruyó la última esperanza de España. Era claro, sin duda posible, que ningún país de Europa movería un solo dedo para ayudarnos contra Hitler y sus amigos españoles. Rusia tendría que retirar completamente su ayuda, que ya era mísera; una intervención descarada de su parte significaría que el conjunto de Europa se levantaría contra Rusia y la destruiría. El sacrificio de Checoslovaquia y la vergonzosa sumisión de las grandes potencias al ultimátum de Hitler no había provocado una ola de ira y desprecio para el dictador, sino una ola monstruosa de miedo, miedo crudo de guerra y destrucción que atizaba el deseo de desviar la guerra y la destrucción sobre las cabezas de otros.

Los franceses con quienes hablaba eran brutalmente francos. Eran gente ordinaria, con pequeños sueldos y pocas ambiciones, tratando de acumular ahorros para su vejez, odiando hasta el recuerdo de la última guerra. Estarían encantados si, después de Checoslovaquia, fuera posible lanzar a la furia del dictador contra otro país que le hiciera frente y a quien pudiera aplastar, dejando así tranquila a Francia. Porque Francia era inocente. Francia quería vivir en paz con el mundo entero. La Francia verdadera repudiaba a los políticos culpables, los buitres de guerra, los socialistas activos, los comunistas, los rojos españoles que intentaban arrastrar a Europa en su guerra. La Francia verdadera, la que había firmado el pacto de Munich.

También yo, por unas pocas semanas, me sentía culpable del alivio de que la guerra hubiera sido propagada y meforcé a mí mismo a olvidar el olor a putrefacción en el país que aún -¿por cuánto tiempo?- nos daba hospitalidad. Era también una alegría tan grande encontrarse en la nueva habitación; aprender cómo tres francos podían producir una comida para Truddy, nuestra generosa y trabajadora patrona; escribir a placer, poder pensar sin que los miedos le golpearan a uno el cerebro. Era la primera vez desde que habíamos llegado a París que podía dejar a Ilsa descansar tanto como quisiera. Muy pronto comenzó a trabajar de nuevo con su antigua energía, forzándome a evocar los más brillantes colores y los dolores más agudos de mi niñez, sacándolos del fondo de lo más secreto de mi mente y dándoles forma en mi libro.

El otoño sumergió a París en un reflejo de oro. Después de comer, solíamos irnos al jardín del Luxemburgo, lentamente, como dos convalecientes, para sentarnos allí en un banco donde diera el sol. Teníamos que ir pronto, porque los bancos se llenaban rápidamente con niñeras, chiquillos y ancianos. No hablábamos mucho, porque el hablar de lo que llenaba nuestros pensamientos era provocar pesadillas. Era mejor sentarse quietos y mirar la danza de las hojas muertas de los castaños en la avenida moteada de sol.

En el banco opuesto al nuestro vino a sentarse una pareja ya vieja, ella chiquitita y vivaracha, golpeando la arena del paseo con la contera de su bastón; él, tieso y huesudo, con una perilla blanca y bigotes también blancos, puntiagudos y cuidadosamente

encerados. Antes de permitirle sentarse, limpió el banco meticulosamente con su pañuelo de seda. Llevaba ella un traje de seda bordada y él llevaba un bastón con puño de plata bajo el brazo, como el bastón de mando de un oficial. Hablaban uno a otro con un murmullo suave, con inclinaciones corteses de cabeza. Cuando ella movía sus dedos, que surgían libres de los mitones de encaje, parecían las alas de un pájaro sacudiéndose de las gotas de lluvia.

Ilsa dijo:

-Cuando seamos tan viejos como ellos, podríamos ser lo mismo. Sería bonito. Tú de todas maneras te convertirías en un viejo flaco y yo voy a hacer todo lo posible por convertirme en una viejecilla pequeña y arrugadita. Nos iremos de paseo por las tardes a un jardín, y nos calentaremos al sol, contándonos historias de los viejos tiempos y las cosas horribles que pasaron cuando éramos jóvenes.

-Pero ¿cómo te vas a convertir tú en una vieja pequeñita?

-Igual que otras lo hacen. Mi madre, por ejemplo, era de joven tan redondita como yo...

-No te creo.

-Bueno, para su estatura. Es verdad, era regordeta y ahora se está haciendo una cosa frágil y arrugada muy agradable, aunque la verdad es que lo sé más que nada por sus fotografías...

El hombre se levantó, se quitó el sombrero y alargó su mano derecha:

-Mira, ¡ahora van a bailar un minué!

Pero el viejo se inclinó, besó la punta de los dedos de la dama y se marchó lentamente, paseo abajo, su bastón de plata bajo el brazo. Los dedos de ella, escapándose de los mitones negros, se movieron como las alas de un pájaro que no puede volar.

-¡Oh, pero eso no me lo harás a mí! -exclamó Ilsa; y los ojos se le humedecieron.

-Claro que lo haré. Me iré al café y me sentaré con los amigos y tú te puedes quedar con todo el jardín para ti. -Pero entonces vi que una gota se había estrellado en su falda y se extendía en un círculo: parpadeé como si los ojos se me hubieran llenado de polvo. Sin ninguna razón. Le tuve que contar historias de hadas como a los niños, hasta que las comisuras de sus labios se arrugaron en sonrisas y se ahondaron en las dos interrogaciones que me hacen feliz.

Recibí un paquete de libros de España; *Valor y miedo* se había publicado. Pero pensé que los editores no podrían mandar ejemplares a Madrid, que era la cuna del libro: Madrid estaba cortado de Barcelona. Leí lo que había escrito con el sonido de las bombas en mis oídos; todavía me gustaba algo de ello, aunque ahora la mayoría me parecía ingenuo. De todas formas me alegraba y me enorgullecía pensar que había sacado algo simple y claro del torbellino de la guerra.

Uno de los primeros ejemplares que regalé -el primero de todos fue para Ilsa- fue para Vicente, el dependiente de uno de los frutereros españoles. Su patrón, como la mayoría de los frutereros españoles de París, no tenía ninguna inclinación hacia los republicanos que querían intervenir el negocio de exportación, favorecer las cooperativas, aumentar los jornales de los trabajadores españoles y reducir así los beneficios suyos. Y por idénticas, pero opuestas razones, todos sus dependientes eran pro-republicanos. Vicente me había invitado a la buhardilla donde vivía con su esposa, una francesa, tipo clásico de la buena ama de casa; me había llevado después a los grandes almacenes del mercado -Les Halles-, donde cargadores y dependientes españoles manejaban la fruta y los vegetales que venían de Valencia y de las Canarias; y me contó su miedo secreto de que Francia llevara la misma marcha que España, camino de un fascismo o de una guerra civil. Cuando le di mi libro, se sintió tan orgulloso como si le hubiera hecho partícipe de nuestra guerra. Me arrastró a un pequeño café cerca del mercado donde se reunían todos

los españoles. Solían recoger dinero para ayuda de la España republicana; la mayoría de ellos eran comunistas.

Los hombres estaban chillando y jurando, fumando y bebiendo, discutiendo a gritos la marcha del mundo, con tanto entusiasmo como las gentes en la taberna de Serafín durante los meses antes de la guerra. Ninguno de ellos admitía que las cosas pudieran ir mal en España; en Francia, sí; Francia iba al desastre, porque los franceses no tenían reaños, pero los españoles iban a enseñar al mundo... Repasaron las páginas de mi libro, miraron en él en busca de palabras que les confirmaran sus opiniones, me dieron cachetes en la espalda. Sí, aún hablaba el mismo lenguaje que ellos, pero mientras me encontraba entre ellos a mis anchas, pensaba en el otro libro, el que estaba escribiendo para tratar de explicarme a mí mismo por qué estábamos condenados a ir de actividades locas a pasividades suicidas, de fe a violencia, de entusiasmo a pesimismo. Y la escena me desconcertaba.

Otro de los ejemplares fue una especie de soborno de nuestro portero. El administrador de la casa donde vivíamos -un edificio enorme, moderno, con calefacción central y alquileres exorbitantes- estaba irritado contra nosotros, los habitantes de nuestro piso, porque todos éramos extranjeros. Una vez vino a visitarnos y trató de provocar una bronca. Estaba entonces viviendo allí un matrimonio noruego y el administrador dijo que aquello no le gustaba. «Las autoridades harían muy bien en tener a los extranjeros bajo la vigilancia más estricta en estos tiempos turbulentos en los que se dedicaban a provocar conflictos.» Tuvimos la suerte de que el portero se puso de nuestra parte y le dio los mejores informes de nosotros, afirmándole que ya tenía él mucho cuidado de qué gentes vivían en la casa. Naturalmente, a primero de mes, su propina era sagrada, porque era para nosotros más importante el mantenerle a nuestro lado que el comer. Y sobre mí recaía, además, el hacer lo que para él era tanto o más esencial que la propina: escucharle. Solía hacerse el encontradizo conmigo en el patio y comenzaba a contarme la historia de su mala suerte. Había perdido una pierna en la otra guerra, los pulmones no estaban fuertes, su mujer no tenía simpatía para sus ambiciones fracasadas, tenía que beberse un vasito de vino para consolarse.

-Los tiempos son malos... ¡Los políticos, monsieur! Si yo hubiera querido ensuciarme... -Me empujaba en la portería y me confrontaba con un diploma colgado en la pared-. ¿Ve usted? Yo estaba destinado para la judicatura. Sí, señor. Aunque ahora no sea más que un simple portero, soy un hombre con educación, con un título. Pero ¡la maldita guerra! -Ésta era la señal para remangarse la pernera del pantalón y enseñarme su pierna artificial, rosada como la de una muñeca-: Aquí me tiene usted, pudriéndome. Esta maldita pierna se llevó mis últimos mil francos. Me duele cuando pienso lo que yo podría ser. -Éste era el momento en que esperaba ser invitado a un vaso de vino en el *bistrot* de al lado. Si me desentendía, comprendía que andaba mal de dinero y me invitaba él a mí, para no perder la ocasión de exhibir su desdicha y solicitar la admiración y la compasión del oyente. Hacia el fin de mes, cuando se había ya bebido todas las propinas de todos los inquilinos del inmenso edificio, saltaba sobre mí cuando entraba o salía y comenzaba a hablar con los ojos suplicantes de un perro sediento. Solía exhibir un libro lleno de recortes de periódicos, describiendo las batallas en las que había estado como un soldado forzoso; al final abría el estuche donde tenía su *Croix de Guerre*. La cruz había desgastado ya el terciopelo del estuche. Ante ella, invariablemente, exclamaba-: Y ahora, ¿qué me dice usted?

Cuando le di mi libro, lo sopesó ceremoniosamente en sus manos y dijo:

-¡Ah, la libertad del pueblo! Pero, perdóneme que lo diga, somos nosotros los franceses los que hemos traído la libertad a este mundo. Fue con nuestra sangre que se firmó la

liberación de... -Se calló, se retorció el bigote que inmediatamente volvió a caerse blandamente en su sitio, y agregó:- Bueno, usted sabe lo que quiero decir. -Su mujer le estaba mirando con el asombro y los ojos castaño oscuro de una vaca.

A medida que pasaba el tiempo, nuestro portero comenzó a hablar de ciertas dificultades, no muy claras, con el administrador. El caso era que, en realidad, había muchos extranjeros en París. Esto no quería decir nada contra nosotros como individuos, pero él no creía que nos prolongarían el alquiler del piso después del primero de marzo. El verdadero inquilino no estaba nunca allí en persona y muchos de los vecinos no creían que era justo que en la casa hubiera un centro de gentes extranjeras. Al fin y al cabo teníamos muchos amigos que nos visitaban, ¿no? ¿No sería mejor si volviéramos a España?

En vísperas de Navidad comenzó el colapso del frente en las orillas del Ebro. El camino de Barcelona estaba abierto. Madrid aún se sostenía. El enemigo no lanzó ningún ataque sobre la ciudad sitiada; la dejó en las garras del hambre y del aislamiento. Niní Haslund vino de su trabajo de ayuda a los niños en España y nos habló de la desesperación de las madres, de su desesperación sorda, furiosa, sin esperanza. Pero nadie estaba dispuesto a rendirse.

París estaba ahora oscuro, lleno de nieblas y frío. Estábamos solos en el piso, porque nuestros patrones se habían ido a provincias, luchando su propia batalla con la miseria. Había terminado mi nuevo libro, trabajando a ratos cuando la máquina no estaba esclava de mis traducciones o de las copias que Ilsa hacía de manuscritos incorrectos de otras gentes, que era lo que nos ayudaba a vivir. Pero cuando estuvo terminada la primera versión cruda de *La forja*, me descorazoné. Me parecía insolente esperar que aquello llegaría y emocionaría a un público que lo único que quería era escapar de sus miedos y de las luchas sociales de su propio mundo. Seguramente, nunca se imprimiría. ¡Había oído tan a menudo que nadie quería oír hablar de lo que pasaba en España! Así, mi contribución a la batalla iba a ser estéril; porque escribir era para mí parte de la lucha, parte de nuestra guerra contra la vida y la muerte, y no sólo una expresión de mí mismo. Había luchado para fundir forma y visión, pero mis frases eran crudas porque había tenido que salirme de los ritmos convencionales de nuestra literatura, para poder evocar los sonidos y las imágenes que me habían formado a mí y a tantos de mi generación. ¿Lo había conseguido? No estaba seguro. Era otra vez más un aprendiz, tenía que aprender a contar mi propia verdad. Las concepciones de arte de los escritores profesionales no me ayudaban; apenas me interesaban. Un escritor francés me había llevado dos veces a una peña literaria, pero las manifestaciones de los reunidos, girando exclusivamente alrededor de un *maître* aquí y otro allá, me llenaban de un aburrimiento asombrado y un disgusto vergonzoso. Ahora me deprimía pensar que no pertenecía a grupo alguno y que esto podía otra vez condenarme a una solitaria inactividad; y sin embargo, era imposible obrar sobre las creencias de otros y no sobre las mías propias, a no ser que quisiera perder la virtud que existiera en mí.

Cuando estaba más deprimido, un español a quien no conocía me visitó. Había leído el manuscrito de *La forja*, como lector de la editorial francesa a quien lo había sometido, y quería discutirlo conmigo. El hombre era un hombre débil, dividido dentro de sí mismo, con sus raíces en la vieja España y su mente atraída por la nueva, asustado del dolor que el choque final de las dos ideologías había producido en él y en los demás. No le gustaba mucho mi manera de escribir, porque, como él decía, le asustaba mi brutalidad; pero había recomendado la publicación del libro porque encontraba que contenía fuerza de liberar cosas que él, y otros como él, mantenían cuidadosamente enterradas dentro de ellos. Vi su excitación, el alivio que mi libertad de lenguaje le había proporcionado, y vi

con asombro que me envidiaba. El editor retuvo el libro y nunca dio una respuesta. Pero no importaba mucho. Otro hombre había dicho que el libro era una cosa viva.

En los últimos días del año 1938, cayó sobre París una tremenda helada. Las cañerías se helaron en muchas casas. Tuvimos suerte, porque la calefacción central de nuestra casa siguió funcionando. Y cuando un joven polaco, con quien había hecho amistad -estaba en camino de convertirse en un talentoso escritor realista de buena prosa francesa, restringida por la influencia de André Gide-, me llamó para preguntarme si no podíamos recogerle a él y a su esposa de la prisión en que se había convertido su casa inundada, helada y sin agua corriente, me alegré de poder invitarle a pasar las Navidades con nosotros. A la mañana siguiente, dos agentes de policía se presentaron en el piso preguntando por nuestros huéspedes. No habían informado a la comisaría de su distrito de que iban a pasar la noche fuera del domicilio en que estaban registrados; y no se los llevaron detenidos gracias a que el joven polaco poseía documentos de haber servido en el ejército y estar sujeto a movilización. Todo esto, en un pomposo lenguaje oficial y en las peores maneras posibles. Y a nosotros se nos avisó severamente que no dejáramos dormir en nuestra casa a extranjeros sin conocimiento de la policía, siendo extranjeros nosotros mismos. Nuestros huéspedes tendrían que presentarse ante la prefectura y esto se tendría en cuenta contra ellos. No, no podían quedarse hasta que se deshelaran las cañerías sin un permiso especial de la comisaría de su distrito.

Cuando salí a la calle aquel día, mi portero me invitó a entrar en la portería.

-Lo siento mucho, pero tenía que comunicar a la policía que había gentes extranjeras en su cuarto toda la noche sin que se me hubieran dado sus documentos. ¿Sabe usted?, si yo no lo hubiera hecho, alguien hubiera ido con el cuento. Hasta el administrador está en contra mía con todas estas historias. Ya le he dicho que las cosas se estaban poniendo difíciles y ¡cada uno tiene que mirar por sí mismo!

Unos pocos días más tarde me encontré con un muchacho vasco a quien conocía ligeramente del bar del Dome. Me contó que la policía le había pedido sus documentos tres veces en una sola noche, la última cuando estaba con una amiguita en un hotel *meublé*. Tenía un salvoconducto del Gobierno de Franco que su padre -un famoso fabricante de San Sebastián- había obtenido para él a fin de que escapara de la guerra.

El documento no tenía validez más que para la policía de frontera en Irún, pero viéndolo, uno de los agentes de la policía francesa le había dicho: «Usted perdone, contra usted no va nada, pero ¿sabe?, es hora que limpiemos Francia de todos los rojos». Cuando fuimos a la prefectura para pedir la prolongación de nuestros *récépissés*, el oficial nos sometió a un largo interrogatorio. ¿No éramos refugiados? No, teníamos pasaportes legales del Gobierno de la República y podíamos volver a España. Pero ¿no sería mejor que nos registráramos como refugiados? Porque volver a España no íbamos a volver, ¿no? No, no queríamos registrarnos como refugiados; insistíamos en nuestro derecho como ciudadanos españoles. Al fin, malhumorado, nos dijo que, quisiéramos o no, tendríamos que registrarnos muy pronto como refugiados y entonces se revisaría nuestro caso. Pero por aquella vez, nos prolongaría el permiso de estancia.

En el pasillo escuálido y maloliente me encontré con varios españoles que esperaban su turno. Me contaron que a la mayoría se les había expulsado de París y se les había ordenado fueran a las provincias del norte de Francia. Entonces vi una cara familiar:

-Parece que el pobre está desesperado -dije.

-Anda, ¿no sabes que le arrestaron y le han tenido encerrado unos cuantos días, precisamente por haber sido un ministro de la Generalitat de Cataluña?

Era Ventura i Gassols, el poeta catalán a quien el París intelectual había festejado unos pocos años antes. Se escurrió escaleras abajo, como un animal perseguido.

Todo el edificio gris olía a podre.

¿Cómo había sido tan estúpido para creer que esta gente, estos agentes y sus amos, nos iban a admitir para cooperar en la guerra que se echaba encima de Francia? No. Estaban preparando la Línea Maginot de su casta, y nosotros éramos sus enemigos. Intentarían usar la guerra como su instrumento. Al final, la guerra los devoraría a ellos, y a su país, pero primero seríamos nosotros los que pagaríamos el precio. Pero yo no quería ser carne de cañón de un fascismo francés. No quería que nos cogieran en una trampa, derrotados dos veces.

Si queríamos vivir y luchar, y no pudríamos y ser cazados como alimañas, teníamos que abandonar Francia, huir de la ratonera. Huir a Inglaterra -un esfuerzo desesperado podría proporcionarnos el dinero, aunque hubiera que pedirlo a amigos otra vez-, y quedarnos allí. No a la América latina, porque nuestra guerra iba a resolverse en Europa, pero sí fuera de esta podredumbre.

Allí mismo, dentro de las desconocidas paredes, olientes a mohó, de la prefectura, me asaltó la urgencia de escapar donde hubiera libertad.

Los ruidos de la gran ciudad, amortiguados por los gruesos muros, me golpeaban en el fondo del cerebro, y los horrores de la destrucción estúpida volvían a volcarse sobre mí.

El agente de la policía se inclinó y dijo:

-Pasaportes, hagan el favor.

Mientras buscaba en mi bolsillo, sentía que la frente y las palmas de las manos se me cubrían de sudor. El miedo de las últimas semanas, cuando la jauría cazaba en plena furia, lo sentía en los tuétanos. Y aquél era nuestro último encuentro con la policía francesa.

El hombre miró por encima de los documentos y puso su sello de caucho en ambos pasaportes. Después nos los devolvió, nos dio las gracias muy atento, y cerró la puerta del compartimento con exquisito cuidado. Las ruedas del expreso sonaban isócronas. Ilsa y yo nos mirábamos uno a otro en silencio. Esta vez pertenecíamos al grupo de los afortunados; las leyes y los tratados internacionales estaban aún del lado nuestro. La visión de miles y miles de los otros, de los desgraciados, llenaba el compartimento hasta nublar mi vista.

Desde el fin de enero la frontera española era un dique roto a través del cual una ola de refugiados y soldados en derrota inundaba Francia. El 26 de enero Barcelona había caído en manos de Franco. En la misma fecha comenzó el éxodo en todas las ciudades y pueblos de la costa. Mujeres, chiquillos, hombres y bestias, marcharon a lo largo de los caminos, a través de campos helados, sobre la nieve mortal de las montañas. Sobre las cabezas de los huidos, los aviones sin piedad; un ejército borracho de sangre empujando detrás; una pequeña banda de soldados luchando aún para contenerlo, retirándose sin cesar y luchando cara al enemigo, para que pudieran salvarse algunos más. Pobres gentes con petates míseros, gentes más afortunadas en coches sobrecargados abriéndose camino en las carreteras congestionadas, y a las puertas de Francia una cola sin fin de fugitivos agotados, esperando que les dejaran entrar y estar seguros. Seguros en los campos de concentración que esta Francia había preparado para hombres libres: alambradas de espino, centinelas senegaleses, abusos, robo, miseria y las primeras oleadas de refugiados admitidos, encerrados entre el alambre en rebaños como borregos, peor aún, sin techo sobre sus cabezas, sin abrigo contra los vientos helados de un febrero cruel.

¿Es que Francia estaba ciega? ¿Es que los franceses no veían que un día -muy pronto- iban a llamar a estos mismos españoles a luchar por la libertad de su Francia? ¿O es que Francia había renunciado de antemano a su libertad?

### LA FORJA DE UN REBELDE III – (La Llama) – Arturo Barea

La cubierta del pequeño barco estaba casi desierta. El mar estaba revuelto y la mayoría de los pasajeros había desaparecido; Ilsa se había tumbado en una cabina. Un inglés flaco y despreocupado se había sentado sobre una de las escotillas, los pies colgando, y parecía disfrutar con la espuma que el viento le lanzaba a la cara. Yo, y dos marineros, nos habíamos refugiado de la furia del viento contra uno de los mamparos. Nos ofrecíamos unos a otros cigarrillos y charlábamos. Comencé a hablar, a hablar, tenía que hablar. Hablé de la lucha en España, y me llenaron de preguntas. Al final me dejé llevar de la ira que me abrasaba y volqué sobre ellos todas mis quejas contra Francia.

-¿Es que vosotros, los franceses, estáis ciegos o es que ya habéis renunciado a ser libres?

Los dos hombres me miraron gravemente. Uno de ellos tenía ojos claros, azules y una cara fresca de muchacho rubio; el otro tenía ojos negros, profundos, facciones talladas rudamente por el mar y un pecho desnudo lleno de vello fuerte. Los dos hablaron a la vez, de un tirón, casi con idénticas palabras:

-Oh, no. Nosotros lucharemos. Los otros son los que no lucharán. -Y en su énfasis sobre las palabras «los otros» marcaban el abismo profundo entre las dos Francias. El viejo agregó:

-Mire, amigo, no se vaya amargado de Francia. Aún lucharemos juntos.

Detrás de nosotros, la costa de Dieppe se fundía en la bruma del mar.

*Otoño 1944. Rose Farm House, Mappechusham, Oxfordshire.*